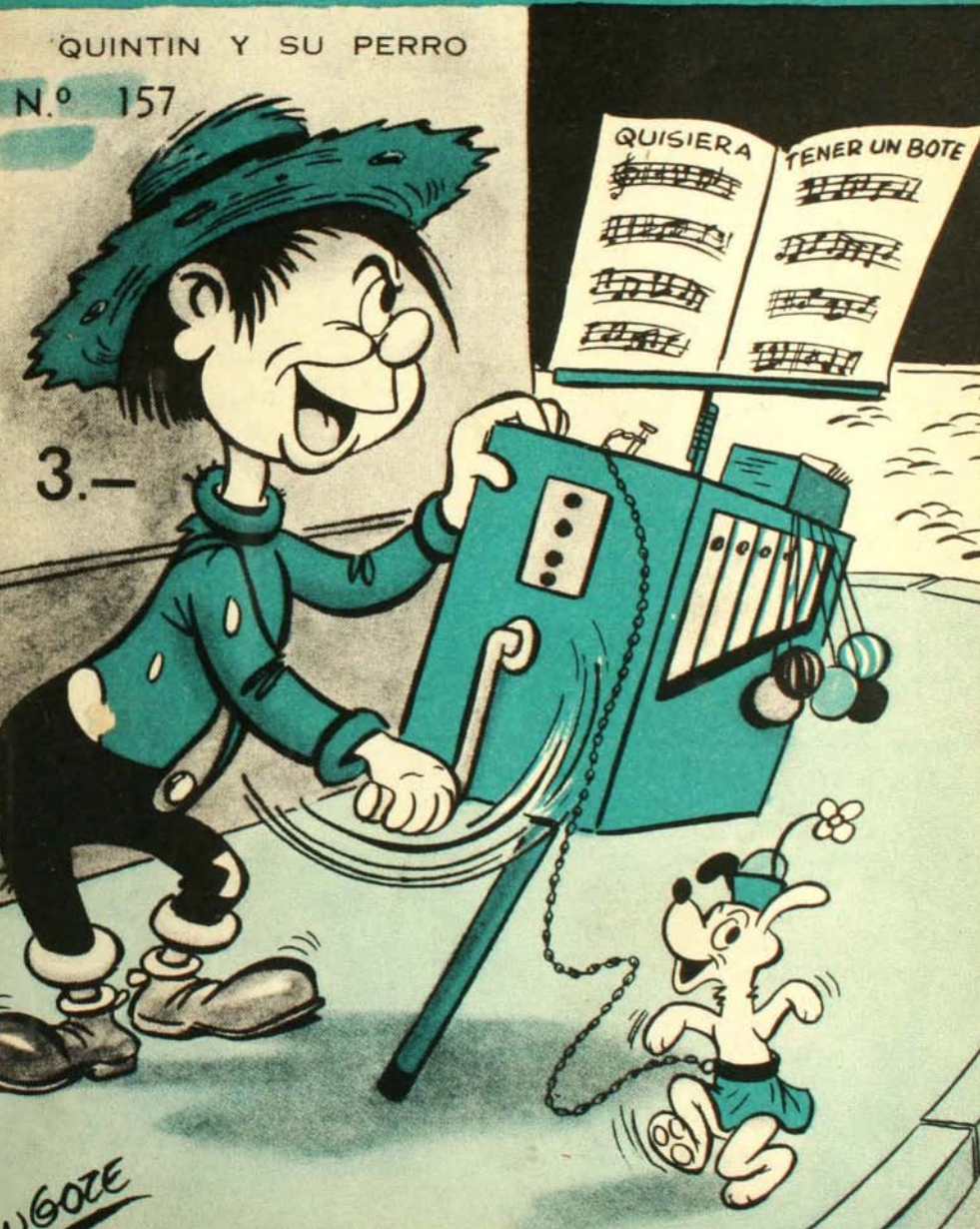
SIMBAD

QUINTIN Y SU PERRO

N.º 157

3.–





CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV - 3-IX-1952 - N.º 157

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,65
Semestral: US. $ 0,90
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

La fosa de las Cobras



CAPITULO XII.— Sahan se oculta en la fortaleza de la isla.

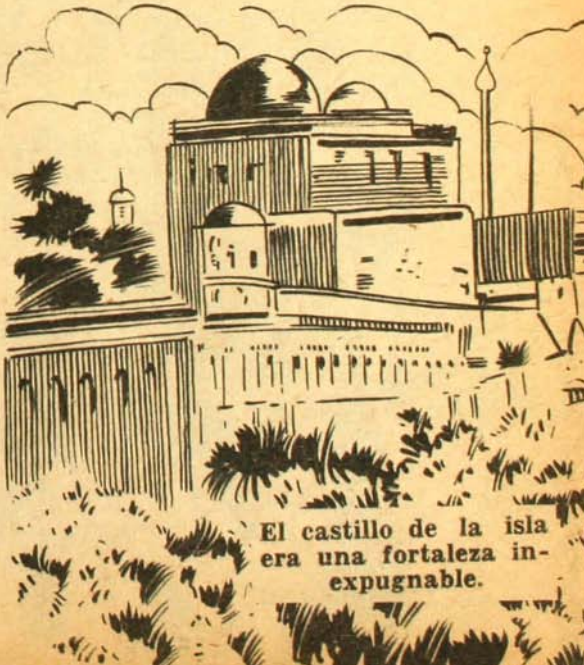
La lucha entre el regente Kahalí y el príncipe Jabú se hacía cada vez más ardiente.

Sabemos que el sultán de Musori, al morir, dejó dos hijos adolescentes: Jabú y Sahan. Jabú era el primogénito, pero Kahalí tenía por favorito a Sahan, y varias veces intentó dar muerte al príncipe heredero.

Jabú se refugió en la selva protegido por Rosanara, la encantadora de serpientes, que le salvó en la fosa de las cobras.

Kahalí ordenó a Dargan, su sicario y cómplice, que incendiaria la floresta, a fin de poder capturar a Jabú.

Pero el valiente príncipe, que había domado



El castillo de la isla era una fortaleza inexpugnable.



—Aquí te ocultarás —dijo Kahalí al cobarde príncipe Sahan.

a una tropa de elefantes, pudo evadirse del incendio y llegó hasta la ciudad de Musori. Le seguían todos los animales de la selva y también los reptiles que huían del incendio.

Atemorizado el pusilánime Sahan por esa invasión, pidió al regente Kahalí que se trasladaran al palacio de verano de los sultanes de Musori, situado en medio de una pequeña isla. Era este castillo una fortaleza inexpugnable, circundada por las tranquilas aguas de un lago.

—Voy a dejarte aquí —dijo el regente Kahalí—, acompañado de mil guerreros. Vivirás feliz y libre de asechanzas.

—Tengo miedo a las serpientes —balbuceó el cobarde Sahan.

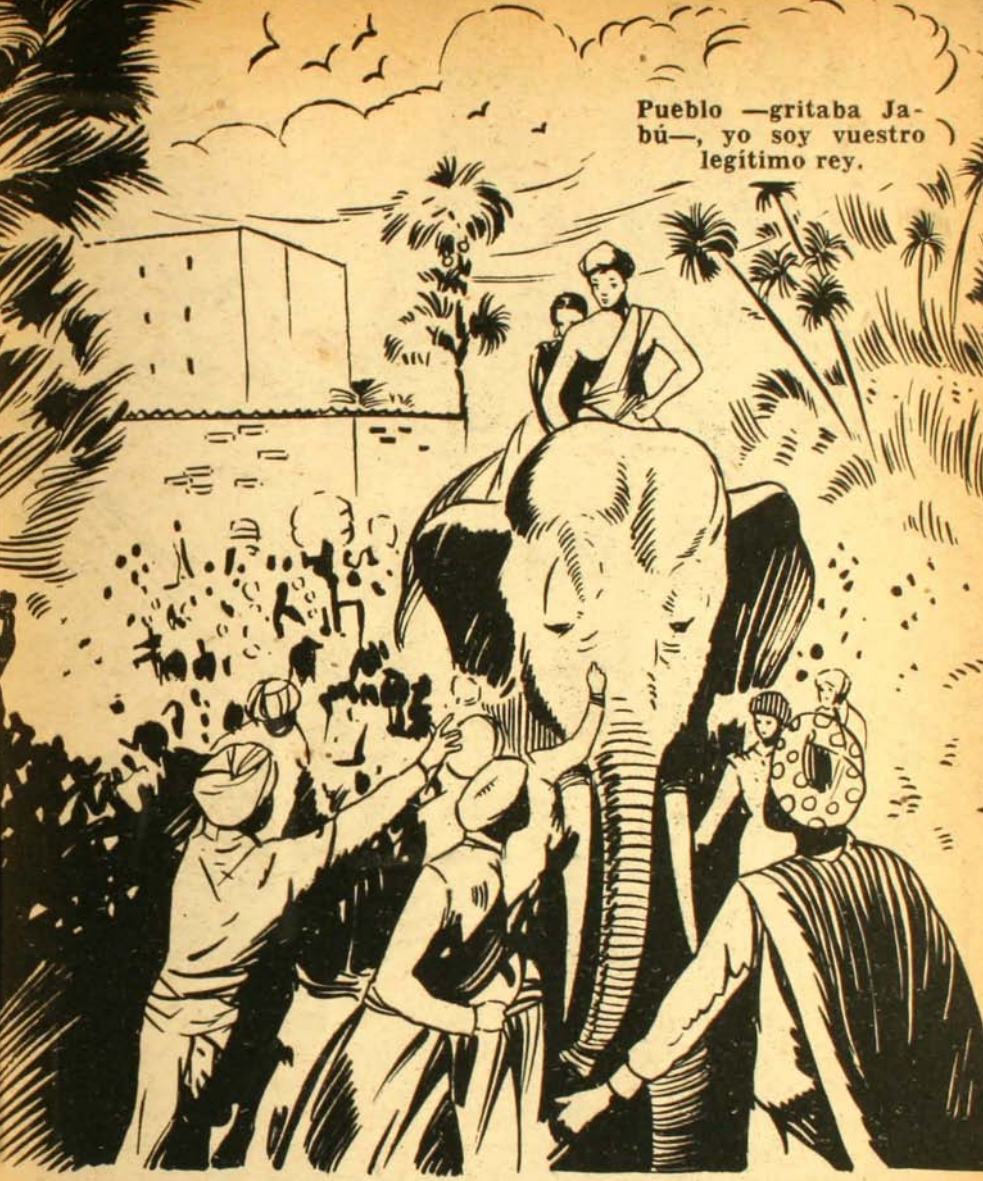
—En esta isla no hay cobras —declaró Kahalí—, y he dado orden a los bateleros que registren todas las barcas que lleguen a esta isla. Descansa sin miedo, ¡oh príncipe Sahan!, mientras yo voy a luchar con el traidor Jabú.



Los esbirros de Kahalí registraban todas las embarcaciones.

Kahalí, al partir en su barquilla, ordenó a Dargan que no admitiera visitantes en el castillo y que cada embarcación debía ser examinada prolijamente, a fin de que nadie trajera serpientes en sus cestos.

Entretanto, el príncipe Jabú iba de aldea en aldea diciendo a los habitantes del reino Musori que él era el heredero legítimo.



—Por derecho divino —gritaba el hermoso príncipe—, asumo el poder y vengo a libertaros de la tiranía del regente Kahalí.

—¡Viva Jabú!

—¡Viva nuestro rey! —gritaban las multitudes.

Transcurrió un tiempo, y el día que Jabú llegó a su mayor edad, decidió entrar en triunfo en la capital de su reino.



Pueblo —decía a su vez Kahalí—, Jabú ha muerto. Ese hombre es un impostor.

Impuesto el regente Kahalí de la llegada de Jabú, salió a la puerta del palacio real y gritó a las multitudes:

—Pueblo, ése no es el príncipe Jabú, sino un impostor. Jabú pereció hace muchos años en la jungla, devorado por un tigre.

—Mientes, Kahalí —exclamó el príncipe Jabú—. Bien hubieras querido tú que muriese en la fosa de las cobras, pero los dioses permitieron que yo salvara y aquí me tienes. He cumplido mi mayor edad y ahora soy el rey de Musori.

—¡Si quieres el reino, ven a conquistarlo! —gritó Kahalí, enfurecido.

—Lo conquistaré —respondió Jabú—, y tú serás quemado vivo por tus crímenes y crueldades.

El príncipe Jabú avanzó resueltamente hacia el palacio real.

Pero el regente Kahalí había tenido tiempo para reunir, también, una tropa de elefantes domesticados y los había colocado frente al palacio real, a fin de impedir el acceso al joven rey Jabú.
Rosanara, la encantadora de serpientes, avanzaba junto al príncipe Jabú; ambos montados sobre el lomo del elefante Ram.
De esta manera se enfrentaron los dos ejércitos de elefantes.
—¡Adelante, Ram! —gritaba Jabú—; ¡siempre adelante!
La batalla entre ambos bandos iba a ser terrible.
Jabú debía enfrentar un ejército tres veces más numeroso que el suyo y también muy superior en paquidermos.
Pero en arrojo y valentía nadie podía superar al valiente y arrojado príncipe.

(CONTINUARA)

—Adelante Ram —gritaba Jabú al capitán de la tropa de elefantes.



EL RENEGADO DEL RANCHO

CAPITULO V.—RONY MORALES PRISIONERO





1. Con un supremo esfuerzo, Rony Morales arrastró a Patricio hasta un oasis, en el cual se veía un grupo de palmeras escuálidas. Pero grande fué su dolor al ver que allí no había vertientes para saciar la sed que provocaba delirios a Patricio. Sólo vió horribles lagartos y una banda de cuervos hambrientos.





2. Rony Morales, lleno de desesperación, dejó en el suelo al infeliz muchacho y comenzó a ahuyentar a los cuervos que buscaban su presa. De pronto sonaron los cascos de un caballo y apareció un jinete. "—Soy don Antonio —dijo el desconocido—, y vivo en aquel rancho." El anciano dió de beber a Patricio.





3. Don Antonio auxilió a los dos extenuados viajeros y les invitó a su cabaña. Rony y Patricio aceptaron la hospitalidad del anciano y durante varios días permanecieron en su compañía. Cuando ya estuvieron completamente repuestos de sus aventuras, Rony y Patricio se ofrecieron para trabajar.





4. Esa nueva vida duraba varias semanas, pero una mañana aparecieron dos jinetes, uno de los cuales era el *sheriff* de la comarca. "—Ocúltense, amigos", ordenó don Antonio a sus protegidos. "—Buenos días —dijo el *sheriff*—, traigo orden de arrestar al vaquero Rony Morales, acusado de traición."

EL RENEGADO



5. Temiendo que la generosidad de don Antonio pudiera perjudicarle, Rony Morales salió de su escondite y se entregó al *sheriff*. Antes de partir a presidio, Rony se despidió del anciano vaquero y Patricio quedó anegado en llanto. "—No se trata de llorar —dijo Antonio—, sino de probar la inocencia de tu amigo."



6. Patricio partió a la villa de Arizona y supo que Rony estaba ante el tribunal de justicia. Pasando por encima de los guardianes, entró en la estancia y allí refirió a los jueces toda la odisea de su amigo Rony Morales: "—Mi amigo no es traidor a los de su raza —afirmaba Patricio—. El nos salvó una vez."

DEL RANCHO





7. "—Tú eres menor de edad —dijo el severo juez—, y tu testimonio de nada sirve." "—Dejadme por lo menos que asista al interrogatorio de Rony", suplicó Patricio. Y allí, mientras Rony inclinaba la cabeza bajo el peso de la acusación de los rancheros, Patricio se constituyó en su más valiente defensor.





8. "—Ya que no quieren creer en mis palabras —dijo por fin Patricio—, iré en busca del piel roja "Gavilán" y le probará la inocencia de Rony." "—Mi pobre niño —expresó el juez—, no creo que un piel roja de la tribu de los *sioux* se atreva a defender a un hombre blanco." "—Iré a buscarlo", repitió Patricio.

(CONCLUIRA)

EL RATONCITO VERDE

Erase una vez una tribu de ratones que vivían en el granero de una gran estancia campesina.

Como allí había granos en abundancia, nunca les faltaba la comida y se refocilaban con el trigo, el maíz y otros cereales apetitosos.

Gran sorpresa tuvieron los esposos Pirulín y Pirulina, cuando les nació un ratoncito blanco como la nieve. Los otros pequeñuelos eran grises, como son casi todos los ratoncillos.

—¡Qué precioso es tu hijo, Pirulina! —decían las comadres ratonas al ver al infante blanco—. ¿Qué nombre le pondrás, Pirulín?

—Le llamaremos Escarcha —declaró el orgulloso padre—, porque se asemeja a esa capa blanquecina que cubre la verde pradera en días de invierno.

Creció Escarcha adorado por sus padres, sus tíos, hermanas, hermanos, primos y primas.

Con su piel blanca, sus ojos rosados y su aspecto distinguido, Escarcha se creía un ser superior y estaba muy pagado de sí mismo.

La admiración que despertó entre los ratones grises acabó por convertirle en un ente muy mal educado.

Escarcha exigía el mejor lugar para dormir, los mejores alimentos que comer y quería que todos hicieran lo que él ordenase.

Si jugaba con sus hermanos y con sus primos, siempre Escarcha se constituía el capitán de la banda.

Una rata vieja y muy concienzuda refunfuñaba y sentenciaba así:

Ser blanco no es lo importante,
ni tener ojos brillantes;
lo que importa es ser juicioso,
prudente y poco curioso.

—La mamá Pirula es muy añeja —expresaba el orgulloso Escarcha—. ¿Qué ha conseguido con ser ella tan juiciosa? Tiene las patas paralíticas y está llena de pústulas.

—No seas insolente con tu abuela, Escarcha —exclamaba Pirulina.

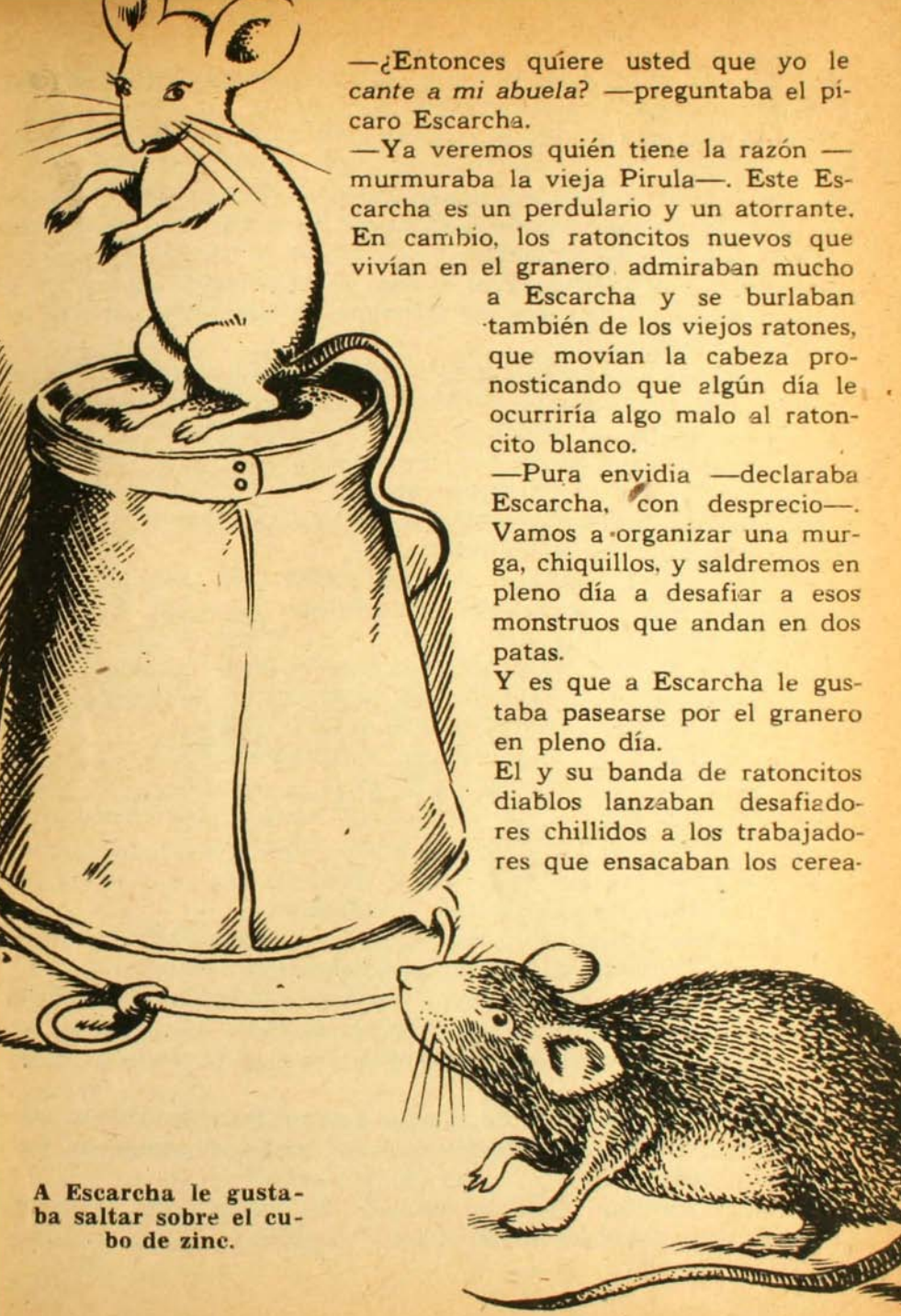
—¿Entonces quiere usted que yo le *cante a mi abuela*? —preguntaba el pícaro Escarcha.

—Ya veremos quién tiene la razón —murmuraba la vieja Pirula—. Este Escarcha es un perdulario y un atorrante. En cambio, los ratoncitos nuevos que vivían en el granero admiraban mucho a Escarcha y se burlaban también de los viejos ratones, que movían la cabeza pronosticando que algún día le ocurriría algo malo al ratoncito blanco.

—Pura envidia —declaraba Escarcha, con desprecio—. Vamos a organizar una murga, chiquillos, y saldremos en pleno día a desafiar a esos monstruos que andan en dos patas.

Y es que a Escarcha le gustaba pasearse por el granero en pleno día.

El y su banda de ratoncitos diablos lanzaban desafiadores chillidos a los trabajadores que ensacaban los cerea-



A Escarcha le gustaba saltar sobre el cubo de zinc.

les, y hasta un día, Escarcha le robó la comida al gato Simón, estando presente el distraído minino.
Pero lo peor de todo era que al ratoncito blanco no le importaba hacer ruido.
Su distracción favorita era saltar desde el pesebre hasta el cubo de zinc que siempre estaba boca abajo. El estruendo que armaba al caer allí le gustaba mucho.
Los ratoncillos más valientes apenas se atrevían a seguirle, y si lo hacían a veces era porque Escarcha les hostigaba tanto y les llamaba cobardes.
Fué inútil que su madre Pirulina le dijera con ojos llenos de lágrimas que el gato Simón acabaría por cazarlo.
Inútil que su padre Pirulín le diera grandes mordiscos.
Inútil también que su abuelo Pirulo le dijese irritado que terminaría por caer en una trampa ratonera.
La abuela Pirula se contentaba con repetir el versito aquél, que tanta pica le sacaba a Escarcha.
Y no era sólo Escarcha el envalentonado, sino todos los de la banda, quienes armaban tanto estrépito que llamarían la atención de los dueños de la granja.
Algún día colocarían trampas en el granero para cazarlos a todos.
Escarcha se echaba a reír de sus mayores, acariciaba sus finos bigotes y seguía haciendo lo que le daba la gana.
Un día que salió a pasear con su hermanita Pira, quiso demostrarle cuán audaz era, y de un salto se lanzó al cubo de zinc.
Pero, ¡oh desgracia!, aquel día el cubo estaba boca arriba y Escarcha, en vez de caer sobre el fondo, cayó dentro del cubo, y por más que hizo, le fué imposible salir de allí, ya que los costados del tiesto eran demasiado resbaladizos.
Su hermanita Pira corrió a dar la voz de alarma. Toda la familia se asomó al granero para dar algún consejo a Escarcha.
Pero los consejos hubieran sido inútiles y Escarcha habría sido cazado dentro del cubo, si, al regresar las vacas al corral, no hubieran tropezado con aquél, haciéndole caer y librando al ratoncito.
Escarcha, sin dirigir una mirada a sus espantados familiares, salió corriendo del establo, en dirección a la casa donde vivían los dueños de la granja.
Su madre Pirulina lanzó un chillido de abatimiento. Su padre prometió morderle las orejas cuando regresara.

Todos los tíos, tías, primos y primas, hermanos y hermanas chillaron a más y mejor al ver cómo Escarcha penetraba en la peligrosa mansión.

En realidad, el fanfarrón Escarcha no se sentía muy tranquilo al entrar allí, mas por nada del mundo se hubiera vuelto atrás.

Corrió por el marco de una ventana y vió sobre una mesa una olla boca abajo. Al momento sintió deseos de saltar sobre ella, esperando armar un ruido que se oyera hasta en el granero.

—Ahora que venga el bigotudo del gato —declaró el petulante Escarcha.



Era tan atrevido que le arrebataba la comida al gato Simón.

Ya intentaba el salto, pero la olla era muy resbaladiza. Volvió a saltar, y esta vez no pudo detener su impulso; resbaló y fué a caer dentro de un cacharro lleno de un agua verdosa.

Con los ojos, la boca, las orejas llenas de agua, Escarcha oyó entrar a alguien en la cocina y, haciendo un esfuerzo, saltó fuera del cacharro, quedándose jadeante sobre la mesa.

—¡Ay, ay, ay! —exclamó una voz—. Un ratón ha caído dentro del cacharro de la pintura. Venid a verle... Se ha vuelto enteramente verde.

La voz asustó a Escarcha, pero aún le asustó más el ladrido de un perro que acababa de entrar en la cocina.

—Por mi abuela Pirula —murmuró el cachiporra Escarcha—, son demasiados peligros a la vez.

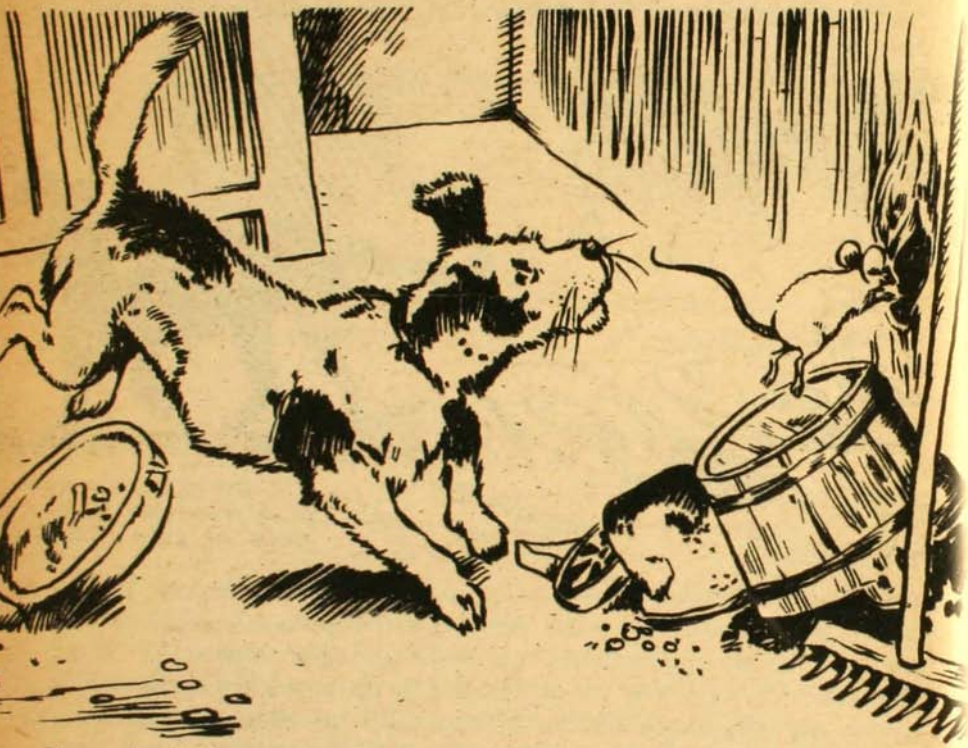
De un salto Escarcha se echó al suelo y salió a toda velocidad

hacia el granero, seguido por el perro que estaba a punto de darle alcance.

Por suerte, Escarcha consiguió meterse en uno de los agujeros que conducían a la vivienda de su familia.

"Bien hicieron en dejar las puertas abiertas —se dijo Escarcha—. De algo sirve la familia en caso de peligro."

Pero ni su padre, ni su madre, ni su abuela, ni sus primos, ni sus hermanos quisieron dejarle entrar en su morada subterránea.



Escarcha fué perseguido de cerca por el perro de los granjeros.

Un ratón blanco podía ser algo digno de orgullo en una tribu de pelaje gris, pero a nadie le gustan los ratones verdes, pues jamás se ha oído decir que existan en alguna parte del mundo ratoncitos de semejante color.

—Abranme, soy yo, Escarcha —chillaba el engreído ratoncillo.

—Eres un verdolaga miserable —respondían los primos, que tanto le habían halagado antes.

Fué inútil que Escarcha insistiera en ser recibido por la familia de los Pirulines.

A partir de aquel momento, ninguno de sus hermanos o parientes quiso tener trato con él.

El pobre e infortunado Escarcha tuvo que irse a vivir a otro agujero en espera de que su piel volviera a ser blanca.

Cuando ésto ocurrió, el ratoncillo orgulloso y cachiporra había aprendido que

Ser blanco no es lo importante,
ni tener ojos brillantes;
lo que importa es ser juicioso,
prudente y poco curioso.

FIN

Correspondencia

Thelma Véjar.— No sea tan "Juan de la Luna", pero tampoco se preocupe de ello, porque estamos siempre listas para complacerla. Gracias por sus felicitaciones, y por los cien años.

Adriana Castillo, Héctor Armando Soto, Osmán Flores Prado, Gladys Ibáñez.— Nos congratulamos con sus cariñosas expresiones por el éxito maravilloso de esta pequeña gran revista.

Misterina Moscoso.— Si todos los días fueran miércoles, la tarea para mí sería enorme. Bástele con esperar ansiosamente su "SIMBAD" una vez a la semana.

Patricia Vivar.— Ya tiene la aventura del Oeste que solicitaba.

Reinaldo Ramírez, Rodrigo Henríquez, Haydée Sáez, Néstor Lincopil.— Dicen ustedes que la lectura de "SIMBAD" les entusiasma y que celebran mucho los dibujos del "Hijo del Lobo", "Ponchito", "Quintín y su Perro", y "Pelusita". Nuestros dibujantes agradecen esas felicitaciones y también su directora.

Elba Andrade, Mercedes de Fritz, Laura Pérez.— Me complace que las lecturas de "SIMBAD", les sirvan de modelo de castellano en sus clases. Siempre hemos dado importancia suma al estilo culto y elegante.

Orieta Ovando, Laura Chávez, Berta Reichart, Marta Morales, Carmen Villegas.— Ustedes solicitaron seriales trágicas y ahí tienen a la pobre Mireya amurallada viva. No se desanimen porque se han quedado a veces sin la revista. Ahora, con el aumento del tiraje, "SIMBAD" no ha de faltarles más. Si aún temen no encontrarlo, subscríbanse con $ 140.— al año.

Carmen Villegas Loyola, Norma Aranada, Elsa Gómez.— Gracias por sus felicitaciones y sus deseos de que "SIMBAD" continúe cosechando éxitos.

Norma Calderón.— Es feo ser egoísta. Mejor es que preste el "SIMBAD" y recomiende que se lo cuiden. Dígale a su mamá que daremos el cuento que ella solicita.

ROXANE

OTRA AVENTURA DE CORENTIN

CAPITULO XXXI Y FINAL.—CORENTIN CORONA EMPERADOR A SONG





1. Al llamado de Corentín, se presentó un oficial del ejército imperial chino, quien, examinando el anillo con el Dragón de Oro, gritó en alta voz: "—Verdaderamente es el talismán sagrado, signo del poder". "—Os ordeno, pues —dijo Corentín al ejército de Ming-Su—, que depongáis las armas y arrestéis al tirano."





2. La orden de Corentín voló de boca en boca: "—Abajo las armas. Arrestad al emperador Ming-Su". Uno de los oficiales del emperador corrió a comunicarle la fatal noticia. "—Señor, estáis perdido —díjole el cortesano—. Vuestros propios soldados se vuelven contra vos." "—¿Qué dices?", rugió el tirano Ming-Su.





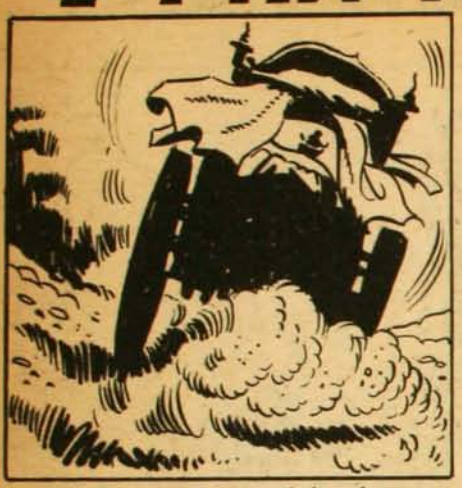
3. Loco de rabia, el emperador mató con su espada al cortesano y saltó a una carroza sin esperar que acudiera el auriga. En su furor, azotaba a los caballos y huía sin saber hacia dónde dirigía su carruaje. Los corceles, despavoridos, corrían sin rumbo, y de pronto se enfrentaron con el ejército.





4. Al divisar a sus soldados, Ming-Su comenzó a gritar: "—¡Apartaos, canallas, traidores!" El príncipe Song, viendo al emperador, exclamó: "—Ming-Su huye. Es preciso detenerlo". Corentín, Kim y Song corrieron tras el fugitivo, acompañados por algunos soldados. El carruaje iba tambaleándose por la colina.

OTRA AVENTURA DE CORENTIN





5. Ya nadie podría detener a los desbocados caballos que, sin guía, ni dirección, descendían el faldeo entre una nube de polvo. "—Se matará", dijo Corentín. Y así ocurrió cuando el carruaje se volcó proyectando a Ming-Su a dos metros de distancia y causándole una muerte instantánea.





6. El príncipe Song, Corentín y Kim llegaron al sitio del suceso para comprobar la muerte del tirano de la China. Inmediatamente Corentín se despojó de su anillo con el Dragón de Oro y lo colocó en el dedo anular del príncipe Song. En seguida nuestro héroe convocó a todo el ejército chino.





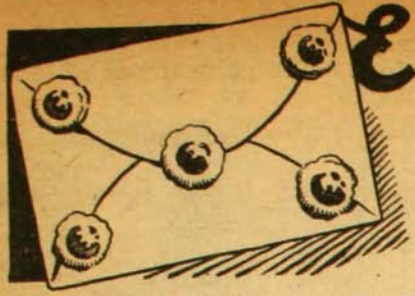
7. "—Escuchadme todos —gritó Corentín—. He aquí a vuestro nuevo emperador. El posee ahora el anillo sagrado. El emperador Song será un buen soberano." "—Gracias, Corentín", dijo Song. "—¡Viva Corentín!", gritó el pequeño Kim. Al mediodía todos llegaban al palacio imperial, y Song era coronado como monarca.





8. Poco tiempo después, Corentín y Kim, con una gran escolta, se ponían en marcha para el reino de Minpore. Allí les aguardaba el buen sultán y también el mono Belcebut y el tigre Moloch, quienes lanzaban alaridos de júbilo al ver de nuevo a sus amigos Corentín y Kim.

FIN



EL SOBRE DE LOS SELLOS VERDES

CAPITULO XII.— Terrible tentación sufre Mireya.

RESUMEN: Marcial Durand, Juan y Mireya Carol intentan entregar un sobre lacrado con cinco sellos verdes a la señora Valladares. Los niños luchan contra peligros y espías que los persiguen. Finalmente, Mireya llega al castillo Valladares, pero se da cuenta de que le han robado el sobre delos sellos verdes. La señora Valladares la obliga a buscar el tesoro de la familia, pues por su culpa se han perdido las instrucciones sobre la ubicación del tesoro. Mireya sigue muchas pistas falsas, hasta que en una chimenea descubre una plancha de metal que logra abrir. Mireya penetra en una celda, y, cuando va a descubrir el tesoro, cae la plancha, dejándola enmurallada. Al advertir la ausencia de Mireya, llaman al castillo a Juan Carol.

Mireya Carol ya no tenía fuerzas para reaccionar en la enmurallada celda.

Como un niño enfermo gemía suavemente y evocaba los tiempos de su niñez, cuando, operada de apendicitis, pedía a su enfermera una gotita de agua.

—Una gotita de agua solamente —murmuraba la enmurallada.

De pronto detuvo su gemido para contemplar una araña que bajaba por el muro. ¿Con qué se alimentaría ese insecto? Sin duda entraría por el embudo de la tubería, pero ni las moscas querrían verse privadas de sol y de libertad.

—Mi pobre araña —suspiró Mireya—, tú estás tan hambrienta como yo.

Otra vez Mireya se sumía en un profundo sopor y soñaba con hadas buenas que le traían deliciosas naranjadas, frutas y viandas. Bajo tan maravilloso sueño, Mireya se adormecía sonriendo.

¿Estaría aún soñando cuando sintió que alguien golpeaba la cortina de metal?

Nadie podía acercarse a esa abandonada estancia en medio de la noche.

Sin embargo, alguien estaba allí, alguien rasguñaba la trampa de bronce y sus viejos resortes crujían.

Mireya saltó de su lecho de paja y comenzó a golpear por el lado interior.

—¡Socorro, socorro! —decía la niña prisionera, enfocando la plancha con su linterna eléctrica.

La trampa comenzó a elevarse y Mireya pudo divisar la débil luz de una lamparilla de cocina colocada en el suelo.

Pero después de elevarse unos veinte centímetros, la placa se detuvo.

Mireya, tendida en el suelo, trató de levantarla por abajo y gritó angustiada:

—Por favor, abran pronto. ¡Salvadme!

Una voz suave y clara respondió:

—No; basta con esto. No trate de levantar la placa, porque el resorte está detenido y no subirá más. No se fatigue. No he venido a libertarla, sino a conversar con usted.

—No comprendo —balbuceó Mireya.

—Comprenderá mejor si le ofrezco un emparedado de jamón y un vaso de oporto.

—Páseme dos, tres o cuatro emparedados —suplicó Mireya—, y una botella de oporto. Estoy muerta de hambre y de sed.

—Me lo imagino, señorita —dijo la voz femenina—, y le confesaré que yo la dejé encerrada.



Mireya veía con ansias los alimentos que le ofrecía su torturadora.

—¿Usted me dejó encerrada? —preguntó Mireya, horrorizada—. ¿Entonces la placa no cayó sola?
—Exactamente, señorita... Era necesario para quitarle todo intento de resistencia. Usted había mojado el documento con los cinco sellos verdes y me fué imposible descubrir el secreto del tesoro. En cambio, usted debía saber algo más, ya que podía registrar toda la casa. Yo seguía sus pasos y hago honor a su inteligencia. Pero le advierto que yo tengo el inventario completo del tesoro y entonces...
Mireya estaba tan debilitada por el hambre y la sed, que no podía comprender bien esas palabras. Un vértigo turbaba su mente.
—Ante todo, déme algo para comer, una gota de agua solamente —suplicó Mireya, arrastrándose sobre sus rodillas.
—Espere, señorita —dijo la suave voz—; le daré cuanto pida si es razonable.
—Haré lo que usted me ordene —balbuceó Mireya—. Déme un pedazo de pan y la bendeciré, aunque sea una malvada mujer.
—Puede llamarme malvada —dijo la voz—, eso no tiene la menor importancia. Estoy aquí para reparar una monstruosa injusticia que se hizo con mi familia. Tengo más derecho que usted a ese tesoro.
—Comprendo; usted es la heredera frustrada —dijo, por fin, Mireya—. La que robó el sobre con los sellos verdes, la que entró en el dormitorio de Marcial Durand, la que me ha venido persiguiendo hasta este castillo. Su voz se asemeja a la de la sirvientilla Rosina...
—En cambio, usted está al servicio de una mala causa —declaró la voz—. Ha fracasado y debe rendirse. Acepte su derrota y arreglemos el asunto. Es medianoche y nadie nos estorbará.
—¿Qué quiere que haga yo? —preguntó la desolada Mireya.
—Que vaya pasando por este agujero todos los objetos que yo le indique. Por cada uno, le daré un poco de comida. Pasando y pasando... Cuando haya entregado todo lo que yo le ordene, tendrá a su alcance jamón, huevos duros, pan fresco, queso y mermeladas, sin olvidar la botella de oporto y una jarra con agua.
—¿Y después? —interrogó la heroica Mireya.
—Después bajaré la placa para darme tiempo de huir de este castillo. Pero, como nadie desea su muerte, dejaré una carta para la señora Valladares, indicándole dónde está usted y el secreto de esta chimenea. Yo ya estaré lejos y en seguridad.



En su insomnio Juan sentía ladrar el perro, ulular al buho y susurrar el viento.

A pesar de su abatimiento, Mireya tenía aún bastante lucidez mental para apreciar la perfidia y malignidad de su torturadora. Un miembro de la familia desheredada la tenía a su merced y se burlaba de sus padecimientos.

Una sola cosa era evidente y precisa: para poder comer y beber, ella tenía que rendirse y obedecer a la implacable mujer.

Una ira amarga e incontenible invadía el corazón de Mireya. Ya no sentía hambre ni sed. La indignación lo borraba todo.

Sin embargo, la tentación era terrible. Tendida junto a la placa de metal, veía el dorado pan, el jamón y la jarra con agua.

Mireya cerró los ojos, apretó los dientes y no respondió.

Entonces una pequeña mano golpeó el metal como para despertar el sopor de la enmurallada y la voz dijo:

—Responda pronto. ¿Quiere comer?

Mireya abrió los ojos, vió esa pequeña mano, en la cual brillaba un rubí.

Este anillo fué para ella una revelación. Mireya lo reconoció y con acento ahogado por la ira, exclamó:

—¿Conque eres tú la Antonieta que caminaba con el ciego, la que estuvo junto a Marcial cuando se quebró la pierna y ahora

la sirvientilla Rosina? Eres un demonio, un ser repugnante y despreciable. ¿Cómo es posible que la hija de un médico famoso ejecute un crimen semejante? No vacilas en torturarme para robar sus joyas a la señora Valladares. Te desprecio, muchacha vil, y yo no me rindo ante un ser despreciable.

—¿Rehusa usted entregarme parte del tesoro? —preguntó Antonieta.

—Prefiero morirme de hambre —respondió la heroica Mireya.

—Señorita —expresó Antonieta—, no me juzgue por las apariencias. Si no quiere entregarme el tesoro, deje que yo misma lo saque y entonces usted no será responsable. ¿Qué le importa? Son asuntos de familia que nada le interesan. Dirá que alguien le arrebató el tesoro y eso será verdad. Vamos... Basta de discusiones. Nadie me impedirá entrar en esa celda.

—Yo te lo impediré —gritó Mireya, con furia—. Tengo aquí mi navaja y me quedan aún fuerzas para herirte con ella.

—Bien, bien —dijo la pérfida rubia—. Aguardaré que el ayuno la haga más accesible. Buenas noches, señorita.

La trampa cayó con un ruido sordo.

Desaparecieron el pan, el jamón y demás víveres.

Mireya se dejó caer sobre la paja llorando y gimiendo como un niño.

No obstante, en su alma sentía la dulce sensación de haber resistido valientemente a ese demonio. Era la amarga alegría del héroe que muere defendiendo su honor.

* * *

Durante esa primera noche en el castillo, Juan Carol no pudo conciliar el sueño, a pesar de su deseo de recuperar sus fuerzas. Temblaba al menor ruido y cuando se movía la veleta de la torre le parecía que alguien le llamaba.

—Mireya, Mireya —murmuraba el jovencito, desesperado—. ¿Dónde estás? ¿Por qué había permitido que su hermana viniera a este siniestro castillo?

Un verdadero espanto le poseía cuando pensaba que debía volver a casa de su tío Carlos, sin la niña querida.

De pronto Juan sintió ligeros pasos frente a su puerta. El no debía inquietarse por los ruidos, ni menos espiar a las personas que vivían en ese castillo.

Pero, a riesgo de cometer una indiscreción, saltó de su lecho y, descalzo, entreabrió la puerta.



Juan divisó la silueta de la pérfida Rosina, pero no pensó que ella conocía el secreto de Mireya.

A lo lejos divisó la luz incierta de una lámpara de cocina y, afirmada en la baranda de la escalera, distinguió una silueta de mujer vestida de gris.

Como su hermana una semana antes, Juan descubría a la sirvientilla que ayudaba a Melania en los menesteres domésticos.

Si Juan hubiera adivinado que Rosina volvía de la celda enmurallada después de su trágica entrevista con la prisionera, habría saltado sobre la verdugo de Mireya y la habría obligado a confesar su delito.

Pero Juan Carol, nuestro buen "Juan de la Luna", volvió a su lecho, intrigado y, por fin, se dijo:

—Esas muchachas suelen ser rateras. No me extrañaría que ésta anduviera merodeando por el castillo para robar algo.

El pobre muchacho continuó divagando hasta el amanecer, y, por fin, decidió que a la hora del desayuno pediría a la señora Valladares que acudiera a la policía, a fin de que ésta les ayudara en la búsqueda de Mireya.

(CONTINUARA)

Ponchito


¡ALLÍ VIENE LA SEÑORITA PROFESORA!
¡BUENOS DÍAS, PONCHITO!
¡BUENOS DÍAS, SEÑORITA!
¡MAL EDUCADO! ¡ATREVIDO!

por nato


¿NO TE HE DICHO QUE DEBES SACARTE EL SOMBRERO PARA SALUDAR?
¡A VER, REPITE EL SALUDO CORRECTAMENTE!
¡BUENOS DÍAS, SEÑORITA!
¡OOOOOOH! ¡SOCORRO! ¡ME COME UN SAPO!
NATO



El Hijo del Lobo.



CAPITULO XII.—Tristán encuentra un amigo.

Tristán, el Hijo del Lobo, mientras vivió en el castillo del conde Giles, fué muchas veces vejado y humillado por los orgullosos condesitos Rohan y Rudel.

Su protector, Merlín el Mago, que todo lo veía y todo lo sabía, acudió un día al país del conde Giles, le reprochó su conducta para con el niño que le había confiado y se llevó al Hijo del Lobo a otras regiones.

Tras un viaje maravilloso por valles, grutas y praderas, Merlín y Tristán descansaron algunos días en una cabaña del bosque.

Durante esos días, Merlín hablaba a Tristán de las proezas que hacían los guerreros en los torneos de las cortes, del estudio de la caballería y otras cosas que exaltaban la imaginación del Hijo del Lobo.

Por fin, después de algunos días felices, Merlín el Mago anunció







Un muchacho de cabellera rubia retó a duelo a Tristán.



Tristán venció al jovencito en aquella lucha



—Me has vencido lealmente —dijo Lancelote al Hijo del Lobo.

a Tristán que ya era tiempo de que se dirigiera al castillo de Logres, donde debía ingresar a una escuela de caballería.

Al decir caballería, no significaba que tuviera que montar a caballo. No. Significaba que estudiaría para ser un caballero de armas, un soldado, un esgrimista, un guerrero y un valiente.

Merlín indicó a Tristán los caminos de la floresta y, al despedirse, le dijo:

—Tristán, si algún día tienes necesidad de mí, lanza al espacio a la paloma blanca.

El Hijo del Lobo caminó largo tiempo por la legendaria floresta y llegó por fin a una extensa pradera.

De pronto divisó a un muchacho de su edad que lucía una larga y rubia cabellera. Al ver a Tristán, el muchacho soltó su bastón y dijo al Hijo del Lobo:

—Luchemos cuerpo a cuerpo.

Tristán aceptó el desafío y cogió al desconocido por la cintura. Ambos rodaron por el suelo, como cachorros de león.
Barto, el lobo, presenciaba el duelo sin intervenir.
El jovencito de los cabellos rubios era fuerte, pero Tristán se la ganaba en agilidad, y, por fin, logró colocar la espalda de su contendor en el suelo.
Confundido, pero risueño, el muchacho desconocido se levantó diciendo:
—Tú eres el más fuerte y me has vencido lealmente. ¿Quieres que seamos hermanos?
—Estaré muy feliz en serlo —declaró Tristán, a quien el niño rubio le había parecido muy simpático.
—Yo soy Lancelote del Lago, hijo de la princesa Viviana de Brocelandia —dijo el jovencito rubio.
—Y yo soy Tristán, el Hijo del Lobo —respondió el selvático niño.



Lancelote y Tristán hicieron el juramento de sangre.



Lancelote era hijo de la princesa Viviana de Brocelandia.



—Ahora, hermano Lancelote —dijo Tristán—, debo proseguir mi camino.

A la manera de los antiguos guerreros, Lancelote y Tristán hicieron el juramento de la sangre. Consistía éste en hacerse una pequeña herida en el brazo para mezclar sus sangres.

Hecho ésto, ambos niños se abrazaron.

Y así comenzó la amistad leal y sincera de Lancelote con Tristán.

—Y ahora, hermano Lancelote —declaró Tristán—, yo continúo mi camino, porque voy a la ciudad de Logres a estudiar las leyes de la caballería.

—Yo también iré a esa escuela —respondió Lancelote—, cuando Merlín el Mago me lo permita. Espero que allá estudiaremos juntos y que nuestra hermandad será eterna.

—Así lo deseo y lo espero yo también —respondió el Hijo del Lobo.

(CONTINUARA)

¿Adivina Ud?

CONCURSO "¿QUE LE RECUERDA A USTED?"



El grabado representa una escena de un cuento famoso. Indica cuál es. Envía tu respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 155: Roma.

Premiados con UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": René Salinas, Santiago; Jorge Arenas, Chimbarongo; Manuel Ojeda, Valparaíso. UN PREMIO DE $ 20.—: Narciso Goiri, Los Andes; Ramón Amaro, Talca: Jorge Otaegui, Viña del Mar; Inés Ahumada, Santiago; Carlos Maureira, Cauquenes; Gladys Ampuero, Melipilla; Raquel Castro, Lota; Gloria Alarcón, San Bernardo; Carlos Bilbao, Máfil; Elías Prado, Sewell. DOS PALETAS ACUARELAS: María Elena González, Santiago; Angela Barassi, Valdivia; Angélica Campos, Peñablanca; Ronnie Araneda, Concepción; Ana Ibarra, Los Andes; Marianela Falcón, Temuco; Ricardo White, Catemu; Octavio Carvajal, Lota; Mónica Silva, Quilpué; Olga Miranda, Satniago. UNA LIBRETA APUNTES: Emilitina Dinamarca, Máfil; Raquel Barrales, Cauquenes; Graciela Villarroel, Santiago; Hernán Salazar, San Carlos; María Gabarda, Chépica; Rosa Gundelach, Chillán; Margarita Sepúlveda, Valparaíso; Ricardo Moreno, Viña del Mar; María Loreto, Iquique; Nelson Muñoz, Curicó. UN LIBRO: Hilda Alvarado, Traiguén; Julia Facuse, Los Andes; Luis Concha, Concepción; Reginald Wood, Santiago; Juan López, Santiago; Sidney Salinas, Lota Alto; Julio Jalaff, Molina; Hernán Vares, Los Andes; María Cristina Morales, Santiago; Zunilda Muñoz, Santiago. UN VITALMIN: Luis A. Vergara, Santiago; Héctor Calderón, Santiago; Teresa Oliveros, Los Angeles; Juana Pávez, Rengo; Leonel Tabilo, Coquimbo; Patricio Montero, Villa Alemana; Sergio Andaur, Lota; Graciela Salcedo, Santiago; Carmen Moreira, Santiago; María Collins, Rancagua; Mirna Lamas, San Carlos.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

Simbad N.º 157

¿Qué te recuerda?

¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1952.


¡ESOS GOLPES EN LA CALABAZA, ME HAN DEJADO MEDIO DORMIDO!
¡AAAOOOUU! ¡E@HARE UNA SIESTE@ITA EN UN BAN@O DE LA PLAZA!
BZZZ MZZZ ZZZ
¡DESPIERTA! ¿NO SABES QUE AQUÍ NO SE PUEDE DORMIR?
¿Y @OMO VOY A PODER DORMIR @ON LA BULLA QUE USTED METE?
¡!
LUBOZE

PELUSITA POR NATO



Simbad

LA FOSA DE LAS COBRAS

N.º 158

3.–





CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGIN

Simbad

AÑO IV - 10-IX-1952 - N.º 158

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,65
Semestral: US. $ 0,90
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

La fosa de las Cobras



CAPITULO XIII.— Jabú derrota al regente Kahalí.

A la tropa de elefantes amaestrados por el príncipe Jabú y Rosanara, la encantadora de serpientes, el regente Kahalí opuso otra manada de paquidermos, doblemente numerosa, lo cual obligó al príncipe heredero a replegarse por un tiempo en la selva, mientras iba reuniendo un ejército de hombres fieles a su causa.

Entretanto, Kahalí envió al cobarde príncipe Sahan, hermano menor de Jabú, a refugiarse en la isla del lago, prohibiendo que se llevaran, en las embarcaciones que cruzaban el río, reptiles venenosos.

—Rosanara —dijo un día Jabú a su fiel compañera—, creo que ya es tiempo de intentar otra batalla contra el pérfido Kahalí. Dicen que ha regresado al pa-

Los ejércitos de elefantes se trabaron en sangrienta refriega.





Era una lucha cuerpo a cuerpo en la cual Jabú mostraba su arrojo.

lacio real después de dejar a Sahan en el castillo de la isla.

Otra vez se enfrentaron, pues, las tropas de paquidermos y el heredero del reino de Musori se trabó en sangrienta lucha.

El ejército de Kahalí, mejor armado y más numeroso, impedía el avance de las tropas de Jabú.

Pero los elefantes salvajes, que capitaneaba el coloso Ram, templados en la dura vida de la selva, eran más fuertes e impetuosos que los paquidermos que habían vivido cautivos en la ciudad.

—Pobre gente —decía Rosanara a su amigo—; Kahalí les obliga a defender una mala causa; están cayendo aplastados por las patas de nuestros elefantes y son destrozados cruelmente.



Los elefantes de "Ram" aplastaban cuanto se oponía a su paso.

Después de un vehemente cuerpo a cuerpo, la tropa de la foresta logró poner en fuga a los secuaces de Kahalí.

El gallardo príncipe Jabú, erguido sobre el lomo del elefante, gritó entusiasmado:

—El enemigo ha huído. ¡Adelante, Ram!

—Has vencido, ¡oh mi rey! —exclamó la linda Rosanara.

El príncipe Jabú alzó entonces su espada y se acercó a su pueblo.



El regente Kahalí optó por darse a la fuga.

—¡Viva el rey Jabú! —gritaban los vasallos.

—Querido pueblo —respondió Jabú—, soy vuestro rey. Kahalí mintió cuando dijo que yo había perecido en la selva. Hace muchos años me arrojaron a la fosa de las cobras, pero esta mujer que me acompaña me salvó. Hoy he venido a libertaros de la tiranía de Kahalí y a vengarme de ese mal hombre.

El príncipe Jabú avanzaba victorioso al frente de su tropa de elefantes por villas y ciudades, hasta que conquistó todo el reino.

El regente Kahalí, al verse perdido, subió a una embarcación que le llevó al castillo fortificado de la isla.



—¡Victoria! —gritó el gallardo príncipe Jabú.



—¡Viva nuestro rey! —gritaban los habitantes de Musori.

—Kahalí, estamos perdidos —gimió el pusilánime Sahan—. Tengo miedo.

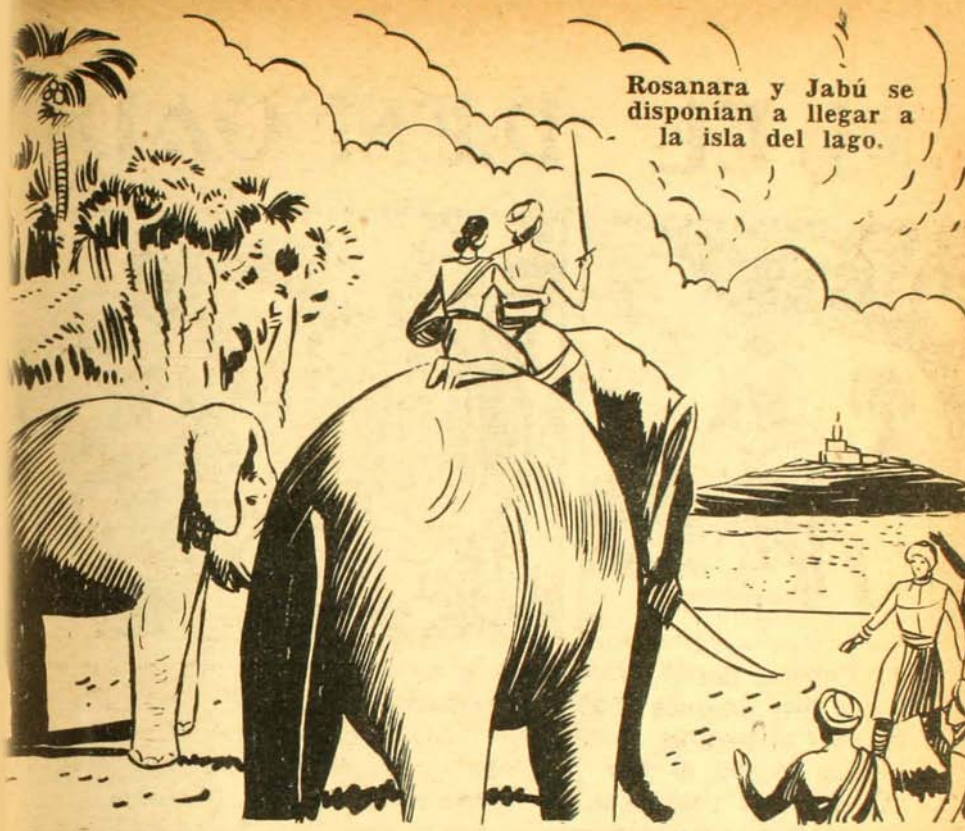
—Tu hermano vendrá hasta esta isla después de haber dominado todo el reino —respondió Kahalí—, pero a esta fortaleza nunca podrá entrar. Vamos a preparar nuestra defensa.

—Tengo miedo, protégeme, Kahalí —repetía incesantemente el cobarde Sahan.

—Si hubieras sido tan aguerrido y valiente como tu hermano, no nos encontraríamos en esta situación —protestó el regente Ka-



—Kahalí, tengo miedo —gimió el cobarde Sahan.



Rosanara y Jabú se disponían a llegar a la isla del lago.

halí—. Si continúo batallando, no lo hago por ti, vil gusano, sino porque Jabú se vengará de mí.

En efecto, el príncipe Jabú, después de conquistar y pacificar el reino de Musori, decidió atravesar el lago con su tropa de elefantes, a fin de sitiar el castillo de la isla y terminar con el dominio del pérfido Kahalí.

—Nada tengo contra mi hermano Sahan —decía el generoso Jabú—, y no quiero su muerte, pero faltarán horcas para colgar de ellas a Kahalí y a su sicario Dargan.

Desde las riberas del lago, Jabú divisaba la fortaleza de la isla.

—Mis enemigos se han fortificado en aquel inaccesible castillo —dijo Jabú a Rosanara.

—Nada hay inaccesible si tú lo quieres, ¡oh mi rey! —respondió la encantadora de serpientes.

Jabú alzó su brillante espada y señaló a los que le seguían que debían lanzarse a nado por las aguas del lago.

(CONTINUARA)

EL RENEGADO DEL RANCHO

CAPITU Y FINAL





1. Patricio partió velozmente hacia el campamento de los *sioux*, y dos días después llegaba al reducto indígena. El centinela quiso detener al hombre pálido, colocándole su lanza en el pecho, pero pronto acudió el jefe "Gavilán" y lo detuvo. Patricio refirió a "Gavilán" la desgracia que había sufrido Rony Morales.





2. "—Mi hermano blanco tuvo razón en venir —declaró el "Gavilán"—. No me importa el peligro que corra al ir a la ciudad de los blancos. Defenderé al vaquero Rony, que es un valiente y no un traidor." Inmediatamente "Gavilán" y Patricio montaron en sus caballos y corrieron hacia la ciudad de Arizona.





3. Una mañana se detuvieron frente a la prisión. "—Han levantado una horca —dijo Patricio, asustado—. ¿Será para mi amigo Rohy?" La gente veía pasar al espléndido piel roja ataviado con su traje y aderezo de jefe de los *sioux* y se preguntaba a qué venía. Pronto "Gavilán" fué introducido al tribunal de justicia.





4. "—Hombres blancos —dijo "Gavilán"—, he venido para decir la verdad." Después de abogar por la causa de Rony, el soberbio piel roja agregó: "—También os ofrezco enterrar el hacha de la guerra y fumar la pipa de la paz con vosotros". Rony salió libre y dejó de ser un renegado y los pieles rojas fueron sus amigos.

La princesita perdida

Una soleada mañana, de hace mucho tiempo, un Colibrí de verde piumaje fué a posarse sobre una flor silvestre que crecía en lo más denso del obscuro bosque.

El Colibrí estaba gustando la miel de los pétalos, cuando de pronto le pareció oír unos cercanos sollozos. Miró hacia el lugar de donde provenía ese llanto y descubrió a la Reina de las Hadas. La hermosa reina estaba sentada sobre una pequeña piedra y se cubría el rostro con las manos. Las lágrimas resbalaban por entre sus dedos y humedecían el dorado cabello que le caía sobre los hombros. Tenía las alas caídas, como si nunca más fuera a volar.

El Colibrí saltó al suelo y se detuvo junto a la Reina de las Hadas. Abrió las alas para acariciarla y preguntó:

—¿Qué os ocurre, oh Reina? Soy el más pequeño de los pájaros del bosque, pero si me decís qué os apena, haré cuánto pueda por ayudaros.

La Reina de las Hadas se secó los ojos y dijo:

—Estoy triste, Colibrí, porque mis amigos, los enanitos, están muy apesadumbrados.

—¿Qué les ha ocurrido a los enanitos? —interrogó Colibrí.

—Esta mañana, cuando Rolando, el hermoso príncipe de los enanitos, paseaba con su esposa Leonora, el malvado Grajo Azul se lanzó sobre ellos y raptó a la princesa, llevándola a su nido. Los enanitos no tienen alas y, por lo tanto, no pueden subir a rescatarla. A pesar de ser yo Reina de las Hadas no puedo ayudarlos. El Grajo Azul es muy malo y calculamos que la princesa Leonora está sufriendo mucho.

El relato de la Reina de las Hadas entristeció mucho a Colibrí.

—Visitaré a todos mis amigos, a las aves y a los insectos de este bosque —prometió el pajarillo—, y seguramente encontraré alguno lo bastante poderoso para rescatar a la princesa Leonora.

Dicho esto, el Colibrí se alejó volando. Habló con el gorrión y

la golondrina. Visitó el nido del pelirrojo y del chincol, pidiendo a cada uno de ellos que volara al nido del Grajo Azul y rescatara a la princesa de los enanitos.
Pero todos sus amigos movieron tristemente la cabeza.
—El malvado Grajo Azul ha destruído muchas veces nuestros nidos —dijeron los pájaros—; nos ha robado los huevos y robado los alimentos almacenados con tanto trabajo.
En realidad, el Grajo Azul era un ave muy feroz, y todos tenían miedo de luchar con ella.
El Colibrí no supo a quién acudir. ¿Dónde hallaría a alguien lo bastante valiente para ayudarle? Dos gruesas lágrimas resbalaron por sus ojillos.
—¿Qué te ocurre, Colibrí? —le preguntó una voz—. ¿Por qué estás tan triste?



Los enanitos lloraban por el rapto de la princesa Leonora.

Volviendo la cabeza, el Colibrí vió junto a él a la Ardilla Plateada. Ambos eran muy amigos y el Colibrí le explicó lo que deseaba.
—Yo no le tengo miedo al Grajo Azul —dijo la Ardilla Plateada—, pero no puedo echarle de su nido, pues me falta el mal genio suficiente para hacerlo. Si encuentras alguien que sea capaz de echar de su nido al Grajo Azul, subiré al árbol donde tiene su nidada y salvaré a la princesa Leonora.
En aquel instante el Colibrí oyó un potente zumbido.
Levantó la cabeza hacia el árbol que estaba a su lado y vió un

La princesita perdida

Una soleada mañana, de hace mucho tiempo, un Colibrí de verde piumaje fué a posarse sobre una flor silvestre que crecía en lo más denso del obscuro bosque.

El Colibrí estaba gustando la miel de los pétalos, cuando de pronto le pareció oír unos cercanos sollozos. Miró hacia el lugar de donde provenía ese llanto y descubrió a la Reina de las Hadas. La hermosa reina estaba sentada sobre una pequeña piedra y se cubría el rostro con las manos. Las lágrimas resbalaban por entre sus dedos y humedecían el dorado cabello que le caía sobre los hombros. Tenía las alas caídas, como si nunca más fuera a volar.

El Colibrí saltó al suelo y se detuvo junto a la Reina de las Hadas. Abrió las alas para acariciarla y preguntó:

—¿Qué os ocurre, oh Reina? Soy el más pequeño de los pájaros del bosque, pero si me decís qué os apena, haré cuánto pueda por ayudaros.

La Reina de las Hadas se secó los ojos y dijo:

—Estoy triste, Colibrí, porque mis amigos, los enanitos, están muy apesadumbrados.

—¿Qué les ha ocurrido a los enanitos? —interrogó Colibrí.

—Esta mañana, cuando Rolando, el hermoso príncipe de los enanitos, paseaba con su esposa Leonora, el malvado Grajo Azul se lanzó sobre ellos y raptó a la princesa, llevándola a su nido. Los enanitos no tienen alas y, por lo tanto, no pueden subir a rescatarla. A pesar de ser yo Reina de las Hadas no puedo ayudarlos. El Grajo Azul es muy malo y calculamos que la princesa Leonora está sufriendo mucho.

El relato de la Reina de las Hadas entristeció mucho a Colibrí.

—Visitaré a todos mis amigos, a las aves y a los insectos de este bosque —prometió el pajarillo—, y seguramente encontraré alguno lo bastante poderoso para rescatar a la princesa Leonora.

Dicho esto, el Colibrí se alejó volando. Habló con el gorrión y

la golondrina. Visitó el nido del pelirrojo y del chincol, pidiendo a cada uno de ellos que volara al nido del Grajo Azul y rescatara a la princesa de los enanitos.
Pero todos sus amigos movieron tristemente la cabeza.
—El malvado Grajo Azul ha destruído muchas veces nuestros nidos —dijeron los pájaros—; nos ha robado los huevos y robado los alimentos almacenados con tanto trabajo.
En realidad, el Grajo Azul era un ave muy feroz, y todos tenían miedo de luchar con ella.
El Colibrí no supo a quién acudir. ¿Dónde hallaría a alguien lo bastante valiente para ayudarle? Dos gruesas lágrimas resbalaron por sus ojillos.
—¿Qué te ocurre, Colibrí? —le preguntó una voz—. ¿Por qué estás tan triste?



Los enanitos lloraban por el rapto de la princesa Leonora.

Volviendo la cabeza, el Colibrí vió junto a él a la Ardilla Plateada. Ambos eran muy amigos y el Colibrí le explicó lo que deseaba.
—Yo no le tengo miedo al Grajo Azul —dijo la Ardilla Plateada—, pero no puedo echarle de su nido, pues me falta el mal genio suficiente para hacerlo. Si encuentras alguien que sea capaz de echar de su nido al Grajo Azul, subiré al árbol donde tiene su nidada y salvaré a la princesa Leonora.
En aquel instante el Colibrí oyó un potente zumbido.
Levantó la cabeza hacia el árbol que estaba a su lado y vió un

enorme nido de avispas, del que entraban y salían multitud de ellas.
Las avispas eran las mejores luchadoras de todo el bosque, pues cada una iba provista de un largo y fuerte aguijón. Esos insectos eran bastante malos, y el Colibrí necesitó reunir todo su valor para volar hasta el avispero.
Pero siempre pensando en complacer a la Reina de las Hadas, voló hasta el árbol vecino, se detuvo en la puerta del avispero, golpeó suavemente y aguardó un momento.
La Reina de las Avispas salió a preguntar qué deseaba.
—¡Oh soberana! —saludó el Colibrí—. ¿Te has enterado de que el Grajo Azul ha raptado a Leonora, la princesa de los enanitos?
—Lo ignoraba —dijo la Reina Avispa—, pero todo se puede esperar de ese malvado Grajo Azul.
El Colibrí explicó toda la historia, y la Reina de las Avispas se enfadó mucho, al saber que el Grajo Azul había cometido tan cruel delito.
—Reuniré un ejército de nuestros mejores guerreros y haremos que el Grajo Azul se marche del nido —dijo la Avispa.
—Gracias, soberana —respondió el Colibrí—, pero advierte a tus sanguinarias huestes que no piquen a la princesita Leonora.
Después de prometer esto, la Reina de las Avispas lanzó un zumbido que parecía el toque de un clarín. Una larga columna de avispas salió del avispero.
En un vibrante discurso, la Reina explicó a sus súbditos la maldad del Grajo Azul con la pobre princesita Leonora y dijo que debían atacar en columna cerrada al pérfido pajarraco para hacerle huir del nido.
—Cuando el pajarraco huya del nido —agregó la Reina de las Avispas—, la Ardilla Plateada podrá rescatar a la princesa.
El Colibrí abrió sus alitas lleno de alegría y lanzó un trino que bien podía envidiarle un ruiseñor. En seguida siguió en su vuelo a las avispas, para ver cómo echaban de su nido al Grajo Azul.
Entretanto, la Ardilla Plateada corría velozmente hacia el enorme roble donde se ubicaba el nido.
El cínico Grajo Azul, muy ufano de su crueldad, estaba riéndose de los terrores de la princesita Leonora.
De pronto, en medio de una maligna carcajada, el Grajo Azul oyó el potente zumbido del enjambre de avispas, que avanzaba hacia el nido guiado por el Colibrí.

El Grajo Azul era muy malo y le gustaba hacer daño a todos los que eran más débiles que él, pero en el fondo era un cobarde.
Al ver que las avispas se dirigían contra él, remontó el vuelo para escapar. Pero las avispas lo siguieron hasta las alturas, en que se refugió.
Las avispas no cejaron en su intento, y entonces el Grajo Azul huyó a perderse en otro punto del bosque.
El Colibrí subió hasta el nido y, asomándose al borde de él, vió a la princesita Leonora sumida en amargo llanto.
—No llores, princesa —le dijo—, las avispas han hecho huir al

El Colibrí prometió a la Reina de las Hadas que salvaría a la cautiva del Grajo Azul.



Grajo Azul, que no volverá nunca más aquí.

—¿Y cómo puedo yo bajar de este árbol tan alto? —preguntó la enana princesita—. Me da miedo la tremenda altura.

—Ahora sube la Ardilla Plateada que te devolverá a tu esposo —indicó el Colibrí.

En efecto, la Ardilla Plateada, moviendo su preciosa cola, trepaba por el tronco del roble, dando alegres gritos, como manifestando su alegría por la gran proeza que iba a ejecutar.



La Ardilla Plateada libertó a la princesita Leonora de las garras del Grajo Azul.

—Monta en mi espalda, linda princesita —expresó la buena ardilla—. Yo te llevaré al seno de tu hogar.

En un momento la Ardilla Plateada bajó a la princesa Leonora hasta el suelo, llevándola luego hasta donde estaba su pueblo.

El Colibrí volaba junto a ellas muy contento de haber logrado al fin salvar a la princesa.

Cuando los enanitos vieron llegar sana y salva a la princesa Leonora, dejaron de llorar y prorrumpieron en gritos de alegría, corriendo a su encuentro.

El príncipe Rolando abrazó tiernamente a su esposa la princesa Leonora, y ésta le dijo:

—Nunca más debes abandonarme, Rolando. No puedes imaginarte cuánto me hizo sufrir el Grajo Azul. Se burlaba de mi llanto y me decía que tú eras un enano feo y pobre, y que él podía regalarme joyas...

—Las joyas que entra a robar en los palacios de los hombres — refunfuñó un enano viejo—. El Grajo Azul es un ladrón. Una vez le vi salir por una ventana con un collar de perlas.

—Basta —dijo el príncipe Rolando—. Desde hoy las puertas de nuestro palacio se cerrarán a temprana hora y nunca más me separaré de mi adorada esposa Leonora.

El Colibrí, entretanto, había comunicado a la Reina de las Hadas su victoria.

Entonces acudieron todas las hadas revoloteando de un lado a otro sobre el palacio de los enanitos, y lo mismo hicieron los elfos y los duendecillos.

Pero el más dichoso era el príncipe Rolando, que había recuperado a su esposa.

Se celebró una fiesta, a la que asistieron todos los habitantes del bosque.

Al Colibrí le dieron la miel más dulce que encontraron, y a la Ardilla Plateada le sirvieron las más gruesas avellanas y almendras, pues gracias al pajarito verde, a la Ardilla Plateada y a las Avispas, los enanitos recobraron a su amada princesa Leonora, que habían creído perdida para siempre.

Correspondencia

Jorge A. Quezada, Ana Parada, Lucinda Ramírez, Miriam Quinteros, Juana Soto Guajardo.— Aceptamos sus cordiales felicitaciones por la revista que ustedes califican como la mejor de todas.

Rubén Katinsky, Juan Manuel Wachter Hidalgo, Luis Ernesto Esparza.— Aplauden ustedes todas las seriales y esperan que continúen siendo tan interesantes las que publiquemos después. Así lo deseamos también nosotros, ya que nuestro interés es que la pequeña gran revista sea del agrado del mundo infantil.

Luis Gómez, Jaime Concha.— Daremos sus felicitaciones a los dibujantes Nato, Lugoze y Elena Poirier por sus excelentes dibujos.

Olga Yévenes, Luis Hernández Silva.— Comprendemos la anhelante espera de los miércoles para continuar leyendo las seriales que tanto les apasionan. Si temen perder un número de "SIMBAD", suscríbanse, pues, casi siempre se agota en la calle.

René Eduardo Illanes, Nazira Games, Raúl Sánchez Escudero, Oscar Gergier.— Dicen ustedes que "SIMBAD" está triunfando cada vez más y que ya es la preferida de todos los niños y niñas de Chile por su interesante lectura. Agradecemos esos conceptos que nos honran.

Abelardo Valdebenito, María Fernández, María Novoa.— Agradecemos sus elogios para la revista "SIMBAD", y trataremos de seguir por el sendero trazado, ya que tanto les gusta.

ROXANE.

CORENTIN DETECTIVE

CAPITULO I.—DEFENSORES DE IRMA ACUSADA DE HOMICIDIO



1. Viajando y viajando, Corentín y Kim se hicieron amigos de una jovencita llamada Irma. Por desgracia, Irma fué acusada de un crimen que no había cometido. Corentín comenzó a seguir la pista de un mendigo, y así llegó hasta la casa donde se hospedaba. Corentín se acercó a una vendedora y la saludó.



2. "—Dígame, señora, ¿ese mendigo que entró allí es conocido suyo?", preguntó el imprudente Corentín. "—¿Te ha robado algo? —inquirió la vendedora de castañas—. Ese mendigo viene siempre con objetos robados. Si quieres, yo puedo llevarte hasta su cuarto y hablas con él." "—Por favor, señora", suplicó Corentín.



3. Atravesaron un obscuro corredor, y, por fin, la mujer le dijo así: "—Este es el cuarto del mendigo. Entra sin golpear y mira si hay algo tuyo ahí." "—Yo no quería entrar, sino...", alcanzó a decir Corentín, cuando la mujer le empujó, gritando al mendigo: "—Ahí tienes al pillete que sigue tus pasos."



4. El falso mendigo descargó un garrotazo sobre el cuerpo de Corentín, diciendo con burla cruel: "—Buena sorpresa te has llevado, rapaz". Corentín cayó al suelo sin sentido. "—Aquí lo tenemos —gritó en seguida el falso mendigo—. Este es uno de los amigos de Irma." "—¿Lo mataste?", preguntó la vendedora.

CORENTIN DETECTIVE



5. "—No, mujer —dijo el malvado hombre—. Le di un golpe en la nuca para dejarle tranquilo. Mientras yo le amarro bien, ve a telefonear a Cara de Mono, infórmale de la captura y pregúntale qué hago con el muchacho." "—En los enredos que me meten a mí", refunfuñó la mujer, saliendo del miserable cuarto.



6. Mientras tanto, otros secuaces del Cara de Mono habían secuestrado a Kim, quien, atado a su silla, murmuraba lleno de pavor: "—Ojalá que no me torturen esos bandidos. Prefiero que me maten de una vez. ¿Por qué me metería yo en estos asuntos y estar corriendo peligros por esa chiquilla que apenas conozco?"

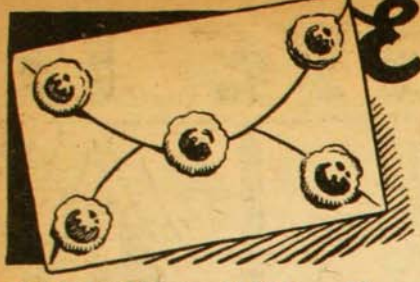


7. De pronto Kim oyó sonar la campanilla del teléfono, pero como él estaba atado a una silla, le era imposible coger el auricular. Dos horas después apareció el Cara de Mono con una mujer joven. "—Aquí me va a llegar —suspiró Kim—, por haberles dado una pista falsa. Corentín tiene toda la culpa y me matarán."



8. "—Mentiroso —díjole el Cara de Mono—. Te burlaste de mí. ¿Recuerdas lo que te prometí si me engañabas?" "—No le torturés —indicó la mujer—. Lo importante es descubrir al otro chiquillo." Cara de Mono comenzó a torcer los brazos de Kim, preguntándole dónde estaba su amigo. "—No sé", respondía Kim.

(CONTINUARA)



EL SOBRE DE LOS SELLOS VERDES

CAPITULO XIII.—Un ciclón conmueve al castillo.

RESUMEN: Marcial Durand, Juan y Mireya Carol intentan entregar un sobre lacrado con cinco sellos verdes a la señora Valladares. Los niños luchan contra peligros y espías que los persiguen. Finalmente, Mireya llega al castillo Valladares, pero se da cuenta de que le han robado el sobre de los sellos verdes. La señora Valladares la obliga a buscar el tesoro de la familia, pues por su culpa se han perdido las instrucciones sobre la ubicación del tesoro. Mireya sigue muchas pistas falsas hasta que en una chimenea descubre una plancha de metal que logra abrir. Mireya penetra en una celda, y, cuando va a descubrir el tesoro, cae la plancha dejándola enmurallada. Al advertir la ausencia de Mireya, llaman al castillo a Juan Carol. Esa misma noche, Rosina, que es en realidad la rubia Antonieta, hija de Braulio, el sobrino de la señora Valladares, visita a Mireya y le ofrece, a cambio de alimentos, que le entregue el tesoro. Mireya se niega, y la malvada muchacha la deja encerrada y sin comida.

Rosina o Antonieta, después de su entrevista con Mireya Carol, sintió atroz angustia por su vil proceder. Hasta ese momento había actuado sin piedad, convencida de que el fin justificaba los medios. Acaso pensó que Mireya era menos fuerte de carácter y fácil de aterrorizar.

Aunque culpable, nunca pensó en el desenlace de su diabólica maquinación.

"Yo no quería que muriera de hambre y de sed —pensaba Antonieta—. Ahora todo se complica. Si logran descubrir el escondite de Mireya, quedaré deshonrada."

Ella, la hija del sabio Braulio Vernier, se vería arrastrada a los tribunales de justicia y su padre adorado, tal vez moriría de dolor.

"Yo no quería eso —continuaba meditando Antonieta Vernier—. Sólo deseaba reparar la injusticia de mi tío. Papá quedará ciego si no se somete a una costosa operación a la vista y mi pobre hermano no ha podido terminar sus estudios. Estamos arruinados."

En el fondo, Antonieta no era mala, pero su criterio se había desviado enteramente con la idea de salvar a los suyos del infortunio.

Y he aquí que llega Juan Carol, el hermano de su víctima, y

como él también conoce el secreto de las cuatro palabras del sobre: *Sol, Luna, Chimenea* y *Diadema*, es posible que descubra el escondite de su hermana.

Antonieta lo había sacrificado todo por ese tesoro inalcanzable ya. Ingresó como sirvienta al castillo, sufrió humillaciones y molestias, y engañó a su padre, a quien dijo que iba de vacaciones a casa de una amiga.

—Y todo para convertirme en una criminal —terminó diciendo Antonieta, en medio de amargo llanto.

Entretanto, Juan Carol, todavía muy débil, pero sostenido por el anhelo de encontrar a Mireya, recorría desde el alba el castillo; subía a las buhardillas, registraba los sótanos y salía a la playa. Allí divisó una blanca barquilla atada a una roca. Era el pequeño velero que el hermano mayor de Mónica usaba cuando venía a visitar a su abuela.

—¿Y si Mireya hubiera caído al mar? —se dijo de pronto, Juan Carol—. Mi hermana es eximia nadadora, pero cuántos peligros puede encontrar en una playa desconocida.



Juan Carol y Mónica temían que Mireya estuviese sepultada bajo los peñascos.

Iba a regresar de nuevo al castillo, cuando se le acercó la simpática Mónica.
—Exploremos las grutas de la Diadema —propuso la chica—. Mireya se interesaba mucho por visitarlas desde que yo le conté que allí habían enterrado los piratas un tesoro.
—Julio y Melania registraron ya esa gruta, según me dijo la señora Valladares —indicó Juan.
—Sí —expresó Mónica—; pero no pudieron mover esas piedras enormes que obstruyen la entrada. Si usted quiere intentarlo, Juan, yo le ayudaré.
Juan no pudo ocultar una sonrisa al oír la proposición de la linda muñequita.
Ambos bajaron a la gruta de la Diadema y se dieron cuenta de la imposibilidad de remover aquellos peñascos.
Mónica gritaba a voz en cuello:
—Mireya, Mireya, ¿estás ahí? Vamos a salvarte... Responde.
Pero el túnel deformaba el sonido de su voz y la ahogaba.
—Volvamos al castillo —decidió por fin Juan, llevando de la mano a Mónica.
Ya la señora Valladares se había levantado y recibió al angustiado joven, quien le dijo:
—Señora, temo que mi hermana se encuentre bloqueada en el fondo de la gruta marina, como dice su nietecita. Recientemente han rodado allí muchos peñascos.
—Víctor nunca me habló de un desmoronamiento —insinuó María de Valladares.
—Le confieso, señora, que me siento incapaz de hacer otro esfuerzo —balbuceó Juan Carol—. Le suplico que pida auxilio a los carabineros de Olona. La policía local enviará dos guardianes, pero ahora se trata de gente que traiga herramientas necesarias para derribar esas rocas y dragar las aguas del mar bajo esos peñascos cortados a pique. Si mi hermana....
Juan Carol no pudo continuar, porque su voz desfalleció ante la idea de que pudieran encontrar solamente un cadáver en esas rocas.
—Mi pobre niño —murmuró la señora Valladares—, voy a enviar a Víctor al puerto de Olona, a fin de que envíen un equipo de salvamento.
—Yo mismo iré —decidió Juan Carol.
—Deje que salga Víctor —ordenó la dama—. Usted está mejor para la cama que para una misión tan fatigosa.

—¡Abuelita! —gritó de pronto Mónica—. Ha comenzado a llover con viento huracanado. Nadie podrá salir del castillo.
En efecto, súbitamente el cielo se había obscurecido y la copiosa lluvia golpeaba los muros del castillo.
Truenos, relámpagos y rayos señalaron la tempestad más intensa. Mónica se arrojó en brazos de su abuela, murmurando:
—Abuelita María, esta noche no podré dormir. Déjeme en su cuarto, por favor.
—Bueno, bueno —respondió la dama—; dormirás conmigo, pero no seas tan miedosa...



Temporales y vientos ciclónicos conmovieron el castillo de Valladares.

—Señora —dijo Víctor, entrando en la estancia—, es imposible salir del castillo. Los caminos se han cortado y temo que el huracán se convierta en ciclón.
Por momentos la tempestad iba resultando una verdadera catástrofe. Las pizarras del viejo techo del castillo volaban con el fuerte viento y hasta los cimientos parecían removerse.
Así llegó la noche, y no quedó otro remedio que esperar el fin de aquel siniestro atmosférico.
En la cocina el viejo Víctor iba y venía moviendo la cabeza.
—Es el Juicio Final, mi pobre Melania —decía Víctor—. Reza tu rosario, mujer, y encomiéndate a Dios.
—¿Cerraste bien todas las puertas y ventanas? —preguntó Melania—. Hay que colocar aspilleras en los postigos porque el agua

entra a borbotones. Mira cómo está el suelo de la cocina. Pronto estaremos nadando aquí.
—¿Y tú, Rosina? —preguntó Víctor a la sirvientilla que se sentaba junto a la mesa con su plato de sopa—. Tienes una cara de muerto. Quizás no tienes la conciencia muy tranquila y no querrías ser fulminada por un rayo antes de hacer las paces con Dios.
Rosina, o, mejor dicho, Antonieta Vernier, se estremeció de espanto, y con voz humilde, respondió:
—Así puede ser, don Víctor. Tengo una angustia que me ahoga.

* * *

Volvamos ahora a nuestra prisionera, la enmurallada Mireya.
Agotada por el ayuno y persuadida de que la terrible Antonieta la dejaría morir allí, ya no tuvo ánimos para moverse del montón de paja.
Para extremar sus padecimientos, un calor sofocante había penetrado en la celda carcelaria durante ese día de tormenta.
Cuando el ruido del trueno llegó a sus oídos, se incorporó y pudo ver el fulgor de los relámpagos por el embudo con que terminaba la chimenea.
—Una tempestad, una verdadera tempestad —se dijo Mireya—. Que llegue hasta aquí una gota de agua para saciar mi sed...
Este pensamiento dió fuerzas a la reclusa. Tocando los muros sintió húmedos sus dedos. Inmediatamente cogió la jarra que había sobre la mesa y comenzó a recibir las anheladas gotas de agua.
Agua sucia, llena de lodo, pero agua al fin, para saciar esa sed que la devoraba.
Mireya olvidaba los truenos, las ráfagas que pasaban silbando por el orificio de la torre. Las gotas de agua caían en la jarra con un sonido musical que la deleitaba. Bebía el agua con delicia y nunca llegaba a saciarse.
—Me siento revivir —murmuraba Mireya—. Esta tormenta ha sido mi salvación.
En efecto, sólo para la enmurallada niña el ciclón resultó benéfico.
Juan Carol se creía en una mansión bombardeada por terribles enemigos. Mónica no pudo dormir y pasó la noche abrazada de su abuela, quien rezaba en alta voz para dominar sus nervios.
Melania y Víctor se cubrían con la ropa de cama para no ver los relámpagos.

Y Antonieta creía que iba a morir en pleno crimen, y, por consiguiente, se condenaría.

—El rayo destruirá el castillo, sepultará a todos sus habitantes y también el tesoro que tanto ambicioné —gemía Antonieta—. De nada me ha servido dejar muriéndose de hambre a esa pobre niña. Quiero ir a salvarla... Dame valor, Dios mío.

Pero una verdadera parálisis se apoderó de la torturada Rosina.

En consecuencia, el ciclón sólo había favorecido a Mireya, pues ya pudo saciar la sed, lavarse su cara, sus cabellos y sus manos.

—Gracias, Señor —balbuceó la enmurallada, bebiendo el agua que ya comenzaba a caer a chorros por el orificio de la alta chimenea.

De pronto las ráfagas se esparcieron y las primeras luces de la aurora anunciaron el fin de la tempestad.

A la incierta luz del amanecer, Mireya vió algo que la hizo prorrumpir en un grito de alegría.

(CONTINUARA)



—Temerás el juicio de Dios y no tendrás la conciencia tranquila —dijo Víctor a la sirvientilla Rosina.

Ponchito


ESTE CORDEL ESTÁ BUENO PARA LO QUE PIENSO HACER
AHORA TENGO QUE PILLAR AL CHANCHO
MENOS MAL QUE YO SOY BUENO PARA EL LAZO
¡YA LO AGARRÉ!

por nato


¡SOSEGADITO! ¡YA FALTA POCO, NO TE MUEVAS!
¡MALDADOSO! SUELTA INMEDIATAMENTE A ESE POBRE ANIMAL
¡PERO ABUELITA! ¿NO VE QUE ESTOY HACIENDO ARROLLADO?
NATO



El Hijo del Lobo



CAPITULO XIII.—Tristán en la Escuela de Logres.

La vida de Tristán, el Hijo del Lobo, iba a cambiar totalmente desde que Merlín el Mago, irritado contra la crueldad de los hijos del conde Giles, le apartó de ellos.

—Irás a Logres a estudiar las leyes de la caballería —habíale dicho Merlín.

Estudiar las leyes de la caballería significaba que Tristán sería un caballero, o sea, un guerrero y un valiente digno de figurar en los torneos olímpicos y en las gestas guerreras.

Iba Tristán hacia su destino cuando se encontró con un muchacho de cabellera rubia, que le invitó a luchar con él.

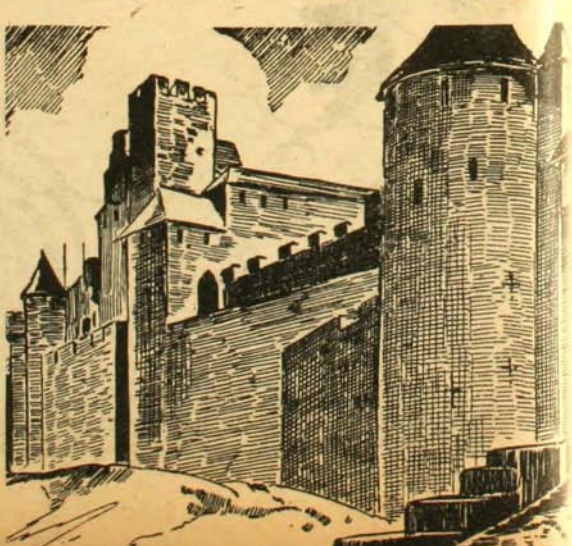
Ambos eran de la misma edad, pero Tristán, gracias a su agilidad, triunfó en la lucha.

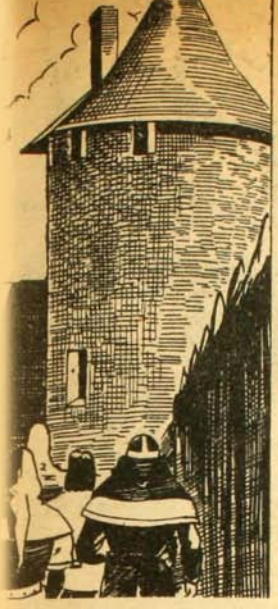
El jovencito rubio era Lancelote, hijo de la princesa Viviana de Brocelandia.

Lancelote y Tristán juraron ser siempre amigos.



La mole granítica del castillo de Logres.





istán fué introdu-
o a la torre del
magno castillo.



El escudero Arnoldo recibió al Hijo del Lobo.

Lancelote y Tristán hicieron el juramento de sangre y prometieron ser leales amigos para toda la vida.

Tristán, después de cambiar ese sagrado compromiso, quiso seguir su camino hacia el castillo de Logres.

—Allá nos volveremos a ver —dijo el simpático Lancelote, abrazando a su hermano Tristán— cuando Merlín el Mago me autorice para ingresar a la Escuela de Logres.

En la tarde de ese mismo día el Hijo del Lobo llegó a las puertas de la ciudad de Logres, la cual era la más suntuosa en heráldicas de nobleza y la más reputada en hechos de caballería.

Los guardias de Logres condujeron a Tristán a una gran torre, atravesando por un extenso campo circundado por empalizadas con puntas de acero.

Un gigantesco escudero acogió a Tristán, el Hijo del Lobo.

En adelante, el niño selvático viviría en ese recinto enmurallado y estudiaría las leyes de los caballeros y nobles del reino.

Tristán, lleno de temor, pero demostrando un semblante sereno, entró

Entre los muchachos de la escuela estaba el malvado Rudel.





—Vamos a iniciar la lucha con el bastón —dijo el escudero.



Rudel se lanzó violentamente contra Tristán.

en una gran sala donde estaban reunidos doce muchachos más o menos de su misma edad.

Tristán reconoció entre ellos a Rudel, el malvado hijo del conde Giles.

Rudel lanzó una irónica carcajada al ver al ahijado de Merlín el Mago, y, burlándose, lo mostró a sus compañeros.

—Este es el Hijo del Lobo —exclamó el despiadado Rudel—, un plebeyo que no tiene derecho a rozarse con los hijos de los caballeros feudales.

Los demás muchachos se rieron también del Hijo del Lobo y le señalaron con el dedo.

Entretanto, el escudero Arnoldo anunció que iban a empezar el ejercicio del bastón.

—Al patio todos y cada cual con su bastón. En fila... Comenzaremos por una lucha simple. Que cada cual escoja a su compañero.

Apenas dió el escudero Arnoldo la señal, Rudel se lanzó sobre Tristán.

El choque fué violento y el Hijo del Lobo cayó de espaldas ante el golpe que Rudel le dió en el estómago.

Por suerte Tristán tuvo tiempo para atravesar su bastón en defensa de su cuerpo, y Rudel no pudo aprovechar de su primera ventaja.

—¡Alto! —gritó el escudero Arnoldo, que, si bien severo, era un individuo que tenía conceptos caballerescos y justicieros—. Un duelo, aun cuando sea nada más que un ejercicio, debe respetar las reglas del honor. Tú, Rudel, te lanzaste contra Tristán sin darle aviso.

—Ese muchacho no es noble, ni caballero —dijo Rudel.

—La nobleza se prueba por los actos y no por el nacimiento —expresó Arnoldo.

—Así se lo diré a mi padre el conde Giles —replicó Rudel, con insolencia.

El escudero Arnoldo guardó silencio. Su situación de asalariado entre los hijos de la nobleza feudal le obligaba muchas veces a soportar los desdenes de esos orgullosos muchachos.

(CONTINUARA)



El Hijo del Lobo atravesó el bastón para defenderse de Rudel.

¿Adivina Ud?



A___

B____

P_____

J_____

CONCURSO DE SINONIMOS

Lectorcitos: existen varias formas de nombrar al simpático animalito que aparece en el grabado. ¿Sabes las 4 palabras que indicamos con guiones? Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL N.º 156.—Bartolomé Mitre.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL.—Marcela Naudón, Chillán; Mariela Grez, Lota Bajo; Claudio Alexandre Villar, Santiago. UNA LAPICERA FUENTE.—Olga Quijada, Temuco; Gilberto Gasside, Santiago; Olegario Bórquez, Angol. UN PREMIO DE $ 20.—Walter Rosas, Talca; Enrique Espinoza, Valparaíso; Rosa Gundelach, Chillán; Waldemar Baeza, Molina; Sergio Moreira, Santiago; Juanita Fernández, Santiago; Patricia Urquiza, Talcahuano; Tránsito González, Los Andes; Aquiles Maureira, Coronel; Chabelita Bello, Santiago. UN ESTUCHE COLEGIAL.—Lorenza Sánchez, Los Andes; Jaime Jara, Los Angeles; Aída San Martín, Los Angeles; Francisco Dendarién, Traiguén; Carlos Venegas, Santiago; Silvia Hernández, Santiago; Mirlina Torres, Nogales; Cecilia Espínola, Santiago; Manuel Salazar, Rancagua; Jorge Sepúlveda, Temuco. DOS LAPICES, UNA GOMA.—María Nancy Ganzur, Chépica; Ema Navarro, Los Andes; Ponciano Torres, Temuco; Eugenio Bello, Santiago; Manuel Román, Santiago; Dora Marambio, San Fernando; Guillermo Castillo, Santiago; María Cecilia Orellana, Curicó; Nicolás Vicuña, Santiago; Nicanor Pérez, San Bernardo. DOS PALETAS ACUARELAS.—Hernán Letelier, Talca; Mario Sandoval, Quillota; Hernán Salazar, San Carlos; Patricio Rojo, Santiago; Santiago Gutiérrez, Los Andes; Eduardo San Martín, Angol; Laura Arenas, Chimbarongo; Teresa Lobos, Los Andes; Eliana Briceño, Santiago; Alicia Zapata, Chillán. UN VITALMIN.—Beatriz de Moras, San Felipe; Hugo Jara, Los Angeles; Selma Pulgar, Cabildo; Narciso Goiri, Los Andes; María Iribarra, Lota; Roberto Goñi. Los Angeles; Marta Isabel Rodríguez, Santiago; Luis Zapata, Concepción; Víctor Manríquez, Cabildo; Osvaldo Rodríguez, Los Angeles.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 158

¿Saben ustedes las cuatro palabras?

¡LECTORES: UNA GRATA NOTICIA! Con motivo de las Festividades Patrias, efectuaremos un reparto extraordinario de premios. RESERVA tu EJEMPLAR N.º 159, para que participes en esta FIESTA DE "SIMBAD".

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, septiembre, 1952.


¡GRRR!
¡GRRR!
AAOOU
AAOOU
¡CUIDADO CON CAERTE!
¡CUIDADO CON CAERTE!
¡EPA!
¡EPA!
BUAAA
BUAA
BUAA
BUAAA
BUAA
BUAA
VENTA DE PAJAROS
LUGOZE

PELUSITA POR NATO














GRAN FONDA
SIMBAD
¡VIVA EL DIECIOCHO!
N.º 159
$ 3.—
NATO



CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV - 17-IX-1952 - N.º 159

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,65
Semestral: US. $ 0,90
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

La fosa de las Cobras

CAPITULO XIV.—*El asalto a la fortaleza de Kahalí.*

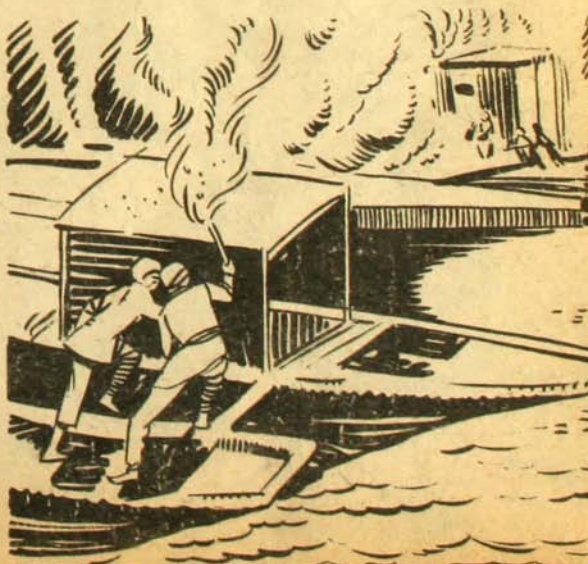
El príncipe Jabú había conquistado todo el reino de Misori con su tropa de elefantes y con el ejército que formó a través de los villorrios. La mayoría del pueblo odiaba al tirano Kahalí y, voluntariamente, se unió al gallardo príncipe y a su compañera Rosanara, la encantadora de serpientes.

Entretanto, el regente Kahalí subía a una barca y se dirigía a la fortaleza de la isla, donde ya se había refugiado el cobarde y pusilánime Sahan.

Pero antes de partir a la isla del lago, Kahalí ordenó a su gente que destruyera cuanta embarcación había en las riberas del lago, a fin de que al príncipe Jabú le resultara imposible llegar a la fortaleza.

Cumplida esta orden,

Kahalí ordenó quemar todas las barcas en la orilla del lago.





Atravesaremos el lago con nuestros elefantes —declaró Jabú.

no quedó a la orilla del lago ningún barco ni barquilla, pues todos fueron destruídos por el fuego.

Pero el joven príncipe Jabú no se arredró por ello.

—¡Adelante, Ram! —gritó al capitán de la tropa de paquidermos.

—Siempre adelante, mi rey —agregó Rosanara.

Así, vencida esta nueva dificultad, los jóvenes partieron a la conquista de la inexpugnable fortaleza de la isla.

Con Ram a la cabeza, los elefantes iniciaron su marcha a través del lago. Hundíanse en el agua, pero, como buenos nadadores, continuaban la travesía sin apartarse de la línea que les marcaba el coloso Ram.

Los gigantes de la jun-



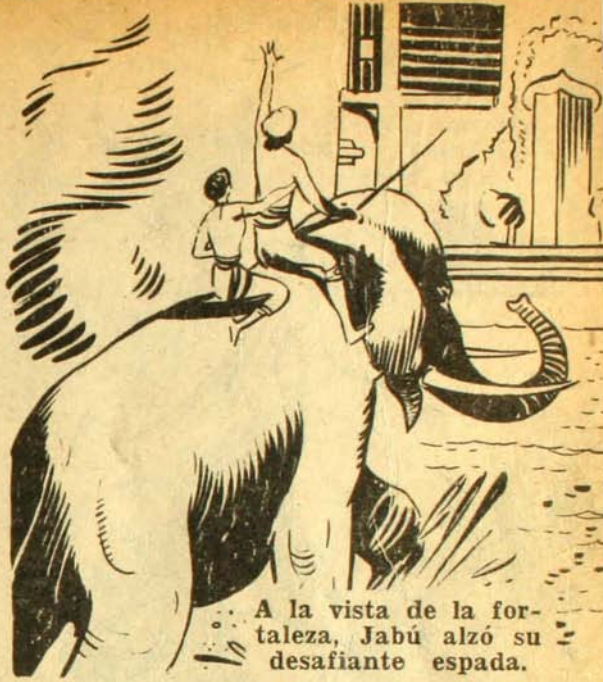
La tropa de paquidermos siguió a Ram a través de las aguas.

gla ya estaban en la isla y frente al castillo de Kahalí.

—¡Adelante, Ram! —gritó el príncipe Jabú, alzando su espada.

Las grandes puertas exteriores de la fortaleza cedieron ante el empuje de los elefantes y quedaron destruídas. Pero ésas eran las defensas menores de la fortaleza.

Tras esas puertas se alzaba el castillo de piedra, cuyos lisos muros impedían todo intento de asalto.



A la vista de la fortaleza, Jabú alzó su desafiante espada.

—Kahalí, estamos perdidos —gemía el príncipe Sahan—. No podemos huir ni refugiarnos en otra parte de la isla. Sálvame, Kahalí.



Los elefantes rompieron las puertas exteriores de la fortaleza.



¡Sálvame Kahalí!, —suplicaba el príncipe Sahan.

—Nada temas —respondió Kahalí—. Tengo un medio infalible para repeler el ataque de esos rebeldes.

En efecto, el regente Kahalí, al darse cuenta del asalto, había preparado su defensa con astucia y maldad.

Ordenó a todos sus soldados que calentaran agua y aceite en grandes calderas, a fin de lanzar esos líquidos hirvientes sobre los asaltantes.

Mientras tanto el príncipe Jabú gritaba a voz en cuello:

—¡Adelante, Ram! ¡No tengas miedo!

De súbito comenzaron a caer desde los altos muros líquidos hirvientes y tizones encendidos que aterrorizaron a los elefantes.

Ni Rosanara ni Jabú pudieron sujetar a los despavoridos habitantes de la jungla. Al sufrir las primeras quemaduras, hubo una terrible confusión entre los elefantes, que, con la misma premura con que llegaron a la isla, volvieron marcha atrás, hacia el lago, y se escabulleron.



Los soldados de Kahalí arrojaban tizones ardientes y líquidos humeantes.

—¡Vuelve, Ram! —gritaba Jabú, desesperado.
—¡Ram! ¡Ram! —exclamaba Rosanara.
Los elefantes temían al fuego más que a todo otro elemento y ninguno quiso volver a la fortaleza.
Sahan y Kahalí, que presenciaban la derrota de Jabú desde la



Los elefantes huyeron en desbandada dejando solos a Jabú y a Rosanara.

torre, bajaron alborozados, ordenando a los soldados que corrieran tras los fugitivos y les aprisionaran.
—Tráiganlos vivos o muertos —ordenaba el malvado Kahalí—. Si los dejáis escapar, os arrojaré a los fondos con aceite caliente.

(CONTINUARA)

ANDANZAS DE SAMUEL BILL

CAPITULO II.—LA TRISTE HISTORIA DE JUANITO





1. En su vida de vagabundo, Samuel Bill llegó una tarde a la cabaña de una anciana que le confundió con su nieto Juan, quien fué raptado por el bandido Porras. "—Muy pobre soy —dijo la anciana—, pero puedo ofrecerle a usted una sopa de maíz molido, un vaso de leche y un lecho de paja."





2. Samuel Bill comprendió al punto que existía un terrible misterio en la vida de la infeliz anciana. "—¿Vive sola aquí? —preguntó Samuel—. El trabajo del campo ha de ser superior a sus fuerzas. Yo podría ayudarla." "—Soy tan desgraciada —murmuró la anciana—. Voy a narrarle mi historia y comprenderá mi dolor."





3. "—Yo crié a Juanito desde que quedó huérfano. Vivíamos felices —refería la anciana—, y nada nos faltaba. El niño adoraba a su abuela Cata, como él me llamaba. Pero vinieron tiempos difíciles; hubo una sequía y no teníamos pastos para los animales, ni cosechamos maíz. Era la ruina completa."





4. "—Las vacas se enfermaron. Juanito les dió remedios, pero carecíamos de dinero para llamar a un veterinario. Por fin, cuando conseguimos uno, nos declaró que sufrían de fiebre aftósa y se murieron las seis lindas vacas. Nos quedamos en la más completa miseria y comenzamos a alimentarnos con sopa de raíces."

ANDANZAS DE SAMUEL BILL



5. "—Yo casi no comía por dar lo poco que había en casa al pobre Juanito, que salía a cazar conejos o vagaba por los campos buscando trabajo en las granjas. Pero nunca encontró quien lo ocupara, porque todos habían empobrecido como nosotros. Fué entonces cuando sobrevino la terrible desgracia."



6. "—Un día Juanito trabó amistad en la ciudad con un individuo apellidado Porras, quien le dijo: "—De puro necio te mueres de hambre cuando cerca de ti hay ricos hacendados que nadan en oro. Tu vecino Jaime Crales tiene centenares de vacas. Róbale algunas". "—Yo no soy ladrón", protestó Juanito.



7. "—Porras lanzó una carcajada diabólica y exclamó: "—Eres un necio, chiquillo. Tú abuela morirá de hambre por tu culpa". Juan regresó a casa con aspecto sombrío y durante dos días no salió a cazar y guardó un trágico silencio. El hambre nos hacía sufrir cruelmente y yo observaba a mi nieto con inquietud."



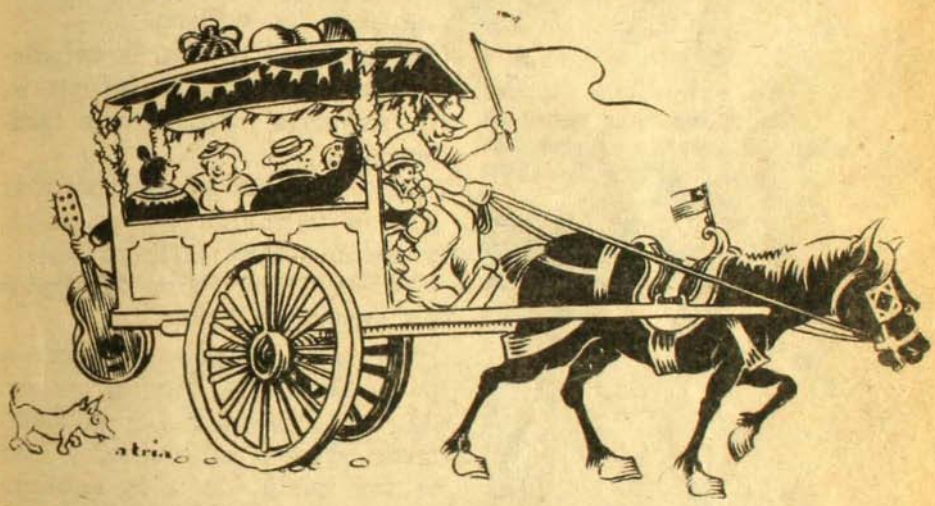
8. "—Por fin, Juanito salió una noche sin despertarme y regresó al alba con tres gordas vaquillas. Tuvimos leche en abundancia, pero yo advertí que esos animales tenían una marca en el lomo. Era la marca J. C. y comprendí que Juanito se las había robado a Jaime Crales."

(CONTINUARA)

Un dieciocho en el parque Cousiño

Me habían comprado zapatos nuevos y un trajecito de brin que ni pintado...
Estaba de remojo y, creyéndome macanudo, metía las manos en los bolsillos como para hacerme hombre.
Mi padre le pidió su carretela al compadre Pedro y estábamos adornándola con hojas de palmera y aromos.
¡Ah, la fiesta linda que se iba a armar en el parque Cousiño!
—Filumena, ya está listo el *cola de mono* —decía tía Eusebia—, y también los causeos de pernil y la ensalada de patas compuestas.
—Apúrense, por la chupalla —gritaba mi taita—. Miren que vamos a llegar tarde para la parada militar.
Por fin estuvimos todos arriba de la carretela, llevando también el arpa y la guitarra.
En el camino mi padre pasó a buscar a su compadre Pedro y a la señora María, que cantaba como un ruiseñor.
Las señoras iban tan emperejiladas y tan pintaditas que parecían avisos luminosos. Olían a pachulí y a brillantina.
—Te echaste colorete con l'olla —dijo don Pedro a la señora María.
—Ya vais a empezar la pelea —protestó ña María—. Cuándo no habías de molestar vos. ¿Que no vís que es Dieciocho de Septiembre?
—¿Y qué tiene que ver la pintura de tu cara con las celebraciones patrias? —refunfuñó don Pedro.
—Córtenla —suplicó mi padre—. Si comienzan la pelea antes de la fiesta se nos aguará la diversión.
Llegamos al parque Cousiño y trabajo nos costó encontrar un pedazo de tierra donde levantar la ramada. Ya toditos los jardines estaban ocupados con gente que se divertía.

Eran cuecas de pata en quincha y bien zapateadas, con unos *aros* tan bonitos que yo pensaba que todos eran poetas:
—Aro, aro, aro, dijo ña Pancha Lecaros, donde me canso me paro, ojo y pico de traro.
Yo me paseaba por las ramadas con las manos en los bolsillos y dándome importancia.
Resonaron los clarines, se divisaron las banderas en las picas de los lanceros de la escolta y la gente comenzó a gritar:
—Ya llega el presidente de la república. Viva Chile, mi hermosa patria...

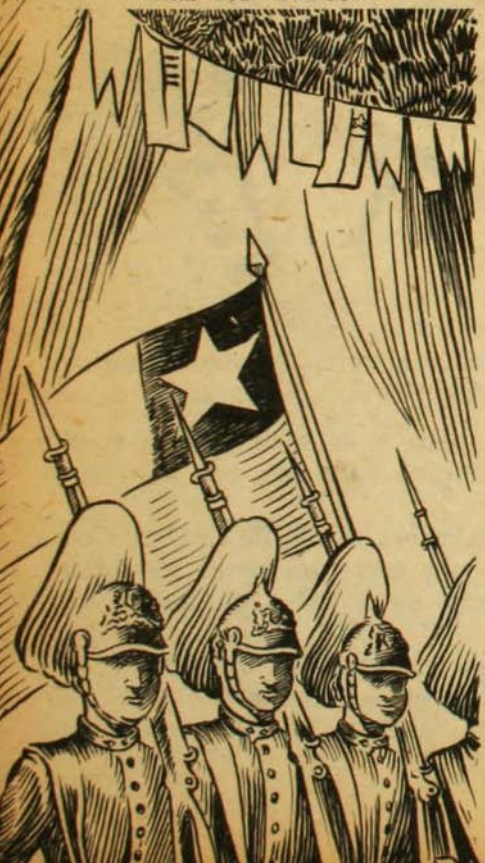


Por fin estuvimos todos arriba de la carretela, llevando también el arpa y la guitarra.

Los soldados a caballo se abrían paso, y en medio de la escolta venían unas carrozas que más parecían bandejas, con unos señores de frac y colero.
Pero a mí lo que más me interesaba era el desfile militar. Como todavía era muy chico, me colé por entre las patas de los caballos y fuí a treparme en el gancho de un árbol que crecía muy cerca de la elipse.
La banda de la Escuela Militar con sus penachos rojos y los otros cadetes con penachos blancos, daban el paso de parada y no comprendo cómo no se les zafaban las caderas... No miento, pero



Y yo, como quien oye llover. Desde mi mirador veía cómo se animaban las cuecas en las ramadas, pero a mí me gustaban más los milicos.



parecía que el pie iba a llegarles a la nariz a esos cadetes tan requete tiesos.

—¡Chonchi! —gritaba mi padre—. ¿Adónde se habrá ido ese chiquillo del demonio?

Y yo, cómo quien oye llover. Desde mi mirador veía cómo se animaban las cuecas en las ramadas, pero a mí me gustaban más los milicos.

Pasaban la artillería, la caballería, la tanquería, la infantería, la marinería y también la carabinería.

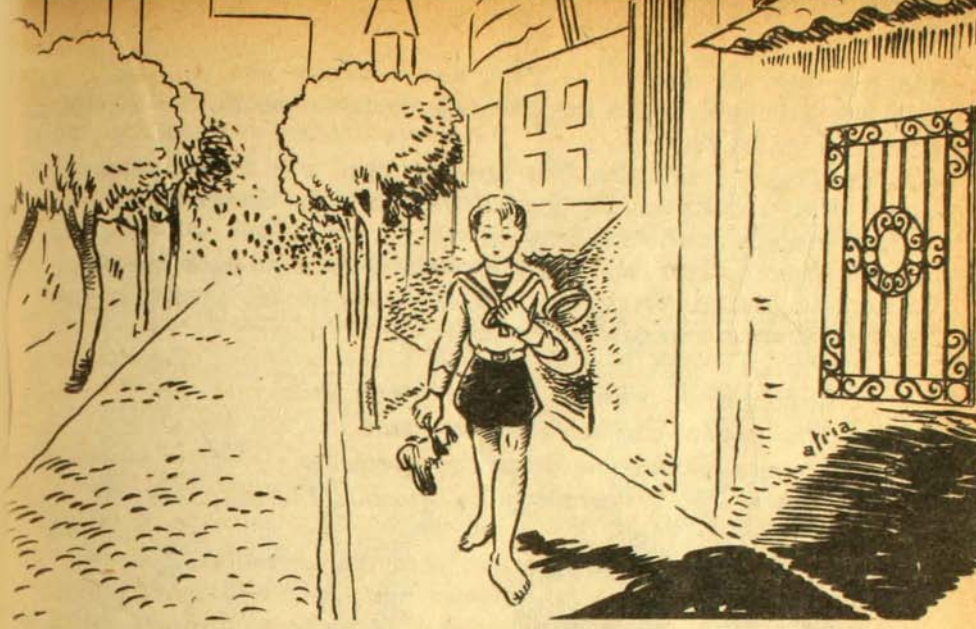
"Este debe ser el ejército más grande del mundo", pensaba yo, y de puro gusto gritaba:

—¡Viva Chile! ¡Viva O'Higgins y Carrera!

Pasaban y repasaban, y poco a poco mis ojos se fueron cerrando... ¿Sería el haber probado tanto el *cola de mono,* y éste se me había ido a la cabeza? Sentía como un mareíto suave, como que me mecieran en un columpio.

Lo cierto fué que, cuando desperté allá arriba del árbol, ya se había ido el presidente con su comitiva y también el ejército.

Miré por toditas partes y vi que en las ramadas encendían las luces de los farolillos de papel. Bajé más que ligero del mirador y busqué la carpa de don Pedro y de mi padre.



Cuando llegué a la calle San Ignacio, opté por sacarme los zapatos y los calcetines. El sombrerillo de paja estaba todo abollado. También me lo saqué y lo colgué del brazo.

No pude encontrarlos. Mientras más vueltas daba en el parque, más me perdía.

—No pueden haberse ido sin mí —murmuré con lágrimas en los ojos.

Pero de pronto, metí las manos en los bolsillos del pantalón nuevo, hundí los zapatos en el pasto, como buen gallito de pelea, y exclamé:

—Soy chileno y no tengo miedo.

Después de una hora de vagabundear, empecé por sacar una mano del bolsillo, y en seguida la otra. Mis brazos caían como atontados...

"Parece que voy a llorar —pensé de improviso—. Al fin y al cabo soy chico."

Seguía caminando con timidez y asomándome a las ramadas donde aún se bailaba cueca.

—¿Han visto a don Pedro Segovia? —pregunté a uno de los que me cruzaban el paso.

—No, hijo —replicó un gracioso—; yo no conozco sino a don Pedro Urdemales.

Hubiera querido decirle... Pero no... Mejor era callarse.
Salí del parque Cousiño lagrimeando. Cuánto me dolían los pies con los zapatos nuevos.
Cuando llegué a la calle San Ignacio, opté por sacarme los zapatos y los calcetines. El sombrerillo de paja estaba todo abollado. También me lo saqué y lo colgué del brazo.
Si me hubieran visto los campañeros de la escuela, esos que aquella mañana me vieron recitar con tanto garbo los versos a José Miguel Carrera que comienzan así:

El fué el primero que miró con saña
el cordel del extraño servilismo
y, encendido en patriótico heroísmo,
él fué el primero que se opuso a España.

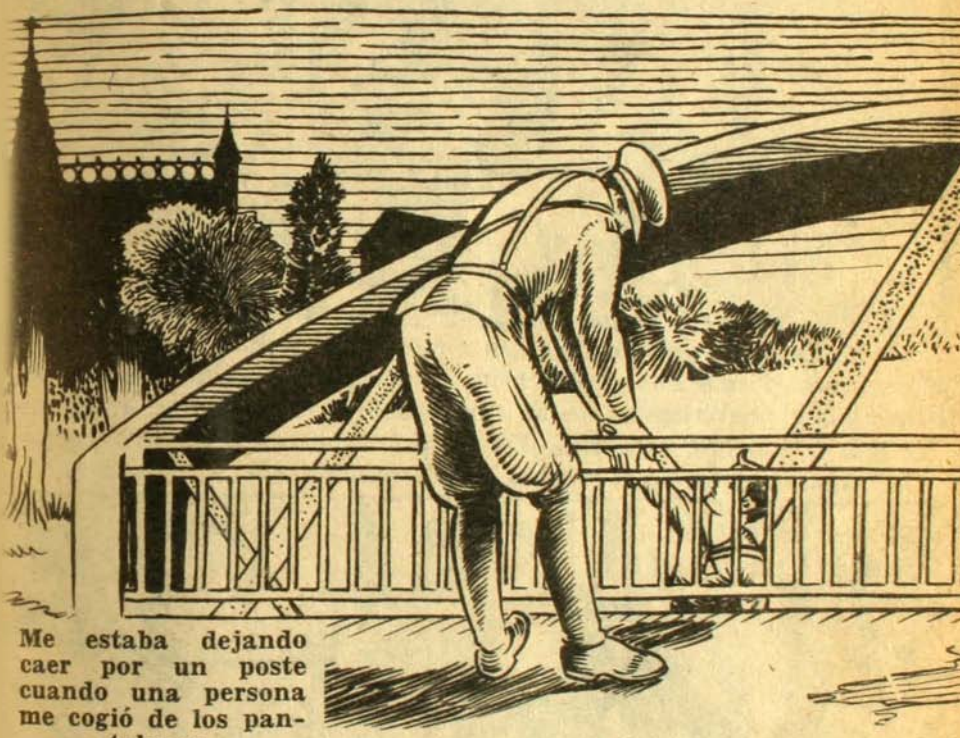
Ahora era un pobre rotito descalzo y medio borracho.
Lo peor del caso es que mi vivienda estaba en el barrio Independencia, y tenía que caminar más de treinta cuadras para llegar allá.
Al pasar por el puente del Mapocho, ya no podía más de cansancio. El llanto y el polvo de la calle me habían ensuciado la cara y hasta el pañuelo de narices lo había perdido.
—No doy un paso más —dije, muy decidido—. Hay tantos chiquillos que duermen bajo los puentes del río Mapocho. ¿Por qué no había yo también de dormir con ellos? Vamos, Chonchi, sé valiente y baja al lecho del río.
Me estaba dejando caer por un poste, cuando una persona me cogió de las pantalones.
¡Virgen María, era un carabinero!...
El *verde* me acercó a la luz y me remeció brutalmente.
—Pillete... —alcanzó a decir el carabinero, y en seguida lanzó una carcajada:
—Pero si es Chonchi Segovia...
Yo también reconocí al carabinero y murmuré:
—Tío Aliro, me perdí en el parque Cousiño, y como la casa está tan lejos, iba a dormir bajo los puentes del Mapocho.
—Vamos andando —dijo, severamente, el carabinero.
—No me lleve a la comisaría, tiíto —suplicaba yo—. No estoy tan borracho como usted cree.

El tío Aliro nada dijo. Se acercó a un taxi, abrió la puerta y me arrojó al interior del automóvil.

¡Ah susto grande!

¿Adónde me llevaba el carabinero?

Cegado por el llanto, no vi por dónde corría el auto, hasta que de pronto me hallé frente a mi casa.



Me estaba dejando caer por un poste cuando una persona me cogió de los pantalones.

—¿Lo encontraste, Aliro? —preguntó una voz angustiada.

—Aquí lo traigo —respondió mi tío carabinero—. Viene como de vuelta de la fiesta.

—Bien le decía yo a la Eusebia que no le diera tanto a probar del *cola de mono* —dijo mi padre—. Ese aguardiente tenía malicia.

—Para eso es roto chileno —replicó mi madre, dándome un abrazo que me hizo crujir los huesos.

CHONCHI

CORENTIN DETECTIVE

CAPITULO II.—CORENTÍN Y KIM PRISIONEROS





1. El Cara de Mono, después de torturar a Kim, sin que éste confesara dónde estaba Corentín, le desató de la silla y le empujó hacia otra habitación. "—El teléfono —dijo la mujer al bandido—. Aló... Sí, escucho. ¿Dicen que capturaron al otro chiquillo? Está bien; tráiganlo aquí inmediatamente."





2. "—Ya no tienes para qué torturar al chico —dijo Julia—. Dicen que traerán al otro pillete." "—Ya ves tú que nada obtienen tratando de estorbarle el camino a Cara de Mono —dijo el bandido, arrojando al suelo a Kim—. Todos los que se meten en mis asuntos caen."





3. "—Irma será fusilada y ustedes les seguirán a la tumba." "—¡Facineroso! —gritó Kim, con sorprendente valentía—. Tú, Cara de Mono, y esa mujer, mataron a Selim, y no la pobre Irma." "—Si alguien debe ser fusilado por la muerte de Selim —dijo, cínicamente, Julia—, prefiero que sea otro y no yo."





4. "—Pero Irma es inocente —repetía Kim—, y nosotros te vimos a ti y al Cara de Mono esa noche." "—Poco importa lo que digan ustedes —replicó Julia—, porque mañana fusilarán a Irma." "—Aquí traigo al famoso Corentín", dijo el Cara de Mono. "—Kim", murmuró Corentín, anonadado.

CORENTIN



5. "—Julia, dame un cordel —ordenó Cara de Mono—. Voy a amarrar a estos dos granujas." "—El granuja eres tú, Cara de Mono —gritó Corentín—, y, además, un asesino. Yo le diré al juez quién mató a Selim." En vez de responder, el Cara de Mono asestó una cobarde bofetada al mentón de Corentín.



6. Corentín y Kim quedaron atados de pies y manos. Entretanto, Julia decía a su cómplice: "—No los mates". "—Saben demasiado para dejarles con vida —respondió Cara de Mono—. Ya veremos. Salustio nos espera y no podemos llegar tarde." "—No me agrada este asunto", indicó Julia.

DETECTIVE

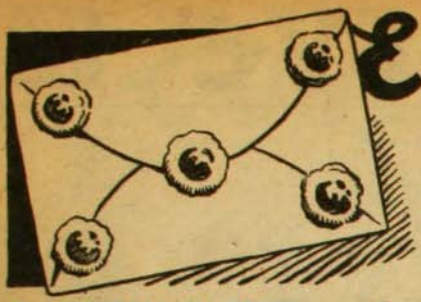


7. "—No puedes asesinar a estos párvulos a sangre fría." "—Los mantendremos encerrados hasta que fusilen a Irma —declaró Cara de Mono—, y después les provocaremos un *accidente casual.*" Corentín y Kim quedaron solos y bien atados. "—Han dicho que fusilarán a Irma mañana", comunicó Kim.



8. "—No puede ser", murmuró Corentín, con las pupilas dilatadas de espanto. "—Julia me lo dijo", respondió Kim. "—¡Dios mío! —exclamó Corentín—, salva a Irma, te lo ruego." Y el valiente Corentín soltó el llanto, pues amaba de todo corazón a su compañera de aventuras, Irma Solís.

(CONTINUARA)



EL SOBRE DE LOS SELLOS VERDES

CAPITULO XIV.— Juan Carol rescata del mar a Rosina.

RESUMEN: Después de mil peripecias, Mireya Carol encuentra el tesoro oculto en una chimenea secreta que en años remotos servía de celda carcelaria, pero Mireya queda emparedada por Antonieta Vernier, una de las herederas defraudadas, quien le ofrece alimentos y bebida a cambio de que le entregue la mitad del tesoro de la familia Valladares. Mireya se niega a ello. Sobreviene una tempestad horrible y la lluvia, al caer por los muros de la chimenea secreta, permite a Mireya saciar su sed. Los habitantes del castillo, y entre ellos Juan Carol, buscan inútilmente a la desaparecida.

Triste fué el amanecer en el castillo de Valladares. Todos los semblantes estaban pálidos y demacrados, pues nadie pudo conciliar el sueño en esa noche de tormenta.

La vieja cocinera Melania corría de un lado a otro, comprobando con Víctor los perjuicios de la inundación. El viento había arrasado los rosales del jardín, se quebraron los vidrios en diversas habitaciones, cayeron sombreros de las chimeneas y el velero blanco fué destrozado en las rocas.

En suma, el castillo no había sufrido grandes perjuicios.

Juan Carol aguardaba con ansias la llegada de la policía, a fin de que le ayudaran en la búsqueda de Mireya.

—Esta casa ha sido fatal para la pobrecita niña —suspiraba María de Valladares—. Yo tuve la culpa al forzarla a una tarea superior a sus fuerzas.

Pero la más ansiosa, la más angustiada, era Rosina.

Desde el alba, llorando de despecho, de remordimiento y de pena, ella preparaba su maleta. Y mientras arreglaba su ropa pensaba en la lista de joyas que había venido a buscar y que ya nunca conseguiría.

¿Trataría de intimidar otra vez a la prisionera que estaría exhausta con su forzado ayuno? Resultaría maravilloso llevarse algunas joyas para aliviar la penosa situación de su padre...

Pero el tiempo apremiaba. Pronto llegarían los carabineros y seguramente iniciarían sus pesquisas interrogando al personal del castillo.

Rosina iba camino del cuarto secreto, cuando le gritó Melania:

—Ven acá, Rosina, han llegado los carabineros y los detectives de Olona.

—¿Está segura, señora Melania? —preguntó la desesperada Rosina.

—Los autos ya están en el patio del castillo. No es el momento para ocultarte, muchacha. Ve a abrirles la puerta y ten a mano tu carnet de identidad. Eso es lo primero que pide esa gente.

—¿Qué carnet, señora Melania? —preguntó Rosina, fingiendo ser una inocente campesina.

—Tu nombre, el de tu padre y tu madre —declaró Melania—. En fin, de dónde vienes y dónde has estado antes. Eso te llama carnet de identidad.

—¿Y si yo no puedo decirles todas esas cosas?

—Te conducirán al cuartel —dijo la malhumorada Melania.

Ante la reja se detenía un automóvil. Víctor, siempre obsequioso y atento, se apresuró a abrirles la puerta a un oficial de carabineros y a dos detectives.

Cogida de espanto, la sirvientilla Rosina se escabulló por el jardín y se ocultó tras un macizo de geranios.

—Hemos efectuado algunas averiguaciones antes de llegar al castillo —dijo el oficial a Juan Carol—, y nos han dicho que vive



Un teniente de carabineros llegó al castillo de Valladares.

aquí una muchacha extraña a esta comuna y que se contrató de criada. Cuando nos impusimos de la desaparición de la señorita Carol, pensamos que tal vez esa muchacha fuera cómplice en un rapto. Quisiera hablar con ella y asegurarme de su identidad.
Rosina escuchaba al oficial y perdió el control de sus actos. Nadie debía conocer la verdad, jamás permitiría deshonrar a su familia...
Para correr más de prisa, se sacó los zapatos y huyó por entre el fango del parque.
¿Adónde huir? Los detectives estaban allí cerca. La única solución era tomar el camino de la playa.
—Todo antes que revelar que soy Antonieta, la hija del sabio Braulio Vernier —pensaba la muchacha.
Pero Juan Carol había divisado la falda gris de esa muchacha que se paseaba durante la noche por el castillo y calculó qué razones graves debía tener para huir de los policías.
—Ella ha de saber algo sobre Mireya —se dijo Juan—, o es una criatura loca.
El joven Carol se lanzó por el peligroso camino de la costa.
Cuando Rosina advirtió que la perseguía el hermano de su víctima, saltó de roca en roca, poseída de indescriptible pánico.
—Rosina, detente —gritaba Juan—. Vas a caer al mar.
Al oír esa voz imperiosa, la fugitiva se volvió bruscamente; su pie tropezó en la hendidura de un peñasco y rodó al mar envuelta en las algas marinas que la tempestad había arrojado a la costa.
—Estúpida chiquilla —vociferó Juan, recordando al chico que en el puerto le había obligado a lanzarse al agua para salvarle.
"Juan de la Luna" tenía algo de perro Terranova, según el decir de Mireya.
Y así fué que, sin pensarlo dos veces y aún convaleciente de neumonía, se lanzó tras la sirvientilla que las olas azotaban contra las rocas.
Rosina no trataba de nadar. Cada vez que sacaba su cabeza fuera del agua, gritaba:
—¡Socorro! ¡Socorro!...
El generoso y valiente Juan nadó hasta el roquedal y cogió en sus brazos a la desmayada náufraga. Por la faz de Rosina corría un hilillo de sangre, debido acaso al golpe en un peñasco.
Juan luchó contra la resaca, pero resultaba casi imposible trepar a las rocas con ese peso muerto sobre sus brazos.

Por suerte la curiosa Mónica había seguido a Juan y, cuando le vió lanzarse al mar, gritó despavorida:

—La marea sube, Juanito... Es peligroso. ¡Qué barbaridad!... Víctor, Melania, vengan todos... Rosina y Juan han caído al mar.

Uno de los detectives, que iniciaba sus pesquisas en la gruta de la Diadema, escuchó los gritos destemplados de Mónica:

—Se están ahogando —gemía la linda muñequita—. ¡Auxilio!

Los dos detectives creyeron que se trataba de la joven desaparecida y corrieron, despojándose de su ropa, para lanzarse al mar.

No fué un salvamento fácil, porque Juan Carol, aún debilitado por su enfermedad, carecía de fuerzas para nadar y sólo trataba de mantenerse a flote con la muchacha desmayada.



Rosina huía hacia el mar perseguida de cerca por Juan Carol.

Con el agua que había mojado su cabeza, se desprendió la cabellera rubia de Antonieta, y Juan, una vez que fué salvado por los detectives, murmuró para sí:

—Esta muchacha no me es desconocida... Un misterio más.

Los dos náufragos fueron transportados al castillo.

A Juan le acostaron en su lecho con bolsas de agua caliente y mucho abrigo.
Pero el estado de Rosina era más grave.
La señora de Valladares, inclinada sobre el diván donde habían colocado a la sirvientilla, creía que estaba muerta.
—Ya vuelve en sí —díjole Melania—. Bendito sea Dios.
Entretanto, el oficial de carabineros, más y más perplejo por el trágico suceso, sospechaba que la fuga de Rosina debía relacionarse con la desaparición de Mireya Carol, y con ese motivo trataba de reanimarla, dándole a beber unas gotas de coñac.
Rosina abrió los ojos y al ver al oficial, gritó despavorida:
—No me arresten. Señora, defiéndame... Renuncio a todo.
—Calma, calma —respondió la compasiva dama—. Nadie piensa maltratarte. ¿Por qué huíste hacia las rocas?
—Mi padre y yo renunciamos a todo —prosiguió Rosina—. Soy una infame mujer y su hermano me salvó... El señor oficial ha venido en busca de Mireya... No busquen más. Yo sé dónde está.
—Así lo sospechaba yo —dijo fríamente el oficial.
Rosina, incorporada en el diván, mostraba la puerta, diciendo:
—Vayan a libertar a la prisionera antes de que sea demasiado tarde.
—¿Tú conoces el sitio donde se encuentra Mireya? —preguntó la señora Valladares.
—No tengo fuerzas para acompañarles —murmuró Rosina—; suban al cuarto del segundo piso, donde hay una gran chimenea. Encontrarán una plancha tras el fogón. Ahí está el tesoro y también la señorita Carol. Corran... Sálvenla.
Después de estas palabras, Rosina perdió los sentidos y cayó sobre los cojines, yerta y pálida como una muerta.
—Llamen a un médico —indicó el oficial—. Dígame, señora, ¿podría usted indicarnos dónde se encuentra esa chimenea?
—Sí —dijo la dama—, pero no comprendo eso de la placa tras el fogón. Ha de estar divagando la pobre muchacha.
—Con su permiso, señora —expresó el oficial—, voy a llamar a los detectives, y si es necesario, destruiremos esa chimenea.
—Vayan pronto —suplicó la señora María—. Rosina ha dicho que es necesario apresurarse. Si el hermano de Mireya está mejor, prevéngale de paso. Yo subiré también con ustedes.
Los agentes de policía, armados de palancas y martillos, se introdujeron en el fogón de la chimenea.



Juan Carol luchaba por salvar a Rosina de las embravecidas olas.

Juan, todavía temblando por la fiebre, y en pijama y pantuflas, se había unido a los buscadores de la desaparecida.

Arrodillado en la ceniza del fogón y con la boca pegada a la placa de metal, el muchacho gritaba:

—Mireya, Mireya, ¿estás ahí? Responde... ¿Cómo has entrado?

Era angustioso el momento. No se escuchaba ni una voz ni una señal.

Juan Carol estudiaba atentamente los dibujos de la placa mientras los detectives proponían romper el metal a golpes de martillo.

—Se me ocurre que debe existir un sistema mecánico para levantar esa placa —sugirió el oficial.

Entonces Juan Carol recordó las palabras que se traslucieron en el sobre de los sellos verdes. Dos de éstas eran SOL y LUNA.

Inmediatamente Juan apretó los dos círculos con el *sol* y la *luna* y la placa se alzó por sí misma.

El momento era emocionante.

—¡Mireya, Mireya! —gritó Juan, arrastrándose por la pequeña abertura.

Pero Mireya no respondió. ¿Estaría muerta?

Los detectives registraron la celda solitaria. Entonces se escuchó la voz ahogada de Juan que decía:

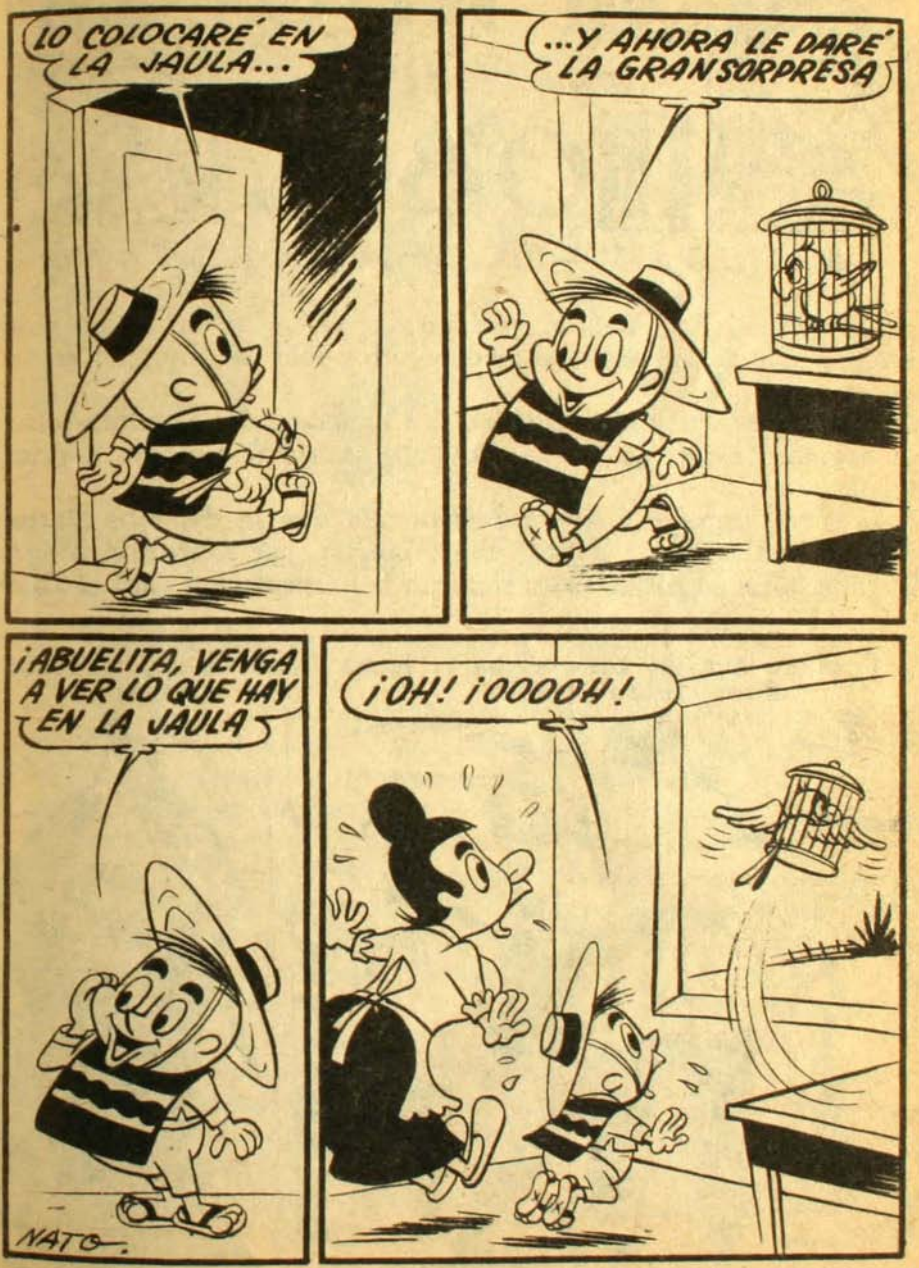
—Mi hermana no está aquí y el tesoro ha desaparecido.

(CONTINUARA)

Ponchito


¡AH, UN LORITO! ¿COMO LO PILLO?
TRATARÉ DE ATRAPARLO CON MI SOMBRERO
¡BRAVOOOO! ¡LO AGARRÉ!
¡QUE CONTENTA VA A ESTAR MI ABUELITA CUANDO LO VEA!

por nato


LO COLOCARÉ EN LA JAULA...
...Y AHORA LE DARÉ LA GRAN SORPRESA
¡ABUELITA, VENGA A VER LO QUE HAY EN LA JAULA
¡OH! ¡OOOOH!
NATO.



El Hijo del Lobo.



CAPITULO XIV.—Rudel jura vengarse de Tristán.

A los quince años, Tristán, el Hijo del Lobo, había tenido más experiencias de la vida que muchos otros sólo las tuvieron en su vejez.

Como sabemos, el niño selvático fué amamantado por una loba; en seguida le recogió un leñador que murió destrozado por un árbol.

Solo y sin amparo, y sin más compañía que la del lobo Barto, su hermano de leche, Tristán fué protegido por Merlín el Mago. Creyendo que el conde Giles sería un buen protector para el Hijo

El escudero Arnaldo presenciaba la lucha entre Tristán y Rudel.

Rudel golpeaba furiosamente, pero sin maestría.







Tristán se contentaba con parar los golpes de Rudel.



Rudel golpeó a traición la mano de Tristán, el Hijo del Lobo.



Sin soltar su bastón, Tristán respondió al golpe con sus pies.

del Lobo, Merlín, el anciano bardo, respetado por todos en esa comarca, entregó a Tristán al cuidado de ese gran señor feudal. Pero los hijos del conde, Rohan y Rudel, se portaron cruelmente con el Hijo del Lobo, a quien humillaban en toda ocasión, tratándole de plebeyo y descastado.

Merlín el Mago decidió entonces enviar a Tristán a Logres, ciudad dedicada enteramente al estudio de las leyes de la caballería, de la esgrima y de todas las armas de aquel tiempo. De Logres salían los guerreros que figuraban en los torneos olímpicos y los grandes atletas de la antigüedad.

Antes de llegar a Logres, Tristán hizo amistad con Lancelote, hijo de la princesa Viviana de Brocelandia. Ambos niños juraron ser hermanos de sangre.

Pero grande fué la pena y desencanto de Tristán cuando, al llegar a la fortaleza de Logres, descubrió que entre los que iban a ser sus compañeros estaba el perverso y antipático Rudel, hijo del conde Giles.

Rudel se burló del Hijo del Lobo, y en el primer combate de ensayo demostró su ruindad.



Todos los alumnos aplaudían al Hijo del Lobo.

El escudero Arnoldo, profesor de los muchachos, separó a los jóvenes combatientes y dijo a Tristán y Rudel:

—Váis a batiros con el bastón, pero siguiendo las leyes de la caballería.

Al primer asalto, Tristán quebró el bastón de Rudel, pero el muchacho, furioso por su derrota, cogió el trozo de madera que aún le quedaba en la mano y comenzó a golpear ferozmente.

Rudel había heredado el ímpetu batallador de los condes de su raza, mas no la nobleza propia de caballeros.

El quebrado bastón se levantaba y caía golpeando el arma de Tristán.

Con gran asombro de los jóvenes alumnos y del escudero, Tris-

tán se contentaba con parar los golpes sin devolverlos
Arnoldo gritó entonces a Tristán, con evidente injusticia:
—¿Eres mono de palo, muchacho? ¿Y así piensas convertirte en un guerrero?
El Hijo del Lobo recibió amargamente el ultraje y la injusticia del profesor, pero guardó silencio.
—Rudel —dijo entonces el escudero—, golpea a ese saco de arena.
El hijo del conde Giles, envalentonado por Arnoldo, golpeó traicioneramente con su bastón a Tristán y le hirió una mano. Tristán no pudo soportar tal infamia, y alzando ambos pies mientras se apoyaba en el bastón, golpeó con ellos el cuerpo de Rudel.
—Basta —ordenó el escudero Arnoldo—. Ha terminado el combate.
Los jóvenes alumnos aplaudieron con entusiasmo a Tristán. En tanto el escudero, que temía la ira de los nobles, se puso furioso y declaró que Rudel había combatido mejor.
—Eso no es justo —dijeron los jóvenes caballeros—. Tristán puede ser de raza plebeya, pero ha luchado caballerosamente.
El Hijo del Lobo sintióse reconfortado por los aplausos de sus compañeros, que no le escatimaron sus felicitaciones y cariños.
Entretanto, Rudel, todavía en el suelo, vociferaba contra el Hijo del Lobo, jurando venganza.

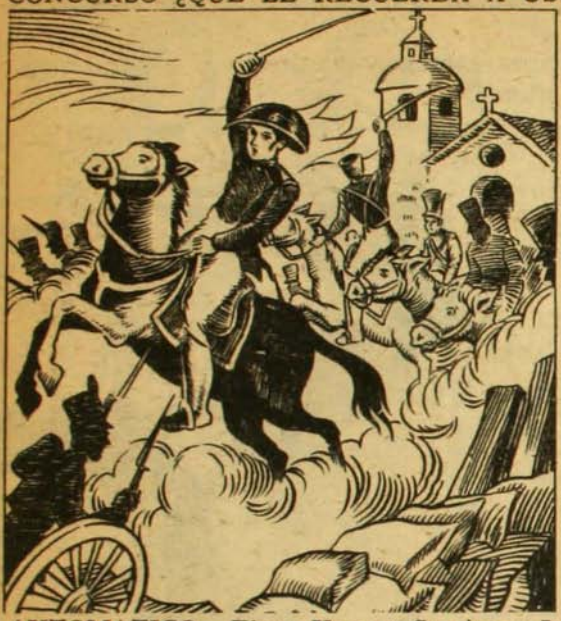
(CONTINUARA)



Rudel juró vengarse del valiente Tristán.

¿Adivina Ud?

CONCURSO ¿QUE LE RECUERDA A USTED?



El grabado representa una escena de nuestra historia nacional. Dinos cuál es este momento histórico y su protagonista. Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 158.—Alí Babá y los Cuarenta Ladrones.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD".— Gladys Chiara, Santiago; Alfonso Carrasco, La Unión; Aldo Confalonieri, Valparaíso. UNA LAPICERA FUENTE.—María Guarda, Los Andes; José Miguel Mellado, Santiago; Carolina Pepper, Santiago. UN LAPIZ AUTOMATICO.—Elena Vargas, Santiago; Juan Sánchez, Lota Alto; Guadalupe Zamora, Puchuncaví; Beatriz Encina, Santiago; Irene Palma, Chillán; María Cristina de la Maza, Los Angeles. UN PREMIO DE $ 20.—Walter Rozas, Talca; Aristóteles Bravo, Padre Las Casas; Germán Ganzur, Chépica; Enrique Vidal de la Cerda, Valparaíso; Hugo Boisier, Rengo; Ana Correa, Viña del Mar; Sonia Hales, La Unión; Silvia Díaz, Santiago; Marilú Aravena, Lautaro; Ramón Martínez, Santiago. DOS PALETAS ACUARELAS.—Hernán Salazar, San Carlos; Rosa Ulloa, Traiguén; Eugenio San Martín, Angol; Jorge Ortega, Yumbel; Carlos Venegas, Santiago; Eliot Sáez, Traiguén; Wally Bunster, Angol; José Valdés, Lautaro; Lisette Kunstemann, Santiago; Carmen Benavente, Cauquenes. UN VITALMIN.—Jorge Schroeder, Santiago; Fernando Alfaro, Santiago; Juan Larenas, Linares; Juan Rodríguez, Osorno; José Cifuentes, Polpaico; Marcela Solari, Santiago; Manuel Maripán, San Bernardo; Nora Ramírez, Valparaíso; Néstor López, Santiago; Orlando Lazo, Loncoche. UN LIBRO.—Sergio Arellano, Valdivia; Inés Osorio, San Fernando; Sebastián Faúndez, Molina; Sergio Weiser, Osorno; Rosa Roling, Los Angeles; Luis González, Santiago; Adriana Morales, Quilpué; Bernardo Bahamondes, Santiago; Norma Chanl, Los Angeles; Rosa Gundelach, Chillán.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 159

¿Qué te recuerda?

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, septiembre, 1952.


QUIERO QUE ME ENVIÉN LAS SIGUIENTES PROVISIONES A MI CASA: UN SACO DE...
YAM YAM
¡FUERA DE AQUÍ!
¡TENGA CUIDADO! ¡ESE PERRO VINO CON EL DOCTOR!
¡OH, PICHITO! ¡CÓMETE SIN CUIDADO ESE RICO PERNIL!
¡HASTA LUEGO, DOCTOR! ¡QUE DIABLITO ES SU PERRO!
¿MI PERRO? ¡ES LA PRIMERA VEZ QUE VEO A ESE QUILTRO!
¡RIQUÍSIMAS, CHAMAMAN!

PELUSITA POR NATO



Simbad

LOS HIJOS DE IVAN
EL SOLDADO

N.º 160

$ 3.–





CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV - 24-IX-1952 - N.º 160

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,65
Semestral: US. $ 0,90
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

La fosa de las Cobras



CAPITULO XV

El príncipe Jabú y Rosanara, la encantadora de serpientes, habían llegado a la isla del lago con su tropa de elefantes, y ya parecían victoriosos, cuando de lo alto de la fortaleza los soldados del regente Kahalí comenzaron a lanzar antorchas inflamadas y tiestos con aceite hirviendo.

Los paquidermos, atemorizados por el fuego, huyeron a la desbandada y se internaron en las aguas del lago.

—Estamos abandonados —dijo el príncipe Jabú—. Lucharemos solos.

—Yo te sigo, ¡oh mi rey! —declaró la linda Rosanara—. Llevo mi cesta con las cobras y si es preciso acudir a ellas, las arrojaré a la cabeza de nuestros enemigos.

Rosanara y Jabú se vieron indefensos y solos.





Los sicarios de Kahalí caían bajo los golpes del heroico príncipe.

—Deja las cobras como último recurso —ordenó el príncipe Jabú.

Los soldados del pérfido Kahalí, al ver el campo libre de elefantes, bajaron de la fortaleza y arremetieron contra Jabú, quien se defendía con su filuda cimitarra.

A cada golpe caía un sicario de Kahalí, pero otro le reemplazaba, hasta que por fin lograron capturar al heroico príncipe de Musori.

—Soldados —decíales Jabú—, yo soy vuestro rey.

—El regente Kahalí ha dicho que eres un impostor —respondían los soldados, sujetándole brutalmente.

Rosanara, la encantadora de serpientes, sufrió la misma suerte que su adorado príncipe.

Por fin, la fuerza venció al príncipe Jabú.





Rosanara y Jabú fueron conducidos ante el pérfido Kahalí.

Ambos cautivos fueron conducidos a la presencia de Kahalí.

—K a h a l í —dijo el príncipe Jabú con arrogancia—, has capturado a tu rey.

—No eres mi rey, sino un impostor —respondió el malvado regente—. Has caído como rebelde y facineroso. Te condeno a morir mordido por un venenoso áspid.



Adiós, mi adorada Rosanara —murmuró el príncipe.



Rosanara se arrojó a la fosa tras Jabú.

Se recordará que un astrólogo adivino había pronosticado que uno de los herederos al reino de Musori moriría picado por un áspid, y para realizar esa predicción a favor de Sahan, Kahalí quería que Jabú muriera envenenado por ese reptil.

—Rosanara, amada mía, adiós —murmuró el príncipe Jabú.

—No, mi rey —expresó Rosanara—, yo te seguiré hasta la muerte.

Los sicarios de Kahalí ataron las manos de los dos prisioneros con fuertes correas y en seguida les arrojaron a un foso.

Kahalí había ordenado traer de un país lejano, pequeños pero venenosos áspides (víboras), a fin de que se cumpliera el destino predicho por el astrólogo.

Jabú y Rosanara rodaron por el foso, que no era muy profundo y sobre ellos cayeron todos los áspides del cesto.

Para mayor perfidia, esos reptiles estaban hambrientos, de manera que su instinto les llevaba a chupar la sangre de sus víctimas.

¿Qué podían hacer los dos

infelices cautivos con sus manos atadas a la espalda?

Fueron momentos de terrible ansiedad.

Rosanara sentía ya sobre sus pies desnudos la fría piel de los áspides, y Jabú no se atrevía a mover un músculo, sabiendo que cualquier acto de violencia despertaría el instinto destructor de los reptiles.

De pronto la encantadora de serpientes recordó que aun conservaba el cesto con sus queridas cobras, y, muy suavemente, casi sin mover los labios, murmuró:

—Sikra, mi Sikra, defiéndenos.

(CONTINUARA)



Los enemigos lanzaron una multitud de áspides a la fosa.



Los reptiles avanzaban rodeando los cuerpos de los cautivos.

ANDANZAS DE SAMUEL BILL

CAPITULO III.—EL BANDIDO PORRAS SE LLEVA A JUAN



1. La anciana Catalina continuaba refiriendo a Samuel Bill la historia de su nieto Juan. "—Desde que Juanito se robó las tres vacas de Jaime Crales, yo vivía en continua zozobra —decía la anciana—. Una noche oímos golpear a la puerta y mi nieto cogió su pistola. En la puerta apareció Porras."



2. Con sorprendente rapidez, el bandido Porras hizo saltar la pistola de manos de Juan y, sonriendo, le dijo: "—Tú no sabes manejar esos juguetes, muchacho. Yo te enseñaré a disparar". "—No necesito sus lecciones —dijo Juan—. Salga usted de aquí." "—Calla", supliqué yo.



3. De pronto apareció en el umbral de la puerta un hombre inmenso y con cara de bisonte. "—Jefe —dijo el gigante—, en el establo hay tres vacas con la marca de Jaime Crales." Porras estalló en risa. "—Veo que has seguido mis consejos —dijo Porras—. Calculé que así lo harías, por eso he venido aquí."



4. Ante el silencio de Juanito, Porras prosiguió: "—Necesito hombres para mi banda. Aquí soy muy conocido y quiero partir hacia el sur. En Tejas nadie ha oído hablar de Porras. Me estableceré en la región de "Puerta Blanca", que es rica en productos y en habitantes. Por eso quiero llevarte conmigo, Juan".

ANDANZAS DE SAMUEL BILL



5. "—Te contrato por cincuenta dólares a la semana —decía el infame bandido—, y cuando todos hayamos hecho fortuna viviremos como grandes señores en México." "—Yo no quiero ser bandido", protestó Juan. "—Bien —declaró Porras—, entonces informaremos al juez de que tú robaste tres vacas a Jaime Crales."



6. "—Tú sabes que el delito de robar animales se castiga con la horca", seguía diciendo Porras. "—Sea bueno, no delate a mi nieto", suplicó la abuela. "—Entonces que venga conmigo —insinuó Porras—. Juan debe escoger entre la libertad y la fortuna, o la muerte en una horca infamante."



7. Y así terminó su trágica historia la pobre Catalina. Nunca más tuvo noticias de Juan y vivía temblando de miedo en ese rancho solitario. Samuel Bill no durmió aquella noche recordando el relato de la anciana. "—Yo iré en busca de Juanito —se dijo el valiente andariego—, y lo devolveré a esa pobre vieja."



8. Al alba, Samuel Bill ensilló su caballo, y antes de partir abrazó a Catalina, diciéndole: "—Yo le devolveré a su nieto. Comenzaré por hablar con Jaime Crales a propósito de las tres vacas robadas." "—No lo haga —suplicó la anciana—. Jaime Crales tiene el corazón más duro que una roca."

(CONTINUARA)

Los dos hijos de Iván el soldado

Había una vez un campesino ruso que fué llamado al servicio militar dejando a su mujer con un par de mellizos, a quienes toda la gente llamó "Los hijos de Iván el Soldado".

Los pequeños crecieron como dos plantas bien cultivadas. Al llegar a los diez años, su madre cuidó de instruirles, y tanto progresaron, que ningún otro muchacho de la aldea sabía leer en voz alta y contestar tan bien como ellos a las preguntas del maestro.

Los hijos de Iván el Soldado fueron creciendo, y un día preguntaron a su madre:

—¿Nos dejó nuestro padre algún dinero? En tal caso, dánoslo e iremos a la ciudad para comprarnos un caballo cada uno.

La madre les dió cincuenta rublos, veinticinco para cada uno, y les dijo:

—Cuando vayáis a la feria, saludad a todos los que encontréis.

—Así lo haremos, querida madre.

Los dos hermanos se encaminaron a la ciudad y entraron en la feria de los caballos, pero no encontraron ninguno de su agrado.

—Vamos al otro extremo de la plaza —insinuó Iván I—. Mira cómo corre la gente. Algo extraordinario ocurre.

Se acercaron los dos hermanos y vieron allí dos yeguas atadas a un recio poste, una con seis cadenas y la otra con doce cadenas. Ambas tascaban el freno y hacían saltar las piedras con sus patas. Nadie se les podía acercar.

—¿Cuánto valen esas dos yeguas? —preguntó Iván I.

—No metas tus narices en ese guiso, amigo. Esas yeguas no son para tu ralea. No te acerques, muchacho... Mira por tu cabeza.

Iván I se aproximó a la yegua que estaba sujeta por seis cadenas, mientras Iván II se acercaba a la que tenía doce cadenas. Ambos trataron de examinar la dentadura de los animales, pero aquello era imposible. Las yeguas levantaban sus patas traseras, daban coces y pateaban al aire.

Entonces los hijos de Iván el Soldado les golpearon los ijares con las rodillas y las cadenas que sujetaban a las yeguas se rompieron y éstas dieron un brinco, cayendo al suelo patas arriba.

El dueño de la caballería lloraba desesperado porque las yeguas galoparon por toda la ciudad, sin que nadie se atreviese a detenerlas.

Los hijos de Iván el Soldado salieron a la alta planicie y lanzaron formidables silbidos. De pronto las yeguas se amansaron y volvieron a su puesto y permanecieron como clavadas.

Entonces los hermanos las encadenaron y las trabaron fuertemente, pero no hicieron negocio con el dueño de esas bestias.

De regreso a la casa encontraron por el camino a un viejo de blanca barba y, recordando el consejo de su madre, le saludaron cortésmente.

—¿Adónde os guía Dios, buenos jóvenes? —les preguntó el anciano.

—Fuimos a la feria a comprar caballos, pero ninguno nos gustó.

—Tal vez os gustasen las jaquitas que yo os daría —dijo el anciano—. Seguidme.

El viejo les condujo a una montaña, abrió dos puertas de hierro y sacó dos caballos de magnífica estampa.

—Montad en ellos —expresó el viejo de la barba blanca—, y que prosperéis con ellos.

Los jóvenes le dieron las gracias y felices llegaron a casa de su madre.

Ataron los caballos a un poste y, mostrándoselos a su madre, le dijeron:



Los hermanos vieron dos yeguas salvajes atadas con cadenas.

—Un anciano nos regaló este par de jacas. Nadie puede robarlas, porque no hay quien pueda dominarlas ni acercárseles.
Al día siguiente los dos hermanos pidieron a la madre que les dejase ir a la ciudad a comprar una espada para cada uno.
Al llegar frente a la casa de un herrero, dijeron al amo:
—Haznos un par de espadas que pesen cuatro mil libras cada una.
—Id a burlaros a otra parte —respondió furioso el herrero—. ¿Quién sería capaz de manejar semejante arma? Nadie podrá fabricar una espada de tanto peso.
Los hijos de Iván el Soldado volvieron cabizbajos a casa. Por el camino encontraron al mismo anciano.
Después de saludarle, Iván I le dijo:
—Queríamos comprar dos espadas damasquinas y no encontramos ninguna que se ajuste a nuestros puños.
—Yo os daré una a cada uno —indicó el anciano, llevándoselos de nuevo a la montaña, donde les obsequió dos espadas de héroe.
Al llegar junto a la madre le dijeron:
—El anciano de barba blanca nos regaló estas lindas espadas. Ahora, danos la bendición, madrecita, porque vamos a emprender un largo viaje.
Anda que anda, los dos hijos de Iván el Soldado llegaron a una bifurcación del camino y se detuvieron ante dos pilares:

En uno estaba escrito:
Quién siga hacia la derecha se convertirá en Zar.
Y en el otro se leía:
Quién siga hacia la izquierda, se convertirá en cadáver.

—¿Qué hacemos? —dijo uno de los hermanos—. Si seguimos ambos hacia la derecha, nos estorbaremos en el camino del honor, pero no es posible ir por la izquierda a buscar la muerte.
—Escucha, querido hermano —dijo Iván I—, yo soy más fuerte que tú. Déjame seguir el camino de la muerte y a ti, tal vez Dios te destine para zar. Guarda tú mi pañuelo y yo el tuyo, y cada mañana nos enjugaremos la cara con el pañuelo del hermano. Si el pañuelo aparece con sangre, querrá decir que hay peligro y mutuamente nos apresuraremos a buscarnos. Un abrazo, Iván II, y que seas un buen zar.
El que tomó el camino de la derecha llegó a un reino magnífico donde vivía un zar que tenía una hija llamada la sin par Zarevna

Nastasia. El zar vió al hijo de Iván el Soldado, apreció su valor de caballero y le casó con Nastasia, nombrándole Zarevitz Iván y confiándole el gobierno del reino. El zarevitz Iván II vivió muy feliz y se divirtió mucho entregado a los placeres de la caza. Pero su hermano Iván I, que había elegido el camino de la izquierda, anduvo noche y día sin descanso. Pasó varios meses andando y, por fin, llegó a un imperio desconocido. Allí reinaba la mayor consternación; las casas estaban cubiertas de velos negros y la gente lloraba.

—Dime, abuela —preguntó el joven—, ¿por qué están ustedes tan apesarados?

—Ay, joven —respondió la anciana—. Detrás del peñasco verde existe una serpiente de doce cabezas, que cada día sale del mar para exigir el cuerpo de una doncella, y ahora le ha tocado el turno a Tatiana, la propia hija del zar. Ahora mismo han llevado a la zarevna para que la devore el monstruo.

El hijo de Iván el Soldado se dirigió a galope hasta el mar. No lejos del peñasco verde estaba la hermosa zarevna Tatiana atada a una cadena de hierro.

—¡Aléjate! —gritó la zarevna—, porque la cruel serpiente también te devoraría.

—No temas, doncella encantadora —dijo Iván—. Tal vez pueda salvarte.



Iván se quedó dormido sobre las rodillas de la Zarevna Tatiana.

Y, acercándose a ella, rompió la cadena con sus potentes manos como si no fuese de hierro, sino de cordeles podridos. Luego encendió una hoguera y la alimentó con robles y pinos que arrancaba de raíz, haciendo una gran pira.

En seguida volvió al lado de la encantadora princesa y le dijo:

—Necesito descansar, pero tú vigila el mar y en cuanto veas que el mar se encrespa, me despiertas.

Dicho esto, recostó su cabeza en las rodillas de la zarevna y cayó en profundo sueño. De pronto comenzaron a encresparse las olas y rugió el mar. La serpiente avanzaba levantando montañas de agua y la zarevna Tatiana trató de despertar a Iván.

Pero por mucho que lo sacudía no despertaba. Entonces la doncella lloró y sus lágrimas ardientes cayeron en la mejilla del joven; el héroe se despertó y corrió a montar su caballo, que ya había levantado un montón de tierra con sus cascos.

La serpiente, al ver a Iván, le dijo:

—Tu última hora ha llegado. Te esperaba... Despídete de este mundo y arrójate al galope a mi garganta.

—Ríndete, maldita serpiente —respondió Iván el hijo del Soldado.

Comenzó entonces un combate mortal. Iván descargaba sobre el monstruo tan fuertes mandobles que su espada se puso al rojo vivo. El joven comprendió que no podría matar a la serpiente con su acero y, precipitadamente, cogió un tronco de pino encendido y quemó el único ojo de la serpiente, y, una vez ciega, le cortó a cercén las doce cabezas, que colocó detrás del peñasco.

Entretanto el zar había enviado a sus siervos en busca de los huesos de la zarevna. Grande fué el estupor de todos al ver que la zarevna Tatiana avanzaba hacia el palacio acompañada de un gallardo doncel.

—Querido padre —dijo la zarevna—, he aquí al que me salvó de la cruel serpiente y de una muerte terrible.

—Gracias, heroico doncel —dijo entonces el zar—. En recompensa, te doy por esposa a mi hija Tatiana y te nombro heredero de mi reino.

Entretanto, el otro zarevitz Iván II encontró cierto día todo el pañuelo de su hermano manchado de sangre y en el acto decidió emprender viaje hacia el sitio donde se había despedido de Iván I.

El pañuelo se había manchado con sangre en los mismos instantes en que Iván I combatía con la serpiente.



Iván II mató a la serpiente de doce cabezas y salvó a la princesa.

Galopando y galopando, el zarevitz y su esposa Nastasia llegaron precisamente al reino lejano, cuando un cortejo nupcial salió del palacio real hacia la iglesia de la ciudad.

Los dos hijos de Iván el Soldado se divisaron desde lejos y toda la corte se detuvo para celebrar tan fausto suceso.

El padre de Tatiana recibió en su palacio al zarevitz Iván II y a la zarevna Nastasia. Las bodas de Iván I fueron aún más suntuosas con la presencia del otro hijo de Iván el Soldado.

—¿Por qué has llegado aquí, hermano? —preguntó Iván I.

—Porque encontré tu pañuelo bañado en sangre.

—Comprendo —dijo la princesa Tatiana—. El pañuelo se ensangrentó cuando mi amado esposo combatía con la serpiente de doce cabezas.

Terminadas las fiestas nupciales, Iván II volvió a su reino con la zarevna Nastasia, y ambos hijos de Iván el Soldado fueron muy felices en sus respectivos reinos.

FIN

CORENTIN DETECTIVE

CAPITULO III.—LOS CAUTIVOS LLAMAN POR TELEFONO A LA POLICIA





1. Corentín y Kim estaban prisioneros del Cara de Mono y ambos temblaban de horror al saber que su compañera Irma Solís sería fusilada por el asesinato de Selim. "—Tenemos que huir de aquí para salvarla —declaró Corentín, arrastrándose por el cuarto en dirección al teléfono—. Trataré de hablar con la comisaría."





2. "—¿Qué quieres decirle al comisario?", preguntó Kim. "—Que estamos prisioneros del Cara de Mono y que sabemos quién mató a Selim —expresó Corentín—. Kim, tiéndete junto a la mesa y recibe el teléfono en tu cuerpo, a fin de que no se quiebre. Si logramos comunicarnos con la comisaría, vendrán a rescatarnos."





3. "—¡Ay, ay, ay!", balbuceó Kim cuando la mesa cayó sobre su frente. "—Ya se te pasará el dolor. Ahora se trata de llamar. Es difícil con las manos atadas. Coge tú el auricular, Kim, y colócalo en mi oído." Varias veces intentaron la maniobra con poco éxito, pero al fin los pilletes realizaron su plan.





4. Mientras Kim sujetaba con los dientes el auricular, Corentín marcaba el número de la comisaría. "—Aquí habla Corentín —decía el niño—. Estamos prisioneros de dos facinerosos que seguramente son los asesinos de Selim. Calle Olivares 563." "—Voy en seguida —dijo el comisario—. Iré en el radiopatrulla."

CORENTIN DETECTIVE



5. "—Me contestó el mismo coronel que ya me había interrogado en la comisaría —exclamó, gozoso, Corentín—. El sabe que yo soy un buen detective y que descubriré el verdadero asesino de Selim." "—La asesina es Julia, la amiga del Cara de Mono —dijo Kim—. Yo la vi con el revólver esa noche del crimen."



6. "—Calla —musitó Corentín—, parece que oigo pasos en el corredor. Abren puertas sin descerrajarlas. No puede ser la policía." "—Son ellos —dijo temblando Kim—. Nos matarán antes que llegue el coronel Turri." "—Quédate tranquilo —ordenó Corentín—. La policía no tardará en llegar en el auto radiopatrulla."

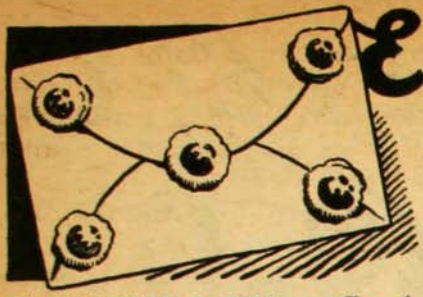


7. El Cara de Mono y Julia entraron en el cuarto como una exhalación. "—¡Demonios! —gritó Cara de Mono—, el teléfono... ¿Qué han urdido esos granujas?" Cara de Mono les preguntó: "—¿A quién llamaron ustedes?" "—¿Cómo íbamos a llamar teniendo las manos atadas?", replicó Corentín.



8. "—Ustedes son capaces de todo —vociferó Cara de Mono—. No podemos permanecer un instante más en esta ratonera, porque de un momento a otro llegará la policía." "Pobre Irma —pensaba Corentín—. Si nos matan ya no tendrá quién la salve de la muerte."

(CONTINUARA)



EL SOBRE DE LOS SELLOS VERDES

CAPITULO XV.— Se descubre a Mireya en el entretecho.

RESUMEN.—Después de mil peripecias, Mireya Carol encuentra el tesoro oculto en una chimenea secreta que en años remotos servía de celda carcelaria, pero Mireya queda emparedada por Antonieta Vernier, una de las herederas defraudadas, quien le ofrece alimentos y bebida a cambio de que le entregue la mitad del tesoro de la familia Valladares. Mireya se niega a ello. Sobreviene una tempestad horrible y la lluvia, al caer por los muros de la chimenea secreta, permite a Mireya saciar su sed. Los habitantes del castillo, y entre ellos Juan Carol, buscan inútilmente a la desaparecida. Rosina, al saber que ha llegado la policía, huye hacia las rocas y cae al mar. Juan Carol la salva, y la muchacha, herida por el golpe, confiesa dónde está Mireya. Cuando entran en la celda secreta no la encuentran allí.

—Señora —repitió Juan Carol, asomándose por la abertura de la chimenea—, mi hermana no está aquí y el tesoro ha desaparecido.

Desfalleciente, desesperado, Juan salió de la chimenea y declaró con labios temblorosos:

—Rosina conocía este escondite, pero ahora se ha vuelto loca con el golpe que recibió en la cabeza. Nunca más sabremos de mi pobre hermana.

El oficial de policía y su ayudante penetraron a su vez en el escondrijo.

María de Valladares cayó anonadada sobre un sillón mientras Víctor y Melania sujetaban a Mónica, que pugnaba por entrar en la celda carcelaria.

—No entre, señorita Mónica —suplicaba Melania—. Hay algo de brujería tras esa chimenea.

El oficial salió lleno de polvo y telarañas.

—¿Qué descubrió allí? —preguntó la señora de Valladares.

—Ningún rastro de la señorita desaparecida —dijo el oficial—, pero es evidente que alguien estuvo en esa celda. En un cuadrado del muro hay varios estuches de joyas vacíos. También advertí trozos de cemento desprendidos, sin duda, por la tempestad de anoche. Sólo puedo asegurarle que la muchacha que intentó huir conocía la abertura secreta. A ella tenemos que interrogar, pero no veo relación alguna entre la desaparición de la señorita Carol y estos nuevos sucesos.

—¿Qué piensa hacer entonces? —preguntó Juan Carol.
—Continuar buscando a la señorita Carol —declaró el oficial—, hasta cerciorarnos de que no se encuentra en este castillo. Es posible también que ella haya salido por la puerta del castillo por razones...
—Usted insinúa una fuga culpable —protestó Juan Carol—. No, señor; mi hermana no pudo cometer una infamia.
—¿Aun para llevarse el precioso tesoro? —insinuó el oficial de carabineros.
—Jamás —interrumpió la señora Valladares—. Esperemos que el médico haga volver en sus sentidos a Rosina y ella revelará el secreto. Recuerde que Rosina nos dijo: "Salven a la prisionera antes de que sea demasiado tarde".
—Son cinco días de misterio —expresó Melania—. Bien digo yo que aquí hay algo de brujería.
Fué imposible interrogar aquella tarde a Rosina. El médico declaró que la paciente sufría de conmoción cerebral, además de la fractura de un tobillo.
Rosina yacía en un diván del dormitorio de María de Valladares y Juan permanecía junto a la muchacha, espiando el momento en que ésta abriera los ojos o diera señales de entendimiento.
Entretanto, los carabineros continuaban la búsqueda de Mireya, explorando paciente y minuciosamente el castillo, la noria y los peñascos de las grutas marinas.



Juan Carol entró al cuarto secreto, pero no encontró allí a Mireya.

Eran las cinco de la tarde. Todo se había explorado. sondeado y visitado.

Sólo quedaba un pequeño sobrado bajo el techo, accesible únicamente con una escala móvil.

El oficial quiso subir allí como último recurso en su prolija inspección.

En el cuartucho divisó un armario de rústica madera, abierto por arriba, pero con una puerta cerrada con pestillo.

Melania usaba ese desvencijado mueble para secar ciruelas y descarozados.

En ese sucucho no había sitio sino para el armario, sin más techo que la claraboya, cuyos vidrios fueron destrozados por el huracán de la víspera.

Víctor, que escoltaba al oficial en su pesquisa, dijo malhumorado:

—Aquí no cabe ni un gato. El armario está lleno de ciruelas, duraznos y peras secas. Ayer no más lo registré.

Pero el oficial siguió adelante y descorrió el pestillo del mueble, abriendo ambos marcos de la puerta.

El detective retrocedió vivamente al ver que el cuerpo de una niña vestida de blanco, rodaba, como una bola, hasta el piso del sobrado.

—¡Aquí, carabineros! —gritó el oficial—. Encontré a la desaparecida.



Mireya yacía como muerta después que la sacaron del armario.

La escala se vió inmediatamente invadida por todos los habitantes del castillo que pugnaban por subir.
Juan Carol apartó a los carabineros, Mónica se cogió del pantalón de Juan y Melania siguió tras la niña.
—Es mi hermana, es ella —gemía Juan, arrodillado cerca del cuerpo inmóvil de Mireya—. Dios mío... ¿Estará muerta?
Pero ya los ojos cerrados de Mireya se entreabrían. Mireya lanzó un suspiro, se estiró como cuando una persona despierta en su lecho y vió el semblante angustiado de su hermano Juan.
—¿Eres tú, Juanito? —preguntó con voz exangüe.
Juan contempló con horror la carita pálida, las mejillas hundidas, los ojos cercados de negras ojeras, sus brazos rasguñados, su vestido roto y sus lindos cabellos llenos de barro.
—Mireya querida, ¿de dónde vienes? —murmuró Juan—. ¿Qué te sucedió? Te buscamos por todas partes.
—No sé bién lo que ocurrió —dijo Mireya—. Lo recordaré cuando me den agua y comida. Me he alimentado con esas ciruelas secas cuando caí en este armario sin saber de dónde. En seguida me dormí...
—No la fatigue más, señor Carol —insinuó el oficial—. Vamos a bajar con la señorita para colocarla en su lecho. Que suban mis hombres. Con cuidado... No la sacudan.
—Atención —expresó Juan—. Mi hermana lleva colgado del cinturón de cuero un pesado bulto.
En efecto, a la cintura de Mireya se veía un pañuelo de colores atado por sus cuatro puntas, cuyo contenido era voluminoso. Cuando quisieron apartarlo de su cuerpo, Mireya balbuceó:
—No toquen el tesoro... Casi me costó la vida. Quiero entregárselo inmediatamente a la señora Valladares. Pero antes tráiganme una taza de leche y pan.
Con su mano aferrada al precioso bulto, la niña se dejó conducir hasta su lecho y con dulce sonrisa se recostó sobre las almohadas.
Cuando se ha sufrido mucho física y moralmente, cuando se ha hecho un esfuerzo sobrehumano para cumplir con su deber, es delicioso pensar que, terminado el combate, otros han de ocuparse del desenlace.
Melania continuaba asegurando que todo lo ocurrido era por arte de brujería.
—Miren que caer del cielo en el armario del entretecho —decía la buena mujer—. ¿Quién sino el diablo pudo dejarla caer ahí?
—Calla, mujer —ordenó Víctor—. La señorita Mireya duerme y la otra rapaza está loca. Mencionar al diablo en este momento es tentar a Dios.

Ponchito


¡ANDA A SACARLE LECHE A LA CABRA!
¡CON MUCHO CUIDADO!
¡YA SABES QUE ESA CABRA ES MUY MAÑOSA!
¡QUE BUENO! SE ESTÁ PORTANDO BIEN

por nato


¡OH! ¡ME VIENE SIGUIENDO! ¡ESTÁ ENOJADA!
¡ME SUBIRÉ A ESTE ÁRBOL!
NATO
¡SE LA TOMÓ TODA! TENDRÉ QUE SACÁRSELA DE NUEVO



El Hijo del Lobo.



CAPITULO XV.— El escudo de Tristán carecía de blasones.

En el castillo de Logres comenzó para Tristán, el Hijo del Lobo, una vida de estudio y de ejercicios atléticos que le prepararían para ser más tarde un guerrero a carta cabal.

Una sola sombra había en la actual existencia de Tristán. Esta era Rudel, el envidioso hijo del conde Giles, a quien favorecía el escudero Arnaldo.

—Nuestro escudero no es malo —decíanle sus buenos compañeros—, pero teme a los señores feudales y les rinde homenaje. Si Rudel no fuera hijo del conde Giles, ya le habría despedido de

Los alumnos felicitaron a Tristán por sus proezas guerreras.



El señor de Logres vivía solitario en su vasto castillo.





Llegó Lancelote, y Tristán se echó en sus brazos.



Rudel moría de envidia al ver el éxito del Hijo del Lobo.

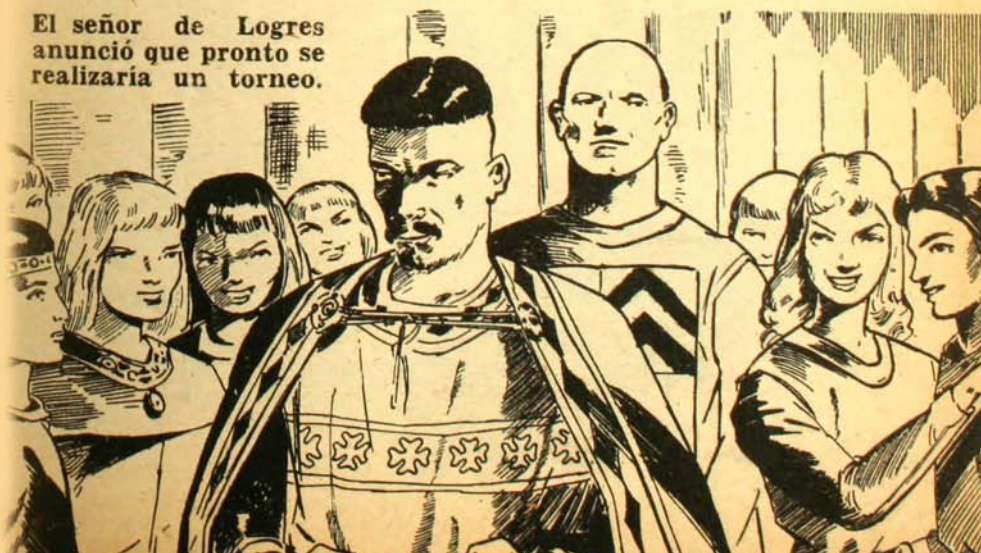
la Academia de Logres, porque no se conduce como un caballero.

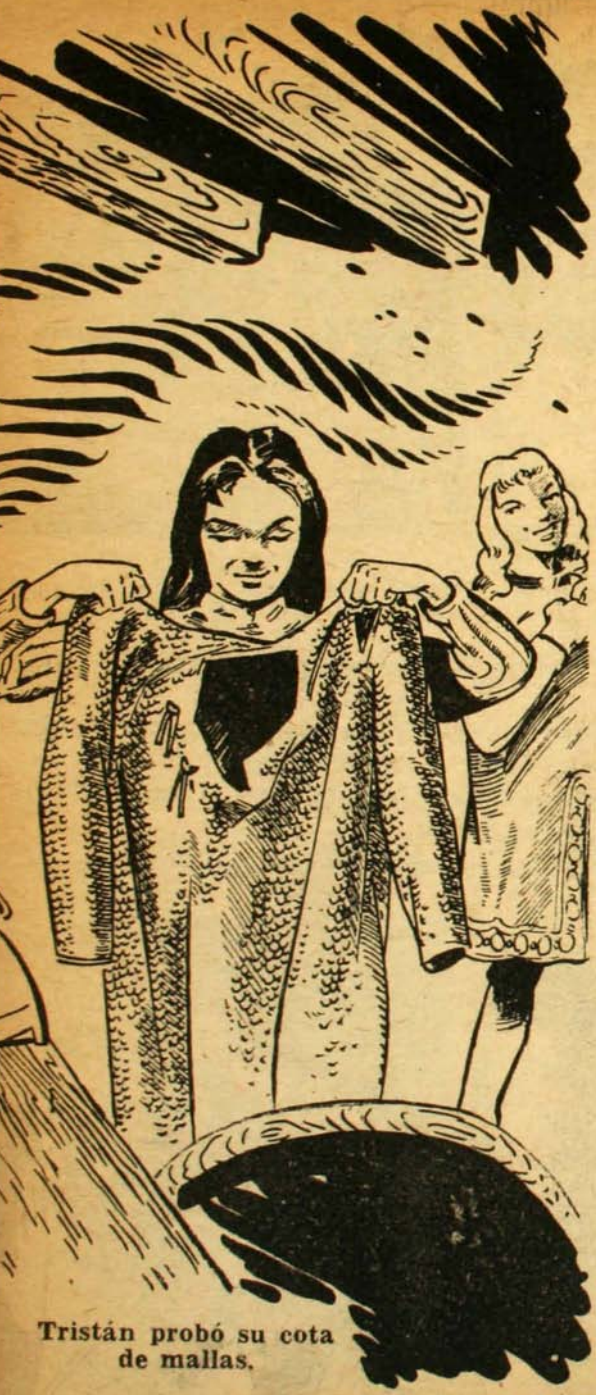
Al advertir la buena amistad de sus compañeros con el Hijo del Lobo, crecía en el alma de Rudel un odio satánico.

—Lo que más me irrita es que ese plebeyo sea el protegido de Merlín el Mago —murmuraba Rudel.

Tristán aun no había conocido al señor de Logres. Era éste un

El señor de Logres anunció que pronto se realizaría un torneo.





Tristán probó su cota de mallas.

hombre solitario que nunca abandonaba su castillo, pasando su tiempo leyendo libros de caballería.

Transcurrieron algunos meses y por fin llegó a la Academia de Logres el joven Lancelote de Brocelandia, hermano de sangre de Tristán. Ambos muchachos se abrazaron tiernamente y vivieron muy unidos. Lancelote asombraba a los demás alumnos de la academia por su gentileza y su destreza. Nunca cometía un acto reprochable; a nadie ofendía, a pesar de ser hijo de la princesa Viviana de Brocelandia.

El escudero Arnoldo ya no pudo vejar al Hijo del Lobo, porque advertía la predilección del príncipe Lancelote por ese niño selvático.

Rudel fué quedando poco a poco solitario, y en su malévolo espíritu incubaba proyectos para perder a Lancelote y a Tristán.

Cierto día el señor de Logres anunció que iba a realizarse un torneo y que los mejores jugadores serían recompensados.



Los hijos de la nobleza hacían pintar sus blasones en los escudos.

Por primera vez Tristán vistió una cota de mallas y llevó un escudo en su brazo.

Lancelote celebraba el entusiasmo de su hermano de sangre y le aseguraba que obtendría ruidosos triunfos en el torneo.

Los hijos de los señores feudales hicieron pintar en sus escudos las armas de sus respectivas familias y sus divisas.

Leones, tigres, tréboles, cruces y leyendas adornaban los acerados escudos.

Tristán, el Hijo del Lobo, carecía de familia, de blasones o divisas.

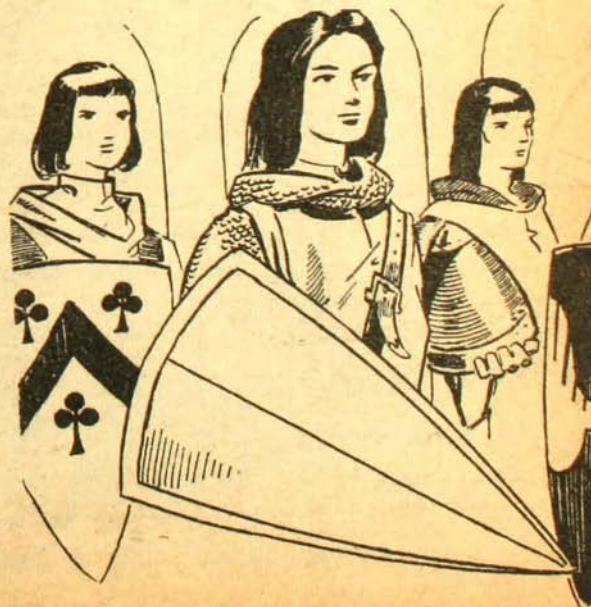
Su escudo estaba blanco como la nieve.

—No importa —díjole el simpático Lancelote—. Cuando tú seas un héroe o un vencedor, colocarás en tu escudo tus propias glorias. Así comenzaron todos los señores feudales, cuyos hijos se envanecen de las glorias paternas.

—Dices bien —respondió Tristán—. Yo colocaré en mi escudo el recuerdo de mi primera proeza.

(CONTINUARA)

El escudo de Tristán carecía de divisas o blasones.



¿Adivina Ud?

CONCURSO FRASES POPULARES



Dinos: ¿Qué frase popular representa el dibujo? Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 150.—Asno, burro, pollino, jumento.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD".—Mitsuko Matsukawa, Santiago; Ana Eugenia Martínez, Viña del Mar; Jorge Navarrete, San Bernardo. UNA LAPICERA FUENTE.—Asbilde Sepúlveda, Santiago; Segundo Arturo Berríos, Santiago; Antonio Moure, Santiago. UN LAPIZ AUTOMATICO.—María Ester Martínez, Viña del Mar; Carmen Fernández, Santiago; Chabelita Bello, Santiago; Jorge de la Cuadra, Santiago; Gastón Giliberto, Valparaíso; Ema Muñoz, Santiago. UNA LIBRETA APUNTES.—Isabel Venegas, Santiago; Juan de Dios Román, Santiago; Mónica Biaggini, Santiago; María Elena González, Santiago; María Paz Correa, Santiago; Guillermo Ibarra, Santiago; Hernán Guzmán, La Calera; Olga María Heilmaier, Santiago; Sergio Marambio, San Bernardo; Gloria Lehyt, Santiago. DOS PALETAS ACUARELA.—Brenda Monardes, Santiago; Gloria Ojeda, San Bernardo; Tegualda Echiburú, Quillota; Graciela Salcedo, Santiago; Mónica Presser, Santiago; H. Manríquez, Valparaíso; Norma Arratia, Valparaíso; Manuel Román, Santiago; Gladys Callealta, Santiago; Juan Araya, San Bernardo. UN VITALMIN.—Guillermo González, Los Andes; Jorge Schroder, Santiago; Luis Córdoba, Valparaíso; Alejandro Carrillo, Santiago; Manuel Román, Santiago; Eugenio Bello, Santiago.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 160

Dinos la frase...

¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1952.


PROTEJA A LOS ANIMALES
¡AHORA AYUDAREMOS A LOS ANIMALES!
¡OH! ¡UNA HERRADURA CHIQUITA!
¡LA DEBE HABER PERDIDO UN BURRO!
¿TE ESTAS BURLANDO DE MI'? ¿AH?
¿TE ESTÁS BURLANDO DE MÍ? ¡ESA HERRADURA ES DE MI BOTOTO! ¡VAMOS, POR DESACATO A LA AUTORIDAD!
LUGOZE

PELUSITA POR NATO



Simbad

N.º 161

EL GAITERO Y EL DIABLO

3.—



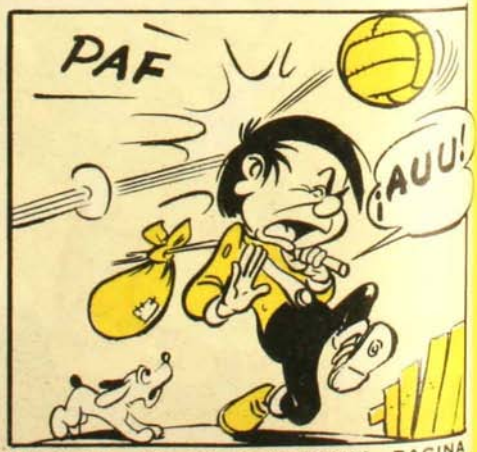












CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV - 1.º-X-1952 - N.º 161

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,65
Semestral: US. $ 0,90
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

La fosa de las Cobras



CAPITULO XVI.—El príncipe Sahan mordido por un áspid.

El regente Kahalí ya se creía triunfante.

Había arrojado al príncipe Jabú a un foso lleno de áspides y estaba convencido de que ya su irreconciliable enemigo, el legítimo rey de Musori, estaría muerto envenenado por la picadura venenosa del reptil.

El astrólogo adivino había predicho, después de mirar en un espejo el porvenir del reino de Musori, que uno de los dos príncipes moriría a causa del veneno de un áspid. El malvado Kahalí pensó que podía forzar el destino y consumó su crimen.

Pero esperemos que Rosanara, la encantadora de serpientes, logre salvar a su adorado rey.

—Jabú ha muerto —comunicó Kahalí al príncipe Sahan.





Celebraron con un gran festín la ascensión al trono de Sahan.



—Tú gobernarás, Kahalí —dijo Sahan al pérfido regente.

Entretanto, el regente Kahalí fué en busca del príncipe Sahan para anunciarle la derrota de su hermano Jabú.

—Ahora se ha cumplido el destino y tú serás el rey —dijo Kahalí a Sahan—. Festejaremos la victoria con un gran banquete.

Siervos y lacayos prepararon una mesa con magníficos manjares y frutas escogidas.

Los sicarios de Kahalí gritaban alborozados:

—El usurpador ha muerto. Viva nuestro rey Sahan.

—Kahalí —dijo el pusilánime príncipe al malvado regente—. Todo te lo debo a ti. Quiero que continúes gobernando el reino de Musori.

—Y así, mi rey —asintió Kahalí—, sólo pensará en vivir feliz y en divertirse.

Al festín llegaron las frutas más exquisitas traídas de lejanas tierras y enviadas por los súbditos afectos al rey de Musori.

Pero nadie se percató de que en uno de los cestos con preciosas pe-



Desde lejanas tierras llegaron frutas exquisitas.

ras se había introducido un áspid. El reptil goloso fué atraído por el aroma de la jugosa fruta y permaneció oculto en el cesto, sin que nadie le descubriera durante el largo viaje.

—Aquí tienes, oh mi rey Sahan —dijo Kahalí—, los primeros frutos de la estación. Vienen de lejanas regiones traídos por tus fieles vasallos.

—Gracias, Kahalí —exclamó Sahan—. Tengo pasión por esas peras que con tanta razón llaman peras de agua. Destilan néctar en mis labios.

El joven Sahan alargó su mano para escoger la mejor fruta y con ese objeto removió las peras, buscando la que satisficiera mejor su deseo.

—¡Qué delicia, qué delicia! —exclamaba Sahan, pasando la mano por la suave cáscara de las frutas.



Pero entre ellas se había escondido un venenoso áspid.

Sahan comenzó a escoger la fruta más jugosa.

De pronto lanzó un grito estridente que conmovió a todos los concurrentes al festín.

El áspid, cuando advirtió que una mano le rozaba, temió ser asaltado y mordió...

El áspid saltó a la mano del príncipe Sahan.



—Auxilio, Kahalí —gritó Sahan—. Me ha picado un áspid.

—¡Auxilio, Kahalí! Me ha mordido un áspid —gritaba el príncipe Sahan, mostrando la palma de su mano que ya comenzaba a amoratarse.

—¡Demonios! —exclamó Kahalí, poseído de diabólica furia—. El destino predicho por el astrólogo se ha cumplido. Dargan, Rulen, Sartes, vayan en busca de un contraveneno... Pronto, pronto, que el príncipe se muere.

Con sumo cuidado trasladaron a Sahan a un diván y le dieron los contravenenos que solicitaba el regente Kahalí.

Todo en vano, ya la sangre de Sahan estaba contaminada y se cumpliría la macabra profecía del astrólogo.

(CONCLUIRA)

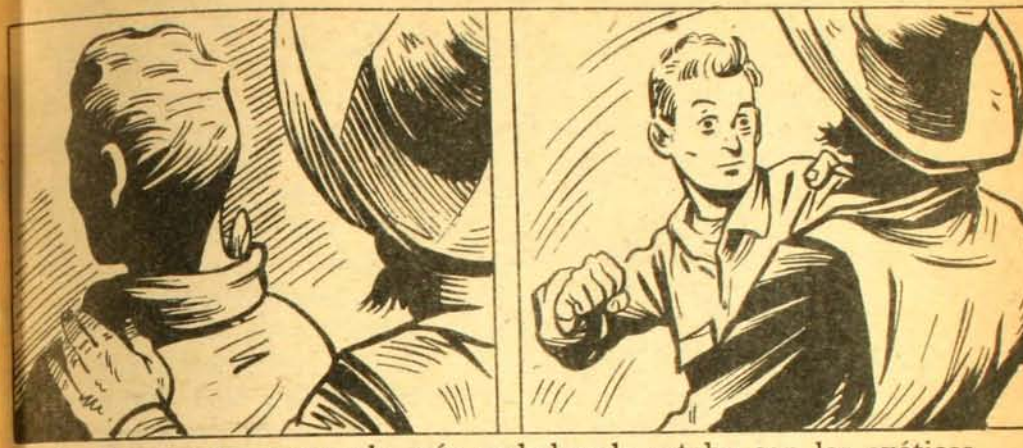
ANDANZAS DE SAMUEL BILL



5. Samuel recorrió los barrios negros de Puerta Blanca y las tabernas de lujo que frecuentaban los nuevos ricos. Por temor o por complicidad, nadie respondía a sus indirectas preguntas sobre el bandido Porras. "—Aquí trabajamos y en seguida nos divertimos mucho", decían los vaqueros enriquecidos.



6. Samuel Bill, habituado a la vida al aire libre, se ahogaba en la atmósfera viciada de las tabernas. Sobre un tabladillo improvisado, las bailarinas negras danzaban la rumba y el mambo. Aquel espectáculo era algo desconocido para Samuel Bill y las contorsiones de las bailarinas comenzaron a interesarle.



7. De pronto, y cuando más embelesado estaba con los exóticos bailes, Samuel Bill recibió sobre su hombro un golpe formidable que le hizo vacilar sobre sus pies. Pálido de ira su mano izquierda cogió el pañuelo del que le había golpeado, y con su derecha empuñada iba a golpear. Pero la sorpresa le dejó en suspenso.



8. "—Bepo, mi viejo Bepo —exclamó Samuel Bill—. Nunca soñé encontrarte aquí. ¿Y qué se hicieron tus dientes, mi buen viejo?" Ambos amigos se alejaron de la taberna, y entonces Samuel Bill le declaró que andaba en busca del bandido Porras. "—En cuanto a mis dientes —dijo el chistoso Bepo—, se los presté a un amigo que se iba a casar."

(CONTINUARA)

EL GAITERO Y EL DIABLO

Jamás hubo en el mundo un gaitero más alegre y bullanguero que Svanda. Tocando incansablemente su gaita, divertía al auditorio, arrancándole lágrimas de regocijo.

Por desgracia, Svanda tenía un feo defecto. Nunca podía substraerse a la fascinación del vino, y, aunque con todas sus fuerzas intentaba no pasar del primer vaso, aceptaba la invitación de algún amigo y seguía con la segunda copa, y si le repetían la invitación, bebía hasta tener el estómago repleto de alcohol.

Cierta noche se encontraba Svanda en una fiesta de bodas. El gaitero estuvo soplando desde la mañana hasta la noche y ya llevaba los bolsillos llenos de monedas de plata, pero tenía la garganta seca como un trapo. Metióse entonces en una taberna y pidió dos botellas de vino, y cuando éste se le subió a la cabeza, sintió ganas de jugar a los naipes.

Pero todos los clientes de la taberna se negaron con diversos pretextos.

—Voy a Drazic —se dijo el gaitero borracho—. Allá todos son jugadores.

Eran las once de la noche y el gaitero contaba con llegar a Drazic alrededor de medianoche.

Con la gaita bajo el brazo y describiendo pronunciadísimas curvas, Svanda tropezaba con todas las piedras del camino y a veces perdía el equilibrio.

De repente vió frente a él a un individuo vestido de negro, con el rostro palidísimo y los ojos tan brillantes que parecían carbones encendidos.

La presencia del desconocido le hizo dar una sacudida de sorpresa, pero no dió la menor señal de miedo.

Inmóviles contempláronse los dos durante algunos segundos, y en un silencio que rompió el desconocido para decir:

—¿Adónde vas a estas horas, amigo gaitero?

—Dime primero quién eres, y entonces te contestaré. Tengo la seguridad de que ésta es la primera vez que te veo.

—Es posible —repuso el desconocido—, pero mi nombre no puede preocuparte.

—Pues bien, me dirijo a Drazic, donde me esperan —respondió Svanda.

—¿No te gustaría ganar dinero tocando la gaita para unos amigos? —preguntó el individuo de las pupilas fosforescentes.

—La verdad es que ya llevo el bolsillo lleno de monedas —expresó Svanda—. He pasado casi todo el día soplando y ahora lo que tengo es ganas de divertirme.

—Te advierto que mis amigos y yo no pagamos con monedas de plata, sino de oro.

Y, uniendo la acción a la palabra, el desconocido sacó del bolsillo un puñado de coronas que exhibió a Svanda. La luz de la luna arrancó a las monedas áureos reflejos.

Ante aquel argumento, el gaitero no supo qué contestar. Miró atónito a su interlocutor, y ya le pareció un hombre distinguido y hasta simpático.

—Estoy dispuesto a complacerlos —dijo el gaitero.

—¿Adónde vas a estas horas, amigo gaitero?— preguntó el diablo.



—Sígueme, pues —ordenó el desconocido.
Con la mente turbada por la sorpresa, la emoción y en mayor parte por el alcohol, Svanda echó a andar detrás de su compañero con la gaita debajo del brazo, sin fijarse en los lugares que recorría, caminando de un modo instintivo y en silencio.
Por fin el extraño individuo se volvió al gaitero y habló así:
—Creo mi deber recomendarte algo muy importante. Los amigos con quienes vamos a reunirnos te ofrecerán muchas veces vino y oro. Acepta ambas cosas, y si se te ocurre darles las gracias, guárdate muy bien de pronunciar para nada el nombre de Dios. Di únicamente: "Buena suerte, hermano". No te olvides, porque si lo hicieras, podría sucederte algo muy desagradable.
—Convenido —asintió Svanda.
Habían llegado a una estancia lóbrega, obscurísima, donde había tres hombres pálidos y enlutados como su acompañante, sentados en una mesa jugando canasta.
La escena estaba iluminada solamente por los ojos brillantes de los jugadores.
Svanda vió sobre la mesa tres grandes montones de monedas de oro y un enorme jarro de vino, del que los extraños personajes bebían sin cesar.
—Hermanos —dijo, con voz cavernosa, el que acompañaba al gaitero—, permitidme que os presente a mi querido amigo Svanda, a quien ya conocéis de oídas por la fama de que disfruta. Me ha parecido conveniente traerle aquí para que amenice nuestra fiesta.
—Ha sido una idea magnífica —dijo uno de los jugadores—. Bebe lo que quieras, muchacho. Debes estar sediento.
El vino estaba algo caliente, pero no tenía mal sabor, por lo cual Svanda repitió la libación. Recordando la recomendación de su acompañante, el gaitero dijo, limpiándose los labios con el revés de la manga:
—Buena suerte, hermano.
—Gracias —respondió el jugador—. Tócanos algo alegre ahora y luego jugarás con nosotros.
Hinchó Svanda la gaita y empezó a interpretar música de baile. Jamás durante toda su vida alcanzó mayor éxito. Cada nota estremecía de placer a los jugadores. Sus pies lanzaban llamas y se reían sin mover un músculo, mientras hacían tintinear los ducados sobre la mesa.



En la estancia había tres hombres enlutados y diabólicos.

El jarro pasaba de mano en mano y, cosa extraña, nunca se terminaba, aunque nadie se preocupaba de llenarlo.

Cada vez que Svanda terminaba de ejecutar una de sus melodías, los jugadores le tendían el jarro y él bebía un trago larguísimo. Luego, cuando volvía a dejar el cacharro sobre la mesa, aquellos hombres le echaban sendos puñados de oro en los bolsillos, mostrando así el placer que les había ocasionado su música.

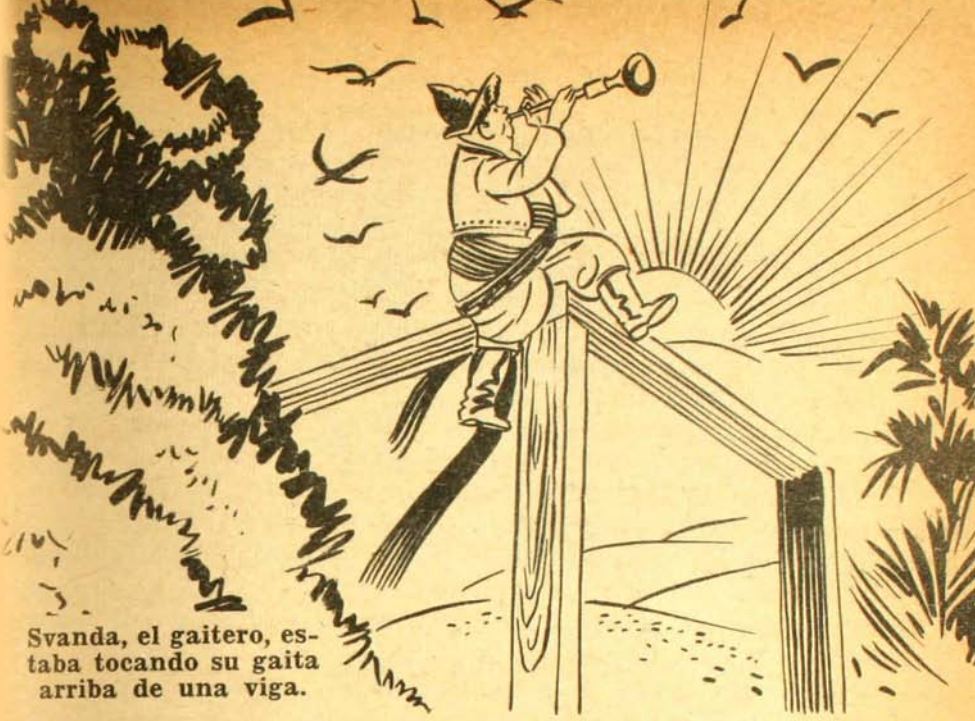
—Buena suerte, hermanos —respondía Svanda, aturdido de su buena fortuna.

E inmediatamente volvía a tocar la gaita.

Duró de este modo la fiesta, sin que los personajes pálidos dejaran de mostrar su agrado con repetidas dádivas.

Svanda empezó a tocar un vals, y a sus notas cadenciosas, los enlutados, frenéticos y enloquecidos, se levantaron y, agarrándose

unos con otros, formando parejas, se pusieron a danzar con gran exaltación.
De pronto uno de los que bailaban junto a la mesa cogió el oro que quedaba, y llenó con él el sombrero y los bolsillos del gaitero.
Svanda, deslumbrado, fuera de sí ante aquella riqueza, tan grande como inesperada, dejó de tocar y, olvidando la recomendación de su acompañante, exclamó lleno de gratitud y respeto:
—*Que Dios os bendiga, bondadosos señores.*
Ante aquellas palabras, los extraños danzantes, la mesa, las sillas, todo cuanto había en la estancia misma, desaparecieron sin dejar rastros.
No obstante, el gaitero, sin darse cuenta de nada, prosiguió tocando con ardor, crèyendo que todavía le estaban escuchando.
Un campesino que pasaba por allí a la mañana siguiente, oyó los sones de la gaita y se aproximó diciendo:
—Debe de ser Svanda el que toca, pero, ¿por qué diablos se le ocurrirá hacer música a estas horas?
El labriego, con gran asombro, descubrió al gaitero a horcajadas en lo más alto de la viga de una casa en construcción.
—¿Qué diablos haces ahí, Svanda? ¿Desde cuándo te has convertido en cuchillo? —le preguntó el labriego.
Estas palabras tuvieron la virtud de despertar al gaitero del extraño sueño en que se encontraba. Apartó de sus labios la gaita, abrió los ojos y, finalmente, dió una mirada al campesino.
Estremeciéndose de pavor, recordó lo ocurrido, y se palpó los bolsillos. Alargósele el rostro a medida que lo hacía, al comprobar que no sólo habían desaparecido las monedas de oro, sino que ni siquiera conservaba una moneda de plata.
De un salto llegó Svanda junto al labriego y le dijo:
—Vámonos de aquí, por Dios.
Alejáronse presurosos de aquel lugar macabro, y Svanda no abrió la boca hasta que llegaron a poblado.
Por fin, acosado a preguntas por el campesino, el gaitero le refirió su aventura:
—Creo, Svanda —dijo el labriego—, que Dios te ha dado al diablo por compañero a causa de tu desmedida afición por el vino y por el juego.
—Es posible —respondió Svanda, sin poder contener un estremecimiento—. Pero te juro que no volveré a beber ni a jugar más en lo que me queda de vida.



Svanda, el gaitero, estaba tocando su gaita arriba de una viga.

El gaitero no quiso continuar soplando en una gaita que había hecho danzar al diablo y la colocó en la puerta de su casa, donde todavía puede verse colgada, para ejemplo de bebedores y tahures.

Svanda no faltó jamás a su promesa. Continuó siendo el alegre gaitero que todos conocían, pero cuando notaba su boca seca, después de haber estado tocando durante muchas horas, no bebía más que agua o limonada.

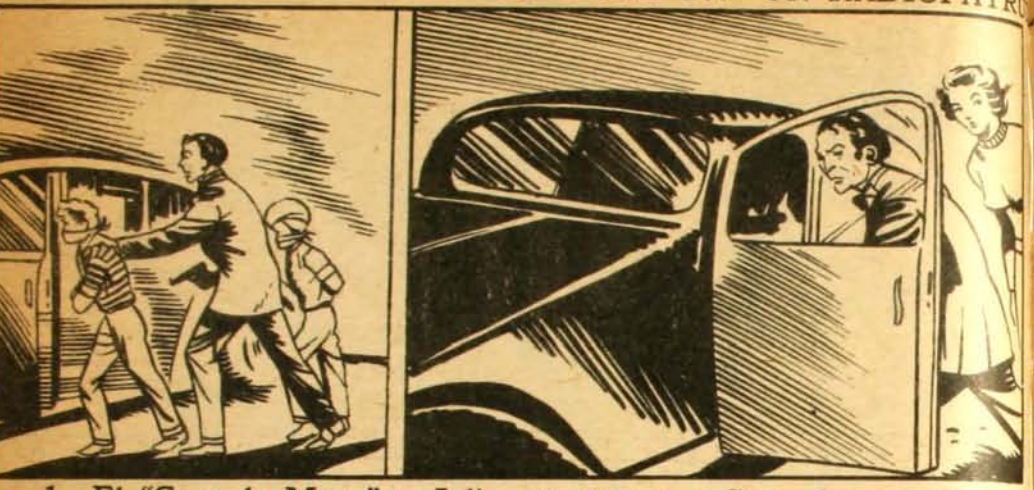
Llegó a ser un hombre respetado por la pureza de sus costumbres, ganando mucho dinero, que, como no lo malgastaba en francachelas ni vicios, pudo ahorrar en gran parte y llevar una vida cómoda y holgada.

Terminó por casarse con una buena moza, tuvo muchos hijos y nunca permitió que su familia fuera víctima de los vicios que a él le hicieron esclavo del diablo por algunas horas.

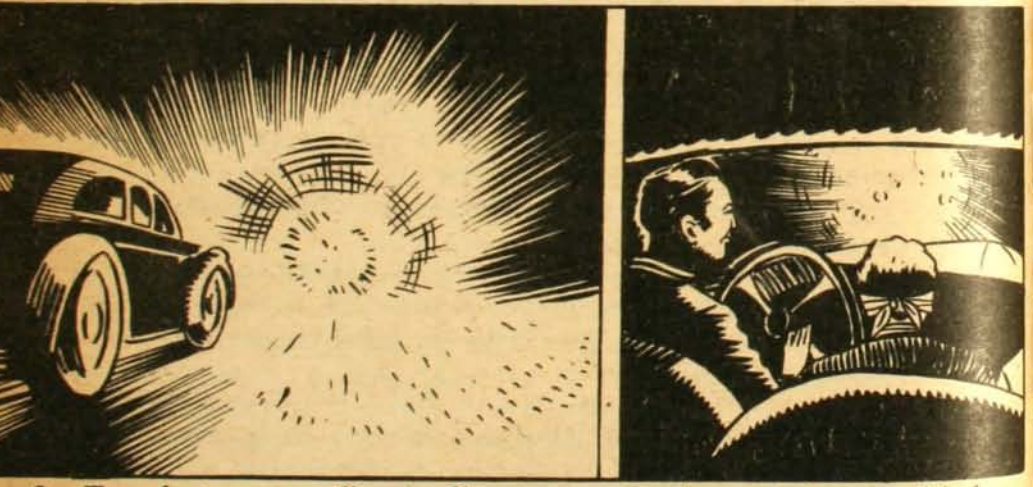
Fin

CORENTIN DETECTIVE

CAPITULO IV.—UN RADIOPATRULLA DETIENE A "CARA DE MONO"



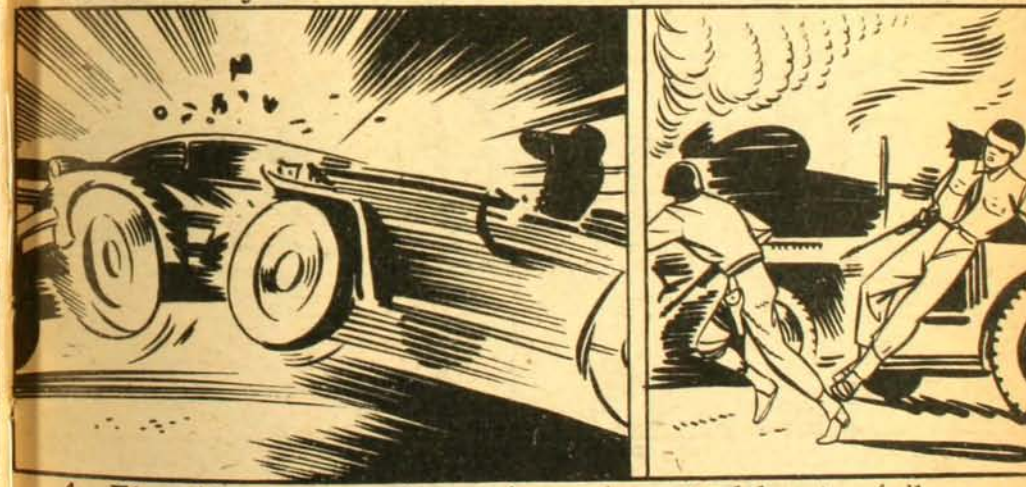
1. El "Cara de Mono" y Julia arrastraron a Corentín y a Kim hacia el automóvil que les aguardaba en la puerta. Como iban amordazados, no pudieron gritar. "—Por Judas —exclamó el bandido—, se acerca un radiopatrulla. Oigo la sirena. Julia, empuja a los chicos al auto. No hay que perder un segundo."



2. En efecto, un radiopatrulla se aproximaba a toda velocidad hacia la casa señalada por Corentín a la policía. Ambos vehículos se encontraron en un paso bajo nivel, y Corentín se dijo: "Debo intentar cualquier cosa para impedir que Julia y el "Cara de Mono" se escapen, aunque suframos un terrible choque".

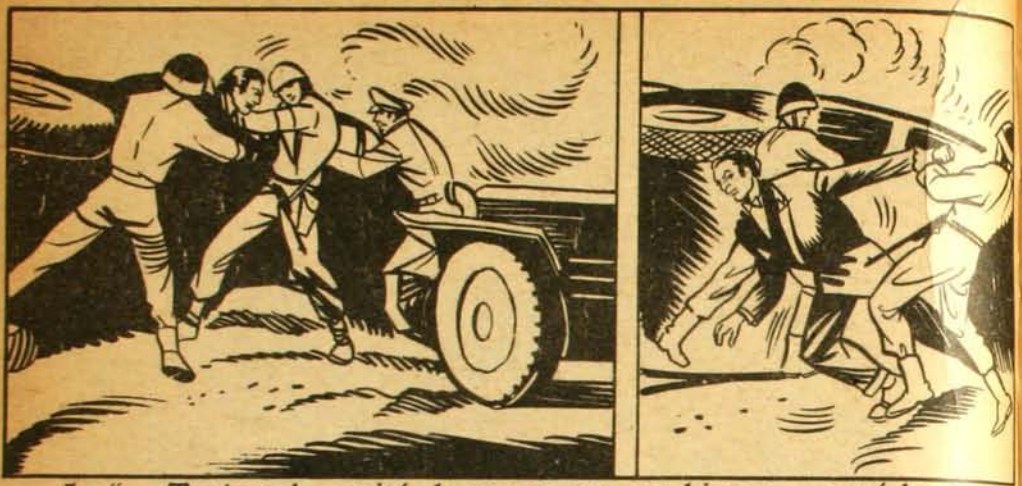


3. El valiente niño empujó el brazo del "Cara de Mono", obligándole a efectuar un viraje desgraciado. "—¿Qué haces, muchacho? —protestó el bandido—. Maldición... Julia, lánzate fuera del auto." La violenta colisión iba a ser tremenda en aquel estrecho túnel y en medio de las tinieblas.



4. El radiopatrulla se incrustó en el capot del automóvil que manejaba "Cara de Mono", y con la violencia del golpe, los pasajeros fueron lanzados como bólidos, golpeándose en los muros del túnel. Para mayor sobresalto, el automóvil del bandido comenzaba a incendiarse, sin que Corentín pudiera salir de él.

CORENTIN DETECTIVE



5. "—¡Teniente! —gritó de pronto un carabinero—, aquí hay un niño atado de pies y manos y otro más pequeño junto a una mujer desmayada." "—¡Detengan al bandido! —gritó Corentín, apenas le quitaron la mordaza—. Es el facineroso "Cara de Mono". El coronel Turri sabe que ese hombre es un criminal."



6. Entretanto, "Cara de Mono" lograba zafarse de los carabineros e intentaba huir sin pensar en su cómplice Julia, que permanecía desmayada en el interior del vehículo. "—¡Detente o disparamos!", gritaron los carabineros al fugitivo. "Cara de Mono" se enfrentó con sus perseguidores y disparó su pistola contra ellos.

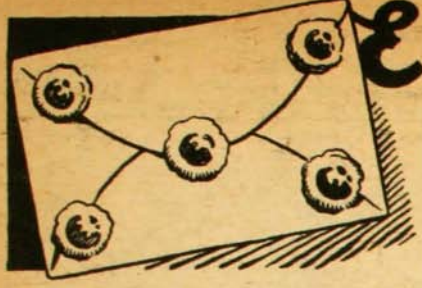


7. "Si yo hubiera sospechado que esos dos granujas me traerían desgracia —pensaba "Cara de Mono"—, los habría muerto en el acto. Ahora estoy atrapado como un conejo..." Y no dijo más, porque uno de los carabineros le disparó un tiro, y el bandido cayó para no levantarse más. Su destino se había cumplido.



8. "—Señor coronel Turri —dijo un oficial—, esta mujer está herida." "—Condúzcanla al hospital en el radiopatrulla y yo me llevaré a estos dos pilletes." Una vez en el cuartel, Corentín y Kim fueron interrogados. "—Por orden del "Cara de Mono", Julia asesinó a Selim —decía Corentín—. Usted debe creernos, coronel."

(CONTINUARA)



EL SOBRE DE LOS SELLOS VERDES

CAPITULO XVI Y FINAL.—Antonieta recibe la mitad del tesoro.

María Valladares, Víctor, Melania, Juan y Mireya Carol contemplaban a la infeliz Antonieta Vernier, inerte y exhausta después de su terrible confesión.

—Retirémonos —insinuó Juan Carol—. La pobre muchacha debe sufrir atrozmente.

—No se alejen —suplicó Rosina, o mejor dicho, Antonieta Vernier—, fué la emoción... Ya me siento mejor y quiero terminar mi confesión. No me desprecien, se los ruego... Me ofuscó el amor a mi padre. Perdónenme.

Ante el dolor de Antonieta, Mireya olvidó todo rencor y dijo a la paciente:

—No tengo mucho mérito al perdonarla, porque finalmente yo triunfé y yo recuperé el tesoro.

—No comprendo cómo pudo evadirse de la celda secreta —expresó Antonieta.

—La tempestad, que a usted aterrorizó tanto, me salvó —dijo Mireya—. Primeramente la lluvia, menos feroz que usted, me dió de beber. No era un vaso de oporto ni la jarra de cristal con agua pura que usted me negaba... Pero ese líquido barroso reanudó mis fuerzas después de un atroz suplicio de cinco días.

—Perdón, señorita, perdón —balbuceó Antonieta.

—La ducha de agua reanimó mis fuerzas —prosiguió Mireya—, y, siempre con las miradas fijas en la claraboya, terminé por ver a la luz del alba que el huracán había destruído el embudo de zinc. Ante aquel milagro la esperanza de salvar me dió nuevas fuerzas. Coloqué el banquillo sobre la mesa y salté sobre ésta; en seguida, ayudada con mi navaja, fuí abriendo hoyos y escalando el muro hasta que llegué al techo, resbaladizo por la lluvia. Creo que mis fuerzas se agotaron; sentí el vacío en torno mío y caí en una especie de foso... Después perdí los sentidos.

—Caíste en el armario de las frutas secas —dijo Juan Carol.

—Ciertamente —dijo, sonriendo, Mireya—. Quise abrir la puerta y no me fué posible. Entonces volví a desmayarme.
—Pobre niña —exclamó María Valladares—. Tuviste una gran resistencia, pero al fin el ayuno...
—No me compadezca, señora —interrumpió Mireya—. La suerte me hizo caer en medio de ese frutero... El olor a las ciruelas y a los duraznos me volvió a la vida. Palpando y tocando esas frutas, sin verlas, comencé a comer y a comer.
El delicioso jugo de las ciruelas era más embriagante que el oporto de Rosina...
—Perdón, perdón —murmuró la humillada Antonieta.
—Después —expresó Mireya—, me dormí con un sueño pesado en ese segundo y fragante calabozo. Fué allí donde me encontraron.
—¿Y el tesoro? —preguntó María de Valladares—. ¿Cómo pudo salvarlo?
—El tesoro era sagrado para mí —refirió, sonriendo, Mireya—. Comencé por vaciar los estuches, las cajas y todo lo superfluo. En seguida até con mi pa-



El estado de Antonieta Verdier era grave.

ñuelo de seda todas las joyas y lo anudé a mi cinturón de cuero.
—Eres maravillosa, hermanita mía —exclamó Juan Carol, con los ojos llenos de lágrimas—. Has vencido como una heroína.

* * *

Han transcurrido tres días.
Todos los habitantes del castillo de Valladares necesitaban reposo después de tantas emociones y quebrantos.
María de Valladares quiso retener en su hogar a los hermanos Carol, que tan heroicamente habían trabajado por su causa.
Mónica no se apartaba de su querida Mireya, extenuada y debilitada por las angustias morales y el forzado ayuno.
—¿Escribiste al tío Carlos? —preguntó Mireya a Juan.
—Todavía no —respondió el muchacho—. Desde que pesqué a Rosina, mi mano tiembla. Tengo alergia de la pluma.
—¡El mismo "Juan de la Luna"! —suspiró Mireya—. Tendré que escribir yo...
—Tú eres superior a mí, hermanita —exclamó el simpático Juan—, y lo harás mejor que yo. El tío Carlos nos cree visitando playas de lujo en el autocar azul celeste... ¡Celestial beatitud!... Si supiera que hemos arriesgado la vida.
—Nadie nos obligaba a servir de detectives en la misión que Marcial Durand debía cumplir —dijo Mireya—. Pero yo estoy feliz con mi éxito como detective. Nunca tuve una alegría más grande que cuando se levantó la placa de metal al colocar mis dedos en los signos con el *Sol* y la *Luna*.
—Si yo no le hubiera dado un baño de mar al famoso sobre —declaró Juan—, esas palabras misteriosas no se habrían translucido. Y esa rubia Antonieta... Creo que tenía más astucia que nosotros dos... Con su aspecto angelical podría ser una excelente ladrona.
—Según confesión suya, ni su padre, ni su hermano han intervenido en este asunto —explicó Mireya—. ¿Recuerdas que fué ella la que entró en tu dormitorio en el hotel de Bellavista? Ella también atendió a Marcial cuando se quebró la pierna y aprovechó la ocasión para robarle el sobre falsificado.
—¡Qué muchacha más astuta!... Me imagino su furor al advertir que se había robado el sobre falso —dijo Juan Carol.
—Y luego me persigue hasta el castillo, se disfraza de sirvienti-

lla y me convierte en cautiva suya —agregó Mireya.
—Podemos decir como Melania —insinuó Juan—, que esa Rosina tiene el diablo en el cuerpo.
Mientras conversaban, se oyó un golpe en la puerta del dormitorio de Mireya y asomó su cabeza la vieja Melania.
—La patrona ruega a la señorita Mireya y al señor Juan que pasen al salón — dijo Melania.
Cuando entraron los hermanos en dicha sala, vieron que Víctor había corrido el diván donde yacía Antonieta Vernier hasta un rincón de la estancia.
Sobre una mesa de palo de rosa, la abuela de Mónica colocaba las preciosas joyas que Mireya salvó a costa de inmensos sacrificios.



Mireya cayó del techo a un armario con frutas secas.

Una penosa impresión obligó a Mireya a volver sus miradas hacia Antonieta Vernier, siempre inválida y recostada sobre almohadones.
Mucho había cambiado la pérfida Rosina y se habría necesitado un corazón de piedra para resistir a la mirada suplicante que ella lanzó a los dos hermanos.
Sin embargo, Mireya, por más generosa que fuese, pensaba que para perdonar a su torturadora, necesitaría que el tiempo borrara el recuerdo de su inaudita crueldad.
La señora Valladares acogió a los hermanos Carol con sonrisa de abuela.
—Mis queridos niños —dijo la dama—, he querido inventariar el legado de mi hermano mayor en presencia de ustedes, pues sin vuestra ayuda no lo tendría entre mis manos.
—Mi hermana realizó esta hazaña —dijo el buen Juan—. Mi



María de Valladares obsequió un collar de perlas a Mireya Carol.

tarea fué bastante torpe.

—Pero providencial para mí —interrumpió Antonieta—. Sin usted yo me habría ahogado en el mar. Tal vez hubiera sido mejor para mí, aunque mi pobre padre se habría quedado solo.

—Antonieta —indicó María de Valladares—, tú tienes la lista completa de los objetos que mi hermano me legaba y que están en la carta con el sobre de los sellos verdes.

Con manos temblorosas Antonieta entregó la famosa carta, diciendo:

—Que otro la lea. Yo me muero de vergüenza. Señor Carol, ¿quiere hacerme ese favor?

Juan comenzó la enumeración de las joyas, encajes, medallones, autógrafos famosos y demás reliquias de familia.

Nada faltaba en la lista, y la señora Valladares iba tocando cada objeto a medida que se enumeraban.

Era un tesoro inmenso, como el de un cuento de "Las Mil y Una Noches".

Antonieta ocultaba su cara entre las manos.

—Mireya —dijo María de Valladares—, voy a escribir al notario Durand que, gracias a usted, he recibido e inventariado el tesoro de familia, en presencia de varios testigos, agregándole que lamento el accidente sufrido por su hijo Marcial, a quien sus amigos Carol reemplazaron maravillosamente. Acérquese, Mireya —agregó la dama—. Le ruego que acepte este collar de perlas en recuerdo mío y de Mónica.

Y la gentil dama rodeó el cuello de Mireya con un lindo collar de finas perlas.

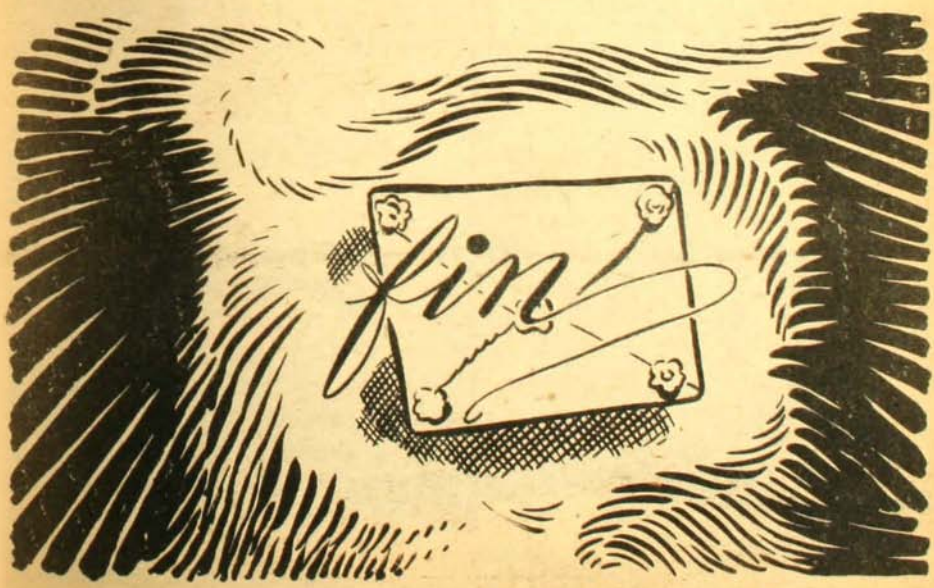
Mireya se deshizo en agradecimientos, asegurando que no merecía tan espléndido obsequio.

—Y ahora voy a comunicarles otra decisión mía —dijo María de Valladares—. He llamado a un experto en joyas y voy a repartirlas por mitad, a fin de remediar la injusticia cometida por mi hermano mayor. ¿Qué dices tú, Antonieta?

—Que es usted demasiado buena, tía María —murmuró la arrepentida Antonieta—, con quien ha obrado tan indignamente. Quiero expiar mi falta, quiero que me encierren en una prisión, quiero hacer la huelga del hambre hasta que la señorita Carol me perdone.

—Pobre loca —respondió María—. El doctor dice que tendrás que reposar varias semanas antes que tu tobillo sane. En castigo, tendrás que callar tu falta para que tu padre la ignore siempre. ¿No es verdad, Mireya, que todos vamos a olvidar los errores de esta niña?

—Sí, sí —expresó Mireya, cuyo corazón latía de generosa emoción—. Y usted, Antonieta, no recurra a la huelga del hambre para obtener mi perdón, porque del fondo de mi corazón la he perdonado. Quítese las manos de la cara, pues deseo darle un beso fraternal.



Ponchito


¡OH! ESOS MALDITOS PÁJAROS...
...LE ESTAN COMIENDO LAS FLORES AL DURAZNO
Y DESPUES NO VA A DAR NINGUN FRUTO
¡TENGO UNA IDEA PARA LIBRARME DE ELLOS!

por nato


¡LOS CAZARÉ A TODOS!
AHORA ME ESCONDERÉ PARA VER LOS RESULTADOS
COLA
¡YA ESTAN LLEGANDO!
NATO.
¡OOOOH!



El Hijo del Lobo.



CAPITULO XVI.—Tristán y Lancelote vencedores del torneo.

Después de tres años de estudio en la Academia de Logres, los dieciséis adolescentes iban a ponerse a prueba en un torneo organizado por el señor del castillo.

Con este objeto, el escudero Arnoldo repartió a los muchachos sendas cotas de mallas y escudos de fino acero.

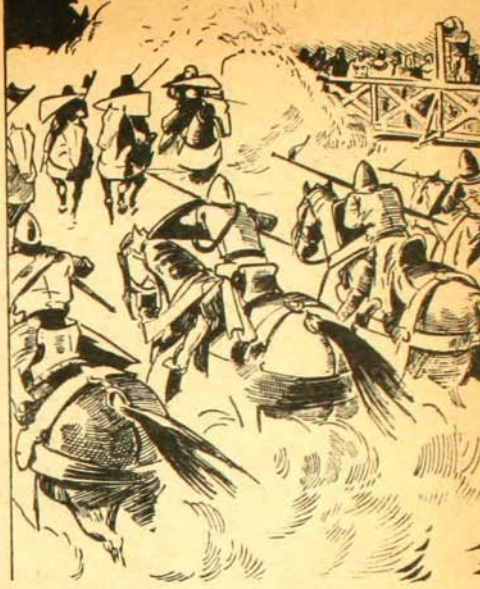
Los hijos de la nobleza hicieron pintar en sus escudos los blasones y divisas de sus familias. Pero Tristán, que ni siquiera cono-



Grandes señores y bellas damas presenciaban el torneo.



Los 16 donceles desfilaron uno a uno por la lid.



De ocho por lado se trabaron en combate.

cía a sus padres, conservó su escudo exento de todo blasón.

—¡Pinta un lobo! —le gritó el pérfido Rudel—, pues tú eres hijo de lobos.

—Algún día lo pintaré —respondió Tristán—, pero cuando haya ejecutado alguna proeza.

Todos los señores y las bellas damas de la vecindad se habían reunido en el castillo de Logres para presenciar el primer torneo guerrero de los jóvenes de la academia.

Era un lindo día. Las oriflamas de púrpura con las armas de Logres flameaban al viento en las torres de la fortaleza.

Uno tras otro, al paso



Rudel, el hijo del conde Giles, fué el primero que cayó.



Iban quedando solamente cuatro guerreros en la lid.

de sus corceles enjaezados, iban desfilando por la arena los dieciséis adolescentes en su gallarda apostura.

Las bellas damas aplaudieron con entusiasmo cuando los guerreros se colocaron en posición de combate, enfrentándose de ocho en fondo por cada lado.

Con la cabeza cubierta por un casco de hierro, los dos grupos se lanzaron al combate con la violencia de una juventud que anhelaba triunfar.

Muchas lanzas fueron rotas en el primer encuentro y algunos cayeron derribados. Entre éstos se contaba Rudel, que cayó gimiendo y, furioso, se retiró del torneo.

Los señores asistentes advirtieron pronto cuáles eran los mejores lidiadores.

Tristán, el Hijo del Lobo, y Lancelote de Brocelandia sostenían el choque de los amigos de Rudel. Pero uno a uno fueron cayendo los demás compañeros hasta que sólo quedaron dos triunfadores en la lid.

El conde Logres y sus vecinos feudales se aprontaban para ver luchar a los dos vencedores y hacían apuestas, a fin de escoger al joven que ganaría en ese primer torneo.

Grande fué la sorpresa de los espectadores al ver que los dos lidiadores, en vez de continuar la lucha, se despojaron de sus cascos de acero y se abrazaron como hermanos.

El protegido de Merlín el Mago y su hermano de sangre, Lancelote, no podían luchar, porque les ligaba un sagrado juramento.



Los grandes señores observaban a los últimos campeones.

Con la cabeza descubierta y apoyados en sus lanzas, ambos jóvenes avanzaron hasta la tribuna de honor al paso lento de sus cabalgaduras.

Los demás lidiadores, algunos heridos y otros estropeados por las patas de los caballos, eran llevados en brazos de los vasallos hacia un sitio de reposo.

Atronadores fueron los aplausos de la concurrencia al ver a Tristán y a Lancelote acercándose a la gran tribuna.

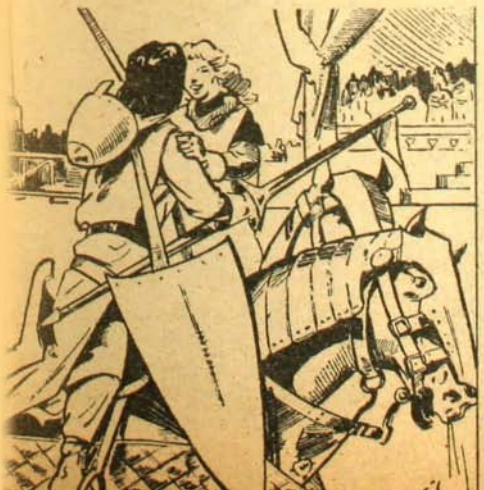
Rudel lloraba de rabia y de humillación y juraba por todos los dioses que algún día se vengaría de Tristán.

De pronto escuchó gritos a su espalda y divisó a un jinete polvoriento que gritaba:

—¡Las hordas de Erico avanzan!

(CONTINUARA)

Pero Lancelote y Tristán, en vez de luchar, se abrazaron.



Juntos y gallardamente avanzaron hacia la gran tribuna.



¡Adivina Ud?



CONCURSO "EL ENANO"

Reemplaza los puntos por letras y leerás: 1, volcán de Europa; 2, país centroamericano; 3, ciudad de Grecia antigua; 4, oficina de notario; 5, capital de país europeo. Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 159.—Batalla de Rancagua. Protagonista, Bernardo O'Higgins. Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD".—Mónica Valenzuela, Santiago; Paulina Valle, Santiago; Claudio Reyes, Rancagua; Ramón Peñaloza, Melipilla; Patricia Radebach, Quilpué. UN PREMIO DE $ 50.—José Parra. San Antonio; Teresa Arpás, Quillota; María Mella, Quilpué; Oscar Iván Zepeda, Talcahuano; Fernando Alfaro, Santiago; Gladys Callealta, Santiago; Sergio Orellana, Perquenco; Beatriz Encina, Santiago; Diana Sanz, Santiago; Nicolás Yelincic, Santiago. UN LAPICERO FUENTE.—Sergio Castillo, Santiago; Lucía Fernández, San Fernando; Demetrio Llanos, Santiago; María Cifuentes, San Fernando; Iris Osorio, San Fernando; Gladys Sepúlveda, Santiago; Gustavo Falck, Valparaíso; Raúl Reyes, Santiago; Hugo Moreno, San Francisco Mostazal; Mireya Ziegler, Santiago. UN LAPIZ AUTOMATICO.—Ricardo Martínez, Valparaíso; Silvia Escanilla, Santiago; Yely Bozzo, San Fernando; Jorge Schroders, Santiago; Magaly Pérez, Santiago; Florentina Munita, Los Andes; Gerardo Osorio, Quillota; Waldemar Baeza, Molina; Edgardo Illanes, Santiago; Néstor López, Santiago. UNA PELOTA DE GOMA.—Wally Bunster, Angol; Eduardo Camino, Santiago; Lilian Espinoza, Santiago; Luis Zapata, Concepción; Ricardo Toro, Chillán; Andrés Olea, Santiago; Elena Atala, Santiago; Jorge Romero, Santiago; Pablo Ramírez, Santiago. UNA ARMONICA.—Daniela Rubens, Santiago; José Ciudad, Santiago; Pedro Marambio, San Vicente Tagua-Tagua; Segundo Maldonado, Santiago; Edgardo Laurel, Chiguayante. UN LIBRO.—Carmen Alicia Contreras, San Fernando; María Gladys Brevis, Chillán; Jorge Varas, San Bernardo; Luisa Hernández, Chillán; Angel Torres, Santiago; Jorge Prado, Santiago; Edda Buracchio, Rengo; Ana María Zamorano, Santiago; Hernán Espinoza, Máfil; Jaime Jara, Los Angeles. UN VITALMIN.—Nelson Soto, Angol; Pablo Saldaña, Pupilla; Luis Contreras, San Fernando; Sergio San Martín, Pailahueque; Nelson Santander, Santiago; Antonieta Carvajal, Santiago; Pedro Llanos, Santiago; Raúl Aránguiz, Santiago; Francisco Lastra, Los Angeles; Luis Raúl Valenzuela, Santiago.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

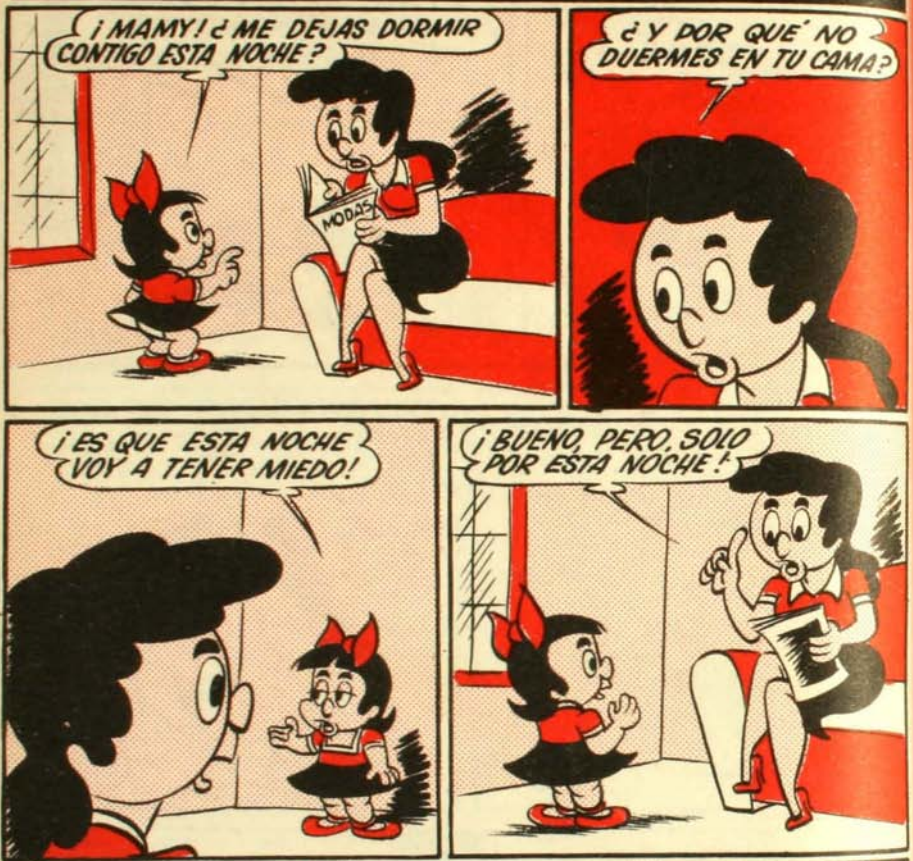
SIMBAD N.º 161

Reemplaza los puntos por letras.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.


¡AY!
¡OBLIGADO A CREER EN LAS SUPERSTICIONES ¡SI NO HAGO ALGO, ME SEGUIRÉ ROMPIENDO TODO!
¡LA ÚNICA FORMA DE ESPANTAR LA MALA SUERTE, ES TENIENDO UN AMULETO.
¡CONOZCO UN NEGOCIO QUE VENDE ESOS CHICHES!
AMULETOS PARA LA BUENA SUERTE
¡AY!
UGOZE

PELUSITA POR NATO

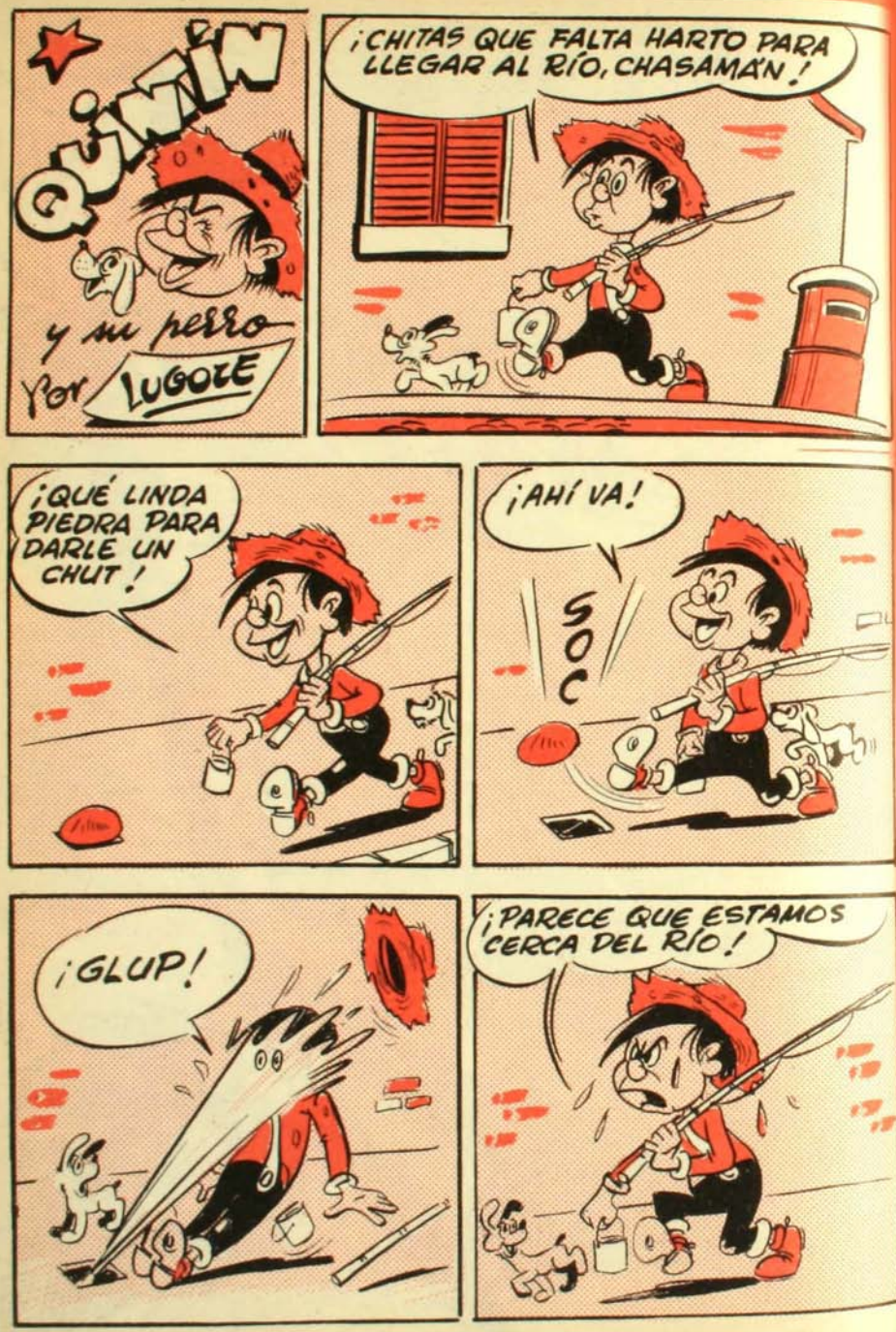


simbad

N.º 162 $ 3.–



EL DUENDE VERDE



CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV - 8-X-1952 - N.º 162

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,65
Semestral: US. $ 0,90
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

La fosa de las Cobras



CAPITULO XVII Y FINAL.—*Kahalí en la tosa de las cobras.*

El príncipe Sahan, tras dolorosa agonía, murió a causa de la mordedura de un áspid.

El regente, poseído de furor, vociferaba contra los hombres que habían traído desde tan lejos aquel cesto de frutas en las que llegó escondido el pequeño reptil.

Y como si esta desgracia fuera aún menguada para el pérfido Kahalí, uno de sus cortesanos llegó anunciando que el príncipe Jabú y la linda Rosanara estaban vivos.

—Los áspides que llenaban la fosa no han hecho el menor daño al príncipe Jabú —decía el mensajero.

—¡Maldición, m a l d i ción! —gritó Kahalí—. Si los reptiles le dejan con vida, yo le mataré con mi lanza.

He aquí lo que había ocurrido en la fosa don-

El príncipe Sahan había muerto a causa de la mordedura del áspid.





Rosanara y Jabú lanzaron a las cobras contra los áspides.



—Estamos salvados —decía el príncipe Jabú a Rosanara.

de fueron arrojados Rosanara y Jabú.

La encantadora de serpientes había silbado su canción a las cobras encerradas en el cesto y con Sikra, la cobra favorita de Rosanara, a la cabeza, todas surgieron inmediatamente y se trabaron en lucha con los áspides.

Estos se escabulleron por las hendiduras del foso y algunos murieron en la lucha desigual con las serpientes mayores.

—Estamos salvados, ¡oh mi rey! —dijo Rosanara.

—Otra vez te debo la vida, mi buena Rosanara —respondió el rey Jabú—. Ahora subiremos a la terraza y Kahalí pagará su delito.

Pero ya se acercaba el terrible Kahalí, diciendo:

—Si aún está vivo ese demonio de Jabú, yo le atravesaré con un hierro. Dargan, trae una lanza.

El traidor Kahalí cogió el arma e intentó herir a Jabú, pero el príncipe se aferró de la homicida lanza y atrajo hacia la fosa al hombre aborrecido.



Kahalí, furioso, pidió una lanza para asesinar a Jabú.

Entretanto, Rosanara continuaba con sus encantamientos, a fin de que las serpientes no atacaran a su adorado príncipe.
Por fin, Jabú logró atraer hacia el hoyo al infame Kahalí.
—¡Auxilio, las cobras! —gritaba el regente de Musori.



Jabú se aferró de la lanza que Kahalí apretaba en sus manos.



El infame Kahalí cayó al foso y fué atacado por las cobras.

—Se ha cumplido el destino de los dioses. ¡Viva nuestro rey Jabú!
—Sí —declaró Jabú, mirando a los soldados que le rendían pleitesía—, el destino se ha cumplido y yo soy vuestro rey.
Jabú y Rosanara abandonaron el foso y se presentaron a la corte.
—¿Dónde está mi hermano Sahan? —preguntó Jabú.
—Un áspid, oculto en un cesto con frutas, le mordió y envenenó su sangre —respondieron los cortesanos.
—Sahan no es culpable —expresó Jabú—. El malvado Kahalí le dominaba. Id a enterrarle mientras yo regreso a la capital del reino con mi futura esposa Rosanara.

Pero ya las cobras, exaltadas con los gritos de alarma y la caída de un cuerpo a la fosa, se abalanzaban sobre Kahalí y le asaltaban a mordiscos.
Los soldados, que presenciaban la horrorosa escena, clamaban espantados:

—Soy vuestro rey Jabú —declaró el príncipe a los cortesanos.





Jabú coronó como reina de Musori a la linda Rosanara.

Apenas llegaron al palacio real, Jabú cogió las manos de la linda encantadora de serpientes y, ante la corte reunida, le dijo amorosamente:

—Tú, mi fiel y buena Rosanara, serás la reina de Musori.

Todos los cortesanos se inclinaron y luego lanzaron un sonoro y vibrante:

—¡Viva nuestro rey Jabú! ¡Viva la reina Rosanara!

ANDANZAS DE SAMUEL BILL

CAPITULO V.—CAPTURADOS POR EL BANDIDO PORRAS





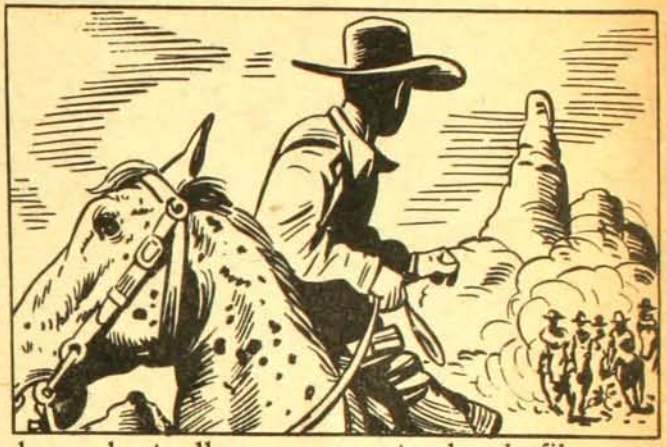
1. Bepo, mostrando su único diente, reía a carcajadas. "—¿Crees tú que con tus dos pistolas vas a enfrentarte con el bandido Porras?", preguntaba el viejo. "—Perdón, no son dos, sino cuatro, pues ya te tengo a ti, mi viejo", respondió Samuel. "—¡Ay, ay, ay! —musitó Bepo—, yo tengo apego a mis huesos."





2. "—Tus huesos y tu piel no valen un comino, mi viejo —expresó Samuel—, en cambio, se trata de salvar a un muchacho bueno. Yo le prometí a la anciana Catita que rescataría a su nieto." "—Bien —dijo Bepo—, si tú crees que puedo servir de algo, vamos a esa loca aventura. Yo no tiemblo."





3. Cabalgaron muchas horas hasta llegar a un estrecho desfiladero, en el cual se formaba el lecho de un riacho. Bruscamente el viejo Bepo volvió atrás la cabeza y dijo: "—Atención, Samuel Bill; avanzan cinco jinetes, cuyas intenciones de atacarnos son evidentes. Es inútil atacar. Nos han cogido en esta angostura."





4. En efecto, los cinco jinetes les cortaron el paso. "—Terminado el primer episodio", dijo Bepo. Samuel y Bepo alzaron las manos en señal de rendición. Uno de los jinetes preguntó al jefe: "—¿Qué hacemos con ellos, Porras?" "—Voy a interrogarlos", dijo el bandido.

ANDANZAS DE SAMUEL BILL





5. "—¿Qué andan haciendo ustedes por aquí?", preguntó Porras a los prisioneros. "—Yo me llamo Samuel Hatkins y soy hijo de un rico hacendado —declaró Samuel Bill—. Este viejo es el capataz de mi padre. Recorremos la región en busca de terrenos para comprar."





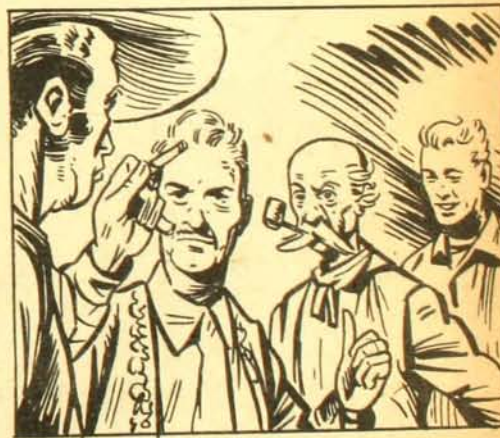
6. "—Hola, hola, ¿conque eres muy rico tú? —preguntó Porras—. ¿Cuántas haciendas posee tu padre?" "—Dos ranchos en Colorado, tres en Nevada y cinco en California, y, además, cien mil cabezas de ganado." "—Hola, hola —exclamó Porras—; entonces tu padre podría pagar un magnífico rescate por su hijo."





7. Porras ordenó que desarmaran a sus prisioneros. El viejo Bepo cambiaba miradas risueñas y picarescas con su joven amigo, como diciendo: "—Hemos entrado al segundo episodio de esta película". Al llegar a una gran cabaña de madera, los bandidos desmontaron.





8. "—¿Dónde vive tu padre?", preguntó Porras a Samuel Bill. "—Actualmente está en el rancho de Nevada", declaró Samuel. "—¿Oíste, Jim? —dijo Porras—. Vas a ir allá y prevendrás al viejo Hatkins de la captura de su hijo. Le dirás que deposite en el Banco 50.000 dólares si quiere recobrar a su pichoncito."

(CONTINUARA)



Mamá Brisa se despidió de los siete Vientecillos.

EL DUENDE VERDE

En el hueco de un viejísimo árbol vivía Mamá Brisa con sus siete hijitos, a los cuales tenía que abandonar muchas veces para ir a soplar un poco de aire fresco en los días de intenso calor.

—Hoy hará un calor sofocante —dijo una mañana Mamá Brisa a los siete Vientecillos.

—Déjanos ir contigo a soplar en el lago —suplicaron los siete chicos.

—No, hijos míos —expresó Mamá Brisa, colocándose el traje de trabajo y las fuertes alas con que soplaba sobre el lago—. Si tuviera que soplar durante una hora nada más, os dejaría acompañarme, pero todo un día es demasiado.

Mamá Brisa trajo en seguida la gran hoja con que cerraba el hueco del árbol.

Los Vientecillos exclamaron:
—No nos encierres, mamá; estaremos muy a obscuras.
La señora Brisa no les hizo caso, replicando:
—Sed obedientes y no dejéis entrar al Duende Verde.
—¿Entonces no podremos salir a volar y a jugar con el Duende Verde? —preguntaron los Vientecillos.
—De ninguna manera —exclamó Mamá Brisa—. El Duende Verde es cruel y peligroso. Como anda siempre tan sofocado, tendrá ganas de respirar aire fresco y os tragaría en un momento. Os prohibo, pues, que habléis con el Duende Verde, y que por ningún motivo le dejéis entrar.
Mientras escuchaba las protestas de sus hijitos, Mamá Brisa preparaba una pasta mágica para pegar una inmensa hoja en la puerta de su morada. En cuanto hubo terminado, cerró el hueco de la encina, sopló sobre la pasta mágica hasta dejarla bien seca y se alejó hacia las riberas del lago.
Los Vientecillos gritaban:
—Estamos a obscuras, estamos muy apretados, estamos fríos.
Así que se convencieron de que su madre ya no oía sus protestas y gritos, los Vientecillos dejaron de chillar y se pusieron a silbar alegremente. Luego jugaron al escondite, a la gallina ciega, y cuando el sol anunció que había llegado el mediodía, fueron a buscar siete tazones de papilla y comieron con gran apetito.
Al terminar la última cucharada, oyeron junto al árbol, en la parte exterior, un RUIDO. En el acto guardaron sus tazones y escucharon con atención.
—Es el Duende Verde —dijeron todos—. Siempre va acompañado de un ruido muy feo.
—Vientecitos —llamó alguien desde fuera—. ¿Estáis en casa? He venido a veros.
Era la voz del Duende Verde; la conocían muy bien.
El Vientecillo Charlatán se llevó un dedo a los labios e indicó silencio a sus hermanos.

El Duende Verde pasaba su vida haciendo picardías.



—Hoy no estamos en casa —respondió el Vientecillo Charlatán.
—Eso no es verdad —expresó el pícaro Duende Verde, que estaba muy sofocado y deseaba refrescarse respirando a los Vientecillos—. Lo sé, porque os oigo hablar. Os aseguro que no vengo con malas intenciones. Soy una hermosa hada que viene a veros.
—Mentira, no eres un hada, porque las hadas no hacen ese feo ruido —dijo el Vientecillo Charlatán—. Tú eres malo y quieres respirarnos hasta hacernos morir.
Entonces el Duende Verde se alejó del árbol y fué en busca del Trueno, y cuando lo hubo encontrado, le dijo:
—Oigame, señor Trueno, quisiera deshacerme de mi RUIDO. ¿Podría usted hacer algo por mí?
—Ya lo creo —retumbó el Trueno—. A mí me hacen siempre falta los ruidos, pues en las noches de tormenta gasto muchos. Pero has de prometer no robarme jamás ningún estruendo, ruido, ruidito o rumor.
—Se lo prometo —aseguró el Duende Verde, entregando al Trueno su RUIDO.



Entonces se dirigió en silencio al árbol donde vivían los Vientecillos y preguntó:
—¿Estáis en casa, Vientecillos? He venido a veros.
—¿Quién eres? —preguntó el Vientecillo Risueño.
—Soy una hermosa hada y vengo a jugar con vosotros.
Entonces el Vientecillo Risueño se echó a reír y replicó:
—Jo jo jo jo jo. Tú no eres un hada. Las hadas tienen una voz hermosa y la tuya es la del Duende Verde.
El Duende Verde se alejó del árbol y se dirigió al Riachuelo Cantarín y le pidió:
—Riachuelo, préstame un poquitín de hermosa voz.
—Te prestaré con mucho gusto un poquito de mi suave susurro —dijo el Riachuelo—, pero si me prometes no enturbiar más mis aguas, como lo haces de puro malvado.
—Te lo prometo —dijo el Duende Verde, recogiendo la hermosa voz que le entregó el Riachuelo Cantarín.
Corrió en seguida al árbol y preguntó con el más encantador de los acentos:



—Señora Rosa, ¿podría prestarme un poco de color para mis mejillas? —pidió el Duende Verde.

—¿Estáis en casa, Vientecillos? Soy una hada que viene a visitaros.

Los Vientecillos quedaron encantados con la dulce voz y estuvieron a punto de abrir la puerta, pues, aunque estaba bien cerrada, Mamá Brisa les había explicado cómo podía abrirse. Esto lo hacía porque en los bosques existen dos grandes peligros para los árboles y quienes viven en ellos: EL FUEGO Y EL LEÑADOR. Por lo tanto, Mamá Brisa les había enseñado cómo salir de allí si se incendiaba la selva o algún leñador quería cortar el árbol.

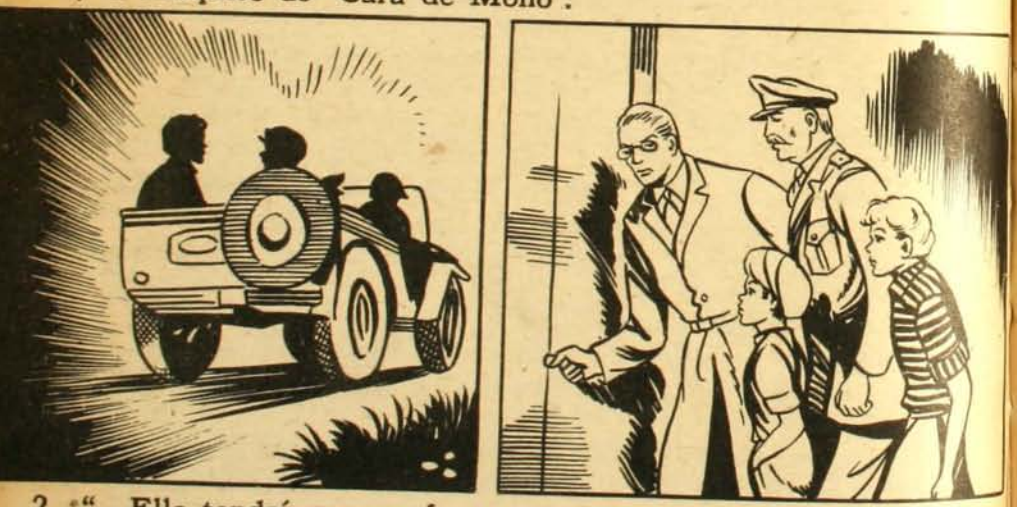
—Escuchen —dijo el Vientecito Burlón—. Hagamos una cosa. Digamos al hada que no es hada, sino el Duende Verde.

CORENTIN DETECTIVE

CAPITULO V.—NIEGA SU DELITO



1. "—Sus informaciones me parecen verídicas —decía el coronel Turri a Corentín y a Kim—, pero preséntenme ustedes pruebas que acrediten la inocencia de Irma." En ese momento llamaban del hospital e informaban al coronel del estado gravísimo de Julia, la cómplice de "Cara de Mono".



2. "—Ella tendrá que confesar su crimen antes de morir", decía Corentín al coronel Turri. "—Si ignora su gravedad no confesará —declaró el coronel—, porque le espera una sentencia de muerte." Por fin llegaron a la puerta del hospital y el médico declaró que la herida estaba gravísima y que peligraba su vida.



3. "—El pulso está muy débil —decía el médico—, a pesar de que le hemos inyectado estricnina y cafeína. Acaso pueda hablar un momento, pero el efecto de esas inyecciones no durará mucho tiempo." "—Un minuto basta —dijo el coronel Turri—, para que diga la verdad." Corentín y Kim esperaban ansiosos.



4. El médico, observando a la herida Julia, dijo de pronto: "—Ya reacciona y podrá hablar." "—Acérquense, niños —indicó el coronel Turri—. Conviene que ella les vea cuando recobre los sentidos." Corentín y Kim se aproximaron hasta el lecho y un oficial cogió papel y lápiz para transcribir la confesión de Julia.

CORENTIN

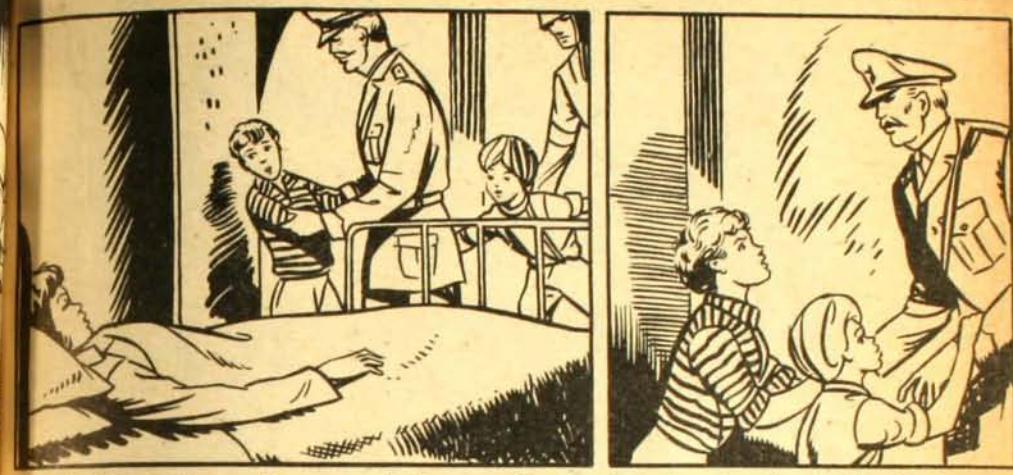


5. Fué un momento solemne. "—Estos dos niños la acusan a usted de haber asesinado al soldado Selim", dijo el coronel a Julia. "—Yo no he matado... Es una infame venganza. Soy inocente." "—Irma es inocente —repetía Corentín—. Habla, Julia, no permitas que fusilen a esa niña."



6. "—Por el amor de Dios, habla —suplicaba Kim—. Yo soy testigo de que tú mataste a Selim. Yo te vi esa noche." Julia alzó una mano llamando al médico, y con voz doliente le dijo: "—Me siento mal y muy fatigada". "—Mi coronel —murmuró el médico—, mi deber es atender a esta enferma."

DETECTIVE



7. Pero Corentín se resistía a salir de la estancia. "—Julia, Julia —insistía el valiente niño—, di la verdad..." "—Vengan, niños", ordenó el coronel Turri. Kim, afirmándose en los hierros del catre gritó entonces a Julia: "—Maldita víbora, asesina, embustera." Ambos niños suplicaban al coronel que salvara a Irma.



8. "—Nada puedo decidir, hijos míos —expresó el buen coronel—. El tribunal ha firmado la sentencia de muerte de Irma y ésta se cumplirá mañana. Lo único que puedo hacer por ustedes es permitirles que visiten a su amiga por última vez." Irma, acompañada por un sacerdote, acogió a sus buenos amiguitos.

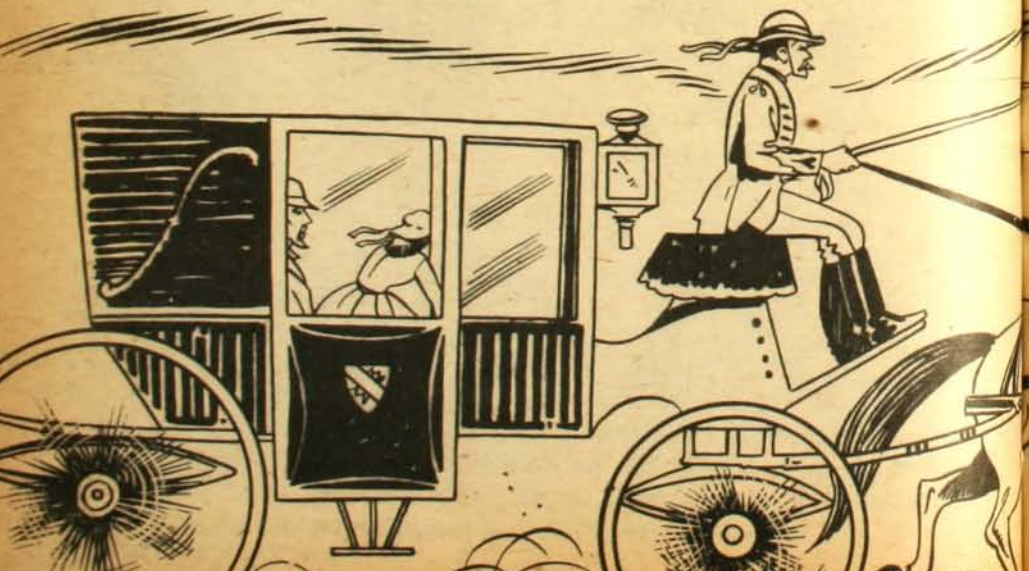
(CONTINUARA)



EL SECRETO DE LA GITANA

CAPITULO I.—Ilona en el castillo húngaro.

La condesita Ilona de Kanisza, bella y morena niña de quince años, regresaba al castillo de su padre, en Hungría, después de ocho años de internado en un colegio parisiense.



Su tierra natal era Hungría, pero Ilona sólo vivió allí en los primeros años de su infancia. Su madre había fallecido sin dejar en ella un recuerdo, y su padre, el prepotente marqués de Kanisza, le inspiraba más respeto que cariño. En raras ocasiones, el padre de Ilona visitaba a su hija en el convento de las religiosas Marianas, sin que su severa expresión se diluyera en una sonrisa paternal.

Ilona era morena, esbelta, con dos grandes ojos en forma de almendra y una tez color mate. Toda su figura demostraba gracia y donaire.

Al cumplir Ilona los quince años, el marqués de Kanisza llegó al convento en busca de su hija, quién se despidió de sus monjitas y de sus compañeras con el alma destrozada por la angustia y el dolor de abandonarlas.

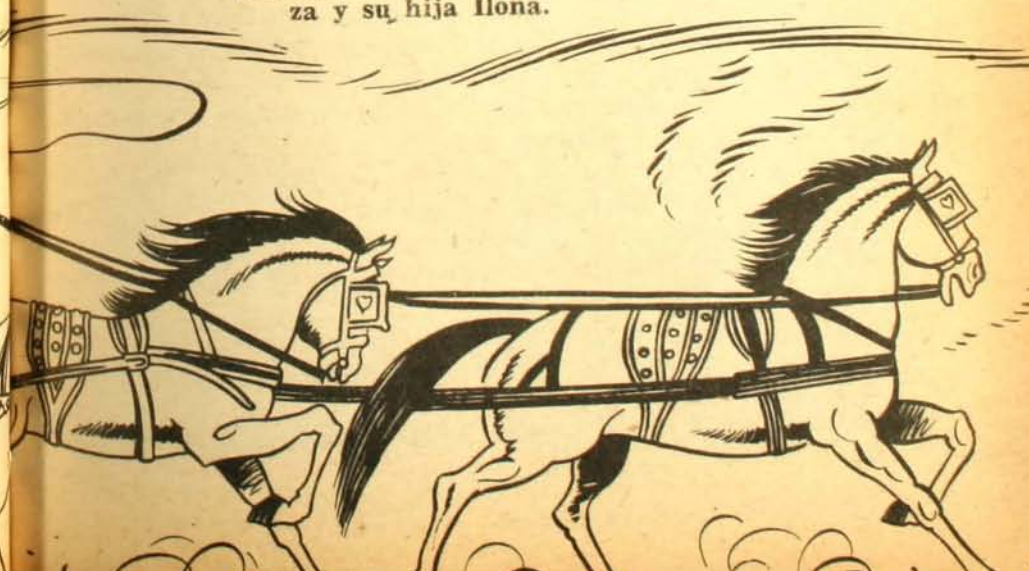
Esto ocurría en el pasado siglo, cuando aun no existían los automóviles ni los aviones.

Durante el largo trayecto desde París hasta Hungría, Ilona observaba a su padre, y parece que éste también examinaba a su hija como si ello le causara una dolorosa sensación.

Ilona hubiera querido hacer a su padre una pregunta que durante muchos años quemaba sus labios: "¿Cómo era mi madre? ¿Quién era ella? ¿Por qué nunca me la nombras, papá?"

Pero una extraña timidez le impedía hablar. Sabía que su ga-

En un viejo landó viajaban el marqués de Kanisza y su hija Ilona.



llardo progenitor no volvió a casarse y temía turbar su pasado con preguntas indiscretas.
El viaje en ferrocarril fué largo y pesado, a causa de este mutismo entre padre e hija.
Por fin llegaron a tierra húngara, y en una estación rural les esperaba un viejo landó tirado por dos caballos ricamente enjaezados.
El brillante colorido de los campos, las azules aguas del Danubio entusiasmaron a Ilona. En los linderos de un bosque la viajera divisó un campamento de gitanos. Alrededor de los carricoches se agrupaba un abigarrado grupo de hombres, mujeres y niños.
Cuando apareció el lujoso landó, los gitanos se aproximaron al camino carretero.
—Mira, papá —exclamó Ilona—, qué lindo grupo. ¡Qué bien visten!... Parecen disfrazados en Carnaval.
Y diciendo esto, Ilona sacó la cabeza por la ventanilla del carruaje.
—Son gitanos —respondió Kanisza—. Entra la cabeza, Ilona —añadió, con voz autoritaria.
Confundida por haber fastidiado a su padre, Ilona se reclinó en el interior del landó y murmuró tímidamente:
—No parecía gente mala. Al contrario, me saludaron amistosamente y pronunciaron palabras que no comprendí.
—Esa no es una razón para que la hija del marqués de Kanisza responda a saludos de gente vulgar —musitó el severo padre.
Ilona no podía comprender que ese pequeño incidente enervara de tal modo a su papá, y, por cierto, que no podía explicárselo. ¿Era un prejuicio de raza, una repulsión nerviosa por los gitanos o les temía por alguna oculta razón?
El marqués se inclinó hacia el cochero y le dijo:
—Más a prisa, Yanoc. Fustiga los caballos.
Poco a poco renació la calma en la fisonomía de Kanisza.
Entretanto, Ilona pensaba con cierta vanidad en el entusiasmo de los gitanos ante su aparición.
"Fuí aclamada como una princesa", se dijo la morena niña.
Y como si este pensamiento le diera alegría, sus labios se entreabrieron en una dulce sonrisa.
—¿Estás contenta de llegar a casa, hijita? —preguntó el marqués Kanisza.

—Sí, sí —contestó Ilona.
—Amarás mucho este país, Ilona —prosiguió Kanisza—. Tenemos partidas de caza muy interesantes. Te regalaré un bello alazán húngaro.
—Todo es maravilloso, papá —murmuró Ilona.
Cayó de nuevo el silencio entre ambos y el balanceo del coche hizo dormir a la joven viajera.
Cuando abrió de nuevo los ojos, se encontraba en una aldea. Al confín de una larga avenida de acacias divisó un lindísimo castillo.



Los gitanos saludaron a Ilona como a una princesa.

El landó atravesó por entre una multitud de cabañas con techos de totora, que formaban las viviendas de los servidores del marqués, y en seguida se detuvo en la escalinata de piedra del castillo.
Un ejército de hombres y de mujeres esperaban allí. Eran los criados del magnate húngaro.
Ilona descendió un poco aturdida por el largo viaje.
—Os presento a vuestra ama —dijo el marqués, dirigiéndose a esos siervos que le miraban como a un dios.
—Tengo mucho placer de verlos —murmuró Ilona, sonriendo amablemente.
Cuando penetraron en la regia mansión, apareció una dama ves-

tida de negro. Era una anciana fría, de ojos azules, que brillaban con extraño fulgor bajo una corona de cabellos blancos. Su cutis albo y pálido hacía contraste con la tez bronceada de Ilona.
El marqués Kanisza abrazó a la dama, y, presentándole a su hija, le dijo:
—Querida Matilde, ésta es mi hija Ilona.
La tía Matilde observó a la niña de pie a cabeza, frunció el ceño y, dando un beso en la frente a su sobrina, expresó:
—Grande está... No tendremos mucho que enseñarle ya.
Ilona sintió que sus mejillas ardían, pero no de emoción, sino de enervamiento.
"Esta tía no será amiga mía", pensó la hija del marqués.
Había algo de humillante en la mirada de Matilde, en la forma cómo detallaba a la recién llegada, y el instinto de Ilona la hizo presentir que, por lo menos para esa vieja dama, no era ella la bien venida.
El marqués de Kanisza se sintió también molesto con la actitud impertinente de su hermana, y para poner fin al suplicio de Ilona, exclamó:
—Hijita, has de estar rendida de fatiga después del pesado viaje; deseosa de conocer tu departamento y reposar un poco.
La tía Matilde golpeó sus palmas y dos criaditas húngaras aparecieron en la puerta.
Vestían, a la moda del país, amplias faldas de colores vivos, blusas blancas bien ajustadas al talle, y sobre estas prendas un delantal blanco con finos encajes. Ambas paisanitas eran rubias, con los cabellos trenzados a la espalda y sujetos con cintas rojas.
—¿Colocaron las maletas de la señorita en la habitación del primer piso? —preguntó la tía Matilde.
—Sí, señora.
—Bien, mi querida niña —dijo la anciana—, te presento a tus dos camareras: María y Rosa. Están aquí para servirte. Conduzcan a la señorita a su dormitorio.
Ilona hizo una reverencia monjil a su tía, tendió su carita para recibir el beso de su padre y siguió a las dos camareras.
El departamento de Ilona era magnífico. Los muros blanqueados de cal, el parquet encerado, un lecho con columnas y festoneado de cretona, una mesa con espejo y en torno a los muros muebles de caoba que podrían exhibirse en museos. La ventana daba al jardín y el sol entraba refulgente a ese fresco y lindo aposento.



Kanisza e Ilona recibieron el homenaje de sus servidores.

La impresión de tristeza que perseguía a Ilona después de su partida del convento se disipó ante el aspecto risueño de aquella estancia.

Sin embargo, por espacio de un minuto se detuvo en el umbral y recordó sus primeros años.

Evocaba el momento en que su padre la dejó tras las rejas del convento de las religiosas Marianas. Ilona estalló entonces en sollozos y se consideró una huérfana desgraciada.

Pero una monjita se inclinó sobre ella y su mirada dulce y buena fué como un bálsamo para su corazón herido.

Sor Inés la cogió a ella y a su muñeca en sus maternales brazos y desde entonces su vida en el convento fué feliz.

Muy distinta era su llegada al imponente castillo de Kanisza. Ilona tenía ya quince años y sentíase como una extraña que venía a perturbar la vida de los moradores de esa mansión húngara.

Ilona volvió a examinar los blancos muros de la habitación y pensó:

"¡Qué feliz me sentiría si en ellos hubieran colocado el retrato de mi madre!"

(CONTINUARA)

Ponchito


TE QUEDARAS CUIDANDO LA CASA MIENTRAS VOY A LA ESTACION...
...A ESPERAR A TU TÍA QUE VIENE A PASAR UNOS DÍAS CON NOSOTROS
¡QUE LE VAYA BIEN, ABUELITA!
MAS TARDE
¡YA VIENEN AHÍ!

por nato


¿ESTAS CONTENTO DE VERME, PONCHITO?
SI, TÍA, PORQUE MI ABUELITA DIJO QUE...
... POR SUERTE IBAS A ESTAR POCOS DÍAS EN CASA
NATO.



El Hijo del Lobo.



CAPITULO XVII.—Las hordas de Erico el Bárbaro

El gran torneo organizado por el señor de Logres había dado el triunfo a los jóvenes alumnos de caballería: Tristán, el Hijo del Lobo, y Lancelote, hijo de la princesa de Brocelandia.

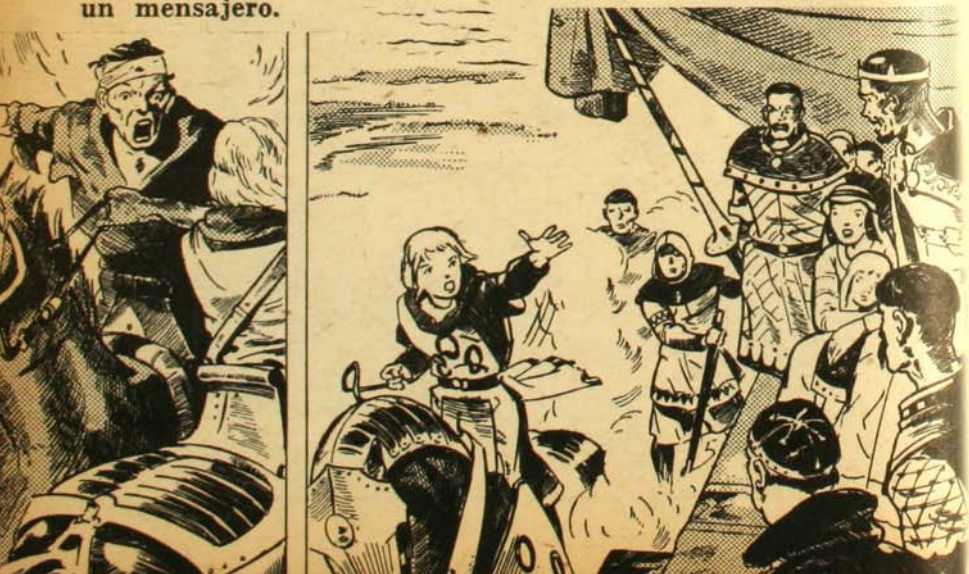
Ambos donceles, unidos por un juramento de sangre, no pelearon el último combate, como se estilaba en las lides guerreras, y prefirieron no recibir el galardón de la victoria si éste no les correspondía a ambos.

Los restantes alumnos del escudero Arnoldo ya se habían retirado de la lid. Entre los vencidos se encontraba Rudel, el hijo del conde Giles.

Pero Rudel ignoraba las leyes de la caballería, y en vez de aplaudir a los vencedores, se alejó del redondel furioso y vengativo.

—Las hordas de Erico se acercan —gritó un mensajero.

Rudel comunicó la trágica noticia a los nobles señores.



De pronto Rudel oyó un grito a sus espaldas y una voz que clamaba:

—Las hordas de Erico avanzan, a marchas forzadas, hacia el castillo de Logres.

Afirmado en sus estribos, Rudel corrió hacia el redondel donde estaban los grandes señores e, interrumpiendo el reparto de galardones a los guerreros victoriosos, gritó a voz en cuello:

—Las hordas de Erico avanzan hacia el castillo. Un mensajero moribundo ha traído la fatal noticia.



El conde Logres se reunió en consejo con los señores feudales.



Tristán, Lancelote y demás jovenzuelos juraron defender la fortaleza.

Fácil es imaginarse el pánico de los nobles y de las damas que habían concurrido al torneo. Parecía que ya no había tiempo para huir del castillo y debían pensar en defenderse de los bárbaros que sembraban la desolación y el terror en los castillos feudales de la comarca.

El conde de Logres convocó a un consejo a todos los nobles allí



Todos los nobles señores abandonaron el castillo de Logres.



—Volved a vuestros hogares — dijo el conde de Logres a sus alumnos.

reunidos y les expuso la terrible situación en que se encontraba.
—Esta es una Escuela de Caballería —decía el señor de Logres—, pero carecemos de un ejército que pueda hacer frente a esas hordas salvajes.
Mientras se verificaba el consejo de los nobles, Tristán, Lancelote y los demás jovenzuelos esperaban las decisiones de sus mayores.
—Nosotros lucharemos —decían Tristán y Lancelote—. Defenderemos esta fortaleza hasta morir.
—Yo querría volver al castillo de mi señor padre el conde Giles —balbuceó el joven Rudel.
Uno a uno fueron saliendo de la sala del consejo los barones y sus escuderos. Iban a regresar a sus respectivos castillos y se negaban a defender la fortaleza de Logres.
El último de los nobles que salió de la gran sala del consejo fué el conde Logres.

Estaba rodeado de cuatro escuderos fieles, los únicos que no habían huído.

Tristemente, el viejo señor de Logres miró al grupo de jovencitos y les invitó a regresar a sus hogares mientras aun era tiempo de salvarse.

—Pueden tomar el camino secreto que conduce a la montaña —agregó el señor de Logres—, tal como lo están haciendo todos los nobles que acudieron al torneo. Ya las damas van huyendo por ese sendero que los bárbaros de Erico no conocen. Partid, hijos míos, y que Dios os guarde.

Entonces Tristán, el Hijo del Lobo, avanzó seguido de todos los alumnos de la Escuela de Caballería, y dijo con voz entera y valiente:

—Señor conde, nosotros defenderemos la fortaleza de Logres. Así lo hemos jurado todos.

—¿Y tú, Rudel? —preguntó el conde Logres al hijo del conde Giles.

—Yo también lucharé, señor —dijo Rudel—. Nobleza obliga y no será un plebeyo quien me dé ejemplo de hidalguía y honor.

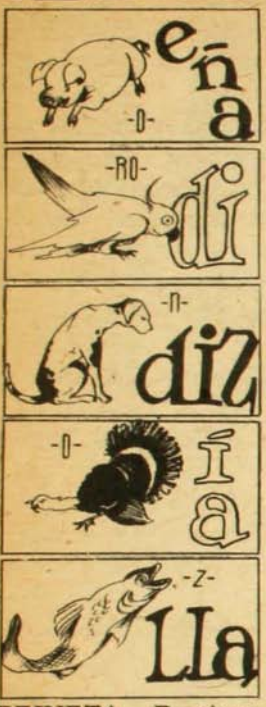
—Que Dios os bendiga a todos —murmuró el viejo conde de Logres.

(CONTINUARA)



—Todos permaneceremos aquí —declaró Tristán— para defendernos.

¡Adivina Ud?



CONCURSO LUGARES FAMOSOS

Descifra las figuras que aquí aparecen y leerás: 1, isla descubierta por los fenicios; 2, lugar donde Napoleón derrotó a los austríacos; 3, puerto del cual zarpó Colón en su cuarto viaje; 4, sitio donde los españoles tomaron prisionero a Francisco I; 5, ciudad de la cual partió Alejandro Magno en su expedición al Asia.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 160.—"De noche todos los gatos son negros."

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL.—Sonia Sanhueza, Pucón; Luis Sagüés, Santiago; Orieta Moreno, Rancagua. UNA LAPICERA FUENTE.—Alejo Calquín, Santiago; Humberto Gorigoitía, Santiago; Guadalupe Zamora, Puchuncaví. UN SACAPUNTA.—Frida Schemeberger, Temuco; Rosa Torres, Temuco; Gioconda Millaray, Santiago; Marta Urdal, San Fernando; Passeiro Arancibia, Santiago; Jorge Valdivia, Rancagua; Alejandro López, Ovalle; Luis Becerra, Angol; Yolanda Klapp, Traiguén; Pedro Rossel, Lebu. 1 CAJA LAPICES COLOR. —Jorge Parga, Concepción. 2 PARES SOQUETES.—Marcia Soto, Rancagua. 18 BOLITAS.—Jorge Schroder, Santiago; Alejandro Carrillo, Santiago. UNA PEINETA.—Domingo Palma, Cauquenes. UN DOMINO INFANTIL.—Zaida Rojas, Traiguén; Alexis Córdoba, Santiago. UN JUEGO LOTERIA. —Jaime Muñoz, Talca. UN VITALMIN.—María Loreto Palacios, Santiago; María Serrano, San Felipe; José Bustamante, Concepción; María Soto, Los Andes; Pilar Salazar, Chiguayante; Norma González, Lota Alto; Jorge Selaire, Los Angeles; Ricardo Toro, Chillán; Mariela Romero, San Fernando; Guillermo Bustos, Melipilla. UN LIBRO.—Augusto Maureira, Coronel; Jorge Antonio Fuentes, Angol; Rosa Virginia Correa, San Fernando; María Elena González, Santiago; Juana Quiroga, Los Andes; Juana Vera, Los Andes; Carlos Olmos, Valparaíso; Hernán Letelier, Talca; Isabel Orellana, Santiago; Marta Oerterreich, Valparaíso.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 162

Descifra las figuras...

¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.


¡YA ESTÁ! ¡VEREMOS SI PICA ALGÚN PESCADITO!
¡BAH! ¡AQUÍ LOS ÚNICOS QUE PICAN, SON LOS ZANCUDOS!
¡AT-CHISSS! ¡Y TAMBIÉN SE PESCAN RESFRÍOS!
¡YA SÉ ADONDE PODRÉ PESCAR!
¡EN EL RÍO HABÍA POCA AGUA!
¡EN ESTA LECHERÍA HAY BASTANTE!

PELUSITA POR NATO



Simbad

.º 163

$ 3.–

RENTIN DETECTIVE





CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV - 15-X-1952 - N.º 163

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,65
Semestral: US. $ 0,90
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

La SIERPE de la DISCORDIA

CAPITULO I.—Los reyes mellizos.

El príncipe Primo y el príncipe Segundo estaban cazando en un bosque.

Tan hermanables eran ambos mellizos, que nunca se separaban, y todos los que les conocían aseguraban que jamás hubo entre ellos una querella o una discusión molesta.

La reina Francisca tenía sus ojos puestos en esos gallardos jóvenes y les había educado con gran esmero.

Comentando estaban los éxitos de su cacería cuando Primo dijo a Segundo:

—Mira, hermano, se acerca un soldado de la guardia real. ¿Qué buscará en el bosque?

—La reina Francisca se ha sentido muy mal —dijo el mensajero— y os convoca al palacio real.

—Pobre madre —dijeron los príncipes—, vamos inmediatamente a verla.

Anhelantes llegaron hasta el lecho de la reina Francisca, quien les dijo:

Primo y Segundo habían ido a cazar.





Llegó un soldado a anunciarles la enfermedad de la reina.

—Mis queridos hijos siento que mi vida se acaba y próxima a partir de este mundo os he llamado para preguntaros a cuál de los dos debo dejar la corona.

—Ofrecésela a Segundo —expresó Primo—. Mi hermano es más digno de ceñir la corona real.

—No, madre —murmuró Segundo—. Primo merece más que yo ese honor.

Los nobles allí presentes admiraban la generosa actitud de ambos gemelos.

Entonces la reina Francisca se incorporó en el lecho y con esfuerzo dijo estas palabras:

—Como yo no tengo preferencias y advierto que os amáis tanto decido que ambos seáis reyes de Tulia. Haced felices a mi pue-



—Voy a morir —dijo la reina Francisca a sus dos hijos gemelos.



—Ambos gobernaréis, y ambos seréis reyes de Tulia —ordenó la reina.

llo y contraed pronto matrimonio, a fin de que nuestra dinastía no se extinga. Hijos míos, os bendigo y deseo felicidad.

—Madre, madre —murmuraron Primo y Segundo—, cumpliremos vuestros deseos y velaremos por el bienestar de nuestro pueblo.

La reina Francisca fué extinguiéndose poco a poco y por fin murió estrechando a sus dos hijos en maternal abrazo.

Muerta la reina y después de tres meses de riguroso luto, la corte envió heraldos a todos los reyes vecinos, y aún a regiones lejanas, anunciando que los jóvenes reyes, Primo y Segundo, buscaban esposas.

Un desfile de princesas de todos los países pasaba ante los reyes.





Ninguna de las princesas gustó a Primo ni a Segundo.

Desde muy lejos comenzaron a llegar las princesas más ricas y más hermosas. Todas iban desfilando ante el trono de los reyes mellizos.

Inclinábanse ante el trono doncellas griegas, egipcias, japonesas, hindúes, persas, etc.

Primo y Segundo las observaban, les sonreían y las dejaban pasar.

Terminado el largo desfile, Primo y Segundo se retiraron para deliberar.

—Cada una de las princesas que han desfilado tiene su defecto —dijo Segundo—. Yo quiero una esposa que sea perfecta.

—Y yo también —declaró Primo.

Acudió entonces el viejo ministro de la reina Francisca y dijo a los príncipes:

—Ministro —dijo Segundo—, yo quiero escoger libremente a mi esposa.





—Yo también buscaré a mi novia —declaró Primo al ministro.

—Ante vosotros han desfilado las más bellas y poderosas princesas de todos los países. ¿Cuáles de ellas han caído en gracia a vuestras majestades?

—Ninguna, querido ministro —expresó Segundo.

—Tampoco a mí me agradó ninguna —asintió Primo—. He decidido buscar por mí mismo la esposa que me convenga —agregó Primo.

—Y yo también —declaró Segundo.

—Aplaudo vuestra decisión, queridos niños —murmuró el viejo ministro—, y es mi anhelo que seáis afortunados en la elección de vuestras esposas.

(CONTINUARA)

ANDANZAS DE SAMUEL BILL

CAPITULO VI.—LA CANCIÓN DE LA VIEJA CATITA



1. Porras quedó convencido de que el aventurero Samuel Bill era hijo del riquísimo ranchero Hatkins y envió a Jim en busca del rescate de 50.000 dólares que exigía por la libertad del prisionero. Samuel y Bepo vieron entrar a un mozo pálido y triste que decía a Porras: "—Está listo el desayuno, señor".



2. Sin conocer al muchacho, Samuel comprendió que ese adolescente pálido era Juanito, el nieto de la anciana Catita. "—¿Quién te dió permiso para entrar aquí, mamarracho? —gritó Porras al triste doncel—. Yo necesito hombres y no afeminados lloronès. Yo te adiestraré y verás cómo se forma un hombre."



3. Con inaudita crueldad el bandido Porras se fué contra el indefenso Juanito y le lanzó un directo al mentón, que le arrojó al suelo sin conocimiento. Samuel tuvo que apretar los puños hasta que sus uñas penetraron en sus palmas para vencer el deseo de castigar al cobarde bandido.



4. De pronto se escuchó ruido de voces en la puerta de la cabaña, y uno de los secuaces del bandido dijo a Porras: "—Anuncian el paso de una camioneta que lleva el dinero para el pago de los mineros de Clive." "—Que salgan todos —ordenó el jefe de los bandoleros—. Clark, tú quedarás vigilando a los cautivos."

ANDANZAS DE SAMUEL BILL



5. Asomado a la puerta, Samuel Bill vió desaparecer al grupo de jinetes salteadores. Sólo quedaban en la cabaña el bruto Clarke con cuatro pistolas en su cintura, Juanito el cocinero y los dos cautivos. Juan, aún no repuesto de sus golpes, revolvía las marmitas preparando el almuerzo de sus crueles verdugos.



6. Samuel dió una vuelta por la habitación y descolgó un banjo, cuyas cuerdas rasguñó. "—¿Sabes tocar? —preguntó Clark—. Canta para distraernos." Samuel tarareo una canción del Oeste. "—¿La conoces?", preguntó Samuel al bruto Clark. "—Conozco la entonación pero no las palabras."



7. "—Escúchalas —expresó Samuel Bill, quien iba inventando palabras a la canción con fines secretos. Cantaba así: "Yo tenía una abuelita que mucho me quería. Un día la abandoné para seguir a un bandido. Ella quedó sola en la cabaña y yo soy un ingrato y un perdido. Pobre mi abuela Catita."



8. Al oír estas palabras, Juan tembló como un niño cogido en falta, y un sollozo se ahogó en su garganta. Después de una profunda mirada a Samuel Bill, Juan dijo al bruto Clark: "—Voy en busca de agua a la noria. Ya vuelvo". Antes de salir recogió un objeto y lo guardó apresuradamente en su bolsillo.

(CONTINUARA)



EL NOVIO SERPIENTE



Erase una vez una mujer muy pobre y llamada Alira, que, aunque llevaba muchos años de casada, no había tenido hijos.
Un día, desesperada, exclamó:
—Dios de los cielos, envíame un hijo como tú quieras que sea: aunque venga en forma de serpiente lo recibiré gustosa.
Y tal como lo dijo sucedió. Poco después le nació un hijo con figura de horrible serpiente.
A pesar de todo, Alira experimentó gran alegría por ese hijo suyo, pero, desgraciadamente, el mismo día de su nacimiento, la serpiente desapareció.
Transcurrieron de esto veinte años, y un día Alira, que ya había envejecido mucho, se sorprendió al ver aparecer ante ella una gran serpiente que le habló así:
—Madre mía, yo soy tu hijo. He recorrido mucho mundo y ahora vengo a pedirte que en mi nombre vayas a solicitar para mí la mano de la hija del rey Fanal, pues deseo por esposa a la princesa Selma.
—Pero, hijo mío —contestó la madre, desesperada—, ¿cómo pretendes que el rey te dé a su hija Selma por esposa? Esa princesa es bella como el sol y todos los príncipes de la comarca aspiran a su mano.
—Tú no te preocupes —dijo el hijo serpiente—. Ve a pedir la mano de la princesa para tu hijo y, aunque te la nieguen, no te aflijas. Pero si el rey te da una respuesta que no sea una completa negativa, ten mucho cuidado al regresar a esta casa de no volver la cabeza para nada durante el camino.
La anciana Alira, dispuesta a complacer a su hijo, fuese al palacio del rey Fanal, y tras conseguir audiencia del soberano postróse a sus pies y le dijo:
—Majestad, comprendo que lo que vengo a pediros os parecerá extraño, pero pongo a vuestra disposición mi cabeza para que la cortéis si lo he merecido por mi osadía.

—Habla, buena mujer —expresó el rey Fanal, que era muy bondadoso y afable.

Entonces Alira, la madre del hijo serpiente, dió cuenta de la misión que la llevaba a palacio.

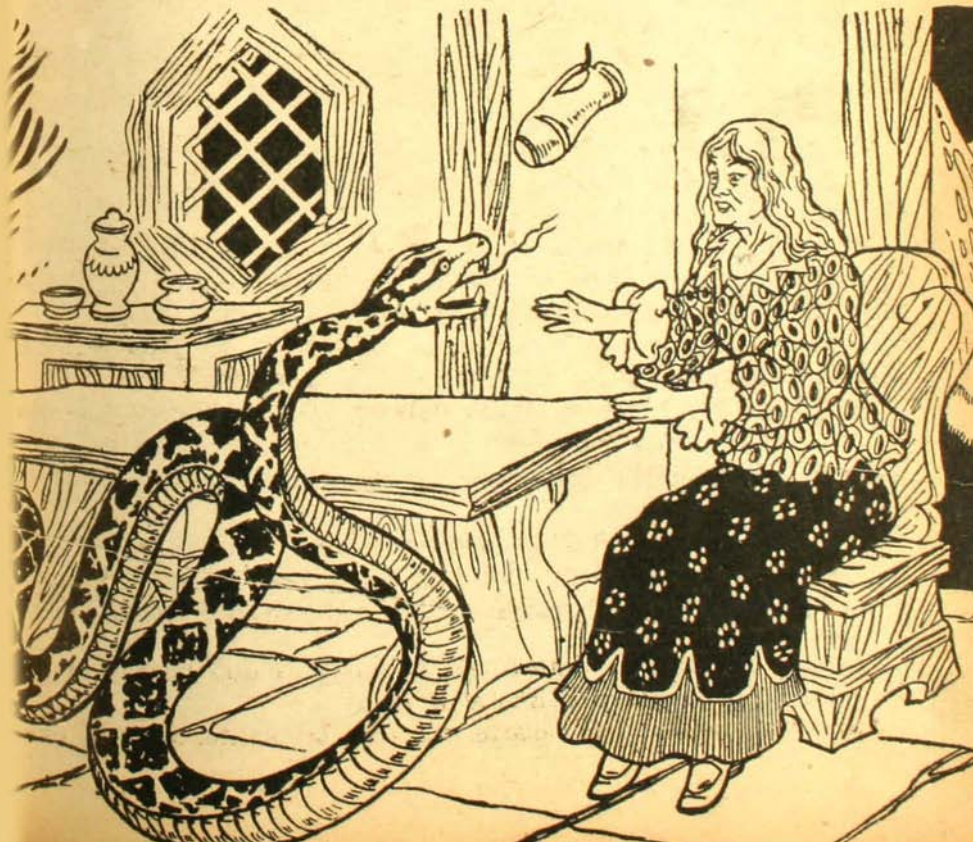
El rey se puso a reír y con fingida amabilidad dijo a la mujer:

—Daré mi hija Selma a tu hijo si él construye un puente de su casa hasta la mía, todo con incrustaciones de perlas y de piedras preciosas.

Alira hizo una profunda reverencia al rey Fanal y dirigió los pasos hacia su humilde vivienda. Caminaba derrotada y triste porque comprendía que la condición impuesta por el rey Fanal era imposible de cumplir.

Sin embargo, recordando las recomendaciones de su hijo, no volvió la cabeza hasta llegar a su casa y así no advirtió que, mien-

Después de veinte años, volvió la serpiente a casa de Alira, su madre.



tras iba caminando, detrás de ella se levantaba un puente tal como lo había exigido el rey Fanal.
Cuando entró en su hogar, encontró allí a la serpiente, quien le dijo que volviera la cabeza hacia el camino y contemplara el puente pedido por el rey Fanal.
Alira se extrañó sobremanera de que aquella obra monumental se hubiera construído en tan cortos instantes.
—Madre —suplicó la serpiente—, vuelve al palacio del rey y dale cuenta de que sus deseos están cumplidos.
Hízolo así la anciana, y el rey Fanal, al escuchar la noticia, corrió a una de las ventanas del palacio y quedó pasmado a la vista de tanta maravilla. Pero reaccionando, volvióse hacia la pobre madre y le dijo:
—Permitiré a mi hija, la princesa Selma, que sea esposa de tu hijo si él es capaz de construir un palacio que sea más hermoso y más suntuoso que el mío.
Alira se fué triste y pensativa a informar a su pobre hijo de las nuevas condiciones del rey Fanal.
Grande fué su sorpresa al llegar cerca de su casa y ver que ésta se había transformado en un palacio mucho más hermoso y mucho más suntuoso que el del rey Fanal.
Alborozada corrió a abrazar a su hijo serpiente, convencida de que ahora le daría el rey a su hija Selma por esposa.
Entonces la serpiente le dijo:
—Véte, madre, al palacio del rey a ver lo que te dice ahora.
La mujer atravesó, llena de orgullo, el lujoso puente con incrustaciones de piedras preciosas y así entró al palacio real.
Cuando informó al rey Fanal sobre la belleza del palacio de su hijo, el monarca se puso furioso y dijo a la mujer:
—Está bien que tenga un lindo palacio; pero como mi hija está acostumbrada a muebles finos y a otras comodidades desde su infancia, es necesario que tu hijo tenga arreglado el palacio tal como yo tengo el mío.
Alira volvió muy preocupada, porque no tenían dinero para comprar muebles lujosos. Pero al entrar en el palacio de su hijo vió que en él todo era más lujoso y más brillante que en el palacio del rey Fanal.
Cuando el monarca se enteró de los milagros que habían ocurrido, llamó a la princesa Selma y le dijo:
—Hija mía, tienes que casarte con esa serpiente, porque tiene



Alira fué a pedir al rey Fanal la mano de su hija Selma.

en su palacio muebles y objetos de arte muy superiores a los míos.

Entonces la serpiente reunió un vasto séquito de cortesanos, pajes y lacayos, y llevó al altar a la princesa Selma, con gran boato y ceremonia.

Después del matrimonio el cortejo nupcial se dirigió al palacio del novio serpiente y allí quedaron los recién casados.

Pasó el tiempo, y en casa de la serpiente nació un niño muy lindo y sano.

Todos estaban sorprendidos. La reina y las hermanas de la princesa Selma le preguntaban:

—¿Cómo es posible que hayas tenido un niño tan hermoso, siendo tu esposo un reptil?

Pero a todas las preguntas, la princesa contestaba:

—Todo es posible si el destino lo quiere.

También la madre de la serpiente, que se hizo muy amiga de la princesa, le preguntó cómo era posible eso.



—¿Por qué han quemado mi piel de serpiente? —preguntó el joven a la princesa Selma.

—Madre —díjole Selma en secreto—, tu hijo no es serpiente, sino un doncel como no he visto otro igual. Cuando está a solas conmigo, él sale de esa piel de serpiente y después se la pone otra vez.

—¿Y por qué se la vuelve a colocar si es realmente un hombre? —preguntó Alira.

—Es ése un secreto que yo ignoro —expresó Selma.

Alira se alegró mucho al saber que su hijo no era un reptil y preguntó a su nuera cómo podría ver a su hijo en su forma varonil.

—Esta noche, cuando nos retiremos a nuestros aposentos —indicó la princesa Selma— retiraré la llave de la puerta, y así, cuando él abandone la piel de serpiente, tú podrás verle por el ojo de la cerradura.

Así lo hicieron, y la madre pudo ver por fin a su hijo en figura humana, admirándose de su gallarda apostura.

Alira estuvo largo rato cavilando y cavilando, a fin de buscar la

manera de lograr que su hijo abandonara para siempre la piel de serpiente y consintiera en vivir como un hombre.

—Hija mía —dijo al día siguiente Alira a la princesa Selma— vamos a quemar esa piel y así mi hijo no podrá ponérsela más.

—Madre —murmuró la princesa Selma—, temo mucho que eso le haga mucho daño. Yo estoy feliz con mi novio serpiente y si nuestro destino cambiara por tu imprudencia yo moriría de pena.

—Nada temas —declaró Alira—. No le hará ningún daño. Yo calentaré el horno y tiraré en él la piel de serpiente. Mientras arde, tu marido tendrá mucho calor, pero entonces tú coges un jarro con agua fría y se lo echas encima.

Así ejecutaron ambas el plan aquella misma noche, mientras el joven dormía.

Cuando el esposo de Selma despertó, le pareció que todo su cuerpo ardía y sintiendo el olor de la piel quemada, gritó desesperado:

—Mujeres, ¿qué habéis hecho? ¿Cómo podré salir ante la gente?

Pero Alira le contestó consolándole:

—Mejor que andes entre la gente como hombre que como serpiente.

Cuando el rey Fanal vió al esposo de su hija Selma en esa nueva forma, se alegró tanto y tanto, que abdicó del trono en su favor y así el novio serpiente quedó reinando hasta el fin de sus días.

F I N

Correspondencia

Gladys Orfelina Ibañez.— No hemos olvidado a los lectores de Traiguén. Es posible que más adelante les sonría la suerte en los concursos.

Juan Manuel Verdugo dice que "SIMBAD" es el "don" de los niños. Que así sea.

Sergio Parra.— Trataremos de complacerle, pero nunca daremos novelas o historias que estén editadas en libros, pues es más fácil que ustedes compren el libro; en la revista no tienen novedad ni originalidad.

César Amable Núñez Alzamora.— ¿Conque en Concepción ha triunfado el "SIMBAD"? Les felicito por su buen gusto.

Isabel Sánchez, José Fritz, el "Papito" de Margot.— Aceptamos sus entusiastas elogios y no defraudaremos su entusiasmo por "SIMBAD".

Nibaldo Gaete.— Ya he ordenado que el cupón se coloque donde no dañe a la revista, como lo solicitan nuestros millares de lectores.

Roxane

CORENTIN DETECTIVE

CAPITULO VI.—JU[illegible]ONFIESA SU DELITO





1. Irma abrazó a Corentín diciéndole: "—Yo sabía que tú no me abandonarías y que conseguirías probar mi inocencia. ¿Vienes a comunicarme que estoy libre?" "—No, Irma, hemos venido a despedirnos de ti. Julia ha negado su crimen. Irma, yo querría morir contigo", decía Corentín, llorando a mares.





2. El coronel Turri y el sacerdote, que acompañaba a la condenada Irma, estaban conmovidos. "—Coronel, es algo monstruoso fusilar a esa niña", decía el sacerdote. "—Yo también lo sé —dijo Turri—, pero hay que cumplir la ley." Trágico fué el momento en que Corentín se despidió de Irma.





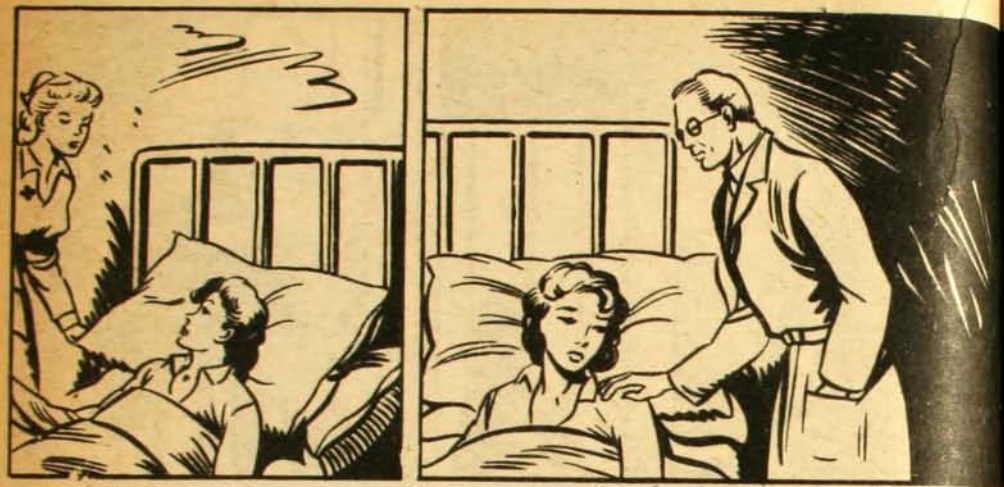
3. "—Ten valor, hija mía —dijo el sacerdote a Irma—. Recemos... Pidamos a Dios que te proteja." "—Yo no he cometido ese crimen —decía Irma—. ¿Por qué voy a morir? Usted sabe que yo no maté al soldado Selim." "—Lo sé —afirmó el sacerdote—, oremos juntos, hijita. La misericordia de Dios es infinita."





4. Irma recuperó la calma rezando junto al sacerdote. Pero Corentín no podía resignarse tan fácilmente. "—Ve a dormir, Corentín", aconsejó el coronel Turri. "—Dormir y en dos horas más fusilarán a Irma", exclamó el niño. En ese mismo instante, Julia llamaba a la enfermera y solicitaba al doctor.

CORENTIN DETECTIVE



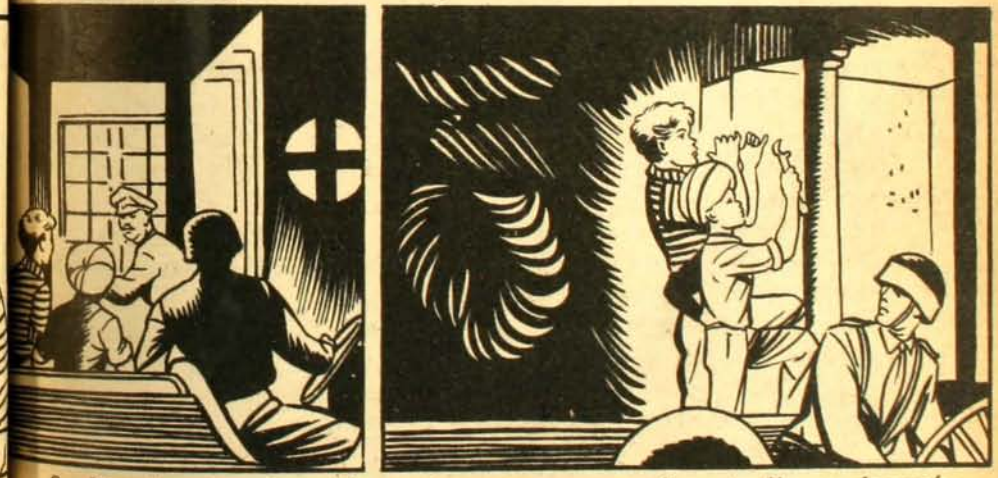
5. "—Me siento muy débil —dijo la muchacha al médico—. ¿Cree usted que voy a morir, doctor?" "—No puedo afirmarlo —declaró el médico—, pero te aconsejaría, para tranquilidad de tu conciencia, que llamaras a un sacerdote. Puedes sanar de tus heridas, pero el corazón tiene a veces grandes sorpresas."



6. "—Antes de llamar a un sacerdote quiero que me pasen una pluma —dijo Julia—: Tengo que hacer una confesión. Pronto, pronto..." Corentín, sentado en la oficina del buen coronel Turri, murmuraba: "—La cuatro de la mañana... Es el fin, el fin..." De pronto sonó la campanilla del teléfono.



7. El coronel Turri respondía en el auricular: "—¿Qué dice, doctor? ¿Julia ha confesado su crimen? Tiene la confesión por escrito. Voy en el acto... Niños, Julia ha confesado. Dice que el "Cara de Mono" la obligó a cometer ese crimen." "—¡Viva el coronel!", gritaban Corentín y Kim.



8. Turri y los dos niños saltaron en un radiopatrulla, y después de ir en busca de la confesión al hospital, el coronel les dijo: "—Esperen, voy a pasar al cuartel para que el juez militar firme la orden de libertad". Corentín y Kim saltaban como locos de alegría. "—No griten tanto", les dijo el chófer del radiopatrulla.

(CONTINUARA)

EL SECRETO de la GITANA



CAPITULO II.— Las gentiles camareras de Ilona.

RESUMEN: Ilona, hija del marqués de Kanisza, regresa a Hungría, su país natal, después de haber pasado su infancia en un colegio parisiense. A orillas del Danubio, Ilona divisa un campamento de gitanos y se siente atraída por ellos. En el regio castillo húngaro es recibida por Matilde, una anciana, hermana de su padre, que le da una fría y humillante acogida.

María y Rosa, las dos gentiles y rubias camareras de Ilona, observaban a la morena señorita que parecía sumida en triste ensoñación.

De pronto Ilona fijó sus miradas en las paisanitas de vistosos trajes y les dijo:

—Abran mis maletas.

A pesar de que Ilona no había olvidado completamente el idioma húngaro, las palabras salían vacilantes de sus labios.

María y Rosa cogían cada objeto con embeleso y sus blancos dedos palpaban las sederías, como si quisieran acariciarlas.

María se arrodilló a los pies de Ilona para desatar el cordón de sus zapatos, en tanto que Rosa le desabrochaba el vestido de viaje.

—¿Quién arregló esta habitación? —preguntó Ilona a sus jóvenes camareras.

—La señora Matilde y el señor.

Tentada estuvo Ilona por preguntarles si no había en el castillo un retrato de su madre, pero no se atrevió.

El marqués de Kanisza jamás mencionaba a su esposa y la niña no guardaba el menor recuerdo de la mujer que le dió el ser.

—¿La señorita desea reposar? —preguntó María.

—Sí —declaró Ilona—. Yo las llamaré cuando las necesite.

—La campanilla está junto a la cama en la pequeña mesa.

—Gracias. Rosa, si aún no has terminado de sacar mis vestidos de las maletas, lo harás más tarde —indicó Ilona—. Quiero descansar.

—¿Cierro las persianas, señorita?

—No; deseo recibir la luz del sol y el aroma del jardín.
María y Rosa se retiraron en puntillas.
Ilona observaba desde su lecho, de altas columnas, el cielo azul, los prados y los grandes olmos de la avenida. Escuchaba el piar de las aves, los mugidos del rebaño y los gritos de los campesinos húngaros conduciendo sus carretas.
Adormecida por el hechizo del campo, Ilona se quedó dormida. La hija del marqués de Kanisza soñó que caminaba por un sendero de flores hasta un pabellón situado en el confín de un parque. La puerta estaba junta y cuando penetró allí vió a una joven gitana que le tendía los brazos. Y lo que más le sorprendió fué que esa gitana era exactamente igual a ella.
—Sé la bienvenida, Ilona —díjole la linda gitana.
Ilona quiso responder, pero la voz se le ahogó en la garganta. Como si la gitana hubiera adivinado su emoción, le dijo con voz suave:



Las jóvenes camareras arreglaban el equipaje de la condesita Ilona.

—Estás dormida, Ilona. No me olvides. Vendré a visitarte con frecuencia.
Ilona quiso preguntarle quién era, pero la imagen desapareció, y en su lugar quedó un gran espejo que reflejaba su figura y tras ella un jardín con rosas rojas.
—Quiero verte otra vez, amada imagen —murmuró Ilona.
Pero ya estaba sola y únicamente escuchó un canto melodioso acompañado de arpas y timbales.
Una sonora campana despertó a Ilona, obligándola a saltar de la cama como lo hacía en el convento de las monjas Marianas.
—Dios mío, han tocado para el almuerzo y no estoy vestida —exclamó Ilona.
En ese momento recordó que sus camareras, María y Rosa, estaban en el aposento contiguo y, cogiendo la campanilla de plata a la vista sobre su mesa de tocador, llamó a las pintorescas muchachas.
En el acto aparecieron las sonrientes camareras.
—Ayúdenme —les dijo Ilona—. Ya ha sonado la campana.
María peinó la negra cabellera de Ilona mientras Rosa se inclinaba para calzarle los zapatos.
—¿Qué vestido llevará la señorita? —preguntaron las camareras, abriendo el gran baúl.
—Cualquiera —respondió Ilona—. Dénme ese traje azul celeste con volantes. Es el que más me gusta.
Ilona quería presentarse elegante ante esa vieja tía Matilde que le infundía miedo y desagrado.
María volvió a retocar el peinado de su ama y después de mirarla bien se declaró satisfecha de su obra.
—La señorita se ve muy linda con ese traje azul —dijo Rosa—. Le hace resaltar su tez morena...
—Calla, Rosa —expresó María.
—No se atormenten —dijo sonriendo Ilona—. A mí me gusta ser morena, a pesar de que creo que en esta tierra todas las mujeres son rubias.
—También hay morenas —declaró la indiscreta Rosa—, pero son...
—Rosa —volvió a protestar María—. Eres una estúpida.
En verdad, Ilona se veía encantadora con ese traje azul celeste que realzaba el color azabache de sus trenzas y el cobrizo de sus mejillas.



Ilona se dejó vestir y peinar por las gentiles niñas húngaras, María y Rosa.

Un segundo llamado de la campana conmovió a Ilona, quien bajó corriendo la gran escalera del palacio Kanisza.

El comedor con muros revestidos de cal ostentaba una mesa que podía recibir fácilmente una treintena de comensales, lo cual no era extraño, pues, como en toda Hungría, cualquier persona, amigo o no, podía llegar a la hora de comidas y sentarse a la mesa. Ilona vió una inmensidad de fuentes, cubiertos y vajilla de plata que relumbraban al sol de mediodía. La severa tía Matilde le señaló una silla en medio de aquella inmensa mesa.

Ilona tenía a la izquierda a su padre, el marqués de Kanisza. Matilde sentábase a la derecha del dueño de casa.

La comida era abundante y condimentada con ají picante, lo cual desagradó al paladar de la niña, habituada a la comida francesa del convento.
Los demás lugares estaban ocupados por gente que comía a dos carrillos, hablaba el húngaro con sonoridades estridentes y bebía en grandes jarras.
Ilona sentía que todas las miradas convergían sobre ella con curiosidad e impertinencia.
Terminado el almuerzo, el marqués se puso de pie y dió el brazo a tía Matilde. Un joven húngaro ofreció el suyo a Ilona.
Estas ceremoniosas costumbres intrigaban a Ilona, quien parecía aturdida por tanto bullicio.
—¿Tuvo buen viaje, Ilona? —preguntó el joven a la viajera.
—Muy bueno, gracias —respondió la niña.
Y siguió un silencio turbador. El joven abandonó la compañía de la niña morena y se formaron grupos amistosos, dejando a Ilona aislada y sola.
De pronto se le acercó el marqués de Kanisza y le dijo:
—Pareces fatigada, hijita. ¿Preferirías ir a reposar?
Ilona habría preferido conversar con su padre y preguntarle si habría algún retrato de su madre en aquel castillo. Sufría como una obsesión desde que llegó allí y el deseo de interrogar sobre ese punto al marqués iba convirtiéndose en una dolorosa angustia. Pero al ver la mirada de su tía Matilde, fija en ella con severidad y desprecio, ahogó sus ansias y, como una niña sumisa, la colegiala de las monjas Marianas murmuró suavemente:
—Si usted me lo permite, papá, voy a retirarme.
El marqués besó la frente de su hija, y ésta, haciendo una reverencia, se despidió de los numerosos comensales.
Ilona subió presurosa la gran escalera y al llegar al segundo piso, en vez de seguir hacia su dormitorio, giró a la izquierda donde había una puerta de cristales.
Tras ésta divisó una inmensa galería llena de retratos antiguos.
—La galería de los antepasados —musitó Ilona—. Seguramente aquí encontraré un retrato de mi madre.
Feliz con su descubrimiento, Ilona abrió la puerta de cristales y comenzó a examinar los retratos.
Nobles guerreros alternaban con bellas damas resplandecientes de joyas y diademas.



Ilona sentíase aislada de todos en aquella mesa larga y llena de extraños.

—Qué divertido ese viejo con grandes mostachos —decía Ilona con alegría juvenil—. Y esa vieja con cuello engolado. Por su aspecto severo se parece a tía Matilde. Y aquél con su peluca blanca... Me gusta la chica de rubios bucles. ¿Pero dónde está mi madre? Los Kanisza son todos rubios como papá. Yo debo parecer un borrón con mi pelo renegrido.

Ilona iba leyendo el nombre de cada uno de esos próceres húngaros y de las infladas damas.

De pronto oyó una voz que la sobresaltó.

(CONTINUARA)

Ponchito


¡VOY A PESCAR CAMARONES, ABUELITA!


EN EL ESTERO HAY MUCHOS


¡LLENARÉ EL CANASTO EN UN RATITO!


¡SERÉ EL CAMPEON DE LA PESCA DE CAMARONES!

por nato


¡BAH! NO SAQUÉ NINGUNO
¡NADA OTRA VEZ!
¡ME FUÉ MAL, ABUELITA!
¡NO HAY UN CAMARON NI PARA MUESTRA!
NATO



El Hijo del Lobo.

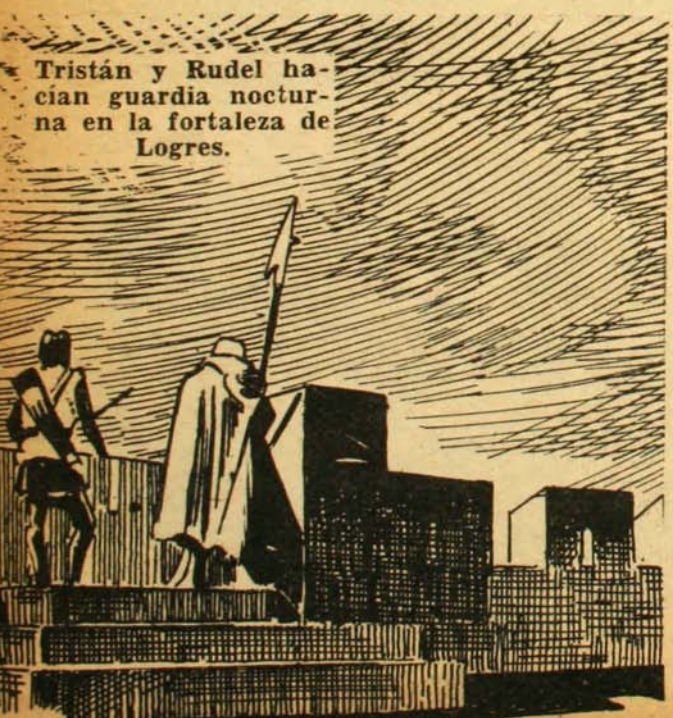


CAPITULO XVIII.—Tristán y Rudel amigos.

En aquellos tiempos feudales de la Edad Media los grandes señores que poseían extensos dominios debían defenderse no sólo de sus rivales vecinos, sino también de los bárbaros del norte, cuyas hordas vivían del pillaje y de la rapiña.

Entre las tribus bárbaras ninguna era más terrible y sanguinaria que la del pelirrojo Erico.

Al término del torneo guerrero organizado por el conde de Logres para probar la destreza de los alumnos de su escuela de caballería, llegó un mensajero anunciando la proximidad de las hordas de Erico, el feroz pelirrojo.



Tristán y Rudel hacían guardia nocturna en la fortaleza de Logres.

El escudero Arnoldo señaló a Tristán y Rudel como centinelas en las almenas de la fortaleza.

—Vais a velar toda la noche —díjoles Arnoldo—, hasta que se dis-

ersen las tinieblas nocturnas. Si
ís algún rumor y divisáis som-
ras en la pradera, vendréis a la
uadra a dar parte de ello.
Los otros alumnos de la Escuela
le Caballería fueron colocados en
liversos puntos del castillo.
Tristán y Rudel permanecieron
n silencio durante la larga vela-
da, pero el Hijo del Lobo adver-
tía la inmensa angustia que se
apoderaba de Rudel.
El pobre muchacho tenía miedo y
sufría con el pensamiento de ser
asesinado por los bárbaros.
Sin embargo, siendo hijo de nobles
caballeros, debía comportarse co-
mo tal y no caer en vergüenza
ante el valiente plebeyo.



Rudel sentía la angustia del miedo.

Al amanecer, Arnoldo llamó a los catorce muchachos para que descansaran y calentaran sus ateridos cuerpos al calor de las estufas.
Algunos dormitaban sentados en los umbrales de las puertas.
Entretanto, el ejército de Erico atravesaba las florestas y los médanos en dirección al castillo de Logres.
Bien comprendían los adolescentes que no podrían detener a esas hordas temibles.
El día fué de horrenda ansiedad y a la noche siguiente se repitió

Los muchachos se calentaban en las estufas del patio.





Espalda con espalda, Tristán y Rudel atisbaban el horizonte.



—Sé mi amigo, Tristán —suplicó Rudel—, tengo miedo.

la vigilia de Rudel y de Tristán en las almenas de la fortaleza. Espalda con espalda ambos muchachos observaban la bruma nocturna y su viejo rencor se iba desvaneciendo con el peligro.

Tristán tuvo la seguridad de que el enemigo avanzaba sigilosamente.



Al inclinarse sobre la muralla, Rudel lanzó un grito de espanto.



De súbito Rudel estalló en sollozos y, arrojándose en brazos del Hijo del Lobo, exclamó:

—Tengo tanto miedo de morir, Tristán. Quiero ser tu amigo.

—Yo te protegeré —respondió el generoso Tristán—. Mira, ya brilla el alba. Pienso que las hordas de Erico saludan a su dios el sol con un himno guerrero.

De improviso Rudel lanzó un grito de horror.

Los bárbaros habían penetrado hasta el primer puente levadizo por el lado oriente y habían asesinado a los nobles señores que huyeron de Logres. Sus cuerpos, despojados de armas y corazas, yacían horizontalmente sobre el puente.

—No quisieron permanecer en esta fortaleza ni ayudar a nuestro señor de Logres —murmuró Tristán—, y son las primeras víctimas de esas hordas salvajes.

—Tristán, ¿crees tú que llegarán hasta este sitio? —preguntó Rudel—. Aún tienen que atravesar los estanques y los puentes interiores.

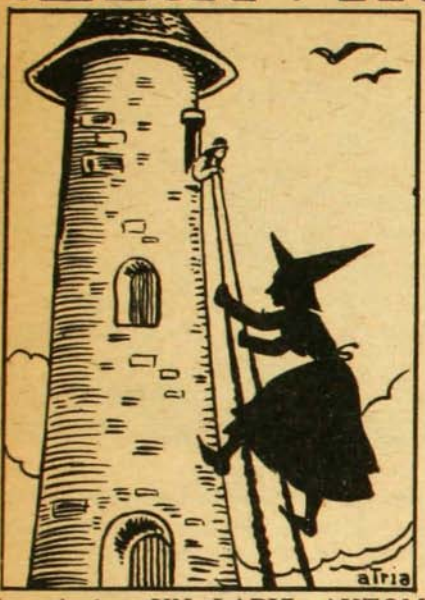
—Trataremos de defender palmo a palmo nuestras posiciones —declaró el Hijo del Lobo—. Valor, Rudel, somos pocos, pero triunfaremos.

(CONTINUARA)



Los bárbaros habían asesinado a los señores feudales que huían.

¿Adivina Ud?



CONCURSO ¿QUE PERDIO?

Adivina, ¿qué perdió esta princesa de cuento, cuando la bruja que la mantenía secuestrada sorprendió su romance con un príncipe?

SOLUCION AL CONCURSO N.º 161. —1, Etna; 2, Nicaragua; 3, Atenas; 4, Notaría; 5, Oslo.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD".—Basilio Villagrán, Perquenco; Sergio Valderrama, Mallco; Víctor Hidalgo, Padre Las Casas. UN JUEGO DOMINO INFANTIL.—Teresa Hernández, Santiago; Fernando Espinoza, Santiago. UNA PEINETA.—Sonia Bolados, Coronel; José Bustamante, Concepción; Raúl Lagos, Santiago; Christa Schuman, Temuco; Patricio Rojo, Santiago; Rubén Castro, Lota. UNA LAPICERA FUENTE.—Eliana Navarro, Los Andes; Erika Osswald, Temuco; Guillermo Casanovas, Los Andes. UN LAPIZ AUTOMATICO.—Mónica Campos, Peñablanca; Diego Lillo, Laguna Verde; Teolinda Deramond. Los Angeles; Oscar Iván Zepeda, Talcahuano. DOS LAPICES, UNA GOMA.—Paulina Urzúa, Los Angeles; Alberto Fuentes, Angol; Eva Candia, Santiago; Rosario Sánchez, Santiago; Erik Kock, Concepción; Cristina Palma, Chillán; Mónica Yradi, Santiago; Venus Concha, Santiago; Delia Ortiz, Santiago; Silvia Echagüe, Temuco. UN VITALMIN.—Casianito Cerda, Concepción; Fresia Coloma, Chillán; Carlos Styl, Lautaro; Hilda González, Coronel; María Isabel Pavez, Concepción; Jorge Quezada, Traiguén; Danielle Bordagorry, Angol; Laura Golombech. Temuco; Elia Canales, Cauquenes. UN LIBRO.—Patricia Oliva, Viña del Mar; Eugenia Castillo, Rancagua; Fernando Alfaro, Santiago; Rosalía Ortega, Buin; Marta Lomeña, Chillán; Ana María Edwards, Santiago; Alejandro Roempler, Santiago; Alicia López, Quilpué; Marlene Torres. Santiago; Wally Bunster, Angol.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 163

¿Adivina qué perdió?

¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1952.


¡PERO, BÁRBARO! ESO QUIERE DECIR QUE NO TIENEN ENERGÍA ELÉCTRICA!
¡QUÉ LÁSTIMA! ¡YO QUE QUERÍA VER A MIS ESTRELLAS FAVORITAS!
¿LAS QUIERES VER?
¡CLARO QUE SÍ!
¡YO TE AYUDARÉ!
¡AHÍ VA!
PAF
¡NO PODRÁS NEGAR QUE VISTE LAS ESTRELLAS Y GRATIS!
LUGOZE

PELUSITA POR NATO



Simbad

N.º 164

ANDANZAS DE SAMUEL BILL

$ 3.–





CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,65
Semestral: US. $ 0,90
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0.10

AÑO IV - 22-X-1952 - N.º 164

La SIERPE de la DISCORDIA

CAPITULO II.— Iris es la esposa elegida por el rey Primo.

Primo y Segundo eran dos jóvenes príncipes gemelos.

Al morir la reina Francisca, decidió que ambos gobernaran el reino de Tulia.

—Sois tan unidos y hermanables —habíales dicho la reina—, que nunca nacerá la discordia entre vosotros.

Después de los meses de riguroso luto en la corte, el viejo ministro de la difunta reina, envió heraldos a todos los países solicitando que enviaran princesas bellas para futuras esposas de Primo y Segundo.

Desfilaron por centenares las más lindas doncellas, pero los príncipes declararon por fin que ellos mismos escogerían a sus reinas.

Al día siguiente de esta decisión, Primo y Segundo partieron cada

—Yo conozco a una doncella bella y buena como un ángel —dijo a Primo un labriego.





El campesino mostró al rey Primo una casa en medio del campo.

cual por su lado en busca de una doncella que fuera de su agrado.

—Adiós, Segundo, y buena fortuna —gritó el gentil rey Primo, haciendo una señal de despedida con su mano enyojada.

—Adiós, Primo, y que la suerte te sea propicia —respondió el rey Segundo.

Después de mucho cabalgar, Primo llegó a una lejana aldea.

El gallardo príncipe fué aclamado por todos los aldeanos, y al imponerse del objeto de su viaje, un veterano le dijo:

—Si quieres seguirme, ¡oh rey!, te mostraré una doncella pobre pero bella y buena como un ángel.

—Vamos andando —replicó el rey Primo—, y, si es verdad lo que me aseguras, yo sabré recompensarte bien.

—Anciano, deseo conocer a vuestra nieta —dijo Primo al viejecito.



Iris estaba atendiendo cariñosamente a una enferma.

El veterano y el rey Primo caminaron largo rato; por fin el anciano se detuvo y dijo al rey Primo:

—Allí está la casa de la doncella. Aquel labriego que trabaja la tierra es el abuelo de la muchacha.

El rey Primo dió al veterano una bolsa con oro y siguió su camino.

Al llegar junto a la solariega casa, un anciano se aproximó a Primo y le preguntó en qué podía servirle.

—Quiero conocer a tu nieta que me han dicho es bella y buena como un ángel —declaró el rey Primo.

El anciano hizo entrar al rey en su casa, y, mostrándole a una jovencita, le dijo:

—Allí está mi nieta curando a una enferma.

El rey Primo quedó maravillado de la hermosura y bondad de la doncella y exclamó con entusiasmo:

—¡Cuánta beldad y cuánta generosidad de corazón!

El rey Primo quedó prendado de la bondad y belleza de Iris.





—Majestad, perdonad el desorden en que me encontráis —balbuceó la linda Iris.

—Iris —llamó el anciano—, este caballero es el rey Primo, quien desea conocerte.

—Majestad —murmuró Iris—, perdonad el desorden en que me encontráis.

—Levántate, niña —dijo el rey Primo, dándole su mano—, yo buscaba una esposa y la he hallado. Tú serás mi reina.

—Majestad, ¿os burláis de mí? —balbuceó Iris.

—No me burlo —expresó el rey Primo—. Iris, si tú rehusas ser mi esposa, te aseguro que no habrá en la tierra un hombre más desdichado que yo.

—¿Iris, quieres ser mi esposa y reina? —preguntó el rey Primo a Iris.



—Que se haga vuestra voluntad, oh mi rey —exclamó Iris—. Yo seré vuestra esposa y os seguiré en la buena y en la mala fortuna. El rey Primo fué invitado por el abuelo a merendar en su casa esa tarde.

Mientras tanto, Iris fué al río a bañarse, cambió su ropa de casa por un vestido de percal florido y luego atendió a su rey y novio, con una gracia que terminó por entusiasmar aún más al joven pretendiente.



—Si me rechazas, seré el hombre más desdichado de la tierra —exclamó Primo.

—Majestad —preguntó el abuelo de Iris—, ¿vais a regresar inmediatamente al palacio real?

—Permaneceré aún algunos días con vosotros —expresó el simpático rey Primo—, y en seguida Iris y yo nos dirigiremos a nuestro reino. Espero que mi hermano gemelo Segundo haya encontrado también una esposa bella y buena como la mía.

(CONTINUARA)

ANDANZAS DE SAMUEL BILL

CAPITULO VII.—LUCHA COLOSAL EN EL RANCHO DE PORRAS





1. Apenas salió Juan de la cabaña, Samuel comenzó a masajear sus puños doloridos por las amarras. Lo que ocurrió en seguida fué una sorpresa para todos. Samuel Bill lanzó al bruto Clark una bofetada magistral al mentón del coloso, pero el bandido apenas si se resintió del golpe y volvió cara a su atacante.





2. "—A mí no me entran balas, mocito —dijo Clark, saltando con agilidad prodigiosa para un hombre tan gordo y corpulento—. Podría enviarte al otro mundo de un puñetazo." Y en efecto, con un golpe certero, arrojó a Samuel contra el muro. Pero aquí entró a actuar el viejo Bepo, trepándose a la cabeza de Clark.





3. "—Apártate, viejo chocho", gritó el gigante Clark, tratando de zafarse de las piernas de Bepo. Como no pudiera lograrlo, arrojó al anciano contra el muro, haciéndole volar por el espacio. Samuel Bill permaneció por un momento paralogizado, no sabiendo si defender a Bepo o golpear otra vez a Clark.





4. El infortunado Bepo, dando volteretas en el aire, cayó de cabeza al duro suelo y allí quedó inmóvil. "—Y ahora, a ti, *fosforito*", dijo el bruto Clark, arrojando a tres metros de distancia a Samuel Bill. En verdad, el secuaz del bandido Porras era un formidable luchador y no sería fácil vencerle.

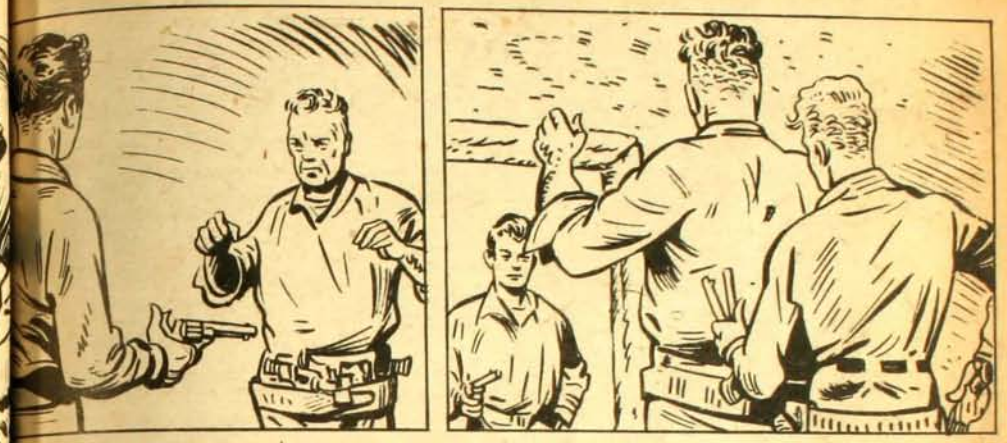
ANDANZAS DE SAMUEL BILL



5. No contento con haber arrojado al suelo a sus dos contendores, Clark se lanzó de nuevo contra Samuel Bill, pero esta vez el joven aventurero alzó sus dos piernas y golpeó con ellas el pecho de Clark, dejándole sin respiración. Era preciso aprovechar ese momento para dar un golpe rotundo al gigante Clark.



6. Un golpe en el mentón y un directo al estómago que el hombre gigante recibió como si su caja torácica fuera de hierro. "—Ya respiro", gritó furioso Clark, alzando en el aire al pobre Samuel Bill y lanzándole a la distancia. Ya enfurecido el bruto, cogió una botella para arrojarla al caído.



7. Pero en ese instante ocurrió algo inesperado. Juanito, que había salido minutos antes con una pistola, disparó a la mano de Clark e impidió que la botella hiriera la cabeza de Samuel Bill. "—¡Arriba las manos!", ordenó Juan a Clark. Y no hubo más remedio que obedecer ante la pistola que enristraba Juan.



8. Desarmado por Samuel Bill, el gigante Clark se dió por vencido. "—Mantén la pistola firme, Juanito —ordenó Samuel al muchacho—, mientras yo auxilio a mi pobre viejo." "—Ya, ya —decía el viejo Bepo, sobándose las costillas—. He perdido el último de mis dientes. ¡Ay de mí! Ya no me querrá la Lolita."

(CONTINUARA)

LA CAPERUZA DE TOTORA



Erase un rey muy rico, que tenía tres hijas, quiso saber cuánto lo amaban.
Un día preguntó a Zunilda, la mayor:
—¿Cuánto me quieres?
—Te quiero tanto como a mi vida —dijo Zunilda.
—Y tú, Arinda, ¿cuánto me quieres?
—Más que a nada en el mundo.
El rey se dirigió luego a su tercera hija, Mafalda, y le preguntó:
—¿Cuánto me quieres, hija mía?
—Te quiero como la carne cruda quiere a la sal —contestó Mafalda.
El rey se disgustó y expresó furibundo:
—Tú no me quieres nada y estás de más en mi palacio.
La tomó del brazo, la acompañó hasta la puerta de la sala y le dijo que se fuera muy lejos, donde nunca más volviera a verla.
La pobre Mafalda, entristecida, hizo un atado con sus joyas y alguna ropa y partió a rodar tierras. Así llegó a un pantano, donde comenzó a coger fibras de totora, con las cuales se hizo un vestido y una caperuza que la cubría de pies a cabeza. En seguida, escondiendo en una bolsa sus ricas prendas, emprendió otra vez su camino, hasta que llegó a una mansión muy suntuosa.
—¿Necesitáis una doncella? —preguntó a un lacayo.
—No, no hace falta —le contestaron.
—No sé adónde ir —murmuró la entristecida niña—. No pido salario y estoy dispuesta a realizar cualquier trabajo.
El lacayo, compadecido, hizo entrar a la caminante, y la cocinera jefa dijo a Mafalda:
—Si quieres lavar platos y fregar las cacerolas, puedes quedarte.
Mafalda se quedó y lavaba los platos, fregaba las cacerolas y hacía toda clase de humildes menesteres. Y como nadie conocía su nombre, la llamaban "Caperuza de Totora".
Un día se dió una fiesta en el teatro principal de la ciudad y se permitió a los criados que fueran a admirar el lujo que ostentaban los invitados.

Caperuza de Totora se excusó diciendo que estaba muy cansada. Pero cuando estuvo sola en la casa, se quitó el vestido de totora, se atavió con sus galas y se dirigió al baile.

El hijo de su ama estaba entre los invitados al baile y, como no podía dejar de suceder, apenas puso en Mafalda los ojos, se enamoró de ella y no quiso bailar con otra joven.

Pero antes de que terminara la fiesta, Caperuza de Totora se escabulló de la fiesta para llegar antes que los demás criados. Entró por la puerta de servicio y se metió en su cama.

—¡Qué espectáculo te perdiste, Caperuza de Totora —decíanle sus compañeros de trabajo—. El hijo del ama se enamoró de una dama hermosísima, vestida como una verdadera princesa.

—Cuánto me hubiera gustado verla —suspiró Caperuza de Totora.

El rey arrojó de su palacio a su hija Mafalda.



—Esta noche hay otro baile y tal vez asista esa linda mujer — dijo la cocinera—. Anímate, Caperuza de Totora.
Pero, como la noche anterior, Mafalda declaró que prefería descansar y dormir.
Sin embargo, apenas quedó sola, Mafalda vistió otro traje aun más hermoso que el primero y corrió hacia la sala de baile.
El hijo del ama la esperaba con impaciencia, y al verla, no apartó sus ojos de ella y se negó a bailar con cualquiera otra.
Antes de que terminara el baile, Mafalda huyó como el primer día y fingió dormir cuando llegaron los demás criados.
Al día siguiente le dijeron éstos:
—Caperuza de Totora, si hubieses visto a la hermosa dama más elegante que la primera noche. El hijo del ama está loco por ella. Ven esta noche con nosotras.
Al llegar la noche, Caperuza de Totora dijo que estaba rendida y se quedó en casa, pero cuando todos salieron, se arregló lo mejor que pudo y se fué al baile.
Al verla el hijo del ama, que se llamaba César Augusto, se mostró extraordinariamente complacido, y como la hermosa doncella no quiso confesarle de dónde venía ni quién era, el joven César Augusto le dió un anillo, asegurándole que si no volvía a verla, moriría de dolor.
Al día siguiente la cocinera le dijo:
—Qué estúpida fuiste, Caperuza de Totora; ya no podrás ver a la hermosa dama, de quien está prendado nuestro amito César Augusto, pues ya se terminaron las fiestas.
—Qué pena —expresó la doncella—. Tanto que me hubiera gustado verla.
César Augusto buscó por todas partes a su dama, pero por más que buscó y por más que preguntó, nada pudo obtener en claro. Cada día se le veía más desmejorado y decaído, hasta que cayó enfermo y tuvo que guardar cama.
—Hay que hacer una torta como le gusta al amito César Augusto —dijo la cocinera jefa—, porque cada día languidece más por amor a su dama.
—Permita que la haga yo —suplicó Mafalda.
La buena cocinera lo consintió, y Caperuza de Totora se puso a fabricar la torta, metiendo en ella el anillo que le había obsequiado su galán.



La Caperuza de Totora volvía del baile antes que llegaran los demás criados.

César Augusto empezó a comer, y encontró en el fondo del manjar el anillo que había regalado a la desconocida dama.
—Que venga la cocinera —ordenó César Augusto.
La cocinera se presentó.
—¿Quién me hizo esta torta? —preguntó el enfermo de mal de amores.
—Yo —contestó la asustada cocinera.
César Augusto la miró con extrañeza y dijo:
—Confiesa, quién la hizo, que nada malo te ha de ocurrir.
—Pues bien, ha sido Caperuza de Totora.
—Que venga en seguida —ordenó César Augusto.
Caperuza de Totora se presentó al momento.
—¿Tú me has hecho esta torta? —le preguntó el galán.
—Sí.
—¿De dónde has sacado este anillo?
—Su dueño me lo dió.
—¿Entonces quién eres tú?
—Ahora lo verás.
Y quitándose el vestido y la caperuza de totora, Mafalda apareció con sus ricos atavíos.

No hay que decir que César Augusto se restableció en seguida y que al momento empezaron los preparativos para la boda.
El padre de Caperuza de Totora fué también invitado a la boda, pero aun no había dicho ella cómo se llamaba ni que era hija de un rey.
—César —suplicó la novia a su prometido—, permite que yo no entre en la sala del banquete hasta que comience la fiesta. Debo



El joven César Augusto, bailaba toda la noche con la hermosa desconocida.

cubrir mi rostro con un velo, porque deseo que nadie me reconozca.
—Tú, amada mía, eres dueña de hacer como te plazca —respondió el feliz novio.
Antes de la boda, Mafalda fué a la cocina y dijo a la cocinera jefa:

—Quiero que en el banquete de mi boda se preparen todos los manjares sin sal.
—Nadie los querrá comer —advirtió la cocinera.
—No importa —expresó Mafalda—. César Augusto, mi novio, me ha dado autorización para hacer lo que yo quiera.
—Perfectamente —dijo la cocinera.
Llegó el día de la boda, una gran boda, de la cual se hablaría en muchas leguas a la redonda.
Mafalda, vestida de blanco, y con una cola de diez metros de largo, subió al altar, cubierta con un espeso velo, de manera que nadie pudo reconocerla.
Terminada la ceremonia, todos los invitados pasaron a la sala del banquete.
Eran más de doscientos comensales, entre los cuales había reyes y príncipes vecinos.
César Augusto y su novia Caperuza de Totora ocupaban dos altos sitiales, pero la novia aun guardaba su tupido velo.
Cuando comenzaron a probar la comida, los invitados la hallaron tan insípida que nadie la quería comer.
Entonces el padre de Caperuza de Totora, que ya había probado el primer plato sin poderlo comer, prorrumpió en llanto.
—¿Por qué lloráis, oh mi rey? —preguntóle César Augusto.
—Porque yo tenía una hija, la más bella entre las bellas, y cuando le pregunté si me quería, y me contestó: "Te quiero como la carne cruda ama a la sal", yo la arrojé de mi palacio pensando que no me quería. Ahora comprendo que mi hija Mafalda me quería más que nadie. Sabe Dios si la pobrecita ya estará muerta por mi culpa.
—No, padre —exclamó Mafalda, alzando su blanco y tupido velo—. Aquí estoy.
Y acercándose a su padre, lo abrazó.
Desde entonces todos fueron felices y en prueba de cariño y recuerdo, el rey obsequió a su hija doce saleros de oro incrustados con piedras preciosas.



CORENTIN DETECTIVE

CAPITULO VII.—IRMA SALVA DEL PATIBULO



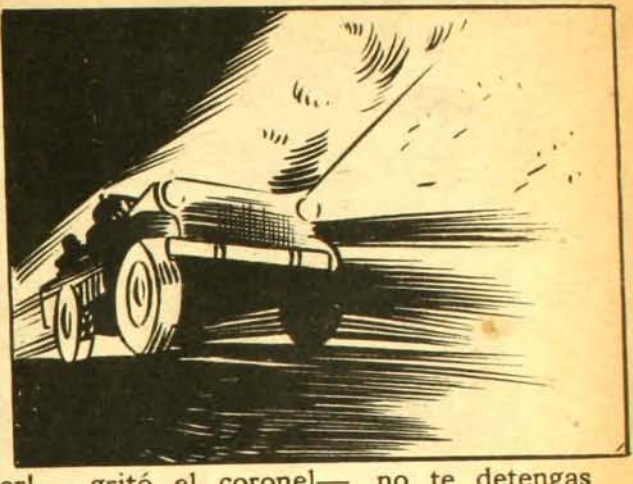


1. "—Niños —dijo el coronel Turri, volviendo al auto radiopatrulla—; el juez no se encuentra en el cuartel. Tendremos que ir a buscarle al tribunal militar." "—Dios mío —murmuraba Corentín—, son las cuatro de la mañana y a las cinco llevarán a Irma al patíbulo. Falta una hora nada más. ¡Qué desgracia!"



2. "—Paciencia —aconsejó el coronel Turri—, ya hemos llegado." Pero les esperaba otro entorpecimiento. El juez no estaba allí. Acababa de salir para la prisión de Estado. Corentín y Kim parecían locos y confundían aún más al buen coronel. "—Ahora iremos rápidamente a buscar a ese juez", dijo Turri.





3. "—¡Adelante, chófer! —gritó el coronel—, no te detengas aunque te salga un gigante al camino. Nos faltan veinte minutos. Corre, hombre." El auto radiopatrulla hacía sonar la bocina como un endemoniado, y por suerte a esas horas de la madrugada había poca circulación en las calles céntricas.





4. Entretanto, veamos lo que ocurrió en la prisión de Estado. La desdichada Irma, acompañada por el sacerdote, avanzaba por el patio hacia el lugar de la ejecución. Hasta el último momento la pobre niña había esperado que la absolvieran... Un soldado vendó los ojos de Irma y le ató las manos a la espalda.

CORENTIN DETECTIVE



5. El sacerdote rezaba en alta voz, mientras los soldados, con sus fusiles al hombro, avanzaban silenciosamente. El oficial alzaba la mano cuando se oyó un grito estridente. "—Deténganse —ordenaba el coronel Turri—. Traigo orden de suspender la ejecución." Corentín y Kim gritaban también llamando a Irma.



6. Inmediatamente Irma fué desatada y cayó en brazos de Corentín. "—Yo sabía que tú me salvarías, Corentín", dijo Irma tendiendo sus manos hacia su joven salvador. "—¡Viva el coronel Turri!", gritaba Kim. El oficial y los soldados se retiraron, a fin de no hacer más trágica la escena. De pronto Irma vaciló.



7. Tantas emociones y el haber visto a la muerte cara a cara, le produjeron un síncope. "—Llévenla a la enfermería —ordenó el coronel Turri—. Es comprensible esta reacción después de tanto padecer." "—Irma, Irma —murmuraba Corentín con su amiga en brazos—, si tú supieras cuánto he sufrido yo por ti."



8. Irma recobró los sentidos y creyó despertar de una atroz pesadilla. Pero ya el coronel Turri había ordenado preparar un buen desayuno en la oficina del presidio y los tres amigos sonreían felices. "—¡Qué bueno es resucitar a la vida! —decía Irma—. Nunca podré agradecerles lo buenos que fueron conmigo."

(CONTINUARA)

EL SECRETO de la GITANA



CAPITULO III.— Nostalgia infinita posee a Ilona.

RESUMEN: Ilona, hija del marqués de Kanisza, regresa a Hungría, su país natal, después de haber pasado su infancia en un colegio parisiense. A orillas del Danubio, Ilona divisa un campamento de gitanos y se siente atraída por ellos. En el regio castillo húngaro es recibida por Matilde, una anciana, hermana de su padre, que le da una fría y humillante acogida. Ilona busca por todas partes algún retrato de su madre.

Ilona se volvió aterrada al oír la voz severa de su tía Matilde.

—Ilona —dijo la anciana dama—, yo creí que habías subido a reposar.

La niña balbuceó algunas palabras entrecortadas, como si la hubieran sorprendido en un acto punible, y luego murmuró:

—Me sentía mejor y quise distraerme un poco visitando esta galería de mis antepasados.

—La mentira es un pecado vergonzoso —declaró la tía Matilde—. Los Kanisza *legítimos* no acostumbramos ocultar la verdad.

Ante esa mirada inquisidora y esas palabras insultantes, Ilona bajó los ojos, aun cuando pudo decir que ella no era culpable.

La majestuosa Matilde avanzó por la fila de retratos y entró en su habitación, situada en el confín de la inmensa galería.

Ofendida y molesta, Ilona se dirigió a su aposento sin poder comprender las miradas coléricas de su tía Matilde.

"¿Habría algo oculto o prohibido en esa galería de antepasados? —pensó la niña—. El enojo de mi tía me ha hecho sospechar que tiene algún motivo secreto de odio o antipatía contra mí."

Ilona siguió cavilando sobre la ausencia del retrato de su madre en esa galería, y, por fin, pensó que, habiendo fallecido tan prematuramente, no tuvieron tiempo para retratarla.

—Sin embargo, presumo que un misterio se cierne sobre mi vida —se dijo Ilona—. Comenzaré a espiar a mi tía Matilde o interrogaré francamente a mi padre.

Pensamientos melancólicos invadían el alma de esa criatura de



—¿Qué haces en esta galería de retratos? —preguntó la tía Matilde, muy enfadada.

quince años, transplantada a un país extraño. Un miedo supersticioso la invadió en su soledad.

Presurosa tocó la pequeña campanilla de plata que tenía sobre su velador, y al punto apareció el semblante risueño de su camarera Rosa.

—¿Llamaba la señorita?

—Querría efectuar algunos arreglos en mi dormitorio —respondió Ilona—. Comencemos por cambiar el ropero.

Transcurrió así el primer día de su estada en el grandioso pero lúgubre castillo del marqués de Kanisza.

En los días siguientes llovió copiosamente.

Ilona se desesperaba entre los cuatro muros de su habitación, y, por fin, envolviendo su cabeza en un pañuelo de colores, se deslizó fuera del castillo.



Desafiando la lluvia y el barro, Ilona salió al bosque.

"Tanto peor para mis zapatos —pensó la niña, cuando los hundía en la tierra mojada—. Este tiempo sombrío y huracanado concuerda con la atroz melancolía que conduele mi alma."

Había caminado hasta el fondo del bosque cuando oyó una voz que la llamaba sigilosamente.

En la bruma le pareció divisar la silueta de una mujer envuelta en un chal multicolor.

—¿Quién me llama? —preguntó la niña, como atraída por esa voz.

La sombra no se movió; parecía que esperaba la llegada de Ilona.

De pronto, otra voz estentórea y chillona retumbó en el jardín:

—¡Ilona! ¡Ilona!...

—Allá voy —respondió la hija del marqués de Kanisza, dirigiendo una última mirada a la silueta que se ocultaba tras un arbusto. Pero ya esa sombra había desaparecido.

Momentos después Ilona ascendió las gradas del castillo donde la aguardaba su tía Matilde.
—¡Qué idea loca de ir a pasear bajo la lluvia! —gritó Matilde—. Has enlodado tu traje y tus zapatos.
—Me fastidia estar todo el día encerrada —expresó Ilona.
—Mucho lo lamento —declaró Matilde—. Entiendo que las jóvenes de noble casta buscan otra clase de divertimientos.
Ilona emprendió la fuga por la escalera que llevaba a su aposento, con lágrimas en los ojos y furia en el alma.
Verdaderamente hubiera querido huir por la ruta sin volver más al castillo.
—¡Ilona!...
Era la voz del marqués quien presenció la dolorosa escena.
—Papá —balbuceó la niña, tragándose las lágrimas.
El marqués atrajo a su pecho a la pobre huérfana de madre y le dijo dulcemente:
—Yo creo que eres injusta con tu tía, hijita. Ella sólo piensa en tu salud. Ve a cambiarte zapatos y en seguida baja a mi escritorio. Vamos a charlar un poco los dos. ¿Lo quieres?
—Sí, papá.
Feliz, aunque todavía con los ojos llenos de lágrimas, Ilona continuó subiendo la escalera.
—Rosa, dáme otros zapatos —ordenó a su gentil camarera.
La joven húngara cambió el calzado de la niña, cepilló su vestido y dos minutos después Ilona entraba al severo aposento de su padre.
Instalado en un cómodo sillón, el marqués sonrió suavemente a su hija y apoyó su mano sobre los ebúrneos cabellos de Ilona.
Kanisza no hablaba, y la niña no se atrevía a turbar su silencio.
Por fin el marqués preguntó a Ilona:
—¿Eres feliz en esta casa?
A pesar de que su corazón decía que no, Ilona respondió:
—Sí, papá.
—Apenas cesen las lluvias —prosiguió el marqués— podrás salir a caballo, y si deseas algún libro, no tienes más que revisar los anaqueles de esta biblioteca y pedir a tu tía Matilde que los escoja para ti.
Al oír el nombre de la aborrecida tía, Ilona se estremeció y, alzando la vista, con toda la desesperación que embargaba su corazón, suplicó:
—Papá, háblame de mi madre.

—Hace ya mucho tiempo que no existe —murmuró Kanisza—. Tú eras aún muy pequeñita.
—¿Por qué nunca me han llevado a su tumba? —interrogó Ilona.
—Murió en país extranjero.
—¿Y por qué no ha colocado su retrato en la galería de nuestros antepasados? —inquirió Ilona.
—Hijita, me haces preguntas que son para mí muy dolorosas — expresó Kanisza, con visible aflicción.
—¿Era muy bonita? —insistió Ilona—. ¿Por qué no veo su retrato en parte alguna?
—Era como tú —murmuró el marqués—. Tú eres su vivo retrato. Murió tan pronto que no tuvimos tiempo de fotografiarla.
Ilona hubiera deseado continuar interrogando, pero tuvo miedo al notar la palidez que cubría el semblante de su padre y su expresión dolorida.
Tras largo silencio, el marqués volvió a colocar su blanca mano sobre los cabellos de Ilona y le dijo con voz apagada:
—Vete, hijita. Nos encontraremos de nuevo a la hora de comida.
Ilona se alejó más intrigada que nunca sobre el secreto que pesaba sobre su vida.
De pie, frente al espejo de su dormitorio, la niña repetía las palabras de su padre: ,
—Era como tú. Tú eres el vivo retrato de tu madre...
Tras largas y azarosas discusiones con su hermana Matilde, el marqués de Kanisza autorizó a su hija para que saliera a dar cortos paseos en su caballo alazán.
Acompañaba a Ilona, en estas excursiones, un escudero húngaro, en quien confiaba plenamente el marqués de Kanisza.
Ilona galopaba feliz por las praderas que la primavera comenzaba a engalanar.
"Espacio, plenitud, campos abiertos... Eso es lo que yo deseo", pensaba la niña, mientras corría por la pradera.
Un día llegaron hasta el campamento de los gitanos, y antes de que el escudero pudiera impedirlo, una vieja gitana se acercó a Ilona, preguntándole si quería que le viera la suerte.
—Dame tu mano, linda niña —decía la gitana—. Yo te diré tu porvenir.
—Aquí la tienes —dijo Ilona, sacándose el guante.
—Eres reina, preciosa niña, y tú no lo sabes —balbuceó la gitana—. Un trono te aguarda. Hay un secreto en tu vida, linda niña. Yo puedo revelártelo...



—Eres igual a tu madre —dijo el marqués de Kanisza a su hija Ilona.

El escudero, impaciente, quería alejar a la gitana, pero Ilona se lo impidió con altanería.

—Ese hombre no querer tu bien —prosiguió la gitana, con voz susurrante—. Yo verte a ti en el bosque, junto al muro del parque. Ven tú a mí, linda niña, y te diré un secreto. Todos los días rondo en el parque, pero una mujer mala lanza sobre mí a sus perros de presa. Ven una noche, linda niña, mi reina soberana.

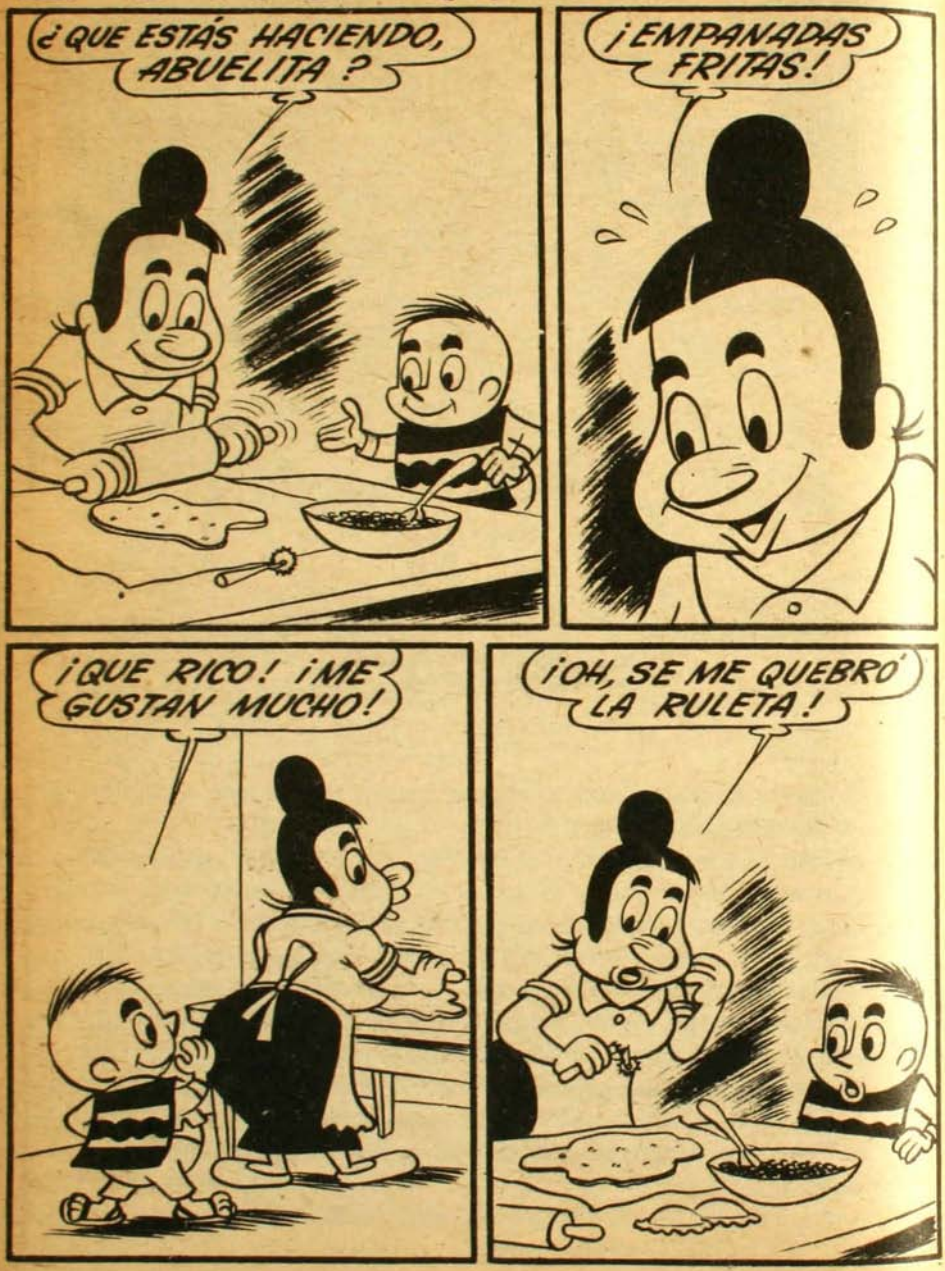
El escudero, impaciente, cogió las riendas del caballo alazán y obligó a Ilona a volver bridas hacia el castillo.

Desde ese día, el marqués evitó que Ilona saliera sola a cabalgar por los campos y le señaló como compañero a uno de esos jóvenes nobles que tanto exasperaban a la colegiala de las monjas Marianas.

—No quiero salir —decía la porfiada niña, cada vez que el conde Korsiac la invitaba galantemente a paseo.

(CONTINUARA)

Ponchito


¿QUE ESTÁS HACIENDO, ABUELITA ?
¡EMPANADAS FRITAS!
¡QUE RICO! ¡ME GUSTAN MUCHO!
¡OH, SE ME QUEBRÓ LA RULETA!

por nato


¿COMO VOY A RECORTAR LA MASA AHORA?
¡YO SÉ ABUELITA, ESPERA UN MOMENTO!
¡ESTA NO SE VÁ A ROMPER TAN FÁCIL!
NATO.



El Hijo del Lobo.



CAPITULO XIX.—Heroico intento de Tristán.

Los bárbaros, capitaneados por el nórdico Erico, avanzaban por los contrafuertes de la ciudad de Logres.

Aquellas hordas salvajes habían dado muerte a los nobles señores que concurrieron al torneo atlético organizado días antes en la fortaleza de Logres.

Rudel y Tristán montaban guardia, como atalayas, en el punto más alto de la torre, y desde allí vieron a los nobles decapitados por las huestes de Erico.

Inmediatamente Rudel sopló el cuerno de alarma que indicaba a los moradores de la fortaleza la proximidad del peligro.

El conde de Logres bajó al patio, y allí vió a dos de sus centinelas que habían recibido una flecha en medio del corazón.

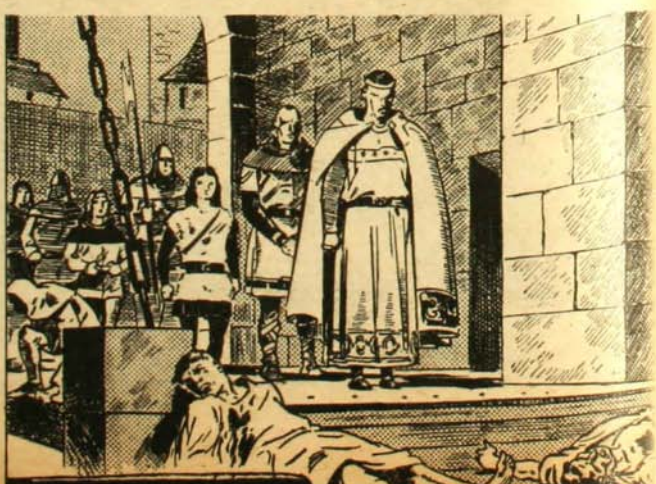
Donceles escuderos y vasallos observaron a los centinelas muertos.

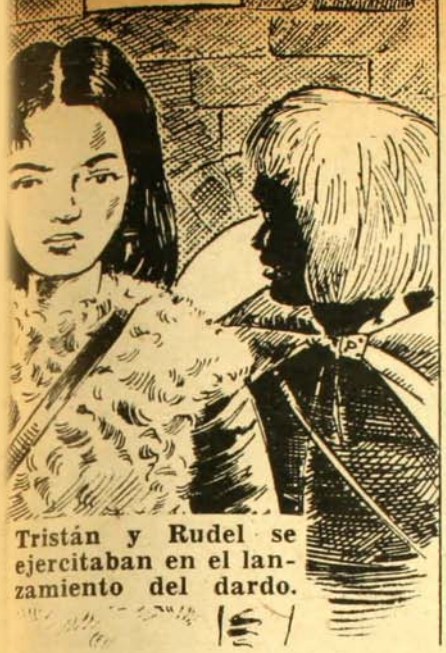
—Esos bárbaros —murmuró el señor de Logres—, jamás yerran

Rudel tocó el cuerno dando la voz de alarma.



Dos centinelas fueron muertos por las flechas de los bárbaros.





Tristán y Rudel se ejercitaban en el lanzamiento del dardo.



Tristán sentíase como rata en una jaula.

un golpe. Marchan sigilosamente durante la noche, sin que nadie oiga sus pasos. Son enemigos terribles y muy difíciles de vencer.

—Los venceremos —declaró Tristán, el Hijo del Lobo.

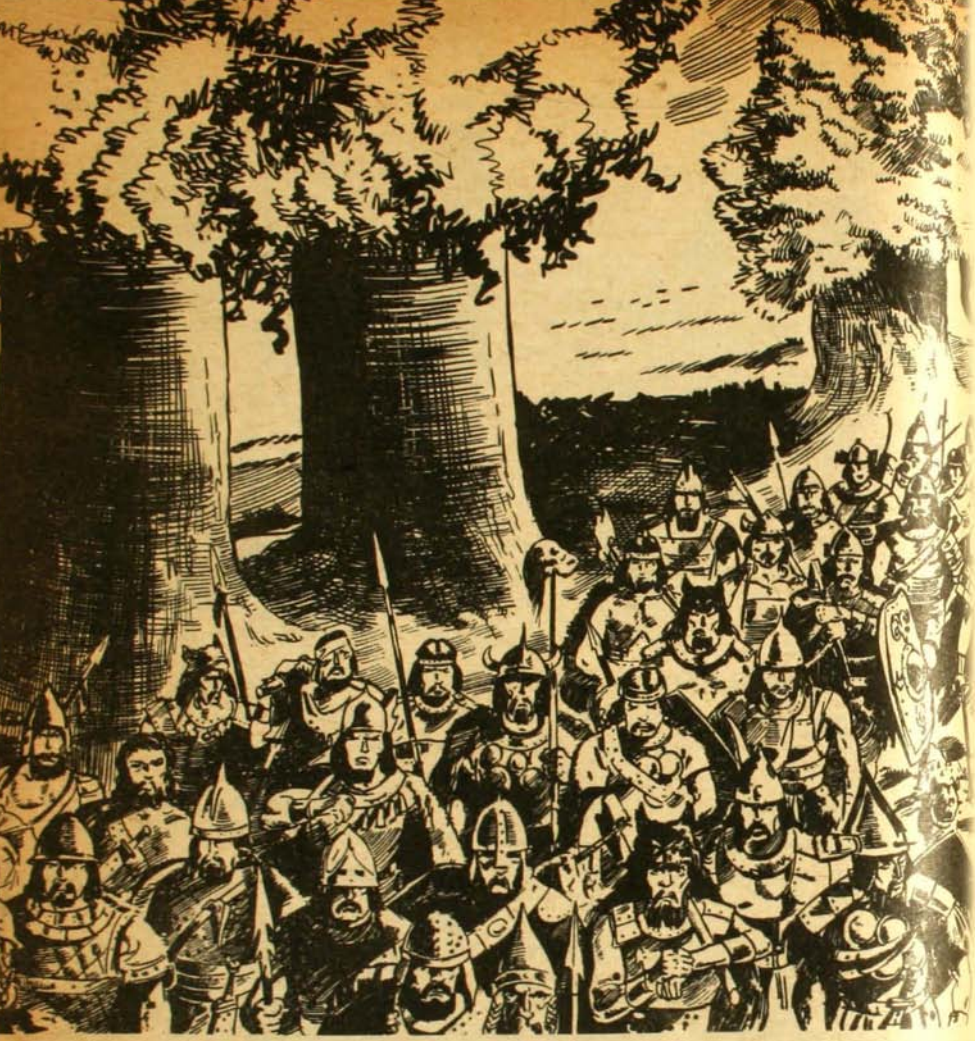
Durante el día los jóvenes alumnos de la Escuela de Caballería estuvieron ejercitándose en el manejo de las armas y probando su puntería.

Sin embargo, una atroz angustia pesaba sobre la ciudad de Logres. En verdad, estaban defendidos por doble filas de fuertes y estanques con agua, pero esas multitudes nórdicas, a quienes poco importaba la vida, terminarían por atacar los últimos baluartes, tal como lo habían hecho en otras fortalezas de la región.

Otra vez la noche, plena de emboscadas, envolvía las almenas y torres de Logres. La luna iluminaba los médanos y la pradera.

El hijo del Lobo decidió salir de la fortaleza.





Un compacto ejército avanzaba hacia la ciudad de Logres.

Fué entonces cuando Tristán, el Hijo del Lobo, decidió salir de la fortaleza, donde se sentía prisionero como rata dentro de una jaula.

"Quiero conocer a esos hombres terribles —pensaba Tristán—, quiero encararme con ellos y vencerles por la astucia."

El Hijo del Lobo bajó al subterráneo medio inundado y se sumergió bajo las rejas que impedían el paso al exterior del estanque.

Con paso de lobo, caminó hasta la floresta, donde debían rondar los salvajes nórdicos, comandados por el sanguinario Erico.

De pronto, en un claro del bosque, Tristán divisó un ejército de hombres armados con escudos, cascos de acero, lanzas y flechas. Les acompañaban perros de presa que parecían formar parte de la tropa.

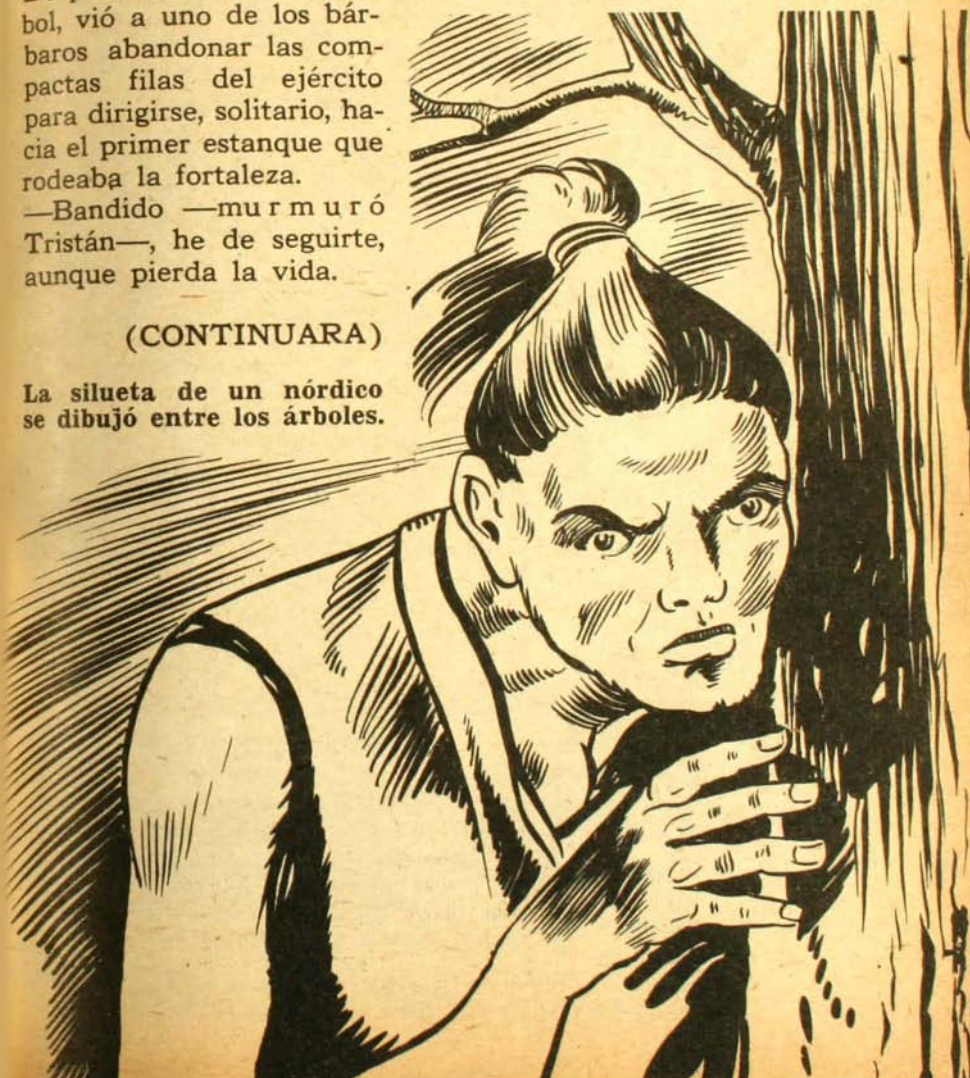
Tristán divisó, con terror, las cabezas de los prisioneros levantadas en alto, como trofeos de guerra.

Eran innumerables como hormigas salidas de su hormiguero.

De pronto, Tristán, que se había ocultado tras un corpulento árbol, vió a uno de los bárbaros abandonar las compactas filas del ejército para dirigirse, solitario, hacia el primer estanque que rodeaba la fortaleza.

—Bandido —murmuró Tristán—, he de seguirte, aunque pierda la vida.

(CONTINUARA)



La silueta de un nórdico se dibujó entre los árboles.

¿Adivina Ud?

CONCURSO LOS GRANDES INVENTORES



La tarea de los lectores consiste en deducir cuál es el invento que representa el grabado, indicando el nombre de su autor y su nacionalidad. Envía tu respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 162: 1. Cerdeña; 2. Lodi; 3. Cádiz; 4. Pavía; 5. Pella.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Mario Guarda, Los Andes; Juan Trillat, Angol; Germán Gárate, San Bernardo. UNA PLUMA FUENTE: Silvia Espinoza, Cabildo; Aldo Cifuentes, Concepción; Hernán Luengo, San Fernando. UNA CARPETA DE ESQUELAS: Fernando López, Quillota; Víctor Manuel Costa, Santiago; Luis González, Santiago; Orietta Moreno, Rancagua; Olga Muñoz, Santiago; María Angélica Guarda, Santiago. UNA ARMONICA: Eduardo Zamorano, Santiago; Horacio Carrasco, Santiago; Hernán Espinoza, Máfil. UNA PELOTA DE GOMA: Marcela Pedreros, Cauquenes; Alberto Mir, Santiago; Juan de Dios Román, Santiago; Ramón Chacón, Los Andes; Lorenzo Parra, Traiguén; Sergio Valderrama, Malloa. UN JUEGO LOTERIA: Marta Ovalle, Talcahuano. UN DOMINO INFANTIL: Enrique Paredes, Los Andes. UN VITALMIN: Vicente Fernández, San Felipe; Sonia Carrasco, Santiago; Teresa Gallardo, Los Andes; Polimia Rojas, Santiago; Sergio Juárez, Temuco; María Díaz, Santiago; Luis Prieto, Santiago; Nancy Ganzur, Chépica; Luis González, Santiago; José Parra, San Antonio. UN LIBRO: Arturo Reyno, Santiago; Erik Koch, Concepción; Teresa Becerra, Santiago; Pedro Gamboa, Santiago; Nelson Santander, Santiago; Ana Ibarra, Los Andes; Sara Pichara, Cabildo; Raúl Sepúlveda, Santiago; Hugo Holbert, Viña del Mar; Rodrigo Henríquez, Temuco.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 164

¿Qué invento representa el grabado?

¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1952.


¡ESTO TE DEJARÁ MÁS ANIMADO!
ESPIRITISTA
¡QUE FUERTE PATEA ESTE HOMBRE! ¡EN VEZ DE ESPIRITISTA DEBERÍA COLOCAR UN LETRERO QUE DIGA: "CABALLO"!
¿QUÉ NO ES QUINTÍN, ESE QUE ESTÁ ALLÍ?
¡AJÁ! ¿CONQUE ESAS TENEMOS, NÓ?
¡PATRÓN!
¡ERES TAN FLOJO, QUE INCLUSO TE LLEVAS ECHADO EN LA CALLE!
¡QUEDAS DESPEDIDO!
PLOD

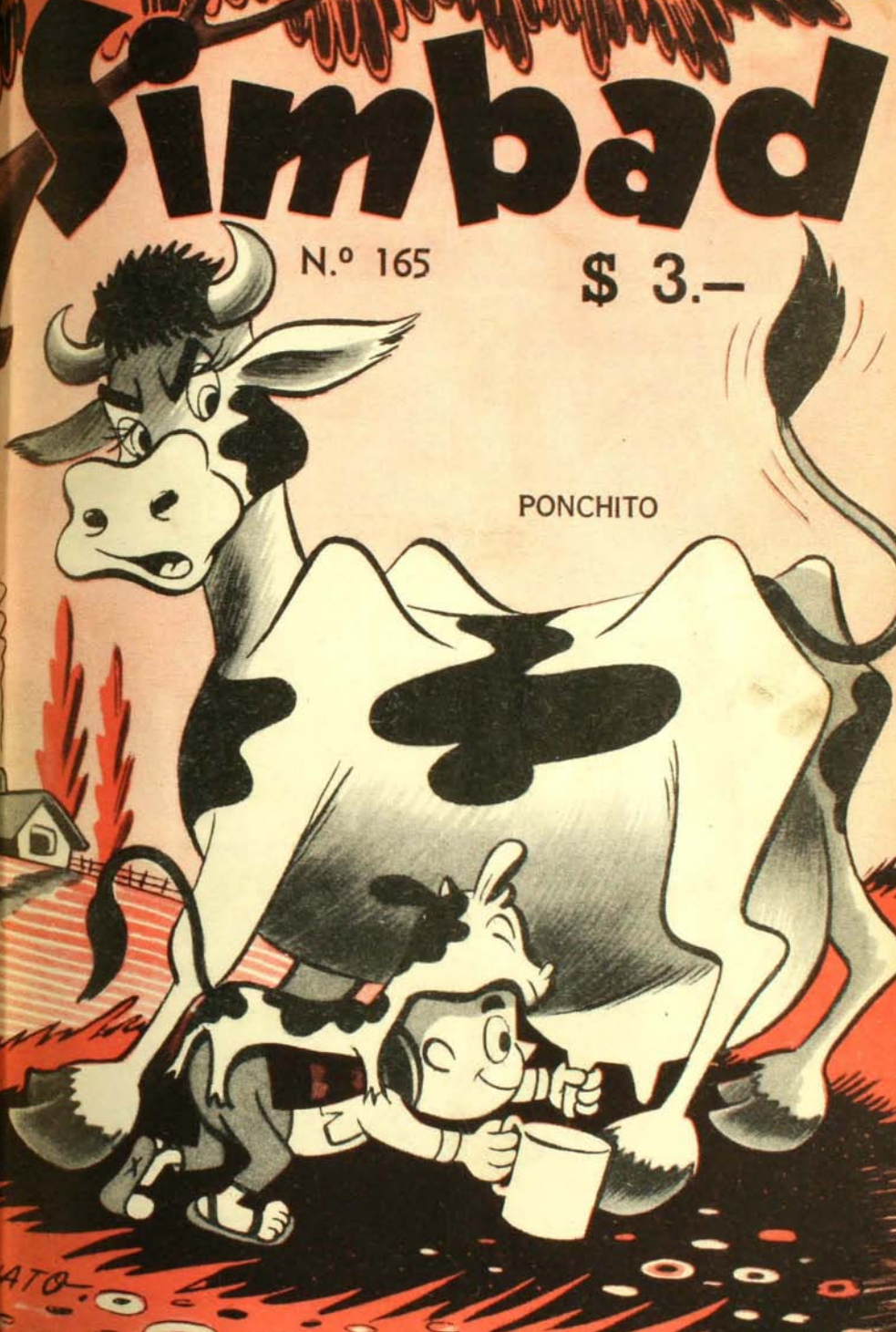
PELUSITA POR NATO



Simbad

N.º 165

$ 3.–





CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV - 29-X-1952 - N.º 165

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,65
Semestral: US. $ 0,90
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

La SIERPE de la DISCORDIA

CAPITULO III.— El rey Segundo escoge esposa.

Los príncipes gemelos Primo y Segundo heredaron conjuntamente el trono de Tulia, por orden de la reina difunta.

Como eran tan hermanables, no había peligro de que se suscitaran discordias.

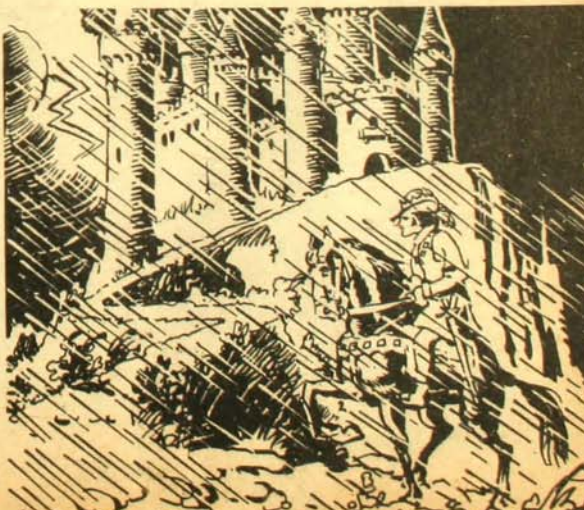
El primer ministro convocó a todas las princesas de los reinos vecinos para que se presentaran a los jóvenes reyes como postulantes a reinas; pero Primo y Segundo decidieron escoger libremente a sus esposas, y salieron a recorrer el mundo por diferentes caminos.

En una humilde aldea, el rey Primo conoció a Iris, la nieta de un labriego, que era bella y buena como un ángel.

Inmediatamente se prendó de Iris y le pidió que fuera su esposa.

Entretanto, el rey Segundo seguía su camino y en una noche de tem-

Una tempestad furiosa sorprendió al rey Segundo en su camino.





—Pido hospitalidad por una noche —dijo el joven al portero del castillo.

pestad fué a pedir asilo en una mansión situada sobre una alta montaña, como un nido de águilas.

"Con esta tormenta no se puede continuar el camino —se dijo el rey Segundo—, pediré hospi talidad al castellano."

A su llamado acudió un portero con un farolillo.

—Soy el rey Segundo de Tulia —dijo el viajero—, y solicito asilo por una noche.

—Entrad, Majestad —respondió el portero.

Al atravesar un vasto corredor, el rey Segundo oyó gritos y vociferaciones.

—¿Quién grita así? —preguntó el rey Segundo.

—Es una esclava que, por haber roto un espejo, es azotada por la princesa Femia, hija de la castellana.

—Los alaridos que usted oye son de una esclava a quien la princesa Femia azota —dijo el portero.



—Qué crueldad —exclamó Segundo—. ¿Y la madre le permite tanta maldad a su hija Femia?

—La princesa Femia es muy pérfida —declaró el portero—. Nadie puede verla aquí, y por eso la llamamos "Ortiga". La madre es aún peor. Pase adelante, Majestad, y tenga cuidado con esas víboras.

El rey Segundo entró en una suntuosa estancia.

—Sed bien venido a nuestra humilde morada —dijo una hermosísima mujer.

—La tempestad me ha obligado a solicitar refugio en vuestro castillo —expresó el rey Segundo.

Otra mujer vieja, y con perfil de ave de rapiña, se inclinó ante el joven rey, diciéndole:

—Majestad, dignaos aceptar nuestro hospedaje. ¿Queréis merendar con nosotros?



—Esa princesa es tan mala, que la llamamos ORTIGA —declaró el hombre.

—Acepto —declaró el joven rey—, pues la larga jornada me ha dado gran apetito.

—Sentaos —dijo la madre de Femia—, mientras yo voy a ordenar que os preparen la comida.

El rey Segundo pasó a un lujosísimo comedor, en tanto que Femia decía a su madre:



La princesa Femia y su horrible madre saludaron al rey Segundo.



—Bien venido seáis a nuestra humilde morada —dijo la princesa Femia.

—Quiero casarme con el rey Segundo de Tulia y convertirme en reina.

—Igual cosa había pensado yo —dijo la horrible vieja—. Acompaña al rey y yo trataré de que se cumplan tus deseos.



—Madre, quiero casarme con el rey Segundo —expresó Femia.



La vieja castellana arrojó polvos mágicos al vino que debía beber Segundo.

La vieja entró en la cocina y ordenó a la cocinera que pusiera mucha sal a todas las viandas.

—De esta manera el rey sentirá mucha sed —dijo la vieja—, y tendrá que beber este vino con polvos para despertar amor.

El efecto de aquel vino dopado fué inmediato. Con la comida salada Segundo bebió más de lo acostumbrado y comenzó a deslumbrarse con la hermosura de Femia, la pérfida mujer cuyo sobrenombre era "Ortiga".

(CONTINUARA)

El efecto de la bebida hizo que Segundo se enamorara de Femia.



ANDANZAS DE SAMUEL BILL

CAPITULO VIII.—PORRAS SALTA LA CABAÑA SITIADA





1. Mientras Juan mantenía a raya al coloso Clark con su pistola, Samuel Bill alzó del suelo al viejo Bepo. Lo primero que hizo el estrambótico Bepo fué mirarse en un espejo y gritar: "—Por todos los demonios..., estoy desfigurado. Ese bandido va a pagármela."





2. Con una fuerza que nadie hubiera presumido en esa vieja carcaja, Bepo golpeó al coloso Clark y le derribó al suelo. "—¿Por qué dices, viejo, que estás desfigurado?", preguntóle Samuel. "—Me quebró el único diente que me quedaba —lloriqueó el viejo Bepo—, y por eso le di un golpe brutal."





3. En efecto, lo que no hicieron los golpes de Samuel Bill, lo realizó el directo del viejo Bepo. "—Juan, trae cuerdas —ordenó Samuel al nieto de Catita—. Vamos a huir de aquí, pero dejaremos atado a este bandido." Mientras ataban a Clark, se escucharon cascos de caballo, y el viejo Bepo salió de la cabaña.





4. "—¿Dónde está Bepo?", preguntó Samuel Bill. "—No lo sé", respondió Juanito. ¿Qué significaba esta inexplicable desaparición en el momento de mayor peligro? La banda de Porras avanzaba ya por el desfiladero. "—Maldito viejo", murmuró Samuel Bill.

ANDANZAS DE SAMUEL BILL





5. Antonio Porras, al ver herméticamente cerrada la cabaña, sospechó un peligro y se detuvo con su tropa. "—Daniel —ordenó a uno de sus secuaces—, ve a ver qué ocurre en la cabaña." "—Esto se pone color de hormiga, Juanito —dijo Samuel Bill—. Porras sospecha algo y envía a uno de sus hombres a espiarnos."





6. Samuel decidió esperar a balazos al bandido Daniel, quien cayó para no levantarse más. Los de la banda se replegaron otra vez hacia el desfiladero. "—No importa —declaró Porras—. Sitiaremos a esos revoltosos, pero no comprendo cómo pudo Clark descuidarse tanto con los prisioneros. Ya me la pagarán."





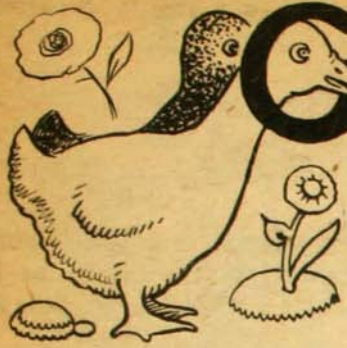
7. Otros dos hombres que se acercaron a la cabaña también fueron ultimados por las certeras balas de Samuel Bill. Juanito, menos entrenado en la puntería, disparaba desde otro agujero de la cabaña. "—Esperemos hasta la noche", decidió por fin el bandido Porras.





8. Se extendió la obscuridad sobre los montes y Samuel Bill continuaba cavilando sobre la extraña desaparición del viejo Bepo. Entretanto, los bandidos, reptando sigilosamente, iban aproximándose a la cabaña, dispuestos a efectuar un ataque bajo las espesas sombras de la noche. "—Alerta, Juan", dijo Samuel Bill.

(CONTINUARA)



Guardadora de Gansos

Había una vez una anciana reina cuyo esposo murió dejándola con una criatura de tierna edad. Cuando la princesa Eudora creció y se convirtió en una hermosísima joven, fué prometida al hijo del rey Mazor, que vivía en tierras lejanas, y cuando llegó la época en que debía celebrarse la boda, la anciana reina decidió enviar a la princesa Eudora a ese país extranjero.

Empaquetando cuanto de más valioso tenía en muebles y trajes, como correspondía a una princesa real, la anciana reina organizó la partida.

Debía acompañar a Eudora su doncella Martina, con dos caballos, para el largo viaje. El caballo de la princesa se llamaba Falada y sabía hablar.

Antes de despedirse de su hija, la vieja reina hizo un corte en el dedo a la princesa Eudora, y después recogió tres gotas de sangre en un pañuelo, diciendo a su hija:

—Guarda en tu pecho este pañuelo, y él te ayudará a salir de apuros.

La princesa guardó el pañuelo con las tres gotas de sangre en su pecho, montó a caballo y se alejó en busca de su novio.

Después de haber caminado mucho, Eudora dijo a su doncella Martina:

—Apéate y tráeme agua de aquel arroyuelo, porque tengo mucha sed.

—Si' tiene usted sed —replicó la criada—, apéese y agáchese para beber el agua, pues yo no quiero ser su doncella.

La princesa, como estaba muy sedienta, hizo lo que le indicaba Martina, inclinándose sobre el arroyo, sin atreverse a usar su copa de oro.

Mientras realizaba este acto, las tres gotas de sangre dijeron:

—¡Ah!, si tú madre supiera esto se le partiría el corazón de dolor.

La princesa nada dijo, pero se sintió humillada y volvió a montar en su caballo.

Recorrieron varias millas más, y otra vez sintió sed la princesa Eudora.

Olvidando las malas palabras de la doncella Martina, le rogó que llenase su copa de oro con el agua de un riachuelo.

Martina replicó más altivamente que la vez anterior:

—Si usted quiere beber agua, hágalo por sí misma. Yo no quiero ser su criada.

La princesa se apeó del caballo llorando, pero al inclinarse sobre el agua, el pañuelo que contenía las tres gotas de sangre se le salió del pecho y la corriente es lo llevó, sin que ella lo notase, a causa de su angustia.

Pero la doncella Martina vió lo ocurrido y se alegró muchísimo, pues ahora ya tenía poder sobre su ama, porque, con la pérdida de las gotas de sangre, quedaba convertida en una criatura débil e indefensa.

Al ir Eudora a montar sobre su caballo Falada, la doncella le dijo:

—No; Falada me pertenece; tiene usted que montar en el otro caballo.

La joven princesita, que sólo tenía quince años, se vió obligada a ceder, y entonces Martina la despojó de sus ropas reales y la vistió con las suyas plebeyas. Por último, le hizo prometer y jurar



La princesa Eudora se convirtió en guardadora de gansos.

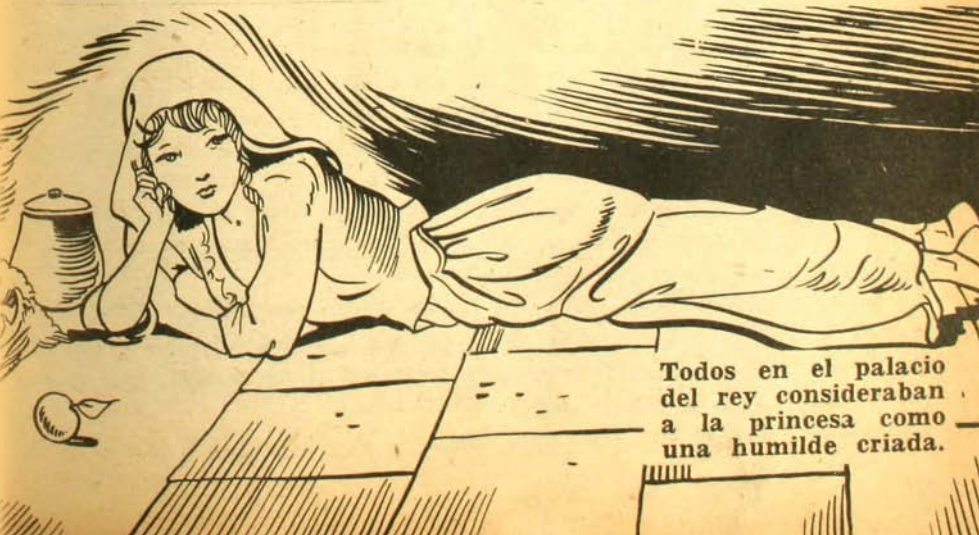
que nada diría en el palacio real, y que si lo hacía le costaría la vida.
Y así es como llegaron al palacio del rey: La doncella montada sobre Falada, y la verdadera princesa en un triste rocín.
A su llegada se les hizo un gran recibimiento, y el joven príncipe Sigor, saliendo a su encuentro, bajó a la doncella de su caballo, creyendo que era su novia, la hizo subir a los salones y la princesa real tuvo que quedarse en el patio.
En aquel momento el anciano rey Mazor acertó a asomarse por la ventana, y vió a Eudora en el patio, quedando maravillado de su delicada hermosura. Acto seguido se dirigió a los aposentos reales y preguntó a la novia quién era la joven que había traído consigo.
—Es una muchacha que ha venido acompañándome —respondió la novia—. Dénle algún trabajo para que no se acostumbre a la vagancia.
Al anciano rey Mazor se le ocurrió algo y dijo:
—Tenemos un muchacho que guarda gansos; ella podría ayudarle.
—Buen oficio para esa muchacha perezosa —respondió la pérfida Martina.
Desde ese día la princesa Eudora fué puesta a guardar gansos con el joven y rústico Conrado.
Poco después la falsa novia dijo a su prometido, el príncipe Sigor:
—Querido, ¿quieres hacerme un favor?
—Con mucho gusto.
—Ordena al matarife que corte la cabeza al caballo que me trajo aquí, pues me hizo pasar muy malos ratos en el camino.
En realidad, lo que temía la embustera es que el caballo, que sabía hablar, contase cómo había tratado ella a la verdadera princesa. Esto llegó a oídos de Eudora, quien prometió secretamente al matarife una moneda de oro si colgaba la cabeza de su querido Falada en cierto arco largo y sombrío por el que tenía que pasar diariamente con los gansos.
El matarife accedió a la súplica de la linda guardadora de gansos y todas las mañanas, cuando la princesa y Conrado cruzaban con sus aves por debajo del arco, Eudora decía al pasar:
—¡Ah!, Falada, que estés tú colgado ahí.
Y la cabeza contestaba:

—Ah, princesa, que pases tú por aquí.
Si tu madre lo supiera,
de tristeza se muriera.

Después atravesaban un prado, y cuando llegaban al campo, la princesa se soltaba los cabellos, que eran de oro puro. Su brillo fascinaba de tal modo a Conrado, que siempre quería arrancarle un rizo. Entonces ella cantaba:

—Oh viento, ponte a soplar.
Lleva el sombrero a Conrado;
que no pare de rodar
hasta que me haya peinado
éste mi rizo dorado
que el pillo quiere robar.

Inmediatamente se levantaba un fuerte viento que se llevaba el sombrero de Conrado, y éste bailaba una rara danza sobre los prados. Cuando volvía, ya la princesa se había peinado y atado los cabellos, de manera que no quedase un rizo suelto.
Esto irritaba tanto al enamorado Conrado, que ya no quería hablarle a su compañera, y se pasaban todo el día en silencio guardando los gansos.
Y esto sucedió un día y otro día, hasta que el muchacho, fastidiado, se presentó ante el anciano rey Mazor y le declaró que no quería guardar más gansos con la criada.



Todos en el palacio del rey consideraban a la princesa como una humilde criada.

Entonces el rey pidió que le diera los motivos de ese enojo. Conrado lo hizo así, y añadió que por la mañana, cuando pasaban bajo el arco, la joven hablaba a una cabeza de caballo que estaba clavada en la puerta y decía:
"Ah, Falada, que estés tú colgada aquí."
Y que la cabeza contestaba:

—Ah, princesa, que pases tú por aquí.
Si tu madre lo supiera,
de tristeza se muriera.

Y, además, le refirió el asunto del sombrero que volaba.
Cuando Conrado terminó su relato, el rey Mazor le ordenó que volviese a salir con los gansos a la mañana siguiente. Llegada ésta, el mismo rey se escondió en la sombría bóveda y oyó las palabras de la cabeza del caballo Falada y vió en seguida a la joven soltándose los cabellos de oro y cantando su acostumbrada tonadilla:

—Oh viento, ponte a soplar.
Lleva el sombrero a Conrado;
que no pare de rodar...

Entonces el rey vió que se levantaba una brisa y que el sombrero de Conrado danzaba como loco por el prado.
Al ver esto, el rey Mazor volvió a su palacio, y cuando la joven regresó por la noche, la llamó a su presencia y le preguntó qué significaba todo aquello.
—No puedo decírselo a Su Majestad, porque corre peligro mi vida —dijo Eudora.
—Pues si no puedes decírmelo —replicó el rey—, cuéntale tus pesares a esta chimenea.
Y salió de la estancia, dando un portazo.
La princesa se acercó a la chimenea y se puso a llorar y a lamentarse, contando su triste historia.
El anciano rey Mazor se había colocado al otro lado de la chimenea y oyó cuanto dijo la princesa. En seguida volvió a entrar en el aposento y llevó a Eudora a una magnífica habitación, donde le pusieron sus ropas reales.
Después el rey llamó a su hijo Sigor y le demostró que su falsa



Conrado, el pastorcillo, quería robarle un rizo de oro a la princesa.

novia no era más que una criada, y que la novia verdadera era la guardadora de gansos.

Sigor se alegró infinitamente al contemplar la belleza juvenil de Eudora, y organizó una fiesta a la que fué invitado todo el pueblo. Sigor se colocó en una plataforma con la princesa a un lado y la falsa novia al otro.

Entonces el anciano rey dijo a la sirvienta:

—¿Qué harías tú con una persona que engañara a su ama hasta privarla de su nombre y de sus bienes?

—Haría que la metieran en una cuba de aceite hirviendo —declaró Martina, quien no había reconocido a la princesa cubierta con un espeso velo.

—Tú eres esa mujer —exclamó el rey Mazor—. Tú has dictado tu propio castigo y será ejecutado al pie de la letra.

Pero la gentil princesa Eudora obtuvo el perdón de la culpable, y algunos días después se celebró la boda del príncipe Sigor con la Guardadora de Gansos.



CORENTIN DETECTIVE

CAPITULO VIII.—EN LA GRANJA DE DOÑA PATRICIA





1. Después del desayuno, el coronel Turri dijo a sus amiguitos: "—Ahora voy a conducirles a una granja regentada por una dama que se ocupa de los niños abandonados". Media hora después el auto se detenía frente a la morada de doña Patricia. "—Te traigo a estos niños, que necesitan reposo", dijo el coronel.





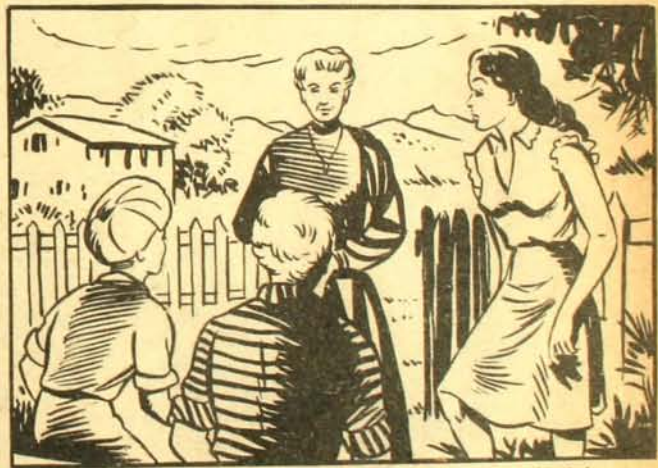
2. Doña Patricia acogió a sus nuevos pupilos. "—Se los confío, esperando que usted será una verdadera madre para estos tres huérfanos", prosiguió el coronel Turri. Los tres aventureros pasaron en la granja una semana, pero Kim comenzó a sentir nostalgia y bostezando dijo: "—Me aburro como una ostra".





3. "—Son buenos el reposo y la tranquilidad —asintió Corentín—, pero nosotros estamos acostumbrados a las aventuras. Doña Patricia piensa mandarnos a la escuela. ¡Qué horror!" "—A mí tampoco me gusta esta vida campesina y monótona —dijo Irma—, pero doña Patricia es tan buena y siempre parece tan triste."





4. Irma refirió a Corentín y a Kim que con frecuencia la había visto llorar. "—Chit, ahí viene doña Patricia", murmuró Corentín. La buena señora acarició a sus protegidos, y el incorregible Kim le preguntó: "—¿Es cierto que usted está triste y llora cuando no la ven, doña Patricia?"

CORENTIN



5. "—Las personas mayores siempre tenemos penas", respondió doña Patricia, acariciando a Kim. En seguida, la dama preguntó a Irma: "—¿Ha traído el correo una carta para mí?" "—Sí, señora —expresó Irma—. La dejé en su mesa." "—Buenas noches, niñitos —dijo doña Patricia—. Que duerman bien."



6. "—¿Está usted enferma, señora?", preguntó Irma, al advertir la tremenda palidez de su protectora. "—Un poco de cansancio nada más", replicó doña Patricia. "—Irma —murmuró Corentín—, algo le ocurre a doña Patricia. ¿Viste cómo se demudó cuando tú le dijiste que había llegado una carta? Sigámosla."

DETECTIVE



7. "—No sean curiosos —indicó Irma—. Doña Patricia es una anciana y seguramente caminó mucho esta tarde." Sin embargo, los tres niños se escurrieron hasta la ventana y observaron desde fuera el aposento de la dama. De pronto oyeron un grito estridente. "—Algo le ocurre a la señora", dijo Irma.



8. Al entrar en la habitación vieron que doña Patricia yacía inanimada en el suelo. "—Se ha desmayado después de leer la carta", balbuceó Irma. "—¿Estará muerta?", preguntó Kim. Irma se apresuró a levantar la cabeza de doña Patricia y dijo a Corentín: "—Trae un poco de agua fría para humedecer sus sienes".

(CONCLUIRA)

EL SECRETO de la GITANA



CAPITULO IV.—El retrato de la hermosa gitana.

RESUMEN: Ilona, hija del marqués de Kanisza, regresa a Hungría, su país natal, después de haber pasado su infancia en un colegio parisiense. A orillas del Danubio, Ilona divisa un campamento de gitanos y se siente atraída por ellos. En el regio castillo húngaro es recibida por Matilde, una anciana, hermana de su padre, que le da una fría y humillante acogida. Ilona busca por todas partes algún retrato de su madre. Ante la visible hostilidad de Matilde, Ilona se rebela y desea huir. Sólo su padre es afectuoso con ella, pero nunca le habla de su madre. Un día Ilona se deja ver la suerte por una vieja gitana, quien le dice que será reina.

Transcurrió una quincena en medio de una atroz nostalgia para Ilona.

Aun los huéspedes que honraban la mesa del marqués de Kanisza comenzaban a retirarse. El tiempo primaveral les instaba a las cacerías, que constituyen una verdadera pasión para los húngaros.

Cada vez que Ilona pedía permiso para ir a la ciudad o a los cercanos villorrios, la tía Matilde se oponía con diversos y nimios pretextos.

El parque era su único refugio. Sola con un libro o con una obra de mano, la niña se evadía de la prisión paternal.

Un día que Ilona caminaba por la centésima vez en las avenidas del solitario parque, atrajo su atención el crujir de las hojas tras un arbusto.

Entonces oyó una voz que murmuraba quedamente:

—Ilona, ¿estás sola?

—Sí —respondió, muy intrigada, la niña.

La voz prosiguió:

—Acércate y ven a colocarte junto al muro.

Ilona dió una mirada hacia atrás, a fin de cerciorarse de que nadie la espiaba, y entró en la espesura.

Al ver a la vieja gitana que le vió la suerte, Ilona exclamó:

—¿Es usted?

—No te asustes, mi reina —dijo la vieja gitana—. ¿Por qué no has vuelto a la pradera?
—Mi caballo alazán está enfermo —expresó la niña—. ¿Para qué me quieres?
—Dame tu mano, mi linda, y verás.
Con cierta repulsión, Ilona tendió su mano a la gitana, quien la apretó con sus huesudos y arrugados dedos.
—Tu piel es morena como tu sangre —dijo la gitana—. Por tus venas corre sangre roja, linda niña.
Ilona tembló de espanto, y la vieja le acarició la mano para apaciguarla.
Los ojos negros de la gitana la miraban fijamente hasta darle vértigos.
—Tú has nacido para reinar —prosiguió la mujer—. Tu sangre no es la de ellos. Abandona esta casa que no es la tuya y anda a reunirte con tu pueblo, que te espera a través de los caminos del mundo. Sobre tu cabeza reposa una corona, la más bella y la más brillante.
La voz de la gitana era dulce y persuasiva. Ilona comprendió que algo grave iba a revelarle esa mujer.



—Tú serás nuestra reina, niña linda —decía a Ilona la vieja gitana.

—Qué linda eres, mi reina —continuaba la voz—. Eres el viv retrato de ella.
Ilona se estremeció. ¿Dónde? ¿Quién le había dicho esas misma palabras?
—Vendrás con nosotros —continuaba la gitana—, a lo largo d las rutas. El vagabundear por el mundo es mejor que la vid monótona de los castillos. En los campos, las flores serán tu me jor adorno. Por la noche las estrellas serán para ti las más bella alhajas. En toda la tierra resplandecerá tu belleza mejor que en tre los muros de una prisión. Vuelve, porque ella nos abandonó y tú regresarás a ocupar su lugar. ¡Oh mi reina!, los violines so narán en tu honor, las mujeres y los niños danzarán para ti. Ven mi reina.
La mano de la gitana apretaba firmemente la de Ilona, y la niña como hipnotizada, seguía a la mujer.
Un violento aullido despertó a Ilona de su sopor. Ya no estaba junto a ella la tentadora gitana, e Ilona se encontró junto a una puerta, al fondo del parque.
La hija del marqués de Kanisza se frotó los ojos, como si despertara de un sueño.
Presurosa, volvió al castillo, y su tía Matilde, al verla, exclamó:
—Estás muy pálida, Ilona.
—Me duele la cabeza —respondió la niña.
—¿Has caminado mucho? —preguntó Matilde—. ¿Qué tienes en el brazo? Estás sangrando.
En efecto, en el brazo de Ilona se veía una pequeña cortadura, de la cual brotaba una gota de sangre.
—Sin duda me rasguñé en algún arbusto espinudo —musitó Ilona.
—¿Anduviste en la espesura del parque?
—Me acerqué a un macizo de rosas —expresó Ilona—. ¿No está permitido esto?
Ilona lo dijo con visible impertinencia, pero Matilde no reveló su enojo y expresó solamente:
—Ven, voy a curarte...
—No se dé esa molestia —indicó Ilona—; es poca cosa.
—Como tú quieras —exclamó Matilde, continuando su labor.
Al llegar a su dormitorio, Ilona examinó su pequeña herida y advirtió que tenía la forma de una diminuta cruz.
"Por lo tanto —se dijo Ilona—, mi encuentro con la gitana no ha sido un sueño. ¿Qué quería de mí esa mujer? La gitana me



Ilona se introdujo en el departamento privado de su padre.

arrastraba hacia la puerta, quería llevarme a su campamento. Es una bruja. Sus ojos me fascinaban y sus blancos dientes parecían los de un lobo voraz. ¡Qué tonta soy!"

Durante toda la tarde Ilona estuvo como en un trance.

Decidió guardar secreto sobre su extraña entrevista con la gitana, pero continuó cavilando en su espíritu.

"¿Por qué me decía la gitana que regresara a mi pueblo? Dios mío, Dios mío, ¿qué misterio se oculta en mi vida?"

La pequeña cruz fué cicatrizándose lentamente en el brazo de Ilona, quien, de miedo a que su padre la descubriera, usó mangas largas y la ocultó bajo un brazalete de oro.

Una tarde calurosa, Ilona se dirigió a la biblioteca para buscar un libro.

Contrariamente a lo habitual, la puerta estaba cerrada con llave.

"La vieja Matilde la ha cerrado a propósito para que yo no venga en busca de lectura —se dijo Ilona—. Siempre está protestando por mi afición a las novelas, que llenan la cabeza de fantasías..."

Fastidiada, decidió ir en busca de su padre para pedirle la llave de la biblioteca.

Golpeó a la puerta del escritorio, y como no obtuviera respuesta, entró allí. La sala estaba vacía.

Ilona pensó retirarse, pero impulsada por extraña curiosidad entró en el aposento solitario.

Por primera vez vió abierta una gran puerta que conducía al

departamento privado del marqués de Kanisza. Nunca había entrado allí. Un vago olor a tabaco flotaba en el aire.

No fueron los muebles los que atrajeron la atención de la curiosa niña, sino una cortina que cubría una pequeña puerta tras el gran lecho de columnas del dormitorio.

Una fuerza misteriosa atrajo a Ilona hacia aquella puerta.

Sin pensar que su padre podía venir a sorprenderla, lo cual habría sido una vergüenza para ella, Ilona avanzó hacia la pequeña puerta disimulada por el cortinaje y la abrió.

La estancia era sombría, porque las celosías estaban cerradas.

Poco a poco sus ojos se habituaron a la penumbra y divisó un diván cubierto de bellas pieles. Sobre el diván se veía un gran cuadro con el retrato de una mujer.

En la semiobscuridad Ilona no podía distinguir los rasgos del retrato.

Maquinalmente la curiosa niña cerró tras sí la pequeña puerta y, acercándose a la ventana, abrió la celosía.

Un rayo de luz iluminó la habitación. Ilona, al volver la cabeza, retuvo el grito que surgía de sus labios.

El cuadro representaba el retrato de una joven más o menos de su edad, vestida con un magnífico traje de gitana. Era morena y con lindos ojos negros.



Sobre un diván cubierto de pieles se veía el retrato de una bella gitana.

—Tú eres su vivo retrato —balbuceó la atónita Ilona.
Esas palabras de su padre resonaron con fuerza en su memoria.
—Qué linda eres, mi reina... Eres su vivo retrato —habíale dicho la vieja gitana.
Como si de sus ojos hubiera caído una negra venda, Ilona comenzó a comprender el secreto de su vida.
Era su madre la bella gitana. Esa hermosa mujer gitana tenía que ser su madre.
Ahora comprendía las misteriosas palabras de la bohemia y el temor de su padre cuando la tribu nómade la saludó al llegar al castillo. Comprendía el odio de raza que le profesaba su tía Matilde y la inconsciente repulsión de los nobles señores que visitaban su casa.
"Es por eso que todos me consideran una extraña —se dijo Ilona—, por eso me considero aquí como aprisionada. Tienen vergüenza de mí. Soy una mancha en tan noble familia."

(CONTINUARA)

Correspondencia

Jorge Guajardo Pastene.—*Usted* y todos los rancagüinos califican a esta pequeña gran revista "Simbad", como la mejor que existe en el orbe. Buen gusto tienen ustedes, ¿verdad? Trataremos de complacerles.

Néstor Lincopil, Jorge Bravo, Daniela Rubens y Jaime Bernat.—Agradecemos sus felicitaciones y esperamos que les agraden mucho las nuevas seriales "Sierpe de la Discordia" y el "Secreto de la Gitana". Elena Poirier, Nato y Lugoze se sienten muy complacidos con sus felicitaciones.

Mercedes Muñoz y Joaquín Contreras.—Será difícil que consigan esos números de "Simbad" tan atrasados, porque esta revista nunca tiene devolución y se agota semanalmente toda la edición.

Teobaldo Burgos.—Envíe el cuento que ofrece, pero sin compromiso de nuestra parte.

Grecia Gálvez.—Ya tiene otra aventura de Corentín. No me agrada dar historias tan conocidas y que están editadas en libros. Prefiero, siempre, lo original, aunque sea un trabajo mayor.

Luis Ibáñez Lagos.—La directora de "Simbad" es la misma Roxane" que usted ya conocía en otras publicaciones infantiles.

Mario Castro.—Ya se le envió lo que usted solicitaba.

María Teresa y Edith Muñoz.—Pregunten ustedes en la agencia de Empresa Editora Zig-Zag de Lautaro si conservan allí ejemplares atrasados. Igual cosa deben hacer los niños de otras localidades, pues como les he dicho el "Simbad" es revista que se agota cada semana. Más le valiera suscribirse a "Simbad". Anual, son $ 140.—, y semestral, $ 90.—

ROXANE.

Ponchito


AHORA NO VENDRÁN LOS PÁJAROS A COMERSE LA SIEMBRA
¡BAH! ¡NO LE TIENEN MIEDO AL ESPANTAPÁJAROS!
¡ME COLOCARÉ YO DE MONIGOTE!
¡VEREMOS SI SE ATREVEN A VENIR!

por nato


ZZZZ
ZZZZ
¡MMM! ESE ESPANTAPÁJAROS TIENE MUY BUENA ROPA!
ZZZZ
ZZZZ
¡TENGO QUE IRME RÁPIDO! ¡EL DUEÑO PUEDE ESTAR POR AQUÍ CERCA!
NATO.
ZZZZ
ZZZZ



El Hijo del Lobo.



CAPITULO XX.—Un salvaje entra en el castillo de Logres.

El sitio de la ciudad de Logres continuaba con gran sobresalto para el conde de Logres y los moradores de la fortaleza sitiada. Ya las hordas de Erico habían asesinado a todos los nobles señores que intentaron huir en las primeras horas de peligro y también habían muerto a los centinelas de avanzada.

Dentro de los altos muros de la casi inexpugnable fortaleza de

El salvaje nórdico había descubierto al Hijo del Lobo.



Despavorido, Tristán huyó hacia la fortaleza de Logres.





Tristán quiso gritar, pero la voz se le ahogó en la garganta.



El gigante rompió los fierros de la esclusa con una sola mano.

Logres quedaban los catorce alumnos de la Escuela de Caballería, algunos escuderos y vasallos fieles al conde de Logres.

Tristán, el Hijo del Lobo, sintiéndose como rata prisionera en una jaula, decidió salir del castillo.

Con este fin se hundió en las aguas del estanque que circundaba la fortaleza y salió al bosque.

Allí divisó un compacto ejército de nórdicos que avanzaban en filas cerradas.

Desde su observatorio, en lo más tupido del bosque, el Hijo del Lobo descubrió a un individuo cubierto con piel



El muchacho corría hacia los estanques, siempre seguido del salvaje.

de zorro, el cual avanzaba sigilosamente en dirección a los estanques que rodeaban la fortaleza de Logres.
El nórdico utilizaba la sombra de un árbol o de una roca para su avance hacia los muros del castillo. Ya había descubierto a Tristán, que también huía, y si no usó de su jabalina, fué porque



La luz de una lámpara al aceite deslumbró al salvaje.



Tristán había caído inerte casi a los pies del nórdico.

deseaba seguirle la pista y ver por dónde penetraba en la fortaleza.
Acosado como una liebre, el Hijo del Lobo llegó por fin a las murallas de Logres.
Brillaban los fuegos con que los centinelas alumbraban las almenas, pero en los estanques la obscuridad era absoluta. Tristán

uardaba la atroz visión de ese ejército de bárbaros que avanza-
a por la pradera y anhelaba llegar al castillo.
Entretanto, el salvaje nórdico perseguía su silenciosa caza. Como
u gigantesco cuerpo no pudo pasar por las rejas de las esclusas,
on una sola mano las torció como si fueran de paja.
Tristán corría desaforadamente. Quería gritar, dar la voz de alar-
na, mas de su garganta no surgía un solo grito. Todos los sitia-
los estaban cuidando las murallas exteriores y nadie podría es-
ucharle aún cuando lanzara alaridos.
En ese momento el bárbaro había remontado hasta la base de la
ortaleza y se detenía haciendo pantalla con su mano para ad-
mirar el fulgor de una lámpara al aceite que brillaba en el subterráneo.
El cuerpo del gigante bloqueaba la entrada al sótano y el Hijo del Lobo, exhausto por su larga carrera, se deslizó inánime a lo largo de las baldosas.
Entretanto, el bárbaro, fascinado por la oscilante llama, parecía no ver otra cosa que esa luz para él desconocida.
De pronto la voz de un centinela nocturno retumbó en los muros y el gigante apartó el cuerpo inerte de Tristán y se dirigió al patio inundado por la luz de la luna.

(CONTINUARA)

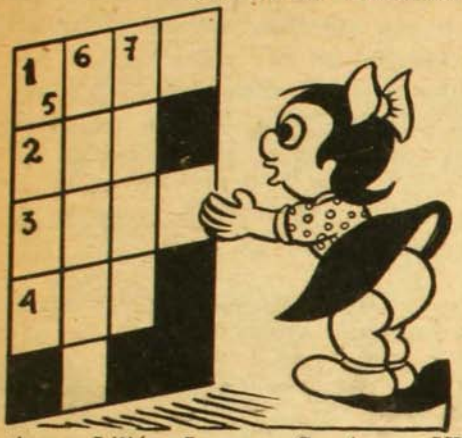
Parecía que el salvaje nunca hubiera visto una luz tan resplandeciente.



¿Adivina Ud?



CONCURSO PELUSITA APRENDE A LEER



Horizontales: 1, quebrado, rasgado; 2, anillo; 3, lista de comidas; 4, planta de olor fuerte, que se usa como condimento. Verticales: 5, parte de un árbol; 6, órgano externo del oído; 7, grado del sonido, del color, etc. Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 163.—La princesa del cuento perdió sus trenzas. Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD".—Eduardo Bilbao, Máfil; Norma del Carmen Zamora, Santiago; Lilián Loezar, Santiago. UNA LAPICERA FUENTE.—Leonidas Carrasco, Concepción; Elsa Muñoz, Rancagua; Claudina Sobarzo, Ercilla. UNA PELOTA GOMA.—Ana Ibarra, Los Andes; América Herrera, Santiago; Octavio Cádiz, Santiago; Antonio Ascuy, Rengo; Alfonso Núñez, Santiago; Renato Ramos, Llo-Lleo. UNA CARPETA ESQUELAS.—Georgina Magerkusth, Valparaíso; Patricia Marchant, Constitución; Gladys Alabarse, La Paz; René Salinas, Santiago; Miguel Araneda, Nueva Imperial; Luis Alberto Cares, Santiago. UNA LIBRETA APUNTES.—Julia Facuse, Los Andes; Carlos Toro, Talca; Osvaldo Rodríguez, Los Angeles; Alberto Dentice, Santiago; Máxima Villalobos, Valparaíso; Manuel Fernández, Santiago. UN LIBRO.—Sonia Pérez, Curicó; María Ovalle, Santiago; Ana Villarroel, Graneros; Carmen Villegas, Bulnes; María Teresa Jara, Chiguayante; Juana Contador, Santiago; Liliana Jacques, Traiguén; Ana María Figueroa, Curicó; María Elsa Albornoz, Santiago; Rosa Gómez, Santiago. UN VITALMIN.—Enrique D'Apremont, Santiago; María Isabel Balbontín, Santiago; Elsa Andrade, Quillota; Carmen Ibarra, Los Andes; Nelson Santander, Santiago; Julia Moraga, Santiago; Pedro Marambio, San Vicente; Carlos Bulnes, Santiago; Gustavo Boethe, San Fernando; Sandra de la Muerte Doren, Los Angeles.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 165

Pelusita aprende a leer.

¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1952.


¡BUAAA! ¡BUAAA!
¡ÉL ES EL ABUSADOR!
¿QUE TE PASA?
¿POR QUÉ LLORAS?
¡UN VIEJO COBARDE ME PEGÓ!
¿CUÁL?
¡ES ESE QUE VA AHÍ CON EL PERRO GRANDE!
¡TOMA!
PAF
¡NO PERMITO QUE NADIE LE DIGA VIEJO COBARDE A MI PAPÁ!
LUGOZE

PELUSITA POR NATO














Simbad
EL PRINCIPE ACMED
N.º 166
$ 3.—
BERNA POIRIER



CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGIN

Simbad

AÑO IV - 5-XI-1952 - N.º 166

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,65
Semestral: US. $ 0,90
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

La SIERPE de la DISCORDIA

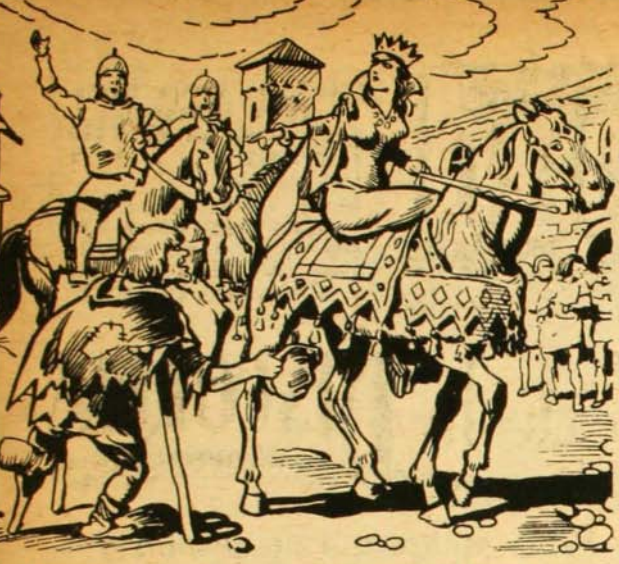
CAPITULO IV.—Fenia maltrata a un mendigo.

La reina madre, al morir, dejó el reino de Tulia a sus dos hijos gemelos, Primo y Segundo.

Ambos hermanos eran tan unidos que jamás reinaría entre ellos la discordia. Sus súbditos adoraban a los jóvenes príncipes y el



El rey Segundo pidió su mano a la princesa Femia.



Femia, apodada la "Ortiga", insultó a un mendigo inválido.

viejo primer ministro era como un padre para Primo y Segundo. Cuando estuvieron en edad de escoger esposa, los reyes decidieron salir a buscarlas y escogerlas por su propia voluntad.

Primo eligió a una joven tan bella y buena como un ángel.

La escogida por el rey Primo, llamada Iris, era oriunda de humilde cuna, hija de un labriego y dotada de grandes virtudes.

El rey Segundo, que había ido por distinto camino, pidió hospitalidad, una noche de tormenta, en un castillo montañés y fué recibido por el portero, que le dió pésimas referencias de sus moradoras.

—Tan mala es la princesa Femia —hábíale dicho el portero—, que todos la llaman "Ortiga". Su madre es aún peor que ella.

El rey Segundo se dejó engatusar por esas mujeres. La vieja le ofreció un vino con polvos mágicos para el amor, y el rey Segundo, con lamentable imprudencia y bajo los efectos de la droga, dijo a Femia:

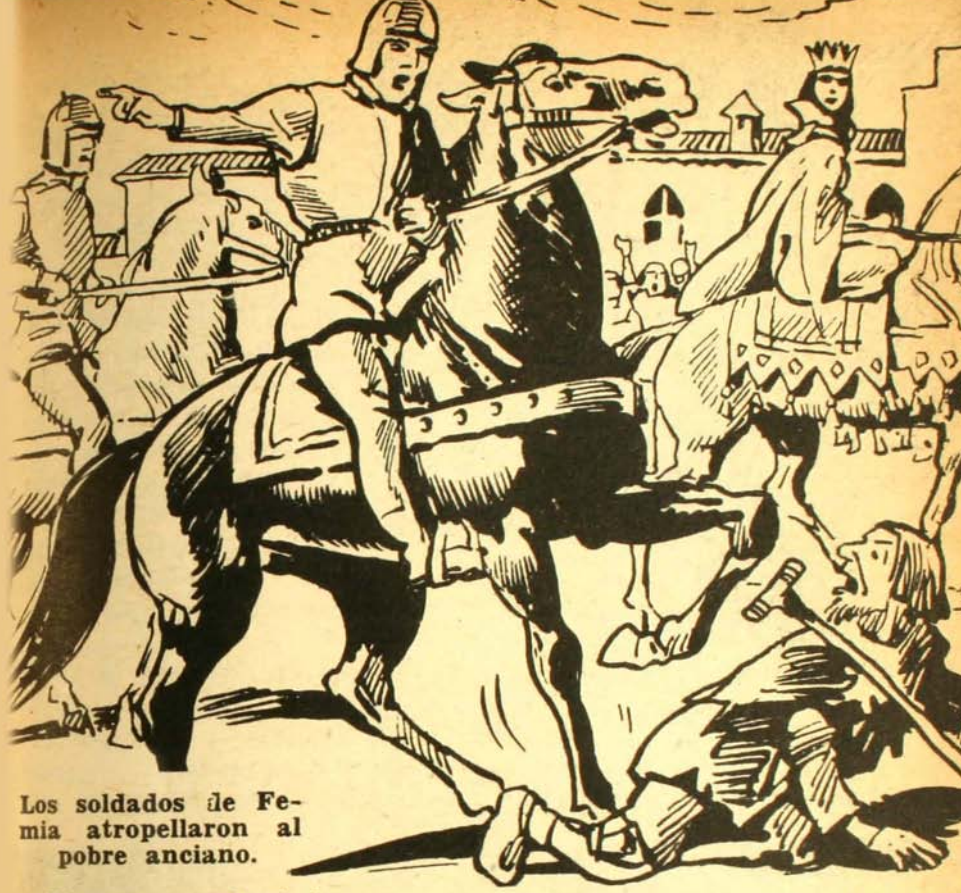
—Princesa, vuestra hermosura me ha hechizado. ¿Queréis ser mi esposa y reina?

—Acepto con alegría —respondió Femia.

Primo y Segundo entraron en la capital del reino de Tulia con sus lindas novias. Las bodas fueron maravillosas y el pueblo vitoreó a sus reyes y reinas.

Pocos días después de la boda, Femia (apodada la "Ortiga") comenzó a hostilizar a todo el mundo. Maltrataba a los criados, humillaba a la buena y bella reina Iris y sometía a sus caprichos al rey Segundo.

Cierta vez la reina Femia paseaba a caballo por la ciudad, cuando se le acercó un pobre anciano solicitando una limosna.



Los soldados de Femia atropellaron al pobre anciano.

—Siervos —ordenó la "Ortiga"—, arrojad lejos de aquí a ese mendigo.

Los soldados se acercaron al menesteroso y con las patas de sus caballos le maltrataron, ordenándole que se apartara de la vía.

—Piedad, piedad —gemía el mendigo—. Soy un inválido y siempre me protegía nuestra reina.

El primer ministro presentaba documentos para la firma de los reyes.





—Segundo, ¿por qué eres tan malo ahora? —preguntó el rey Primo.

Algunos vasallos se acercaron al mendigo cruelmente atacado por la guardia de la reina Femia y comenzaron a vociferar:

—Ven con nosotros, anciano —dijeron al mendigo—. Llevaremos nuestras quejas al rey Primo, que es tan bueno con sus siervos.

Entretanto el primer ministro presentaba a la consideración de los dos reyes algunos asuntos urgentes que resolver y firmar.

—Yo no firmo —declaró Segundo—. Poco me importa la amistad con otros países.

—Dime, Segundo —expresó Primo, con estupor—, ¿por qué has cambiado tanto? Antes eras bondadoso y asequible.

—Porque así me da la gana —respondió el rey Segundo, que



El mendigo y sus protectores presentaron sus quejas al rey Primo.

aba bajo el influjo malévolo de la rei-
Femia.

ese momento varios siervos pidieron diencia al rey Primo, quien permitió e entraran en la sala del trono.

¿Qué se os ofrece, amigos? —pregun-es el rey Primo.

La reina Femia me ha maltratado — presó el mendigo—, y vengo a pedir sticia.

¿Cómo te atreves a acusar a la reina mia, mi esposa? —gritó, furibundo, el y Segundo—. Salid todos de aquí.

Aguarda, Segundo —intervino Primo—. ellos tienen razón, haremos justicia.

reina Femia escuchaba tras la puerta.

Qué insolencia —murmuró la bien mbrada "Ortiga"—. Ya me vengaré de dos esos mendigos y también del rey Primo y de su estúpida ujer.



La pérfida reina Femia escuchaba tras la puerta.

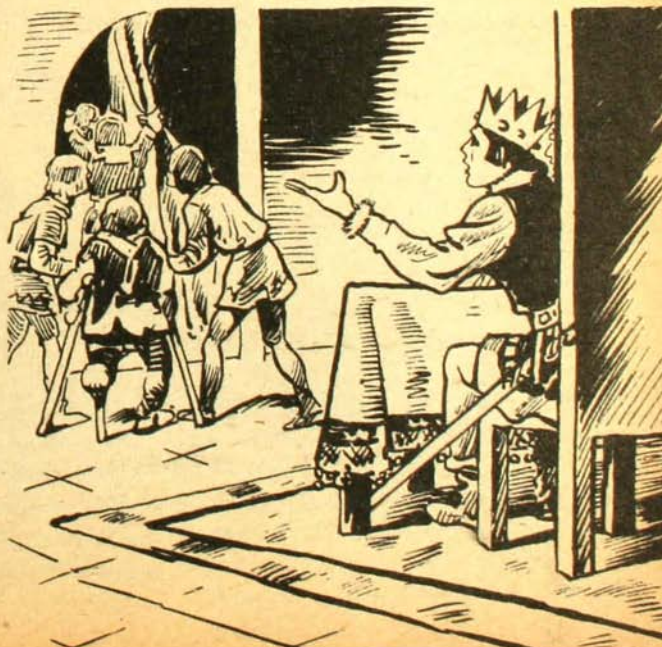
ntretanto, el rey rimo, que tenía bas-nte carácter para cerse respetar, dijo mendigo inválido a sus acompañan-s:

Idos en paz. Yo reglaré este asunto el tribunal os hará sticia.

Maldito sea —vo-feró la reina Fe-ia—. Mis artes má-cas caerán sobre e imbécil hermano Segundo.

(CONTINUARA)

—Idos en paz —dijo Primo a sus siervos—, se hará justicia.



ANDANZAS DE SAMUEL BILL

CAPITULO IX.—BEPO LLEGA CON UNA PATRULLA POLICIAL



1. Samuel Bill, sin abandonar sus dos pistolas, sentía que un peligro grave se avecinaba en las tinieblas de la noche. Su vista de gato le hizo ver una sombra que se arrastraba junto a la cabaña y disparó. Un aullido de dolor y la fuga de los otros bandidos, le hizo comprender que sus disparos habían surtido efecto.



2. El bandido Porras no insistió más, porque ya había perdido varios hombres. Juanito y Samuel Bill vigilaban atentamente. De pronto, Porras tuvo una macabra idea. Colocó en una honda bolas de pólvora explosiva y las lanzó como proyectiles sobre el techo de totora de la cabaña.



3. "—Están incendiando la casa —dijo Samuel Bill—, y como hay aquí barriles con pólvora, vamos a reventar como cohetes." "¿Qué haremos?", preguntó el pobre Juanito. "—Salir a enfrentarnos con los bandidos —declaró Samuel Bill—. Ya sabemos lo que se nos espera, muchacho."



4. Con el crepitar del incendio Samuel y Juanito ignoraban lo que ocurría fuera de la cabaña. Un piquete de soldados avanzaba por los desfiladeros. "—No podemos abandonar a Clark", dijo, de súbito, Samuel Bill. Conservándole las ligaduras, arrastraron a Clark fuera de la cabaña.

ANDANZAS DE SAMUEL BILL





5. Grande fué el estupor de Samuel Bill al salir de la casa incendiada ante el espectáculo que se les presentaba. El bandido Porras y todos sus secuaces, con las manos en alto, eran desarmados por el viejo Bepo y soldados del Arizona. ¿Cómo pudo ocurrir un milagro semejante?





6. Samuel Bill y Juanito dejaron caer al suelo al gigante Clark el cual fué también aprisionado por los soldados. "—Viejo Bepo —exclamó Samuel Bill, abrazando a su amigo—. Yo que había renegado tanto por tu desaparición a la hora del peligro." "—Les voy a contar toda esta peligrosa historia", dijo el viejo Bepo.





7. "—Cuando divisé al bandido Porras con su séquito avanzando por el desfiladero, pensé que estábamos perdidos, y en vez de volver a la cabaña, me deslicé por entre las rocas y esperé la noche para salir de allí. En la obscuridad nadie se reconocía y todas las miradas estaban puestas en la cabaña."





8. "—Aprovechando el descuido de los bandidos —prosiguió el viejo Bepo—, monté un caballo y corrí durante largas horas hasta el cuartel de policía de Arizona. Lo demás ya lo sabes." Entretanto el bandido Porras decía al oficial de carabineros. "—Juan también es un bandido. Le robó tres vacas al ranchero Hatkins."

(CONTINUARA)



EL PRINCIPE ACMED

PRIMERA PARTE.—Tres novios para Nurinarda

En el vasto imperio de la India hubo una vez un poderoso sultán que tenía tres hijos que poseían la gallardía y la inteligencia de su padre y la belleza y bondad de la sultana.

Cuando los príncipes eran muy pequeños, el sultán Almor, aun joven y viudo, recogió a una niña, hija de su hermana, que había quedado huérfana y la cuidó como si hubiera sido su propia hija.

Nurinarda, pues tal era el nombre de la sobrina, se transformó en una beldad encantadora.

Sus primos Husan, Alí y Acmed habíanse enamorado locamente de ella y soñaban los tres con hacerla su esposa. Pero como era imposible que se casara con los tres al mismo tiempo, los hermanos decidieron pedir consejo a su padre, el sultán Almor.

—Yo creo que nadie mejor que la propia Nurinarda es la llamada a decidir a quién escoge por esposo —declaró el sabio sultán.

Interrogada Nurinarda, al punto respondió:

—¡Oh mi amado tío y señor! Yo amo por igual a mis tres primos, y cualquiera de ellos que quisiera hacerme su esposa, me honraría muchísimo.

El sultán pasó tres días con sus noches sumido en hondas meditaciones, y en la mañana del cuarto día convocó a sus tres hijos: Husan el mayor; Alí, el segundo, y Acmed, el menor.

—Hijos míos, como no es posible que dé a ninguno de vosotros la preferencia, he resuelto lo siguiente: partiréis los tres a recorrer el mundo durante un año, con el fin de ver lo más notable que hay sobre la superficie terrestre. Cada cual escogerá un objeto que sea un verdadero prodigio, y transcurrido el año de prueba, el que presente el objeto más maravilloso será el esposo de Nurinarda. Os daré todo el dinero que necesitéis y viajaréis bajo el más riguroso incógnito.

Los príncipes aceptaron la proposición del sultán Almor, y al día siguiente el príncipe Husan, el mayor, fuése hacia la derecha; Alí, el segundo, hacia la izquierda, y Acmed, el menor, hacia adelante.

Husan unióse a una caravana que marchaba rumbo a Biznagar, a cuya ciudad arribó cuatro meses después.

Día tras día anduvo recorriendo la gran ciudad, pero no pudo hallar a su juicio algo que pudiera reputarse como portentoso.

Una mañana que estaba de visita en la tienda de un mercader presentóse un hombre cargado con una alfombra de grandes dimensiones, de tejido basto y con mil colores combinado con pésimo gusto.

El príncipe consideró que la alfombra no era un objeto prodigioso y dijo al vendedor:

—No comprendo qué mérito pueda tener esa alfombra para que tú pidas por ella cincuenta bolsas de oro.

—Si supieras la virtud que posee —contestó el vendedor—, no te parecería excesivo el precio que por ella pido, pues has de saber que con esta alfombra puede uno trasladarse de un lugar a otro por más distante que sea.

—Si fuera así —dijo el príncipe Husan—, no sólo te compraría la alfombra, sino que te daría una excelente gratificación.

—Puedes convencerte por ti mismo —dijo el vendedor—. Te propon-

Estremecióse la alfombra levemente y, en un abrir y cerrar de ojos, el vendedor y Husan volaron por el aire.



go llevarte hasta donde quieras, si en verdad deseas comprar esta alfombra.
Aceptó Husan la propuesta. Pusiéronse el vendedor y el príncipe en el centro de la alfombra, y Husan expresó en voz alta dónde quería dirigirse. Estremecióse la alfombra lentamente y en un abrir y cerrar de ojos Husan hallóse en medio del aposento de la posada donde se hospedaba y sentado sobre la alfombra con el vendedor al lado.
Contentísimo el príncipe Husan entregó las cincuenta bolsas de oro y, además, otras dos de gratificación.
Dueño ya del objeto maravilloso, Husán lo único que debía hacer era esperar a que se cumpliera un año para ir a reunirse con sus hermanos. Terminado el plazo, el príncipe Husan se sentó en la alfombra mágica y se dirigió al sitio donde debía encontrarse con los príncipes Alí y Acmed.
Alí, el segundo de los príncipes, también se había unido a una caravana que se dirigía hacia Persia. Llegado felizmente a Chiraz, comenzó a recorrer tiendas y mercados, maravillándose de los miles de objetos de arte que allí se exhibían.
Pero en medio de ese conjunto de cosas maravillosas, ninguna encontró que fuera calificada como extraordinaria.
Así fueron transcurriendo los días, hasta que una tarde atrajo su atención un hombre que, alzando en su mano un tubo de marfil pregonaba:
—¿Quién lo compra? ¿Quién lo quiere? Lo vendo por cincuenta bolsas de oro.
El príncipe Alí, intrigado, llamó al vendedor y le preguntó qué particularidad tenía ese mísero tubo de marfil para justificar un precio tan exorbitante.
—Este no es un simple tubo de marfil —dijo el mercader—. Es el "TELESCOPIO DE LOS DESEOS", y con él se puede mirar en el acto cuanto se desee.
Alí asombróse de esto y pensó que allí estaba el objeto que podría hacerle el feliz esposo de Nurinarda.
—Si es cierto lo que afirmas —dijo Alí al vendedor—, yo te lo compraré.
—Puedes probarlo —expresó el mercader—. Mira por él y desea alguna cosa y en el acto la tendrás ante los ojos.
Hízolo así el príncipe y, habiendo deseado ver a su padre, lo vió al instante, sano y bueno. En seguida aplicó el otro ojo al ex

tremo del telescopio y deseó ver a su prima Nurinarda, la cual se le apareció más hermosa que nunca y rodeada de sus esclavas.

Dando por supuesto que sus hermanos no podían hallar nada que pudiera compararse con el "TELESCOPIO DE LOS DESEOS", Alí se puso en camino hacia la India, y el día fijado para el encuentro llegó a la posada donde pocas horas antes había arribado su hermano Husan.

Entretanto, Acmed, el menor de los príncipes, había caminado en línea recta y tras muchos días de viaje llegó al reino de Samarcanda, que, como sabemos, era un país de maravillas.



—Esto no es un simple tubo de marfil —dijo el vendedor—, es el "Telescopio de los Deseos".

Anda que andarás, Acmed recorrió la ciudad de cabo a rabo, pero no halló ningún objeto verdaderamente extraordinario.

Un día que estaba completamente desmoralizado y pensando que sólo le restaba emprender el regreso y renunciar a ser el esposo de su prima Nurinarda, acertó a pasar junto a su ventana un hombre pregonando la venta de una manzana que levantaba a la altura de su cabeza.

—¿Quién la compra? ¿Quién la quiere? La vendo por cincuenta bolsas de oro.

"¿Está loco ese hombre? —pensó el príncipe Acmed—. ¿Quién querrá comprar por tan fabulosa cantidad una simple manzana?" Sin embargo, llamó al hombre pregonero y le preguntó cómo era

posible que pidiera cincuenta bolsas de oro por una manzana cuando había tantas en el reino.

—Te equivocas —dijo el vendedor—. Esta no es una simple manzana, sino una fruta maravillosa que sana todas las dolencias con sólo aspirar su aroma.

—Si eso es cierto, yo te la compraré —dijo Acmed—, pero tienes que demostrarme su virtud.

—Ven conmigo —expresó el mercader—. Justamente voy a visitar a un amigo en trance de muerte.

Llegaron a la casa del enfermo y no hacía falta ser médico para comprender que no tenía salvación.

El príncipe Acmed cogió la manzana mágica, la aplicó a las narices del moribundo e inmediatamente su cadavérica faz adquirió los colores de la salud y saltó del lecho ágil y fuerte.



Cogió el príncipe Acmed la manzana mágica y sanó a un moribundo.

Acmed, temiendo una superchería, exigió que hicieran otras dos pruebas que dieron el mismo resultado maravilloso.

En vista de esto, el príncipe Acmed entregó al vendedor las cincuenta bolsas con oro y, alegre en extremo, púsose en camino y llegó a la posada donde debía encontrarse con sus hermanos Husan y Alí.

Como es natural, después de contarse sus aventuras, cada cual exhibió los objetos que había adquirido durante su viaje.

Husán mostró la alfombra, pero se negó a explicarles que podía volar en ella.

—Yo no soy tan misterioso —insinuó Alí—. He traído este lente de marfil, que es nada menos que el "TELESCOPIO DE LOS DESEOS". Mirando a través de él puede verse lo que uno quiere ver. Husan, haz tú la prueba.

Cogió Husan el tubo de marfil y deseó ver a Nurinarda. Inmediatamente gritó desesperado:

—Hermanos, nuestras fatigas han sido en vano. Nurinarda se encuentra en su lecho a punto de lanzar el último suspiro.

Alí y Acmed también miraron por el tubo y comprobaron que la bella princesa estaba moribunda.

Husan y Alí se mesaban los cabellos con desesperación, pero Acmed exclamó:

—Yo salvaré a nuestra bella prima. De mis viajes he traído esta manzana maravillosa que cura todas las dolencias. Apresurémonos a llegar al palacio de nuestro padre el sultán Almor.

—Si sólo se trata de llegar a tiempo, subamos en mi alfombra mágica —declaró Husan—. Venid los dos; nos sentaremos en ella y en un segundo entraremos en la alcoba donde se está muriendo Nurinarda.

Apenas se sentaron en la alfombra mágica, ésta comenzó a elevarse y pronto se hallaron en la habitación de Nurinarda.

Acmed aproximó a la nariz de la moribunda la manzana mágica, y al cabo de un instante coloreáronse las mejillas de Nurinarda y casi en seguida se incorporó diciendo:

—¡Qué vergüenza! Tan tarde y aún estoy en cama.

¿Cuál de los príncipes habría merecido la mano de la bella prima?

Lo sabremos en la segunda parte de este cuento de LAS MIL Y UNA NOCHES.

(CONTINUARA)

CORENTIN DETECTIVE

CAPITULO IX.—LA TR HISTORIA DE PATRICIA



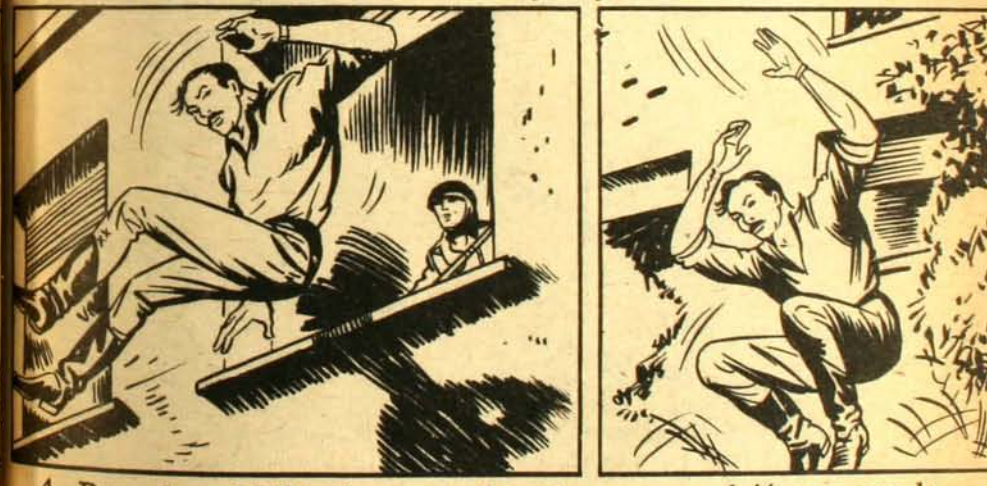
1. Corentín, Irma y Kim se apresuraron a atender a doña Patricia, quien había sufrido un desmayo después de leer una carta. Por fin la dama recobró los sentidos y balbuceó: "—Me siento mejor..." "—¿Qué le ocurre? —preguntó Irma—. ¿Podríamos ayudarla nosotros?" "—Nadie puede ayudarme", suspiró Patricia.



2. "—Han condenado a muerte a mi hijo Daniel", explicó la anciana. Daniel Sasi era un ingeniero técnico que tenía a su cargo los planos del ejército. Un día se le acercó un mecánico y le ofreció dinero por la venta de esos planos estratégicos. "—No", respondió Daniel. Por desgracia, un oficial sospechó de Daniel.



3. Poco tiempo después quedó en evidencia que el mecánico Regol era un espía. Un día el jefe del regimiento fué a sorprenderle a su casa y le vió copiando planos. "—Dése por arrestado, Regol", dijeron los militares al espía. "—Un momento —respondió Regol—. Voy a colocarme mi vestón y voy con ustedes."



4. Pero el espía Regol, en vez de entregarse, se dejó caer por la ventana y, a riesgo de quebrarse los huesos, se lanzó al vacío. "—Disparen contra ese miserable que ha traicionado a la patria", ordenaba el comandante. Pero ya Regol había logrado huir lejos y se ocultaba en una cabaña del bosque.



5. Los soldados continuaron persiguiendo al espía Regol, y cierta vez le vieron entrando en su cabaña. El comandante ordenó que un piquete de soldados echara abajo la puerta de la cabaña. Así lo hicieron los soldados. Pero, contrariamente a lo temido, Regol no salió a defenderse ni disparó contra sus captores.



6. Ya dentro de la cabaña descubrieron el cadáver de Regol apuñalado. "—Miren —dijo un soldado—, aún conserva en su mano un lápiz. Ha escrito algo antes de expirar." En efecto, Regol había escrito lo siguiente: *"Mi asesino es Dan..."* "—Y ésta es la terrible historia de mi pobre hijo", expresó la anciana Patricia.



7. "—Los militares acusaron a mi hijo Daniel de complicidad en el espionaje de Regol y del asesinato de ese hombre —prosiguió Patricia—, pero yo podría probar que mi hijo no estaba en esa ciudad cuando ocurrió la muerte de Regol. Mi salud me impide ir hasta la lejana ciudad donde enjuician a Daniel."



8. "—Nosotros iremos", declaró Corentín. Y así fué que con las pruebas salvadoras se probó la inocencia de Daniel. Irma fué adoptada como hija por doña Patricia. Kim regresó a la India. Transcurrió algún tiempo, y con el dinero que le había dado la señora Patricia, Corentín decidió hacerse pirata.

En el próximo número: CORENTIN, EL PIRATA INVENCIBLE

EL SECRETO de la GITANA



CAPITULO V.—Ilona huye con la vieja gitana.

RESUMEN: Ilona, hija del marqués de Kanisza, regresa a Hungría, su país natal, después de haber pasado su infancia en un colegio parisiense. A orillas del Danubio, Ilona divisa un campamento de gitanos y se siente atraída por ellos. En el regio castillo húngaro es recibida por Matilde, una anciana, hermana de su padre, que le da una fría y humillante acogida. Ilona busca por todas partes algún retrato de su madre. Ante la visible hostilidad de Matilde, Ilona se rebela y desea huir. Sólo su padre es afectuoso con ella, pero nunca le habla de su madre. Un día Ilona se deja ver la suerte por una vieja gitana, quien le dice que será reina. Poco tiempo después, la vieja gitana visita a Ilona en un rincón del parque y la insta a partir con ella. Un día la niña descubre en el departamento de su padre un retrato de gitana y comprende que es el de su madre.

Ilona cayó presa de incontenible emoción sobre el diván situado bajo el gran retrato de la hermosa gitana y, bañada en lágrimas, exclamó:

—Madre mía, madre querida, yo no tengo vergüenza de ser tu hija. Tus hermanos de raza se sienten orgullosos de mí. Me iré con ellos allá donde tú viviste los primeros años de tu juventud. Te lo juro, mamá, nunca me avergonzaré de ser tu hija.

Ilona se levantó del diván cubierto de pieles y con sus ojos aún húmedos de lágrimas vió que su madre le sonreía.

Esa habitación secreta era el santuario de su padre. Allí debía acudir el severo marqués de Kanisza a desahogar sus íntimas congojas.

A pesar del temor de ser sorprendida, Ilona cedió al deseo de tocar todas esas cosas que la mano de su madre había acariciado. Sobre una silla junto al lecho, Ilona descubrió un traje de gitana. Era la misma indumentaria del retrato.

La hija del marqués de Kanisza lo cogió en sus brazos y, dando una última mirada al cuadro y a la estancia, salió furtivamente como una ladrona llevándose el vestido de su madre.

Latíale violentamente el corazón y sus mejillas se coloreaban cuando subió a prisa la escalera del palacio.

Su primer movimiento fué ocultar el traje multicolor, pero cayó sin fuerzas sobre su cama y permaneció allí aletargada.

El tictac del reloj marcaba el tiempo con su habitual monotonía y como si nada hubiera cambiado. Los muebles estaban en su sitio; por la ventana penetraba el sol poniente.

Nada de esto interesaba ya a Ilona.

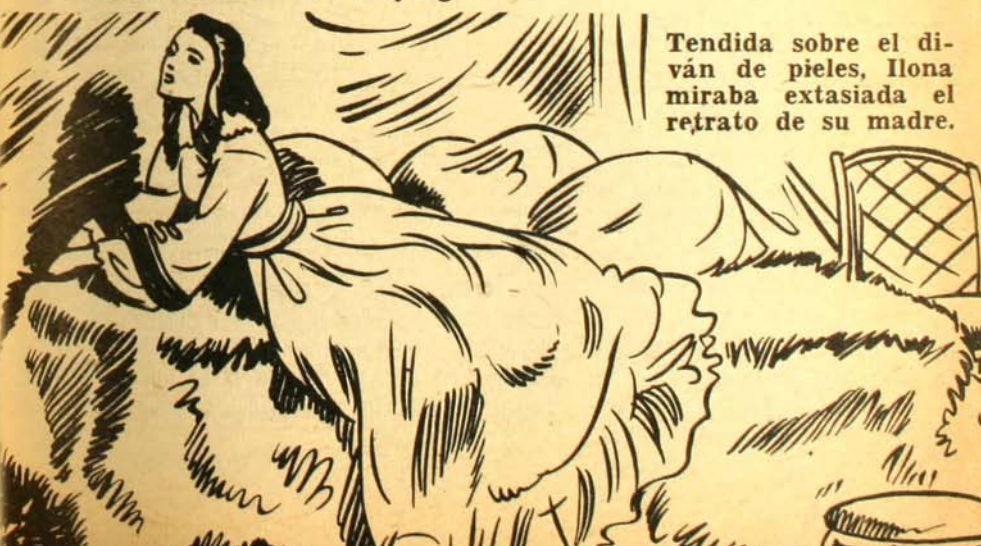
La hija de la gitana sentíase sola y tan pequeña ante la crueldad humana. Sólo en un momento pensó en su padre, pero su corazón no quiso detenerse en ese pensamiento.

"Tengo que tomar una resolución —se dijo Ilona—. Debo huir de esta casa donde hasta la última sirvienta es más estimada que yo, porque ellas son de la misma raza que sus amos. En cambio, yo soy una intrusa, una paria... Cuánto debió sufrir mi pobre mamá bajo este techo. Murió muy joven. Esa puerta cerrada, esa habitación que me ocultaban, confiesan a gritos los sentimientos que mi padre alimentaba hacia los de mi raza... Se avergonzaba de ella. ¿Entonces por qué se casó con mi madre?"

Mientras más cavilaba Ilona, más odio iba sintiendo contra aquellos que ya llamaba sus enemigos. Un ansia apasionada la empujaba hacia la caravana de gitanos, cuna de sus antepasados. Allí sería la reina.

—Iré en busca de la vieja gitana cuyas miradas de adoración me fascinaban —decidió Ilona—. Partiré con los gitanos.

Su única preocupación era que su padre obstaculizara su fuga si descubría el robo del traje gitano.



Tendida sobre el diván de pieles, Ilona miraba extasiada el retrato de su madre.

En estas dolorosas cavilaciones llegó la hora de la comida. Esa noche había muchos comensales y el marqués de Kanisza parecía de excelente humor.

A fin de no despertar sospechas, Ilona se esforzó en mostrarse alegre, participando en la conversación de sus compañeros de mesa con cierta galantería.

Sin embargo, la comida le pareció interminable. Largas conversaciones sobre la cacería proyectada se prolongaron en el salón.

El marqués de Kanisza, al dar las buenas noches a su hija, le dijo:

—En la próxima semana vendrá una prima tuya, a fin de que no estés tan solita.

—Me gusta la soledad, papá —respondió Ilona—, pero estaré aún más contenta con mi prima. ¿Es ella rubia como todos los Kanisza o morena como yo?

Esta pregunta se había escapado involuntariamente de los labios de Ilona.

—Es rubia, hijita —expresó, sonriendo, Kanisza—. Tú eres nuestra única beldad morena.

—Usted es muy galante, papacito —insinuó, sonriendo, Ilona.

—Y tú, mi Ilona, ya pareces una chica casadera. Tendremos que pensar en tu porvenir.

—Ya es tarde —dijo la vozchillona y antipática de Matilde—. Les deseo muy buenas noches.

—Tú eres la única beldad morena de la familia —dijo Kanisza a Ilona.



El marqués de Kanisza besó la frente de su hija y se alejó.

Al regresar a su dormitorio, pasada la medianoche, Ilona iba decidida a huir de la casa de su padre.

Cerró la puerta con doble llave, después de despedir a sus gentiles camareras María y Rosa, y abriendo el cofre donde había guardado el traje de su madre, lo examinó de nuevo.

Un leve perfume exhalaba ese vestido dando una sensación de vida.

Ilona se despojó presurosa de su vestido azul celeste y con febril vehemencia abrochó a su talle el coselete rojo y luego la falda florida.

En seguida cubrió sus cabellos con un pañuelo guarnecido de medallas de oro que caían sobre su frente.

Al levantar la vista se vió retratada en el espejo y murmuró:

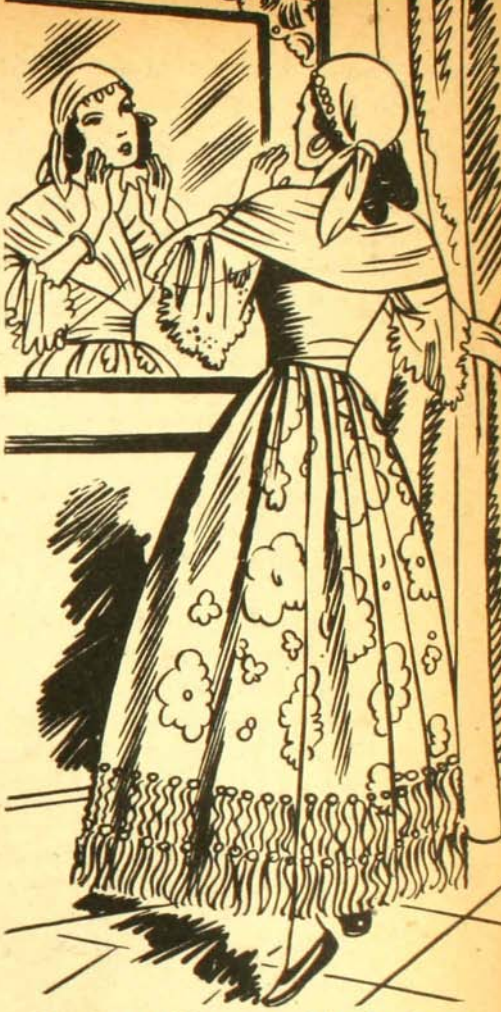
—Esta fué la visión que tuve en mis sueños. Soy yo, pero al mismo tiempo soy el vivo retrato de mi madre.

Ilona no podía separar sus ojos del espejo que, con más veracidad aún, le aseguraba su origen gitano. Era preciso huir. ¿Pero cómo?

Ilona estaba segura de que la vieja gitana rondaba por el castillo y que si salía al parque la encontraría tras un matorral.

La cruz roja que tenía en el brazo Ilona, esa cruz que la vieja gitana tatuó en su carne le lanzaba también un llamado misterioso.

Era como un juramento de sangre.



Ilona, vestida con el traje de su madre, se contemplaba en un espejo.

Sin saber lo que hacía, Ilona reunió en un gran chal la ropa más indispensable, un pequeño retrato de su padre y colocó sobre su espalda una amplia capa con capuchón.

Cautelosamente fué bajando la gran escalera, tratando de afirmarse en los muros, pues la casa estaba a obscuras a esa hora tardía.

Nunca supo Ilona cómo llegó esa noche al parque del castillo. Ningún perro aulló, ni salió el portero nocturno de su casucha.

De pronto una mano cogió el brazo de la fugitiva y una suave voz murmuró:
—Te esperaba, mi reina. Sabía que vendrías.
Cubierta con la gran pelerina y capuchón, Ilona se dejó conducir por la vieja gitana, que iba murmurando palabras extrañas en un idioma desconocido para Ilona.
De esta manera salieron del parque de Kanisza y continuaron caminando hasta la aurora.
Por fin llegaron ante un inmenso carricoche, al cual estaba uncido un caballo overo.
La vieja gitana abrió la puerta del vehículo, y la gitana, empujando a Ilona por el brazo, le dijo:
—Sube, mi reina.
Ilona, poseída de inmensa emoción y temor, trepidó al colocar su pie en la escala de acceso al carricoche y se torció un tobillo. Un grito de dolor surgió de sus labios y repercutió extrañamente en el silencio del amanecer.
La gitana colocó inmediatamente una mano en la boca de su reina y sus potentes brazos alzaron a la fugitiva y la depositaron sobre un mullido lecho.
—Te duele el pie, reina mía —balbuceó la gitana—. Voy a darte una tisana que te quitará el dolor.
Ilona cogió el vaso que le presentaba su raptora. Contenía una bebida azucarada y perfumada.
La niña ya no supo más lo que le ocurría.
Cuando despertó de su prolongado letargo, estaba acostada en un gran lecho festoneado de encajes. Junto a ella vió una pequeña mesa y por todas partes pieles lindísimas y tapices orientales de luminosos colores. La luz del día penetraba por dos minúsculas ventanas cubiertas de cortinajes atados por cintas color rosa.

Primer Premio del Ministerio de Educación otorgado a Elena Poirier

***ROXANE** y los lectores de "Simbad" felicitan a su eximia dibujante **ELENA POIRIER**, por el primer premio que recibió en la Exposición de Dibujos del Ministerio de Educación, organizado por la Alianza de Dibujantes de Chile.*



La vieja gitana arrastró a la fugitiva Ilona hacia el campamento.

La cortina, que servía de separación al dormitorio, se descorrió y la vieja gitana apareció sonriente.

—¿Ha dormido bien, mi bella reina? —preguntó.

—Sí, gracias.

—Tu pueblo, que te aguarda desde tantos años —prosiguió la vieja gitana—, está impaciente por verte y jurarte obediencia y fidelidad.

—¿Por qué soy yo la reina? —preguntó Ilona.

—Tu madre lo fué antes que tú —expresó la vieja bohemiana—. Por desgracia, ella nos abandonó para morir lejos de nosotros. Pero tú has vuelto; tú, la verdadera descendiente de Sara, nuestra madre común.

—Háblame de mi madre —suplicó Ilona—. ¿La conociste tú? ¿Era parienta tuya?

—En la tribu gitana todos somos hermanos —explicó la vieja mujer—. Sí; yo conocí a tu mamá... Pepa era nuestra reina. Era dulce y buena; su voz era pura como la de los ángeles del cielo y cuando danzaba, sus pies apenas tocaban el suelo...

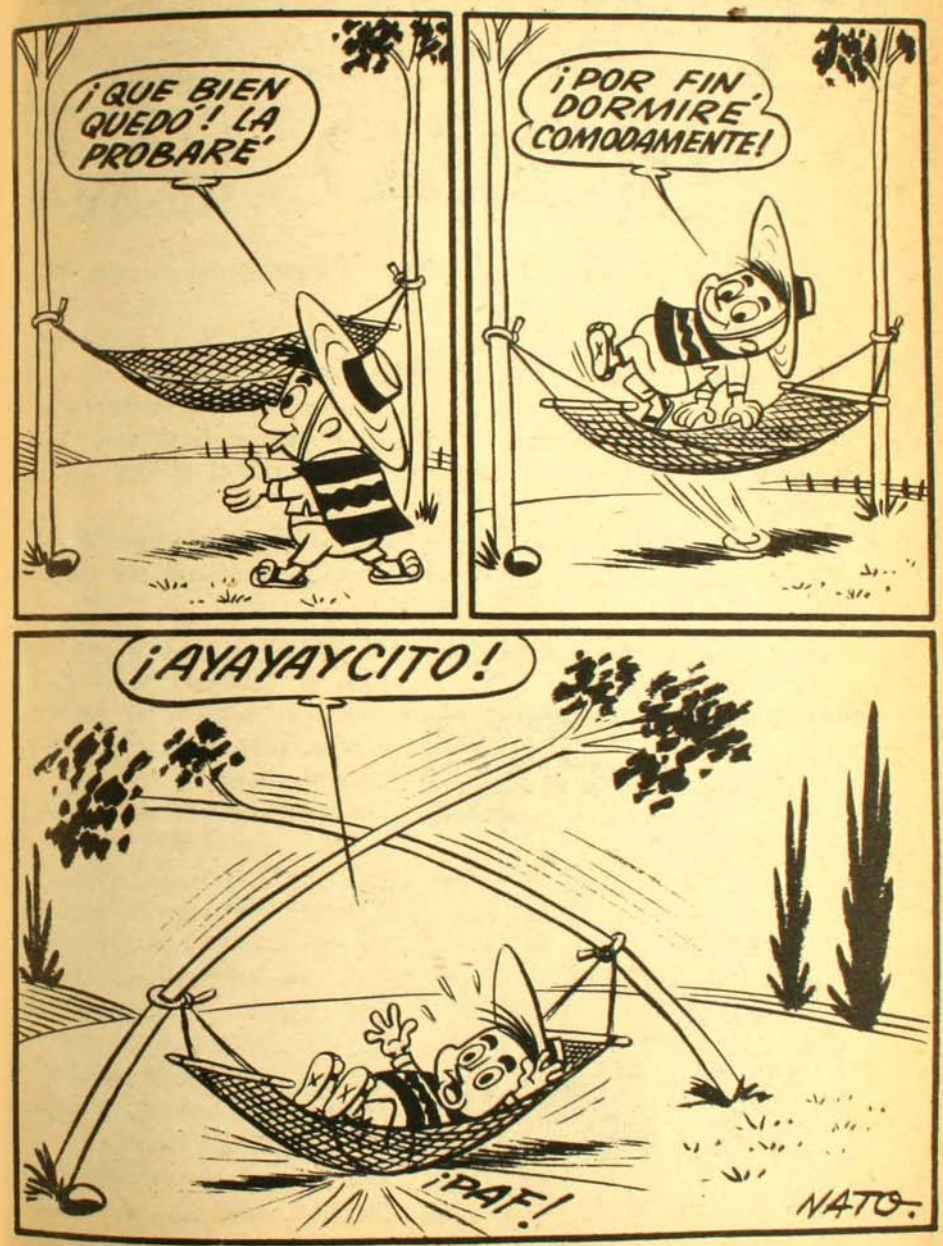
Ilona, con los ojos entornados, a fin de ocultar las lágrimas que surgían de sus párpados, escuchaba la poética narración de la gitana.

(CONTINUARA)

Ponchito


CON ESTA MALLA ME FABRICARÉ UNA HAMACA
ME SERVIRÁ PARA LEER TRANQUILO
... Y PARA DORMIR LA SIESTA
ESTE ES EL LUGAR APROPIADO PARA COLOCARLA

por nato


¡QUE BIEN QUEDÓ! LA PROBARÉ
¡POR FIN DORMIRÉ COMODAMENTE!
¡AYAYAYCITO!
¡PAF!
NATO.



El Hijo del Lobo.



CAPITULO XXI—El salvaje nórdico entró en el castillo.

El sitio a la ciudad de Logres por el ejército nórdico, comandado por el fiero Erico, se iba estrechando más y más.

Ya habían caído los fuertes vecinos a la fortaleza, donde se situaba la Escuela de Caballería, y muchos fueron los cadáveres de paisanos y nobles señores que cayeron víctimas de la horda salvaje.

Tristán, siempre aguerrido y valiente, hizo una salida de la fortaleza por los subterráneos, atravesando los estanques de aguas cenagosas.

El gigantesco salvaje siguió avanzando por la fortaleza.



Al llegar a la pradera divisó un numerosísimo ejército que avanzaba en cerradas filas hacia la fortaleza de Logres.

Un gigante bárbaro divisó al Hijo del Lobo y siguió sus pasos hasta el castillo.

Tristán, extenuado por la carrera, había caído exánime al subir al sótano, y por suerte el gigante se quedó absorto mirando la luz de una lámpara de aceite que oscilaba pendiente de un cordón.

De pronto el salvaje oyó la voz de un centinela y, pasando por sobre el

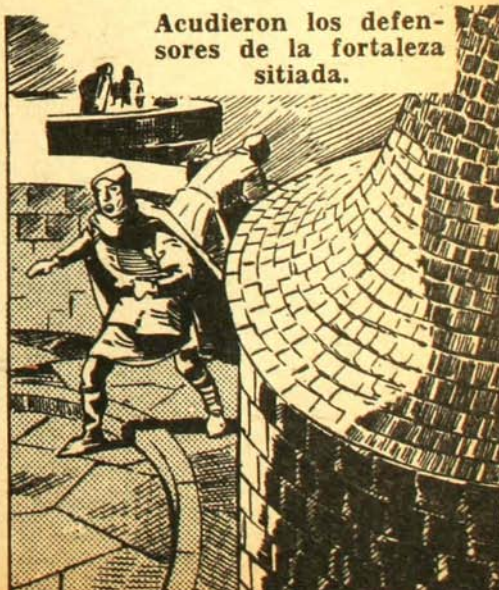
ierpo inanimado de Tris-
n, salió al patio bañado
e luna.
l bárbaro, apoyado sobre
u jabalina, observaba con
stupor las construcciones
igantes del palacio de Lo-
res.
iempre avanzando por
scaleras de piedra y sun-
uosas galerías, el gigante
órdico divisó una estatua
e piedra, que representa-
a un ídolo galo.
reyendo que ese capitel
étreo era vivo, el salvaje
isparó contra él su jaba-
na y lo partió por mi-
ad.
ntretanto Tristán había
alido de su largo desma-
o y seguía el paso del
alvaje arrastrándose por
as húmedas baldosas.
uando vió los destrozos



Su jabalina partió en dos un capitel de piedra.



Tristán tocó el cuerno de hueso para dar la alarma.



Acudieron los defensores de la fortaleza sitiada.



Viéndose acosado, el bárbaro lanzó su grito de guerra.



—Lucharemos contra ese monstruo infernal —juraron Tristán y Lancelote.

del capitel, el Hijo del Lobo hizo sonar el cuerno de hueso, y en el acto surgieron por todos lados los centinelas de la fortaleza sitiada.

El soldado del pelirrojo Erico, al ver a esos hombres que surgían por escaleras y salas, lanzó un estridente grito, que más parecía el alarido de una bestia acorralada que una voz humana.

—Vengan todos —llamó Tristán, el Hijo del Lobo—. Se ha metido al castillo un gigante de las hordas de Erico.

Rudel, Lancelote y los demás alumnos de Arnaldo decidieron batirse con aquel horrible hombre, cuyos cabellos parecían crines de caballo.

El bárbaro quedó un instante en suspenso y luego, en vez de seguir subiendo las escaleras de la fortaleza, torció hacia las caballerizas.

Sus salvajes gritos infundían pavor a los muchachos, que a la luz de la luna le creían un genio diabólico.

—No podemos luchar con ese gigante —dijeron algunos muchachos—. Es un demonio.

Pero Rudel, Lancelote y Tristán no retrocedieron, aunque el bárbaro marchaba contra ellos, manteniendo en alto su enorme jabalina.

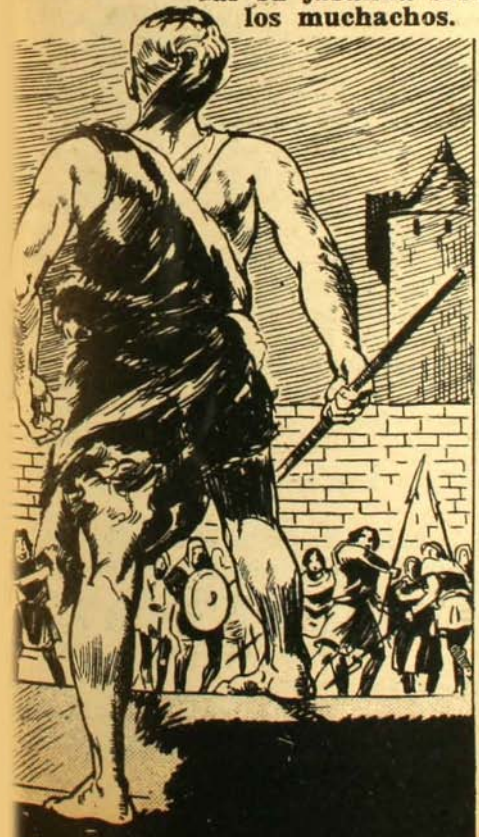
—Merlín, mi buen protector, sálvanos —murmuró el Hijo del Lobo—. No permitas que ese monstruo infernal termine con nuestras vidas.

El bárbaro lanzó otro grito aun más estridente y en seguida quedó como petrificado.

Había escuchado, muy cerca del sitio donde posaba sus enormes pies, el relincho de los caballos, y como no conocía ese sonido caballar, creyó que había en el castillo otros monstruos a quien temer más que a los enanitos que estaban frente a él.

La jabalina que tenía enristrada para lanzarla sobre Rudel, Lancelote y Tristán, cambió de dirección y fué a caer en medio de la caballada.

(CONTINUARA)

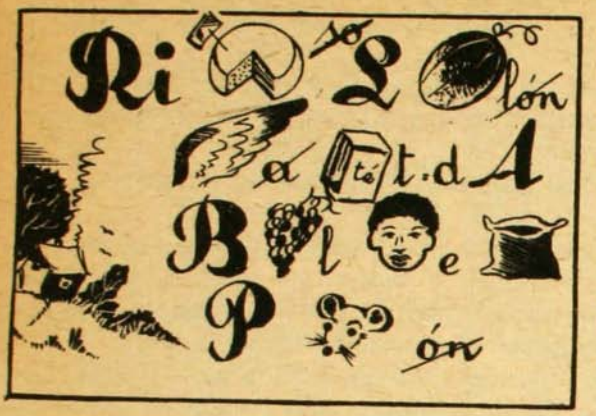


El salvaje iba a lanzar su jabalina sobre los muchachos.



Rudel, Lancelote y Tristán observaban con terror al gigante.

¡Adivina Ud?



CONCURSO HEROES DE AMERICA.

Combina letras e iniciales y podrás leer el nombre de notables próceres de América. Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 164.—Alfredo Nóbel, sueco.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD".—Sergio Norambuena, Santiago; Luisa Ipinza, Llo-Lleo; Mauricio Cereceda, Viña del Mar. UNA LAPICERA FUENTE.—Rolando Bustos, Santiago; Pilar Collado, Santiago; Ramón Rubio, Rengo. UN PREMIO DE $ 20.—Beatriz Encina, Santiago; Joel Soto, Rancagua; Elena Medel, Santiago; Silvia Hernández, Concepción; Elena Vargas, Santiago; Hernán Sepúlveda, Quillota; María Angélica Gorigoitía, Santiago; Enrique Parraguez, Santiago; José Meléndez, Santiago; Benjamín Riveros, San Fernando. UNA PEINETA.—Eugenia Ana Martínez, Viña del Mar; Dora Marambio, San Fernando; Leonardo Pérez, Santiago; Roberto Goñi, Los Angeles; Luisa Hernández, Chillán; Humberto Ricardo Urrutia, Cabildo. UN LIBRO.—Lilián Loezar, Santiago; Betty Vásquez, Santiago; Gerardo Osorio, Quillota; Pablo Swinburg, Pelequén; Luis Hernán Contreras, San Fernando; Luis Falk, Valparaíso; Nelly Drago, San Fernando; Alejo Calquín, Santiago; Berta Cerda, Santiago; Osvaldo Godoy, Santiago. UN VITALMIN.—Patricio Rojo, Santiago; Iván Goñi, Los Angeles; Nelson Silva, Santiago; Patricio Palma, Concepción; Carlos Lira, Santiago; Sonia Carrasco, Santiago; Patricio Guzmán, Santiago; Antonio Cerda, Santiago; Haydée Jara, Los Angeles; Lucy Arias, Santiago.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 166

Díganos el nombre de estos próceres...

¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1952.


¡Y TU VUELAS DE AQUÍ!
¡AOUU!
¡NADIE NOS QUIERE! TODOS NOS HACEN DAÑO, CHASAMÁN!
¡BAH!
CLIC
¡MIRA, CHASAMÁN! ¡ME TOMARON POR PORDIOSERO Y NOS LLENARON EL SOMBRERO DE MONEDAS!
¡EL BANQUETAZO QUE NOS VAMOS A DAR! ¡TODAVÍA HAY GENTE BUENA EN EL MUNDO, CHASAMÁN!
LUGOZE

PELUSITA POR NATO




Simbad
167
$ 3.—
ELENA POIRIER
EL HIJO DEL LOBO



CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV - 12-XI-1952 - N.º 167

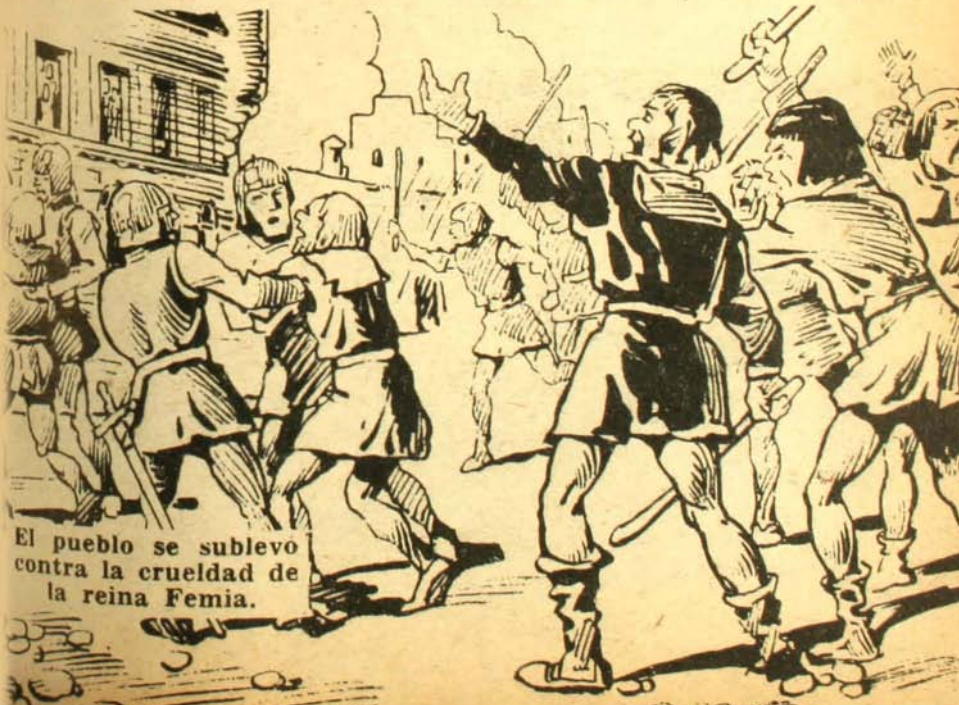
Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,65
Semestral: US. $ 0,90
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0.10

La SIERPE de la DISCORDIA

CAPITULO V.—La fuga de Femia y Segundo.

La armonía y ternura que habían reinado siempre entre los hermanos gemelos, Primo y Segundo, se había trizado con el matrimonio del rey Segundo.

El inexperto príncipe casó con una mujer mala y cruel, a quien en el castillo donde vivía apodaban la Ortiga.



El pueblo se sublevo contra la crueldad de la reina Femia.

En cambio, el rey Primo, casado con una humilde doncella, la gentil Iris, que era buena y bella como un ángel, continuaba siendo un gobernante caritativo y justiciero.

Cierto día la reina Femia (la Ortiga), maltrató a un mendigo inválido y los siervos pidieron justicia.

Como no la obtuvieran, porque el rey Segundo, instigado por Femia, se opuso a ello, todos los habitantes del reino de Tulia armaron una revolución y pidieron que el rey Segundo y la reina Femia fueran destronados.



El buen rey Primo salió al balcón para sosegar al populacho.

—Dios mío —dijo el rey Primo, observando el tumulto desde una ventana del palacio real—. La Ortiga ha desencadenado el odio de las turbas.

—Pero no es contra ti, amado mío —dijo la reina Iris al rey Primo—. Sal al balcón y háblale a tu pueblo.

El rey Primo aquietó un poco a los turbulentos, pero la muche-



El rey Segundo y la reina Femia huyeron despavoridos.



—Mi amado rey —decía la reina Iris a Primo—, el odio no es contra ti.

lumbre continuaba pidiendo la abeza de la reina Femia, alias a Ortiga.

—Huyamos —dijo la cobarde Femia al rey Segundo.

Uno de los criados, afecto al rey Segundo, dijo a su amo:

—Venid por aquí... Hay una salida secreta que conduce al castillejo de Sarda. Nadie os podrá descubrir allí, pues iremos por un paso subterráneo.

Femia y Segundo siguieron al criado.

Transcurridas algunas horas y reinando ya la tranquilidad en el reino de Tulia, Primo abrazó a la linda y buena Iris y le dijo:

—Siempre habíamos vivido en la más perfecta armonía con nuestro pueblo y ahora comienza la discordia.

—Yo estoy a tu lado, amigo mío —murmuró Iris—, y volveremos a ser felices.

Momentos después advirtieron la desaparición del rey Segundo y de la reina Femia.



La reina Femia juraba que se vengaría del pueblo de Tulia.

—Mejor que huyan —dijo el rey Primo—, porque el pueblo los lincharía.

Entretanto pasaron los días y la reina mala, la cruel Ortiga, se desesperaba en el castillejo donde se había refugiado.

Día y noche meditaba su venganza. Por fin un día dijo Femia al rey Segundo:

—Ya tengo mi venganza. Conozco a una vieja bruja y la consultaremos. Si tú no eres un villano, tendrás que acompañarme.

—Reina mía —declaró el pobre rey Segundo, que estaba bajo el influjo de un hechizo—, sabes que yo quiero siempre lo que tú quieres.

A la mañana siguiente los esposos reales salieron del viejo castillo, donde se ocultaban, en dirección a la lejana gruta de la hechicera.

Caminaron por los obscuros vericuetos de la montaña; cerro arriba y cerro abajo.

El paisaje era tenebroso. Parecía un antro infernal.

—Femia, estoy cansadísimo —decía el rey Segundo a su fiera consorte.



—Iremos a consultar a una bruja, quien nos ayudará en nuestra venganza —dijo Femia.

La caverna de la bruja estaba oculta en los vericuetos de una montaña.

—Pronto llegaremos — respondía la Ortiga—. y ya verás el poder de esa bruja. Volveremos a Tulia y nunca más osarán sublevarse contra nosotros esos viles mendigos.

Silencioso y con la cabeza inclinada, iba el infeliz Segundo hacia su completa ruina.

(CONTINUARA)

La furibunda ORTIGA vociferaba contra el rey Segundo y la reina Iris.



ANDANZAS DE SAMUEL BILL

CAPITULO X.— JUAN REGRESA DE SU ABUELA CATITA.



1. Los soldados del Arizona habían capturado al bandido Porras y a sus secuaces, pero Porras insistía en que Juanito también era ladrón. Samuel Bill intervino, refiriendo la triste historia que la anciana Catalina le había contado. El muchacho era víctima del bandido Porras, pero no su cómplice.





2. "—Robó tres vacas al hacendado Hatkins", repitió el bandido Porras. "—Porque mi abuela se moría de hambre", murmuró Juan. "—Siempre es malo robar —declaró el patrullero—; pero como la autoridad tenía a precio la cabeza de Porras, ahora podrás pagar esas vacas, muchacho."





3. "—Puedes irte a casa de tu abuela Catita —agregó el jefe de la patrulla—, y tus compañeros pagarán a Hatkins el precio de sus vacas. Ocupa un caballo de esos facinerosos." Juan, en el colmo de la dicha, salió galopando feliz y contento. "—Pobre muchacho —dijo Samuel Bill—, le maltrataban como a un esclavo."





4. Samuel y Bepo recibieron la recompensa ofrecida por la captura del bandido Porras, pero ni uno ni otro quisieron guardar ese dinero, el que entregaron a la anciana Catita. Desde entonces Juanito fué un honrado ranchero y su vieja abuela la más feliz de las mujeres. Samuel y Bepo continuaron sus andanzas.

ANDANZAS DE SAMUEL BILL

CAPITULO I.— PAPUS, NDIECITO INCORREGIBLE.





5. Samuel respiraba con placer el aire matinal mientras Bepo fumaba su inseparable cachimba. De pronto divisaron a una india que llevaba a un niño recién nacido en un cesto colgado de la silla de montar. "—Salud, Estrella de la Mañana", gritó Samuel Bill. "—Salud, hermanos blancos", respondió la hermosa piel roja.





6. "—Ya que os avecináis a nuestro campamento —dijo Estrella de la Mañana—, mi padre, Aguila Negra, estaría feliz de recibir a sus amigos blancos. Hace muchas lunas que no pasáis por estos prados." "—Será muy grato saludar a nuestro amigo Aguila Negra —declaró Samuel Bill—. Te seguimos, Estrella."





7. De súbito el gran sombrero alón de Bepo fué traspasado por una flecha. La broma no fué muy del gusto del viejo desdentado. Una risa infantil estalló entre los arbustos. El parvulito Papús gozaba inocentemente de su farsa, pero Estrella de la Mañana frunció el ceño y gritó al niño: "—Papús, vete al campamento".





8. Y la india añadió: "—Ciervo Volante se informará de tu conducta". Samuel Bill reía de la broma, pero no así el viejo Bepo. "—Es Papús, mi hijo mayor —indicó Estrella de la Mañana—. Este niño es terrible. Nadie puede soportarlo, y su padre, Ciervo Volante, le castiga mucho para que se corriga."

(CONTINUARA)



EL PRINCIPE ACMED

SEGUNDA PARTE.—Acmed se casa con el hada Pari Banú.

El sultán Almor, al imponerse de que su sobrina Nurinarda había sanado milagrosamente, llamó a sus tres hijos, los príncipes Husan, Alí y Acmed, quienes le presentaron los tres objetos maravillosos que habían adquirido y le pidieron que él juzgara cuál de ellos era el más digno de obtener la mano de la hermosa Nurinarda.

—Desgraciadamente —dijo el sultán Almor—, no me es posible conceder el triunfo a ninguno de vosotros, porque los tres lo merecéis. Tú, Acmed, has devuelto la vida a Nurinarda con el perfume de la mágica manzana, pero ¿podrías haber hecho eso si el "Telescopio de los Deseos", de tu hermano Alí, no te hubiera revelado que tu prima estaba moribunda? Y, sin la alfombra mágica de Husan, hubieras llegado después del fatal desenlace. Como veis, la curación de Nurinarda la habéis logrado entre todos, pues, cada uno por su parte nada hubiera podido hacer.

—¿Qué disponéis entonces, padre mío? —preguntó Husan, el mayor.

—Para resolver de una vez el pleito —dijo el sultán Almor—, se me ocurre ahora una idea. Mañana temprano nos trasladaremos al campo, fijaremos un lugar donde os apostéis los tres y, armado cada uno de un arco, ha de disparar una flecha. Aquel que la arroje a mayor distancia será el preferido, y obtendrá la mano de la princesa Nurinarda.

Aceptaron los tres príncipes, y a la mañana siguiente llegaron al lugar elegido por el sultán Almor; desmontaron, cogieron cada uno un arco y una flecha y efectuaron el disparo.

Husan arrojó primero la suya, que fué a caer a larga distancia. Siguióle Alí, que alcanzó a lanzar su flecha más lejos que su hermano Husan, y, por último, Acmed disparó la suya, con tanta fuerza y habilidad, que ninguno pudo verla caer.

Inútiles fueron las diligencias que se practicaron para dar con la flecha. No apareció en parte alguna, y, por lo tanto, el príncipe Acmed fué excluído del concurso y se declaró a Alí ganador.

En consecuencia, el segundo de los príncipes logró la mano de la hermosa Nurinarda.

Ni Husan ni Acmed fueron vistos en las fiestas con que se celebraron las bodas de Alí con la bella Nurinarda.

Siendo tan grande el amor que tanto Husan como Acmed profesaban a la novia, prefirieron alejarse en ese instante para no empañar con su tristeza la felicidad de su hermano Alí.

Husan, el mayor, renunció a sus derechos a la corona y se retiró a la soledad de los bosques, para hacer vida de anacoreta.

Acmed, en cambio, enjaezó uno de sus soberbios caballos y salió en busca de la flecha perdida, y así caminó, sin darse cuenta de la distancia recorrida, hasta que halló cerrado el paso por una escarpada montaña. Acercóse al pie de ella y lo primero que vió fué su flecha tendida en el suelo.

"Yo no he podido lanzar esta flecha a tan enorme distancia —se dijo Acmed—. Aquí hay un misterio."

No lejos del sitio donde recogió la flecha vió una especie de gruta y, al entrar en ella, alcanzó a ver, en el fondo, una puerta. Valientemente la empujó y comenzó a bajar por un sendero en declive hasta que se adentró en un obscuro corredor.

Rodeado de tinieblas ca-

Acmed emprendió la marcha en la dirección que había seguido la flecha.





Acmed cayó de rodillas a los pies del hada Pari-Banú.

minó largo rato, hasta que le ofuscó un vivo resplandor muy diferente a la luz del sol.

No tardó en encontrarse en una plaza espaciosa y frente a un palacio, del cual salía una dama de portentosa belleza.

Vestía la joven un traje de riquísima tela y se adornaba con maravillosas joyas. Seguíala un cortejo formado por doncellas de incomparable hermosura.

Acmed quedó parado, como si hubiera echado raíces en el suelo.

—Príncipe Acmed —exclamó la hermosa dama, con voz dulce y armoniosa—, sé bien venido a mis dominios.

—Me sorprende que conozcáis mi nombre —balbuceó el príncipe.

—Si quieres honrarme visitando mi palacio —dijo la bella mujer—, gustosamente te lo explicaré.

Ocuparon un asiento bajo un dosel recamado de oro y en un salón de un lujo sorprendente.

—Soy el hada Pari-Banú —dijo entonces la joven—, y conozco todo lo que ocurre sobre la superficie de la tierra. Fuí yo quien puso en tu camino y en el de tus hermanos los objetos mágicos que adquirieron ustedes. También soy yo quien cogió al vuelo la flecha que tú lanzaste y la depositó al pie de esta montaña. Ahora está en tu mano aprovechar la ocasión que se te presenta para ser mucho más feliz o desgraciado.

—Hermosa Pari-Banú —respondió Acmed, prendado de los encantos del hada—. Dispón de mí como mejor te parezca, en la

seguridad de que mi mayor dicha es servirte y amarte como un esclavo.

—Príncipe —respondió el hada—, no es como esclavo, sino como esposo, que yo te quiero. ¿Aceptas?

Acmed cayó entonces de rodillas y, besándole ambas manos, le juró eterna fidelidad.

Al día siguiente se efectuó la boda, que dió origen a deslumbrantes fiestas, a las que asistieron grandes genios y hadas del mundo.

Pasaron los meses, y el sultán Almor, que siempre aguardaba el regreso de su hijo menor, envió por todo el imperio emisarios con orden de buscar al príncipe Acmed.

Por último, agotados todos los recursos, el sultán Almor envió en busca de una poderosa maga y le pidió que descubriera el sitio en donde se encontraba su querido Acmed.

—Señor —dijo la bruja—, me pondré en el acto a la tarea y mañana te traeré noticias.

La maga se trasladó a su casucha, y trabajando en sus sortilegios toda la noche, sólo pudo averiguar que el príncipe vivía aún y que gozaba de perfecta salud.

En tanto sucedía esto en el imperio del sultán Almor, el hada Pari-Banú notó que su esposo estaba cada día más deseoso de visitar a su padre, y que cada día que pasaba aumentaba la tristeza de Acmed.

—Querido esposo —le dijo un día el hada Pari-Banú—, sé que estás deseando ver a tu padre y comprendo tu anhelo.

Ministros y cortesanos comenzaron a intrigar a Acmed.



Consiento, por lo tanto, en que vayas a tu imperio, pero prométeme que tu ausencia será de corta duración.
Alegróse el príncipe de que su esposa hubiera adivinado sus deseos y partió seguido de un soberbio séquito de cuarenta genios montados en magníficos corceles.
No es posible describir el júbilo del sultán Almor al estrechar contra su pecho a su hijo menor.
Acmed, a quien el hada Pari-Banú le había rogado que guardara silencio sobre su casamiento, se limitó a contar lo que le había ocurrido hasta el momento en que encontró la flecha al pie de la montaña.
—El resto de mis aventuras —agregó Acmed—, no me pertenece y te ruego me perdones si guardo silencio. Soy feliz y sólo enturbiaba mi dicha el saber que estarías con cuidado respecto a mi suerte. Por eso he venido a verte y a rogarte que me permitas volver a menudo para abrazarte.
—Para mí será la mayor felicidad cada visita tuya —declaró el sultán.
A partir de entonces, todos los meses Acmed hacía una visita de tres días a su anciano padre, y cada vez llegaba con una escolta más brillante que la anterior.
Esto trajo por consecuencia la envidia de los cortesanos y ministros, quienes acabaron por decir abiertamente al sultán Almor que debía tomar severas precauciones, pues era de temer que Acmed, en una de sus visitas, lo destronase.
Al principio, el sultán Almor rechazó enérgicamente las malévolas insinuaciones, pero después su fe empezó a vacilar y terminó por enviar en busca de la maga, a fin de que ella se enterase del lugar donde residía su hijo.
La vieja, que ya se había enterado de la historia del príncipe Acmed y conocía el lugar exacto en donde éste había encontrado la flecha, marchó hacia ella, convencida de que el secreto retiro del príncipe debía hallarse próximo a ese lugar.
Así fué cómo, cuando el príncipe Acmed se encaminaba al palacio de Pari-Banú, halló en el camino a una pobre viejecita caída en el camino y la hizo conducir al palacio de su esposa, rogándole que le prodigara los cuidados que requería su estado.
Al día siguiente la maga anunció a los criados que la atendían que ya estaba bastante repuesta para reemprender su camino.
Poco tardó la infame maga en llegar al palacio del sultán Almor



La vieja bruja se tendió en el camino del príncipe Acmed.

y ponderarle el peligro que corría de que su hijo le destronase.

—Debes cortarle la cabeza la próxima vez que venga a visitarte —aconsejó el primer ministro.

—Sí, sí —decían los cortesanos—. Hay que matar a Acmed.

Pero la maga, que estaba presente, se opuso.

—Si hacéis eso os acarrearéis la venganza del hada Pari-Banú —dijo la bruja—, y enviará sobre vosotros un ejército de genios y hadas que os destruirán en un abrir y cerrar de ojos. Lo que hay que hacer es aprovecharse del poder de la esposa del príncipe y pedirle a éste las cosas más sobrenaturales. Por ejemplo, que el sultán Almor pida a su hijo le proporcione una tienda de campaña capaz de albergar a todo el ejército, pero que a la vez sea de tamaño tan reducido, que la pueda llevar en un bolsillo. Después le pediréis otras cosas, y cuando no pueda traer alguna de ellas, se retirará a sus dominios y, avergonzado, no volverá más.

Todos aprobaron las palabras de la maga, y el sultán, en la próxima visita de su hijo Acmed, le hizo tan extraña petición.

—Padre —exclamó atónito Acmed—, no sé cómo ha podido llegar a tu conocimiento mi enlace con el hada Pari-Banú, el cual es un hecho verídico, pero lo que me pides parece imposible.

(CONCLUIRA)

CORENTIN PIRATA INVENCIBLE

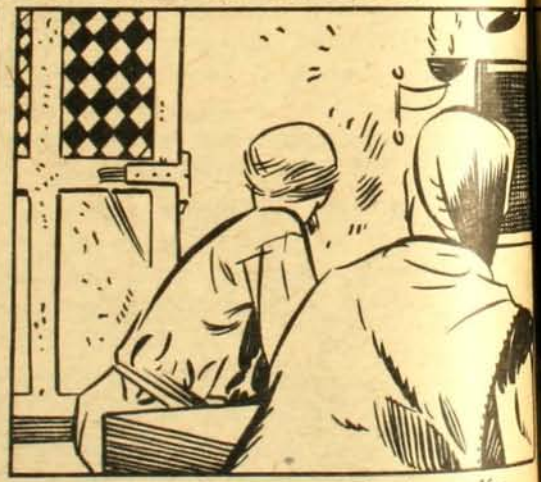
CAPITULO I.—CORENTIN LLEGA A UNA POSADA DE PIRATAS





1. Con el dinero que doña Patricia obsequió a Corentín, el muchacho aventurero partió a las regiones del norte en busca de Beloc, un anciano a quien le habían recomendado como genio de los piratas. Durante dos semanas soportó una tremenda lluvia, y, por fin, llegó a una posada donde bebían tres individuos.





2. El viejo Macnell renegaba contra el tiempo que le impedía navegar. "—Se diría que el cielo está enojado con nosotros", refunfuñó Macnell. "—¿Y no lo ha de estar con las barbaridades que hacemos?", dijo otro pirata. En ese momento alguien golpeó a la puerta. "—¿Quién puede ser a hora tan tardía?"





3. El viejo Macnell abrió la puerta a un muchacho que preguntaba con altivez: "—¿Puedo comer y dormir aquí?" "—Entre, joven —dijo Macnell—. Viene mojado por la lluvia." El desconocido se despojó de su gran capa. "—No son horas para golpear y despertar a la gente", refunfuñó uno de los hombres.





4. "—¿Dormían acaso ustedes? —dijo Corentín—. ¿Tienen una habitación que ofrecerme? Vengo de muy lejos." "—¿Tienes con qué pagar el albergue?", interrogó Macnell. "—¿Me toman por un vagabundo? —protestó Corentín—. Aquí tienen mi bolsa con monedas de oro." "—Si es así, quédate", dijo el posadero.

CORENTIN PIRATA INVENCIBLE





5. "—Dime, tabernero —dijo poco después Corentín—, ¿dónde podría encontrar a Beloc? Me han dicho que vive cerca de aquí." Al posadero casi se le cayó la fuente de las manos al oír el nombre de Beloc. "—¿Pretendes visitar a ese brujo, a ese demonio?", preguntó el hombre. "—Sí", dijo el altivo Corentín.





6. "—Pero eso es una locura —exclamaron los tres hombres—. Beloc es hijo de Satanás. El que se acerca a su guarida tiene pena de maldición." "—Tonterías —exclamó Corentín—, yo iré a ver a Beloc." Y así fué que Corentín emprendió su ruta a la cueva de Beloc.





7. "—Tiempo de los demonios", refunfuñaba Corentín, luchando con desenfrenados huracanes. Después de dos horas de marcha, Corentín se detuvo murmurando: "Cerca de una piedra negra debo entrar en una angostura donde está la gruta de Beloc". En verdad, el paisaje montañoso era aterrante.





8. Momentos después Corentín descubrió la abertura de la gruta y llamó: "—Beloc, Beloc, ¿estás ahí?" Una voz, que provenía del fondo de la caverna, le respondió: "—¿Quién es ese temerario que viene a turbar a Beloc en su retiro?" "—Vengo de parte de Brujes", dijo Corentín. La voz respondió: "—Puedes entrar".

(CONTINUARA)

EL SECRETO de la GITANA



CAPITULO VI.— Bailes gitanos en un claro del bosque.

RESUMEN: *Ilona, hija del marqués de Kanisza, noble húngaro, se siente desplazada y comprende que hay un secreto en su vida. Por fin descubre que su madre era una gitana, e inmediatamente decide huir, vistiendo el traje que un día vistió su madre. Una vieja gitana la espera en el parque de Kanisza y la conduce al campamento.*

Mientras Ilona yacía perezosamente sobre el mullido lecho en el carricoche gitano, la raptora proseguía refiriéndole la historia de su madre.

—Se llamaba Pepa —decía la vieja gitana—, y nadie más digna que ella para ser nuestra reina. Sara, nuestra madre común, la había bendecido. En esta misma habitación yo trenzaba sus negros cabellos y era yo también quien anudaba las cintas alrededor de su talle.

—¿Y cuando ella se fué? —preguntó Ilona.

—Lloré mucho —expresó la vieja gitana—, pero no permití que la maldijeran. Ella se fué en pos de un amor. El noble húngaro la había conquistado y no pudo resistir. Yo sabía que eso le traería desgracia. Pero no hablemos más de cosas tristes, mi reina. Tú estás aquí, y es como si estuviera nuestra Pepa; como si ella hubiera regresado al seno de sus hermanos. Ya verás cómo te cuida tu vieja Muta. Yo te prepararé bebidas para que siempre permanezcas joven y bonita; yo te cuidaré como a la niña de mis ojos.

Ilona sonreía y se desperezaba en el gran lecho de plumas.

—Debes tener hambre, mi reina —dijo poco después la vieja Muta—. Has dormido doce horas.

Por cierto que había dormido tanto, pues la gitana le dió un narcótico para evitar arrepentimientos tardíos.

Muta desapareció de la habitación y comenzó a gritar en un idioma que Ilona no entendía.

De nuevo se entreabrió la cortina que dividía por mitad el carricoche y Muta reapareció con un gran pocillo de leche caliente

y tostadas con mantequilla. Depositó estas cosas junto a Ilona y luego sentóse en el suelo para ver desayunar a su reina.
La leche de cabra era ácida y un poco espesa, pero Ilona tenía hambre y comió con buen apetito.
Como ya no le dolía el tobillo, Muta comenzó a vestir a su reina y lo hizo con mayor pericia y delicadeza que sus camareras húngaras. Muta deseaba que la cautiva tuviera una buena impresión y que no añorara la vida de palacio.
La caravana continuaba avanzando e Ilona veía desfilar los campos por las diminutas ventanillas.
—¿Cuándo nos detendremos? —preguntó Ilona a Muta—. Este eterno vaivén terminará por marearme.
—Cuando llegue la noche, mi reina —expresó Muta—. Tenemos que unirnos al grueso de la caravana y pasar la frontera antes de que tus enemigos puedan alcanzarte.
Ilona tenía ganas de llorar. Al ver su pena, Muta volvió a tender a la cautiva sobre el lecho mullido y con voz suave entonó canciones de cuna gitanas, que la mecieron como a un niño.
Por fin llegó la noche. Era una noche estrellada, un cielo de terciopelo bordado de diamantes.
En el silencio nocturno, cesó el chillido de las ruedas y el carricoche se detuvo.
Interrumpiendo su canción, Muta recogió la cortina que ocultaba la entrada y salió.
Ilona se levantó también y salió a la puerta tras la gitana.
Se encontraban en el claro de un bosque. En el prado se alineaban los carromatos. Hombres, mujeres y niños circulaban por el campamento. Ilona tuvo miedo de esos extraños.
Encuclillada a pocos metros de distancia, la hija del marqués de Kanisza divisó a una vieja desdentada ante una marmita, revolviendo un merjunje que a Ilona le pareció hecho con sapos y

El carricoche gitano se llevaba muy lejos a la cautiva Ilona.



culebras. La vieja hechicera alzó la vista y al ver a Ilona lanzó un grito estridente.
Ilona, asustada, retrocedió al interior del carricoche y casi se desmayó de terror.
Pero Muta surgió como por encanto junto a Ilona, le golpeó las mejillas y riendo le dijo:
—Ven, mi reina, no debes tener miedo a tu pueblo.
Un poco más aguerrida, Ilona salió con la vieja gitana.
Una cincuentena de hombres, mujeres y niños se afanaban arrastrando un largo tronco que serviría de asiento.
Ante la aparición de Ilona, todos los gitanos se prosternaron con gritos de júbilo que más parecían lamentaciones.
Algunos tocaban el vestido de Ilona, y los más atrevidos besaban la punta de sus zapatos.
—Vámos —ordenó Muta—, es preciso festejar a nuestra reina y su regreso a nuestra tribu.
Los gitanos se distribuyeron en círculo y algunos comenzaron a cavar un hoyo en la tierra, el cual llenaron con brasas rojas y luego con piedras planas.
Ilona creyó que se trataba de un sacrificio humano, de un rito macabro, y volvió a temblar como una hoja. Pero, ante su asombro y alivio, vió que los gitanos traían un corderillo y varias gallinas, que depositaron sobre las piedras calientes. En seguida todo fué cubierto de tierra.
Una hora después retiraban las viandas perfectamente asadas e Ilona saboreaba con delicia esos manjares.



Una gitana bruja cocía sapos y culebras en una marmita.

Cerca de Ilona un joven gitano, que mordía con sus blancos dientes un trozo de carne, le dijo:
—Ahora el propietario del corderillo y de las gallinas que se cuecen bajo la tierra puede registrar el campamento sin descubrir un rastro de sus animales y sin poder reclamar su precio.
—¿Entonces ustedes los robaron? —preguntó Ilona al joven Chandor.
—No es robar cazar un corderillo y unas cuantas gallinas. —dijo sonriendo Chandor.
Ilona no estaba dispuesta a predicar la moral y mordió con buen apetito el costillar de cordero, ensuciándose las manos con el jugo. En seguida limpió su boca con una perfumada hoja de parra y bebió agua fresca.
Al final del festín, una gitana llamada Pepa, como la madre de Ilona, danzó al compás de violines, acordeones y guitarras.
Era un magnífico baile. Una pantomima fantástica que constituía un himno a la naturaleza salvaje.
La bailarina de pies desnudos era joven y hermosa.
Ilona se sintió subyugada por el espectáculo. Bajo el cielo estrellado, aromado por el hálito del bosque, todo le parecía bello y sencillo.
Sin embargo, dos ojos sombríos y ardientes acechaban a la cautiva.
Al día siguiente, cuando apareció el sol tras los árboles, rojo como una inmensa bola de fuego, la caravana emprendió su errante marcha.
Tendida sobre su lecho de plumas, Ilona soñaba perezosamente con un trono de oro y la música de un violín. Era el joven gitano Chandor quien tocaba bajo el balcón de su carro.
Ya despierta, Ilona oyó una voz de mujer que decía:
—Déjame entrar.
—¿Qué buscas aquí? —preguntó el joven Chandor, interceptando el paso a la mujer.
—Eso sólo me importa a mí —dijo la mujer.
—Baja o te arrojo a puntapiés de aquí —insistió Chandor.
Ilona saltó del lecho y apartó el cortinaje. La súbita aparición de la reina de los gitanos dejó mudos a los dos interlocutores.
—¿Me necesitaba usted, Pepa? —preguntó Ilona, quien había reconocido a la gitana que danzó esa noche en el bosque.
—Quiero hablarte —respondió Pepa—, y conocer de más cerca a Ilona, nuestra futura reina.

Un acento mordaz apoyaba esas palabras.

—Tú sabes, Pepa —insinuó Chandor—, que Ilona es ya nuestra reina, aun cuando todavía no ha sido coronada en la cripta.

—Eso falta por ver —dijo Pepa—. Chandor, déjame pasar. Tú no tienes derecho a impedirlo.

La voz de Pepa se había tornado ronca y sus negros ojos lanzaban llamas.



La gitana Pepa efectuaba una maravillosa danza.

—Entra, Pepa —ordenó Ilona—, si deseas hablarme. Estoy aquí para eso.

La hija del marqués de Kanisza apartó la cortina y dejó pasar a la iracunda gitana.

—Qué bien instalada estás —exclamó con sorna Pepa—. Te han dado el carro que siempre me negaron a mí.

—Explícate —replicó tranquilamente Ilona—. No te comprendo.

La voz de Ilona permanecía calma, pues no quería demostrar temor.

—¿No comprendes —gritó entonces Pepa, con acento furioso— que has venido a usurpar mi lugar y que yo te odio?



Ilona concurría como reina a la fiesta gitana.

—¿Por qué tu lugar? —preguntó Ilona—. A mí me llamaron. De otra manera no habría venido.

—Sí, sí, ya lo sé —declaró Pepa—. Pero mi madre no traicionó a su raza como la tuya. Mi sangre es gitana. La tuya está mezclada. Tú eres una advenediza en este campamento. Nunca serás la reina.

—No tienes derecho para hablar así, Pepa —insistió Ilona—. Nunca solicité venir aquí, ni ser reina.

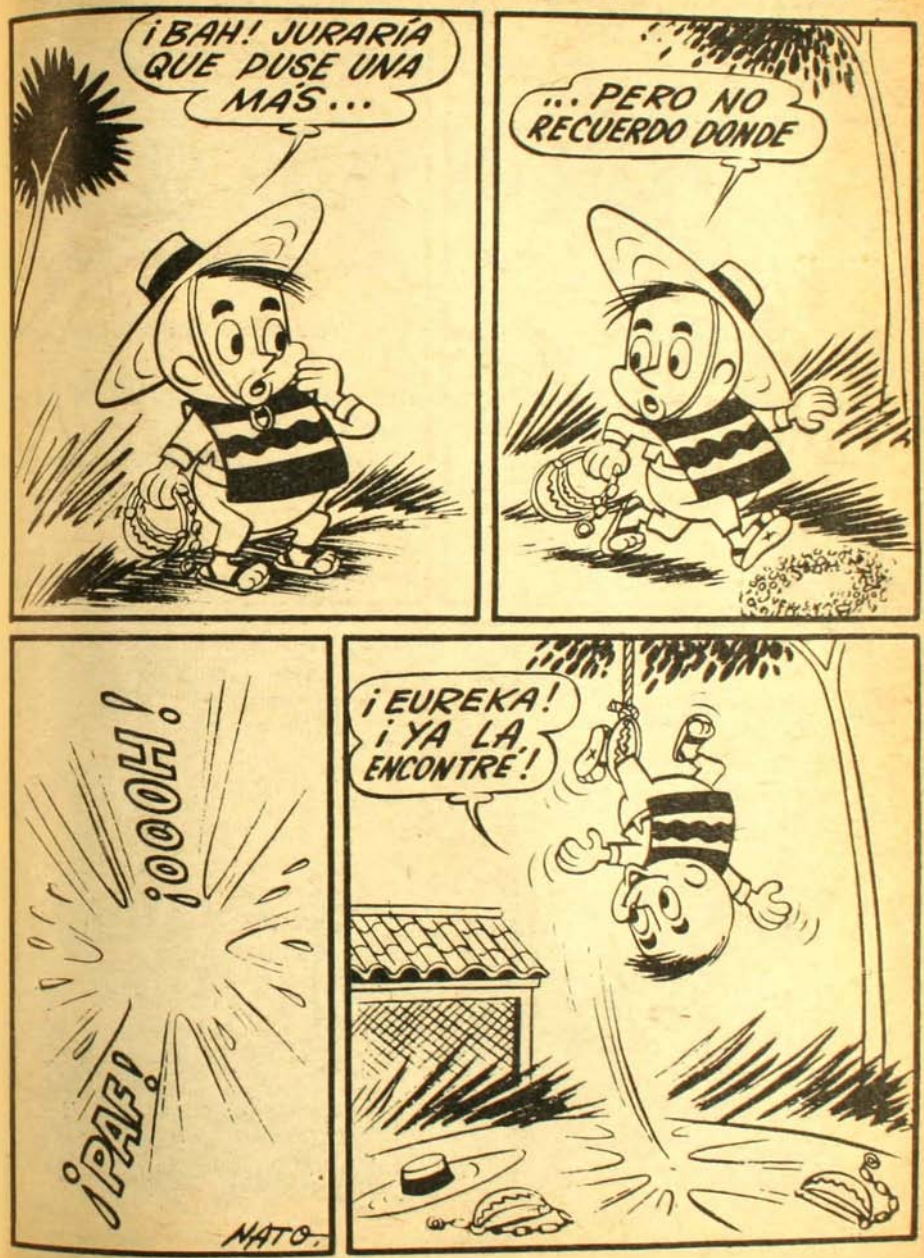
—Mientes, mientes —vociferó la enajenada Pepa—. Sabías que al venir aquí usurpabas mi lugar.

(CONTINUARA)

Ponchito


COLOQUÉ TRAMPAS ALREDEDOR DEL GALLINERO...
...POR SI VIENEN LADRONES
AL DIA SIGUIENTE
¡IRÉ A RECOGER LAS TRAMPAS!
...Y CON ESTA SON TRES

por nato


¡BAH! JURARÍA QUE PUSE UNA MÁS...
... PERO NO RECUERDO DONDE
¡EUREKA! ¡YA LA ENCONTRÉ!
¡OOH!
¡PAF!
NATO



El Hijo del Lobo.



CAPITULO XXII.—El bárbaro aprisionado por Tristán.

La fortaleza de Logres constituía ya el último baluarte contra las hordas del nórdico pelirrojo Erico.

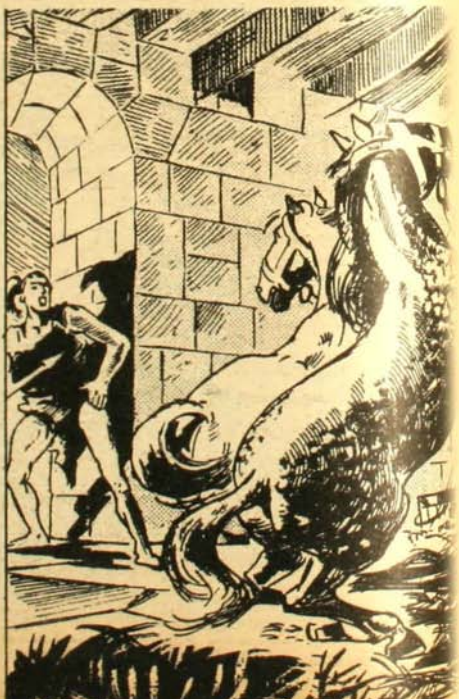
Uno a uno habían caído los torreones vecinos al castillo del conde de Logres, y ni uno de sus moradores quedó vivo.

Cierta vez Tristán, el Hijo del Lobo, salió de la fortaleza por las esclusas que graduaban el agua de los fosos que circundaban la fortaleza.

El salvaje lanzó su jabalina a las caballerizas.



Los corceles se encabritaron ante la presencia del nórdico.





El salvaje sentía un terror sagrado al ver a esos animales desconocidos.

dos para el salvaje que no conocía la raza caballar.

Al sentir el golpe de la jabalina, los corceles se impacientaron y alzaron sus cascos contra el muro.

El salvaje observaba con ojos de loco a esos monstruos de cuatro patas.

Todo su cuerpo temblaba; se cubrió el rostro con las manos y, poseído de un terror sagrado, dejó caer todas sus jabalinas, y él mismo cayó al suelo.

Tristán comprendió que los bárbaros no conocían esa raza caballar y aprovechó el pánico del nórdico para atarle de la

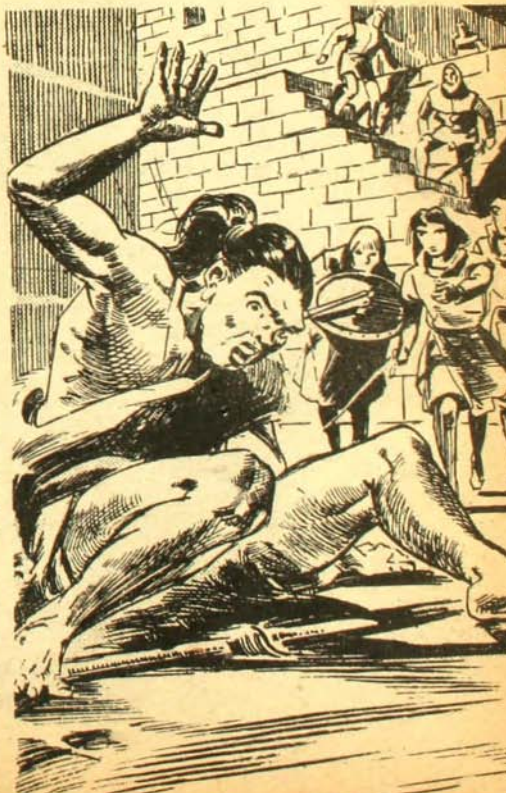
En su nocturna excursión divisó el enorme ejército del pelirrojo Erico, y volvía despavorido al castillo, cuando advirtió que uno de los salvajes nórdicos le seguía.

Armado de una enorme jabalina, el bárbaro se disponía a lanzarla sobre los muchachos Rudel, Lancelote y Tristán.

De pronto oyó el relincho de la caballada y quedó como petrificado.

Volviendo el arma, lanzóla entonces al sitio de donde provenían esos relinchos desconoci-

El coloso se dejó caer al suelo y gimió.



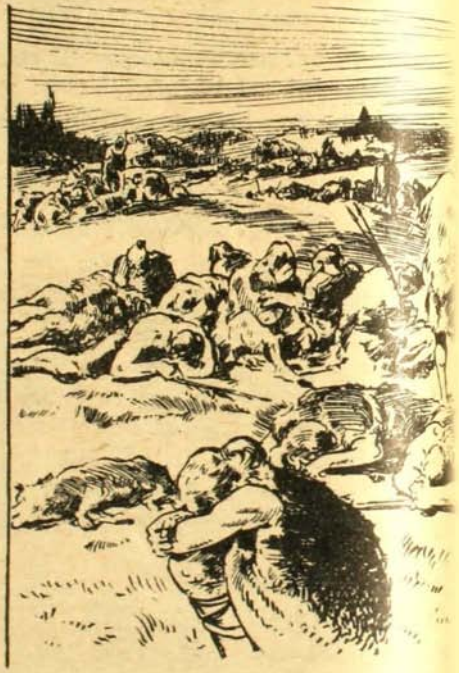
cintura con gruesos cordeles. Lancelote, el rubio, le ayudaba a atar al gigante, que no trataba ya de defenderse.

Entretanto, el hormiguero humano que rodeaba el castillo de Logres acampaba en el prado. Algunos se tendían en la hierba para dormir y otros vigilaban. Se diría un inmenso rebaño que tomaba un reposo nocturno.

La horda del pelirrojo Erico nunca combatía durante la noche. Como ellos se creían hijos del sol, pensaban que la fuerza se las daba el brillante astro del día.



Tristán y Lancelote ataron al salvaje.



La horda de Erico, el pelirrojo, acampaba en la pradera.

Aquel potente ejército se extendía desde la floresta hasta la pradera, y los centinelas, situados en las torres, decían que los enemigos eran tan numerosos como granos de arena.

Soldados y alumnos de la Escuela de Caballería continuaban preparando la defensa. Ya tenían todas las hogueras encendidas, y sobre éstas grandes fondos con aceite hirviendo.

¿Pero qué podrían esos cuantos hombres y muchachos valientes contra la horda salvaje?

El conde Logres, con los demás nobles y sus damas, ninguna ayuda prestaban. Su vida de molicie y suntuosidad les imposibilitaba para guerrear y ni siquiera se daban la molestia de subir a las torres para ver el peligro.

Tristán, desesperado de su impotencia, evocaba al mago Merlín y pedía a la paloma blanca que llevara sus ruegos al anciano, que era su protector.

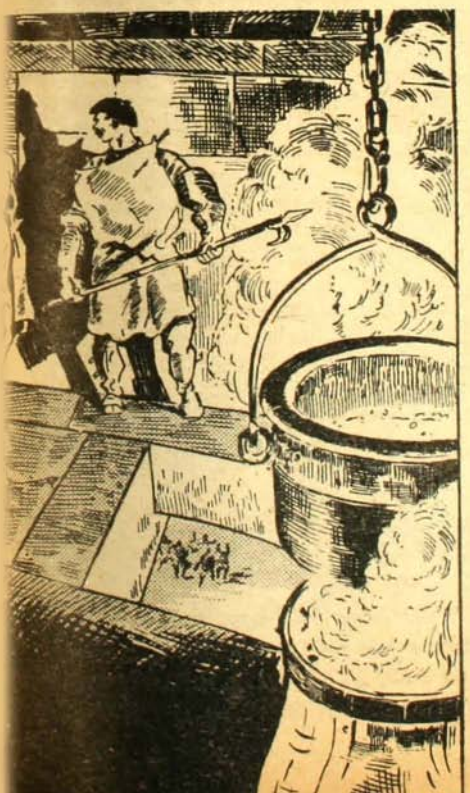
—¡Tristán! —gritó de pronto Lancelote, quien custodiaba al gigante salvaje—, este hombre está rompiendo las ligaduras como si fueran de papel.

Los hombres que atizaban el fuego cogieron una lanza enrojecida para perseguir al bárbaro.

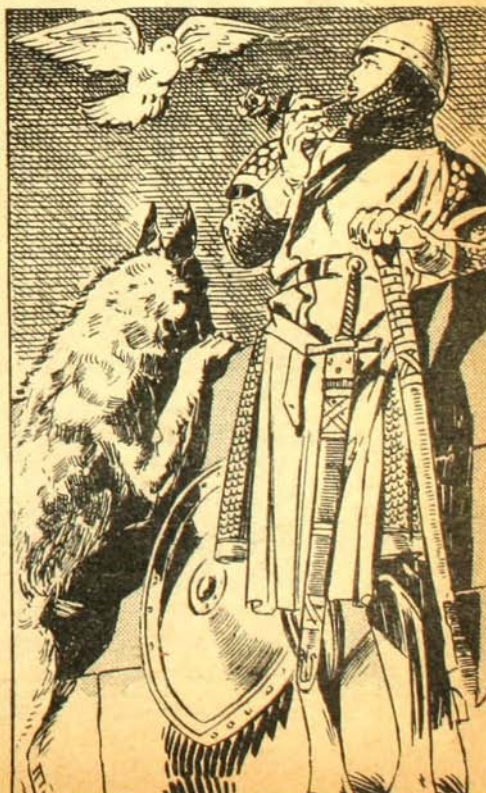
El tumulto era indescriptible.

(CONTINUARA)

Soldados calentaban agua y aceite en las cubas.

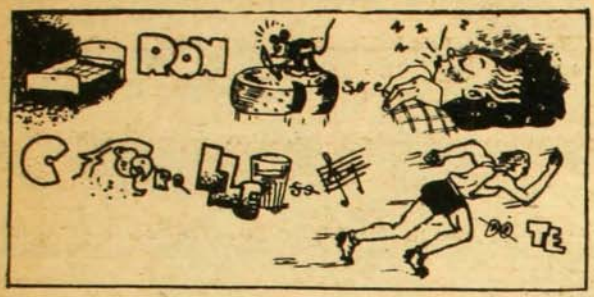


Tristán evocaba al mago Merlín para que les salvara.



¿Adivina Ud?

CONCURSO FRASE POPULAR



Dinos: ¿Qué frase popular representa el dibujo? Envía tu respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D., Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 165: Horizontales: 1, roto; 2, aro; 3, menú; 4, ajo. Verticales: rama, oreja, tono.

PREMIADOS CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Irene Carrillo, Temuco; Hugo Gutiérrez, Chillán Viejo; Nelson Santander, Santiago. UNA ARMONICA: Mercedes Oñate, Concepción; Ronnie Araneda, Arauco; Beatriz Encina, Santiago. UN LAPICERO FUENTE: Vladimiro Sáez, Llolleo; Enrique Millalén, Santiago; Ramón Chacón, Los Andes. UN LAPIZ AUTOMATICO: Armando Zapata, Santiago; Nicanor Pérez, San Bernardo; Guillermo Muñoz, Molina. UNA CARPETA ESQUELAS: Guillermo Segovia, Quilpué; Silvia Montiel, Valdivia; Anita Kroyer, Talcahuano; Nelly Salinas, Santiago; Delfina Contreras, Santiago; Liliana Matamala, Quilpué. UNA LIBRETA APUNTES: Susi Georgi, Concepción; Arturo Ormazábal, Santiago; Marcela Urzúa, Los Angeles; Ana Silbermann, Santiago; María Victoria Torres, Santiago; Enrique Vidal de la Cerda, Valparaíso. UN VITALMIN: Eduardo Zamorano, Santiago; Guillermo Aguilera, Viña del Mar; Eugenia Castillo, Rancagua; Mario Galarce, Santiago; Jeanette Abel, Santiago; Carlos Ossandón, Malloa; Ximena Figueroa, Curicó; Jorge Raúl Ortega, Linares; Ricardo Toro, Chillán; Hernán Mendoza, Concepción. 1 LIBRO: María Cabello, Santiago; José Parra, San Antonio; Christa Schumann, Temuco; Nelda Bustamante, Linares; Eduardo Llanos, Santiago; Sergio Poo, Collipulli; Tomás Ovalle, Talcahuano; Héctor Rondón, Santiago; Prudencio Contardo, Santiago; Fabiola Godoy, Chimbarongo.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 167

Dinos la frase.....

¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1952.


PARA QUE NO TE CREAN
ALGUIENTO, TE PASEARÉ
IGUAL QUE A LOS PERROS
PITUCOS
¡AHORA, SÍ!
¡NO CORRETEES A ESE GATO, CHASAMÁN!
¡ACUÉRDATE QUE ERES
PITUCO!
¡MIAOU!
¡GUAU!
SOCORRO
LUGOZE

PELUSITA POR NATO



Simbad

N.º 168

$ 3.—

LA SIERPE DE LA DISCORDIA





CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,65
Semestral: US. $ 0,90
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

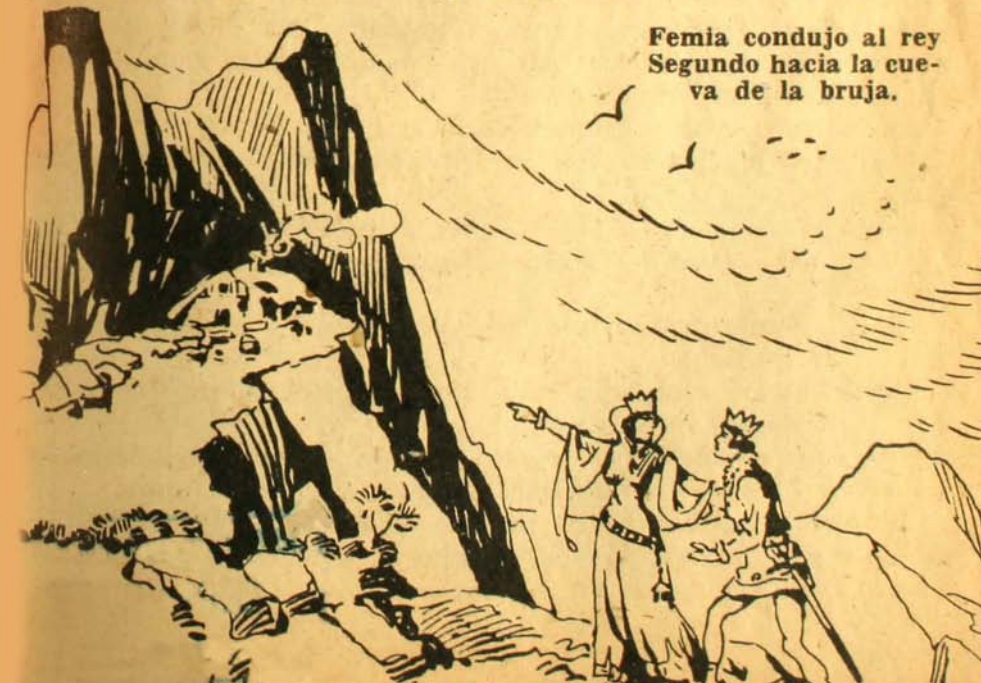
AÑO IV - 19-XI-1952 - N.º 168

La SIERPE de la DISCORDIA

CAPITULO VI.—La bruja entregó a Femia un instrumento de venganza.

Las crueldades sin número de la reina Femia, alias la Ortiga, conmovieron al pueblo de Tulia, al extremo que hubo una terrible sublevación.

—Pedimos la cabeza de esa reina mala y del rey Segundo, que permite tantas crueldades —gritaban los revoltosos.



Femia condujo al rey Segundo hacia la cueva de la bruja.



Del antro infernal surgían llamaradas.

Fué en vano que el rey Primo saliera a los balcones del palacio de Tulia y pidiera tranquilidad a sus súbditos.

—¡Que se vaya el rey Segundo —gritaban los rebeldes—, y que nos entreguen la cabeza de la Ortiga, que es una perversa bruja!

En los primeros momentos de la revuelta, un criado ayudó a huir a Segundo y a Femia, por un paso secreto, y les condujo al viejo castillo de Sandra, donde se refugiaron.

Femia dijo al rey Segundo que ella conocía una bruja, la cual podría ayudarles a tomar venganza de los rebeldes siervos.

Como el infeliz Segundo estaba bajo el hechizo de la Ortiga, accedió a ir en busca de la bruja. Caminaron por montañas y vericuetos casi inaccesibles, hasta que llegaron frente a una puerta, de la cual salían llamaradas.

Una voz estridente y cascada decía así:

—¡Oh fuego infernal!, ¡oh espíritu del mal! Soy vuestra fiel esclava.

—Huyamos, Femia —musitó el rey Segundo, aterrado.

—Entremos —insistió Femia—; la hora de nuestro desquite se aproxima.

La reina Femia descorrió un cerrojo y penetró en el antro maldito de la bruja.

—¿Qué buscáis aquí, hijos míos? —preguntó una horrible mujer, con perfil de ave de rapiña.

—Nos han arrojado del trono de Tulia como perros sarnosos —explicó Femia—, y queremos vengarnos de esa afrenta.

—Primero se expone a una maga el deseo de venganza, y luego se considera la clase de castigo que se pide —dijo la bruja—. ¿Queréis una venganza atroz y sangrienta?



Una horrible vieja recibió a los reyes Femia y Segundo.

—Este es nuestro gran deseo —declaró Femia—. ¿No es verdad, Segundo?

—Tengo muchos medios para destruir un reino —dijo la bruja—. Puedo desencadenar una guerra, puedo sembrar la peste mortífera. ¿Así lo queréis?

—Así lo queremos —dijo Femia.

—Así lo queremos —repitió el pobre rey Segundo.

La bruja extendió sus descarnados brazos, y con un gesto diabólico, gritó:



—¿Queréis algo atroz y sanguinario? —preguntó la hechicera.

—Azam, surge de las tinieblas infernales, —invocó la bruja.



—¡Azam, Azam, surge de las tinieblas y del fuego!

Primeramente se escuchó un silbido, y del humo surgió una sierpe enorme, de cuyas fauces brotaban llamas.

—Huyamos —murmuró el rey Segundo—. Algo horrendo va a ocurrir.

—Mientras más horrendo, mejor —respondió la malvada Femia.

El reptil se enrolló en cuatro vueltas, mientras la bruja le sujetaba por el cuello diciendo:

—Esta es la sierpe de la discordia. Ella girará por los caminos de vuestro reino, y dará muchas vueltas, sembrando el odio, la peste y los disturbios.

—¿Pueden matarla? —preguntó Femia.



Una sierpe diabólica salió de entre las llamas.

—La sierpe de la discordia se hará invisible cuando así lo requiera, pero adonde vaya sembrará el mal —explicó la bruja—. Vuestra venganza será cumplida, y los rebeldes tendrán que someterse a vosotros si no quieren morir. ¿Estáis de acuerdo?

—Contentísimos —dijo la Ortiga.

—Si es así —exclamó la bruja—, la sierpe irá a cumplir su misión.

Dirigiéndose en seguida a la serpiente, le dijo, con voz imperativa:

—Ministro de la discordia, ve a cumplir la venganza que te ordeno.

(CONTINUARA)

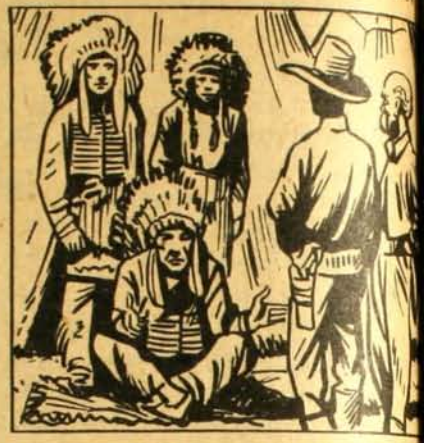


—Esta es la sierpe de la discordia —dijo la bruja a Femia y Segundo.

ANDANZAS DE SAMUEL BILL

CAPITULO II.— LA PIEL DE UN ENORME ZORRO PLATEADO.





1. El indiecito Papus, amenazado por su madre, la linda Estrella de la Mañana, saltó a su caballo y se alejó a todo galope. Poco después llegaron al campamento de "Aguila Negra" Samuel Bill y Bepo, acompañados por Estrella de la Mañana. "—Salud, buenos amigos y hermanos", dijo el anciano jefe de la tribu.





2. De improviso se escucharon los alaridos de Papus, a quien su padre, "Ciervo Volante", fustigaba por su desacato contra el viejo Bepo. Papus, reteniendo las lágrimas, pasó delante del grupo de pieles rojas y visitantes, mirando a todos con una fiereza varonil, digna de admiración. "—Bravo el indiecito", dijo Bepo.





3. Pero cuando estuvo solo, comenzó a sobarse la parte dolorida. Para honrar la visita de Samuel Bill y Bepo, los pieles rojas organizaron grandes fiestas, como correspondía a huéspedes tan ilustres. "—Yo querer hermano blanco, porque defiende a los hermanos", decía "Aguila Negra".





4. Entre los festejos, no faltaron las pruebas de equitación. Los jóvenes pieles rojas desplegaron al máximo su destreza y su fuerza en el curso del gran torneo deportivo. Samuel Bill rivalizaba con los indios, y Bepo, siempre mascando su pipa, sentíase orgulloso de las proezas de su buen amigo.

ANDANZAS DE SAMUEL BILL



5. En el primer rango de los espectadores se situaba Papus, mudo de admiración ante las evoluciones de los jinetes. Por la tarde, todo el campamento danzó alrededor de grandes fogatas. Samuel hacía pareja con la linda india Estrella de la Mañana. "—Quién fuera grande", rumiaba Papus.



6. Tarde ya, Bepo y Samuel Bill, rendidos de fatiga, se retiraron a la espaciosa ruca que les había destinado "Aguila Negra". De pronto Samuel lanzó una sorpresiva exclamación, al entrever algo extraordinario. Era la piel de un zorro plateado. "—Al alba iré a preguntarle al jefe dónde cazó este animal", dijo Samuel Bill.



7. El viejo "Aguila Negra" saludó solemnemente a Samuel y le preguntó cómo había dormido. "—Bien, hermano, pero me he desvelado pensando dónde cazaste esta magnífica piel de zorro plateado." "—Mi hermano blanco conoce bien las pieles —dijo sonriendo "Aguila Negra"—. Esa vale muchos dólares."



8. "—El zorro cuya piel tienes en las manos —prosiguió el jefe indio— es más grande que un lobo. "Patas de Bisonte" lo trajo de muy lejos, de mucho más allá de los grandes desfiladeros del río Colorado. Si tú quieres llamaré a "Patas de Bisonte", y él te dirá dónde viven esos animales de tan preciada piel."

(CONTINUARA)



EL PRINCIPE ACMED

TERCERA Y ULTIMA PARTE.—El enano Chaibar.

—Si estás casado con un hada tan maravillosa —prosiguió el sultán Almor—, bien puedes influir con ella para ofrecerme una tienda gigante. No ignoras los gastos que origina el transporte de las tiendas de los soldados cuando salimos en campaña. Por ello, desearía poseer la tienda más grande del mundo, pero que al mismo tiempo sea tan pequeña que se pueda llevar en el bolsillo.

Marchóse el príncipe Acmed, caviloso y disgustado, y, al llegar al lado de su esposa, el hada Pari-Banú, le contó lo sucedido.

La hermosa hada le escuchó en silencio, y luego, llamando a una doncella, le ordenó que trajese la tienda de campaña más grande que pudiera encontrar.

Poco después regresó la servidora, trayendo en la mano un pequeño envoltorio, no más grande que una pelota, el cual entregó a su ama.

Al ver el pequeño envoltorio, el príncipe Acmed creyó que se estaban burlando de él.

—No dudes, esposo mío —dijo Pari-Banú—; lo que te doy es la tienda más grande que se puede pedir. Para probártelo, acompáñame al parque y la haré montar en seguida.

Llamados por el hada, acudieron los sirvientes, quienes desplegaron la tienda, que podía dar cabida en su interior, no ya sólo al ejército de su padre, el sultán Almor, sino a toda la población.

Ordenó después el hada que volvieran a desmontar la tienda y, convertida nuevamente en una pequeña pelota, el príncipe Acmed la guardó en su bolsillo y partió hacia el reino de su padre.

Pasmado se quedó el sultán Almor cuando su hijo hizo montar la tienda en una gran llanura. Ostensiblemente, dió las gracias a Acmed, pero, interiormente, al comprobar el poder adquirido por su hijo al casarse con el hada Pari-Banú, sintióse invadido de

agudos celos, y temió que su hijo pudiera llegar a destronarle. Cuando Acmed se retiró a descansar, el sultán Almor llamó a la intrigante maga, y le contó lo que había ocurrido con su hijo. La diabólica bruja, lanzando una pérfida risita, dijo entonces:

—Pídele al príncipe Acmed que te traiga un poco de agua de la "Fuente de los Leones", que cura toda dolencia.

Así lo hizo el sultán, exponiendo a su hijo las razones que le movían a pedirle el agua de la "Fuente de los Leones".

—Si está a tu alcance conseguirme esa agua milagrosa —dijo el hipócrita sultán—, yo sanaría de mis dolencias, y evitaría que me acosaran otras nuevas.

No le hizo mucha gracia al príncipe Acmed esta nueva petición del sultán, pero prometió hacer cuanto estuviera de su parte para satisfacerlo.

Impuesta el hada Pari-Banú de la nueva petición del sultán, dijo a su esposo:

—Esto encierra una gran perversidad, y fué sugerido a tu padre por otra que la mujer que una maga, que no es albergaste aquí un día. Ellos buscan tu perdición. Por ello te mandan en busca del agua de la "Fuente de los Leones", pues saben que está guardada por cuatro de estas fieras, contra las cuales es imposible salir vencedor.

—No volveré más al reino de mi padre —declaró Acmed.

—Nada de eso —expresó Pari-Banú—. Yo te

Poco después regresó la servidora trayendo en la mano un pequeño envoltorio.



indicaré el medio de obtener el agua de la "Fuente de los Leones", y se la llevarás. Mañana saldrás, llevando una acémila cargada con cuatro cuartas de carnero. Toma este ovillo, y en cuanto estés a alguna distancia de aquí, arrójalo al suelo, y él irá rodando para indicarte el camino. Así llegarás al alcázar donde está la fuente, y cuya puerta encontrarás abierta. Allí están los leones. Dos de ellos dormirán, y dos velarán, pero, al verte, lanzarán profundos rugidos, y las cuatro fieras se prepararán para embestirte. Coge entonces la carne de carnero y arrójaselas. Mientras ellos comen, tú sacarás agua de la fuente.

Al día siguiente, el príncipe Acmed partió en busca del agua de la "Fuente de los Leones". Todo resultó como le había indisado Pari-Banú, y el príncipe logró llenar una botellita con el agua milagrosa.

El príncipe Acmed, con una escolta aun más numerosa y brillante que las anteriores, llegó al palacio del sultán Almor y le entregó el agua de la "Fuente de los Leones".

El sultán se deshizo nuevamente en múltiples cumplidos, pero esta nueva prueba del poder de su hijo Acmed no le hizo mucha gracia. Como la otra vez, hizo llamar a la pérfida maga, quien ya estaba enterada de todo y dijo furiosa:

—¡Maldición! Tu hijo es demasiado fuerte para ser derrotado así. Hemos de hallar la forma de pedirle algo que no pueda traerte, algo que esté fuera del alcance de su esposa, el hada Pari-Banú, y entonces tu reino estará seguro.

—¿Qué podemos pedirle ahora? —preguntó el sultán.

—Dile que te traiga un hombre cuya estatura no pase de un pie, que tenga una barba y el cabello de por lo menos treinta pies de largo y que sea lo bastante fuerte para llevar sobre sus espaldas un barrote de quinientas libras de peso, que lo mismo sirva de arma que de bastón.

Así lo hizo al otro día el sultán Almor, diciendo a su hijo que de dar cumplimiento a su demanda, le ofrecería una prueba de cariño y obediencia.

Esta vez Acmed se enfadó, pero procuró disimularlo.

Cuando llegó al lado de su esposa, la enteró del último capricho de su padre.

—No tengas cuidado, Acmed —dijo el hada—. Yo conozco al hombre que necesitas y dentro de un rato lo tendrás aquí.

En seguida mandó traer un braserillo con lumbre y, derramando polvos de diversos colores en él, llamó:

—Chaibar, ven, te necesito.

Instantáneamente salió del braserillo una espesa humareda y se oyó una voz estentórea que respondía:

—Aquí estoy, hermana, ¿qué me quieres?

Acmed dirigió sus miradas al sitio donde ardía el fuego y vió a un hombrecillo que apenas le llegaría a la rodilla, pero muy corpulento y fornido. Era jorobado de la espalda y del pecho, los brazos muy gruesos y tan largos como su cuerpo y los dedos de sus manos gordos y largos. Los ojos muy hundidos, la boca le llegaba de oreja a oreja y la nariz era retorcida y aplastada. Su barba, espesísima y mezclada con los cabellos, cubríale todo el cuerpo y se arrastraba por el suelo en una longitud de treinta pies. Sobre el hombro sostenía un pesado barrote de hierro.



El sultán Almor quedó pasmado de asombro al ver la inmensa tienda de campaña.

El recién llegado dió una mirada fiera al príncipe Acmed, y preguntó a Pari-Banú quién era ese joven.

—Querido Chaibar —contestó el hada—, es Acmed, mi esposo, en cuyo nombre te he llamado para que nos prestes un pequeño servicio.

—Siendo tu esposo estoy dispuesto a servirle —exclamó Chaibar, dulcificando la voz.

Pari-Banú enteró a su hermano de todo lo ocurrido desde su casamiento con Acmed, y a la mañana siguiente Chaibar y el prín-



...Y al disiparse el humo surgió un horrible monstruo con una barra de hierro.

cipe emprendieron el camino hacia el palacio del sultán Almor.

Las gentes huían despavoridas al ver al horrendo enano, de manera que Acmed y Chaibar penetraron en la sala del trono de Almor sin ser anunciados por nadie.

El sultán estaba allí sentado, con la cabeza entre las manos y rodeado por sus visires y consejeros que guardaban el más absoluto silencio.

Chaibar se adelantó blandiendo su pesada barra y dijo:

—Sultán, has deseado verme y aquí me tienes. ¿Qué se te ofrece?

El anciano Almor levantó la cabeza, y al ver ante sí a aquel enano, lanzó un grito penetrante, y se levantó para huir, pidiendo que echaran a ese monstruo.

Chaibar, echando chispas por los ojos, se precipitó tras el sultán, exclamando:

—¿Es para hacerme esta afrenta para lo que has pedido verme?

Y levantando la pesada barra, la dejó caer sobre el pobre sultán, que cayó fulminado.

Luego, con furia incontenible, volvióse hacia los consejeros y les dijo:

—Vosotros sois los culpables, porque con vuestras falsas insinuaciones, obligasteis al sultán a olvidar su cariño filial.

Y cargando sobre ellos, comenzó a repartir golpes a diestro y siniestro, hasta que concluyó con todos los malos consejeros.

En seguida se fué al lugar donde vivía la maga, quien, al verle, cayó de rodillas, implorando su misericordia. Pero Chaibar esta-

ba poseído por horrible furor y con un golpe mató a la horrible hechicera.

—Voy a destruir también toda la ciudad —gritó entonces el enano— y acabar con este nido de calumniadores si en el acto no reconocen a mi cuñado Acmed por su señor y sultán de las Indias.

Al oír esto todos los que estaban en las cercanías gritaron a una voz:

—¡Viva el sultán Acmed! ¡Viva nuestro señor y dueño!

Chaibar ordenó a Acmed que vistiera el traje del sultán Almor y ocupara el trono. En seguida fué en busca de su hermana el hada Pari-Banú, la que llegó escoltada por un séquito brillante de hadas y genios.



Chaibar, echando fuego por los ojos, se precipitó sobre el sultán Almor y lo fulminó con su barra.

Acmed la hizo sentarse a su lado en el trono, siendo reconocida como reina de todas las Indias.

El príncipe Alí y la princesa Nurinarda, que no habían tomado parte en las maquinaciones fraguadas contra el príncipe Acmed, se fueron a reinar a una de las mayores provincias que su hermano les cedió. En cuanto al príncipe Husan, nunca quiso salir de su retiro en el desierto.

Después hubo grandes fiestas. Chaibar permaneció en la corte de su cuñado el tiempo que consideró necesario para ver consolidado el imperio, y luego, una mañana, desapareció misteriosamente, sin que nadie le hubiera visto partir.

Acmed y el hada Pari-Banú continuaron reinando pacíficamente, tuvieron muchos hijos, y todavía reinan en la India los descendientes de esta feliz pareja.

FIN

CORENTIN PIRATA INVENCIBLE

CAPITULO II.— BELOC OBSEQUIA A CORENTIN LA ESPADA DE MORGAN.



1. Corentín, a pesar de que los piratas le habían atemorizado con el viejo brujo y endemoniado, entró con paso firme en la gruta de Beloc. En el fondo distinguió la fisonomía noble y angusta de un anciano, cuyos ojos brillaban con extraño fulgor. "—¿Para qué te envió aquí Brujes?", preguntó Beloc.



2. "—Me dijo que usted, señor Beloc, me aconsejaría." "—¿Cómo te llamas?" "—Me llamo Corentín, y soy descendiente de Morgan, el corsario." Al nombre de Morgan, el anciano se levantó como movido por un resorte. Tan extraña era su expresión, que Corentín se aprestó a cualquier eventualidad.



3. La silueta fantástica de Beloc formaba una inmensa sombra en los muros de la caverna. "—Morgan era un buen amigo mío —dijo por fin el viejo—. ¿Qué buscas tú aquí?" "—Quiero ser pirata", declaró Corentín. "—Necesitas ser muy valiente", insinuó Beloc. "—Lo soy", afirmó Corentín.



4. "—Muestras has dado de valentía al venir a mi guarida— exclamó el anciano Beloc—, porque todos me temen y dicen que soy un demonio condenado." El viejo palpó los fuertes músculos de Corentín, mientras el muchacho le respondía: "—Aunque usted fuera el mismo demonio, no le temería."

CORENTIN PIRATA INVENCIBLE



5. "—Espérame aquí", indicó el anciano Beloc. El viejo se introdujo en el fondo de la caverna. Volvió en seguida, trayendo una espada, que entregó a Corentín, diciéndole: "—Toma esta espada. Mientras te batas con ella, nada te sucederá, pero has de jurar que sólo la emplearás en justas causas."



6. Corentín hizo el juramento; después cogió la espada y la metió en su vaina. "—Ahora, vete —expresó el anciano Beloc—, y acuérdate de mis palabras." Corentín se despidió de Beloc, salió de la gruta, y el anciano le gritó: "—No vuelvas la cabeza atrás por ningún motivo."



7. Al caer la tarde, Corentín llegó a la posada de Macnel. El posadero le observó con espanto. "—¿Viste a Beloc?", le preguntó. "—¿Qué de extraño tiene que le haya visto?", replicó Corentín. Entonces se acercó un hombre barbudo. "—¿Cómo encontraste a ese viejo brujo de Beloc?", indagó el de la negra barba.



8. "—Como todo el mundo", expresó Corentín. "—Me gusta por lo intrépido —exclamó el hombre barbudo—. ¿Querrías enrolarte en mi barco, muchacho? Yo soy el capitán del "Carrik", un velero que tiene muchas proezas en su haber. Si te gusta el mar, te engancho en mi tripulación." "—Acepto", respondió Corentín.

(CONTINUARA)

EL SECRETO de la GITANA



CAPITULO VII.—La gitana Pepa ataca a Ilona.

RESUMEN: Ilona, hija del marqués de Kanisza, noble húngaro, se siente desplazada y comprende que hay un secreto en su vida. Por fin descubre que su madre era una gitana, e inmediatamente decide huir, vistiendo el traje que un día vistió su madre. Una vieja gitana la espera en el parque de Kanisza y la conduce al campamento. Allí es recibida como una reina, pero la bailarina Pepa se constituye en enemiga de Ilona y la provoca.

—Basta ya —dijo Ilona a la enfurecida Pepa—. Si quieres arreglar este asunto, habla con Muta, quien me trajo aquí.

—Tú eres una bastarda —gritaba Pepa—. Yo soy tu prima hermana y la sangre de la gran Sara corre por mis venas como en las tuyas, pero enteramente pura. Soy yo quien debería estar en este carromato dorado; yo quien debería recibir el homenaje de los nuestros. No permitiré que me usurpes la corona; no; jamás...

En ese momento Pepa extrajo con la rapidez de un relámpago un puntiagudo puñal que tenía escondido en los pliegues de su vestido y saltó sobre Ilona.

Pero, con igual rapidez que Pepa, una sombra saltó tras la gitana, y vigorosas manos la enlazaron antes que diera el golpe.

Chandor había escuchado la conversación de ambas jóvenes e intervenía muy a tiempo.

Habiendo inmovilizado a Pepa, Chandor le quitó el puñal y la arrojó fuera del carro antes que Pepa lanzara un solo grito.

Momentos después la vieja Muta se acercaba a Ilona.

—Mi reina, ¿estás herida? —preguntóle la gitana, con ansiosa voz.

—No —murmuró Ilona—, no me han herido, al menos, físicamente.

En verdad, la hermosa Pepa había herido mentalmente a Ilona y su corazón angustiado parecía verter sangre.

Por primera vez desde su partida, Ilona evocó a su padre con pesar. Recordó su vida tranquila y mimada, la cual había abandonado para correr a la ventura y conocer el odio.

—No me hablas, mi reina —murmuró Muta, inquieta con el silencio de Ilona.

—¿Por qué no me dijiste —preguntó Ilona— que ya había otra reina en la tribu?

—Pepa ha mentido, mi reina —declaró Muta—. La sangre de nuestra santa Sara sólo corre por tus venas, Ilona. No hay más que una reina entre nosotros y ésa eres tú.

Su voz era tan tierna que parecía una plegaria y su mano negra y huesuda acariciaba suavemente el brazo de Ilona.

—He luchado tanto por reconquistarte —agregó Muta—, que nadie, nadie tiene la facultad de discutir tus derechos al trono.

—Nunca serás reina de los gitanos —gritó Pepa, amenazando a Ilona con un puñal.



Y la vieja alzaba el puño como batiéndose con un enemigo invisible.
—¿Quién es esa Pepa? —preguntó Ilona.
—Pepa es una hija de la tribu, como cualquiera otra —dijo Muta—. No te atormentes.
—Es mi prima —expresó Ilona—. No me lo niegues.
—Entre los gitanos no hay primos —aseguró Muta—. Tú eres nuestra reina y nosotros somos tus hermanas y hermanos.
Ilona comprendió que no obtendría mayores datos de Muta y, cogiendo una guitarra, se sentó sobre su lecho y comenzó a rasguear las cuerdas.
—Eso está mejor —musitó la vieja, sentándose a los pies de su reina—. Voy a sacarte la suerte con mis naipes.
Muta tendió varias cartas a Ilona, pronunciando palabras fatídicas.
—Córtalas con tu mano izquierda —enseñaba la gitana—. Una, dos, tres, cuatro. Un tres de bastos. Hay un largo camino ante ti... Cinco, seis, siete. Un rey de corazón...
La vieja adivina guardó silencio.
—¿Por qué no prosigues, Muta? —preguntó Ilona.
—Tonterías, mi reina... Tengo que ir a prepararte una buena cazuela de gallina para tu almuerzo —dijo Muta, visiblemente inquieta.
Ilona vió que Muta recogía apresuradamente el naipe y se deslizaba fuera del carromato.
Ilona quedó cavilando y su pensamiento se dirigió otra vez a casa de su padre.
¿Cómo habrían interpretado su fuga en el castillo de Kanisza? Ella no dejó ni una misiva de despedida. Tal vez su padre estaría contento de verse libre de ella tan fácilmente... Su conducta le eximía de toda responsabilidad.
Pero algo le decía que eso no era verdad, y que el dolor de su padre debía ser grande. Acaso la andaría buscando por cielo y tierra.
"Querría saber dónde nos encontramos —suspiró Ilona—. Hace muchos días que andamos viajando y sólo he visto gitanos. Hoy es el primer día que viajamos de día."
Asomada a la ventanilla, Ilona miraba el paisaje. Ya no era el llano húngaro que ella conocía. En lontananza se dibujaba una serie de montañas y el cielo era de un azul intenso.

"Cómo supiera en qué país estamos —pensó Ilona, con lágrimas en los ojos—. Mi padre no podrá alcanzarme."

Llegaron días lluviosos, pero la caravana avanzaba siempre, atravesando ríos, bosques y montañas.

A pesar de las pieles, Ilona sentía frío en su carromato, y la mayor parte del día permanecía arrebujada en su lecho.

La fugitiva había caído en un abatimiento que nada bueno presagiaba.



Mientras Ilona tocaba la guitarra, la gitana le veía la suerte en el naipe.

Cuando la caravana se detenía, ella trataba de reunirse con los gitanos y tomar contacto con su vida. Desgraciadamente todo la separaba de ellos: el lenguaje, las costumbres y la educación.

Así, poco a poco, fué naciendo en Ilona un deseo irresistible de liberarse y volver a casa de su padre.

Día y noche trabajaba en este proyecto, pero su fuga le parecía imposible.
La vieja Muta velaba sobre ella con fe ardiente y celosa. Apenas si tenía derecho para salir del carromato.
El gitano Chandor, a quien Ilona creyó al principio su amigo y admirador, la seguía a todas partes; sus ojos furtivos la perseguían y parecían espiar sus menores movimientos.
Desde el día en que Pepa trató de asesinarla, Ilona no volvió a divisarla en el campamento. Cuando interrogaba a la vieja Muta, ésta guardaba silencio, y Chandor daba respuestas evasivas que hacían presumir que Pepa estaba encerrada en alguna prisión gitana.
Cuando podía evadirse de sus guardianes, Ilona se acercaba a los gitanillos, y jugando con ellos les preguntaba dónde se hallaba Pepa. Los diablillos morenos observaban la voz del silencio con la rigidez de los grandes.
Por fin una mañana, al abrir la ventanilla, Ilona exclamó al ver un rincón de mar:
—El mar Adriático.
Jubilosa saltó del lecho, como si el saber dónde estaba le causara gran alegría.
—Muta, Muta —dijo la niña a la vieja gitana—. Estamos en Italia.
—Todavía no —respondió discretamente la vieja.
Ilona cantaba mientras peinaba sus negros cabellos.
—Estás alegre, mi reina —murmuró Muta—. Me gusta verte así.
—Es el sol, Muta. Me gustan la luz y el cielo azul. Soy como los pájaros. Me gustaría ser bella...
—Eres bella como las estrellas, mi reina —declaró Muta.
—Escucha, Muta —dijo poco después Ilona—; mi vestido está viejo. Me agradaría comprarme uno nuevo.
—Tendrás el traje más magnífico que jamás haya existido —indicó la gitana— el día en que entres en la cripta de nuestra santa Sara en Santa María del Mar. Allí serás coronada.
—Sí, sí —intervino Ilona—; pero me gustaría tener un vestido nuevo ahora mismo. Desde que llegué a la tribu ando con la misma falda y el mismo coselete. Si me quieres, Muta, debes comprarme un vestido en la primera ciudad que visitemos.
—Niña mimada —balbuceó Muta, acariciando la cabeza de Ilona—, tendrás un lindo traje. Yo misma te lo compraré.

—No, no —protestó Ilona—. Tengo yo que escoger ese traje. Hace mucho tiempo que no salgo del campamento.

—Es contra las leyes de los gitanos —insistió Muta—. La reina no debe abandonar la caravana.

—Entonces prefiero no ser reina —dijo Ilona, volviéndose hacia el muro y estallando en sollozos.

Muta trató de mitigar su pena con cariñosas palabras, pero Ilona continuaba gimiendo.

Ella abrigaba la esperanza de poder salir sola, a fin de enviar una carta a su padre, comunicándole dónde estaba.

—Déjame, gitana mala —gritaba Ilona, fingiendo gran enojo—. No quiero ser reina...

—No puedo decidir por mí misma —exclamó por fin la vieja gitana—. Hablaré con los consejeros de la tribu, y si ellos lo permiten, iremos con Chandor a comprar ese vestido nuevo que tanto ansías.

(CONTINUARA)

Ilona circulaba por el campamento conversando con los gitanillos.



Ponchito


...Y PARA ACORTAR LA TARDE...
... JUGAREMOS A LA LOTERÍA
¡AQUÍ ESTAN LOS CARTONES!...
...Y LA BOLSA CON LOS NÚMEROS

por nato


¡PONCHITO, TRAE LOS POROTOS PARA ANOTAR!
¡BUENO, ABUELITA!
¡AQUÍ ESTÁN!
NATO.



El Hijo del Lobo.



CAPITULO XXIII.—Los lagartos gigantes.

Tristán, el Hijo del Lobo, había recurrido a Merlín, el mago, pidiendo a la paloma blanca que fuera en busca de su protector, pues veía el niño que nunca podrían resistir a las hordas salvajes comandadas por Erico, el pelirrojo.

El viejo conde de Logres, hombre de letras y de vida sedentaria, en nada ayudaba a levantar la moral de esos heróicos muchachos que montaban guardia de día y de noche en las troneras de la fortaleza. Tampoco eran de gran utilidad los lacayos, acos-

El salvaje cortó sus ligaduras y huyó hacia las troneras.



Alzando las manos se arrojó al vacío.





Los bárbaros lanzaron alaridos de triunfo.

altura hacia los estanques pantanosos que rodeaban el castillo.

Los bárbaros le recibieron en medio de alaridos salvajes. Era un clamor guerrero que atronaba el espacio.

El deseo de apoderarse de la fortaleza se reanimó en aquellas hordas capitaneadas por Erico, el pelirrojo.

Tristán, el Hijo del Lobo, Lancelote y Rudel observaban desde la altura aquel siniestro espectáculo, mientras los caldereros comenzaban a lanzar por las murallas agua y aceite hirviendo.

tumbrados a la molicie de los castillos, y que continuaban metidos en las cocinas, preparando viandas para sus amos y familias nobles.

Rudel, Lancelote y Tristán lograron aprisionar al salvaje que entró en la fortaleza siguiendo al Hijo del Lobo.

De pronto se oyó un grito estridente, un alarido que conmovió a todos. El bárbaro había roto las ligaduras que le ataban, y sus jóvenes guardianes no pudieron sujetarle.

Corriendo hasta las almenas de la fortaleza, el bárbaro se lanzó de una inconmensurable



Tristán, Lancelote y Rudel presenciaban el más horrendo espectáculo.



Los salvajes caían al estanque, pero otros volvían a la carga.

lagartos gigantes, cuyas garras parecían de fieras salvajes.

—Mira, Lancelote —exclamó Tristán—, esos hombres acarrean lagartos que más bien parecen dragones. ¿Qué pensarán hacer con ellos?

Pronto tuvo Tristán la respuesta.

Los bárbaros de Erico comenzaron a atar del cuello a esos reptiles, y les lanzaron como pelotas contra el muro. Las horribles bestias se afirmaban en las piedras, y trepaban con

Pero nada detenía a los salvajes. Caía uno, y otro le reemplazaba. Sin embargo, les era casi imposible llegar a las troneras.

Entonces ocurrió algo tan extraordinario e imprevisto, que heló la sangre en las venas de los sitiados.

En medio de los estridentes gritos de los bárbaros y del ruido de sus lanzas golpeando las murallas, se oyó una especie de graznido espeluznante.

Los bárbaros acarreaban hacia la fortaleza un sinnúmero de

Comenzaron a traer enormes lagartos que ataban del cuello.



diabólica rapidez por las murallas. Cada lagarto llevaba tras sí a un hombre que se suspendía del cordel que ataba al lagarto.
En pocos momentos los muros se vieron cubiertos de esos repugnantes reptiles, que se aferraban a las piedras.
Los saurios resistían a todo ataque de los sitiados, y continuaban su ascenso.
Contra tales enemigos no había manera de luchar.
Podrían cortar la cabeza de un lagarto, pero subían otros y otros más, con vertiginosa rapidez.
Tristán, Lancelote y Rudel estaban despavoridos. Nunca creyeron que iban a luchar con tan diabólico enemigo.

(CONTINUARA)

Estos lagartos trepaban al muro llevando cada cual a un salvaje.

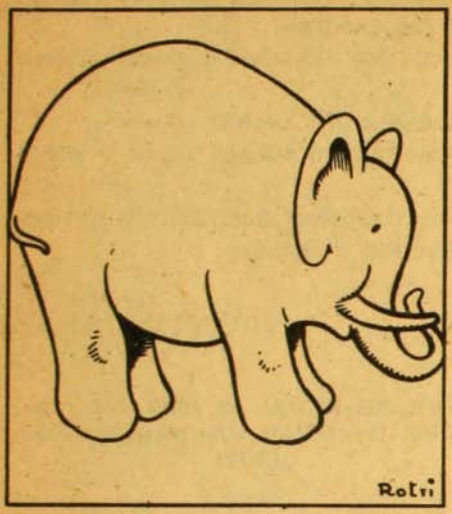


Con sus garras de león, los reptiles ascendían con pasmosa rapidez.



¿Adivina Ud?

CONCURSO ¿QUIEN SOY?



Me encuentro en el elefante, el rinoceronte y el hipopótamo. El arte japonés ha producido verdaderas maravillas conmigo. Entre los nombres que se dan a la Virgen María, figuro yo, en un símbolo de altura y pureza. ¿Quién soy?

SOLUCION AL CONCURSO N.º 166: Riquelme, Aldea, Bulnes, Prat. Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Luis Armando Vergara, Santiago; Angélica Quintana, Talca; Sergio Sagardía, San Bernardo. UN PREMIO DE $ 20.—: Sergio Andaur, Lota; Johnny Smoll, Santiago; Ivonne Obregón, Chillán; Hernán Alarcón, Valparaíso; Flor María Aedo, Rengo; Josefina Rozas, Cartagena; Bernardo Aguilera, Los Andes; Eugenia Dávila, Santiago; María Salas, San Carlos; Hernán Sepúlveda, Quillota. UN JUEGO LOTERIA: Ricardo Moreno, Viña del Mar; Gloria Lemus, Valparaíso. UNA CARPETA DE ESQUELAS: Erika Bobadilla, Valparaíso; Alicia Cortés, Coquimbo; Guillermo Muñoz, Talca; Denis Poo, Collipulli; Hilda Contreras, Santiago. UNA CAJA LAPICES COLORES: Hugo Blanco, San Bernardo; Anita Rodríguez, Chillán; Joel Betancourt, Coronel; Tulia Carrasco, Traiguén; Claudio Cabalín, Temuco. UN VITALMIN: Daniel Amaro, Talca; Jorge Varas, San Bernardo; Enrique Cammell, Concepción; Humberto Gorigoitía, Santiago; David Gamboa, Quilpué; María Rubio, Rengo; Rosa Contardo, Santiago; Hernán Espinoza, Máfil; Ana María Lira, Santiago; Carlos Vásquez, Quillota. UN LIBRO: Hernán Guzmán, La Calera; María Elena González, Santiago; Mónica Hernández, Concepción; Teresa Pérez, Rancagua; Eduardo Reginato, Rengo; Edmundo Faúndez, Molina; Adolfo Romero, Santiago; Patricia Poch, Santiago; Isabel Cerda, Valparaíso; Guillermo Cáceres, Santiago.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

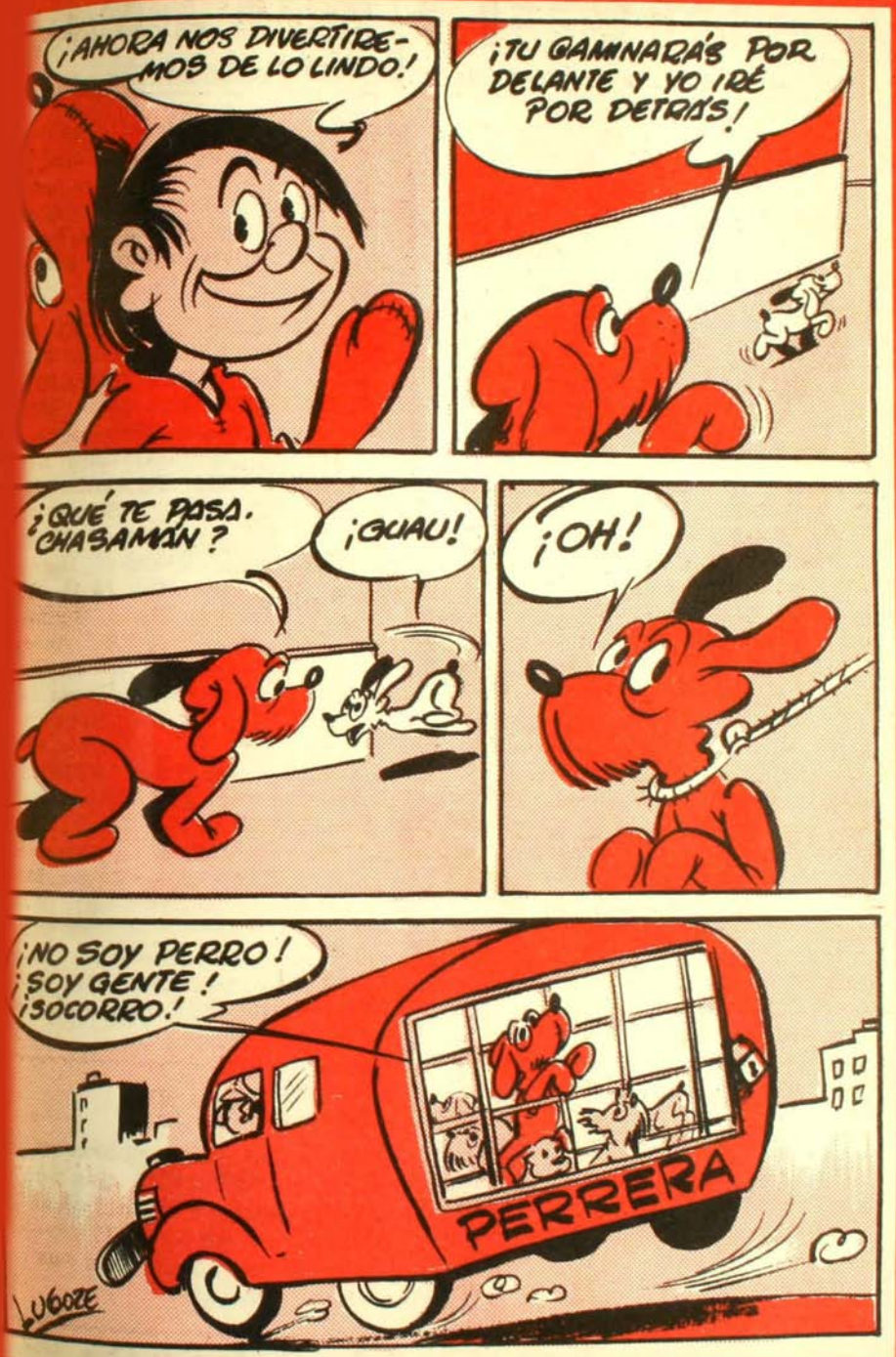
SIMBAD N.º 168

¿Quién soy?

¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1952.


¡AHORA NOS DIVERTIREMOS DE LO LINDO!
¡TU GANARÁS POR DELANTE Y YO ¡RÉ POR DETRÁS!
¿QUÉ TE PASA, CHASAMÁN?
¡GUAU!
¡OH!
¡NO SOY PERRO! ¡SOY GENTE! ¡SOCORRO!
PERRERA
LUGOZE

PELUSITA POR NATO



SIMBAD

$3

N.º 169



QUINTIN Y SU PERRO



CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV - 26-XI-1952 - N.º 169

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,65
Semestral: US. $ 0,90
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

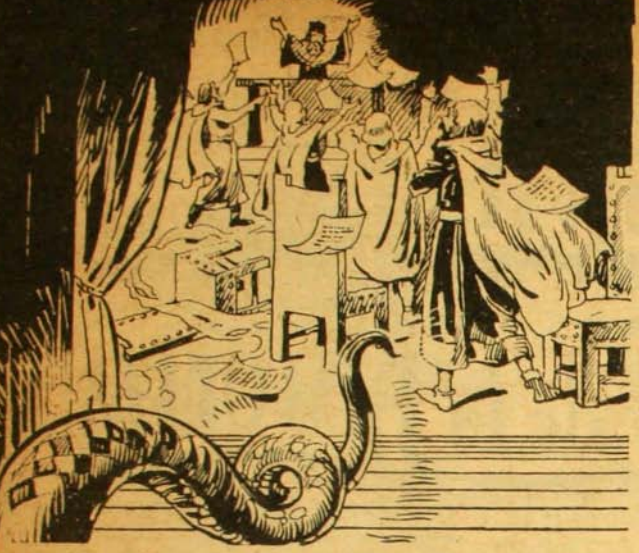
La SIERPE de la DISCORDIA

CAPITULO VII.—Revueltas y tumultos en el reino de Tulia.

El rey Segundo y la pérfida reina Femia, apodada la "Ortiga" por sus maldades y actos de crueldad, se vieron obligados a huir del reino de Tulia, porque la muchedumbre, enfurecida, quería matarla.



La sierpe hacia pelear a los niños del reino de Tulia.



En los Tribunales de Justicia se formaban atroces querellas.

Un criado condujo a los fugitivos hasta el castillejo de Sandra y allí se refugiaron, pero Femia quiso vengarse y destruir el reino de Tulia. Con este fin ella y su dócil marido el rey Segundo, se dirigieron al antro infernal de una bruja y le pidieron que les ayudara a vengarse del pueblo que les había arrojado de su reino. La malvada bruja hizo salir de su guarida a una sierpe enorme e infernal.

—Esta es la sierpe de la discordia —díjoles la bruja—. Ya veréis cómo en pocos días todo se vuelve tumulto y confusión en Tulia.

Un día jugaban alegremente varios niños en un parque de Tulia y de pronto dos chicos comenzaron a pelear.



Los soldados de Tulia se trababan en batallas campales.

—Yo corro más ligero que tú —decía Pedrito.
—Mentira —respondía Juanito—. Eres un bellaco.
—¿A mí dices bellaco? —gritó Pedrito—. Toma y toma.
Los demás chicos se dividieron en dos bandos y tanto pelearon que hubo varios heridos en la refriega.
La sierpe de la discordia, oculta entre los arbustos, encendía el fuego de la discordia.

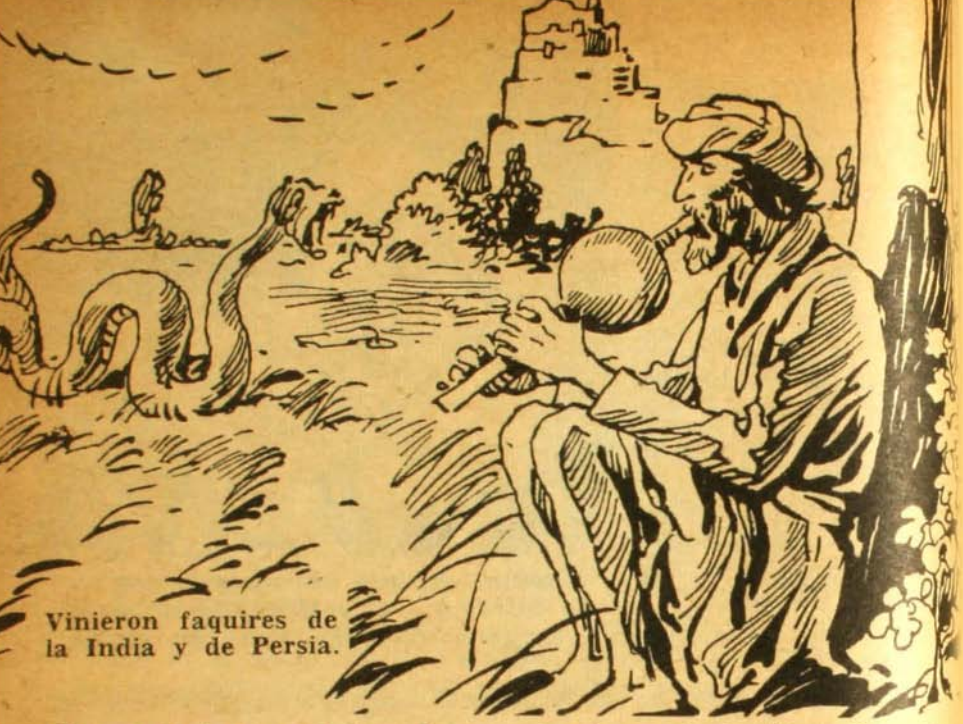


—Reina Iris, hay que matar a esa sierpe infernal —dijo el primer ministro.

En la Sala del Consejo, los jueces dictaban leyes en perfecta armonía.
—¿Aprobáis cuánto os he expuesto? —preguntó el primer ministro.



La reina ofreció un millón de libras de oro a quien matara a la serpiente maldita.



Vinieron faquires de la India y de Persia.

En ese instante entró en la casa la sierpe de la discordia, e inmediatamente se formó un infernal barullo.

—Esas leyes son inaplicables —gritaban los jueces.

—¡Abajo el primer ministro! —decían otros espectadores.

La revuelta fué fenomenal.

Otro tanto ocurrió en el cuartel militar. Los soldados, hasta ese momento disciplinados, se alzaron contra los oficiales y se armó una lucha sangrienta.

La sierpe de la discordia arrojaba su veneno por la boca y todo lo desorganizaba.

—Reina mía —dijo el primer ministro, acudiendo a la habitación de la reina Iris—. Esa maldita serpiente ha destruído la paz y la concordia en el reino de Tulia.

—Haz anunciar en toda la tierra —ordenó la reina Iris— que el rey Primo ofrece un millón de libras de oro a quien mate a esa sierpe infernal.

Todos los donceles de la región salieron en busca de la sierpe, y a veces lograban acorralarla, pero luego el reptil se escabullía y desaparecía de la tierra.

—¡Maldición! ¡Maldición! —gritaban los donceles—. Nunca podremos vencer a esa sierpe infernal.

La sierpe se acercaba a ellos y los trituraba con sus anillos.

De Persia y de la India llegaron los más expertos encantadores de serpientes.

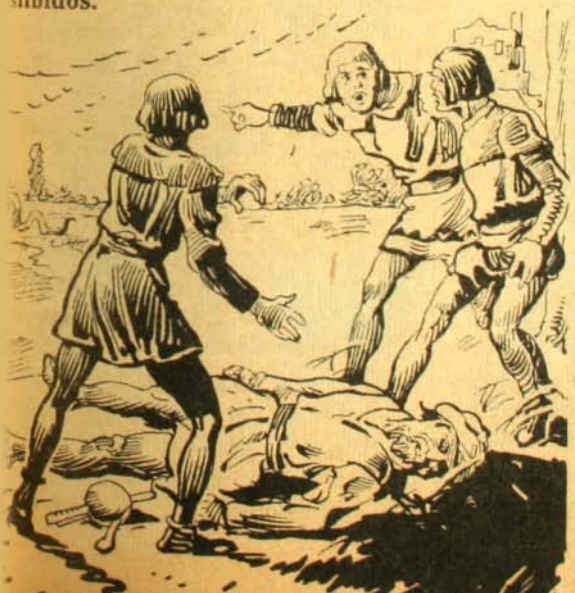
El reptil de la bruja se reía de ellos. Poco a poco iba acercándose, fingiendo estar hechizado por la música, y cuando ya se aproximaba al pobre faquir o al ingenuo persa, le cogía en sus anillos y le oprimía hasta asfixiarle.

—¡Auxilio! ¡Auxilio! —gritaban los encantadores de serpientes, y el reptil huía lanzando silbidos infernales que semejaban carcajadas burlescas.

La pobre víctima quedaba sin vida a los pies de los donceles que habían acudido a socorrer al malogrado persa.

(CONTINUARA)

Después se alejaba lanzando atroces silbidos.



ANDANZAS DE SAMUEL BILL

CAPITULO III.—UN [illegible]RO CLANDESTINO.





1. Aguila Negra llamó en dialecto indio a un joven que pasaba por la ruca. "—Este es PATAS DE BISONTE —dijo el jefe a Samuel—. El trajo la piel del zorro plateado. El explicará al hermano blanco dónde cazó el animal que le interesa tanto." En lentas y cortadas frases, "Patas de Bisonte" inició su relato.





2. "—Yo vi grandes zorros como lobos —explicaba el indio— y maté uno, más allá de los cañones del Colorado, donde el río hace una horqueta. Allí hay una isla y sobre la isla viven esas bestias." "—Aguila Negra, ¿podrías darme una canoa?", preguntó Bill. "—Aguila Negra puede dar una canoa al amigo blanco."





3. Patas de Bisonte, decía: "—Hermano blanco, no podrás llegar. Yo estuve a punto de ahogarme cuatro veces y mis antepasados me protegieron." "—Arriesgaremos todo peligro —respondió Samuel Bill—. Vamos a la canoa. Aguila Negra, te dejamos nuestros caballos." La canoa iba provista de mantas y víveres.





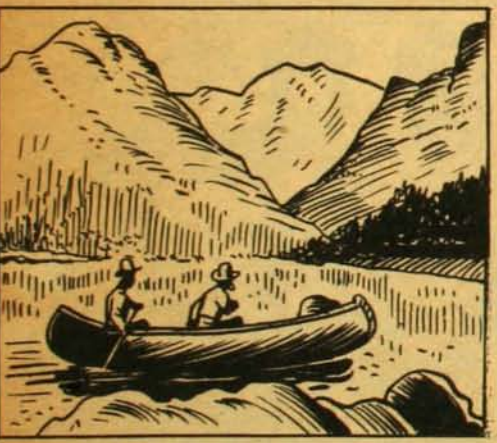
4. Bepo y Samuel participaron del banquete de despedida que les ofrecieron los pieles rojas. El indiecito Papús discutía con sus compañeros sobre la expedición de los hermanos blancos. Por fin llegó el momento en que la canoa partiría rumbo a lo desconocido. Toda la tribu despidió a Bepo y Samuel.

ANDANZAS DE SAMUEL BILL





5. Los pieles rojas más entusiastas seguían la canoa galopando a orillas del río. "—Qué buenos son estos indios —murmuró Samuel Bill—. Se han portado con extraña generosidad con nosotros, pues seguramente otros no habrían revelado el secreto de los zorros plateados con tanta facilidad."





6. Según las instrucciones de Patas de Bisonte, los navegantes debían seguir simplemente la corriente. De pronto Bepo fijó sus miradas en un saco donde había guardado las provisiones de boca y, alarmado, gritó: "—Por los demonios, qué se mueve allí. ¿Los indios nos habrán dado gallinas vivas?"





7. El curioso viejo no quedó tranquilo y acercándose al saco lo abrió bruscamente. Papús, el indiecito incorregible, sonreía, pero el viejo indignado quería arrojarle de la barquilla. "—¿Qué vamos a comer ahora? —decía Bepo—. No somos caníbales para comernos a este diablillo." Samuel sonrió aplacando la ira de Bepo.





8 "—Nos has dejado sin víveres, chiquillo estúpido", decía Bepo. "—Yo cazar liebres, yo cazar pájaros —decía Papús—. Hermano blanco, quiero ir con ustedes." "—No podemos abandonarte —declaró Samuel Bill—, pero si no hay caza, nos moriremos de hambre." De pronto, Samuel cogió su rifle y disparó.

(CONTINUARA)

El cisne del rey

—¡Vete de aquí, rapaz, bueno para nada! ¿Cuántas veces quiere que te diga que no debes permanecer a orillas del río? ¿Qué tienes que hacer con los cisnes?

Al decir esto, el cuidador de los cisnes del rey sacudía con fuerzas a un muchachito de unos doce años.

—No estoy haciendo ningún perjuicio —respondió Gil Burton—. Miraba los cisnes. Son tan lindos...

—¡Bonito cuento! ¿Mirando, eh? Robando, tal vez. Tras eso andas, bellaco. Y escucha: no te librarás del palo y la picota si te atrapo tocando los cisnes del rey.

—Dejad de sacudir a este niño, Gilberto. ¿Qué ha hecho?

La voz era de un muchacho de doce años. Con gran asombro de su parte, Gil se vió inmediatamente libre de las garras que lo sujetaban. Pero fué tan repentino el movimiento que cayó de espaldas al suelo.

—Está siempre rondando tras los cisnes, Su Gracia —dijo el mayordomo, cuadrándose ante el recién llegado—. En estos últimos días lo he echado tres veces de la orilla del río. Se disculpa siempre con la misma mentira: está mirando los cisnes, que son tan hermosos. Los espantará.

—Creo que los espantará menos que vos con ese vozarrón —dijo el niño—. Son hermosos; a mí también me gusta mirarlos.

—Su Gracia tiene derecho. Es el señor de los cisnes. Este es un rapaz de la hez del pueblo y no tiene nada que hacer aquí.

—Es uno de mis súbditos —respondió el niño—. Si yo se lo permito, puede quedarse aquí. Y yo se lo permito. Ahora, apartaos a un lado y dejadme hablar con él.

—Su real madre no aprobará esta decisión, Su Gracia.

—Mi real madre aprueba mi amor a mi pueblo. Haced lo que os digo.

Gil se puso de pie y ambos muchachos se miraron estudiándose las facciones.

El labriego habló:

—¿Es el rey, Su Gracia?

—Sí, soy Ricardo. ¿Y tú cómo te llamas? —dijo el real niño.

—Gil Burton. Ahora vivo en Londres, pero antes vivíamos en el

ampo. Me gustan las aves y las flores. Me hacen falta aquí.
—¿Te gustan los cisnes?
—¡Tanto, tanto! Mire cómo brillan sus plumas —dijo, señalando os cisnes—. ¿Ve, Su Gracia, aquel cisne? Ese pequeño..., es uevo ese cisne... ¿Quiere ver?
El niño sacó de su bolsillo un pedazo de pan negro y rompió unas migajas que colocó en la palma de la mano. Silbó suavemente; el polluelo de cisne se detuvo un instante, luego nadó hacia la ribera. Se acercó bien y cogió con el pico la miga de pan de la mano de Gil; en seguida, restregó su cabeza en el brazo del harapiento muchachito.
—¿Quiere, Su Gracia, darle pan? —preguntó, ofreciendo un pedazo al rey.
Ricardo tomó el pan y, arrodillado al lado de Gil, lo ofreció al cisne. La avecilla no se atrevía a acercarse al desconocido; por fin, cogió el pan y se retiró.
—¿Cómo has hecho para domesticarlo? —preguntó Ricardo.
—Al principio le arrojaba pan —explicó Gil—. Poco a poco se acercó más.
—Yo quisiera hacer lo mismo —suspiró Ricardo—. Vuelve mañana, Gil. Yo tengo que irme ahora.
Apenas el niño rey desapareció en el castillo, el mayordomo volvió a amenazar a Gil.
—Cuando llegue el regente te acusaré. Eres un insolente.



El mayordomo quiso arrojar del lago a Gil Burton.

A pesar de la ira del mayordomo, Ricardo y Gil se hicieron buenos amigos.

El niño rey consiguió que el cisne se le acercara tanto como al labriego y su entusiasmo por los cisnes le hizo desear domesticarlos a todos.

—Si tuviéramos bastante pan, tal vez lo conseguiríamos —dijo Gil—. Mi ración no alcanza para más.

—¡Tu ración! ¿Acaso le das tu propia comida al cisne? —preguntó Ricardo, asombrado.

—Lo quiero tanto, Su Gracia.

—¡Oh Gil! Yo traeré el pan de ahora en adelante.

Una tarde Gil se despidió de su real protector.

—Voy a entrar de aprendiz de zapatero —anunció—. Ya no podré venir muy seguido a ver los cisnes.

—Ven cuando puedas, Gil. Me harás mucha falta —declaró el pequeño rey.

Algunos días después, Gil, al salir del taller, se encontró con una revuelta en las calles.

—¿Qué acontece? —preguntó el niño.

—La revolución de los campesinos —respondiéronle—. Ya se han tomado gran parte de la ciudad.



El polluelo de cisne se acercó para coger las migas de pan que le ofrecía Gil.

"¿Qué será del rey? —pensó en el acto el muchacho—. ¿Sabrá?" Corriendo se dirigió al río. Ahí estaba Ricardo contemplando sus cisnes.

—A la Torre, Su Gracia —gritó Gil—; los campesinos se han tomado Londres.

—¿Y los cisnes? ¿No les harán daño? —preguntó el niño rey.

—Que Su Gracia entre en la Torre y dé la orden que abran la reja de la compuerta. Yo me encargo de hacer que los cisnes entren por ahí.

El valiente niño subió al bote del mayordomo y comenzó a llamar a los cisnes, dirigiéndolos hasta la compuerta. Pero apenas los había puesto en salvo, notó que el cisne pequeño, el preferido del rey, no estaba con los demás.

Volvió inmediatamente a la ribera, ocultó el bote y comenzó a buscar al pequeño cisne con su acostumbrado silbido. Pero todo fué inútil. A sus oídos llegaba el bullicio de la turba enfurecida, el ruido de las detonaciones, todo lo cual, probablemente, espantaba al cisne regalón que se ocultaba entre los juncales. Y así pasó el día el pequeño Gil, llamando desesperadamente al cisne que no llegaba. Por fin se puso el sol.

"Ahora sí que saldrá a buscar a sus padres", pensó el niño.

—¿Eres tú, Gil? —dijo una voz a su lado.

—¡Su Gracia aquí! —exclamó Gil.

—Vine a buscar el cisne, nuestro cisne; no está con los demás —respondió el rey.

—Pero Su Gracia debe volver a la Torre. ¿No oye los gritos de la turba, Su Gracia? Yo buscaré al cisne hasta encontrarlo.

—No, Gil. Yo quiero mi cisne —dijo, obstinado, el rey.

—¡Santos cielos! ¿No oye, Su Gracia, los au-

El cisne del rey se acercó al desfallecido niño.



llidos de los campesinos? Ya vienen. No hay tiempo. Quítese esa casaca bordada y cúbrase con mi blusa... Así no lo reconocerán...

Ricardo obedecía inconsciente y, empujado por el valiente aldeano, se dirigía a la Torre. Gil se endosó la casaca real en el momento en que la turba apareció a pocos pasos.

—¡Ahí está el infante real! —gritó uno de los revoltosos.

Gil dió un último empellón a su compañero y él huyó en dirección contraria.

Tal como lo había previsto, la turba le siguió. Sin aliento, perseguido por una muchedumbre enfurecida, Gil recorrió calles y plazas, hasta que cayó al suelo extenuado.

—No lo lastimen —dijo la voz de uno de los jefes de la revuelta—. Lo meteremos en el cepo, para que recuerde la lección.

En un segundo, Gil se vió metido de cabeza y manos en el cepo, mientras la muchedumbre le arrojaba a la cara huevos y otros proyectiles más duros. Gil, resueltamente, no abrió los labios.

"¡Con tal que Ricardo escape con vida! —era su único pensamiento—. ¡Es tan bueno!"

—¿Qué es lo que hay? —gritó una voz sonora.

—Juan Ball, Juan Ball —gritaron varias voces—, tenemos al rey.

—¿En el cepo? —dijo el aludido.

Diciendo esto acercó su farolillo a la cara del ajusticiado.

—¡Imbéciles! —exclamó—. Este no es el rey. ¿No saben distinguir a un labriego de un personaje real? ¡Idiotas!

—Pero lleva la casaca con los leones.

—Sáquenlo. El debe saber dónde se encuentra el rey.

Enfurecidos por el engaño, los campesinos sacaron al prisionero. Juan Ball le interrogó. Pero la única respuesta de Gil fué:

—No diré nada.

—¿Lo mato? —dijo un revoltoso, mostrando su puñal.

—No resultará ningún bien de la muerte de un hijo de un campesino —respondió el jefe—. Llévenlo al río y lo sumergen. Que se hunda o que nade. No importa. No nadará muy lejos.

Robustos brazos cogieron a Gil y lo arrojaron de golpe al medio del río.

Las frías aguas le cubrieron la cabeza. A pesar de su cansancio y de los dolores que atormentaban su cuerpo, el valeroso muchacho logró nadar hasta un islote y allí se quedó sin conocimiento.



—Quieto, Gil. Ya se acabó la revolución —dijo una voz suave.

Cuando volvió en sí, una cabecita suave hurgaba en su bolsillo. Era el cisne del rey. Extendió los brazos y le estrechó contra su pecho. Recobrando nuevas fuerzas, nadó en dirección de la compuerta, llevando consigo al cisne.

—¡Quién vive! —gritó el centinela.

—Traigo el cisne del rey —respondió.

Alguien recibió el cisne y el muchacho cayó de nuevo al agua.

Pasaron muchos días antes de que Gil recobrara el conocimiento. Un día se dió cuenta de que se encontraba en un lujoso lecho, rodeado de regios cortinajes.

—Está mejor, Ricardo —decía una voz de mujer.

Gil trató de levantarse, pero una mano suave se posó sobre su hombro.

—Quieto, Gil. Ya se acabó la revolución.

—¿Y el cisne del rey? —murmuró Gil.

—Tú lo salvaste. Está nadando tranquilo. Supe todo lo que sufriste por mí, Gil.

—Sí —apoyó la madre—. Ya no serás más aprendiz de zapatero. Te quedarás en el palacio al cuidado de los cisnes.

—¿Verdad? ¿Y mi padre consiente?

—Sí. Tu padre consiente. Ahora, duerme.

Y ésta es la historia del pequeño campesino que salvó al rey Ricardo Corazón de León durante la revuelta de los campesinos en Londres.

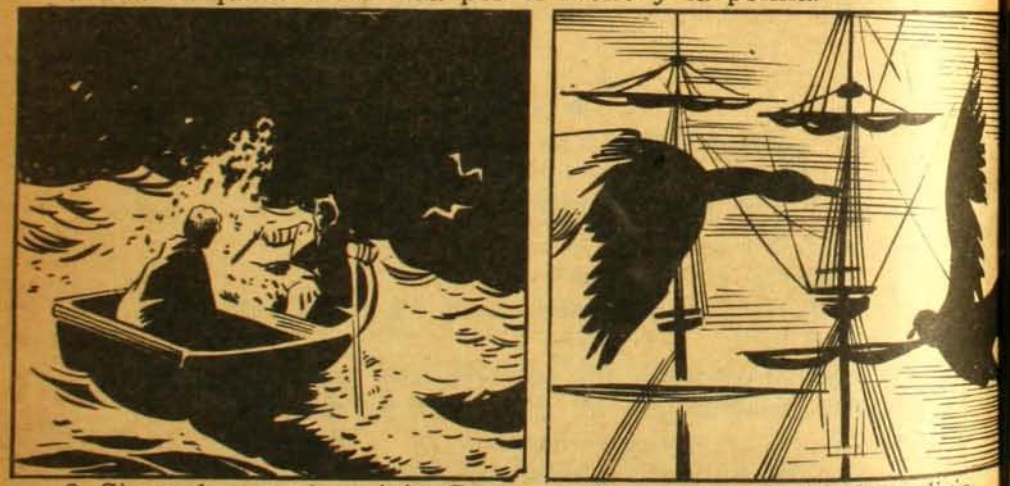
FIN

CORENTIN PIRATA INVENCIBLE

CAPITULO III.—PRIMERAS PROEZAS DE CORENTIN.



1. Corentín aceptó enrolarse en el velero del capitán Cork y esa misma noche el muchacho partió en una lancha con el hombre barbudo. "—Maldito tiempo", murmuraba el pirata al llegar a una ensenada oculta entre altas rocas. Cork y Corentín treparon a una barquilla carcomida por el moho y la polilla.



2. Sin embargo, el capitán Cork remaba a una velocidad prodigiosa y pronto avistaron un gran navío, cuyo velamen pudieron distinguir en la oscuridad de la noche. Grandes aves marinas se posaban en los mástiles y un farolillo al aceite servía de vigía al solitario barco. "—Vamos a izarnos por una cuerda", dijo Cork.

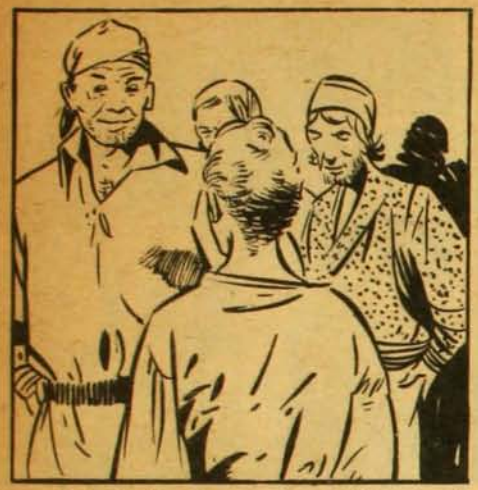


3. Al llegar al puente, el capitán Cork presentó a Corentín al segundo comandante Reinaldo. El pirata Reinaldo examinó de pie a cabeza al grumete y le preguntó si era valiente. "—Lo soy —dijo Corentín—. Mi padre fué marino y mis abuelos también. Puedo asegurar que no conozco el miedo."



4. "—Por el momento ayudarás en las faenas del barco —declaró Reinaldo—, y veremos cómo te portas cuando se presente el peligro." Desde ese momento, Corentín ejecutó sin desmayar las tareas más duras y fatigantes. Un día el contramaestre Hawkins comenzó a repartir la cuota de whiskey entre los marineros.

CORENTIN PIRATA INVENCIBLE





5. Haciendo mofa de Corentín, Hawkins le dijo: "—A ti no te doy la ración de whiskey. Esa no es bebida para *muchachitas*..." Corentín, indignado, replicó: "—Hawkins, retira tus palabras." "—¡Ah, la moccsa!...", rió el contramaestre. Pero no rió largo tiempo, porque Corentín le asestó un golpe en el mentón.





6. El golpe fué tan rudo, que Hawkins rodó por el puente entre las carcajadas burlescas de los marineros. Por fin se levantó furioso y, con un puñal en la mano, quiso agredir a Corentín. El ágil muchacho dió un salto atrás y evitó el golpe. "—Nada conseguirás con esto, porque no te escaparás de mí", gritó Hawkins.





7. Entonces se interpuso un marinero de la tripulación y dijo al contramaestre: "—Basta ya, Hawkins. Cesa ese juego estúpido. El licor se te sube a la cabeza." "—Odio a ese muchacho —exclamó Hawkins—. Lo arrojaré al mar. Nada pierdo con esperar. No intervengas conmigo, O'Brien."





8. En ese instante se escuchó la voz del vigía, que gritaba desde las jarcias: "—Navío a estribor. Barco inglés." Inmediatamente fué prevenido el capitán Cork, quien preguntó: "—¿Cuántos cañones? Icen el pabellón negro, muchachos, y prepárense para el combate. Nos estábamos amohosando sin combatir."

(CONTINUARA)

EL SECRETO de la GITANA



CAPITULO VIII.— Una fuga fracasada.

RESUMEN: Ilona, hija del marqués de Kanisza, noble húngaro, se siente desplazada y comprende que hay un secreto en su vida. Por fin descubre que su madre era una gitana, e inmediatamente decide huir, vistiendo el traje que un día vistió su madre. Una vieja gitana la espera en el parque de Kanisza y la conduce al campamento. Allí es recibida como una reina, pero la bailarina Pepa se constituye en enemiga de Ilona y la provoca. Llega hasta amenazarla con un puñal y la hubiera herido a no intervenir el gitano Chandor. Ilona siente nostalgias de su hogar. Quería fugarse, pero advierte que la vigilan de día y de noche.

La caravana de gitanos avanzaba por las orillas del Adriático en dirección a los verdes campos de Italia.

Por fin en una radiante mañana los gitanos establecieron su campamento no lejos del mar.

Tuvieron que soportar las visitas de policías, médicos sanitarios y otros funcionarios, antes de obtener permiso para acampar.

Como Ilona tenía tipo gitano, nada objetaron por su presencia en medio de la tribu.

—Ya podemos salir, mi reina —dijo Muta a Ilona—. Los ancianos de la tribu han permitido que su reina se aleje por algunas horas del campamento.

Muta colocó a Ilona unos lindos escarpines de alto taco, arregló los amplios pliegues de su falda floreada y contempló embelesada a su reina.

En seguida la anciana gitana se endilgó una segunda falda sobre sus harapos, peinó sus hirsutos cabellos y dijo a Ilona:

—Ven conmigo, hija.

—Eres gentil, Muta; nunca lo olvidaré —exclamó Ilona.

Por toda respuesta la vieja gitana mostró sus dos hileras de dientes blancos y agregó:

—Chandor vendrá con nosotros. El conoce la ciudad y puede sernos útil...

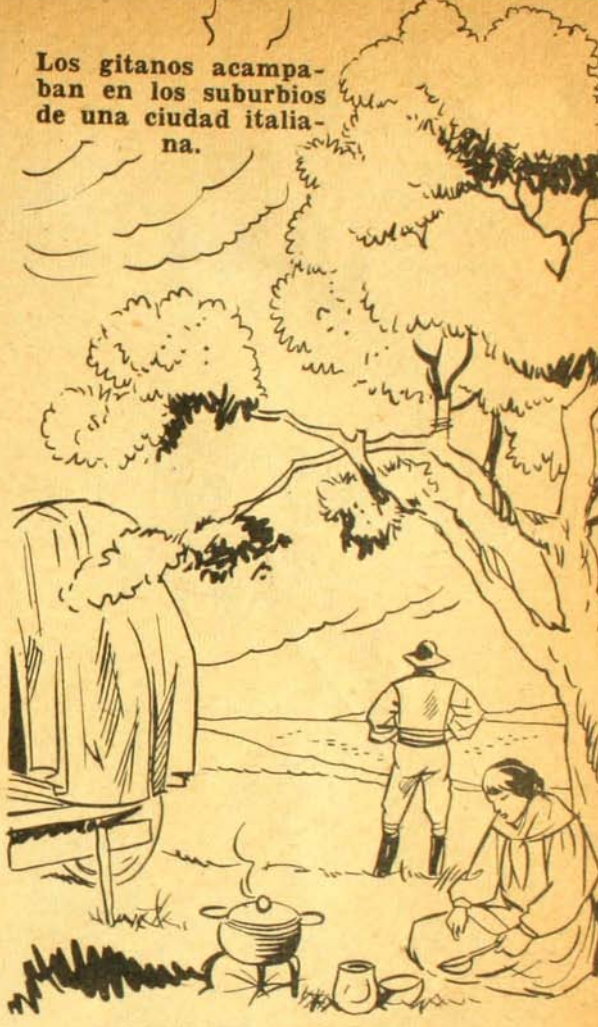
A Ilona no le pareció bien la compañía de Chandor, porque ya

había urdido su plan, pero no se atrevió a decirlo, a fin de no despertar la suspicacia de Muta.

Las mujeres del campamento gitano quedaron preparando sus meriendas en tanto que los jóvenes iban por la ciudad italiana ofreciendo sus tachos de cobre, cestería, etc.

Pronto Muta, Chandor e Ilona llegaron a las tiendas de una gran arteria de la ciudad. Colgaban de los muros vistosas sederías, ante las cuales se extasiaba Muta invitando a su pupila a comprarlas.

—No, Muta, no es eso lo que deseo —decía Ilona—. ¿No existen otras tiendas donde se venden géneros con grandes flores?



Los gitanos acampaban en los suburbios de una ciudad italiana.

La intención de Ilona era arrastrar a Muta a un centro comercial, en cuya muchedumbre pudiera ella perderse de vista y huir de la caravana de gitanos. Cada día aumentaba más y más el ansia por volver a casa de su padre, el marqués de Kanisza, y si esto no fuera posible, al convento de París, donde la habían educado.

"Perderme en la multitud es la única esperanza de librarme de estos gitanos", iba pensando la reina Ilona.

Muta seguía los pasos de la ágil niña, y Chandor no les despintaba los ojos. Además, la ciudad italiana no era tan populosa como para formar muchedumbres en la calle.



Escurriéndose por la feria, Ilona intentó huir de los gitanos.

Por fin llegaron a una feria regional y allí pudo Ilona intentar la realización de su plan. Las pequeñas tolderías situadas en medio de la avenida iban llenándose de compradores. El griterío de los pregoneros y las bullangas de turistas formaban propicio barullo.

La belleza de Ilona y la indumentaria de sus acompañantes atraían particularmente la atención de los transeúntes. Ilona se sonrojaba al verse examinada como un animal exótico.

—Ahí diviso una tela que me conviene —dijo Ilona a la vieja Muta.

Abriéndose calle por entre los mesones, la niña logró apartarse poco a poco de sus dos guardianes, pero eran los mismos tenderos quienes la detenían para ofrecerle sus vistosas sederías.

Ilona se inclinaba profundamente y se colocaba tras un telón, a fin de perderse totalmente.
En realidad, ella no sabía qué proceder asumiría cuando lograra su fuga. Ir a la policía a denunciar a los gitanos por rapto, parecíale una villanía, ya que ella había partido voluntariamente al campamento gitano. Sabía también que esos gitanos eran hermanos o parientes de su madre, pero quería huir. Le repugnaba la vida sucia del campamento y temía el odio de Pepa, la muchacha que la amenazó con un puñal porque le usurpaba el trono gitano.
Una furtiva mirada le demostró que ni Muta ni Chandor estaban a la vista. Una calleja estrecha y obscura se le presentó como ansiada meta y la morena Ilona comenzó a correr y a correr cuanto le permitían sus zapatitos con taco Luis XV, impuestos por Muta como calzado obligatorio para la reina de los gitanos. En la primera carrera Ilona se torció dos veces el tobillo. Desesperada, optó por quitarse los escarpines y seguir corriendo descalza, pero allí la detuvo un agente de policía.
—¿Por qué huyes, gitana? —preguntóle el italiano.
Ilona, sin amedrentarse, respondió en idioma húngaro:
—Lléveme al cuartel de policía, señor. Yo soy la hija del marqués de Kanisza.
El policía italiano no comprendió las palabras de la hermosa gitana y antes de que pudiera recurrir al idioma francés para explicarse mejor, apareció Chandor, quien desde lejos gritó algunas palabras en italiano al agente de policía. Este último hizo un signo amistoso con la cabeza y prosiguió su camino sonriendo.
Chandor cogió entonces fuertemente el brazo de Ilona y con acento irónico le dijo:
—Pobre Ilona, te creíste perdida. Qué carrera me has hecho hacer... No era prudente alejarse tanto. Habrías terminado por perderte de veras...
Sacando de su chaleco el par de escarpines, Chandor se los tendió a Ilona, diciendo con cierta autoridad:
—Sería conveniente que volvieras a calzar tus zapatos, hermana.
Chandor sonreía siempre, pero ni por un instante soltaba el brazo de la fracasada fugitiva.
—Ahí viene Muta —indicó por fin Chandor—. Cuánto has asustado a esa buena anciana.
Ilona estaba roja de ira y de confusión. Toda esperanza de fuga



Los gitanos robaban aves y conejos en las fincas vecinas.

se esfumaba ahora, que los gitanos habían adivinado sus intenciones. En adelante desconfiarían de ella, jamás le permitirían salir sola ni la perderían de vista un instante.

Lágrimas de ira y de despecho rodaban por sus mejillas. Ilona se las enjugó con sus puños cerrados, furiosa consigo misma por no poder ocultar sus sentimientos.

Sin embargo, la discreta Muta no la interrogó y, muda, la arrastró de nuevo hacia la feria, donde le compró una linda seda floreada, encajes para el coselete y un magnífico collar de vistosas piedras.

—Quiero que seas feliz, mi reina —musitó la gitana—. Tus deseos están satisfechos. Te verás muy bella con el nuevo traje.

En seguida, al pasar por una confitería, Muta compró para Ilona una caja de bombones, la cual entregó a la niña con la ternura de una madre que consuela a su nena después de un quebranto. Terminadas las compras, Muta guió a Ilona fuera de la ciudad.

La hija del marqués de Kanisza pudo divisar en la penumbra del atardecer a varios gitanos que corrían desalados llevando los pollos, liebres y animales robados en las vecindades de la ciudad italiana.

Inmediatamente que Ilona y Muta subieron al carromato real, Chandor dió la orden de partida de toda la caravana.

Y comenzó de nuevo la monótona vida dentro del carromato, sin acercarse jamás a las ciudades, pernoctando en la linde de los bosques y en las riberas del mar.

"Vamos hacia el sur de Francia —se dijo un día Ilona al divisar las costas de la Riviera Azul—. Fingiré sumisión, pero mi fuga está decidida."

En sus largos insomnios, Ilona pensaba que acaso Pepa, la gitana que quería ser reina, podría ser su aliada en la fuga.

"Nos parecemos mucho —se dijo la hija del marqués de Kaniszа—, y seguramente a ella le gustará que yo le deje el campo libre para la solemne coronación como reina universal de los gitanos."

Los eternos vagabundos iban de un país a otro, no teniendo más techo que el de sus carricoches ni mayor ruido que el de las ruedas de madera horadando los caminos.

—Estoy harta de todo esto —murmuraba Ilona, ocultando su cabecita morena entre las pieles de su lecho de reina.

(CONTINUARA)

Correspondencia

María Elena Varas y Bernardita Arredondo.—Gracias por sus felicitaciones para esta pequeña gran revista, la favorita de los niños chilenos.

Delia Stuven, Mario Sepúlveda y José Orellana Ulloa.—Agradecemos los elogiosos conceptos que envían a esta revista favorita.

Jorge Quezada Bulnes, Mónica Valenzuela y Josefina Mardones.—Gracias por sus adorables cartitas. El éxito de "Simbad" es según ustedes portentoso. Así deseamos que sea.

Isabel Sánchez Escudero, Luis Alarcón y Filomena Ugarte.—Nuestros dibujantes agradecen sus elogios y Roxane se siente feliz con el afecto que le profesan.

Betty Vásquez.—Por cierto que recuerdo a mi colona y me hace gracia su optimismo, al decir que "Simbad" debe ser leída en los cinco continentes del mundo.

Patricio Vargas, Mauricio Cereceda y Ana Ibarra.—El éxito que tiene la revista en provincias es formidable. Son ustedes maravillosos propagandistas de "Simbad". Creo que esta revista no necesita estimularles con premios.

Lorenzo Bocaz Araya y Richard González.—Digo igual que a los anteriores.

Elena Vergara Guzmán y Roberto Goñi Doren.—Todos los simbadinos agradecen sus elogios, desde la directora, los dibujantes y los prensistas.

Roxane

Ponchito


¡TÚ ESTÁS MUY MAL PREPARADO PARA LOS EXÁMENES!
¡ERES EL MÁS ATRASADO DE LA CLASE!
¡TIENES QUE APURARTE CON LOS ESTUDIOS!
¡ESTUDIAR APURADO! ¡AH, YA SÉ!

por nato


¡MAS RÁPIDO CABALLITO! ¡MÁS RÁPIDO!
¡ESTÁS LOCO! ¿COMO SE TE OCURRE ANDAR LEYENDO A CABALLO?
¡ES QUE LA PROFESORA ME DIJO QUE TENÍA QUE ESTUDIAR APURADO!
NATO.



El Hijo del Lobo.



CAPITULO XXIV.—Horrenda lucha con los lagartos.

Los sitiados en el castillo de Logres tendrían que luchar ahora con un enemigo tan terrible y extraño, que al verle sus corazones se helaban de espanto.

Este enemigo desconocido y macabro era un lagarto gigante traído por los nórdicos como arma de guerra.

Con sus poderosas garras, el reptil se aferraba a las hendiduras de

El enorme lagarto cayó junto con el bloque de granito.



Los bárbaros caían al vacío, pero otros subían.





Los defensores del castillo colocaban fuego en las brechas del muro.

esa multitud de nórdicos que avanzaban por el llano como hormigas inagotables.

Tristán y sus compañeros comenzaron a colocar tizones encendidos en todos los hoyos del muro, de manera que cada brecha fuera una defensa contra los lagartos, cuyos vientres se quemaban en ese fuego.

Sin embargo, el asalto continuaba con furia. Cada lagarto llevaba su pasajero a cuestas y, además, otros guerreros lanzaban jabalinas a los heroicos defensores del castillo de Logres.

la piedra y llevaba colgado de su cuello a un soldado del ejército de Erico el Pelirrojo.

Cuando un lagarto llegaba a la altura de las troneras, los soldados intentaban cortarle la cabeza, pero el reptil se defendía y en la lucha derribaba grandes piedras.

Uno de los salvajes, arrastrado por el lagarto, fué golpeado por el bloque de piedra y cayó aullando hasta el pie de la fortaleza.

Por desgracia, la muerte de un salvaje nada significaba para

De cada lagarto colgaba uno o dos guerreros de Erico, el pelirrojo.



—Verdaderamente ya no sabemos qué hacer contra esos monstruos —dijo Lancelote a Tristán—. Estamos retardando el momento fatal, pero éste vendrá y no será el pusilánime conde de Logres quien evite la catástrofe.

—Se me ocurre una idea —dijo de pronto el Hijo del Lobo—, podríamos lanzar contra esos salvajes a los caballos de las pesebreras. Hemos visto que los bárbaros no conocen a la raza caballar y pueden amedrentarse al ver salir esta tropa caballuna.

Rudel y Lancelote hallaron excelente la idea de Tristán y corrieron hacia las caballerizas, pero allí se encontraron con un espectáculo realmente macabro. Las pesebreras con la paja que servía de lecho a los caballos se habían incendiado y los animales, enloquecidos, corrían de un lado a otro, lanzando feroces relinchos.

Una barrera de humo, nauseabundo y espeso, impedía la entrada a las caballerizas.



Rudel, Lancelote y Tristán comprendían que nada podría salvarles.

Los nórdicos lanzaban jabalinas a los sitiados.



—Perdida nuestra última esperanza —suspiró Lancelote, apoyándose en la baranda de la torre—. Observen ustedes cómo trepan centenares de lagartos con sus cargas fatídicas. ¿Qué podemos hacer ahora?

De pronto, dos caballos, relinchando como demonios, lograron romper las barandas de la incendiada caballeriza y salieron a la terraza de la fortaleza.

—Mira, Tristán —gritó Lancelote—. Uno de los caballos va a lanzarse al vacío como lo hizo el bárbaro que se introdujo al castillo por las esclusas.

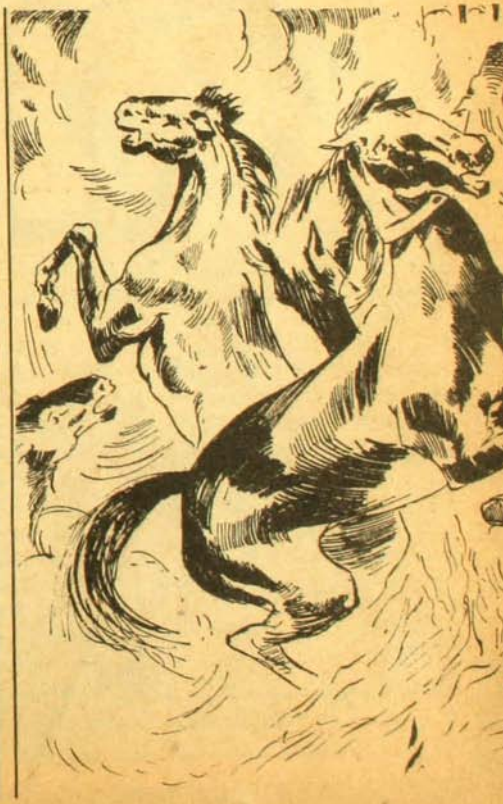
Rudel, Lancelote y Tristán, con ojos desorbitados por el espanto, veían al noble corcel intentando una fuga que seguramente le destrozaría.

(CONTINUARA)

Las pesebreras de los caballos. comenzaron a incendiarse.

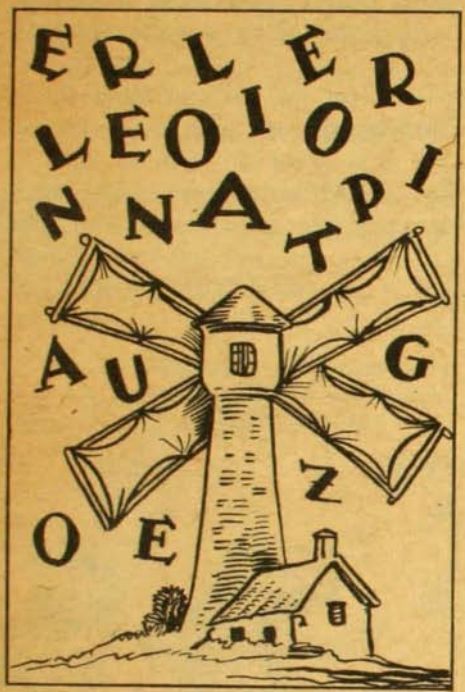


Los caballos, enloquecidos, pretendían lanzarse al vacío.



¿Adivina Ud?

CONCURSO "EL MOLINO"



Formar con estas letras el nombre de los tres principales dibujantes de "SIMBAD". Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 167: Camarón que se duerme, se lo lleva la corriente.

Premiamos con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": David Velásquez, Talca; Héctor Montecinos, Santa Cruz; Armiliano Flores, Linares. UN PREMIO DE $ 20.—: Rolando Bustos, Los Quillayes; Hernán Zubicueta, Santiago; Victoria del Valle, Temuco; Enrique Siviragol, Santiago; Maité Maluenda, Temuco; Benjamín Donoso, Talcahuano; Natacha Hen Barceló, Temuco; David Monroy, Lota Alto; Hernán Salinas, Molina; Mónica Migne, Santiago. UNA PLUMA FUENTE: Jordi Radmilovic, Santiago; Hugo Holbut, Viña del Mar; Edith Steffen, Santiago. UNA ARMONICA: Antonio Mendoza, Los Angeles; Vivian Ríos, Parral; Lavinia Prieto, Linares. UN JUEGO LOTERIA: Eugenio Ossa, Santiago; María Angélica Duval, Santiago; Ruth Gutiérrez, Temuco; UN JUEGO DOMINO INFANTIL: Pilar Fernández, Santiago; Mario Ortiz, Santiago; Teresa Núñez, Puchuncaví. UN VITALMIN: Félix Morandé, Talcahuano; Patricio Lopehandía, Santiago; Pedro Mozuy, Ovalle; Sonia Sedano, Rancagua; Eliana Navarro, Quillota; Zina Kocher, Santiago; Sergio Kaiser, Viña del Mar; Pacho Marchant, Constitución; Sergio Pérez, Santiago; Graciela Zepeda, Santiago. UN LIBRO: Hernán Juárez, Temuco; Miriam Pineda, Lota Alto; Laura Alvarez, Santiago; Dagoberto Latorre, Nueva Imperial; René Sepúlveda, Santiago; Teresa Toro, San Vicente T. T.; Luis Escobar, San Bernardo; Monserrat Urquieta, Coquimbo; Julio Durán, Santiago; Abdo Samohan, Los Maitenes; Wáshington Cassanello, Graneros.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 169

Forma con estas letras...

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile 1952.


¡OTRA VEZ NOS TENDREMOS QUE "TIRAR POR EL ALAMBRE"!
¡OH, MIRA, CHASAMÁN! ¡ENCONTRÉ UN LIBRO!
¿DE QUÉ TRATARÁ?
¡ES UN LIBRO DE COCINA! A VER... LENGUA A LA VINAGRETA... LIEBRE ESCABECHADA...
MAYONESA DE MARISCO...
¡SOLUCIONADO NUESTRO PROBLEMA!
¡SÍRVETE ESTA GALLINA A LA VALENCIANA!
LUGOTE

PELUSITA POR NATO



Simbad

ANDANZAS DE
SAMUEL BILL



N.º 170

3.–



CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV - 3-XII-1952 - N.º 170

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,65
Semestral: US. $ 0,90
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

La SIERPE de la DISCORDIA

CAPITULO VIII

Era tal el desorden e indisciplina que la sierpe de la discordia había sembrado en el reino de Tulia, que ya nadie tenía paz. Los padres peleaban con sus hijos, los soldados se batían entre ellos, los jueces nunca se ponían de acuerdo y la revuelta amenazaba la vida de todos los ciudadanos de Tulia.



—Daría mi corona por ver destruída la sierpe de la discordia —dijo el rey Primo.



Una luz intensa refulgió ante los reyes.

La buena reina Iris había ofrecido un millón de libras de oro a quien matara a la serpiente infernal, pero ésta se burlaba de sus atacantes y les dejaba sin vida, triturados por sus anillos o envenenados por el virus que despedía su lengua.

El rey Primo, abrumado por las desventuras que afligían a su reino, murmuraba:

—Daría mi corona por ver destruída la sierpe de la discordia.

—Y yo —suspiraba Iris— estoy dispuesta a renunciar a mi felicidad, a mi juventud, al esplendor del trono.

Como si estas palabras hubieran sido un conjunto mágico, relum-



—Vengo a ayudarlos —dijo la andrajosa anciana.



—Bien venida seas —exclamó la reina.

bró de pronto ante los reyes una luz intensa. Al apagarse, apareció una andrajosa anciana.

—¿Es un hada? —murmuró Primo.

—Las hadas visten túnicas de plata y llevan una varita de diamante —contestó la reina en voz baja.

—Vengo a ayudarlos —dijo la desconocida—. Soy una pobre hada, pero sé cómo vencer a la maligna serpiente.

—Bienvenida seas —exclamó la reina.

—Habla —añadió Primo.

—Las espadas se quiebran contra ese reptil —prosiguió el hada—. Hay una sola arma para matarlo.

—¿Dónde está esa arma? Dímelo y te daré el oro que pidas.

—Las riquezas de nada me sirven, oh rey. Lo único que se nece-



—Creo que he soñado —murmuró el rey con profundo asombro.

sita es ir al bosque de Narla. Allí está cautivo un anciano. Libértalo y él te dirá donde hallar el arma que ansías. Para ir allá, hay que ser valiente y decidido. El camino está sembrado de peligros. ¿Crees que resistirás?

—Indícame la senda que debo seguir y te demostraré que no soy cobarde —repuso el monarca.

—Confío en ti. Deberás avanzar siempre hacia el norte, luego que te internes en el bosque de Narla. Si te desvías, por temor o por cansancio, nunca hallarás el arma.

La luz relumbrante surgió de nuevo y la silueta de la anciana desapareció.

—Creo que he soñado —declaró el rey, con profundo asombro.

—No —contestó Iris—. Yo también vi al hada y creo en sus palabras.

—Te demostraré que no soy cobarde —repuso el monarca.





—Deberás avanzar siempre hacia el norte.

Por un instante guardaron silencio. La esperanza de que el reino fuera salvado, los colmaba de felicidad. La serpiente diabólica no rondaría ya más por la comarca, provocando el odio y amargando el corazón de todos los súbditos del reino.

—Mañana, al alba, partiré, vestido de peregrino —decidió Primo.

—Y yo iré contigo, mi amado rey —agregó la dulce Iris.

Al pensar en los peligros que le acechaban, Primo quiso negarse a que Iris lo acompañara, pero en los azules ojos de la reina vió una decisión inquebrantable.

(CONTINUARA)

—El camino está sembrado de peligros —advirtió el hada.



ANDANZAS DE SAMUEL BILL

CAPITULO IV.—UN COYOTE VISITA EL CAMPAMENTO





1. Papus, el pavito clandestino de la canoa, había dejado sin víveres a los excursionistas, al meterse en la bolsa que los contenía. Bepo rabió mucho, pero Samuel Bill celebró la picardía de Papus. "—No se aflijan, yo les enseñaré a cazar —prometió el indiecito—. Ahí veo una huella. Sigámosla."





2. "—Es el rastro de un lince arrastrando un cervatillo herido", añadió Papus, con acento de sabio cazador. Samuel Bill, ocultando una sonrisa, se dejó conducir por la selva, mientras Bepo quedaba al cuidado de la canoa. En cierto instante quiso adelantarse, pero Papus lo detuvo: "—No tan rápido. El lince es traicionero".





3. Las palabras del indiecito resultaron proféticas. Una figura blanca surcó el aire y Samuel Bill apenas tuvo tiempo de inclinarse. El lince le clavó las garras en la espalda y luego saltó a un árbol. "—¡No dispares! —gritó Papus a Samuel Bill—. Tal vez el lince llevaba comida a sus pequeñuelos."





4. Samuel Bill miró al interior de una caverna cercana y, en efecto, allí estaba el cervatillo muerto, rodeado por pequeños linces que gemían de hambre. "—Nos repartiremos la carne, amiguitos", dijo Samuel Bill, y con su cuchillo de caza separó unas presas, dejando el resto para la hambrienta familia del lince.

ANDANZAS DE SAMUEL BILL





5. La fiera los vió alejarse y aguardó que desaparecieran entre los árboles, antes de acercarse a su guarida. Aquella noche, los tres aventureros saborearon un exquisito asado. Papus, el gran cazador, fué quién demostró el mejor apetito. A Bepo se le borró el gesto ceñudo y hasta sonrió un poco detrás de su pipa.





6. Después de la sabrosa merienda, los excursionistas se tendieron a descansar. Bepo no tardó en roncar estrepitosamente. El silencio y la calma de la noche invitaban a dormir, pero Samuel Bill se mantenía despierto. De pronto cogió su revólver. Un coyote rondaba el campamento y el joven presintió el peligro.





7. Los coyotes son cobardes. Temen la presencia del hombre, pero el hambre puede infundirles audacia y ferocidad. Como un fantasma, el animal recorrió las tiendas de campaña, acercándose a la más pequeña. Ahí dormía un niño, una víctima fácil de vencer. Pero de súbito el coyote husmeó la presencia de un lobo.





8. Papus dormía como un ángel cuando de pronto lo despertaron dos detonaciones, el techo de su carpa cayó sobre él y un cuerpo dió dos o tres saltos en su cabeza. "—¿Qué sucede?", gritó, cuando pudo salir. Vió al lobo muerto y a Samuel Bill que, enfundando su revólver, le decía: "—Sigue durmiendo, Papus".

(CONTINUARA)

NUBINA, LA NIÑA GIGANTE

Erase una vez un gigante que tenía un castillo en la montaña más elevada. Cuando subía a la torre, su cabeza quedaba tan cerca del sol que su cabello empezaba a chamuscarse. Entonces bajaba a toda prisa, haciendo remecer la tierra.

Este gigante se llamaba Trueno y tenía una hija. La niña era alta como una encina y muy bella. Nadie la acompañaba en su soledad y muchas veces lloró, reclinada sobre su balcón. En esas ocasiones el valle se inundaba y todos los campesinos corrían a refugiarse en sus casas.

Nubina, la pequeña gigante, se atrevió un día a salir del castillo.

—¡Oh! —exclamó.

Aquella exclamación resonó en el valle y nadie pudo explicarse su origen.

—Es un trueno —apuntó con timidez el alcalde.

—Imposible —rebatió el maestro de la escuela—. No niego que fué un rumor estruendoso, pero tenía cierta calidad musical de la cual carecen los truenos.

Nubina, en aquel instante, estaba observando unas figuras pequeñitas que jamás había visto. De pronto las vió moverse y exclamó dos veces, porque estaba más asombrada que antes:

—¡Oh! ¡Oh!

Esta vez, con la vibración del aire, se cayó la torre de la alcaldía.

El alcalde, indignado, protestó:

—¡Mire usted lo que ha hecho su trueno musical!

Se dirigía al maestro, como si él fuese el culpable del desastre.

Nubina seguía mirando a los hombrecillos, los diminutos caballos, las carretas y las vacas que había en el campo.

"Bajaré a examinarlas de cerca", pensó.

Al recordar que su padre el gigante le prohibía descender al valle, vaciló. Pero la tentación era demasiado poderosa.

—Sólo para mirar —se prometió.

Avanzó con paso cauteloso. Bajo sus pies, los árboles se quebraban con un crujido que ella imaginaba tenue, pero que en reali-

dad se podía oír perfectamente a diez leguas de distancia. Las rocas rodaban bajo las sandalias de Nubina y, en el pueblo, aquel estruendo causó gran agitación y alarma.

El delantal rosa de Nubina se quedó enredado entre unos álamos y la niña, por desprenderlo, arrancó de raíz los árboles.

—Ya he llegado —exclamó la niña gigante.

Hallábase en medio del campo y se inclinó a recoger un labrador, con su carreta llena de legumbres; un campesino, con su yunta de bueyes y el arado; unas mozas que llevaban canastos llenos de uvas; un zagal que estaba trillando y a quien alzó en su mano, junto con dos o tres caballos. Todo aquel grupo cabía holgadamente en su delantal rosado.

Las niñas campesinas se habían desmayado. Los hombres no sabían cómo defenderse. Los animales relinchaban o mugían de terror y una mescolanza terrible de frutas y verduras pisoteadas manchó el delantal.

Mientras tanto, en el pueblo, ignorantes de que en el campo un grupo de sus amigos estaba en peligro, todos seguían discutiendo.

—Están pasando cosas



La niña gigante se detuvo ante los asustados labriegos.

muy raras. Ahora se obscureció por completo. El sol no se ve. El alto cuerpo de Nubina cubría el sol y los aldeanos creían que se trataba de un eclipse.
La niña, mientras tanto, regresó al castillo.
—¿De dónde vienes? —le preguntó el gigante, que la esperaba en la puerta.
Nubina quedó tan turbada, que no pudo responder.
—¿Qué traes en tu delantal?
—Juguetes que se mueven solos —balbuceó.
La gran mano de Trueno extendió con cuidado el delantal. Al ver a los labradores y a las mozuelas desmayadas, palideció.
—¿Qué has hecho, insensata? —rugió.
—Nada, padre. Sólo quería jugar.
—Escúchame con atención. Si has hecho el menor daño a estas pequeñas gentes, sufrirás las consecuencias. Sin ellos, que siembran el campo y cosechan el trigo y los cereales, no tendrías pan, ni alimento alguno. Sin esas mozas que cultivan las viñas y exprimen el jugo de las uvas, no probarás más el vino que calma tu sed. Son los pequeños seres los más útiles sobre la tierra. Incluso para los gigantes de las montañas.
El gigante se detuvo para respirar un poco, pues había hablado demasiado y luego añadió:
—Regresa al campo y devuelve la libertad a tus prisioneros. Yo espero que ellos te perdonarán. Si se enfadan, pasaremos muy malos ratos.
Nubina recogió delicadamente las puntas de su delantal y salió del castillo. Cuando estuvo en el campo de labranza, depositó en la tierra al grupo de campesinos y puso en los brazos de los más jóvenes a las doncellas que seguían desmayadas.
—Perdónenme —susurró.
Por supuesto que procuró hablar en voz muy baja, pero los que la oyeron permanecieron sordos por varios días.
En seguida se encaminó al castillo. Al pasar junto al río, se inclinó para lavar su delantal rosado.
Los aldeanos corrieron a su villa para relatar a sus vecinos la extraordinaria aventura.
—¿Es verdad? ¿Puede ser verdad? —preguntaban los asombrados oyentes—. ¿Una niña gigante los secuestró?
—El trueno musical que oímos era la voz de Nubina —exclamó el maestro de escuela.

—Siempre hemos estado protegidos y no sabíamos por quién —declaró el alcalde—. En nuestras montañas no hay bandidos. Ningún habitante de otra comarca ha intentado jamás arrebatarnos nuestras tierras. Ahora comprendo que el gigante Trueno protegía nuestras fronteras.

—Indudable —asintieron varias voces.

—Y ahora nos dió la libertad —indicó uno de los jóvenes campesinos—. Es tan enorme y tiene tanta fuerza, que pudo convertirnos en polvo con un solo golpe de puño. Pero, en cambio, nos defendió y propinó a su hija Nubina una buena reprimenda. Los vecinos acordaron entonces enviar al gigante un regalo.

Estaban deliberando sobre cuál sería más apropiado, cuando alguien gritó:

—¡Una inundación! ¡Sálvese quién pueda!

Torrentes bajaban de la montaña y los prados quedaron convertidos en lagos.

—¿Qué sucede? ¿De dónde provienen estas cataratas?

El maestro de escuela, que era el más sabio del pueblo, declaró:

—Nubina está llorando.



Recogió en su mano a los campesinos, los caballos y la yunta de bueyes.



—¿Qué traes en tu delantal? —preguntó severamente el gigante a su hija.

—¡Pero hagan algo! —chilló el alcalde—. Si no la consuelan, nos ahogaremos todos.

—Yo iré a consolarla —decidió el joven profesor.

Se colocó su capa impermeable, las gruesas botas para el agua y, premunido de un gran paraguas, atravesó el llano inundado. Luego empezó a trepar por la montaña. Estaba empapado hasta

os huesos, pero seguía subiendo. Al llegar bajo la ventana de Nubina, empezó a gritar, llamando a la niña gigante. Ella cesó le llorar, para mirarlo. Observó que aquel juguete animado era mucho más hermoso que los otros y se sintió emocionada.

—Por favor, Nubina, no llores más. El valle está inundado. Para que no te sientas triste, te contaré un cuento.

Desde aquel día, el joven regresó muchas veces al castillo del gigante para conversar con Nubina, y dicen que un día un mago le dió un filtro mágico para que se convirtiera en gigante y entonces se casó con la niña gigante, que lo adoraba.

FIN

Correspondencia

Elena Moreano del Castillo, Guayaquil, ECUADOR.—Nos alegra saber que en esa importante ciudad ecuatoriana contamos con tan gentil amiga. Muchos compatriotas suyos nos escriben elogiando la pequeña gran revista "Simbad". Daremos una historia similar a la que escribí en "El Peneca" y que tuvo un éxito formidable.

Mario Lorenzini (Lontué).—Opina que "Simbad" es la revista más buena de todo Chile. Corentín, su héroe favorito, continuará apareciendo en nuestras páginas, porque es un aventurero incansable.

Sebastián Flores (Arica).—Agradecemos sus felicitaciones. Los dibujantes Nato y Lugoze se sienten muy orgullosos porque usted admira sus "monos".

Norton Sandoval (Antofagasta).—Se le envió el número 132 de "Simbad". El otro ejemplar está totalmente agotado. En el futuro, asegure su "Simbad", porque es una revista que no se añeja en los kioscos, ni en las bodegas, pues se vende rápidamente.

Arturo Gallo Y. (Llay-Llay).—Desea comprar los ejemplares de "Simbad" del N.° 100 hasta el 126 y el número 141. Ruega que el lector o lectores que puedan vender esa colección, le escriban a Casilla 91, Llay-Llay.

Bernardita Arredondo (Lota).—"El Secreto de la Gitana", y "La Sierpe de la Discordia" entusiasman a nuestros lectores por su apasionante trama. Elena Poirier, Nato y Lugoze agradecen sus felicitaciones.

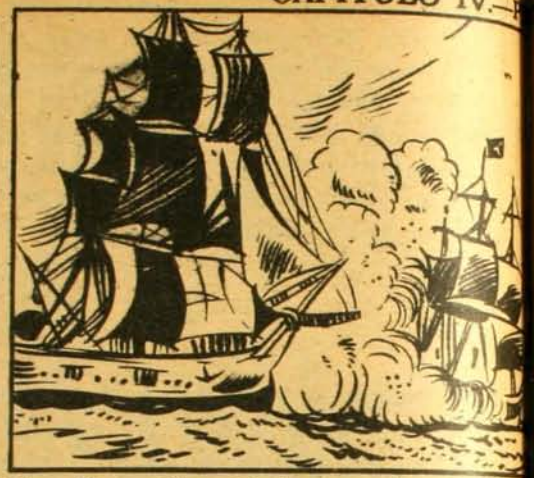
Fresia Vargas (San Bernardo).—Le remitimos el número 166, de la pequeña gran revista "Simbad". Cuidaremos que el cuento semanal sea variado, para que abarque todo el mundo fantástico, tal como usted desea.

ROXANE

CORENTIN PIRATA

CAPITULO IV.—[illegible]AS AL ABORDAJE





1. Poseído de honda emoción, Corentín vió izarse el pabellón negro de los piratas con la calavera y las dos tibias cruzadas. Cuántas veces había soñado con ese instante, en que participaría en un combate naval bajo el emblema mundial de los filibusteros. Ya los barcos se iban enfrentado como gallos de pelea.





2. El capitán Cork se situó frente a los cañones para dirigir el fuego. "—Quiero que esos malditos ingleses sean pasto de los tiburones", gritó con voz potente. Los piratas contestaron con rugidos y enarbolando sus hachas de abordaje. Los cañones estaban preparados para lanzar su mortal descarga.

INVENCIBLE





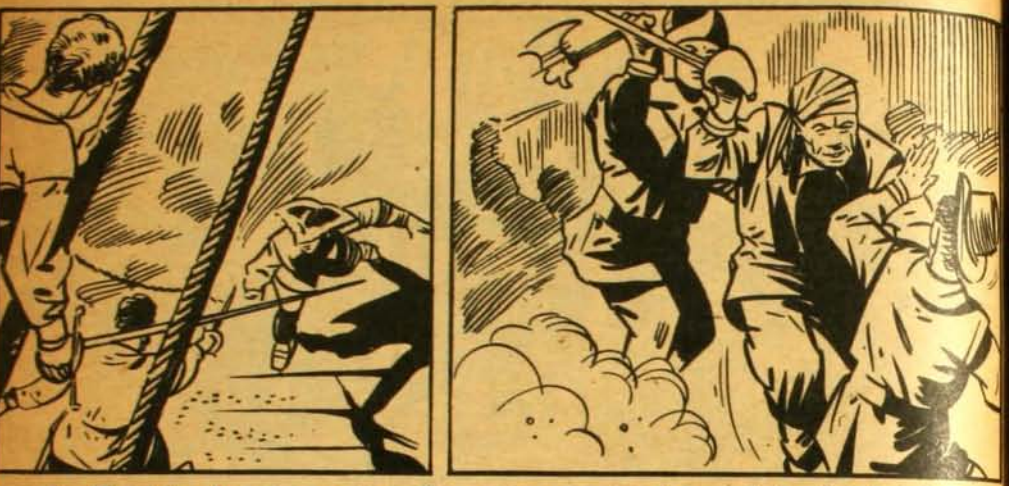
3. Pronto los barcos se vieron envueltos en llamaradas y humo. El infierno parecía haberse desencadenado sobre el mar. "—Pequeño —dijo Obrien a Corentín—, ahora tendremos danza." El niño, oprimiendo la espada que le dió el mago Beloc, repuso con orgullo: "Probaré mi espada invencible".





4. Los ganchos de abordaje cogieron como garras la borda del navío inglés. Unos tras otros, ágiles como simios o hienas, los piratas saltaron a cubierta. "—¡Corentín!", llamó Obrien, al advertir que el niño había desaparecido. En ese instante Cork se enfrentaba con el capitán enemigo.

CORENTIN PIRATA



5. Cogido de una gavia, Corentín presenciaba el duelo del barbudo con el inglés. Los adversarios eran igualmente diestros y valientes. Hawkins también combatía y Corentín descubrió que un traidor se disponía a atacarlo por la espalda. "—¡Hawkins! —gritó—. En guardia, o te parten esa cabeza dura."



6. Saltó sin vacilar y de un vigoroso puntapié obligó a retroceder al inglés. "—¡Maldición!", rugió el hombre, y trató de atravesar con su alabarda al audaz muchacho. Corentín esquivó el golpe. "—Calma, buen hombre", murmuró burlesco, y la pesada lanza buscó de nuevo su cuerpo.

INVENCIBLE



7. Corentín blandió su espada para defenderse, y en ese momento resonaron dos detonaciones. Obrien había disparado y el contendor de Corentín cayó para no levantarse más. "—¿Qué haces aquí?", preguntó Obrien, severamente. "—¿Y tú?", replicó el altivo Corentín, envainando la espada de Morgan.



8. Cork había vencido a su rival. Por todas partes el combate llegaba a su fin. Los piratas eran dueños del navío. Hawkins, agradecido, ofreció a Corentín: "—Tendrás el doble de ron que los demás compañeros." El niño contestó riendo: "—Gracias. No quiero ser un ebrio, como cierto Hawkins que yo conozco".

(CONTINUARA)

EL SECRETO de la GITANA



CAPITULO IX.— El gitanillo Mitou promete revelar un secreto.

RESUMEN: Ilona, hija del marqués de Kanisza, noble húngaro, se siente desplazada y comprende que hay un secreto en su vida. Por fin descubre que su madre era una gitana, e inmediatamente decide huir, vistiendo el traje que un día vistió su madre. Una vieja gitana la espera en el parque de Kanisza y la conduce al campamento. Allí es recibida como una reina, pero la bailarina Pepa se constituye en enemiga de Ilona y la provoca. Llega hasta amenazarla con un puñal y la hubiera herido a no intervenir el gitano Chandor. Ilona siente nostalgia de su hogar. Querría fugarse, pero advierte que la vigilan de día y de noche. En el mercado de una ciudad italiana Ilona alcanza a huir hasta las afueras de la ciudad, pero es cogida por Chandor y Muta.

La gentil y alegre Ilona se había convertido en una niña indiferente y apática. Su frustrada fuga la desmoralizó enteramente; nada le interesaba y nada despertaba su curiosidad.

—Debí permanecer en el castillo de mi padre —meditaba—. La tía Matilde no era tan pérfida ni tan severa como yo imaginé.

Su tardío arrepentimiento la llenaba de congoja. La caravana gitana seguía rodando por los caminos del mundo.

—Nunca nos detendremos. Jamás llegaré a la Riviera francesa, donde puedo clamar auxilio.

Ilona, educada en un internado de monjitas Marianas, conocía el idioma de Francia. Fácil sería explicar su situación de cautiva y rogar a las autoridades de ese país que la enviaran de regreso a Hungría.

De súbito palideció al recordar que ya había intentado pedir protección a la policía italiana. Pero el astuto Chandor hizo creer a los agentes que la jovencita era demente.

Con infinita tristeza, Ilona apoyó sus brazos en la ventanilla de su carromato y observó el camino que seguían, bordeando la cos-

ta. Las azules olas del Adriático se mecían bajo el brillante sol. Bandadas de gaviotas cruzaban el espacio. Muy pronto aquella visión se perdió en la lejanía.

—¿Pasamos ya frente a Génova? —interrogó a la gitana Muta.

—Sí, mi reina. Hace varios días.

Ilona se sintió defraudada. No había visto las cúpulas ni los campanarios de la maravillosa ciudad del mar. Siempre encerrada, siempre vigilada, sólo le era permitido tender su ansiosa mirada a través de la estrecha ventana de su carromato.

—¡Ya no soporto más! —exclamó—. ¿Por qué me tienes prisionera, Muta? ¿Por qué no me dejas salir? Todas las demás mozas



La caravana gitana seguía rodando por los caminos del mundo.

de la tribu recorren las ciudades, hablan con sus moradores y tienen más libertad que yo.

—Tú eres nuestra reina, la heredera de la santa Sara y no puedes compararte con las demás —repuso la vieja cíngara.

—Pero este cautiverio y el espionaje de que soy víctima terminarán por matarme.

Los labios de Ilona temblaron convulsivamente. Retuvo el llanto, pero en sus ojos se reflejaba la desesperación.

—Calma, reina mía. No olvides que debemos custodiarte, porque eres nuestra soberana.

"¿Todas las coronas pesarán tanto? —pensó Ilona—. ¿Todos lo reinados sólo traen angustia y preocupaciones?"
Ni la vieja Muta ni el gitano Chandor mencionaron su tentativ de fuga. Pero no apartaban sus ojos de ella y la seguían com dos sombras mudas y vigilantes.
—Mi madre también sufrió esta silenciosa persecución —discu rría Ilona—. Y huyó porque no pudo resistirla más. Pero Mut no dejará que yo escape.
Había transcurrido casi un mes desde que abandonó el castill de Kanisza. La nostalgia de aquella mansión que un día le pare ciera tétrica y hostil, se ahondaba en su alma.
"Si pudiera volver —suspiraba, agitándose inquieta en su lech de pieles—. Mi pobre padre sufre tal vez por mi ausencia."
Era una noche de mayo, calurosa y asfixiante. Ilona se sentía so focada por la falta de aire.
Las pequeñas ventanas permanecían abiertas y la puerta sól velada por una cortina flotante.
Pasaban las horas fatigosamente y la reina de la tribu no lograb conciliar el sueño.
Una voz se alzó en el silencio:
—¡Vienen los gitanos! ¡Cuidado con las gallinas!
Ilona sintió una alegría tan aguda que su corazón desfalleció ¡Aquella voz desconfiada y alerta había hablado en francés!
—Estoy en Francia, mi segunda patria —susurró conmovida.
Los recuerdos de su infancia la saturaron de dicha. Evocó a las monjas Marianas que le brindaron amor maternal y que la guia ron por la senda del saber.
Alegre e impulsiva se levantó para mirar al exterior. El claro de luna era tan luminoso, que se distinguía perfectamente el villo rrio francés por el cual atravesaba la caravana. Las casas se ali neaban a la orilla del camino, con sus techumbres de redondas tejas y sus jardines silvestres. Ilona experimentó el deseo de sal tar del carromato, para sentir bajo sus pies el contacto de la tierra amiga.
Debía ser prudente, sin embargo, para no despertar las sospechas de Muta.
—¿Estás despierta, mi reina?
En la penumbra había surgido la silueta de su celosa guardiana.
—Hace tanto calor, Muta, que no puedo dormir.
—Escucha, mi emperadora. Te cantaré una canción de cuna.

Sus ojos negros destellaban en la sombra. Dócilmente, Ilona se tendió en el lecho.

La rugosa mano de la gitana le acarició los cabellos.

—Cuando tu madre era pequeña, o cuando alguna pena la atormentaba, yo le cantaba esta canción, la misma que oirás tú ahora.

Después de escucharla, ella sonreía o se calmaba.

Pulsando las cuerdas de la guitarra, la vieja gitana empezó a cantar con voz muy suave y susurrante. Parecía increíble que esa cascada garganta emitiera una melodía tan pura y ensoñadora.

Ilona se dejó mecer por la música y sus párpados se cerraron.



—¡Vienen los gitanos! ¡Cuidado con las gallinas! —gritó una mujer cuando pasó la caravana de bohemios.

Pero la idea de la fuga no se apartaba de su mente y en algunos instantes creyó que las palabras cíngaras eran palabras francesas y que la invitaban a huir.

Sumida en estas reflexiones, no advirtió que la caravana se había detenido. Se sorprendió al oír los ecos familiares del campamento que se instalaba.

Abrió los ojos, advirtiendo que Muta ya no la acompañaba. Se levantó apresurada, y luego de vestirse y calzar sus zapatos de altos tacones, abandonó el carromato.

Al verla aparecer, los niños la rodearon. Las manitos morenas y sucias acariciaban furtivamente la seda de la falda y algunas más

audaces cogían las blancas manos de la reina, para instarla a jugar.
Ilona respiró profundamente las brisas mañaneras. El pensamiento de que estaba en Francia vibraba como un canto en su alma. Cada vez que se reunía con los niños, una sola pregunta acudía a sus labios: "¿Dónde está Pepa?".
El recuerdo de la gitana la turbaba. No le guardaba rencor por haber intentado herirla con su puñal.
—Pepa considera que soy una usurpadora y por eso me odia. Si supiera que yo deseo regresar a mi tierra natal, que no ambiciono ser reina de la tribu.
¿Dónde estaba la envidiosa gitana? Prisionera en alguno de los carros, custodiada por Chandor. ¿O tal vez la habían expulsado de la tribu y vagaba sola y desamparada por países extraños?
—Dime, pequeño Mitou —interrogó a un gitanillo que la contemplaba con admiración—. ¿Tú sabes dónde está Pepa?
El niño, moreno, de cabello ensortijado y pupilas brunas que brillaban a veces como carbón encendido, guardó silencio.
—Si me contestas, jugaré contigo y cantaremos juntos.
La delicia de los rapaces gitanos era que Ilona formara parte de sus rondas, cantara bellas canciones y bailara haciendo revolar sus faldas de relumbrante seda.
—Mitou, ¿no quieres responderme?
El pequeño vacilaba. Quizás tenía miedo de provocar la cólera de Muta o de que Chandor lo castigara. El gitano podía ser muy violento cuando estaba airado.
De súbito Mitou se desprendió de la mano de Ilona y emprendió veloz carrera. Como un cervatillo asustado se deslizó por entre las hogueras y los grupos de bohemios y desapareció tras las ruedas de un carromato. Sin volverse, Ilona supo que Muta se aproximaba. Oyó tras ella la voz que la perseguía:
—¿Quieres reposar un momento, mi reina?
—No —replicó Ilona, malhumorada.
—¿Te traigo una taza de leche?
Sin contestar, Ilona atravesó el campamento. Muta no la siguió. Se mantuvo inmóvil y en su viejo rostro, quemado por el sol, apareció un gesto desolado.
Ilona se detuvo. La fila de carruajes nómades la ocultaba a la vista de los gitanos. Observó el campo abierto y, no lejos de allí, la aldea donde esperaba hallar su liberación.

—Aún no ha llegado la hora —exclamó, conteniendo sus ansias—. Si me lanzara a correr, Chandor, que es veloz como un gamo, no tardaría en atraparme.

Alguien la tiró suavemente del vestido. Inclinándose, descubrió a Mitou bajo un carromato.

—Ya pasó el peligro, diablillo. Sale de tu escondite.

Los ojos renegridos del niño refulgían más que nunca.

—Quiero decirte un secreto, linda reina —susurró el gitanillo.

Ilona reprimió una exclamación de triunfo. Por fin Mitou le revelaría dónde estaba Pepa.

—Habla —urgió, impaciente.

—Es un secreto. Siéntate junto a mí. Tengo que decírtelo al oído para que no lo sepa nadie más que tú.

Ilona se sentó en el pasto y entonces la morena cabeza del gitanillo se acercó hasta rozar el pañuelo multicolor.

(CONTINUARA)



Los gitanillos rodearon alegremente a la reina de la tribu.

Ponchito


¡APROVECHARÉ ESTA PIEL DE LEÓN PARA DISFRAZARME!...
...Y LE IRÉ A DAR UN SUSTITO A DON CHUMA
¡SE VA A DESMAYAR DE MIEDO!
¡AHÍ ESTÁ, ME ACERCARÉ DESPACITO!

por nato


¡OH, UN LEÓN!
¡GRRRR!
¡ESTE DEBE SER EL QUE ME MATA LOS CORDEROS!
?
¡AHORA ME LA PAGARÁS!
¡BANG!
¡BANG!
¡BANG!
¡BANG!
NATO



El Hijo del Lobo.



CAPITULO XXV.—El caballo fugitivo.

El sitio de la fortaleza de Logres por las hordas salvajes de Erico el Pelirrojo duraba ya dos meses. Los sitiados sufrían toda clase de quebrantos, vigilias y horrores. Los héroes de esta defensa eran precisamente los jóvenes de la Escuela de Caballería, entre éstos Tristán, el Hijo del Lobo; Lancelote, el hijo de la princesa Viviana de Brocelandia, y Rudel, el hijo del conde Giles.

El caballo relinchaba de terror entre las llamas.



Tristán atravesó la muralla de fuego.





El caballo atravesó de un salto la zona incendiada.

Los nobles, que se ocultaban en los sótanos y salas del castillo, de nada se preocupaban, porque aun tenían víveres, vinos y agua para muchos meses de sitio.

Los tres donceles, que demostraron ser héroes en aquella desesperada defensa del castillo, temían ya la completa ruina. Oían los relinchos de los caballos enloquecidos por el incendio que se propagaba por las caballerizas.

Tristán dijo a Lancelote:

—Los salvajes consideran al caballo como un animal sagrado. ¿Por qué no aprovechamos ese temor supersticioso para derrotar a los bárbaros?

A través de la muralla de humo se distinguía un gran caballo que saltaba contra las altas paredes, procurando huir del círculo de fuego. Tristán, cubriéndose la cabeza con un saco húmedo, corrió a través de las llamas. Un minuto después, el caballo, guiado por la diestra mano de su joven jinete, atravesó de un salto la zona incendiada y continuó galopando hacia el puente levadizo.

—¡Salta, Tristán! —gritaron Lancelote y Rudel, que temieron ver desaparecer a su amigo entre la horda salvaje.

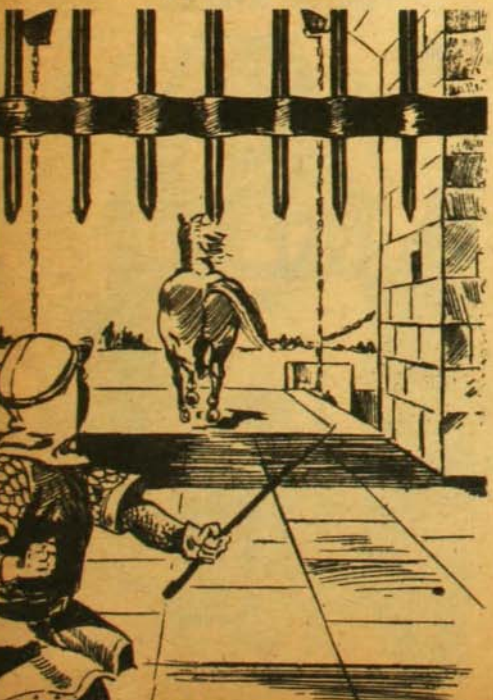
Tristán descabalgó casi frente a la puerta y, mientras el cor-

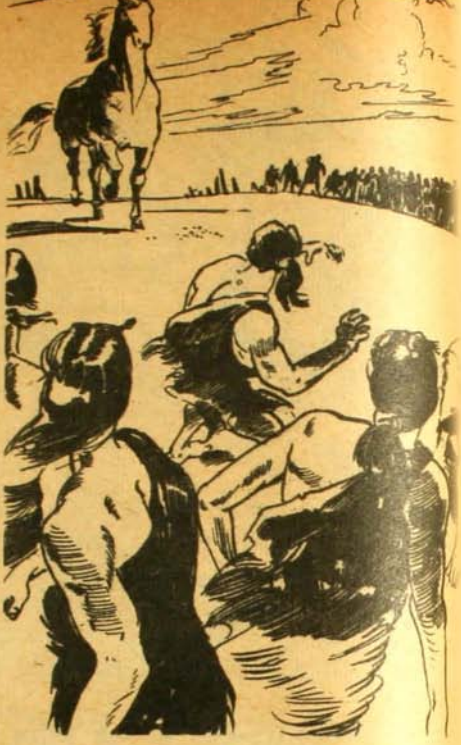


Continuó galopando hacia el puente levadizo.

cel seguía su desenfrenada huída, la reja se cerró de nuevo.
Desde los altos torreones, los guardias del castillo y los guerreros vieron que el ejército sitiador se agitaba. Las filas de bárbaros retrocedieron al ver que surgía el caballo.
—Miren, sueltan sus jabalinas y ahora permanecen tan inmóviles como estatuas de sal — musitó Lancelote.
En efecto, las huestes de Erico el Pelirrojo se mantenían sin moverse, como si un sortilegio las hubiera inmovilizado para siempre.
El caballo, que minutos antes

Tristán descabalgó casi frente a la puerta.





Los bárbaros retrocedieron atemorizados.

devoraba la distancia en un galopar furioso, porque el incendio lo había enloquecido de terror, se detenía ahora frente a las hordas guerreras y también él conservaba una inmovilidad impresionante.
Un silencio profundo se extendía por el amplio campo. Algunos bárbaros cayeron de rodillas.
—¿Abandonarás el sitio? — murmuró Lancelote—. ¿Y si, por el contrario, se establecen aquí, para rendir adoración al caballo, como a un dios extraño que contemplan por primera vez y que les atemoriza?

—No sé, Lancelote —replicó Tristán.

De pronto, en el silencio, se elevó un grito estridente. Aquel alarido era tan espantoso, que los valientes temblaron, los propios bárbaros se sintieron sobrecogidos de pánico y el caballo, inquieto, golpeó la tierra con sus cascos. El grito se elevó de nuevo y varias palabras, en un idioma extraño, fueron pronunciadas.

—¿Qué sucede? —inquirió Rudel.

Y nuevamente Tristán repuso:

—No sé.

Vieron que las filas de nórdicos se apartaban, abriendo paso a alguien.

(CONTINUARA)

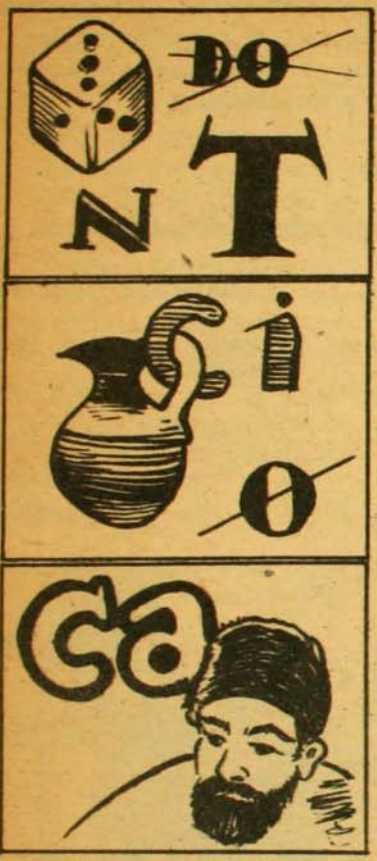
Parecían haberse convertido en estatuas de sal.

Algunos bárbaros cayeron de rodillas.



¡Adivina Ud?

CONCURSO TRES NOMBRES ILUSTRES DE ITALIA.



Estos jeroglíficos dan el nombre de tres figuras famosas de Italia: 1, escribió el inmortal libro "La Divina Comedia"; 2, artista de la escuela florentina, pintor, escultor; 3, tenor que alcanzó fama mundial. Envía tu respuesta a revista SIMBAD, Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 168.— El marfil.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD".—Aksa Lozano, Quillota; Miguel Valdebenito, Los Angeles; Margarita Farías, Santiago. UN PREMIO DE $ 20.—. Elisabeth Goñi, Concepción; Olga Rogazzi, Chillán; Arturo Solar, Santiago; Carmen González, Los Andes; Leoncio Medina, Santiago; Nelson Muñoz, Curicó; Silvia Sepúlveda, Villa Alemana; Linia Gamberini, Santiago; Humberto Porzio, Los Andes; Carmen Ríos, Santiago. UNA ARMONICA.—José Quiñones, Quilpué; Juan Urbina, Santiago; Mario Peralta, Pailahueque. UN LAPICERO FUENTE.—Nelson Navarro, Los Andes; Alejandro Maureira, Coronel; Guillermo Cepeda, Santiago. UN LAPIZ AUTOMATICO.—Patricio Cáceres, Quilpué; Ricardo Martínez, Valparaíso; Sonia Parra, Rancagua. UNA TIJERA CORTA PAPELES.—Hernán Toledo, Perquenco; Silvia Quintana, Talca; Cecilia Espíndola, Santiago; Alfredo Contreras, Santiago. UNA PEINETA.—Dagoberto Latorre, Nueva Imperial; Félix Saavedra, Viña del Mar; Patricia Méndez, Lota. UN LIBRO.—Hernán Orchard, Santiago; Miguel Yáñez, Santiago; Ricardo Stuart, Quilpué; Miriam Pineda, Lota Alto; Guillermo Ordenes, Villa Alemana; Vasco Salgado, Concepción; Hugo Peppi, San Felipe; Marcel Opliger, Santiago; Elsa Riveros, Temuco; Fernando Illanes, Concepción. UN VITALMIN.—Mario Delbene, Santiago; Diana Sanz, Santiago; Eduardo Cortés, Coquimbo; Sonia Zamora, Los Andes; Rosa Fernández, Santiago; Italia Figueroa, Santiago; Rosa Contardo, Santiago; José Arellano, Santiago; Patricio Guerra, Santiago; Panchito Herrera, Talcahuano.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 170

Díganos el nombre:

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1952.


¡NO DEBÍ INSULTAR A @AROC@ITO! ¡EN @UANTO LO VEA, LE PEDIRÉ DISC@UL-PAS.!
¡HOLA @AROZO.! ¡QUÉ SUERTE EN@ON-TRARTE.! ¡MUY BONITO TU DISFRAZ.! SIENTO HABERTE OFENDIDO EL OTRO DÍA.
¿POR QUÉ NO ME @ONTESTAS? ¡NO SEAS RENCOROSO.!
¿QUE HACES, QUINTÍN? ¡ESE ES EL LEÓN QUE SE ARRAN@Ó DEL ZOOLOGI@O.!
¡SOCORROOOO! ¡AUXILIOOOO! ¡@HASAMÁN, MUÉRDELO QUE ME @OME.!
LUGOTE

PELUSITA POR NATO



Simbad

.º 171

$ 3.-



CORENTIN PIRATA INVENCIBLE



CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,65
Semestral: US. $ 0,90
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

AÑO IV - 10-XII-1952 - N.º 171

La SIERPE de la DISCORDIA

CAPITULO IX.—El misterioso ermitaño.

El rey Primo y la reina Iris decidieron salir en busca del arma que destruiría a la diabólica serpiente Azam. Un hada les dijo que la encontrarían en el bosque de Narla, y hacia allá encaminaron sus pasos.



El rey Primo y la reina Iris abandonaron el palacio.



Afirmándose en su cayado, el rey ayudaba a Iris en su fatigosa marcha.

En las primeras horas del alba cruzaron la ciudad dormida. Para llegar al bosque debían atravesar escarpados montes. Afirmándose en su cayado, el rey sostenía a Iris en su fatigosa marcha.

—¿Quieres reposar un instante?

—No, mi amado rey. Sigamos.

Por fin alcanzaron la cumbre. Desde allí se avistaba la selva.

—Ese es el bosque de Narla —dijo el rey—. Penetraremos en él antes del anochecer.

Primo se equivocaba. Tupidos matorrales de zarzas impedían el paso. El puñal del rey cayó una y otra vez sobre las ramas erizadas de espinas. Iris ayudaba a separar el ramaje. Por sus blancas manos corría la sangre de las heridas causadas por las púas.



Tupidos matorrales de zarzas impedían el paso de los reyes de Tulia.

—Es inútil —exclamó el rey—. Nunca podremos abrirnos camino.

Las zarzas parecían multiplicarse y se enlazaban con fuerza. Al mirar las ramas retorcidas como víboras negras, Iris evocó a la maligna serpiente que sembraba el odio en el reino.

—Coraje —animó al desalentado soberano—. Recuerda, mi rey, que debes salvar a tus súbditos.

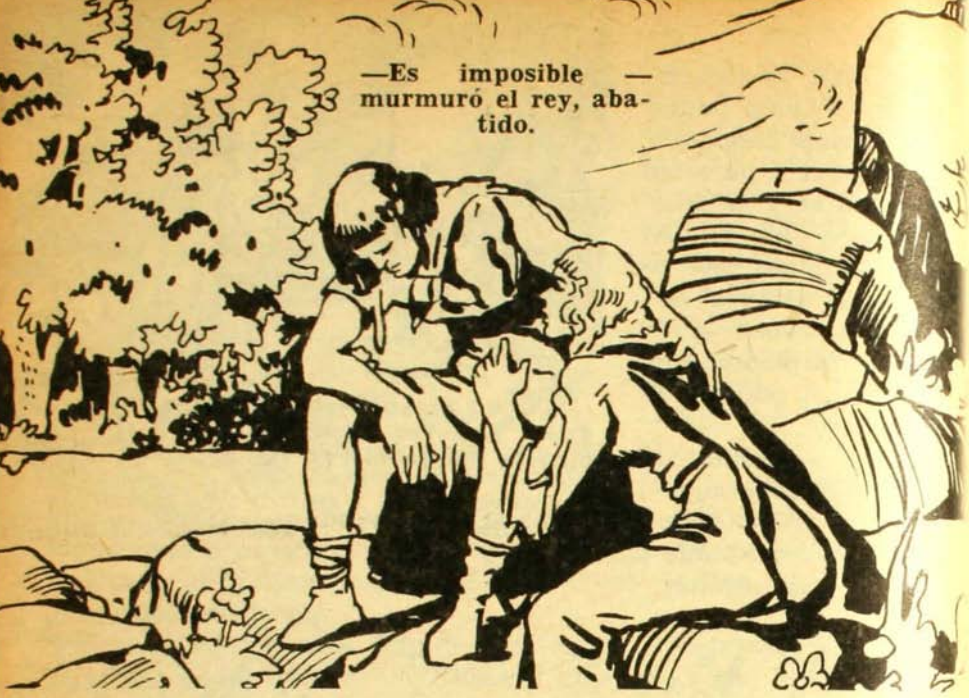
Primo siguió cortando las zarzas, y por fin pudieron cruzar aquella barrera de espinas.



—Sólo un gigante podría remover esas piedras —dijo el rey.



Iris ayudaba a Primo en la difícil tarea.



—Es imposible —murmuró el rey, abatido.

—Mira esa caverna. Tal vez ahí está cautivo el anciano que venimos a rescatar por orden del hada —exclamó Iris.

—Pero la entrada está cubierta por enormes rocas —observó Primo—. Sólo un gigante podría remover esas piedras.

—Nosotros las haremos rodar —dijo la reina con suave acento.

Primo la miró asombrado. Nunca le había parecido tan frágil, ni tan dulce, y, sin embargo, un poder intenso parecía rodearla. Se sintió traspasado por esa fuerza desconocida y, sin pronunciar otra palabra más, empezó a desplazar las gigantescas rocas. Iris, en silencio, le ayudaba.

—¿No oyes unos pasos en el bosque? —susurró Iris.



—Es imposible —murmuró el rey, abatido.
Había caído la noche y las sombras se extendían sobre la tierra.
—Cuando brille de nuevo el sol, continuaremos nuestra tarea —sugirió la valerosa Iris.
—Es inútil —repitió Primo.
Pero el terrible cansancio que lo dominaba desapareció más tarde. Irguiéndose, dijo:
—Aun hay luz y puedo seguir quitando piedras. Pero tú, mi adorada Iris, descansa.
La reina obedeció, reclinando su rubia cabeza sobre una roca. De súbito se incorporó.
—¿Qué sucede? —preguntó el rey alarmado. Iris se había acercado a él y susurró:
—¿No oyes unos pasos en el bosque?
Antes de que Primo respondiera, un viejo surgió entre los árboles. Su blanca barba le daba un aspecto patriarcal.
—¿Quién será? ¿Un ermitaño?
Primo rodeó con su brazo el cuerpo de la reina. La aparición de aquel anciano lo había desorientado. Los montes y el bosque de Narla tenían fama de lugares solitarios.
El ermitaño se acercaba, sin separar sus ojos de los reyes de Tulia. Levantó su sarmentosa mano para saludarles y una vaga sonrisa flotó en sus labios.

(CONTINUARA)



Un ermitaño surgio entre los árboles.

ANDANZAS DE SAMUEL BILL

CAPITULO V.—UNA OSA DE MAL GENIO Y UN OSO INGENUO



1. Samuel Bill, su viejo amigo Bepo y el indiecito Papus acababan de pasar una noche muy agitada porque un coyote penetró en su campamento. La fiera fué abatida por dos disparos de Samuel Bill. Al día siguiente los exploradores continuaron su viaje. Seguían la ruta indicada por el indio Patas de Bisonte.



2. "—Este río tiene mil demonios en el agua", refunfuñaba Bepo, sujetando con fuerza el remo. La corriente arrastraba a la canoa y era difícil evitar las rocas y los bancos de arena. "—Hermano blanco no descansar ni dormirse. Ojo abierto", indicaba Papus. "—Y boca cerrada —gruñía Bepo—. ¡Cuidado, una cascada!"



3. La cascada no era alta; pero otro peligro más grave amenazaba a los aventureros. Una osa con su osezno bebían en el río cuando apareció la canoa. "—¡No te detengas, Samuel Bill! ¡Sigue remando!", gritó el viejo Bepo, removiendo su remo en el aire, porque la piragua pasó volando y cayó frente a la osa.



4. De un solo zarpazo, la fiera volcó la embarcación. Con toda rapidez, Bepo guardó su pipa en el bolsillo, mientras caía de espaldas. Papus dió una voltereta en el espacio antes de sumergirse en el río. "—¡Aquí, chiquillo! —gritó el viejo Bepo, que ya había encontrado una roca salvadora—. Arriba, Papus."

ANDANZAS DE SAMUEL BILL





5. Samuel Bill tuvo menos suerte. Yacía aturdido en la ribera. Al caer se golpeó la cabeza contra una roca. La osa y su osezno se alejaron gruñendo. "—Después que hacen la de San Quintín, se van muy tranquilos", dijo Bepo. En ese momento, Papus lanzó un grito. "—¿Qué pasa? ¿Por qué chillas?", preguntó el viejo.





6. Un enorme oso se acercaba al desvanecido Samuel Bill. Era el macho de la familia osuna, y sus intenciones sólo podían ser siniestras. Desde la otra orilla del río, Bepo miraba la aterradora escena. "—Y no tengo un rifle, ni siquiera un cuchillo de caza —se lamentaba—. Todas las armas quedaron en la canoa."





7. El oso parecía asombrado de la inmovilidad de Samuel Bill. Lo olfateó, indeciso. Con una de sus grandes zarpas dió vuelta el cuerpo inerte. "—Si mi hermano blanco no se mueve, está salvado —musitó Papus—. Y tú, hermano viejo —añadió dirigiéndose a Bepo—, quédate tranquilo." El oso se decidió por fin.





8. Y partió, convencido de que aquel cuerpo que tuvo entre sus patas sólo era un cadáver. La misma idea asaltó a Bepo. La caída de su amigo había sido mortal. El pobre Bepo se lanzó al río, para acercarse a Samuel Bill, y de pronto su apenado corazón se alegró al oír reír. "—Engañé al oso, mi viejo", decía Bill.

(CONTINUARA)

BLANCANIEVES Y ROJAFLOR



En la humilde cabaña vivía una viuda con sus dos hijas: Blancanieves y Rojaflor. Se llamaban así las doncellas porque se parecían a las flores de dos rosales que crecían ante la choza.

Blancanieves era rubia como el primer sol del día. Rojaflor, en cambio, se asemejaba al encendido sol de la tarde, y su larga cabellera tenía el color de un campo de amapolas.

Las dos niñas se amaban tiernamente; iban siempre cogidas de la mano cuando salían juntas, y habían prometido que nunca se separarían.

—Id al bosque a recoger leña —decía la madre.

Ambas niñas obedecían alegremente. La selva era para ellas un inmenso hogar poblado de criaturas que consideraban sus hermanas. La liebre comía verdes hojas en sus manos. El cervatillo ramoneaba a su lado. Las cabras brincaban a su alrededor y las pequeñas aves cantaban en el ramaje o se posaban confiadas en los hombros de las doncellas. Los tímidos habitantes del bosque no se alarmaban en presencia de Blancanieves y Rojaflor, y las fieras nunca se cruzaron en su camino.

El paso del tigre se hacía cauteloso, no para acecharlas, sino para no causarles terror.

—Ya es de noche —indicaba Rojaflor cuando habían tardado mucho en recoger leña o moras silvestres—. Quedémonos aquí.

Tendidas sobre el musgo dormían tranquilamente hasta la mañana. Y como su madre sabía que las buenas criaturas del bosque y también las fieras amaban a sus hijas, dormía sin sobresalto.

Las bellas hermanas mantenían la cabaña siempre limpia. Todas las mañanas de verano Rojaflor se levantaba la primera para barrer y ordenar la casa. Después recogía un ramo de flores para su madre, eligiendo un capullo de cada rosal.

Todas las mañanas de invierno, Blancanieves encendía el fuego y ponía el caldero a hervir. Y aunque el caldero era de cobre, brillaba como si fuese de oro, de tanto que lo había pulido.

—Está nevando. Cierra la puerta.

Blancanieves obedecía a su madre y luego se sentaba al lado de su hermana. La viuda, colocándose las gafas, leía entonces, mientras sus hijas hilaban. Cerca del fogón dormía un corderito, y sobre una percha reposaba una paloma, con la cabeza bajo el ala.

Una noche se oyeron rudos golpes en la puerta.

—Pronto, Rojaflor —dijo la madre—; abre la puerta. Quizás sea algún viajero que necesita refugio.

Rojaflor descorrió el cerrojo, esperando ver afuera a un pobre hombre. Pero entonces un gran oso asomó su cabezota negra. La niña, con un grito de espanto, huyó a esconderse. El corderito baló, la paloma aleteó despavorida y Blancanieves se ocultó detrás de la cama de su madre. El oso habló, procurando suavizar su áspera voz:

—No os asustéis. No os haré daño. Estoy helado y deseo entrar a calentarme.

—¡Pobre oso! —exclamó la madre—. Entra y échate ante el fuego, pero ten cuidado de no quemarte la piel.

Después añadió, dirigiéndose a sus hijas:

—Venid, Blancanieves y Rojaflor. El oso no os hará daño. Parece muy bueno.

Las dos niñas salieron de su escondite. El cordero y la paloma fueron también calmando sus temores.



Desde entonces, el oso volvió todas las tardes a la cabaña.

—Hermosas doncellas —dijo el oso antes de decidirse a entrar—, venid y sacudidme la nieve de mi gabán de pieles.
Y ellas cogieron las escobas y le barrieron de arriba abajo hasta dejarle limpio y reluciente. Luego el oso se tendió ante el fuego, lanzando gruñidos de satisfacción.
Cuando llegó la hora de irse a dormir, las niñas se retiraron, y la viuda ofreció a su visitante:
—Si quieres, puedes quedarte. Así estarás protegido del frío y del mal tiempo.
Tan pronto como apuntó el día, las doncellas dejaron salir al oso, y él se alejó trotando sobre la nieve.
Desde entonces volvió todos los días al atardecer. Se tumbaba en el suelo ante la lumbre y permitía que Rojaflor y Blancanieves jugasen con él.
—Dejaremos la puerta sin cerrojo para que puedas entrar cuando quieras —dijo Blancanieves a su amigo.
Pero cuando llegó la primavera el oso declaró que debía marcharse y que ya no podría volver.
—¿A dónde te vas, querido oso? —preguntó Blancanieves.
—Me veo obligado a penetrar en el bosque para guardar mis tesoros de los malvados enanos. En el invierno, cuando la tierra está dura, no pueden salir de sus agujeros. Pero ahora que el sol ha calentado y esponjado el suelo, los enanos perforan sus túneles y roban todo lo que encuentran.
Blancanieves se entristeció mucho con la partida del oso. Abrió la puerta con tanto desgano, que sólo quedó un espacio estrecho para pasar, y cuando el oso quiso salir, un trozo de su piel se desgarró contra el cerrojo. Por la abertura de la piel Blancanieves creyó distinguir brillo de oro, pero no estaba muy segura. El oso se alejó al trote y pronto desapareció entre los árboles.
Algún tiempo después la madre envió a sus hijas al bosque a recoger leña. En un árbol atravesado en el sendero vieron algo que se agitaba y que al principio no pudieron imaginar qué era. Cuando estuvieron más cerca reconocieron a un enano, que tenía una barba de un metro. Esta barba estaba cogida en la hendidura de un árbol, y el trasgo no sabía cómo librarse. Al ver a las niñas las miró con sus fieros ojos y exclamó:
—¿Qué hacéis ahí pasmadas? ¿No vais a ayudarme?
—¿Qué te pasa, hombrecillo? —inquirió Rojaflor, conteniendo la risa.

—Si no fueras tan estúpida ya lo habrías adivinado. Quise rajar este árbol para llevarme unas astillitas para mi cocina. La hendidura se cerró de repente sin darme tiempo a retirar mis hermosas barbas.

Las hermanas hicieron todo lo posible para soltar las barbas del enano, pero no lo consiguieron.

—Tengo una idea —dijo Blancanieves, y sacando unas tijeras de su bolsillo cortó el extremo de la barba.

Tan pronto como el hombrecillo se encontró libre, cogió un saco lleno de oro que yacía entre las raíces del árbol y, echándoselo al hombro, se alejó rezongando:

—¡Mocita imbécil! ¡Mira que cortarme mis hermosas barbas! ¡Mala peste la lleve!

Un día Blancanieves y Rojaflor salieron a pescar. Cuando se acercaban a la orilla del estanque vieron algo que rebullía en el borde del agua. Las doncellas corrieron hacia aquel sitio y descubrieron por segunda vez al enano.

—Estaba pescando; mis barbas se enredaron en el hilo, y ahora el pez que mordió el anzuelo me está arrastrando. ¡Rápido, pequeñas idiotas! Desenreden mis hermosas barbas.

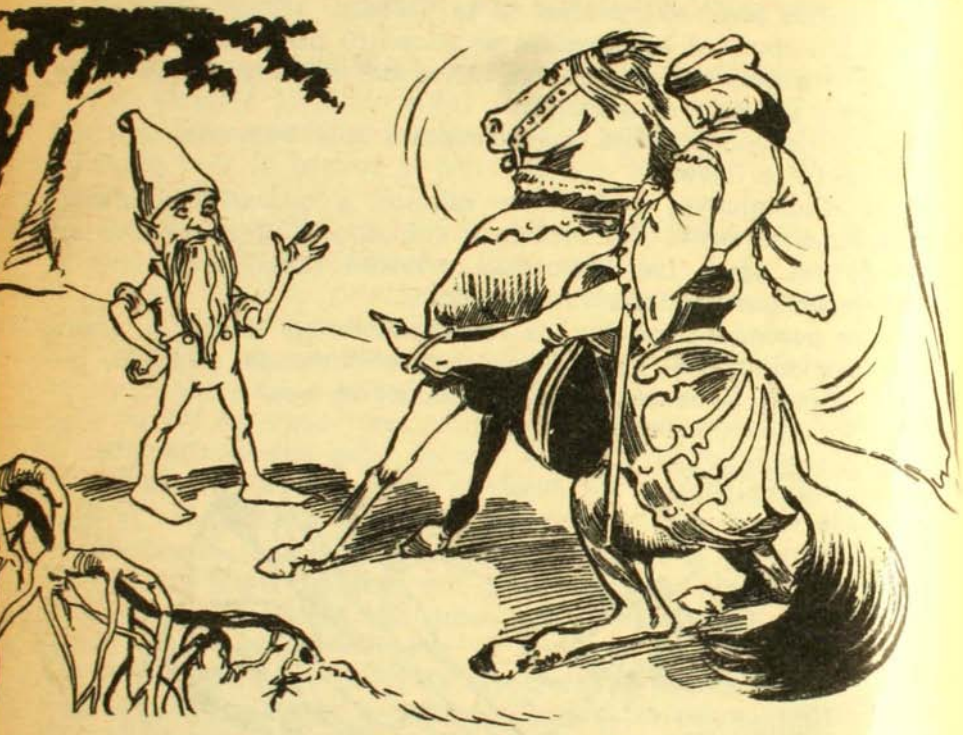


Las barbas del enano quedaron cogidas en la hendidura del arbol.

Fué imposible desprenderlas, y entonces Blancanieves recurrió a las tijeras. El enano gruñó enfurecido:

—¡Por lo visto, te has empeñado en desfigurarme la cara! ¡Por si no fuera bastante el haberme cortado la barba una vez, ahora me quitas la parte más bonita que me quedaba!

Dicho esto cogió un saco de perlas que había dejado entre las malezas, se lo echó al hombro y desapareció detrás de una piedra.



El enano Envidioso lanzó un maleficio al príncipe.

Pocos días después de esta aventura aconteció que Blancanieves y Rojaflor atravesaban un prado, cuando oyeron gritos desgarradores. Un águila había atrapado al enano y trataba de llevárselo por los aires. Corrieron a socorrerlo. El ave remontó el vuelo, y en cuanto el enano se repuso del susto, exclamó con su voz cascada:

—¿No pudisteis cogerme con más suavidad? ¡Habéis arrugado mi traje de tal modo, que va a necesitar dos meses de plancha!

Dichas estas palabras, se echó al hombro un saco de piedras preciosas y se deslizó por entre las rocas hacia su cueva.
Blancanieves y Rojaflor estaban ya acostumbradas a su ingratitud, y siguieron su camino. Al regresar, cruzaron por el mismo prado, y sin querer descubrieron la caverna donde el enano guardaba sus tesoros. Las riquezas lanzaban rayos de mil colores bajo la luz del sol. Ambas doncellas miraban extasiadas, cuando surgió el enano, más iracundo que nunca:
—¡Esta vez no os perdono! ¡Os convertiré en ranas de la charca!
Pero no pudo cumplir su maldición. Un gran oso salió del bosque. El enano saltó hacia atrás, aterrado; pero el oso lo agarró antes de que pudiera huir.
—¡Perdonadme, mi señor oso! —clamaba el enano—. Os daré todos mis tesoros. ¿Qué tenéis que temer de un enanillo débil como yo? Conmigo no tendríais bocado ni para un diente. Ahí tenéis dos perversas mozas, ¡comedlas! Están lindas como codornices.
Pero el oso, sin molestarse en hablar, dió al desagradecido enano un golpe con una de sus zarpas, y el hombrecillo no volvió a rebullir.
Blancanieves y Rojaflor quisieron huir; pero el oso las llamó:
—¡No temáis; soy yo!
Ellas conocieron su voz y se detuvieron. Cuando él se acercó, la piel que le cubría se cayó de pronto y apareció un apuesto doncel vestido de oro.
—Soy hijo de un rey —explicó—. Un día cabalgaba por el bosque y encontré al enano Envidioso. Me convirtió en oso y robó todos mis tesoros. El maleficio terminó con la muerte del enano. Regresaron todos a casa. Blancanieves se casó con el príncipe, y Rojaflor, con un hermano de él. Las princesas se trasladaron con su madre a vivir al palacio, y compartieron los inmensos tesoros reunidos por el gnomo. Los rosales que florecían ante la cabaña fueron trasplantados a los jardines reales. Y colorín, colorado, este cuento ha terminado.



CORENTIN PIRATA INVENCIBLE

CAPITULO V.—EL BARCO FANTASMA



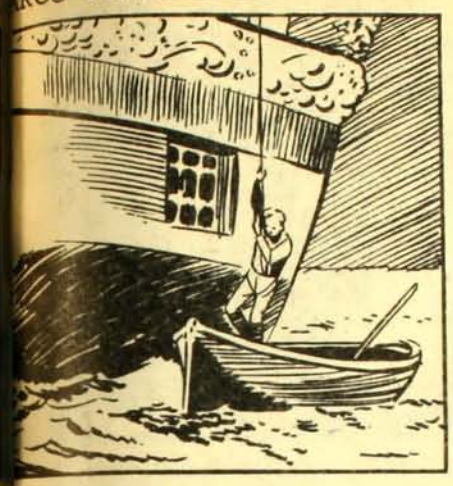


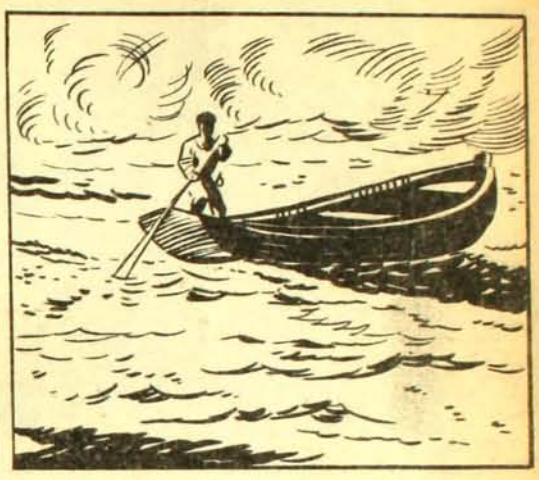
1. El velero pirata de Cork había vencido a un navío inglés. De pronto el vigía anunció: "—¡Barco a estribor!". El "barbudo", con una sardónica risa, dijo: "—Ahora tengo dos naves para atacar. Tú, Reinaldo, comanda ésta. Yo regreso a mi querida carraca." Entre la bruma se acercaba la nueva presa de los filibusteros.





2. Obrien, afirmado en la borda, murmuró: "—¡Qué extraño! Diríase que esa nave está desierta. No se ve a un solo tripulante". El galeón desconocido aparecía y desaparecía en la bruma. El terror estremeció a los piratas. "—¡Es el barco del diablo! —exclamó el contramaestre Hawkins—. Lleva la muerte a bordo."





3. "—¿Son hombres o ratas asustadas? —rugió Cork—. Vaya uno a reconocer ese navío." El más profundo silencio acogió esta orden. Corentín replicó: "—Yo iré, mientras Hawkins les reparte ron para que pasen el susto". Agilmente se deslizó hasta un bote y minutos después bogaba hacia el barco fantasma.





4. No tardó en hallarse en cubierta. La soledad más absoluta reinaba allí y sólo se oía el chasquido de las olas contra el casco. El viento gemía entre las jarcias. Corentín abrió una puerta, que rechinó agudamente. Con la espada de Morgan en su diestra se adelantó el valiente muchacho, y de pronto quedó petrificado.

CORENTIN PIRATA





5. Había entrado en la cabina del capitán, y vió a un hombre sentado ante una mesa, con los ojos fijos en el libro de bitácora. Algo en su actitud le produjo un vago espanto. "—Señor —balbució, acercándose—, decidme..." Se interrumpió al descubrir que aquel hombre estaba muerto.





6. Venciendo su terror, Corentín cogió el libro para leer las últimas frases: "12 de julio. Sólo quedamos dos a bordo. Carl vino a amenazarme; pero no le revelaré el secreto del tesoro. Moriré sin decírselo. Ignoro qué le ha sucedido a Dania. La parálisis, que me mantiene clavado en esta silla, no me permite huir..."

INVENCIBLE





7. Corentín cerró el libro. "Un tesoro... Y ese Carl, ¿dónde estará? Quizás aún se encuentra a bordo" Subió las gradas que conducían a la salida y comprobó que la puerta estaba cerrada por fuera. ¿Quién le había encerrado? Tal vez el malvado Carl. "Cobarde —murmuró—. ¿Por qué no me desafía de frente?"





8. De pronto se levantó de un salto. Un hombre subía la escalera. Venía armado de un garrote y en su mano izquierda sostenía una linterna. La expresión de su rostro era espantable. "Este rufián es de carne y hueso, y me matará si me descuido", pensó Corentín, que al principio temió habérselas con un fantasma.

(CONTINUARA)

EL SECRETO de la GITANA



CAPITULO X.— La promesa de Chandor.

RESUMEN: Ilona, hija del marqués de Kanisza, noble húngaro, se siente desplazada y comprende que hay un secreto en su vida. Por fin descubre que su madre era una gitana, e inmediatamente decide huir, vistiendo el traje que un día vistió su madre. Una vieja gitana la espera en el parque de Kanisza y la conduce al campamento. Allí es recibida como una reina, pero la bailarina Pepa se constituye en enemiga de Ilona y la provoca. Llega hasta amenazarla con un puñal y la hubiera herido a no intervenir el gitano Chandor. Ilona siente nostalgia de su hogar. Querría fugarse, pero advierte que la vigilan de día y de noche. En el mercado de una ciudad italiana Ilona alcanza a huir hasta las afueras de la ciudad, pero es cogida por Chandor y Muta. La caravana sigue su errante camino y llega a un villorrio francés. Mitou, un gitanillo, promete decir a Ilona un secreto.

El gitanillo Mitou, acercándose a Ilona, le susurró al oído:

—Yo sé dónde está Pepa.

El corazón de Ilona latió con fuerza. Por fin sabría dónde estaba la gitana que un día la amenazó de muerte. Pepa reclamaba su derecho a ser coronada reina de la tribu y odiaba a Ilona porque había venido a usurparle el trono gitano.

Mitou, escondido debajo de un carromato, porque temía las iras de Muta, indicó a Ilona que se sentara junto a él para confiarle el gran secreto:

—Pepa está encerrada en el carromato verde.

Aquel carromato pertenecía a Chandor.

Una expresión de triunfo destelló en la mirada de Ilona.

—Regresemos al campamento, Mitou.

Antes de separarse del gitanillo, le dió el resto de los bombones que le había regalado Muta.

—¡Largo de aquí, mendigo!

Como un conejo que oye un disparo de escopeta, Mitou escapó al oír el grito de la vieja Muta.

—Mi reina, todo se lo das a estos rapaces —refunfuñó la gitana.

Ilona sentíase tan feliz, que abrazó a la anciana y estampó un beso en su bronceada mejilla.

Aquel gesto sorprendió y conmovió profundamente a la vieja gitana, que permaneció inmóvil, deslumbrada. Su mano temblorosa cogió un extremo del pañuelo multicolor que cubría su cabeza y lo pasó por sus ojos.

—¿Quieres un tazón de leche, mi reina? —preguntó con voz trémula.

Minutos antes Ilona había rechazado aquel ofrecimiento; pero ahora contestó con ternura:

—Sí, mi buena Muta.

La violenta emoción que dominó a Muta al recibir su beso la había turbado. Por primera vez deseó ser cariñosa con la gitana y experimentó una vaga tristeza al pensar que la abandonaría.

No renunció, sin embargo, a sus planes de fuga. Procurando no atraer la atención, vagó por el campamento. Pero en ningún instante pudo acercarse al carromato verde. Como por arte de magia surgía la alta silueta de Chandor, veía relumbrar su mirada acechante, o flotar su irónica sonrisa.

"Lo odio", pensó, deseando que la felina silueta se perdiera siquiera por algunos días. Chandor era mejor espía que Muta, y si a veces la vieja gitana la dejaba caminar sola, el apuesto gitano no le descuidaba pisada.



—Pepa está encerrada en el carromato verde —reveló el gitanillo Mitou.

Al caer la tarde, la tribu preparó una fiesta para celebrar su estada en la campiña francesa. Desde temprano se dispuso la merienda, compuesta por cierto de las gallinas más sabrosas, los conejos y pavos que había en la vecindad.

Cuando brilló la luna, los bohemios iniciaron las danzas, cantos y música. Las ágiles gitanas bailaron entre las rojas fogatas mientras los varones de la tribu pulsaban sus guitarras o hacían vibrar el acorde armonioso de los violines.

—¡La reina! ¡Que baile nuestra hermosa reina!

A los gritos de los hombres y mujeres se mezclaban las agudas vocecillas de los niños. Mitou era el más entusiasmado.

Con una sonrisa, Ilona avanzó hasta el círculo que formaban sus súbditos. Los violines y timbales vibraron con una melodía cadenciosa, y la reina se sintió llevada por aquella música embrujadora. Había sangre gitana en sus venas, y danzó como una verdadera cíngara. Todos la miraban fascinados, conteniendo la respiración. La falda de seda floreada giraba con rapidez, los brazos morenos mecían la pandereta. El ritmo vertiginoso de la danza pareció prender en todos los gitanos, que seguían el compás con las manos.

Esa noche, Ilona, aunque estaba rendida por el cansancio, no pudo conciliar el sueño. Inquieta, ansiosa, se agitaba en su lecho de pieles.

—Será imposible reunirme con Pepa. Chandor se interpondrá siempre.

Muta no estaba en el carricoche. La idea de huir se posesionó de Ilona.

"No puedo esperar más. Antes de que arribemos a Santa María del Mar tengo que fugarme. Después sería demasiado tarde."

Se levantó sigilosamente y apartó la cortina que cubría la entrada del carromato real. Una profunda quietud reinaba en el campamento. Algunas brasas rojeaban en la tierra, últimos vestigios de las hogueras.

Sin vacilar más, Ilona saltó al exterior y se lanzó corriendo hacia el campo. Iba descalza, y, sobre la hierba húmeda se apagaban sus pasos. Las monedas de oro que adornaban sus oscuras trenzas producían un rumor metálico, pero tenue. Ilona oyó de pronto el eco de otros pasos.

"Chandor, es Chandor", murmuró atemorizada.

Aceleró su huída; pero aquellos pasos continuaban siguiéndola.



Las ágiles gitanas bailaron entre las rojas fogatas.

resonaban cada vez con mayor nitidez. Sólo el rumor de los pasos. Ninguna voz. Ningún llamado.

De pronto la fugitiva sintió que caía al vacío. Contuvo el grito de terror que acudía a sus labios y después se hundió en la inconsciencia.

Minutos más tarde Chandor regresaba al campamento trayendo a Ilona. El frágil cuerpo casi no pesaba en sus brazos. La luz de la luna iluminaba el bello rostro moreno y las medallas doradas que orlaban la frente.

La vieja Muta, al verla, enmudeció de angustia. Sin pronunciar palabra alguna, arrebató a Chandor el cuerpo inerte.

—Cuidado, abuela —pronunció Chandor.

Siguió a la anciana hasta el interior del carromato. Luego, a un gesto de Muta, desapareció, para volver con un jarro de agua.

Ilona abrió los ojos al sentir sus sienes humedecidas y luego bebió un sorbo de agua. No se incorporó ni intentó ademán alguno. Inclinada sobre ella distinguió la faz de Muta, desfigurada por la ansiedad. Un poco más lejos, el rostro moreno de Chandor, sus cabellos tan negros que parecían azules y sus ojos atentos, ardientes, por los cuales jamás vagaba una mirada distraída o ausente.

—Vete, Chandor —dijo con fiereza.

El gitano quiso defenderse y extendió su diestra en un gesto de súplica. Ilona observó aquella mano de dedos finos, pero fuertes como el acero. Sabía guiar el arco del violín para ejecutar la más bella música, pero también era dura y la retenía implacablemente.

—Vete —repitió.

Chandor se inclinó en un saludo humilde y salió. Aquélla era la primera actitud sumisa que Ilona había visto en él. Siempre se mostró respetuoso, pero la ironía asomaba fugazmente a sus ojos o marcaba su sonrisa.

—Mi reina —dijo Muta—, descansa; no te preocupes más de Chandor. Ya se ha ido.

Su acento era tierno y apacible, como el de una madre que consuela a su pequeña y calma sus temores diciéndole que el monstruo que la asustó ya se ha ido y que nunca más volverá.

—Déjame tranquila —gimió Ilona.

—¿Te duele algo, reina mía? ¿Tal vez te caíste en la oscuridad?

—Nada me sucedió. Creo que caí a un barranco, y ojalá me hubiera muerto.

Aterrada, Muta colocó su mano sobre la boca de la rebelde niña.

—Nunca debes decir eso, mi reina adorada. Nunca.

Ilona se extendió con cuidado en el lecho, para asegurarse de que no tenía un hueso quebrado, y después, ya tranquila, declaró:

—Quiero estar sola, Muta. Quiero dormir.

—Sí, mi reina.

Muta depositó un vaso de agua al alcance de Ilona y en seguida se esfumó como una dócil sombra.

A través de la estrecha ventana la niña observó que la claridad del alba se extendía por el cielo.

"Es preciso que hable con Pepa —discurrió Ilona—. Ella quiere ser la reina de los gitanos. Si me ayuda a evadirme, se cumplirán sus sueños y en Santa María del Mar será coronada."

Las risas y correteos de los gitanillos más madrugadores le indicaron que ya despuntaba el día.

"Hoy burlaré la vigilancia de Chandor."

En realidad, nadie custodiaba a Pepa. La gitana dió su palabra, y esto bastaba para que se convirtiera en prisionera y no abandonara en ningún momento el carromato que le servía de cárcel.

—Reina, ¿puedo hablarte?

Ilona se estremeció al reconocer la voz de Chandor.

—¿Qué quieres? —preguntó con hostil mirada.

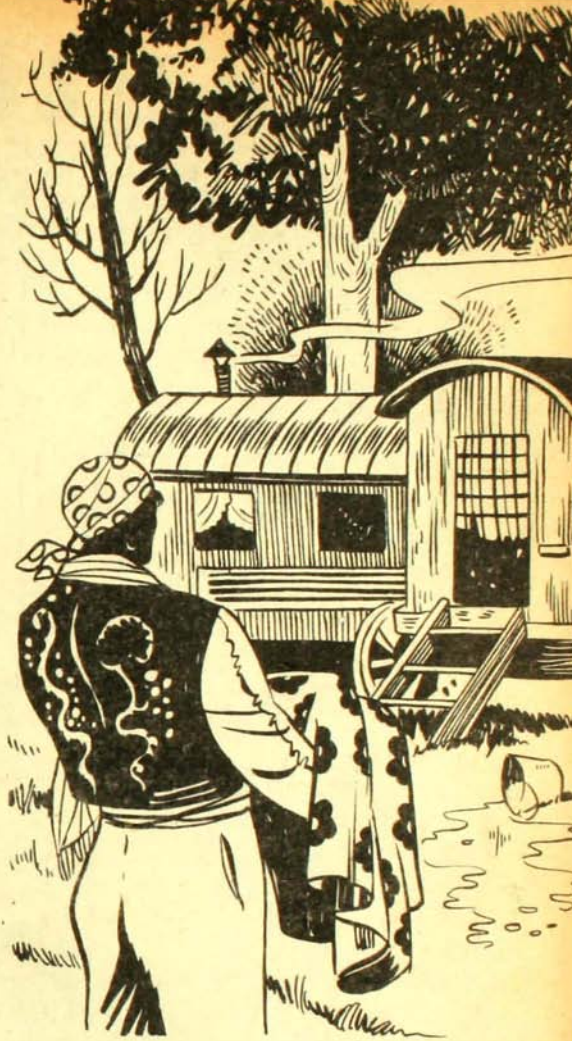
—Me entristece que estés disgustada conmigo.

—Tengo razón para estarlo. Eres un espía odioso, un guardián insoportable. Apártate de mi camino.

—No debes abandonarnos, y por eso te sigo. Si perdiéramos a nuestra reina...

—¡Basta! Siquiera por un día, cesa de espiarme.

—Prometido, reina.



Chandor regresó al campamento trayendo en brazos a la desmayada Ilona.

La inesperada promesa sorprendió a Ilona. Su mirada se cruzó con la de Chandor. Las sombrías pupilas reflejaban lealtad y otro sentimiento que no alcanzó a definir, porque el gitano, inclinándose en un saludo silencioso, se apartó para cederle el paso.

"Estoy libre —pensó ella con intensa alegría—. Estoy libre y podré visitar a Pepa."

(CONTINUARA)

Ponchito

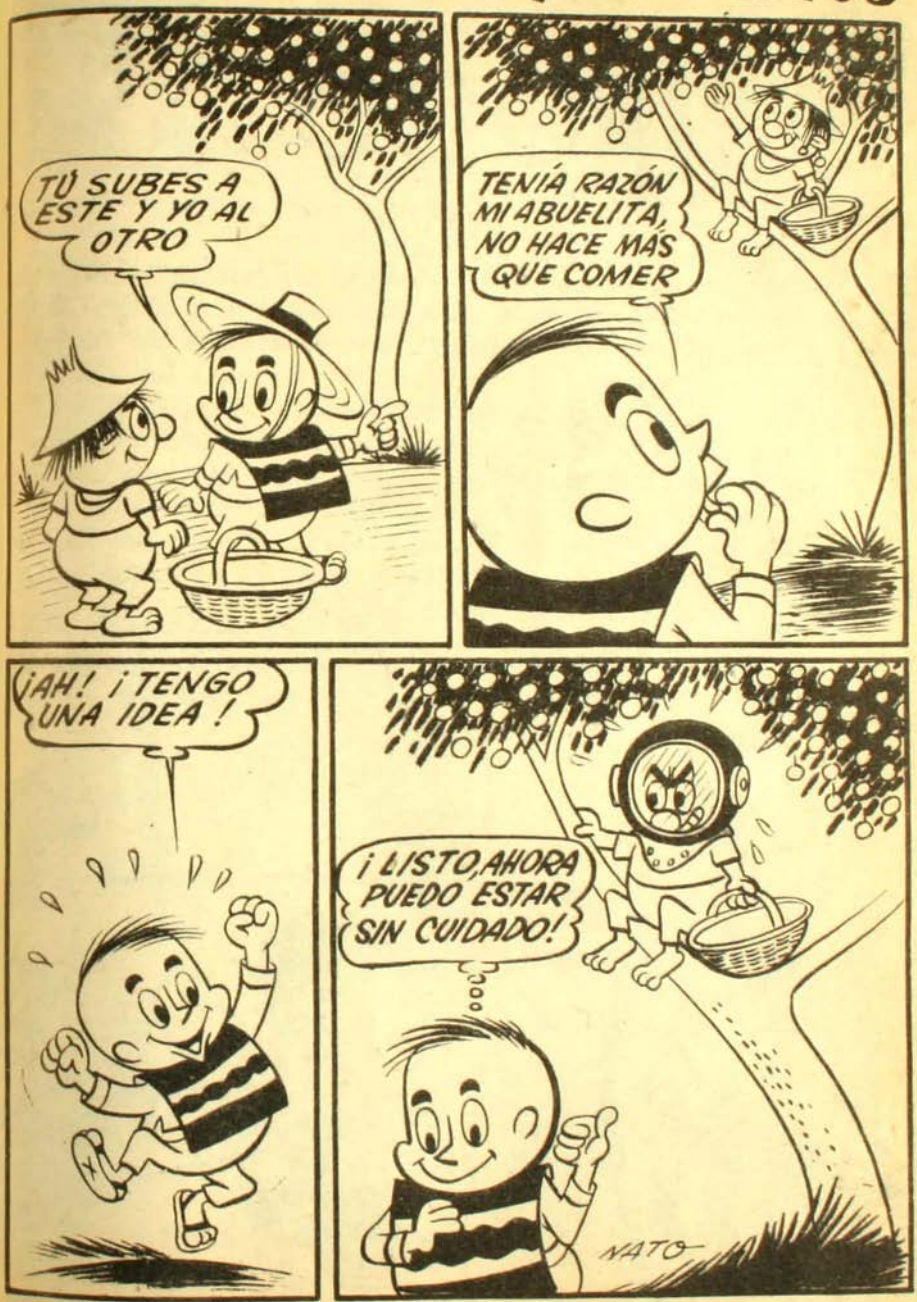

¡TRAJE A PATOCO PARA QUE ME AYUDE A TOMAR GUINDAS!


¡ES BIEN BUENO PARA SUBIR A LOS ÁRBOLES!


¡MUY BIEN, PERO TIENES QUE VIGILARLO!


¡SI LO DEJAS SOLO SE PONDRÁ A COMER Y NO TE AYUDARÁ NADA!

por nato


TÚ SUBES A ESTE Y YO AL OTRO
TENÍA RAZÓN MI ABUELITA, NO HACE MÁS QUE COMER
¡AH! ¡TENGO UNA IDEA!
¡LISTO, AHORA PUEDO ESTAR SIN CUIDADO!
NATO



El Hijo del Lobo.



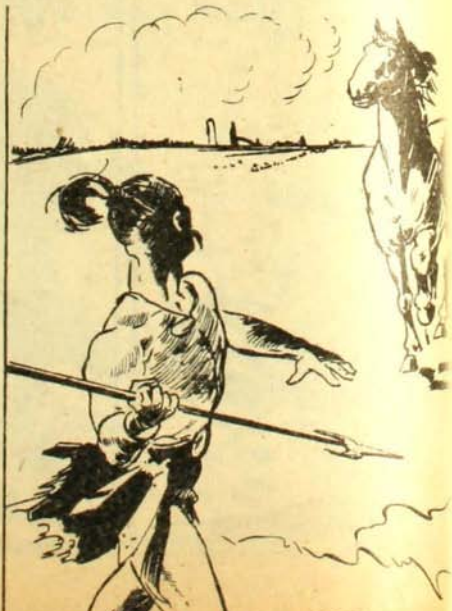
CAPITULO XXVI.— Un mensaje para el mago Merlín.

Defendiendo el castillo de Logres contra las hordas salvajes de Erico el Pelirrojo, Tristán, el Hijo del Lobo, fraguó un ardid. El y sus amigos Lancelote y Rudel advirtieron que los bárbaros sentían un terror sagrado por los caballos. Durante un asalto de los salvajes, se incendiaron las caballerizas. Tristán libertó a uno de los corceles y lo lanzó hacia el campamento enemigo.
El ejército de nórdicos se doblegaba ante aquel ser que consideraban un dios, cuando un grito vibrante los estremeció.
Un guerrero de elevada estatura se adelantó desafiante. Era un normando que conocía a los caballos y que, por lo tanto, no les temía. Su potente brazo esgrimió la lanza.

Un guerrero de elevada estatura se adelantó desafiante.



El potente brazo del nórdico esgrimió la lanza.



En la torre, Tristán preparó su arco. La flecha surcó el aire, pero cayó a diez pasos del nórdico. Este, con una sonrisa despreciativa, blandió su lanza y después la hundió en el pecho del caballo. El noble animal, con un relincho agónico, se desplomó en tierra.

Tristán, pálido, temblando de cólera y de dolor, no pudo contener las lágrimas. Rudel, junto a él, lloró también con desconsuelo.

Un enorme clamor se alzo después del impresionante silencio. La horda se desbandó hacia el castillo y cruzó los fosos. Una



Tristán y Rudel decidieron hablar con el conde Logres.



Tristán no pudo contener las lágrimas.

vez más, desde la altura, cayeron piedras, flechas y lanzas, y se vertió aceite hirviendo sobre los asaltantes. El ataque sólo se interrumpió al ocultarse el sol.

—Mañana regresarán, y entonces la ciudadela estará perdida —exclamó Tristán—. Iré a hablar con el conde de Logres.

—Permíteme que te acompañe —suplicó Rudel.

Dejando a Lancelote como centinela, se dirigieron a la sala del castillo. El conde, rodeado de damas y de caballeros feudales, celebraba un alegre festín. Al contemplar a aquellos

barones ebrios y a las frívolas damas, Tristán y Rudel sintieron tal indignación, que las emprendieron contra los comensales. El Hijo del Lobo golpeaba con su espada de plano, y Rudel, menos ceremonioso, repartía puntapiés por doquier. En un instante quedó la sala desierta, y los perros que dormían bajo las mesas del festín se en-



El Hijo del Lobo y Rudel repartieron golpes entre los comensales.



—Lancelote, consígueme una paloma grande y blanca — dijo Tristán a su amigo.

cargaron de devorar los manjares.

—Nuestra única esperanza es pedir auxilio al mago Merlin — declaró Tristán—. Lancelote, consígueme una paloma grande y blanca.

El rubio Lancelote se apresuró a obedecer. Desde la torre, Tristán soltó primero a la paloma de gran tamaño y en seguida lanzó a su tórtola. Los bárbaros

dispararon sus flechas contra la primera y ninguno reparó en la pequeña, que pudo cruzar sin peligro el espacio que la separaba del bosque.

—¿Crees que el mago Merlin recibirá tu mensaje? —dijo Rudel, pensativo.

—Así lo espero, Rudel.

Los jóvenes guerreros vigilaban en las almenas.

—Sólo nosotros contra esa multitud de bárbaros —dijo Lancelote—. No he visto a los respetables caballeros de Logres. ¿Dónde se esconden?

—En la bodega, y beben para olvidar que nosotros, los caballeros imberbes de Logres, les dimos una paliza —contestó Rudel.

(CONTINUARA)





CONCURSO ¿QUE DIRIAS TU?



Si fueras el capitán de una banda de 40 ladrones y desearas entrar en la cueva donde guardas tus tesoros, ¿qué dirías? Envía tu respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 168.— Elena Poirier, Nato, Lugoze.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Itala Figueroa, Santiago; Gastón Cancino, Linares; Manuel Muñoz, San Fernando. UN PREMIO DE $ 20.—: Viviana Ríos, Parral; Moisés Ergas, Santiago; Pedro Salinas, Santiago; Norberto Cáceres, Valparaíso; Pedro Prado, Quilpué; Norma Martínez, Valparaíso; Laudelina Cartes, Confluencia; Uri Hammer, Santiago; Fidelma Cuevas, Los Andes; Waldo Zapata, Concepción. UN JUEGO LOTERIA: Eric Elgueta, Coihueco; Alfredo Steffen, Santiago. UN LAPICERO FUENTE: Susana Najim, Santiago; Jaime Pozo, Santiago; Laura Fuentes, Angol. UN DOMINO INFANTIL: Magdalena Guzmán, Santiago; Augusto Soto, Santiago. UN LIBRO: Luis Araya, Linares; Germán Uribe, Santiago; Benjamín Vergara, Viña del Mar; Miguel González, Cañete; Elena Pérez, Graneros; Francisco Cazorla, Santiago; Dagoberto Latorre, Nueva Imperial; Anita Vidal, Los Angeles; Adriana Martín, Santiago; Elena Vergara, Santiago. UN VITALMIN: Daniela Rubens, Santiago; Matilde Carretero, Santiago; Reinaldo Ladrón de Guevara, Collipulli; María Gabarda, Chépica; Isabel León Veas, Puchuncaví; Sergio Kaiser, Viña del Mar; Herbert Reichart, Malloco; Roberto Mondaca, Valparaíso; Marianela Iglesias, Valparaíso; Graciela Zepeda, Santiago; Patricia Arancibia, Rancagua; Eduardo Santana, Rengo.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 171
¿Qué dirías?...

¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1952.


¡MIRA! ¡QUINTÍN VA A TRABAJAR!
¡NO PUEDE SER!
¡IMAJÍNATE, CON ESTE CALOR!
¡ES UN BÁRBARO!
¡SIGAMOSLE PARA VER QUE TRABAJO HACE!
¡DE VERAS!
¡OH!
MUNICIPALIDAD DE SANTIAGO.
¡ADIOS, JÓVENES ACALORADOS!

PELUSITA POR NATO



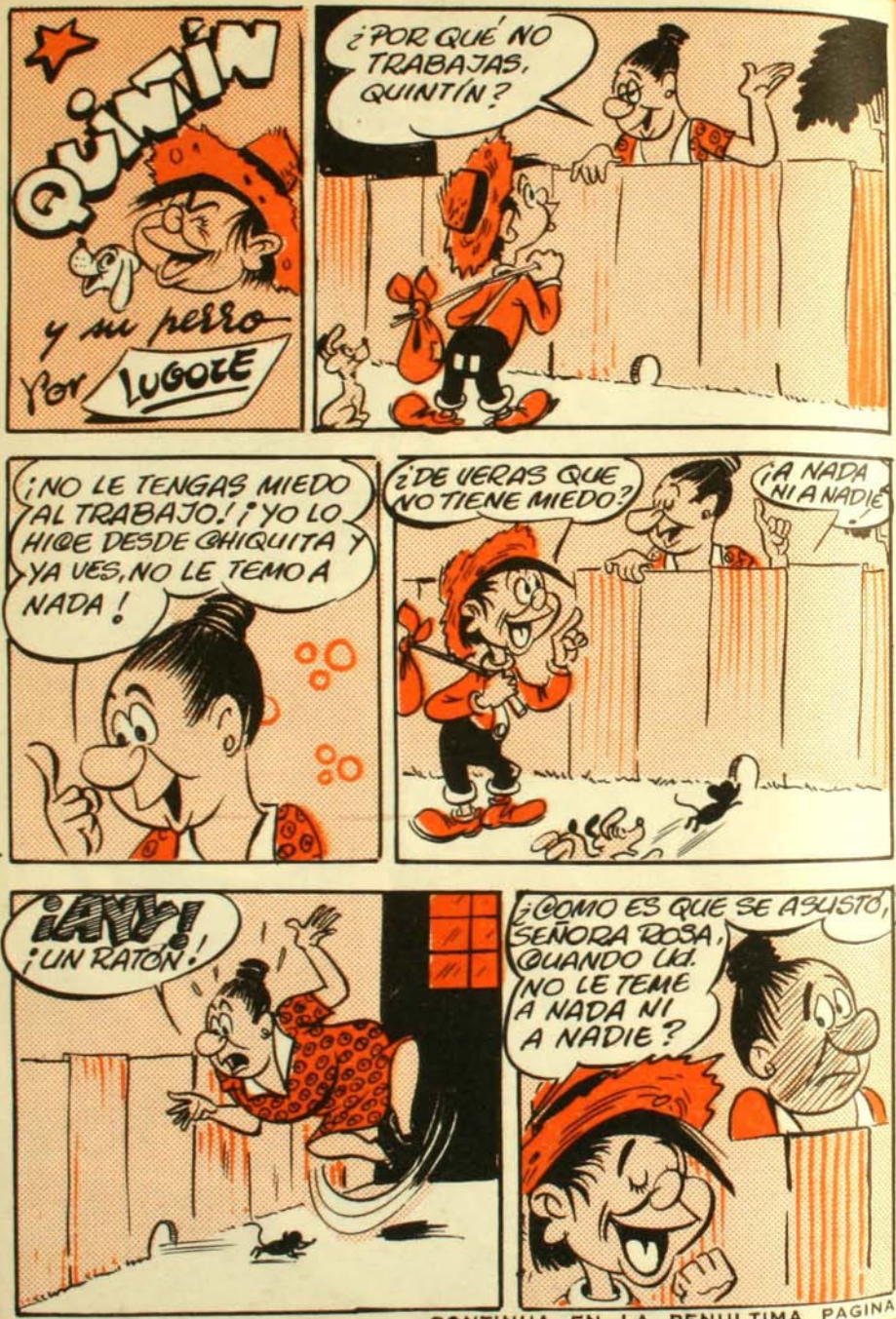
Simbad

EL SECRETO DE LA GITANA

N.º 172

3.–





CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,65
Semestral: US. $ 0,90
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

AÑO IV - 17-XII-1952 - N.º 172

La SIERPE de la DISCORDIA

CAPITULO X.—Horas de angustia.

La reina Femia desencadenó sobre el país de Tulia todos los males que pueden causar el odio y la discordia. Una sierpe maligna provocaba guerras y disturbios, tanto en los palacios como en las humildes chozas. Para destruir al reptil, el rey Primo y su esposa Iris se dirigieron al bosque de Narla. Un hada les anunció que allí encontrarían el arma capaz de vencer al monstruo.

Primo desplazaba unas gigantescas piedras que obstruían la entrada de una caverna, cuando un viejo ermitaño surgió de la floresta.

—Descansaba en la linde del bosque y el viento llevó tus pala-



—Acepto tu ayuda, noble anciano —dijo el rey.



Silenciosamente, continuaron apartando las enormes rocas.

bras hasta mis oídos —declaró el anciano—. El hada no te engañó. Soy el prisionero que buscas.

—Pero estás en libertad. No comprendo —balbuceó el rey, desconcertado.

—Me recluí en el bosque porque pensé que todos los seres humanos son egoístas y despreciables. Me negué a convivir con ellos y a ayudarlos con mi sabiduría. Ahora sé que yo fuí el más egoísta de todos y, al oír vuestras palabras, oh rey, oh reina, he abandonado mis antiguas ideas. No seguiré siendo cautivo de mi soberbia y deseo ser el más humilde hermano de todos los que me necesiten. Permitid que trabaje con vosotros.

—Acepto tu ayuda, noble anciano —dijo el rey.



—Un día tú, reina Iris, me salvaste la vida —declaró la doncella.



Ahora eran cuatro para cumplir la dura faena.

Silenciosamente, continuaron apartando las enormes rocas. De súbito percibieron el rumor de unos pasos.

—¿Quién viene?

—Soy yo —respondió una doncella—. Un día tú, reina Iris, me salvaste la vida. Ahora quiero ayudarte.

Antes que Primo la eligiera reina, Iris era la hija de un labriego. A pesar de su humildad, protegía a los pobres y era el consuelo de los que sufrían.

Los cuatro siguieron apartando las piedras, y, por fin, la entrada de la caverna quedó libre.

Era ya de noche. Iris se estremeció al pensar que el rey penetraría en aquel antro desconocido.



Iris se estremeció al pensar que el rey penetraría en aquel antro.

—Iré yo solo —decidió Primo—. Tú, ermitaño, y tú, agradecida doncella, velad por mi reina.

—Desde que mis ojos te vieron por primera vez, resplandeciente de oro mientras yo sólo vestía humilde saya de aldeana, jamás nos hemos separado —murmuró Iris—. No me dejes ahora, mi rey.

—Es preciso. Adiós, y confía en nuestro destino.

El rey de Tulia estrechó entre sus brazos a Iris, mientras el ermitaño y la doncella derramaban lágrimas de emoción.



—Iré yo solo —decidió el rey Primo.

Transcurrieron las horas, interminables. En la obscura caverna no se oía rumor alguno.

—Voy a reunirme con él —decidió Iris, desesperada.

—No, reina Iris —dijo el ermitaño—. El rey quiere arrostrar solo el peligro.

—Volverá —añadió la doncella—. Es valiente y el hada lo protege.

Pero aquellas voces consoladoras no calmaron la angustia de Iris. Si Primo desaparecía para siempre, el país de Tulia estaba perdido. La malvada Ortiga reinaría sin que nadie pudiera contener



El rey de Tulia estrechó entre sus brazos a Iris.

sus intrigas. El veneno que destilaba su corazón y la ponzoña que derramaba la sierpe de la discordia, terminarían por destruir el reino.

—No te desconsueles, reina —añadió el ermitaño—. Tulia no está perdida mientras tenga reyes como tú y Primo.

De pronto, los tres temblaron de terror. Desde las tinieblas, provenía rumor de lucha. Una voz espantable resonaba con el eco de la caverna. No parecía un grito humano, sino un rugido.

—Mi rey está en peligro —exclamó Iris, abalanzándose hacia la siniestra gruta.

(CONTINUARA)



—El rey volverá. Es valiente y el hada lo protege.

ANDANZAS DE SAMUEL BILL

CAPITULO VI.—

VICTIMAS DE LA PESTE.





1. En busca de una raza de zorros plateados, Samuel Bill, su viejo amigo Bepo y el indiecito Papus remontaban el río Colorado. Al atardecer, acamparon en la selva. "—Esta noche no hay cena", suspiró Bepo. Amanecía ya cuando Samuel Bill despertó al oír el relincho de un caballo. "—¡Bepo!", llamó a su amigo.





2. "—Mi viejo, ya no tendrás más hambre." Bepo resopló indignado: "—¿Crees que voy a comer caballo? Recuerda que perdí mi único diente en una feroz pelea con el bruto Clark." Riendo, Samuel Bill explicó: "—En esa cabalgadura iré a buscar provisiones. Hasta pronto, viejo. Adiós, Papus."





3. Aquel caballo no era salvaje, y, en consecuencia, debía tener dueño. "Lo dejaré galopar solo y me llevará donde su amo —pensó Bill—. Ahí tal vez encuentre víveres." Al paso del jinete huían los cobardes coyotes. De pronto, Samuel Bill percibió un lastimero aullido.





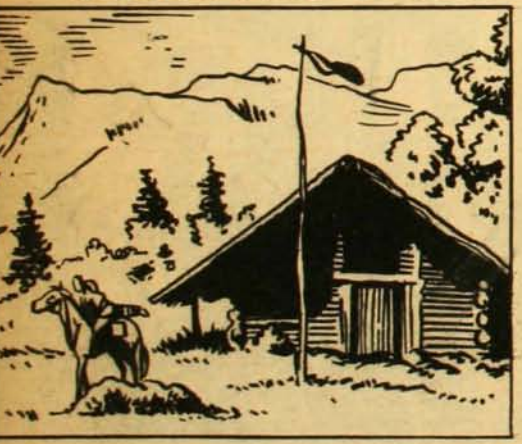
4. Espoleando al caballo penetró en un claro del bosque. Divisó una choza, en cuya puerta un perro aullaba. Samuel Bill desmontó de un salto. "—¿Hay alguien aquí?" Nadie respondió a su llamado. El joven aventurero abrió cautelosamente la puerta. Rechinaron los goznes, y Samuel Bill se estremeció.

ANDANZAS DE SAMUEL BILL





5. En el interior de la cabaña vislumbró a un hombre inerte. "—¿Está usted herido o enfermo?", preguntó, inclinándose. No tardó en comprender que el desconocido yacía muerto. Buscó entonces una pala para cavar una sepultura, mientras meditaba en la extraña muerte del colono. "—Ha sido la peste", murmuró.





6. Luego de cubrir con tierra la tumba del colono, lanzó lejos los guantes que se puso para cumplir esa tarea. En la cabaña encontró un pañuelo rojo, que izó como bandera de peligro para anunciar la epidemia. Se disponía a alejarse, cuando vió al perro que gemía junto a la tumba de su amo.





7. Los gañidos de la pobre bestia que quedaría abandonada le inspiraron compasión. Vaciló sólo un instante. Una certera bala puso fin a los padecimientos del animal. Pálido, Samuel Bill reemprendió la marcha. Una idea fugaz cruzó por su mente: "Debo regresar." Pero se resistió a este deseo.





8. Arribó a otra vivienda, que parecía deshabitada. El más profundo silencio la rodeaba. No se distinguía la menor señal de vida. A través de la ventana miró al interior. "—Nadie" —exclamó. Pero, al entrar, lo detuvo una escena macabra. La peste había hecho víctima a una familia completa.

(CONTINUARA)



El Príncipe Amanecer

Había una vez un rey que poseía unos arreos de oro. Pensaba que ningún caballo era digno de llevarlos; pero una noche soñó que se los ajustaba a un corcel que no era blanco como la lana, sino brillante como la plata. En sus crines fulguraban las estrellas, y en su frente relucía una luña.

Al despertar, llamó a su chambelán para decirle:

—Publica un pregón por todos los países prometiendo la mano de mi hija Lenia y la mitad de mi reino a quien interprete mi sueño y descubra dónde está ese caballo maravilloso.

La real proclama fué publicada a los cuatro vientos y hasta de los confines más apartados acudieron galanes que aspiraban al premio. Ninguno supo interpretar el sueño y mucho menos hallar al caballo blanco.

Desde muy lejos, vino un día un viejo campesino, que dijo al monarca:

—Tu sueño no es sueño, sino la realidad. En ese caballo que dices haber visto se presentó esa noche un gnomo pequeño como tu dedo pulgar y con bigotes de siete leguas de largo. Tenía la intención de raptar a tu hermosa hija.

—Gracias por tu interpretación, anciano —contestó el rey—. ¿Puedes decirme ahora quién es capaz de traerme ese caballo?

—Te lo diré, Majestad. Tengo tres hijos valientes y decididos. Nacieron los tres en una misma noche: el mayor, al obscurecer; el segundo, a medianoche, y el menor, cuando despuntaba el alba. Por eso les llamo Tarde, Medianoche y Amanecer. Nadie puede igualarles en audacia. Manda que ellos te busquen el caballo.

—Que vayan y que saquen de las arcas reales todo el oro que

necesiten para su viaje. Yo cumpliré mi palabra de rey: al que encuentre ese corcel, le daré mi hija y la mitad de mi imperio.

Al día siguiente llegaron los tres hermanos a la corte del rey. Tarde era moreno, de cabellos rojos como el ocaso. Medianoche lucía cabellos azul obscuro y su faz tenía la suave palidez de la luna. Amanecer era el más alto, rubio y alegre como el alba. Los tres se inclinaron en una profunda reverencia ante el soberano.

—Que la suerte os acompañe, hijos míos —dijo el rey—. ¿Qué necesitáis para el camino?

—Nada, Majestad. Pero no olvidéis a nuestros buenos padres. Protegedlos durante nuestra ausencia.

—Vendrán a vivir a mi palacio. Comerán de lo que yo coma y beberán de lo que yo beba. Se vestirán y calzarán de mi guardarropa y los colmaré de atenciones. Id tranquilos.

Los donceles emprendieron su largo viaje. Uno, dos, tres días anduvieron sin ver nada más que el cielo azul sobre sus cabezas y anchurosas praderas ante sus ojos. Por fin penetraron en una selva. En un claro hallaron una cabaña diminuta, y junto a ella un redil lleno de carneros.

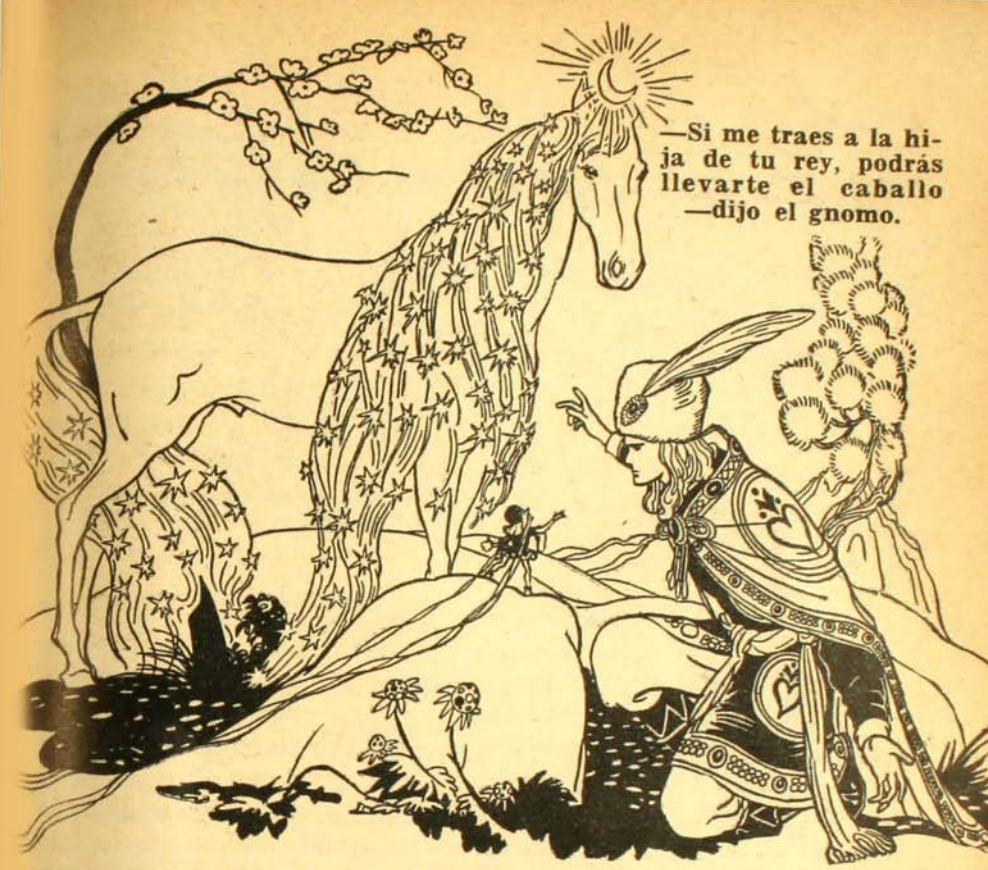
—Por fin encontramos un sitio donde reposar.

Llamaron a la puerta y nadie contestó. Miraron dentro y comprobaron que la vivienda estaba desierta. Entraron los tres, dispuestos a pasar allí la noche, y, como sólo vieron una cama estrecha, decidieron dormir en el suelo, extendiendo sus capas.



Desde muy lejos vino un día un viejo campesino.

Al otro día, Medianoche y Amanecer fueron a cazar al bosque, y dijeron a Tarde:
—Quédate y prepáranos la comida.
Tarde se resignó a quedarse, limpió y ordenó la cabaña, fué en seguida al corral para escoger el carnero más gordo y lo degolló para la comida.
Apenas había puesto la mesa y se había sentado junto a la ventana a esperar a sus hermanos, cuando resonó un trueno en el bosque, se abrió la puerta como si la arrancaran de sus goznes, y el Gnomo pequeño como el dedo pulgar y con bigotes de siete leguas de largo entró en la cabaña arrastrando los bigotes por la espalda. Miró a Tarde a través de sus espesas cejas y bramó con voz terrible:
—¿Cómo te atreves a entrar en mi cabaña como si fueras el amo? ¿Cómo osas matar mis carneros?
Tarde le dirigió una mirada de desprecio, y respondió:
—Tienes que crecer un poco más para chillarme así. Vete y no vuelvas, si no quieres que te deshaga entre mis dedos como a un abejorro fastidioso.
—Ya veo que no sabes que, aunque pequeño, tengo más fuerzas que tú —replicó el Gnomo bigotudo.
Cogiendo al héroe, lo derribó del asiento, lo arrastró de un lado a otro, le golpeó la cabeza contra la pared, y, finalmente, lo lanzó al suelo, más muerto que vivo. Luego cogió el carnero asado, lo devoró en un santiamén y desapareció.
Al volver sus hermanos, preguntaron a Tarde:
—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué tienes la cabeza vendada?
A él le dió vergüenza confesar que un ser tan insignificante lo había maltratado, y repuso:
—Me dió un gran dolor de cabeza al encender el fuego, y por eso no he podido asar ni hervir nada.
Al segundo día, Tarde y Amanecer salieron de caza, y Medianoche se quedó a preparar la cena.
Apenas lo tenía todo dispuesto, se oyó en el bosque un estruendo formidable y penetró en la cabaña el Gnomo pequeño como el dedo pulgar y con bigotes de siete leguas de largo. Se repitió la escena que hemos relatado, y, cuando sus hermanos volvieron, Medianoche también dijo que sufría un gran dolor de cabeza.
Al tercer día, los hermanos mayores fueron a cazar, mientras Amanecer permanecía en la choza. Cogió un carnero, lo degolló,



—Si me traes a la hija de tu rey, podrás llevarte el caballo —dijo el gnomo.

lo asó y lo puso en la mesa. No tardó en venir el Gnomo, que quiso abalanzarse sobre el joven, pero éste, que no era desprevenido como sus hermanos, lo cogió del bigote y empezó a golpearlo contra los muros, el piso y hasta el techo. Por fin, el Gnomo pudo librarse de las manos de Amanecer y escapó a todo correr. De nada sirvió que el héroe lo persiguiera, porque el Gnomo se elevó en el aire como una pluma y desapareció en las alturas.

Cuando Tarde y Medianoche retornaron a la cabaña, se sorprendieron al ver a su hermano sentado tranquilamente frente a la ventana y con la cena preparada.

—Tú eres el más valiente de nosotros —declararon entonces—. A ti te corresponde buscar al caballo blanco. Nosotros volvemos a la aldea, a cavar la tierra.

Amanecer siguió solo su camino. En el linde del bosque halló a un viejo mendigo que se lamentaba tristemente.

—¿Qué te sucede, buen hombre? —le preguntó.



Amanecer iba galopando cuando sintió que un alfiler se clavaba en su solapa.

—Tengo hambre y sed.

A Amanecer sólo le quedaban un pan y un sorbo de agua, pero se los ofreció al pordiosero. Este, luego de alimentarse y de beber, dió al joven un anillo, diciéndole:

—Recibe este anillo. No tienes más que cambiarlo de dedo para que se cumplan todos tus deseos.

Apenas el mendigo se alejó, Amanecer, cambiando el anillo, pronunció:

—¡Quiero trasladarme a los parajes donde el Gnomo pequeño como el pulgar apacienta a su caballo!

En un abrir y cerrar de ojos se encontró en una colina. Desde allí distinguió al Gnomo pequeño como el dedo pulgar y con bigotes de siete leguas de largo. Junto a él pacía el caballo prodigioso.

—Acércate, mancebo —chilló el trasgo—. ¿Qué te trae por aquí?

—Vengo a quitarte el caballo.

—Es un caballo encantado. Nadie puede arrebatármelo, si yo no lo doy voluntariamente.

—Si es así, hagamos un trato.

—Bien —aceptó el Gnomo—. Si me traes a la hija de tu rey, podrás llevarte el caballo.

Una vez Amanecer había visto a la hija del rey cuando paseaba en su carroza. La idea de que una princesa tan bella pudiera pertenecer a aquel trasgo despreciable y cruel lo estremeció. Viéndole vacilar, el enano empezó a enfurecerse. La sonrisa desapareció de sus labios verdosos.

—¿Te niegas? Entonces renuncia al caballo. Nunca lo tendrás.

—Te equivocas, enano. Consiento en darte a la princesa Lenia.

—¡Por fin! —chilló el Gnomo—. No pude raptarla, pero ahora la tengo en mi poder.

Amanecer cambió de dedo el anillo, y murmuró:

—Quiero que la princesa Lenia comparezca inmediatamente ante mí.

La hija del rey apareció ante él, pálida y temblorosa.

—No me separes de mi padre —suplicó—. Déjame regresar al palacio.

Inclinándose, Amanecer le dijo al oído:

—Quiero engañar a este monstruo. Le haré creer que te cambio por el caballo. Pero toma este anillo, y cuando desees volver a casa, no tienes más que cambiártelo de dedo y decir: "Quiero transformarme en alfiler y clavarme en la solapa de Amanecer", y verás lo que sucede.

Y ocurrió tal como él dijo. Apenas se había internado en el bosque, sintió que algo se le clavaba en la solapa. Alzó la mano y efectivamente encontró un alfiler. Sin pérdida de tiempo lo lanzó al suelo y apareció ante él la hermosa doncella. Amanecer la levantó con un brazo y continuó galopando como sólo los héroes saben galopar. Llegó a la corte y el rey lo acogió con gran alegría. El monarca respetó su promesa. Amanecer se convirtió en príncipe. Lenia y él celebraron sus bodas y fueron muy felices.

En cuanto al Gnomo, su rabia fué tan grande al verse engañado, que se mesó los cabellos y en su furor también se arrancó los bigotes de siete leguas de largo. Y, como en ellos residía su poder, el Gnomo quedó convertido en un enanillo inofensivo, que a nadie asustaba.

CORENTIN PIRATA INVENCIBLE

CAPITULO VI.— UN FANTASMA EN LA PENUMBRA





1. El velero pirata en el cual se había enrolado Corentín se halló frente a un barco fantasma y ninguno de los rufianes de Cork se atrevió a abordarlo. Corentín, en cambio, no vaciló en subir a la cubierta y descubrió en la cabina del capitán a un hombre muerto. Más tarde, un desconocido lo atacó.





2. Mientras tanto, a bordo de la nave pirata, Obrien y Hawkins se inquietaban. "—¿Qué le habrá pasado a Corentín?", murmuró el contramaestre. "—¿Quieres llevarle un poco de ron?", le desafió Obrien. "—Sí quiero, por los mil diablos." Y los dos filibusteros, venciendo su terror, bogaron hacia el barco fantasma.





3. El duelo entre Corentín y el misterioso tripulante proseguía furiosamente. Con su garrote, el hombre hizo saltar la espada de la mano del niño. De pronto se quedó inmóvil. Sentía detrás de él la presencia de alguien. Corentín aprovechó aquella distracción para recoger su espada.





4. El pirata se precipitó de nuevo sobre Corentín, pero fué recibido por una estocada directa. Rodó el cuerpo debajo de una mesa, y en ese instante Coretín vió una forma blanca y silenciosa que cruzaba la penumbra. "—¿Eres un fantasma?", preguntó con voz no muy segura.

CORENTIN PIRATA





5. "—¡Espérame! Quiero hablarte —añadió al advertir que la sombra se alejaba. Pero el espectro desapareció—. Suceden cosas extraordinarias —balbució Corentín, procurando no temblar—. Quiero descubrir el misterio de este barco." Y, reuniendo valor, se encaminó hacia la cámara del capitán.





6. El pirata continuaba en la misma actitud, y Corentín se apoderó otra vez del libro de bitácora. "—El tesoro..., el malvado Carl..., Dania. Toda esa historia me parece muy sórdida. Quizás por el tesoro han muerto asesinados todos los tripulantes. Y Dania..., ¿quién será, dónde estará?"

INVENCIBLE





7. Las cavilaciones de Corentín fueron interrumpidas. Unos golpes formidables estremecían la puerta que daba hacia el puente. "—¡Corentín!" El muchacho reconoció la voz de Obrien. Abandonando la cámara, se reunió con los piratas. "—¿Por qué gritan? ¿Qué fantasma los asustó?", preguntó burlón.





8. "—¿Qué significa esto? —replicó Obrien—. ¿Quién es este hombre y por qué está muerto?" Corentín dijo—: "No sé. Me atacó y tuve que defenderme. No es el único malandrín a bordo. Hay otro en la cabina del capitán. Vengan a verlo." Pero en ese instante una voz ordenó: —"¡Quietos! Ninguno se mueva de aquí."

(CONTINUARA)

EL SECRETO de la GITANA



CAPITULO XI.—Dos canciones mágicas.

RESUMEN: Ilona, hija del marqués de Kanisza, noble húngaro, descubre que su madre era una gitana. Decide huir del castillo y se reúne con una tribu. Muta, una vieja bohemia, es quien la conduce al campamento, revelándole que es descendiente de la gran Sara, y que será coronada reina. La gitana Pepa, que ambiciona ser la reina de la tribu, intenta herir a Ilona con un puñal. Es encerrada en el carromato de Chandor. La caravana continúa su errante camino. Ilona siente nostalgia de su hogar y desea huir. Piensa que tal vez Pepa la ayude a evadirse.

Ilona sentía una maravillosa sensación de libertad. La puerta de la invisible jaula que la retenía prisionera acababa de abrirse al conjuro del gitano Chandor. El le había prometido no vigilarla durante ese día.

—Si yo desaparezco, Pepa será coronada reina de la tribu —meditaba la niña—. Ella estudiará un plan de fuga. Es la única que puede ayudarme.

Nadie custodiaba a Pepa. Había prometido permanecer en el carruaje, y, según las leyes gitanas, esto bastaba para convertirla en una prisionera.

Al caer la noche, Ilona se deslizó entre la fila de carromatos, deteniéndose ante el de Chandor. Con el corazón palpitante, subió la escalera y apartó la cortina verde. A la incierta luz de una vela, distinguió a Pepa. Estaba sentada, con las piernas cruzadas, y leía el naipe.

Al sentir la presencia de Ilona, alzó la cabeza. En el rostro moreno se advertían huellas de insomnio y desesperación. Los ojos sombríos relampaguearon al cruzar su mirada con la de Ilona.

—¿Qué vienes a hacer aquí? —preguntó, enfurecida.

La reina de los gitanos tardó en responder. Examinaba a la joven cíngara y la comparaba consigo misma. Ambas tenían quince años y eran esbeltas y gráciles. El cabello negro recogido en tren-

zas, la tez morena, la línea de la boca, eran iguales. Pero Ilona veíase tranquila y meditativa, mientras Pepa contenía el fuego de su ira y parecía pronta a saltar como una pantera.

—No te disgustes, Pepa. Tengo algo que decirte.

—Sabes que estoy prisionera, y que nadie debe verme ni hablarme.

Ilona comprendió que estaba perdiendo un tiempo precioso. En cualquier instante, su ausencia sería descubierta. Muta y Chandor la buscarían y entonces vería esfumarse sus esperanzas de huir.

Muy difícil era lograr que una gitana quebrantara la palabra dada. Pepa se mantendría obstinada y hostil. De pronto, una idea acudió a su mente:

—Soy tu reina —dijo con voz imperiosa—. Aunque aún no he



La cautiva Pepa estaba leyendo las cartas del naipe cuando apareció Ilona.

sido coronada, la sangre de la santa Sara corre por mis venas. Eres libre, por mí.
Pepa respondió:
—Tienes razón. Habla.
—No disponemos de mucho tiempo. Yo también soy una prisionera, espiada por Muta y Chandor. Ayúdame a huir y serás coronada en mi lugar.
La mirada sombría de Pepa se iluminó.
—¿Quieres cederme el trono gitano? —murmuró, incrédula.
—Sí —repuso Ilona—. Yo no podría soportar esta vida errante. Anhelo reunirme con mi padre.
Pepa cogió las manos de Ilona y las besó, diciendo:
—No eres mala como yo pensaba. Confía en mí.
Extendió las cartas, pensativa, y añadió:
—En el naipe leí una fuga, pero nunca imaginé que eras tú la que abandonarías la tribu. Una vez Muta vió también este signo en las cartas.
La hija del marqués de Kanisza recordó aquel día en que Muta leyó su suerte y se negó a decir qué le habían revelado las cartas.
—Necesito estar libre —agregó Pepa.
—Yo te he concedido la libertad.
—Sí, reina. Pero los otros lo ignoran y si yo me atrevo a salir del carromato antes de que la caravana llegue a Santa María del Mar, seré lapidada como perjura.
—Ya estamos cerca.
—Nos quedan aún varios días de marcha —observó Pepa.
Por un instante ambas niñas permanecieron desorientadas. Luego Pepa dijo:
—Tengo un plan. Somos de la misma estatura y nos parecemos bastante, pues tu abuela Muta es mi tía abuela.
Esta revelación impresionó profundamente a Ilona. Sus ojos se dilataron de asombro, y su boca se entreabrió, como si le faltara el aire. No pudo formular ninguna pregunta, sin embargo, porque en ese momento se oyó un rumor de pasos.
—Debes irte —susurró Pepa—. Mañana cantaré varias veces una canción, para que la retengas en tu memoria. Luego dejaré de entonarla, y, cuando la oigas de nuevo, será la señal de que la fuga está dispuesta.
Silenciosa como un fantasma, Ilona regresó a su vivienda. Los más opuestos sentimientos luchaban en su alma.

—Soy la nieta de Muta.

Se sintió conmovida al evocar la humilde ternura de Muta, su ansiedad por protegerla y cumplir sus deseos. La vigilaba porque temía verla desaparecer, como desapareció su hija, la antigua reina de la tribu, la bella gitana que se convirtió después en la marquesa de Kanisza.

Al día siguiente, la caravana atravesó los campos provenzales. Un calor sofocante ardía en el aire, sumiendo a todos los seres en una especie de sopor. Desde su carromato, Ilona percibió la voz de Pepa. Cantaba siempre una misma melodía, el santo y seña convenido.



Varias veces durante ese día Pepa entonó la canción que serviría de santo y seña para la fuga.

—¿Tienes calor, mi reina?

Ilona se estremeció. Desde que sabía que Muta era su abuela, experimentaba hacia ella un cariño que hacía vacilar sus ansias de huir.

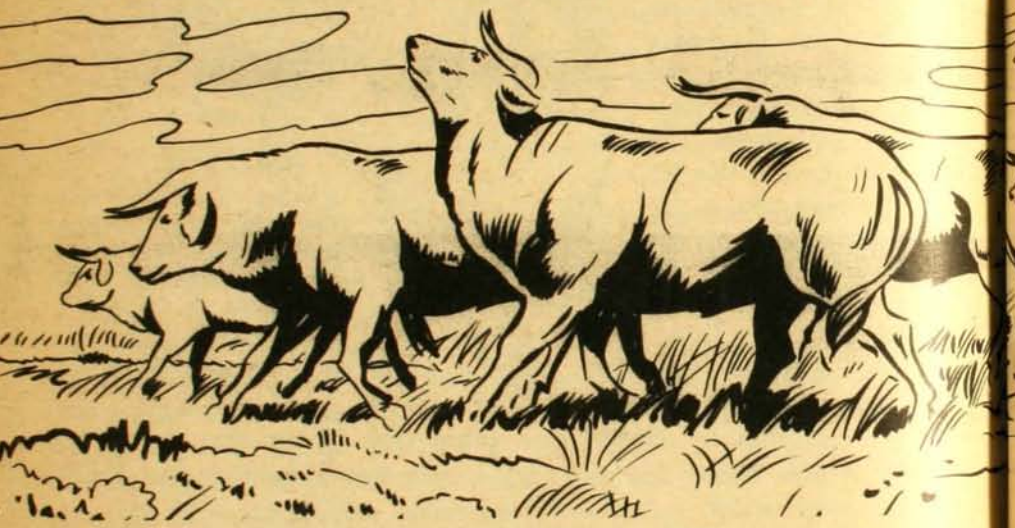
—La llevaré al castillo de Kanisza, para que viva conmigo —decidió.

Pero sabía que la vieja bohemia, acostumbrada a ambular por los caminos del mundo, moriría si la encerraban entre cuatro muros, y si, al levantar la mirada, sólo veía un techo hostil, en vez del cielo refulgente de estrellas.

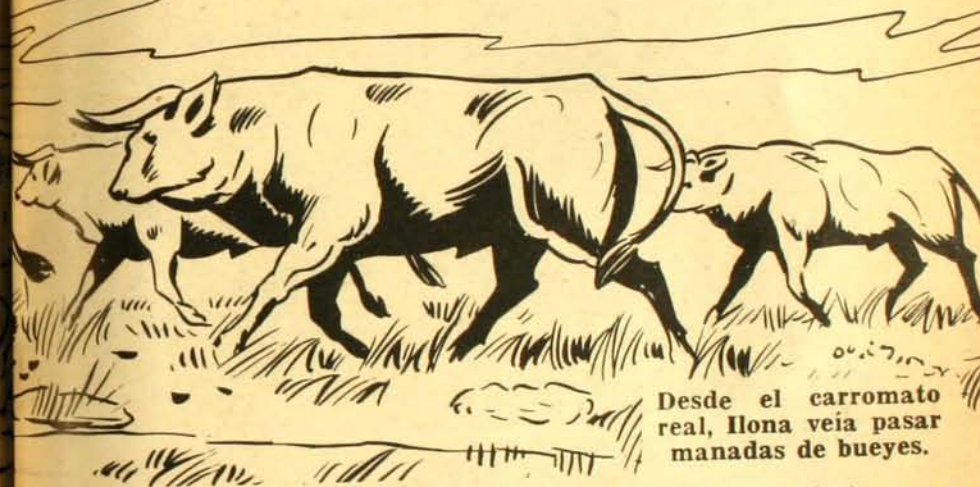
—Me quedaré con ella en la tribu, para alegrar su vejez —deliberaba Ilona al minuto siguiente.

Pero entonces la víctima sería ella misma. Ante la idea de continuar como eterna errabunda, temblaba de angustia. La vida del campamento le desagradaba. Se sentía contaminada por la falta de aseo. Quería huir de los harapos multicolores, de las manos

sucias y de las uñas negras de sus súbditos, de los rostros surcados por la mezcla de tierra y sudor.
—No puedo seguir con ellos. Es imposible.
Muta no podía ser trasplantada lejos de su tribu. Ilona se sentiría muy desdichada si continuaba errando de un país a otro.
El problema parecía no tener solución.
Desde su carromato, Ilona observaba el paisaje. Atravesaban Arles, para enrumbar hacia los llanos de la Camargue. Las escenas pastorales se sucedían, en una visión llena de paz y ensueño. Manadas de bueyes se dirigían hacia los pastizales del Ródano.
—Mañana llegaremos a Santa María del Mar.
Una gitana pronunció esta frase, y otra añadió:



—De todas partes acuden nuestros hermanos a la coronación de la reina.
El plazo fatal se aproximaba. Ilona pensó con inquietud:
"Casi no nos queda tiempo. ¿Cómo podré evadirme a última hora? Quizás Pepa se arrepintió de ayudarme".
Desechó esta idea. Pepa ambicionaba ser la reina de la tribu y no renunciaría a la oportunidad que le brindaba Ilona.
"¿O tal vez Chandor descubrió nuestro pacto, y mi prima ha sido castigada con mayor severidad?"
Un terror profundo la invadió, haciéndola desfallecer.
—¿Por qué palideces, mi reina?
La penetrante mirada de Muta estaba fija en ella.
—No quiero que mi reina esté triste. Quizás la vieja Muta pueda consolarla.
Ilona intentó sonreír.
—No te preocupes, Muta. Es que me siento un poco nostálgica.
—Piensa en la coronación, mi reina. De todos los ámbitos vendrán los gitanos a presenciar la belleza y la gloria de su reina. Te traerán los presentes más valiosos y exóticos.
La voz de la vieja cíngara calmaba siempre a Ilona.
—Muta, ¿abandonarías tú a tus hermanos de raza?
—¿Por qué me preguntas eso, mi reina?
—Contéstame.
—No, mi emperadora. Jamás dejaría a la tribu.



Desde el carromato real, Ilona veía pasar manadas de bueyes.

Ilona guardó silencio por un instante. Después, recostándose en su lecho de pieles, suplicó:
—Muta, cántame esa canción de cuna que tú sabes.
La gitana obedeció. Los acordes de la guitarra vibraron apagadamente. La voz de Muta inició el canto que tantas veces había adormecido a la reina. Era una canción mágica, extraña. Ocultaba un sortilegio desconocido, y de pronto, Ilona, atemorizada, luchó por desprenderse de aquella magia. Pero el sueño la dominaba y tal vez la hubiera sumido en la inconsciencia, si otro canto, más vibrante que el de Muta, no hubiese llegado hasta ella, como un alerta.
—El santo y seña —reconoció, estremecida—. Pepa me llama No debo dormirme. No debo dormirme.

(CONCLUIRA)

Ponchito


¡HOLA, PONCHITO! ¿COMO ESTÁ TU ABUELITA?
¡BIEN SEÑORA! ¡GRACIAS!
¿VIENES DE LA ESCUELA?
¡SÍ!
¿COMO SALISTE EN LOS EXÁMENES?

por nato


¡MAL, SEÑORA! RECIEN SUPE EL RESULTADO
¿TE ENCONTRARON MAL PREPARADO?
¡NO! ME ENCONTRARON ENFERMO DEL HÍGADO
NATO.



El Hijo del Lobo.

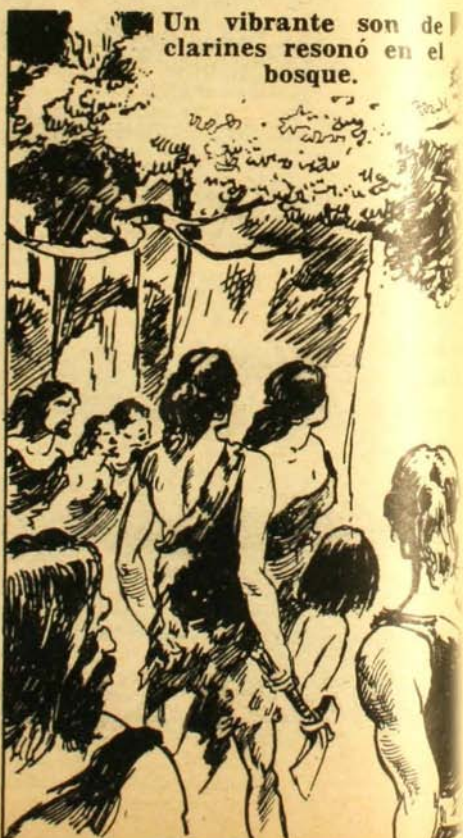


CAPITULO XXVII.— Majestuosa llegada del mago Merlin.

El Hijo del Lobo, sus amigos Lancelote y Rudel y los demás jóvenes de la Escuela de Caballería, defendían el castillo de Logres contra una horda de bárbaros, mientras el conde de Logres y otros barones feudales sólo se preocupaban de celebrar festines. Tristán envió su paloma blanca al mago Merlín, para que el



—Nos ha abandonado —murmuró Lancelote.



Un vibrante son de clarines resonó en el bosque.



En aquel carruaje venía el mago Merlin, escoltado por dos enanos.

poderoso sabio le prestara auxilio.

Pero transcurría el tiempo y ninguna señal anunciaba que el mago acudiría al llamado de Tristán.

—Nos ha abandonado —murmuró Lancelote.

Desde las almenas del castillo vieron que los nórdicos se disponían para el asalto. De pronto un vibrante son de clarines resonó en el bosque. Y surgió una aparición que produjo estupor a los bárbaros y también a los defensores de la ciudadela. Un enorme buey avanzaba arrastrando un carro revestido de oro y plata. En él viajaba el mago Merlín. Le escoltaban dos enanos montados en ciervos blancos y con atavíos de púrpura.

El carruaje avanzó entre las filas de vándalos. Erguido en toda su majestad, Merlín les habló en una lengua que Tristán y sus amigos no comprendieron, pero que los nórdicos oían con atención.

El mago de Brocelandia mantenía hechizados a sus oyentes, que dejaron caer sus armas. El brazo de Merlín se extendió entonces en dirección al mar.

—Les ordena que se marchen —exclamó Rudel, conteniendo la respiración.

Incapaces de resistir a la voluntad del sabio, los nórdicos emprendieron la retirada. Durante un día entero desfiló ante las murallas la numerosa horda y por fin el último guerrero se perdió en la distancia.

—¡Salvados! —gritó Rudel.



El mago de Brocelandia mantenía hechizados a los bárbaros.



Los nórdicos dejaron caer sus armas.

Tristán reunió a los jóvenes héroes, y, con una rodilla en tierra, tributó homenaje a su protector.



La horda de Erico emprendió la retirada.

—Levántate, hijo mío —pronunció el mago—. Haz que se acerquen tus compañeros.

Uno tras otro se aproximaron los donceles para saludar a Merlín.

—¿Y dónde está el conde de Logres?

Se ensombreció el rostro de Tristán. Rudel desvió su mirada, pero Lancelote respondió con franqueza:

—Escondido en la bodega.

La humillante declaración produjo un silencio tenso. La aguda mirada de Merlín se fijó en Lancelote.

—¿Qué dices, mancebo?

—La verdad, señor —intervino Tristán—. El conde es indigno de dirigir la Escuela de Logres.

—¿No os guió en la defensa del castillo? ¿No enfrentó la horda de Erico el Rojo?

—No. Tristán ocupó su lugar —declaró Rudel.

—Vamos a buscarle.

La voz de Merlín era mesurada y no demostró cólera, pero sus ojos fulguraban con una luz terrible.

"Esa sola mirada bastará para que el conde muera de terror —pensó Rudel, sintiendo que el espanto invadía su alma—. El mago Merlín tiene poderes sobrenaturales. Compadezco a quien provoca su ira."

En silencio cruzaron las galerías de piedra. Cerca de la bodega, percibieron las voces pajosas de los ebrios. La mirada de Merlín se convirtió en un rayo exterminador, y Rudel, que lo observaba, retrocedió instintivamente.

(CONTINUARA)



Tristán se arrodilló ante su protector.



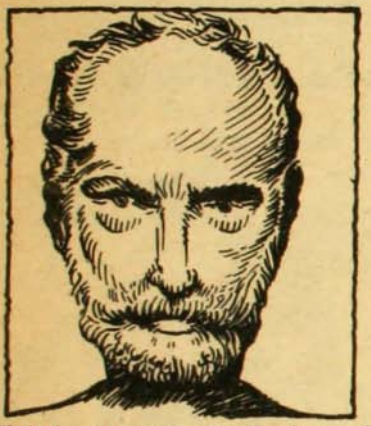
Uno tras otro se aproximaron los doncelles para saludar al mago Merlín.

¿QUE DIRIAS TU



Supongamos que tú eres el sabio Arquímedes y que descubres de pronto la ley del peso específico de los cuerpos, ¿qué dirías? Envía tu respuesta a Revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 170: Dante, Vinci, Caruso.



Premiados con UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Rosa Rivera, Chillán; Moisés Cáceres, Quilpué; Héctor Ibarra, Curicó. UN PREMIO DE $ 20.—: Adriana Merino, San Bernardo; Carlos Ossandón, Malloa; Silvia Zúñiga, Rancagua; Mario Ortiz, Santiago; Sebastián Yáñez, Perquenco; Pilar Fernández, Santiago; Jaime Henríquez, Santa Cruz; Miguel Beher, Sewell; Eugenia Llanos, San Fernando; Viviana Ríos, Parral. UNA LAPICERA FUENTE: Pilar Vidal, Talca; Iris Verdugo, Talca. UN LAPIZ AUTOMATICO: Amador Abusleme, Santiago; María Macchiavello, Santiago; Ceferino Ceus, Perquenco. UNA ARMONICA: Hernán Toledo, Perquenco; Enrique Siviragol, Santiago. UNA PEINETA: Sonia Carrasco, Santiago; Antonia Pérez, San Bernardo; Ernestina Bizama, Santiago; Humberto Porzio, Los Andes; Alina Morales, San Fernando. UNA CARPETA ESQUELAS: María Ester Frías, Valparaíso; Maruja Irigoyen, Cauquenes; Dora Marambio, San Fernando; Luis Raúl Valenzuela, Santiago; Elsa Díaz, Los Andes. UN VITALMIN: Jaime Pozo, Santiago; Jaime Escobedo Ahumada, Santiago; Berta Cerda, Santiago; Elena Vargas, Santiago; Ramón Mella, Santiago; Mario Alfonso Carrasco, Temuco; Luisa Salas, Quillota; Fabiola Angélica Escobar, San Bernardo; Ramiro Ramírez, Santa Cruz; Carlos Cruzat, Traiguén.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 172

¿Qué dirías?...

¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1952.


MIRA, QUINTÍN, SI TAPAS EL HOYO PARA QUE NO ENTREN RATONES, TE DARÉ UN PREMIO!
ENTRA PARA DARTE LAS HERRAMIENTAS
NO, SEÑORA @ON HERRAMIENTAS, SE TRABAJA MU@HO
¡LO QUE NE@ESITO ES UN TARRO @ON PINTURA NEGRA!
¿@OMO VAS A TAPAR UN HOYO @ON PINTURA?
¡EL MAESTRO SABE LO QUE HA@E!
¡LOS RATONES NUN@A SE METEN DENTRO DE LA BO@A DEL GATO, POR SU PROPIO GUSTO!
¡ERES MUY HABILOSO, QUINTÍN! ¡UN ARTISTA! ¡Y @OMO A LOS ARTISTAS HAY QUE PAGARLES BIEN, TOMA ESTOS @IN@O PESOS.

PELUSITA POR NATO













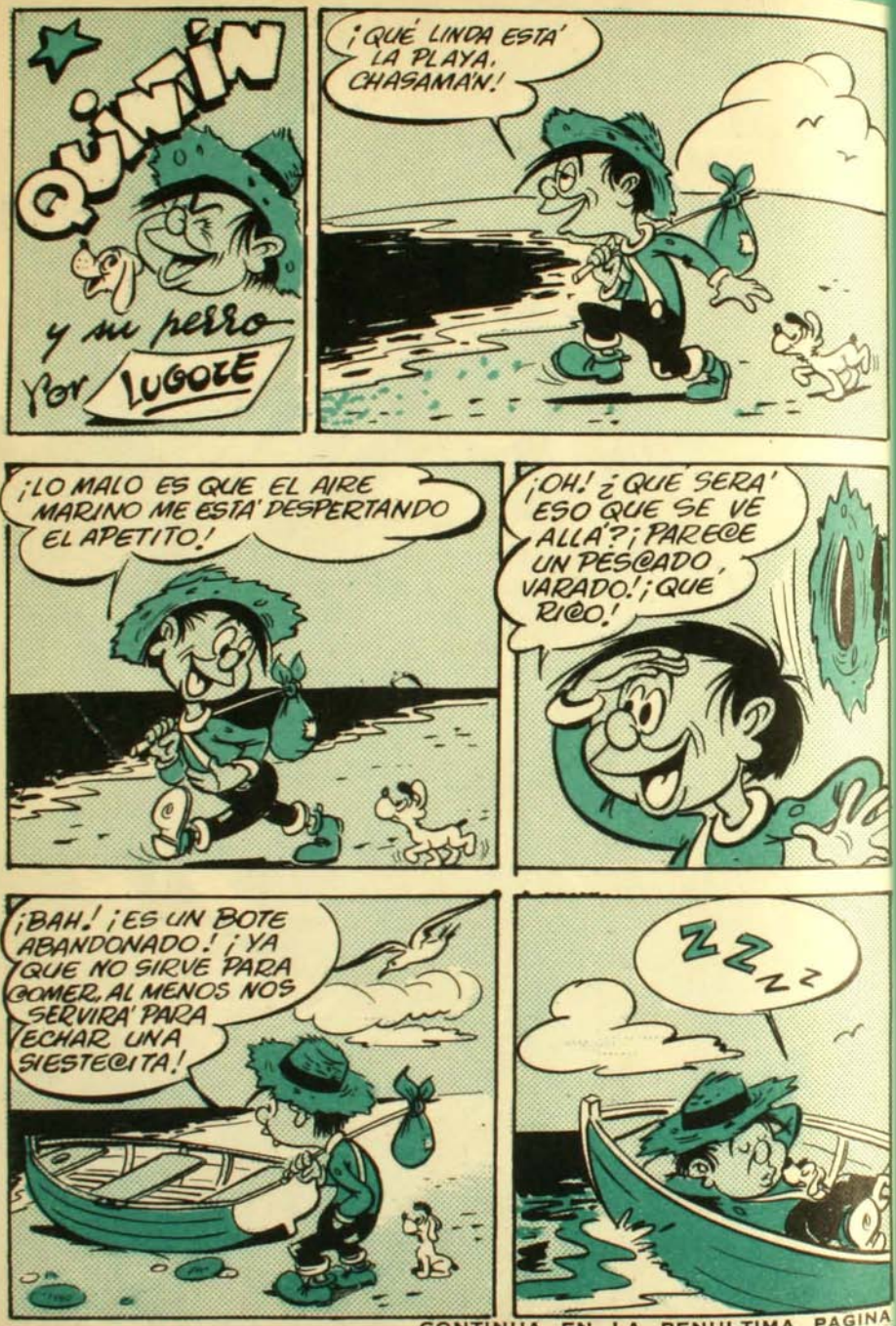
Simbad

N.º 173

NAVIDAD

3.—





CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV - 24-XII-1952 - N.º 173

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,65
Semestral: US. $ 0,90
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

La SIERPE de la DISCORDIA

CAPITULO XI.— La rama de olivo.

Para salvar al país de Tulia de su destrucción, Primo se internó en un antro infernal. Su esposa Iris, el ermitaño del bosque de Narla y una doncella, aguardaban ansiosamente el regreso del rey. Al oír rumor de combate y rugidos terribles, Iris intentó abalanzarse hacia la caverna, pero el ermitaño la detuvo:

—No, Majestad. Iré yo.

En ese instante la voz de Primo gritó:

—¡Victoria! ¡Victoria!

No tardó en surgir el rey de Tulia. Presentaba huellas de cansancio y sus vestiduras estaban rasgadas. Traía un cofre, que depositó en tierra, para abrazar a Iris. Ella, aún temblorosa de angustia, murmuró:

—Temí no verte más.

—Luché contra un monstruo que custodiaba el cofre —explicó Primo—. En la obscuridad no podía distinguirlo, pero sentí su aliento envenenado sobre mi rostro, y percibí sus rugidos. Aun no



Al oír rumor de combate y rugidos terribles, Iris intentó abalanzarse hacia la caverna.



—Luché contra un monstruo que custodiaba el cofre —explicó el rey Primo.

comprendo cómo logr vencerlo. Olvidemos es terrible episodio y abra mos el cofre.

El arca misteriosa n tenía cerradura. Prim intentó descerrajarl con su puñal de oro, éste se quebró.

Con una exclamació de tristeza, declaró:

—Pensar que mi puña no sufrió daño algun al abatir al monstruo y ahora se quiebra contra una simple cerradura.

—Paciencia, mi rey —sugirió Iris.

Sus suaves manos alzaron sin dificultad la tapa del cofre. To dos se inclinaron ansiosamente para observar su contenido.

—Una rama de olivo —murmuró el ermitaño.

—¿Y por esto he padecido fatigas y ansiedad? —balbució Pri mo, desilusionado.



Con su puñal de oro, Primo intentó abrir el arca.



—Paciencia, mi rey —sugirió Iris con suavidad.

—Esa rama, símbolo de la paz y de la concordia, traerá la felicidad a tu reino —contestó una voz.

De la gruta surgió el hada poderosa que tenía la apariencia de una anciana mendiga.

—No comprendo —replicó Primo—. En cualquier bosque de Tulia pude coger una rama semejante a ésta. No era necesario que viniera a Narla y que venciera a un monstruo invisible.

—Esta rama de olivo la has alcanzado con sacrificio y valor. Es distinta a las demás. Regresa a la corte, y verás su poder.

—Te creo, buena hada.

El hada desapareció, desvaneciéndose en la luz del alba, que inundaba ya el bosque y los montes.



—¿Y por esto he padecido fatigas y ansiedad? —balbució Primo, desilusionado.



—Regresa a la corte, y verás el poder de esta rama de olivo — dijo el hada.



—Yo permanezco en el bosque de Narla — declaró el ermitaño.

—Regresemos a palacio —invitó Primo.

—Yo permanezco en el bosque de Narla —repuso el ermitaño.

—Debo retornar a mi cabaña —dijo la doncella que había acudido a ayudarlos cuando despejaban la entrada a la caverna.

—Adiós, y gracias por vuestra lealtad —exclamó el rey.

Emprendieron el camino de regreso. Primo no se preocupó de las heridas que recibiera en su contienda con el dragón. Iris avanzaba con rapidez por el sendero de piedras, aunque iba casi descalza. Las espinas de los matorrales convirtieron su túnica en el raído vestuario de una vagabunda. Pero aquellos dos caminantes, más cansados y más harapientos que todos los que vagaban por la comarca, llevaban un tesoro en sus manos: la rama de olivo que destruiría para siempre a la sierpe de la discordia. Atravesaron una aldea desierta. Un fatídico silencio se extendía entre las ruinas.

–¿Qué ha sucedido? —exclamó Iris—. Parece que una ola de árbaros arrasó la población.

ontinuaron caminando y, cada cierto tiempo, encontraban hue-las de desolación. Campos devastados, casas consumidas por el uego, soledad terrible donde antes hubo moradores alegres y con-ados.

a maligna serpiente Azam seguía cumpliendo su obra destruc-ora. El signo del odio aparecía por doquier. ¿Lograría borrarlo l rey de Tulia?

–Apresurémonos, Iris —murmuró.

(CONCLUIRA)



–Adiós y gracias, por uestra lealtad —dijo el rey.

ANDANZAS DE SAMUEL BILL

CAPITULO VII.—FIEBRE Y DELIRIO





1. Samuel Bill se separó de su viejo amigo Bepo y del indiecito Papus a fin de ir en busca de provisiones. Pero los habitantes de las cabañas que visitó yacían muertos, víctimas de una terrible peste. En cada lugar, izaba una bandera roja, señal de peligro, y luego seguía galopando.





2. "Mi viejo Bepo y el pequeño Papus esperan que les lleve alimentos. No puedo desilusionarlos —pensaba Samuel Bill, dominando el ansia de volver al lado de sus amigos. Se detuvo junto al río—. El agua fría calmará mis nervios", decidió. Después del baño, le aguardaba una sorpresa terrible.





3. Luego de haberse vestido, se encaminaba en busca de su caballo, cuando un desconocido surgió ante él. En su trágico rostro se veían las señales de la peste. "—¡Atrás! —gritó el hombre—. No te acerques a mí, que estoy maldito". Y huyó, perdiéndose en la floresta, antes que Bill pudiera detenerlo.





4. Por primera vez en su vida, el joven aventurero sintió miedo. "—Ahora no puedo regresar, porque no sé si estoy contagiado", murmuró. Espoleó a su cabalgadura a través del bosque. El fantasma de la epidemia parecía cabalgar silenciosamente detrás de él. ¿Lograría huir de su terrible perseguidor?

ANDANZAS DE SAMUEL BILL





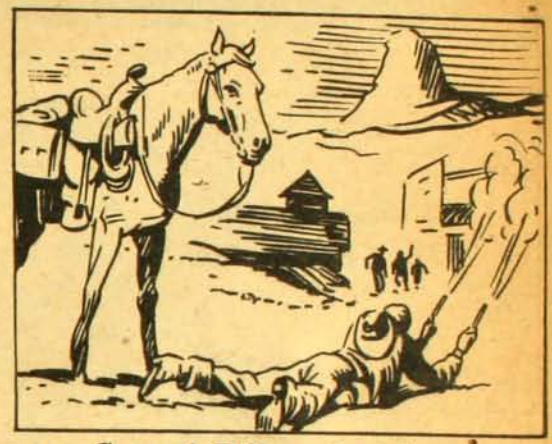
5. Una quemante fiebre ardía en su sangre. Descabalgó junto a un remanso, y, cuando se inclinaba para aplacar su sed, retrocedió horrorizado. En el claro espejo del agua había visto su rostro. "—Tengo la peste —musitó—. Debo salvarme. Quiero vivir."





6. Guiado por su férrea voluntad, logró llegar junto a su caballo y se izó hasta la montura con sus últimas fuerzas. "—Bepo —gemía en su delirio—. ¿Dónde estás, viejo?" Su cráneo parecía estallar y la sed resecó sus labios. El rumor de los cascos del caballo, en desenfrenado galope, resonaba en sus sienes.





7. De súbito, el animal se detuvo, y Samuel Bill cayó a tierra. Sus manos se dirigieron hacia la cartuchera. Intentó extraer los revólveres, pero le pareció que pesaban toneladas. Por fin pudo empuñarlos y disparó al aire. Antes de perder el conocimiento, creyó ver unas siluetas que corrían hacia él.





8. La fiebre lo mantuvo inconsciente. En el delirio veía a Bepo y a Papus remontando solos el río Colorado. "—¡Espérenme! ¡No se vayan sin mí!", gritaba con desesperación. Una voz suave y desconocida lo calmaba y acercaba a su boca un vaso de agua, que él bebía ávidamente. Un día despertó sin fiebre.

(CONTINUARA)

La huída a Egipto

(CUENTO DE NAVIDAD)



Aquella noche Herodes el Grande sentíase inquieto. Un temor ácido corría por sus nervios.

"Ha nacido el Rey de los Judíos."

Tres Magos venidos de Oriente pronunciaron estas palabras, que lo turbaron profundamente. Llamó a los sacerdotes, y ellos, luego de consultar las Escrituras, dijeron:

—El Mesías nació en Belén

El apagado mirar de Herodes se detuvo en Gaspar, Melchor y Baltasar. Habían atravesado el ardiente desierto, guiados por una estrella, y traían ofrendas para el recién nacido. Una silenciosa ira lo dominó. Deseó apoderarse de aquel oro y esconderlo, quemar el incienso, diluir la mirra, para que nunca brillara el metal a los pies del rey, ni las nubes de incienso lo envolvieran, ni el bálsamo exhalara su aroma para él.

—Id a adorarle —pronunció—. Y antes de retornar a vuestras tierras, venid a decidme dónde se halla, para ir también a rendirle homenaje.

En sus altos camellos partieron los tres reyes magos, pero nunca regresaron. Un ángel les ordenó que se dirigieran a la Arabia sin pasar por Jerusalén.

Herodes aguardó inútilmente. Durante dos o tres años no durmió tranquilo. Junto a su lecho había siempre una figura agorera que le recordaba la profecía. Su trono vacilaba, los días de su reinado estaban contados. El miedo le insinuó con su voz desgarrada:

—Haz degollar a todos los niños de Belén, y tu enemigo morirá

Las cohortes de soldados romanos se dispersaron por las calles, mensajeros de la muerte, sombras de la envidia de un rey.

Pero el Niño de Belén no murió. Un ángel anunció a María y a José que su hijo estaba en peligro, y huyeron hacia el desierto. Sobre el asno paciente, llevando bajo su manto al Hijo de Dios, la Virgen cruzó la puerta, seguida por José.

El desierto se extendía calcinado por el sol. La sequía marchaba a largos pasos, hundiendo en la arena sus pies resecos.

Los fugitivos se detuvieron y apenas la Virgen había descendido, surgió un oasis. Palmas y datileros ofrecieron su sombra, y un fresco rumor de agua surgió del pozo. María no se asombró de aquel prodigio. Llevaba en sus brazos un haz de milagros, y nada podía sorprenderla. Evocó la noche santa del nacimiento de Jesús. Un clima de paz y dulzura invadió la tierra. El lo-



bo durmió junto a la oveja. El asesino quebró su puñal, cayend
de rodillas.
El cielo resplandecía porque no había una sola luna, sino cien
las alas plateadas y fugaces de los ángeles.
—Sigamos. Tal vez han salido a perseguirnos —murmuró José
Continuaron internándose en el desierto ardiente. Y cada vez qu
se detenían, aparecía un oasis. El terrible desierto quedó sem
brado de esos remansos de vegetación que brindan refugio al can
sado caminante y le dan vida con sus venas de agua.
El viaje prosiguió. La angustia empezaba a infiltrarse en el co
razón de María. ¿Cuánto tiempo resistirían aquel vagar inter
minable? Aridas peñas aumentaron la desolación del paisaje.
San José marchaba con la cabeza inclinada, llevando el cabestr
del asno. Súbitamente, sintió la presencia de alguien. Alzó lo
ojos y vió un anciano. ¿De dónde había surgido? De la piedr
misma o del misterio de antiguos siglos. Era viejísimo, y sus ojo
parecían avizorar el alma de José. La barba y el largo cabell
ondeaban al viento como un fuego blanco. Las manos nudosas s
extendieron.
—Yo os guiaré hacia Egipto.
—¿Quién eres?
—Ismael, el padre de los ismaelitas.
Era uno de los hijos de Abraham, y su edad se contaba por ca
torce siglos.
—Yo también huí atravesando el desierto inclemente, cuand
era niño. Mi madre, la esclava egipcia Agar, me llevó en su
brazos.
Los ojos de Ismael se obscurecieron. Fué como si una humared
negra se elevara desde su corazón.
—Sara, la primera esposa de Abraham, le exigió que arrojara d
la casa a mi madre. Huimos y me establecí en el desierto de Fa
rán, donde nació la raza árabe.
Sin añadir otra palabra, se encaminó hacia una caverna. La san
ta familia lo siguió. El camino subterráneo era menos penos
que la travesía del desierto. Durante días y días avanzaron, e
pos del anciano. A veces José temía verlo desvanecerse en e
aire, convertido en polvo y ceniza. Pero aquel cuerpo alto er
semejante a un árbol poderoso que no puede ser roído por e
tiempo. Ismael caminaba con seguridad, y sólo se detenía cuand
la dulce voz de María le suplicaba un instante de descanso.



El viejo cerebro evocaba la infancia lejana. Las noches asfixiantes, la soledad gris, cruzada por negras sombras de chacales.

Y renovaba con más bríos el andar, porque deseaba evitar al Niño Dios las penalidades que él sufrió.

El Niño nacido en Belén Efrata, la más gloriosa entre las mil ciudades de Judá, estaba protegido por él, Ismael.

La Virgen adivinaba los pensamientos del hijo de Abraham, y se condolía de su soberbia.

Los muros de los pasos subterráneos vertían agua. Los viajeros calmaban la sed y no sentían hambre.

Por fin desembocaron a la salida del desierto. La ciudad de Heliópolis no estaba lejos.

—Hasta aquí les acompaño —dijo Ismael—. He salvado al rey de Israel.

En silencio, la Virgen alzó a Jesús. La gigantesca estatura de Ismael se inclinó para mirarlo. Su espíritu se sumergió en los ojos azules del Niño, y se sintió transportado a una época futura. Avanzó por un sendero obscuro y tortuoso. Muchedumbres anhelantes acechaban su paso. Los ciegos, los leprosos, los lisiados tendían hacia él sus manos, y un dolor agudo, una compasión infinita laceró su corazón. Las lágrimas de todos los que sufrían quemaban sus ojos, y el gemido del mundo temblaba en sus labios. Después, más tarde, mucho después, lo rodearon mul-



titudes furiosas que lo insultaban, y un hombre llamado Barrabás fué puesto en libertad mientras él era conducido a la cumbre del Gólgota, para ser crucificado.

Retrocedió con espanto, y el Niño sonrió dulcemente.

—Perdón —balbuceó Ismael.

La humildad creció en su alma, y quiso arrodillarse, pero la

manita del Niño se posó en su diestra endurecida por los siglos.
—Perdona mi soberbia —suplicó Ismael—. Tú eres Dios, y un siervo tuyo no puede protegerte. Has venido al mundo para sufrir por nosotros y salvarnos. Me humillo ante tu grandeza y te ofrezco el perdón que concedo a Sara y a Abraham, a quienes ya no odio.

Después del oro, el incienso y la mirra tributados por los reyes magos, el Niño Jesús recibía la ofrenda de un corazón humilde.

La Virgen sonrió, comprendiendo el nuevo milagro.

Al borde del desierto quedó el padre de los ismaelitas, mientras la sagrada familia se dirigía a Petrópolis.

KETMIS

Correspondencia

Ramón Rubio Salaverry (Rengo).—Nuestra eximia dibujante Elena Poirier agradece sus felicitaciones, por haber sido premiada en la Exposición organizada por la Alianza de Dibujantes de Chile.

Guillermo Godoy y 29 talquinos (Talca).—Declaran ustedes que "El Hijo del Lobo" es su serial favorita y felicitan en coro a la pequeña gran revista "Simbad". Les agradezco sus elogios uno por uno.

María Angélica Téllez (Santiago).—Trasmitiremos sus felicitaciones a Nato y Lugoze, que la hacen reír con sus graciosos personajes.

Noemí, Iris y Dagoberto Orrego (Coquimbo).—La serial "El Sobre de los Sellos Verdes" tuvo un éxito formidable. Esperamos que "Jim, el Secuestrado" les agrade también.

Inés Cabezas González (Santiago).—Agradezco tus felicitaciones a la Directora y a todo su personal. "Simbad" está muy orgulloso con tu carta. Los versos que le enviaste son preciosos y copiamos dos de ellos para que los demás lectores los conozcan:

"Simbad", tú que has conmovido los [mares
y has conmovido el corazón de tus [lectores."

Tus frases "¡Viva "Simbad"! ¡Viva mi revista y mi amigo incomparable" causaron revuelo y emoción entre nosotros. Gracias, pequeña y entusiasta lectora.

Froilán Blúas Pino (Temuco).—Lamento decirte que muchos ejemplares de nuestra pequeña gran revista están completamente agotados. Si te conformas con algunos de los números que te faltan, envía una lista de ellos y los buscaremos.

José Valdés A. (Lautaro).—Nos dices que "La Sierpe de la Discordia" y "El Secreto de la Gitana" son tus series favoritas. Seguiremos dando lecturas bellas e interesantes.

ROXANE.

CORENTIN PIRATA INVENCIBLE

CAPITULO VII.—MISTERIOSA DANIA



1. Corentín, a bordo de un barco fantasma, había descubierto el derrotero de un tesoro y se disponía a revelarlo a los piratas Obrien y Hawkins, cuando una voz imperiosa los inmovilizó: "¡Quietos!". Una niña había surgido ante ellos y les amenazaba con dos pistolas. "—Ya sé quién sois", exclamó Corentín.



2. "—El fantasma que vi hace unos minutos." La bella desconocida asintió: "—Sí, yo era. Supongo que también codician el tesoro. Yo impediré que lo descubran. Acabo de encender una mecha en el polvorín". Hawkins lanzó una risotada. "—Esta palomita está loca. ¿No crees tú lo mismo, Corentín?"



3. Pero Corentín había desaparecido. "—Esa joven no ha mentido. Me imagino que ella es la misteriosa Dania. La creo muy capaz de hacernos volar a todos." Hawkins y Obrien corrían detrás de Corentín: "—¡Eh, belitre, detente!" El muchacho ni siquiera contestó: Sólo pensaba: "¿Llegaré a tiempo?"



4. Cruzó la cala como un bólido, y de pronto se detuvo. Ya era demasiado tarde para salvar el barco. La mecha se había consumido totalmente y la llama alcanzó el primer barril. Con los ojos cerrados, Corentín aguardó la formidable explosión. Pero nada sucedió. Incréduio, Corentín avanzó.

CORENTIN PIRATA INVENCIBLE





5. Decidiéndose, cogió un hacha para destapar el primer tonel. El hachazo abrió la madera carcomida y por la brecha surgió una lluvia de monedas de oro. "—¡El tesoro!", exclamó Corentín. En ese instante llegaban Obrien y Hawkins. "—¡Rayos y truenos! ¿Dónde hallaste eso?", tartajeó el contramaestre.





6. "—Vengan acá, bergantes —les llamó Corentín—. Miren, oro y joyas." Los piratas abrieron los barriles y los cofres, lanzando rugidos de satisfacción. "—Somos ricos como reyes", exclamó Hawkins. "—Un momento —dijo Corentín—. Estas riquezas pertenecen a Dania." "—¿A la palomita?", preguntó Obrien.





7. En ese instante, una violenta sacudida del barco les lanzó contra los toneles de oro. "—¡Salgamos de aquí! —gritó Hawkins, recordando de pronto que se hallaban a bordo del buque fantasma—. Este oro está maldito." Los piratas lograron salir, pero Corentín perdió el equilibrio.





8. Intentaba levantarse, cuando un lamento llegó a sus oídos. "—¿Otro fantasma?", preguntó, inquieto. La queja se repitió más lastimera. Corentín, descubriendo una pequeña puerta, la desc-rrajó con el hacha. Penetró luego a un estrecho calabozo, donde yacía un anciano, a quien intentó reanimar.

(CONTINUARA)

EL SECRETO de la GITANA



CAPITULO XII Y FINAL.—Ilona regresa al castillo de Kanisza.

Ilona estaba decidida a huir del campamento gitano. Cuando oyó la canción de Pepa, el santo y seña convenido para la fuga, se incorporó en su lecho de pieles. La gitana Muta, que modulaba un canto adormecedor para que la reina descansara, la miró asombrada.

—¿Qué sucede, mi reina?

—Nada, Muta. No quiero dormir. Déjame sola.

La vieja bohemia se retiró silenciosamente. Al día siguiente la caravana llegaría a Santa María del Mar y ya no era necesario vigilar tan estrechamente a Ilona. Esta pudo deslizarse sin dificultad hasta el carromato verde.

—Temí que no vinieras —susurró Pepa—. Hasta pensé que te habías arrepentido.

Ilona sonrió.

—No, Pepa. Tú serás la reina de la tribu. ¿Cuál es tu plan?

La bella gitana, inclinándose hacia Ilona, le habló en voz muy baja, cómo si temiera que las paredes del carromato oyeran su secreto.

Por fin avistaron la catedral, con su edificio almenado destacándose contra el cielo. Acudían los peregrinos, en sus carruajes trepidantes, buscando un lugar libre en el vasto campamento. De los cuatro confines del mundo, venían a presenciar la grandiosa fiesta de la coronación. Gitanos de Francia, de España, cíngaros de Hungría, y de otros países más lejanos, abrieron paso a la caravana de la reina.

—No debes bajar del carromato —advirtió Muta a Ilona—. Yo te traeré el vestido para la ceremonia. Mañana, cuando te presentes en la cripta ante todo tu pueblo, aparecerás cubierta con un largo velo. Con tu sangre confirmarás tu fe a nuestra santa Sara, y desde ese instante serás nuestra reina.

Ilona guardó silencio. ¿Qué podía responder? La ilusión de Muta era contraria a sus propios anhelos.

Las horas transcurrían lentas. La agitación de la tribu alteraba los nervios de Ilona. La cortina fué apartada y entró Pepa seguida de Muta. Al ver a su prima, Ilona palideció.

La gitana se postró ante ella, con el rostro contra el suelo.

—Viene a pedirte perdón —declaró Muta—. No temas, mi reina. Estás muy pálida.

Al oír estas palabras, la sangre fluyó de nuevo al semblante de la niña.



Cuando apareció la reina, con el rostro cubierto por un espeso velo, todos los gitanos cayeron de rodillas.

—Bien. La perdono, sinceramente.
—Gracias, mi reina.
Por un instante, Ilona temió que sus planes hubieran sido descubiertos. Pero aquella entrevista sólo tenía por objeto que la reina de la tribu perdonara a la gitana que un día intentó agredirla con un puñal.
Más tarde apareció Muta y extendió sobre el lecho un vestido de seda bordada, reluciente de oro. Collares de perlas y esmeraldas refulgían al sol. Un collar de cuatro hileras, formado por placas de oro adornaba el pecho de la reina; aros redondos pendían, destacándose contra el sombrío color del cabello; numerosos brazaletes rodeaban sus brazos.
—Debes permanecer sola, hasta el instante en que los ancianos de la tribu acudan a buscarte —dijo Muta, antes de desaparecer.



Ilona permaneció sentada al borde de su lecho, como una imagen. El vestuario real y las joyas la oprimían.
El desaliento empezaba a apoderarse de ella, cuando percibió unos pasos rápidos y suaves. La cortina, alzada con nervioso gesto, dejó pasar la esbelta figura de Pepa. Sin cruzar una sola palabra, ambas niñas intercambiaron sus vestiduras. Ataviada con las ropas de su prima, Ilona podía fácilmente ser confundida con ella.
—Ve a la catedral, y procede tal como hemos convenido —susurró Pepa.

Nadie reparó en la joven gitana, que, separándose de sus hermanos de raza, se alejó hacia la costa.

Ilona se apresuró a obedecer. Protegida por las sombras de la noche se encaminó hacia la basílica, para ocupar el sitio de Pepa. La cripta estaba sumida en la penumbra. La incierta luz de algunos cirios iluminaba el altar de mármol. A la derecha de éste se erguía la estatua de Sara, madre común de los gitanos y sierva de los santos.

En los bancos y junto a los muros que rezumaban agua había gitanos durmiendo o hablando en voz baja.

En las gradas que conducían hasta la nave superior, se aglomeraban las niñas gitanas. Sus vistosas faldas y sus pañuelos ofrecían una visión multicolor.

A medianoche se encendieron todos los cirios. A la una de la madrugada vibraron las campanas de la catedral. Subiendo la escalinata que conducía a la cripta, apareció la reina, cubierta por un largo velo. Todos cayeron de rodillas. Ilona les imitó, procurando ocultar su turbación. Temblaba convulsivamente. Junto a la reina y rodeada por los ancianos de la tribu marchaba Muta.

Varias gitanas jóvenes se levantaron. Siguiendo las instrucciones de Pepa, Ilona salió con ellas, acercándose a un pozo. Una de las adolescentes, con gesto solemne, extrajo agua para llenar un cántaro y luego se dirigió al altar, seguida de sus hermanas de raza. La reina, siempre velada, las aguardaba inmóvil y silenciosa.

Una pequeña puerta se abrió detrás del altar. El cortejo atravesó el umbral, avanzando por un túnel. El aire de la noche sobre su afiebrado semblante indicó a Ilona que habían salido al exterior. La ceremonia se inició entonces.

Absortos en la contemplación de aquella que era coronada reina de los gitanos, nadie reparó en la jovencita que se deslizaba entre la muchedumbre, alejándose en dirección a la costa.

Cuando aquella sombra veloz y furtiva se lanzó a correr por la arena, sólo una persona la vió. Unos ojos de pupila obscura como la endrina y que brillaban con ironía.

—Pepa huye de la tribu.

Chandor sonrió en las sombras y luego fijó su mirada en la reina. Por fin el largo viaje había terminado y la corona gitana descansaba sobre las sienes de Ilona. El juramento ante el altar de la santa Sara no podía ser quebrantado, y la reina continuaría con ellos en su errante camino.

Mientras el joven gitano reflexionaba así, creyendo que la fugitiva era Pepa, Ilona trataba de orientarse en el sendero desconocido. Su prima le había señalado la dirección de la gendarmería y por fin pudo encontrarla.

—Señor, quiero hablar con su jefe —declaró al guardia.

El hombre la observó con mirada sospechosa.

—El brigadier duerme, señorita —respondió.

—Despiértelo, por favor. Yo soy Ilona de Kanisza, y vengo a pedir protección. Los gitanos me secuestraron.

Pronunció estas palabras sin respirar.



María y Rosa, las gentiles camareras húngaras, estaban felices con el regreso de Ilona.

El gendarme la contempló atónito, sin comprender. ¿Qué ardid ocultaba la declaración de aquella vagabunda? No se fiaba de las gitanas, especialmente si eran tan hermosas como aquélla. Engañaban a medio mundo. Pero de pronto un nombre retumbó en su desconfiado cerebro:

—¡Kanisza! ¿Has dicho Kanisza?

—Sí.

—Tu padre está aquí. Anda buscándote.

—¡Lléveme a su presencia, por favor!

—No tan de prisa, gitana..., quiero decir, condesita. Hay que avisarle al hotel donde se hospeda, y tengo que informar al brigadier de este asunto.

Media hora más tarde, Ilona se refugiaba en los brazos de su padre. El marqués no formuló pregunta alguna, y su hija, vencida por la emoción, tampoco pudo emitir declaraciones.

Aún no alumbraba el alba, cuando el landó del noble húngaro emprendió viaje hacia la patria. Ilona reclinó la cabeza en el

hombro de su padre. Ya no se sentía distanciado de él, y durante el trayecto hasta Hungría le refirió su aventura.
—Me entristece pensar en Muta —añadió—. Pepa es la soberana de la tribu. Su coronación está consumada y nadie puede discutirle su derecho a reinar. Mi abuelita Muta debe sentirse traicionada.
—Hija mía, no debes preocuparte —contestó el marqués—. Hablaré con ella y permitiré que te visite en el castillo cada vez que su caravana pase por Hungría. Es vieja y sabia, y comprenderá que jamás hubieras sido feliz en la tribu.
Cruzaban ya los pantanos de la Camargue.
La llegada de Ilona al castillo fué triunfal. Todos los servidores se presentaron a rendirle homenaje. Sus dos camareras, María y Rosa, hubieran querido brincar de alegría, pero las contenía el respeto al marqués.
—Aunque no parece tan severo como antes —murmuró María al oído de su hermana.
El bello cuadro que representaba a la madre de Ilona vestida de gitana fué colocado en sitio de honor en el gran salón. La tía Matilde se había trasladado a Viena, de modo que Ilona era la dueña absoluta del castillo.
—La señorita también ha cambiado —apuntó la observadora María, viendo que el rostro de su joven ama resplandecía de felicidad. Ya no se encerraba en mutismos dolorosos, ni sentía nostalgias, y hasta aceptaba salir de paseo con el apuesto y gentil conde Korsiac, a quien antes desdeñó tantas veces.

FIN


JIM EL secuestrado


En el próximo número de "Simbad", iniciaremos esta serial que apasionará a nuestros lectores. Narra la historia de dos amigos, Tino y Jim, que se parecen como hermanos gemelos. Esta semejanza da origen a una aventura extraordinaria.

Ponchito


¡HOLA PONCHITO! ¿CÓMO TE VÁ?
¿QUE DESEAS QUE TE TRAIGA EL VIEJITO PASCUAL?
¡NADA PATRÓN! DICE MI ABUELITA QUE ESTE AÑO...
...NO ME TRAERÁ NADA, PORQUE NO HAY PLATA

por nato


¡POBRE NIÑO! ME DISFRAZARÉ DE VIEJITO PASCUAL Y LE LLEVARÉ ALGUNOS REGALITOS
...Y ESA NOCHE
SE LOS DEJARÉ AL LADO DE LA CAMA
¡MUCHAS GRACIAS PATRÓN!
NATO



El miedo se traslucía en el semblante del conde.

En la bodega, el señor del castillo bebía con los demás barones. El vaso de oro que sostenía en sus manos saltó lejos, golpeado por la vara de Merlín.

—¿Así has defendido la fortaleza contra los vándalos? —dijo el mago.

Logres se encogió como un perro castigado. La corona condal caía sobre su frente; las vestiduras se veían ajadas; el miedo se traslucía en su semblante.

—No eres digno de llevar escudo de caballero —exclamó el sabio Merlín—. Sólo un villano se conduce como tú. Yo te sentencio a...

Las últimas palabras las pronunció con lentitud, y su acento era tan terrible, que Logres, fulminado por el espanto, cayó para no levantarse más.

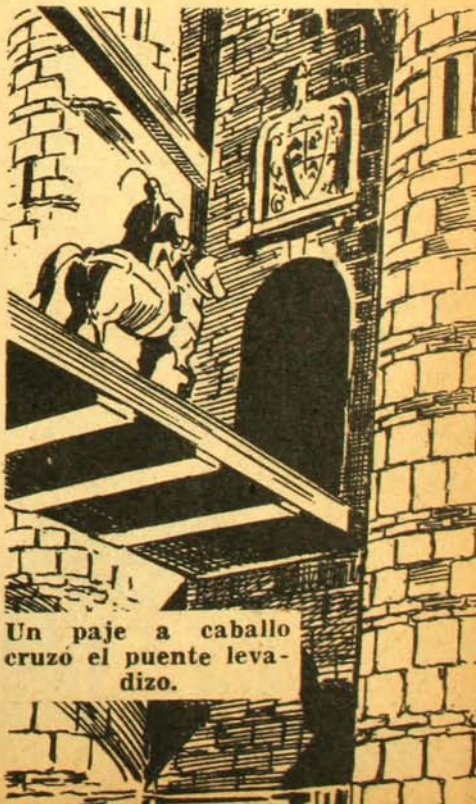
—Está muerto —balbució Tristán.

El rayo de la justa ira lo había abatido.

Merlín declaró:

—El rey Arturo designará al nuevo dueño de Logres. Mientras tanto, descansad, jóvenes héroes, que el sitio fué largo, y estáis fatigados.

En la tarde, se escucharon los sones de la trompeta, anunciando un visitante. El puente le-



Un paje a caballo cruzó el puente levadizo.

vadizo fué bajado y por él cruzó un paje a caballo.
—¿Qué te trae por aquí, Fagar? —lo saludó el mago Merlín.
—Me envía Viviana la Hechicera —contestó el paje—. Tengo orden de llevar al joven Lancelote hasta el palacio sumergido en el lago.
Tristán miró a su rubio compañero, a quien todos llamaban Lancelote del Lago.
Rudel se adelantó y, posando una rodilla en tierra, dijo:
—Sabio Merlín, yo también debo partir. Mi padre, el conde



—Me envía Viviana la Hechicera —declaró Fagar.



—Yo también debo partir —dijo Rudel.

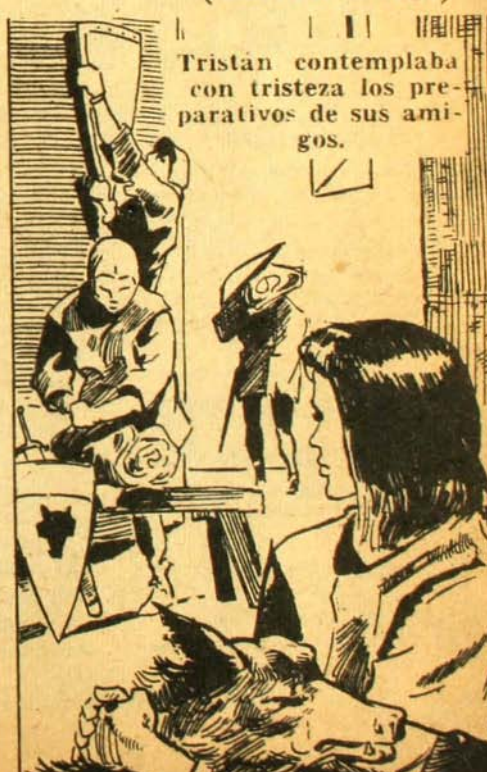
Giles, murió entre los barones asesinados por los nórdicos. No quisiera abandonar este castillo, donde conocí la verdadera amistad y aprendí las leyes de la caballería, pero debo gobernar el condado y velar por mis vasallos.
—Ve a tu feudo, valiente Rudel —aprobó Merlín.
En las horas que siguieron, Lancelote y Rudel prepararon febrilmente su viaje. Sentado en un rincón, sosteniendo entre sus brazos la cabeza de su lobo Barka, Tristán contemplaba con tristeza a sus amigos.

—Hace muchos años que no veo a mi madre, la princesa Viviana —decía Lancelote, con los ojos brillantes de animación.
—¿Vive realmente en un castillo bajo el lago? —interrogó Tristán.
—Sí, y no existe en el mundo una dama que sea más bella..., ni más extraña —murmuró Lancelote.
—¿La temes? —preguntó Rudel.
—No. La adoro profundamente.
Rudel pensó que a él le inspiraría temor una madre que conocía los secretos de la magia, que vivía bajo el agua como una sirena de encantamiento, y que tenía fama de hechizar a todos aquellos que se miraban en sus ojos misteriosos. Unos ojos que atraían, como atrae el abismo azul de un lago.
—¿Volveré a verte, Lancelote? —inquirió Tristán.
El rubio doncel prorrumpió en una risa alegre.
—¿Crees que el lago es un ogro que me devorará? No, hermano. El poder de mi madre me protege. Presiento que nos encontraremos de nuevo, en alguna justa, defendiendo al débil o castigando al malvado.

(CONTINUARA)



—Ve a tu feudo, valiente Rudel —aprobó Merlín.



Tristán contemplaba con tristeza los preparativos de sus amigos.

El árbol de Pascua de "Simbad"



"Simbad" tiene para sus lectores un árbol de Pascua. Cada regalo lleva un número. Adivina cuáles son y participarás en el sorteo de todos los que acierten. Ejemplo: supongamos que el despertador tiene el número 10. Todos los lectores que indiquen este número tienen opción al premio. Mientras más soluciones envíes, más oportunidad tendrás de ser premiado. Cada lista de números que mandes, debe venir acompañada de un cupón. Los regalos son los siguientes: 1 RELOJ DESPERTADOR, 10 PREMIOS DE $ 50.—, 1 TRAJE DE BAÑO, 1 BOLSA DE PLAYA, 1 CORTE DE GENERO, 1 ARMONICA, 1 CINTURON NIÑO, 1 BILLETERA.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 171: "Sésamo, ábrete".

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Mercedes Díaz, Talcahuano; Olivio León, Parral; Dietrich Budde, Viña del Mar. UN LAPICERO FUENTE: Asunción Martínez, Santa Cruz; Delfín Campos, Santiago; Patricia Arancibia, Rancagua. UN DOMINO INFANTIL: José Parra, San Antonio; Hernán Ortiz, Santiago; Silvio Soto, Los Andes. UNA PEINETA: Nelson Rojas, Quillota; Osvaldo Farías, Santiago; Fernando Sepúlveda, Chimbarongo; Pancho Marchant, Constitución; Aída Filippi, Viña del Mar; Gastón Cancino, Linares. UN LAPIZ AUTOMATICO: Luis Núñez, Santiago; Pedro Pablo Gálvez, Viña del Mar; María Cristina Gubeli, Santiago. UNA LIBRETA APUNTES: Rafael Eyzaguirre, Santiago; Germán Bareyne, Limache; Max Werth, Temuco. UN VITALMIN: Mercedes Orrego, Limache; Pedro Barrera, Santiago; Moisés Ergas, Santiago; María Antonieta Silva, Santiago; Víctor Kleikefel, Santiago; Yorka González, Curicó; María Guerrero, Santiago; Juan Pizarro, Santiago; Carlos Arancibia, Valparaíso; Sofía Schroeders, Santiago. UN LIBRO: Heriberto Toro, Talca; Carlos Menge, Santiago; Francisco Hernández, Parral; Luis Olivo, Quilpué; Jaime Escobedo, Santiago; Elcira Gutiérrez, Santiago; Laura Castillo, San Fernando; Hernán Orchard, Santiago; Juan Corbella, Santiago; Armando Aguilera, San Fernando.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 173

Adivina cuáles son...

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1952.


¡OH! ¿¡QUÉ ES ESTO?!
¡SUBIÓ LA MAREA MIENTRAS DORMÍAMOS! ¡ESTAMOS EN ALTA MAR!
¿QUÉ HACEMOS, @HASAMAN? ¡NO TENEMOS REMOS! ¡ESTAMOS AL GARETE!
¡UY! ¡VIENE UNA TREMENDA OLA!
¡SOCORRO! ¡AQUÍ NOS LLEGÓ!
PLACH
¡ADIOS VIDA INGRATA!
¡DESPIERTA FLOJO! ¡AQUÍ NO SE PUEDE DORMIR!
LUGOZE

PELUSITA POR NATO



$ 3.—

SIMBAD

N.º 174

desea a sus queridos lectores un feliz AÑO NUEVO



ÑO NUEVO



CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV - 31-XII-1952 - N.º 174

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1.65
Semestral: US. $ 0.90
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0.20
Semestral: US. $ 0.10

La SIERPE de la DISCORDIA

CAPITULO XII Y FINAL.—Desaparece la serpiente maligna.

Para apoderarse de una mágica rama de olivo que llevaría la felicidad a su reino, Primo venció a un dragón y cruzó las extensas comarcas de Tulia, indiferente al cansancio. Le acompañaba su fiel esposa, la reina Iris. Por fin arribaron a la corte, y el primer ministro les anunció con acento desesperado:

—¡Estamos perdidos! Una vorágine de odio y destrucción se ha desatado en Tulia.

Desde las escalinatas del palacio contemplaron con horror es-



—¡Estamos perdidos! —exclamó el primer Ministro.

cenas de incendio y saqueo. El ministro les dijo que muchos feudos habían sido arrasados y que aldeas enteras yacían en escombros.

De pronto la infernal serpiente atravesó la ciudad en llamas. Su enorme cuerpo reptó hacia el palacio.

—¡Huíd, majestad! —gritó un vasallo leal.

La sierpe de la discordia perseguía a la madre de Femia. Por fin la alcanzó, y sus poderosos anillos la apresaron. Primo alzó la rama de olivo, diciendo:

—¡Muere, mensajero del mal y de las tinieblas!



Desde las escalinatas del palacio, los reyes contemplaban horrorizados el incendio.

El reptil, con un silbido horrible que resonó hasta en las ciudades más lejanas, cayó fulminado. El fuego que surgía de sus fauces se apagó y la lengua quedó carbonizada. El veneno que había destilado ya no brotaría más. En el abrazo mortal de la sierpe se extinguió la vida de la malvada castellana.

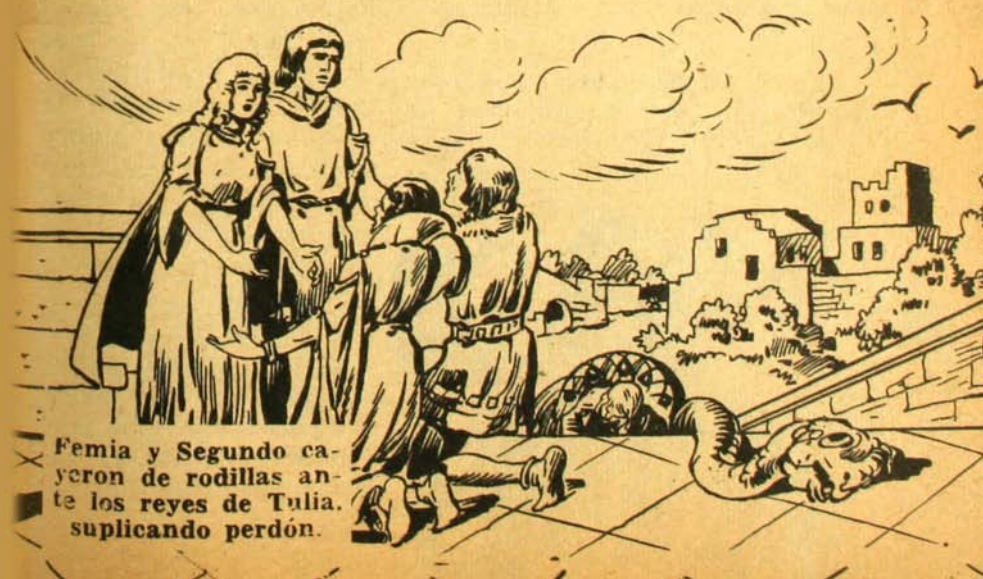
—El maleficio ha terminado —susurró una voz dulce y temblorosa.

El rey Segundo, que observaba como hipnotizado la muerte del reptil, se estremeció. Aquellas palabras habían sido pronunciadas por Femia, y, al mirarla, contempló, abismado de asombro, un rostro suave y angustiado, que casi no pudo reconocer. Femia aparecía transfigurada. Como una fatídica bruja, convertida de pronto en un hada de belleza transparente.

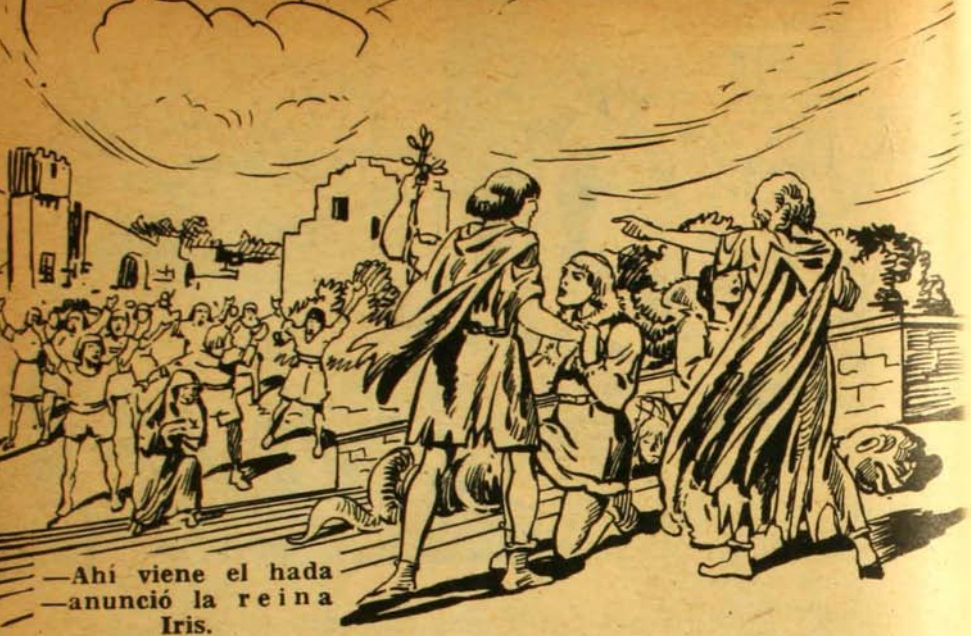


La sierpe de la discordia perseguía a la madre de Femia.

De rodillas ante Primo e Iris, Femia explicó:
—No soy hija de la princesa Orana. Ella me secuestró cuando era muy pequeña y con sus artes malignas me convirtió en una doncella cruel y pérfida. Ahora, con su muerte, ha terminado el sortilegio. Debo ser castigada por mis antiguas maldades; pero suplico piedad para mi esposo. El no es culpable. Se dejó dominar por mí.
—Yo también merezco una severa sentencia —dijo Segundo—.



Femia y Segundo cayeron de rodillas ante los reyes de Tulia, suplicando perdón.



—Ahí viene el hada —anunció la reina Iris.

Fuí débil, y no es justo que sea perdonado, mientras la reina Femia recibe castigo.

—Ni tú ni ella seréis castigados —declaró Primo—. La única culpable, Orana, ya desapareció. La paz debe reinar en Tulia.

El relato de Femia corrió de boca en boca.

—Ahí viene el hada —anunció Iris, alzando a la reina, que aún permanecía de rodillas.

El hada comprobó que las palabras de Femia eran verídicas.



El hada comprobó que las palabras de Femia eran verídicas.

—Mirando en los ojos de Femia, puedo leer su pasado —murmuró la anciana—. Hace quince años, en el vecino reino de Vatar los monarcas descubrieron que su hija había desaparecido de la cuna de oro donde dormía. El rey, desesperado, ordenó publicar pregones por todos los países. La reina languideció de dolor. La princesita nunca fué ha-

llada. Creció en el lóbrego castillo de Orana, quien la mantuvo bajo un mal sortilegio. Femia había sido una dulce princesita, pero se convirtió en una doncella malvada y ambiciosa. Entre ambas embrujaron a Segundo.

Femia lloraba al evocar sus crueldades.

—Consuélate, Femia —dijo el hada—. Los malos años pasaron. Tus padres, los reyes de Vatar, vendrán a reunirse contigo. El porvenir se presenta sonriente. Las discordias, el odio, han terminado.



—Conserva siempre la rama de olivo —aconsejó el hada al rey Primo.

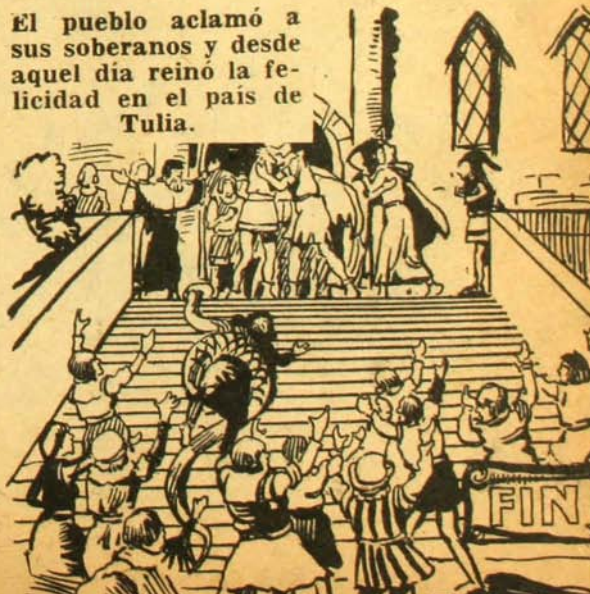
—Conserva siempre la rama de olivo —aconsejó luego al rey Primo—. Con ella el país de Tulia será un reino feliz y tus súbditos vivirán sin inquietudes.

Cuando el hada desapareció, Primo abrazó a su hermano Segundo, mientras Iris rodeaba con sus brazos a la atribulada Femia.

El pueblo prorrumpió en aclamaciones, y nadie pensó más en la sierpe de la discordia ni en la malvada Orana.

No hubo un país más floreciente que Tulia, ni reyes más amados de sus súbditos que Primo y Segundo. Ni hubo reinas más hermosas y buenas que Iris y Femia. El nombre de la Ortiga se olvidó por completo.

El pueblo aclamó a sus soberanos y desde aquel día reinó la felicidad en el país de Tulia.



ANDANZAS DE SAMUEL BILL

CAPITULO VIII.—LA SOMBRA DEL BANDIDO PORRAS.





1. Samuel Bill se apartó de sus amigos el viejo Bepo y el indiecito Papus. Iba en busca de provisiones. Atravesó una comarca donde se había declarado una terrible epidemia y contrajo la peste. Cuando recobró la conciencia, un doctor y una enfermera lo observaban. "—No hables. Descansa", dijo el médico.





2. El joven aventurero siguió el consejo del doctor. Una semana más tarde ya se sentía con ánimos para levantarse. "—La epidemia de peste desapareció —le dijo el médico—. Usted tuvo suerte, amiguito." Samuel Bill sonrió. "—No podía morir, porque tengo a dos amigos esperándome. Hoy partiré a todo galope".





3. La primera preocupación de Bill fué buscar un almacén. "—Dime, muchacho, ¿dónde puedo comprar víveres?", preguntó a un mozalbete. Este le indicó la dirección, y hacia allá encaminaba Samuel Bill sus pasos, cuando oyó que alguien lo llamaba: "—Tengo que hablarle, señor. Es asunto de vida o muerte".





4. Samuel Bill sintió que su corazón daba un salto al ver a una hermosa niña que lo miraba con angustia. "—Ahora no puedo detenerme; pero venga esta tarde a la sala del tribunal y comprenderá por qué imploro su ayuda", añadió la bella desconocida. Bill se olvidó de las provisiones y acudió a la extraña cita.

ANDANZAS DE SAMUEL BILL





5. Había visto entrar a la niña primero que él. Oyó murmurar en la sala: "—Esa es Lolita, la hermana de Juan". Sin comprender para qué lo había convocado, prestó atención a las declaraciones. De pronto un nombre lo estremeció: "Porras". Uno de sus secuaces vengaba la derrota del bandido acusando a Juan.





6. Comprendió que se trataba de una injusticia; pero todas las pruebas estaban contra el muchacho a quien una vez rescató de la banda. Juanito fué sentenciado, y su hermana se levantó, pálida. Luego, ocultando el rostro entre sus manos, abandonó el lugar. "—¡Espéreme!", exclamó Bill.





7. Tan abstraída en su dolor iba Lolita, que olvidó por completo a aquel a quien había suplicado ayuda. El la cogió de un brazo, y sólo entonces la bella mexicana advirtió su presencia. "—Usted puede salvarlo —murmuró—. Hasta estas tierras nos persiguió el odio del bandido."





8. "—No llores —la consoló Samuel Bill—. Ya que la justicia está ciega, yo ayudaré a Juanito a huir de la cárcel." En cuanto anocheció, el joven se dirigió al vetusto edificio. Ató una cuerda a la reja del calabozo donde estaba Juanito y el otro extremo lo amarró a la silla de su caballo.

(CONTINUARA)

Historia de dos



El gato Negrito vivía en el molino y siempre estaba triste. Por todas partes reinaba la albura. Los sacos de harina eran blancos, los muros y el techo estaban pintados de cal, el molinero y sus ayudantes parecían fantasmas recién lavados, y el bonete, que les caía por la nariz, era de un color blanco sencillamente insoportable.

—¿Para qué habré nacido? —maullaba Negrito.

Por su piel de azabache, se destacaba en cualquier parte. Hasta los ratones más viejos lo veían de lejos y les sobraba tiempo para desaparecer en sus cuevas. Los ratones rengos también se salvaban y los perezosos bostezaban unas cuantas veces antes de trotar lánguidamente hasta sus agujeros.

—Tengo hambre. Con cuánto gusto comería una ratita —suspiraba nuestro gato.

Pero las pequeñas ratas huían de él, lanzando risitas chillonas.

"Por qué no pintarán las paredes de un lindo color negro —seguía pensando el felino—. Yo podría deslizarme como un gato invisible y, ¡zas!, cazaba un sabroso ratón."

Aquéllos eran sueños y nada más.

—Este animal no es buen cazador —decía el molinero.

Tal reproche hacía sentirse a Negrito más desdichado que nunca. Para distraer su hambre, iba al desván a leer cuentos y libros de aventuras. Algunos ratones se retiraban con prudencia, llevando entre sus dientecillos una hoja a medio roer.

—Estos roedores incultos, en vez de leer, devoran los libros —maullaba Negrito, con desprecio.

Lo que más lamentaba era que los "roedores incultos" no conocían la fascinación de la lectura. Si la hubieran conocido, se habrían concentrado tanto que él hubiese podido acercarse calladito y... ¡zas!

El cuento que por nada del mundo leería Negrito era "Blanca Nieves". No era capaz de imaginarse nada más horrible que aquella "Blanca Nieves".

"No quiero saber nada de ella", pensaba.

De tanto leer y leer libros de aventuras, nació en su magín la idea de salir a recorrer mundo.

—Quizás encuentre un gato brujo que me señale el camino de la felicidad.

Y como era un animalito decidido, una buena mañana abandonó el molino. Se marchó sin equipaje. Sabía que los vagabundos llevan un lío en la punta de un palo, pero, de no llevar en ese atado una lauchita tierna, no valía la pena llevarlo.

Camina que camina llegó a una aldea. Recorrió las calles y la plaza y se detuvo en los umbrales de las casas. Nadie le dijo: "Aquí está la felicidad que buscas", y menos aún: "Aquí tienes un trozo de carne para aplacar tu hambre".

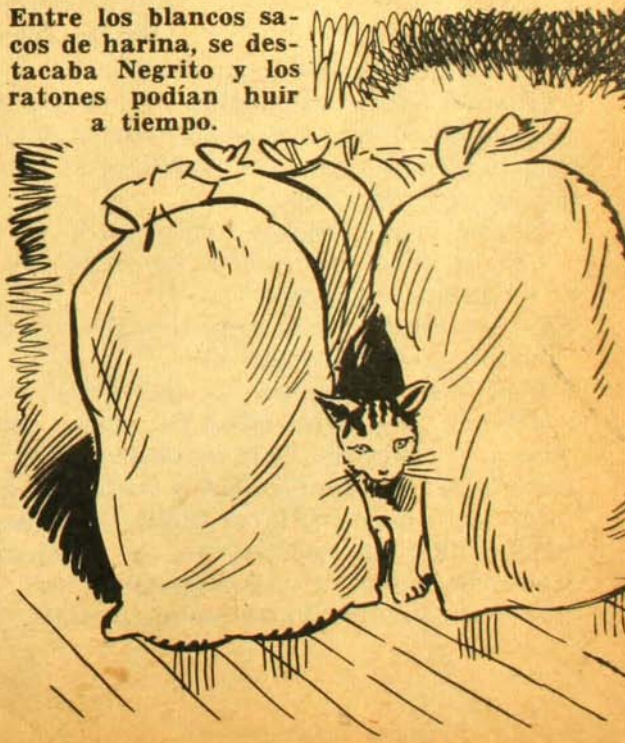
—Aldeanos sin corazón —refunfuñaba—. Rústicos sin alma.

Anda que te anda, se cansó por fin. De un salto trepó a un árbol para descansar. De pronto distinguió en el prado a un gato. Era de un color blanco espantoso y no le habría dedicado la menor atención si no hubiera advertido algo muy extraño. Aquel congénere suyo presentaba un aspecto de tristeza que conmovía hasta las lágrimas. ¿Era posible que otro gato se sintiera aun más triste que él mismo?

—No lo creo —maulló.

—¿Qué no crees? —hizo eco el gato blanco, y su maullido era el más desconsolado que Negrito había oído en su vida.

—Dudo que tengas



Entre los blancos sacos de harina, se destacaba Negrito y los ratones podían huir a tiempo.



-No lo creo —maulló el gato negro.

motivo para estar tan apenado —replicó Negrito—. Yo sí que tengo razones para llorar a mares.

—Permíteme que yo también exprese mis dudas —repuso el blanco—. Ningún gato es más infeliz que yo.

—A ver, cuéntame tus pesares.

—Me llamo Blanquito.

—¡Pobre! Es un nombre horroroso, pero debes ser valiente y sobreponerte a la desgracia de llamarte Blanquito.

El gato níveo lo miró asombrado.

—¡Pero si no es mi nombre el que me desespera! Al contrario, pienso que es muy hermoso. Peor sería que me llamara Negrito.

Esta vez fué el gato de azabache el que se asombró tanto que casi se cayó del árbol.

—Yo me llamo Negrito —respondió con dignidad ofendida.

—¡Ah, perdona! Mirándolo con paciencia, no es un apelativo feo, sino bastante gracioso.

Era evidente que Blanquito deseaba reconciliarse. Negrito no era rencoroso y lo perdonó.

—Está bien, olvidemos eso. Ahora cuéntame tus tristezas.

—Vivo en una carbonería. No puedes concebir un lugar más tenebroso y siniestro. Todo es obscuro. Los carboneros parecen haberse quemado en el infierno: su faz y sus manos son negras. Tú miras al techo y sólo ves hollín. Las paredes renegridas causan pavor. Trato de esconderme, de desaparecer, pero me distingo como una mota de algodón entre todo aquel mundo sombrío. Sólo una vez que dormí sobre un saco de carbón, me confundí

con los pedazos de hulla. Es decir, la cocinera, que es miope, me cogió creyendo que era carbón y me lanzó a la cocina. Salí huyendo por la ventana, con el rabo chamuscado.

Por primera vez, Negrito maullaba de risa.

—Todo eso que me cuentas es lo más maravilloso que he oído.

—¿Te ríes de mi desgracia? —protestó Blanquito, con voz llorosa.

—No, amigo mío. Estoy alegre porque esa carbonería de que hablas es el sitio donde hallaré la felicidad perfecta.

—Si tú ocupas mi lugar, ¿dónde me refugiaré yo?

—En mi molino. Escucha.

Y así como a Negrito la descripción de la carbonería le había parecido un paraíso, la evocación del molino sumió a Blanquito en un éxtasis. ¡Muros y techo blancos! ¡Sacos llenos de harina! ¡Hombres que vestían ropas sin una mancha y que tenían los brazos, el torso, el rostro y hasta los pies espolvoreados de harina blanquísima!

Por su parte, mientras hablaba de su horrible molino, el gato Negrito se maravillaba imaginándose la casa del carbón, los sa-



"Salí huyendo por la ventana, con el rabo chamuscado"

cos repletos de diamantes negros, los hombres magníficos que tenían la piel atezada y..., ¡ah, lo más importante!, él, Negrito, deslizándose en la comarca negra, en su reino obscuro, donde sería fácil atrapar a las ratas, porque no le verían acercarse.

—¡Miau! —gritó en el colmo de la alegría.

Blanquito respondió con otro maullido regocijado.

—Te conduciré a la carbonería —ofreció, radiante de felicidad.

—Vamos. No perdamos tiempo —aceptó Negrito, saltando de la rama.

En el camino se cruzaron con la gata negra más seductora que Negrito conociera.

"Le enviaré un ramillete de finos ratoncitos", pensó, sintiéndose generoso, porque desde ese día en adelante la merienda no le faltaría.

"O quizás una ratita vestida con coquetería. Es el mejor regalo para una hermosa gata", siguió discurriendo.

Era noche avanzada y muy pronto sonarían las doce.

—Observo que tu pueblo es muy trasnochador —dijo a Blanquito—. En todas las casas hay luces encendidas y oigo risas y alboroto. Ya todos deberían estar en la cama.



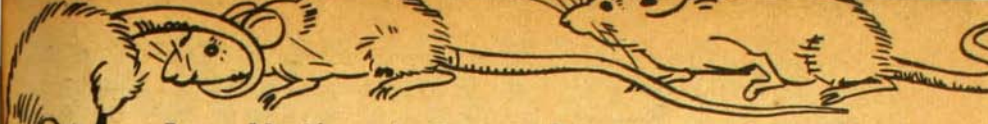
Una ratita es el mejor regalo para una gata.

—¿No sabes que hoy termina el año viejo y llega el Año Nuevo? —preguntó Blanquito, asombrándose de la ignorancia de su amigo—. Todos se abrazan y se desean ventura sin fin.

—Ah, comprendo. Cuando suenen las doce, tú y yo habremos hallado la dicha. .Feliz Año Nuevo, Blanquito, y que la hora mágica te encuentre en tu molino para que sigas en él todo el año y los años venideros.

—Feliz Año Nuevo, Negrito, y aquí está tu carbonería. Te la entrego con los más sinceros deseos de que seas feliz en ella.

Ambos felinos se despidieron, y minutos después la clara figura de Blanquito corría a campo



La población ratonil se tornó más cautelosa.

traviesa. No quería llegar tarde a su molino maravilloso. Cuando traspuso el umbral espolvoreado de harina, creyó morir de alegría. De un salto se encaramó sobre un saco y permaneció allí, tan dichoso como un rey en su trono de oro.

Pasó un molinero y su mano blanca acarició la cabeza del felino.

—¡Hola, cuchito! ¿Has cambiado de pelaje? Espero que ahora seas mejor cazador y que las ratas no se burlen de ti.

Para demostrar su habilidad, esa noche, antes de las doce, Blanquito había cazado su buena docena de roedores. La noticia corrió por las cuevas, y desde ese instante la población ratonil se tornó más cautelosa. Los viejos ya no abandonaron sus agujeros, pues querían seguir carraspeando en su vejez. Los rengos pensaron seriamente en comprar muletas para poder correr más rápido. Los perezosos optaron por corregirse y ser ágiles, y ya no se oyeron más bostezos, ni nadie se dormía confiadamente entre los sacos de harina. Aquel gato blanco era un rayo y, para seguir viviendo, convenía estar con los ojos muy abiertos.

Cuando resonó el cañón de las doce, en todas las casas estalló el júbilo. Llovían los abrazos y las risas y todos se sintieron llenos de esperanza y de fe en el porvenir. Pero tal vez los seres más felices del mundo fueron el gato Blanquito en su claro molino y el gato Negrito en su carbonería enjoyada de diamantes negros.

Sólo el mundo ratonil sufrió inquietud. Muchos no alcanzaban a darse el abrazo de Año Nuevo, porque tenían que huir disparados antes de que la zarpa blanca los cogiera. Otro tanto sucedía en la carbonería, y los roedores suspiraban nostálgicos por los viejos tiempos, cuando el gato blanco deambulaba entre los sacos de carbón. A él lo veían claramente. Pero al gato negro... Ni sabían cuándo se acercaba y... ¡zas!

KETMIS.

CORENTIN PIRATA INVENCIBLE

CAPITULO VIII.—EL TESORO EN PELIGRO





1. Corentín estaba a bordo de un barco fantasma, temido por los piratas de todos los mares. En un estrecho calabozo encontró a un anciano prisionero y le dió a beber agua para que se reanimara. "—Yo era el médico de esta nave —explicó el viejo—. Libradme de estas cadenas." Corentín corrió en busca de sus amigos.





2. Halló a Hawkins en el puente, vociferando: "—Los navíos del capitán Cork se perdieron en la niebla. ¿Qué haremos los tres en esta carraca del diablo?" Corentín replicó: "—Somos cuatro. Hay un prisionero en la cala. Ven a ayudarme a libertarlo". Minutos después todos se reunían en el alcázar de proa.





3. Al ver al doctor Elison, Dania, la misteriosa tripulante del barco fantasma, se decidió a hablar. "—Soy la hija del capitán Kilder, que comandaba este barco, llamado "El Delfín Negro". El contramaestre era un rufián de nombre Carl. Para un viaje al Caribe, se enrolaron aventureros de toda clase."





4. "Mi padre cometió la imprudencia de confiar su secreto a Carl. "—Tengo el mapa de un tesoro —le dijo—. Nadie sabrá nunca dónde se encuentra. Está destinado a mi hija Dania." Desde aquel instante, Carl sólo tuvo una idea: apoderarse de aquel tesoro y, para lograrlo, ideó una horrible maquinación."

CORENTIN PIRATA





5. "Supongo que mezcló algún veneno en la comida de mi padre, que empezó a sufrir ataques de parálisis. Convenció a la tripulación de que el capitán estaba atacado de peste y todos abandonaron el barco. Al doctor Elison lo sepultó en un calabozo. A mí también me secuestró."





6. "—Sin testigos, se dedicó a atormentar a mi padre, pero nunca logró saber dónde estaba el tesoro." Dania había terminado su relato. Más tarde, Hawkins y Obrien lanzaron al mar el cuerpo del malvado Carl. Con una breve ceremonia, sepultaron también al capitán Kilder. "—Y ahora, a navegar", exclamó Obrien.

INVENCIBLE





7. Desde la cofa del vigía, Corentín divisó días más tarde un velero. "—¡Barco a estribor! —gritó—. Llevan enarbolada la bandera de los piratas." Esta noticia desagradó profundamente a Hawkins y a Obrien. "—Los mares están infestados de malandrines —se quejó Hawkins—. Ya no se puede navegar tranquilo."





8. "—Nos batiremos hasta la muerte, antes de permitir que esos perillanes nos arrebaten el tesoro —decidió Obrien—. Tengo una idea. Vamos a hablar con el capitán de ese barco, el "Tiburón". Corentín preguntó: "—¿Qué pretendes?". "—Engañarlo, por supuesto —respondió Obrien—. Vamos."

(CONTINUARA)



JIM EL secuestrado



CAPITULO I.— Tino y Jim.

—¡Tino! ¡Jim!

Nadie llamaba a uno sin llamar al otro. Eran inseparables. El profesor gritó de nuevo los nombres, y el eco del bosque los repitió largamente:

—¡Jim! ¡Tino!

Los alumnos del internado de la Florida habían establecido en el bosque su campamento de vacaciones. Todos estaban entusiasmados con la vida campestre. Algunos construyeron una cabaña de madera, tapizada de hojas. Otros se dedicaban a la pesca, usando cañas o redes, y la mayoría exploraba la selva, con la imaginación encendida de aventuras.

El profesor Leandro llamó de nuevo, y entonces surgió de la floresta un muchacho de doce años. Un mechón de su cabello rubio caía sobre su frente, la nariz era pecosa y respingada, los ojos azules brillaban de entusiasmo y la boca tenía un gesto alegre.

—Por fin apareces, Tino. ¿Dónde está Jim?

El muchacho alzó su mirada sonriente. Asaltado por una duda, el maestro preguntó:

—Porque eres Tino, ¿verdad? ¿O hablo con Jim?

—Yo soy Jim, señor.

"Yo soy Tino", "Yo soy Jim". Estas frases casi se pronunciaban a cada instante en el internado. El rector, los profesores y los condiscípulos de ambos niños tardaban en reconocerlos, y se producían confusiones.

—Dile a Jim... —empezaba a decir un alumno, y el propio Jim contestaba, riendo a carcajadas:

—¿Qué me digo a mí mismo? ¿Un secreto que Jim no debe conocer?

Solamente los amigos más íntimos los distinguían.

—Tino y yo vimos un gran auto detenido entre los árboles —declaró Jim—. Mi amigo dijo que se parecía a un coche que tuvo su padre. A mí no me interesaba mucho; pero él no se cansaba de mirarlo. Ni siquiera oyó la campana que llamaba a merendar. Cuando oí su voz, señor, vine corriendo, y Tino se quedó en el sendero.

—Dile que venga y te reúnes con nosotros junto a la carpa grande.

Jim se apresuró a obedecer. Minutos después regresaba acompañado de un niño semejante a él, con el mismo cabello caído sobre un ojo, las pecas rubias, la sonrisa, el gesto alegre.

—Llegaron las dos gotas de agua —exclamó el pequeño Bartolo Mariani, a quien sus compañeros llamaban Tortolito.

—Cállate, gota de plomo —repuso Jim, apartando al chico.

Tortolito había tomado asiento en un tronco de árbol y esperaba que le dieran su ración.

Los profesores repartieron frutas y sandwiches. Tortolito, haciendo crujir su pan entre los dientes, dijo:



—Se parece al auto que tenía mi padre —dijo Tino.

—Lo que más me gusta de la vida de campo es que se come igual que en la ciudad.
—¿Qué me cuentas del auto misterioso? —interrogó Jim.
Todos los chiquillos se interesaron por la narración.
—¿Ese coche azul que había casi a la salida del bosque? —preguntaron varios—. No tenía chófer, y por más que miramos por los alrededores, no vimos ni un alma. Parece un auto abandonado... Quizás lo robaron...
—Creí que pudiera ser el de mi papá —murmuró Tino—. Pero no. Es de otra marca.
—¿De tu papá? ¿Y dónde está él?
—Salió del país hace muchos años. Ustedes saben que vivo sólo con mi mamá.
—Igual que yo —añadió Jim.
—Exactamente igual. No puede ser de otro modo, tratándose de Tino y Jim —terció Rodolfo Cand, de quien todos desconfiaban, porque era envidioso y cobarde.
Nadie atendió a Cand. Jim, ignorándolo también, preguntó a Tortolito:
—Oye, Tortolito, ¿terminaste de tragar tu alpiste?
—Sí; ¿quieres darme más?
—No. Te invito a que vayamos a explorar la plantación de pinos.
Tortolito sacudió los brazos, como preparándose a volar, y repuso:
—Yo estoy listo.
No tardaron en dispersarse todos los jóvenes veraneantes. Tino se encaminó de nuevo hacia el sitio donde vió el auto, y comprobó, desilusionado, que ya no estaba.
El niño no advirtió que, desde la espesura del bosque, dos individuos lo espiaban. Eran hombres de rostros curtidos y mirar avieso. Su actitud furtiva y recelosa demostraba que estaban fraguando un siniestro plan y que no deseaban ser vistos.
—Ese es el muchacho —susurró uno de ellos, mirando alternativamente la figura de Tino y una fotografía que guardaba en el hueco de la mano.
—Será fácil raptarlo. Ahora está solo.
En ese instante una voz cantarina gritó:
—Cu-cu-cu, habla el Tortolito, transmitiendo directamente de un árbol de la selva africana.
Sin poder reprimir la risa, Tino se lanzó en busca del pequeñuelo. Con un juramento de rabia, el hombre más alto indicó:

—Se nos ha escapado de las manos. ¡Maldito sea ese Tortolito del diablo!

—¡Chit! —musitó el segundo individuo—. Habla más bajo. Pueden oírte.

—Tienes razón, Ramiro. Volveremos mañana. Ya sabemos cuál es el chico, y eso nos ahorrará trabajo.

Abriéndose paso entre la maleza llegaron al lugar donde tenían oculto el auto azul.

—Fué buena idea traer aquí el coche —observó Ramiro—. En la linde del bosque llamaba mucho la atención. Y no nos conviene ponernos en evidencia. ¿No crees tú lo mismo, Simón?



Tortolito hacía crujir el pan entre sus dientes.

El malhumorado Simón no respondió palabra. Subió al auto, seguido de su cómplice, y minutos después se alejaban a gran velocidad.

Tino se había reunido con Tortolito y Jim.

—¿De qué juego se trata? —preguntó.

—De uno que recién acaba de terminar —dijo Tortolito—. Ahora vamos a empezar otro, dirigido por el capitán Leandro.

El profesor reunió a los alumnos, explicándoles:

—Será una especie de cacería. Un alumno correrá detrás de otro sólo si le ha visto por la espalda. Gritará, para advertirle: "Estoy detrás de ti". Y los dos empezarán a correr. Si el perseguidor, antes de alcanzar al perseguido, adivina quién es, ganará un premio.

Discutieron un instante los detalles, para que no hubiera confusión y el maestro pudiera controlar el juego, y en seguida se precipitaron en busca de un escondite.

Tino y Jim corrían juntos. Al llegar a un claro se detuvieron para respirar un poco.

—¿Te gusta este juego? —preguntó Jim.

—Sí. Pero tengo una idea para hacerlo más divertido. Cambie-

mos ropa, y así nadie adivinará quiénes somos.
Los ojos de Jim refulgieron de picardía.
—¡Aceptado!
El perseguidor, ni siquiera mirándolos de frente podría decir a quién tenía prisionero: si a Tino o a Jim.



Tino y Jim cambiaron sus ropas.

El terno azul y el beige cambiaron de dueño. Las corbatas, una blanca y la otra verde, se enlazaron en distinto cuello. La boina y el sombrero con visera pasaron de una cabeza rubia a la otra.
—¿Quién eres? ¿Tino o Jim? —preguntó Jim, inclinándose para fijar su escrutadora mirada en las pupilas azules de su amigo.
—¿Y tú? —respondió Tino, riendo.
—Jim, o alguien muy parecido.
El cambio de vestimenta había terminado. Los dos amigos se

dieron un vigoroso apretón de manos y luego se perdieron entre la vegetación, siguiendo distintas direcciones.
Declinaba la tarde. La luz del día se disipaba entre el follaje. Las primeras sombras descendían sobre la tierra.
Jim encontró a Tortolito, colocándose en la cabeza una gran corona de boldo.
—¿Qué haces? ¿No participas en el juego?
—Claro que sí; pero no quiero que me conozcan. Esta corona servirá para despistar al perseguidor.
—Yo creo que tendrías que colocarte ramas por todas partes. Cualquiera conoce de lejos tu cuerpo.
—Ya sé. Soy el más chico.
—Encarámate en unos zancos.
La sugerencia de Jim no fué aceptada. Tortolito no deseaba caerse.
—Seré todo lo Tortolito que quieras, pero yo del nido no me caigo —declaró, antes de alejarse corriendo.
Jim avanzó entre los árboles.
"Pronto oscurecerá —murmuró—. Tal vez el profesor Leandro suspenderá el juego, aunque no creo que haya peligro alguno en ambular de noche por estos lugares."
Si hubiera advertido las dos sombras que se deslizaban detrás de él, acechándolo, habría pensado en forma muy diferente.

(CONTINUARA)

Correspondencia

María Ramírez (Curicó).—Nos agrada saber que todas las semanas espera anhelante que aparezca "Simbad", la pequeña gran revista, favorita de los niños chilenos y de habla latina.

Eugenia Hanthe (Santiago).—Agradezco sus miles de felicitaciones por "Simbad". Tal como usted observa, con aguda inteligencia, las revistas decaen si están mal dirigidas.

Rosa Ulloa Marino (Traiguén).—Nuestro "Corentín" está muy orgulloso porque usted declara que es su héroe preferido.

Rodrigo Caro C. (Santiago).—Mis colaboradores agradecen sus elogios y yo, que recibo su felicitación especial, le envío, a mi vez, un agradecimiento muy especial y afectuoso.

Elena Castillo Macuada.—Dice usted que "Simbad" llega al corazón de todos los niños. Ese es nuestro anhelo y haberlo conseguido es nuestro legítimo orgullo y alegría. Elena Poirier agradece sus amables palabras.

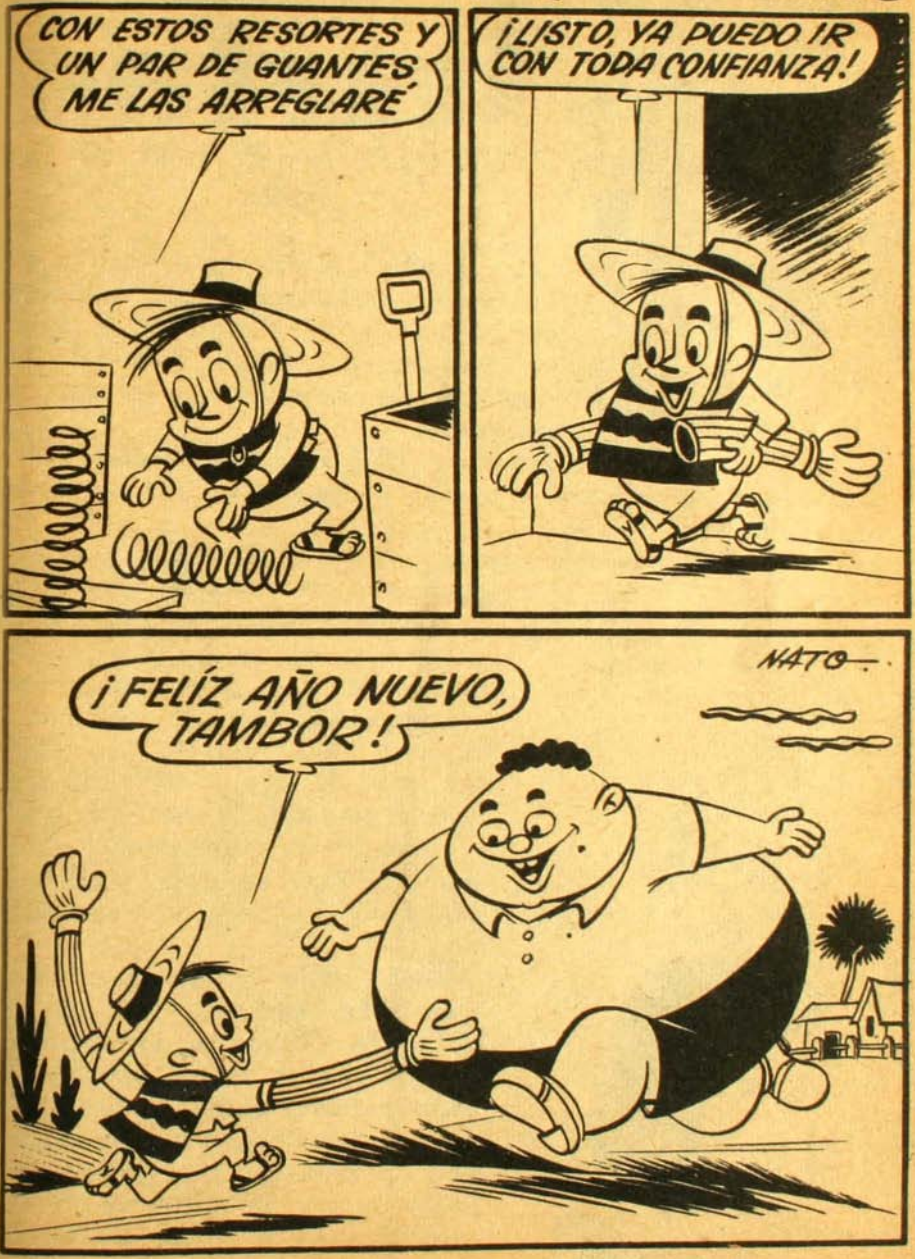
Telmo Meléndez Cabello (Teno).—Envíeme copia de los primeros capítulos y le daré mi opinión.

ROXANE.

Ponchito


¡TENGO QUE IR A SALUDAR A MI AMIGO TAMBOR!...
...Y DARLE EL ABRAZO DE AÑO NUEVO!
¡PERO, LO DIFÍCIL ES DARLE EL ABRAZO! ¿CÓMO LO HAGO?
¡AH! ¡YA TENGO LA SOLUCIÓN!

por nato


CON ESTOS RESORTES Y UN PAR DE GUANTES, ME LAS ARREGLARÉ
¡LISTO, YA PUEDO IR CON TODA CONFIANZA!
¡FELÍZ AÑO NUEVO, TAMBOR!
NATO



Viviana y Tristán

CAPITULO I.—El lago de los cisnes.

Los vándalos que sitiaban el castillo de Logres se desbandaron por mandato del Mago Merlín. Terminado el sitio, los donceles que habían defendido la ciudadela se dispusieron a retornar a sus feudos.

Tristán, el Hijo del Lobo, quedaría solo.

—Tú, que no posees tierras y que no tienes padres, irás con Lancelote —pronunció Merlín.

Estas palabras disiparon la tristeza del joven héroe. Con una exclamación de alegría abrazó a Lancelote, mientras el lobo Barto se frotaba contra las piernas de ambos, como un perro que quiere manifestar su humilde felicidad.



—Tú irás con Lancelote —pronunció el mago Merlín.

El paje Fagar preparó los caballos para el largo viaje. Cuando llegó el instante de partir, Tristán y Lancelote se despidieron de sus amigos. Al ser abrazado por ellos, Rudel no pudo contener su emoción.

—Buen viaje —murmuró, sin ocultar sus lágrimas.

Había demostrado ser un valiente durante el sitio de los nórdicos y nadie pensaría ahora, al verle llorar, que era débil y amilanado.

Muy pronto, los tres jinetes se perdieron en la distancia. Tras ellos trotaba el lobo. Cruzaron

bosques, médanos y montes. En el límite de una profunda selva se detuvieron. Ante ellos se extendía un lago transparente, en el cual nadaban centenas de cisnes. Fagar extrajo una flauta y la llevó a sus labios. Una extraña música flotó sobre el dormido lago.

Lentamente, las cabezas de Tristán y de Lancelote se inclinaron. El sueño los invadió con fuerza avasalladora. Fagar, sonriendo misteriosamente, alzó hasta su silla a los dos adolescentes. En seguida dirigió su cabalgadura hacia el lago. Gimiendo de terror, Barto saltó a la grupa del caballo. Tenía el lomo erizado de espanto, su cuerpo temblaba convulsivamente, pero no podía abandonar a su amo.



Lancelote y Tristán se despidieron de sus compañeros de armas.

El caballo seguía avanzando, mientras el agua subía a su alrededor. Se sumergió por completo. Ya sólo se distinguía el perfil de Fagar, con su expresión impenetrable. Barto aullaba desespe-



Ante ellos se extendía un lago en el cual nadaban centenas de cisnes.

radamente y, finalmente, su cabeza también desapareció bajo el agua. Sobre la superficie en calma nadaban los bellos cisnes y nadie hubiera creído que bajo el espejo azul del lago se ocultaban misterios y sortilegios.

Tristán y Lancelote continuaban sumidos en el sueño. Barto, el lobo, también yacía sin conocimiento. Fagar, el mensajero de Viviana la Hechicera, era el único que conservaba los ojos abiertos y sólo él vió el castillo de cristal que se alzaba en el fondo del lago.

El misterioso Fagar llevó la flauta a sus labios.





Lentamente, las cabezas de Tristán y Lancelote se inclinaron.

—Tu orden se cumplió, hada Viviana —dijo, mientras cruzaba el umbral transparente.

Las puertas se cerraron tras él, en silencio, y sin que ninguna mano las impulsara.

Las pisadas del caballo resonaron ahogadamente sobre la arena. El agua no penetraba al castillo. A través de los muros traslúcidos se veían los jardines marinos, las algas, los corales, la flor viva de la actinia. Y los peces de las más variadas formas y colores.

—Tu voluntad es siempre obedecida —añadió Fagar, como si recibiera órdenes de un ama invisible.



El caballo seguía avanzando, mientras el agua subía a su alrededor.

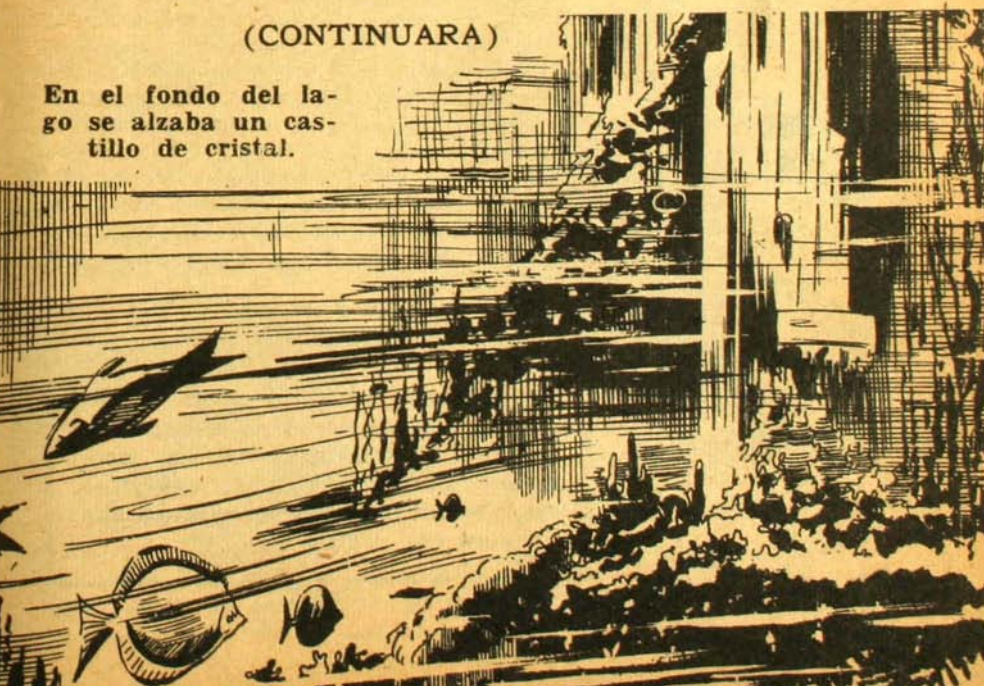


Sobre la superficie en calma nadaban los cisnes.

Depositó en un lecho a los dos adolescentes dormidos y luego se retiró.

¿Cuántas horas durmieron Lancelote y Tristán? Muchas, tal vez, porque la luz del día desapareció y las aguas del lago se tornaron tenebrosas, casi negras.

(CONTINUARA)



En el fondo del lago se alzaba un castillo de cristal.

¿QUE DIRIAS TU



Si fueras Napoleón y te encontraras al pie de las pirámides de Egipto, ¿qué dirías? Envía tu respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 172: "Eureka".

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Leonor Lara, Santiago; Gloria González, Santiago; Marcian Régeasse, Santiago. UN JUEGO LUDO: Luis Caballero, Antofagasta; Sofía Gorodischer, Santiago; Bernardo Rosenberg, Santiago. UNA PALETA ACUARELAS: Jorge Antonio, Temuco; Raúl González, Talcahuano; Arturo Ormazábal, Santiago; Ricardo Martínez, Valparaíso; Arnoldo Bravo, Padre Las Casas; Jaime Arratia, Santiago. UNA PELOTA GOMA: Margarita Pool, Santiago; Laura Saldías, Chillán; José Meléndez, Santiago. UN PREMIO DE $ 20.—: Ana María Pacheco, Santiago; Arístides Aguirre, Los Andes; Wanda Freire, Los Angeles; Edecia Flores, Angol; Heriberto Toro, Talca; Eduardo Luengo, San Fernando; Ema Jacques, Traiguén; Dagoberto Ojeda, Los Lagos; A. Canto, San Carlos. UN LIBRO: Santiago Soto, Los Andes; Elena Vargas, Santiago; Rosa Herrera, Santiago; David Cáceres, Quilpué; Margarita Farías, Santiago; Alfonso Núñez, Rancagua; Berta Cerda, Santiago; Adriana Pérez, Angol; Eva Concha, Concepción, Luz María Larraín, Concepción. UN VITALMIN: Rosita Pacheco, Santiago; Elsa Díaz, Los Andes; Germán Pastor, Viña del Mar; Enriqueta Castañeda, Santiago; Julio Castillo, Viña del Mar; Adriana Cabezas, Linares; Carmen Cuevas, Los Andes; Mercedes Meza, Valparaíso; América Herrera, Santiago; Lorenzo Parra, Rancagua.



CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 174

¿Qué dirías?...

¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

. *Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1952.*


¿QUÉ ME TRAERÁ EL VIEJITO PASCUERO?
¡ESTA NOCHE ME HARÉ EL DORMIDO PARA VER QUE ME TRAE Y DARLE LAS GRACIAS!
...Y A MEDIA NOCHE...
¡CHISSST! QUIETO, CHASAMÁN, QUE A TI TAMBIÉN TE TRAIGO UN HUESO
¿QUÉ ME DEJARÍA?
¿JUGUETITOS USADOS A MÍ? ¡TOME SUS MUGRES! ¡ME DEJA JUGUETES NUEVOS O NADA!
LUGOZE
52

PELUSITA POR NATO

